

ISAAC ASIMOV

LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCION

I

SUPER
FICCION



Lectulandia

«El futuro ya no es lo que solía ser». Para el observador atento, esta afirmación de Arthur C. Clarke anunciaba la corriente nostálgica que iba a invadir el campo de la ciencia ficción en los años setenta. En la presente antología, que podíamos haber titulado también «En busca del tiempo perdido», el gran maestro Isaac Asimov se dedica a untar la magdalena en el té de los recuerdos de su juventud, para evocar el esplendor y la gloria de la que fue la primera Edad de Oro de la ciencia ficción: la década de los treinta.

Hé aquí los relatos que Asimov recuerda con más afecto, en este primer tomo de los dos que integran nuestra edición:

1. Edmond Hamilton, *El hombre que evolucionó*
2. Neil R. Jones, *El satélite Jameson*
3. Capt. S.P. Meek, *Submicroscópico*
4. Capt. S.P. Meek, *Awlo de Ulm*
5. Schuyler Miller, *Tetraedros del espacio*
6. Clifford D. Simak, *El mundo del sol rojo*
7. Charles R. Tanner, *Tumithak de los corredores*
8. Jack Williamson, *La era de la Luna*
9. Laurence Manning, *El hombre que despertó*
10. Charles R. Tanner, *Tumithak en Shawm*

Lectulandia

Isaac Asimov

La edad de oro de la ciencia ficción I

Colección Super Ficción N°7

ePUB r2.1

Ariblack 15.09.13

Título original: *Before the Golden Age*

Isaac Asimov, 1974

Traducción: Horacio González

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los
demás miembros de *First Fandom*
(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)
para quienes una parte del encanto
desapareció del mundo en 1938.

INTRODUCCIÓN

Para muchos lectores de ciencia-ficción que ya han llegado a la madurez, hubo una Edad de Oro de la Ciencia-Ficción, en mayúsculas.

Esa Edad de Oro comenzó en 1938, cuando John Campbell llegó a ser director de «Astounding Stories» y transformó tanto la revista como el mismo género en algo más próximo a sus íntimos deseos. Durante la Edad de Oro, Campbell y la revista que dirigía dominaron tan plenamente la ciencia-ficción, que leer «Astounding» equivalía a conocer todo el género.

En ese sentido, la Edad de Oro se prolongó hasta 1950, cuando, abordaron la especialidad otras revistas como «Galaxy» y «The Magazine of Fantasy and Science Fiction». A su modo, las personalidades directoras de H. L. Gold y Anthony Boucher eran tan fuertes como la de Campbell, con lo que el campo creció y se diversificó. En muchos sentidos mejoró aún más cuando desbordó las revistas e invadió los libros, las ediciones de bolsillo y los medios de comunicación electrónicos.

Para entonces, el lector individual ya no podía asimilar todo el género. Éste se hizo demasiado amplio para que uno pudiera hacer algo más que arañarlo. La Edad de Oro, en que toda la ciencia-ficción estaba al alcance del lector, había concluido.

Durante la Edad de Oro, las cosas me fueron muy bien, pues estuve entre los primeros autores nuevos que Campbell descubrió, y sé con certeza que no hubo otro por quien mostrase un interés tan personal y paternal. Mi libro *The Early Asimov* (Doubleday, 1972) es al mismo tiempo mi tributo a aquellos años y mi homenaje a John.

Pero olvidemos la Edad de Oro con mayúscula y vayamos a algo más personal. Para quien haya vivido una vida no del todo desastrosa, existe un halo multicolor que baña la época de los diez a los veinte años. Los recuerdos de la primera década, es decir, del período anterior a los diez años, son confusos, inciertos e incompletos. Al comenzar la tercera década, después de los veinte años, la vida se llena de responsabilidades adultas y se convierte en una carga. Pero la segunda década, la de los diez a los veinte años, es dorada; en esos años conocimos la felicidad.

La segunda década es la edad de oro de cada persona. El recuerdo de la vida tal como era entonces nos parece, sencillamente, lo que debería ser siempre. Para cualquier lector de ciencia-ficción, el oro de la segunda década de su vida ilumina las narraciones que leyó en esa época. Por eso, oigo con frecuencia a entusiastas treintañales hablar de «la edad de oro de la década de los 50». Si logro alcanzar una edad razonable, realmente espero escuchar a algún maldito chiquillo hablándome de «la edad de oro de la década de los 70». (Me levantaré de la silla de ruedas y lo azotaré con mi bastón.)

Bien, ¿qué diré de mí mismo? Mi edad de oro (con minúsculas) se remonta a los años 30. Me refiero a la década inmediatamente anterior a la Edad de Oro (con mayúsculas), que resultó gloriosa para mí... y para todos, pues fue durante mi edad de oro cuando las personalidades que configuraron la Edad de Oro, Campbell incluido, se formaron a sí mismas.

Los relatos de ciencia-ficción que, leí durante los años 30 aparecieron en revistas que no pude coleccionar. Tomaba cada revista tan pronto como llegaba al puesto de periódicos de mi padre, la leía a toda prisa y la devolvía a dicho puesto para ser vendida. Aprendí a tratarlas con mano suave, para que la revista conservase su prestancia original y nadie supiera que yo la había leído, fanáticamente, palabra a palabra y página a página. (Debía hacerlo, porque si la revista se hubiera estropeado, mi padre habría lanzado un ucuse prohibiéndome tocarlas. No sé cuál es vuestra experiencia, pero mi padre esperaba obtener y obtenía obediencia instantánea.)

De modo que, después de la primera lectura, jamás pude releer los cuentos de ciencia-ficción de mi edad de oro personal. ¡Ah, sí! Leí algunos cuando fueron reimpresos. No obstante, muy pocos de los cuentos publicados antes de la Edad de Oro suelen ser reimpresos. La Era de Campbell barrió con todo lo anterior.

A quien ha vivido la Revolución de Campbell, la ciencia-ficción de los años 30 le parece torpe, primitiva e ingenua. Los relatos son cándidos y pasados de moda.

En efecto, convengamos en que lo son. Pero tenían, en cambio, un vigor juvenil que, hasta cierto punto, se ha perdido con la sofisticación actual.

Además, han quedado en mi memoria. Aunque algunos los leí una sola vez y a muy temprana edad, los he recordado por espacio de cuarenta años. A pesar de todo lo que ha sucedido, de todo lo que he leído y, si a eso vamos, de todo lo que he escrito, los recuerdo... y los amo todavía.

Estos cuentos me son muy queridos porque despertaban mi entusiasmo, me daban alegría de vivir en una época, un lugar y unas condiciones en que no abundaban las alegrías. Contribuyeron a mi formación, incluso me educaron, y estoy lleno de gratitud hacia esos relatos y los hombres que los escribieron.

Al margen de mi compromiso personal, estas narraciones representan un periodo esencial en la historia de la ciencia-ficción, período que ha sido injustamente descuidado y está en peligro de caer por completo en el olvido, ya que prácticamente ninguna antología importante incluye la ciencia-ficción anterior a 1938.

Habréis pensado que una persona tan increíblemente ingeniosa como yo debió tener hace años la idea de reparar este olvido y preparar una antología de los grandes relatos de la década del 30. Pues, por extraño que parezca, no es así. Jamás, en mis momentos conscientes, se me ocurrió un proyecto tan obvio.

Por fortuna, no siempre estoy consciente.

La mañana del 3 de abril de 1973 desperté y le dije a mi media naranja:

—¡Eh! ¡Puedo recordar lo que soñé anoche!

(Prácticamente nunca recuerdo lo que sueño, de modo que esto fue anunciado como una noticia bomba, de las que obligan a parar las máquinas.)

Como a mi esposa le interesan profesionalmente los sueños, me preguntó:

—¿Qué soñaste?

—Soñé que había preparado una antología de aquellos buenos y viejos cuentos que leí cuando era niño, y que eso me daba la posibilidad de releerlos —respondí—. Salían Tumithak de los Corredores, y Awlo de Ulm, y El mundo del...

Creo que allí me interrumpí. Reía entre dientes mientras relataba el sueño, pues parecía algo ridículo. Pero, ¿era ridículo?

De súbito, por el simple hecho de haberlo comentado, sentí ardientes ganas de hacerlo. No era la primera vez que experimentaba esos impulsos ardientes, y significan que debo realizar lo que sea en seguida, sin tener en cuenta ningún otro compromiso. Pero, ¿quién publicaría algo semejante? Ridícula pregunta. Al fin y al cabo, durante un cuarto de siglo de colaboración, la buena gente de Doubleday amp; Company, Inc. jamás me había dicho «no».

Narré mi sueño a las siete de la mañana y tuve que esperar a que comenzara la jornada normal para hacer algo al respecto. A las nueve y cinco de la mañana (les concedí un respiro de cinco minutos) estaba hablando rápida y sinceramente por teléfono con Lawrence P. Ashmead y con Michele Tempesta, dos magníficos directores de esa estimable editorial. No me respondieron «no».

Luego reflexioné un poco más sobre el proyecto. Como os decía, me faltaban esas antiguas revistas, y hoy día es sumamente difícil conseguirlas. Difícil, pero no imposible.

Estaba mi viejo amigo Sam Moskowitz, mi coetáneo en la edad de oro (con minúsculas), quien las compraba y conservaba todas, se las sabe de memoria y es capaz de citarlas palabra por palabra a cualquier hora del día o de la noche.

Ha empleado bien sus conocimientos y experiencia, convirtiéndose en historiador de la ciencia-ficción. En todo el mundo, es quizás el único experto verdadero en esta rama poco común del conocimiento humano. Ha escrito dos volúmenes de biografías de grandes escritores de ciencia-ficción: *Explorers of the Infinite* y *Seekers of Tomorrow*. (Una de dichas biografías trata, cómo no, de vuestro nada humilde servidor Isaac Asimov. Sam, que jamás ha escatimado hipérboles, la tituló *Un genio en la confitería*.)

También escribió *Science Fiction by Gaslight*, historia y antología de la ciencia-ficción en revistas populares del período que abarca desde 1891 hasta 1911, y *Under the Moons of Mars*, historia y antología de la ciencia-ficción en las revistas *Munsey*, de 1912 a 1929.

Doubleday ha publicado su libro *The Crystal Man*, que trata de la ciencia-ficción

norteamericana del siglo diecinueve. Sam incluso ha escrito una descripción de las tremendas y apocalípticas contiendas entre el puñado de «fans» de la ciencia-ficción del Nordeste americano, que inmodestamente tituló *The Immortal Storm* («La tempestad inmortal»).

En consecuencia, recurrí a Sam Moskowitz. Jurando guardarle el secreto, le pregunté si alguna vez había hecho una antología de este tipo o si tenía pensado realizarla. Respondió que no, que no la había hecho ni la estaba haciendo. Pero que le gustaría realizarla si lograba encontrar un editor.

—Pues bien, yo lo tengo —expliqué— y me gustaría hacer una antología autobiográfica. ¿Te molestaría si te piso el terreno?

Suspiró y dijo que no.

Planteé la cuestión crucial:

—Sam, ¿me conseguirías los cuentos?

El bueno de Sam respondió:

—¡Oh, desde luego!

Y tres semanas después los tenía todos, con el cálculo de extensión, información sobre derechos de autor y comentarios sobre cada uno. (Me alegré muchísimo de poder pagarle el tiempo y el trabajo que se tomó.)

Conque aquí estoy, con todo dispuesto para hacer la antología y, si no os molesta, pienso convertirla en algo más que una mera antología. No pienso incluir únicamente los relatos, sin más ni más.

Con vuestro permiso —y, si es necesario, sin él—, voy a realizarla como hice *The Early Asimov*, situando los cuentos dentro del contexto de mi vida. Tal como expliqué a Larry, a Michele y a Sam, quiero que el libro sea autobiográfico.

En parte lo hago así porque una faceta muy destacada de mi personalidad incluye una especie de optimista estima hacia mí mismo (mis mejores amigos me llaman «monstruo de vanidad y engreimiento»), pero también, lo creáis o no, como medida de defensa propia y prácticamente como una especie de servicio público.

Mis numerosos lectores (¡benditos sean todos!) jamás se cansan de escribir cartas en las que me preguntan con insaciable curiosidad los detalles más íntimos de mi primera juventud. Hace mucho que me veo en la imposibilidad de satisfacerlos y al mismo tiempo hallar tiempo para dedicarme a otra cosa. *The Early Asimov* ya hizo milagros en este sentido, puesto que ahora puedo responder con una postal impresa: «Por favor, para obtener la información que pide, sírvase leer *The Early Asimov*».

Ahora podré agregar: «Sírvase leer también *La edad de oro de la ciencia-ficción*».

PRIMERA PARTE: 1920 a 1930

Siempre he deseado comenzar un libro a la manera de los novelistas del siglo diecinueve. Ya sabéis: «Nací en la pequeña ciudad de P... en el año 19...» Ahora es la mía:

Nací en la pequeña ciudad de Petrovichi (creo que lleva el acento en la segunda sílaba), en la URSS. Digo la URSS y no Rusia, porque nací dos años después de la Revolución Rusa.

Más de una vez me han preguntado si Petrovichi está cerca de algún sitio que pueda considerarse bastante conocido. Se halla a cincuenta y seis kilómetros al oeste de Roslavl y a ochenta y nueve kilómetros al sur de Smolensk (donde se libró una gran batalla durante la invasión napoleónica de 1812, y otra durante la invasión hitleriana en 1941), pero esto no parece servir de mucho. Será mejor decir, pues, que Petrovichi se halla a trescientos ochenta y seis kilómetros al sudoeste de Moscú y a veinticuatro kilómetros al este de la República Socialista Soviética de la Rusia Blanca. Por tanto, nací en tierras de la Santa Rusia propiamente dicha, si es que esto sirve de algo.

La fecha de mi nacimiento es el 2 de enero de 1920. Aquellos de vosotros que gustéis de hacer horóscopos, ¡olvidadla! No sólo desconozco la hora y el minuto precisos de mi nacimiento, sino que ni siquiera sé el día exacto. El 2 de enero es la fecha oficial y el día que celebro mi cumpleaños, pero en el momento de mi nacimiento la Unión Soviética se regía por el calendario juliano —que iba atrasado trece días con respecto a nuestro calendario gregoriano— y en aquella época mis padres ni siquiera le prestaban mucha atención al calendario. Fechaban los acontecimientos de acuerdo con los días sagrados del calendario judío.

Bajo el gobierno zarista, Rusia jamás se había molestado en realizar un cuidadoso censo estadístico de sus súbditos menos importantes, y durante la Primera Guerra Mundial y los turbulentos años ulteriores las cosas quedaron más descuidadas que nunca. Por eso, cuando finalmente necesité una partida de nacimiento, mis padres tuvieron que fiarse de la memoria y decidieron el 2 de enero.

Y así está bien. De todos modos, es oficial.

Permanecí en la Unión Soviética menos de tres años y no recuerdo nada de aquella época, salvo algunas impresiones vagas que a veces, según afirma mi madre, se remontan a la época en que yo tenía dos años.

Prácticamente el único acontecimiento personal de aquellos años que vale la pena mencionar es que hacia 1921 —cuando aún no se conocían los antibióticos y la atención médica existente era sumamente primitiva— enfermé de neumonía doble. Mi madre asegura (aunque sé cuánto cabe atribuir a su innato sentido de lo

dramático) que enfermaron entonces diecisiete niños de nuestra aldea, y dieciséis murieron. Por lo visto, fui el único que sobrevivió.

En 1922, después del nacimiento de mi hermana Marcia, mi padre decidió emigrar a los Estados Unidos. Mi madre tenía un hermanastro en Nueva York dispuesto a garantizar que no seríamos una carga para el país; esto, más el permiso del gobierno soviético, era todo lo que necesitábamos.

A veces se me pide que explique detalladamente cómo salimos de la Unión Soviética, y tengo la clara impresión de que el interrogador no quedará satisfecho si no cuento que mi madre saltaba de un bloque de hielo a otro para cruzar el Dnieper llevándome en sus brazos, con todo el Ejército Rojo pisándonos los talones.

¡Lo lamento! ¡No fue así! Mi padre solicitó un visado de salida, o como se llame, lo obtuvo y partimos en medios de transporte normales. Mientras esperábamos el visado, la familia tuvo que trasladarse a Moscú, de modo que estuve allí en 1922. Mi madre afirma que hacía un frío de cuarenta grados bajo cero y que tuvo que protegerme dentro de su abrigo para que no me congelara, pero es posible que exagere.

Huelga decirlo, no lamento que emigrásemos. Me atrevería a decir que si mi familia hubiera permanecido en la Unión Soviética, yo habría recibido una educación semejante a la que he obtenido, habría estudiado química y hasta es posible que hubiera llegado a ser escritor de ciencia-ficción. Por otro lado, habría tenido grandes posibilidades de ser muerto durante la invasión alemana a la Unión Soviética de 1941 a 1945 y, aunque supongo que antes habría cumplido con mi deber, me alegro de que no fuese así. Tengo un prejuicio a favor de la vida.

Nosotros cuatro —mi padre Judah, mi madre Anna, mi hermana Marcia y yo— viajamos vía Danzig-Liverpool y en febrero de 1923 llegamos a Ellis Island en el «Baltic». Fue el último año que la inmigración estuvo relativamente abierta, y Ellis Island funcionaba a todo vapor. En 1924 se implantó el sistema de cuotas, y Estados Unidos sólo recibió cantidades severamente limitadas de los cansados, los pobres y los desgraciados emigrantes de las superpobladas costas de Europa.

De modo que si hubiéramos tardado un año más, no lo habríamos conseguido. Aunque hubiéramos podido entrar más adelante, no habría sido lo mismo. Cuando llegué tenía tres años, y naturalmente ya hablaba (en yiddish), pero era lo bastante pequeño como para aprender el inglés como lengua nativa y no adquirida, que no es lo mismo.

Mis padres hablaban ruso con fluidez, pero no se empeñaron en enseñarme esa lengua, sino que insistieron en que aprendiera el inglés tan bien y tan pronto como pudiera. Incluso ellos mismos se decidieron a aprender el inglés, con resultado razonable aunque no brillante.

En cierto sentido, lo lamento. Me habría gustado conocer la lengua de Pushkin,

Tolstoy y Dostoievsky. Por otra parte, no habría permitido que nada me impidiera dominar realmente el inglés. Perdonadme este prejuicio: estoy convencido de que no hay idioma más majestuoso que el de Shakespeare, Milton y la King James Bible; si he de hablar un idioma y dominarlo como sólo un nativo puede conseguir, me considero increíblemente afortunado de que sea el inglés.

A partir de aquí comienzan los recuerdos propios. Recuerdo con toda claridad el primer sitio donde vivimos al llegar a los Estados Unidos. Incluso recuerdo las señas: Avenida Van Siclen 425, al este del neoyorquino barrio de Brooklyn. Viví en Brooklyn durante los diecinueve años siguientes a mi llegada a los Estados Unidos, y el acento de Brooklyn sigue acompañándome.

Nuestra vivienda de la Avenida Van Siclen no era lujosa; como no tenía electricidad, utilizábamos mecheros de gas. Carecía de calefacción central, pero teníamos una estufa de hierro colado que mi madre encendía con papel y teas.

Por fortuna, yo no sabía que esto significaba vivir en un barrio bajo. Era mi hogar y me sentía feliz. La estufa me fascinaba particularmente y siempre estaba cerca para ver a mi madre encender el fuego y amasar tallarines. En 1925, cuando nos mudamos a una vivienda mejor —en la Avenida Miller 434—, a una manzana de distancia, lloré amargamente.

En febrero de 1925, poco después de mi quinto cumpleaños, comencé a asistir al parvulario. Si queréis más datos, se trataba de la Escuela Pública 182.

Normalmente habría ingresado al primer grado un año más tarde, después de cumplir seis años. Sin embargo, mi madre no quiso esperar.

Me las había ingeniado para aprender a leer, importunando a los niños mayores para que me escribiesen el alfabeto (que había aprendido gracias al juego de saltar la soga), me leyeran cada letra y me dijeran cómo «sonaba». Luego practicaba con los carteles callejeros y los titulares de los periódicos, deletreándolos hasta que formaban palabras con sentido. Hasta hoy recuerdo la oleada de triunfo que sentí al comprender de repente que debían existir letras mudas y que la palabra que intentaba leer, ISland, que para mí no significaba nada, era en realidad EYEland. De pronto, «Coney Island» quedó luminosamente clara. En cambio, la palabra «ought» me derrotó completamente. No podía pronunciarla y ninguno de los chicos sabía decirme cuál era su significado, a pesar de que ellos la pronunciaban.

Naturalmente, mis padres no sabían leer en inglés, de modo que no pudieron ayudarme. El que yo hubiera aprendido a leer sin su ayuda les causó gran impresión. (Mi hermana tuvo mucha más suerte. Cuando ella tenía cinco años yo tenía siete y era un maestro en ese arte. Le enseñé a leer quieras que no, de modo que cuando llegó el momento de ingresar en la escuela, pasó directamente al segundo grado.)

Recuerdo que mi madre me matriculó en la escuela en septiembre de 1925. Su

hermanastro, el «tío Joe», nos acompañó y actuó como intérprete. En esa época no comprendí lo que hacían, pero más tarde descubrí que habían modificado la fecha de mi nacimiento. Mi madre, respaldada por tío Joe, aseguró a las autoridades de la escuela que yo había nacido el 7 de septiembre de 1919. Teniendo en cuenta la imprecisión de mi fecha de nacimiento, esta falsedad era menos grave de lo que parecía; pero no dejaba de serlo pues, por más que se hiciera la vista gorda, en modo alguno pude nacer antes de octubre.

Si la fecha de mi nacimiento era el 7 de septiembre de 1919 yo cumplía seis años un día antes del comienzo de las clases de otoño de 1925: por eso se me permitió ingresar en primer grado.

Estoy seguro de que fue así como ocurrió, porque cuando estaba en tercer grado la maestra nos hizo recitar nuestra fecha de nacimiento. Con toda inocencia, respondí que era el 2 de enero de 1920, pero ella frunció el ceño y me explicó que era el 7 de septiembre de 1919.

¡Bien! Siempre he estado muy convencido de saber lo que sé y repetí enérgicamente que había nacido el 2 de enero de 1920. De hecho, estuve tan enérgico que los archivos de la escuela fueron corregidos. De no haberse aclarado la cuestión, en los documentos seguiría figurando el 7 de septiembre de 1919 como fecha de mi nacimiento.

Y, cosa curiosa, esto tuvo una repercusión importante en mi vida. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajé como químico en el Arsenal de la Marina de los Estados Unidos, en Filadelfia, y fui eximido varias veces del reclutamiento debido a la importancia de mi trabajo en relación con la guerra. Después del día V-E, el 8 de mayo de 1945, la edad máxima para los llamados a filas se redujo a veintiséis años. Los que aún no tenían esa edad y hasta ese momento se habían salvado del reclutamiento fueron estudiados caso por caso. Recibí la llamada a filas el 7 de septiembre de 1945 y dos meses después ingresé como soldado raso en el seno acogedor del Ejército de los Estados Unidos. Lo cual no fue ninguna tragedia, pues para entonces la guerra ya había terminado y sólo estuve nueve meses en el ejército. No obstante, si hubiera cerrado el pico cuando era alumno de tercer grado y, por tanto, la fecha oficial de mi nacimiento hubiera sido el 7 de septiembre de 1919, la llamada a filas habría llegado el día de mi vigésimo sexto cumpleaños y no habría sido apto para el reclutamiento.

Mi paso por la escuela primaria fue turbulento. En dos ocasiones, las desesperadas maestras se libraron de mí pasándome a un curso más adelantado. Esto produjo en mí efectos traumáticos, ya que cada vez perdía a mis amigos de la vieja clase y me veía obligado a familiarizarme con los desconocidos de la nueva.

Además, siempre había un momento de pánico al advertir que los demás habían

aprendido cosas que yo aún no sabía, y que serían necesarios varios días de actividad frenética para ponerme al corriente y avanzar de nuevo. La primera vez que fui «adelantado», me encontré en una clase que resolvía problemas de multiplicación, algo de lo que yo jamás había oído hablar.

Regresé a casa llorando. Mi madre, no pudiendo explicarme lo que no sabía, acudió a una vecina de doce años. (Más tarde he sabido que tenía doce años; en aquel entonces, me pareció una adulta.) La muchacha comenzó a enseñarme $2 \times 1 = 2$, $2 \times 2 = 4$, $2 \times 3 = 6$, y así sucesivamente.

Al cabo de un rato noté que me sonaba a cosa conocida. Le pedí que aguardase un momento y fui a buscar mi cuaderno de cinco céntimos. En la parte de atrás había tablas de medidas donde se expresaba que un pie equivale a doce pulgadas, una libra a dieciséis onzas y así sucesivamente. También había un gran cuadrado con números misteriosos.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es la tabla de multiplicar —respondió.

—Entonces, ya sé multiplicar —agregué y le dije que se fuera a su casa. Hacía mucho tiempo que, como no tenía nada mejor que hacer, había aprendido los números de memoria y, gracias a lo que ella me explicó, comprendí cómo funcionaba la tabla de multiplicar.

La otra vez que me cambiaron de clase descubrí que en la nueva se estudiaba geografía, tema que desconocía totalmente. Recuerdo que la maestra me preguntó dónde estaba el Yucatán. Quedé totalmente confundido y los demás niños se echaron a reír. (El estudiante más burro siempre es el que más se ríe de la ignorancia de otro.) Muy humillado, después de la clase, le pregunté a la maestra si había un libro de esa asignatura. Ella me mostró el libro más grande de los que acababan de darme y dijo que era el manual de geografía. Aquella noche estudié todos los mapas que contenía y os aseguro que jamás volvieron a reírse de mí.

Como habréis visto, muy pronto quedó claro que yo era un niño prodigio. Evidentemente, mis padres lo sabían, pero jamás me lo dijeron, porque no les gustaban los niños engreídos. Yo habría preferido que me lo dijeran, pues así no me habría parecido tan injusto que siempre que obtenía menos de 100 en un examen, se interpretase como algo insuficiente y merecedor de un castigo. (Para mi madre, que no sabía nada de psicología infantil moderna, castigo era sinónimo de agresión física.)

Pero luego realmente ya no necesité que me lo dijeran, pues yo mismo comprendí al realizar el sorprendente descubrimiento de que muchas personas no entendían algo sin que se lo explicaran y, una vez explicado, no lo recordaban.

No sé lo que ocurrirá con otros prodigios, porque nunca he analizado la cuestión. Es posible que muchos hayan experimentado un sentimiento de desdicha, de

aislamiento, de injusticia y hayan deseado ser como los demás.

Pero éste no fue mi caso. Gocé de todos los minutos de mi precocidad porque, como era un diablillo perverso, me gustaba saber más que los otros niños y asimilar con mucha más rapidez.

Naturalmente, esto planteaba dificultades. Cuando pasé a cuarto grado tenía un año y medio menos que los demás, y por otra parte, era pequeño para mi edad. Como era el más inteligente de la clase y tenía plena conciencia de ello, muchos de mis compañeros me detestaban. Sin embargo, descubrí que si elegía al niño más corpulento y estúpido de la clase y le hacía los deberes él se convertía en mi protector.

Otro detalle que pudo contribuir a salvar mi vida es que jamás fui el niño mimado de la maestra. ¡Jamás! En aquel entonces era un extrovertido grosero, lo mismo que ahora, y nunca desaprovechaba la ocasión de alborotar la clase con un comentario divertido. Siempre me castigaban, y cuando esto no era suficiente me enviaban al despacho del director. (Créase o no, incluso en mi época de estudiante universitario fui expulsado de clase a menudo, por mi influencia nefasta.) Por supuesto, los demás chicos llegaron a la conclusión de que alguien que se comportaba tan mal como yo no podía ser del todo malo, y no intentaron hostilizarme.

Durante los primeros años que vivimos en los Estados Unidos mi padre trabajó en una fábrica de tejidos y luego intentó convertirse en vendedor a domicilio. Por último, en 1926, buscando cierta estabilidad, invirtió sus ahorros en la adquisición de una confitería ya establecida, en la Avenida de Sutter (Dios mío, he olvidado el número de la calle), a la vuelta de nuestro apartamento.

En cierto sentido, una tienda de golosinas es algo bueno. La trabajas tú mismo y el trabajo es constante. El beneficio es pequeño, pero no inexistente. Atravesamos toda la Gran Depresión sin que nos faltara de comer y sin angustiarnos temiendo que mi padre pudiera perder el empleo y acabáramos todos acogidos a la Beneficencia. A aquellos de mis lectores que no hayan vivido la Gran Depresión, les aseguro sinceramente que tuvimos mucha suerte.

Desde otro punto de vista, una tienda de golosinas es, en cierto sentido, una maldición. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el horario de las confiterías era de las seis de la mañana a la una de la madrugada, siete días por semana y sin festivos. Esto significa que desde los seis años no conocí sino ocasionales y fugaces ratos de ocio con alguno de mis progenitores. Además, una tienda de golosinas sólo puede salir adelante con la asistencia de toda la familia. Así pues, tuve que ayudar. Año tras año fui haciéndome cargo de una parte cada vez mayor de las tareas.

El trabajo no era arduo, pero me obligaba a permanecer detrás del mostrador durante casi todo mi tiempo libre, vendiendo golosinas y cigarrillos, dando cambio,

repartiendo periódicos, corriendo una manzana y media para avisar a alguien de que lo llamaban por teléfono, y así sucesivamente. Eso me alejó de la alegre vida social de mis coetáneos, eliminando el *punchball*, el *ring-a-levio* y muchos juegos semejantes.

Aunque no del todo, por supuesto. En aquella época (y, por lo que sé, quizá también en nuestros días), había «modas». Un día todos se dedicaban a juegos complicados con las canicas. Al siguiente las canicas habían desaparecido y todos usaban peones o damas (que servían para un juego maravilloso llamado *skelly*). Podía jugar a todo con bastante habilidad, pero como tenía estrictamente prohibido jugar «por dinero», cosa que mi padre censuraba, me costaba convencer a los demás niños para que jugaran conmigo «por diversión». («No resulta divertido jugar por diversión», decían ellos.)

Como es de suponer, la vida no era sólo trabajo. Frente a la tienda de golosinas había un cine. Todos los sábados por la tarde, mi madre me daba diez centavos y me vigilaba mientras cruzaba la calle. Con diez centavos veía dos películas mudas, una comedia, un dibujo animado y, lo mejor de todo, «un episodio», nombre que dábamos a las series cinematográficas de aquella época.

También leía mucho. En casa no había libros, pues éste era uno de tantos lujos que no podíamos permitirnos, pero antes de cumplir yo siete años mi padre me consiguió una tarjeta de la biblioteca. La primera vez que tomé solo el autobús hasta la biblioteca para sacar libros, conocí el sabor de la libertad.

Pero sólo podía ir a la biblioteca a ciertas horas, no podía sacar más de dos libros y generalmente los terminaba antes de la fecha de devolución, a pesar de que procuraba leer con suma lentitud. En consecuencia, me atraía poderosamente la estantería de revistas de la tienda de mi padre. Estaba repleta de un material de lectura fascinante.

De una cuerda tendida a lo ancho del escaparate colgaba una docena de ediciones de bolsillo, que eran novelas de Frank Merrywell y Nick Carter, novelas que yo ansiaba. Había otros objetos con fotografías en la cubierta; luego supe que se llamaban revistas y algunas resultaban especialmente fascinantes; tenían retratos de personas que se apuntaban con revólveres y esto parecía grandioso. Incluso había revistas con nombres como «Noches de París», cuyo propósito no entendía claramente, con ilustraciones en color que suscitaban en mí una intensa curiosidad.

Pero mi padre se oponía a que las cogiera. Sencillamente, no me permitía leer ninguna de las revistas que vendía, pues las consideraba lectura barata y sensacionalista, que embotaría y arruinaría mi aguda inteligencia. Por supuesto, yo no estaba de acuerdo, pero mi padre era un hombre notablemente testarudo y seguía fiel a la noción europea de que papá es el que manda.

Mi destino se acercaba sin que yo me diera cuenta.

La primavera de 1926 se puso a la venta en los puestos de periódicos la primera revista que se dedicaría exclusivamente a la ciencia-ficción. Se titulaba «Amazing Stories»; el primer ejemplar llevaba fecha de abril y su editor era Hugo Gernsback.

Para realizar la revista, Gernsback al principio se vio obligado a reimprimir principalmente relatos clásicos de escritores europeos. Hasta el ejemplar de agosto de 1928 no se inauguró realmente el nuevo mundo. En ese número apareció la primera entrega de un folletín titulado *The Skylark of Space*, de Edward E. Smith y Lee Hawkins Garby.

Como literatura, era una birria (¡el buen Doc Smith me perdona!), pero tenía algo más que buena redacción, mucho más. Era una aventura sin precedentes. Relataba por primera vez el tema de los viajes interestelares. Había distancias inconmensurables y peripecias tremendas. La acción no decaía ni un segundo y los héroes eran indestructibles.

Los lectores atraídos por «Amazing Stories» enloquecieron. Fue el primer gran «clásico» de la ciencia-ficción americana en revistas y el precursor de toda la ciencia-ficción de origen norteamericano, que desde entonces ha dominado la literatura mundial en ese campo.

Pero *The Skylark of Space* se fue como había venido, sin que yo me enterase. Ni siquiera recuerdo haber visto «Amazing Stories» en el puesto de mi padre durante el período de 1926 a 1928. Debió estar, pero no queda rastro de ella en mi memoria.

Sin embargo, 1928, el año de *The Skylark of Space*, fue notable para mí en varios sentidos.

En primer lugar, conocí a un joven excepcional que iba a influir en mí mucho más poderosamente de lo que imaginaba entonces. Tenía aproximadamente mi edad, era más menudo que yo y de piel mucho más oscura. De algún modo, descubrí que él sabía contar cuentos que me cautivaban; al mismo tiempo, él descubrió que yo era un público sumamente dispuesto a ser cautivado.

Nos buscamos durante meses para desempeñar los papeles de narrador y público. Él parloteaba elocuentemente mientras íbamos y volvíamos de la biblioteca, o cuando nos sentábamos en el portal de alguna casa.

La importancia radica en esto, precisamente: por primera vez comprendí que los cuentos podían «inventarse». Hasta entonces había supuesto que los cuentos sólo existían en los libros, y que sin duda habían existido así desde el principio de los tiempos, sin que ningún hombre los hubiera creado.

De los cuentos que mi amigo me contó sólo me quedan recuerdos muy vagos. Creo que relataban las aventuras de un grupo de hombres que siempre se enfrentaban a peligrosos villanos y los vencían. El jefe del grupo, experto en el uso de todas las armas imaginables, se llamaba Dodo «Armas» Windrows, y su lugarteniente era un

tal Jack Winslow.

No sé si mi amigo se inventaba realmente los cuentos o aprovechaba lo que había leído. En aquel entonces no me cabía duda de que hablaba a medida que se le iba ocurriendo. Si miro hacia atrás, me parece que su entusiasmo era el propio de un creador, y no el de un adaptador.

Ambos tomábamos precauciones para que nadie descubriese nuestro pasatiempo. En cierta ocasión mi amigo explicó que los otros chicos «se reírían de nosotros». Quizá pensaba que sus relatos no eran muy buenos y, si bien yo parecía apreciarlos, tal vez a otros no les gustaran. Como a cualquier artista auténtico, no le gustaba exponerse innecesariamente a posibles críticas adversas.

En cuanto a mí, mi principal temor era que mi padre llegase a enterarse. Sabía por intuición que los cuentos de mi amigo quedarían incluidos en la despreciable categoría de «literatura barata», y que yo sería rescatado a la fuerza de su influencia perniciosa. Como yo no quería que esto sucediera y me daba cuenta de que los cuentos de mi amigo tenían un estilo semejante a los relatos de las revistas sensacionalistas, mi curiosidad hacia esas revistas aumentó.

¡Ah!, pero no duró mucho. Hacía pocos meses que disfrutábamos de esta orgía narrativa, cuando la familia de mi amigo se mudó de barrio, y naturalmente se lo llevó. Jamás regresó, jamás me visitó, jamás me escribió. Nunca supe a dónde se habían trasladado, y poco después mi familia también se mudó. El contacto quedó roto para siempre.

Ahora pienso que mi amigo el narrador no podía extraer tanto placer de las historias que él mismo inventaba mientras paseábamos (todo parece demostrarlo), sin intentar convertirse en escritor al llegar a la edad adulta. Conozco un poco esa inquietud particular, y estoy seguro de que él lo habría intentado. Me parece que, si lo intentó, debió tener éxito.

No he olvidado su nombre y estoy seguro de que no existe ningún escritor que se llame como él. ¿Emplea un seudónimo? ¿Está muerto? No lo sé, pero me gustaría saberlo.

Saliéndonos de lo personal y por amor a los datos, 1928 fue también el año en que recibimos la ciudadanía. Mis padres habían cumplido con los cinco años de residencia exigidos y en septiembre recibieron los documentos. Como menores de edad, mi hermana y yo figurábamos en los documentos de ciudadanía de mi padre y, por consiguiente, nos convertimos automáticamente en ciudadanos norteamericanos. (Después de casarme y dejar el hogar paterno, obtuve en 1943 mis propios documentos, de modo que ya no necesito pedirle a mi padre que abra su caja de caudales cada vez que me veo obligado a demostrar mi ciudadanía. Conste esta información para hacer, saber, a cualquier posible biógrafo que encuentre mi registro civil del año 1943, que en realidad soy ciudadano americano desde 1928.)

El año concluyó con un nuevo cambio de domicilio. Mi padre había aumentado sus ahorros gracias a la confitería y pensó que era el momento de venderla y comprar otra. En parte, supongo, por creer que un cambio le haría bien. Además, porque siempre había esperado que otra confitería fuera más lucrativa.

Por consiguiente, en diciembre de 1928 nos mudamos a la calle Essex 651, esquina Avenida New Lots. Allí estuvo nuestra segunda confitería. Tuve que pasar de la Escuela Pública 182 a la Escuela Pública 202, lo cual exigió otra adaptación traumática a nuevas amistades.

Al fin llegó el verano crucial de 1929, durante el cual todo pareció conspirar para cambiar el rumbo de mi vida. (Fue el último verano de los Locos Veinte, el último destello de alegría antes del crac de la Bolsa y el comienzo de la Gran Depresión pero, naturalmente, nadie lo sabía.)

En primer lugar, fue una época de crisis para «Amazing Stories». Aunque se vendía bien, hubo unas intrigas comerciales que exceden la comprensión de mi mentalidad esencialmente sencilla (Sam Moskowitz conoce esa historia con todo detalle), y Gernsback tuvo que renunciar a la propiedad de la revista.

Creo que el último número de lo que podemos denominar la «Amazing de Gernsback» fue el de junio de 1929. (Tal vez me equivoque en uno o dos meses.) Se habían publicado treinta y nueve números. Teck Publications se hizo cargo de la revista, por lo que consideraremos el número de julio de 1929 como el principio de la «Amazing de Teck».

Gernsback, hombre de muchos recursos, no tenía intenciones de abandonar la edición de revistas ni, por lo que hace a nuestro asunto, la ciencia-ficción. Sin pérdida de tiempo, creó otra revista de ciencia-ficción que desde ese momento competiría con «Amazing Stories» y duplicaría el material de lectura del público adicto a la ciencia-ficción. La nueva revista de Gernsback se llamó «Science Wonder Stories», y el primer número lleva fecha de junio de 1929.

No satisfecho con esto, Gernsback lanzó una revista paralela llamada «Air Wonder Stories», cuyo primer número fue el de julio de 1929. De este modo, el material de ciencia-ficción quedó triplicado. La existencia de estas nuevas revistas demostraría ser de incalculable importancia para mí.

El mes de junio, cuando ambas revistas se hallaban por primera vez en los puestos, completé mi paso por el quinto grado. Al finalizar el período lectivo, un grupo selecto de la clase fue invitado por la maestra a visitar la Estatua de la Libertad. Yo no fui incluido, pues mis notas en «comportamiento» no alcanzaban el mínimo. Sin embargo, me mostré tan compungido que la maestra —recordando, por lo visto, que yo era el alumno más inteligente del curso— sacó el asunto a votación. Mis buenos compañeros accedieron, y fui.

La visita tuvo lugar el 2 de julio de 1929. Lo recuerdo porque ese día cumplí nueve años y medio. Fue algo excitante, pero lo más notable consistió en que, por primera vez en mi vida, emprendía un viaje importante sin mis padres. El hecho de que la maestra nos acompañase no contaba. Ella no estaba revestida de autoridad paterna. Experimenté la extraordinaria sensación de haber alcanzado la virilidad.

El tercer acontecimiento de esta época fue que mi madre quedó embarazada por tercera vez (tengo motivos para creer que este embarazo no había sido planificado) y el niño iba a nacer en julio. Esto significaba que mi madre no podía ayudar en la tienda. Mi pobre padre estaba sumamente preocupado, pues sólo contaba con un ayudante de nueve años.

Observad ahora la concatenación de los acontecimientos.

Poco después de mi visita a la Estatua de la Libertad, vi en la estantería la nueva revista llamada «Science Wonder Stories». Se trataba del número de 1929, el tercero de su existencia. En primer lugar, la vi porque la cubierta era de Frank R. Paul, el dibujante que siempre trabajó con Gernsback, un hombre que pintaba exclusivamente en colores primarios y se había especializado en maquinarias complicadas y futuristas.

Pero también la vi porque era nueva, y mi ojo no estaba acostumbrado a ella. Por último, reparé en ella porque el título contenía la palabra «ciencia». Eso era lo más importante. Yo sabía lo que era la ciencia; había leído libros sobre ciencia. Tenía la seguridad de que la ciencia se juzgaba como una actividad mentalmente enriquecedora y espiritualmente edificante. Además, gracias a nuestras charlas ocasionales sobre las tareas escolares, sabía que tal era la opinión de mi padre.

Bien; la pérdida de mi amigo el narrador dejó en mí un vacío que me corroía; la visita a la Estatua de la Libertad despertó en mí el deseo de hacer valer mi independencia y discutir con mi padre, y la palabra «ciencia» me dio el necesario punto de apoyo.

Cogí la revista y, no poco intimidado, me acerqué a mi formidable padre. (Me resulta difícil creer que en esa época sólo tenía treinta y dos años. A mí me parecía infinitamente viejo... al menos tan viejo como Moisés.)

Hablé rápidamente, subrayé la palabra «ciencia», mostré los dibujos de máquinas futuristas que ponían de manifiesto cuan avanzada era y creo que señalé con claridad mi intención de tomármelo muy a pecho si él se negaba. Aquí intervino el punto final de la concatenación de los acontecimientos: mi padre, distraído con la inminente llegada del nuevo bebé, no estaba para ocuparse de trivialidades. Me dio permiso.

Luego revisé todo el mostrador en busca de cualquier otra revista del mismo tipo, decidido a mantener con todas mis energías el argumento legal de que el permiso para leer una de esas revistas implicaba el permiso para todas las demás, aunque no figurase en el título la palabra «ciencia».

Encontré rápidamente el número de agosto de 1929 de «Amazing Stories» y, por supuesto, el número de agosto de 1929 de «Air Wonder Stories». Me preparé para la batalla, pero ésta no tuvo lugar. Mi madre ingresó en el hospital y mi padre accedió a todo. Mi hermano Stanley nació el 25 de julio.

Me gustaría recordar los cuentos que leí en las primeras revistas de ciencia-ficción, pero no puedo. Sólo recuerdo que la cubierta de «Amazing Stories» de agosto de 1929 ilustraba el relato *Barton's Island*, de Harl Vincent, pero he olvidado el argumento.

Uno de los factores que seguramente contribuyeron a que mi padre me permitiese leer las revistas de ciencia-ficción fue su aspecto respetable.

En esa época, había en los puestos dos tipos de revistas. Las más pequeñas, de dieciocho por veinticinco centímetros, se imprimían en papel barato de pulpa de madera, sin satinar y muy mal cortadas. Estas revistas, popularmente llamadas «pulp magazines», incluían relatos de acción de diversos géneros; una se dedicaba a las aventuras del oeste, otra a cuentos de misterio, otra a la selva, otra a cuentos deportivos, otra a historias de guerra aérea y así sucesivamente.

Mi padre leía algunas de estas revistas «pulp» —para mejorar su inglés, según decía—, pero por nada del mundo habría permitido que las leyera yo. Durante años discutimos por «The Shadow» y «Doc Savage»; mas adelante, bien mediada mi adolescencia, empecé a leerlas desafiadamente sin su permiso. Solía mirarme con reprobación siempre que me pescaba leyendo una de aquellas revistas; aunque esas miradas me llegaban al alma, seguía leyendo.

Pero también había revistas de tamaño mayor, de veintidós por veintiocho centímetros o más, editadas en papel satinado de buena calidad y bien cortadas. Eran las «de lujo». No creo que muchas de ellas fueran literariamente mejores que las «pulp», pero tenían mejor aspecto.

Pues bien: «Amazing Stories», «Science Wonder Stories» y «Air Wonder Stories», aunque impresas en papel de pulpa e incluyendo a veces autores que escribían normalmente para las revistas de tal categoría, eran de tamaño grande y tenían bordes regulares. Se ponían en el mismo estante que las «de lujo», no con las «pulp» (¡eso nunca! Habría sido el beso de la muerte). En consecuencia, gozaban de una compañía respetable.

Las revistas «pulp» generalmente costaban diez centavos, mientras que las tres revistas de ciencia-ficción costaban veinticinco lujosos centavos. Como siempre, el precio alto se interpretaba como sinónimo de calidad.

En 1927 Gernsback se vio enfrentado a una superabundancia de originales y sacó un número especial de «Amazing Stories», de la cual era todavía propietario, incluyendo más páginas que en el número corriente y llamándolo «Amazing Stories

Annual». Fue un éxito y desde entonces sacó ejemplares similares a intervalos trimestrales. Esta «Amazing Stories Quarterly» siguió apareciendo bajo la dirección de Teck. Cuando Gernsback lanzó sus nuevas revistas creó también una «Science Wonder Quarterly».

Los ejemplares trimestrales eran magníficos. Mientras los ejemplares comunes de las revistas de ciencia ficción contenían 96 páginas y unas 100.000 palabras, las trimestrales contenían 144 páginas y alrededor de 150.000 palabras. Los ejemplares normales publicaban novelas por entregas (por lo general en tres partes), pero los trimestrales podían publicarlas completas. Claro que las ediciones trimestrales costaban cincuenta centavos, un precio muy elevado para aquella época, y mi padre no siempre las recibía de las distribuidoras. Por esta razón, algunas se me escaparon. Pero cuando las recibía, ¡qué festín me daba!

(Ahora pienso que si mi padre no hubiera poseído un puesto de revistas, en aquel entonces no habría tenido yo la menor posibilidad de leer revistas de ciencia-ficción, salvo los ejemplares que pudiera pedir prestados; si bien ésta es una hipótesis muy improbable. Nunca habría sido capaz de reunir veinticinco o cincuenta centavos para algo tan poco esencial como este género de lecturas... Disculpadme mientras domino un estremecimiento ante la idea. En seguida continuaré.)

Hacia fines de 1929 apareció en los puestos otra revista de ciencia-ficción. Su primer número lleva fecha de enero de 1930. Se titulaba «Astounding Stories of Super-Science». La última parte de la frase fue suprimida y se convirtió en «Astounding Stories». La editaba Clayton Publications y ahora se la conoce como la «Astounding de Clayton», para diferenciarla de transformaciones posteriores.

Evidentemente, la «Astounding de Clayton» fue un pariente pobre. En primer lugar, era del mismo tamaño y calidad de las revistas «pulp», y se colocaba donde ellas. Eso me contrarió, y no me atrevía a leerla, creyendo que seguramente me lo prohibirían. Sin embargo, mi padre no dijo nada. Habiendo cedido la primera vez, no se veía con autoridad para reanudar la batalla.

«Astounding Stories» publicaba relatos tipo «aventuras» que, incluso para mi criterio infantil, parecían menos elaborados que los de «Amazing Stories». De hecho, aunque leí todos los números de la «Astounding de Clayton» —hasta un total de treinta y cuatro— ninguno de los cuentos ha quedado grabado en mi memoria, y no se recogen en esta antología.

De los primeros cuentos que recuerdo, casi todos aparecieron en «Amazing Stories», que se llamaba a sí misma «la aristócrata de la ciencia-ficción». Y en mi opinión, lo fue. Durante los cuatro primeros años que leí ciencia-ficción, «Amazing Stories» siempre me acompañó.

Las novelas eran de lo más arrebatador. Tenían argumentos muy complicados,

aventuras sumamente detalladas y, sobre todo, las entregas concluían siempre en el momento más emocionante. Luego había que esperar un aburrido mes hasta la próxima aparición. Más tarde supe que algunos lectores solían guardarse los números para leer las series completas. Pero yo, naturalmente, no podía hacerlo. Tenía que devolver las revistas para su venta.

El primer serial que recuerdo, y con el cual disfruté de un modo indecible, fue *Cities in the Air* de Edmond Hamilton, que apareció en dos partes en «Air Wonder Stories», números de noviembre y diciembre de 1929. Aún recuerdo la dramática ilustración de cubierta que hizo Paul para ese serial, con unas ciudades de rascacielos edificadas sobre inmensas losas circulares en el aire.

El siguiente serial que recuerdo es *The Universe Wreckers*, publicado en tres entregas de «Amazing Stories», números de mayo, junio y julio de 1930. También era obra de Edmond Hamilton. Teniendo en cuenta esto y la impresión que dejaron en mí, creo poder afirmar que Ed era mi autor preferido en aquella temprana época.

Al llegar a la edad adulta he tratado con frecuencia a Ed y a su encantadora esposa Leigh Brackett —también escritora—, pero jamás se me ocurrió contarle esto. Supongo que ni yo mismo me había dado cuenta, hasta que comencé a ordenar mis recuerdos para preparar este libro.

También leí *The Drums of Tapujos*, del capitán S. P. Meek, en tres entregas publicadas en los números de noviembre y diciembre de 1930 y enero de 1931 de «Amazing Stories». Me llamó la atención asimismo *The Black Star Passes*, de John W. Campbell hijo, novela publicada íntegramente en la «Amazing Stories Quarterly» del otoño de 1930.

Estos cuentos, que son novelas por su extensión, no pueden ser incluidos en esta antología, limitada a narraciones de menos de cuarenta mil palabras.

Durante mis dos primeros años como lector de ciencia-ficción gocé de una cantidad inesperada de tiempo para leer. Como mi hermano era bebé, se me dispensó de ayudar en la confitería para que le atendiera.

Vigilar a Stanley era mucho mejor que permanecer detrás del mostrador, ya que prácticamente no exigía trabajo. Excepto darle el biberón si lloraba (o mecer el cochecito) y ocuparme de que no se cayera y de que no bajara un águila del cielo para llevárselo, sólo me restaba permanecer sentado junto a él. Recuerdo los cálidos días estivales de 1930, mientras contaba las horas que faltaban hasta el lunes siguiente al Día del Trabajo, momento en que emprendería la aventura de la escuela secundaria inferior. Solía sentarme junto al cochecito con la silla apoyada contra la pared de la casa, para leer una revista de ciencia-ficción, ajeno al mundo que me rodeaba, salvo mi respuesta automática a cualquier signo de descontento del niño.

A veces, para evitar los calambres, daba sesenta o setenta vueltas a la manzana

empujando el cochecito, con la revista de ciencia-ficción apoyada en la manija.

Aquel verano la nación, naturalmente, no compartía mi beatitud idílica. La Bolsa había quebrado en octubre de 1929, y desde entonces la situación económica empeoraba constantemente. Había comenzado la Gran Depresión. Los clientes de mi padre tenían menos dinero, por lo que gastaban menos en dulces. Las cosas se pusieron difíciles y la segunda confitería, después de seis meses de modesta prosperidad, demostró claramente que no iba a ser más lucrativa que la primera.

Las revistas de ciencia-ficción sufrieron las consecuencias como todo lo demás. «Amazing Stories» y «Science Wonder Stories», que nunca habían pagado demasiado bien a sus autores, empezaron a hacerlo peor que nunca (en un rasgo de humor negro se decía que para conseguir un cuarto de centavo por palabra era preciso demandarlas judicialmente). Pese a su calidad inferior, «Astounding Stories» pagaba mejor y con más puntualidad. Con esto se llevó a todos los autores, agravando los problemas de las revistas de formato grande.

«Amazing Stories» soportó heroicamente los tiempos difíciles y siguió apareciendo sin alteraciones, a primera vista. En cambio, las revistas de Gernsback siguieron una evolución nefasta.

«Air Wonder Stories», a decir verdad, era demasiado especializada. Sus relatos se limitaban a los viajes aéreos futuristas, y esto no daba paso a una variedad suficiente. Supongo que su circulación se resentiría de ello, pues el número undécimo, de mayo de 1930, fue también el último. En junio de 1930 se fundió con «Science Wonder Stories» y la combinación de ambas recibió, lógicamente, el nombre de «Wonder Stories».

Pero al cabo de cinco números, el equipo de la nueva revista comprendió que aún no era suficiente y quiso mejorar su posición en el mercado imitando más servilmente a «Astounding Stories». Con el número de noviembre de 1930, «Wonder Stories» adoptó el tamaño «pulp»; de este modo, «Amazing Stories» pasaba a ser la única revista de ciencia-ficción con formato «de lujo».

EL HOMBRE QUE EVOLUCIONÓ

Edmond Hamilton

Aquella noche que en vano intento borrar de mi memoria, estábamos los tres en casa de Pollard. Éramos el doctor John Pollard, Hugh Dutton y yo, Arthur Wright. Aquella noche, Pollard halló un destino cuyo horror nadie podía imaginar; desde aquella noche Dutton vive en una institución estatal dedicada al cuidado de los enfermos mentales, y soy el único que puede relatar lo que ocurrió.

Dutton y yo fuimos a la aislada casa de campo de Pollard, por invitación de éste. Los tres habíamos sido amigos y compañeros de habitación de la Universidad Técnica de Nueva York. Tal vez nuestra amistad fuese algo extraña, ya que Pollard tenía algunos años más que Dutton y yo, y su temperamento era distinto, más sereno por naturaleza. Había seguido una carrera superior en Biología, en lugar de los estudios medios de ingeniería a los que habíamos asistido Dutton y yo.

Aquella tarde, mientras Dutton y yo íbamos en dirección norte a lo largo del Hudson, nos dedicamos a recordar lo que sabíamos acerca de la carrera de Pollard. Sabíamos que se había licenciado y doctorado, y habíamos oído decir que trabajó a las órdenes de Braun, el biólogo vienés cuyas teorías provocaron grandes polémicas. Por casualidad, supimos que después regresó para dedicarse a la investigación privada en una casa de campo que había heredado, situada a orillas del Hudson. Pero desde entonces no teníamos noticias de él y nos sorprendió el recibir unos telegramas en que nos invitaba a pasar el fin de semana en su casa.

Era uno de esos anocheceres veraniegos cuando Dutton y yo llegamos a un pequeño pueblo ribereño. Allí nos indicaron cómo encontrar la casa de Pollard, situada a uno o dos kilómetros de distancia. La encontramos sin dificultad; se trataba de una espléndida y vieja casa construida sobre pilotes, que durante más de cien años había descansado sobre una colina baja, dominando el río. Las dependencias se apiñaban alrededor de la casona como los polluelos alrededor de la clueca.

Pollard salió a recibirnos:

—¡Muchachos, cómo habéis crecido! —fueron sus primeras palabras—. ¡Os recordaba como Hughie y Art, los alborotadores de la Facultad, y ahora parecéis unos respetables socios de la Cámara de Comercio, dedicados a hablar eternamente sobre los problemas del mercado.

—Es el efecto serenante de la vida comercial —explicó Dutton sonriendo—. A ti no te ha alcanzado, vieja ostra... Eres el mismo de hace cinco años.

Así era; su figura esbelta, la sonrisa lenta y los ojos curiosamente pensativos no habían cambiado en lo más mínimo. Pero la actitud de Pollard parecía mostrar algo

más que excitación normal, y se lo dije.

—Si parezco un poco excitado, es porque hoy es un gran día para mí —respondió.

—Bien, tienes suerte al lograr que dos hombres importantes como Dutton y yo se hayan molestado en venir hasta esta ermita —comencé a decir, pero él meneó la cabeza sonriendo.

—No me refiero a eso, Art, aunque me alegra mucho que hayáis venido. En cuanto a mi ermita, como la llamas, no la critiques. Aquí he podido hacer trabajos que jamás habría logrado realizar entre las múltiples ocupaciones de un laboratorio de la ciudad —tenía los ojos encendidos—. Si supierais... Pero no nos apesuremos; pronto lo sabréis. Entremos... ¿tenéis hambre?

—Hambre... no mucha —le aseguré—. Podría devorar medio buey o una menudencia por el estilo pero, en realidad, hoy no tengo ganas de comer nada más.

—Lo mismo digo —respondió Dutton—. Últimamente hago régimen. Dame algunas docenas de bocadillos y un cubo de café, y lo consideraré una comida completa.

—Bien, ya veremos qué podemos hacer para tentar vuestros delicados apetitos —dijo Pollard mientras entrábamos.

Descubrimos que la casona era muy cómoda, con espaciosas habitaciones de techo bajo y amplias ventanas que miraban al río. Después de dejar nuestros equipajes en un dormitorio, mientras el ama de llaves y la cocinera se ocupaban de la cena, hicimos con Pollard una gira de inspección de la propiedad. Lo que más nos interesó fue su laboratorio.

Se trataba de un ala pequeña que había agregado a la casa; había construido el exterior en madera para que armonizara con el resto del edificio. El interior era un espectáculo resplandeciente, con paredes de azulejos blancos e instrumentos que lanzaban destellos.

Una inmensa estructura cúbica de metal transparente, coronada por un enorme cilindro de metal semejante a un gigantesco tubo de vacío, ocupaba el centro de la habitación. Luego pasamos a un cuarto contiguo, de suelo enlosado, donde estaban las dínamos y motores de su central privada de energía.

Había anochecido cuando terminamos de cenar, pues la cena se prolongó con la evocación de nuestros recuerdos. El ama de llaves y la cocinera se habían ido, y Pollard explicó que las criadas no dormían en la casa. Nos sentamos a fumar en el salón y Dutton observó con admiración el cómodo ambiente que nos rodeaba.

—No parece tan mala tu ermita, Pollard —comentó—. No me molestaría llevar esta vida fácil durante un tiempo.

—¿Vida fácil? —repitió Pollard—. Eso es lo que tú crees, Hugh. En realidad, nunca en mi vida he trabajado tanto como aquí durante los dos últimos años.

—¿Y en qué demonios has trabajado —inquirí—. ¿En algo tan subversivo que tuviste que ocultarlo aquí?

Un proyecto delirante

Pollard rió entre dientes.

—Eso creen en el pueblo. Saben que soy biólogo y que tengo un laboratorio. Por ello sacan de antemano la conclusión de que me dedico a vivisecciones de naturaleza particularmente espantosa. Por eso las criadas no duermen aquí. De hecho —agregó—, si los del pueblo supieran realmente en qué estoy trabajando, se aterrorizarían diez veces más.

—¿Estás tratando de jugar con nosotros a ser un gran científico misterioso? —inquirió Dutton—. Si es así, pierdes el tiempo... Te conozco, forastero, así que quítate la máscara.

—Exacto —le dije—. Si intentas excitar nuestra curiosidad, descubrirás que aún somos capaces de encenderte el pelo tan diestramente como hace cinco años.

—Casi siempre terminabais con los ojos morados —puntualizó—. Pero no tengo intención de excitar vuestra curiosidad... De hecho, os pedí que vinierais para mostraros lo que he logrado, y para que me ayudéis a terminarlo.

—¿Ayudarte? —preguntó Dutton—. ¿A qué podemos ayudarte? ¿A disecar gusanos? ¡Ya veo qué fin de semana nos espera!

—Se trata de algo más que de disecar gusanos —dijo Pollard. Se reclinó y fumó un rato en silencio antes de hablar de nuevo—. ¿Sabéis algo acerca de la evolución? —preguntó.

—Sé que es una palabra nefanda en algunos Estados —repuse— y que cuando la digas debes sonreír, maldita sea.

Él sonrió.

—Sin embargo, no ignoraréis que toda la vida de esta Tierra comenzó como simple protoplasma unicelular, que mediante sucesivas mutaciones o cambios evolutivos alcanzó sus formas presentes y sigue desarrollándose lentamente.

—Lo sabemos... Aunque no seamos biólogos, ello no te autoriza a pensar que ignoramos totalmente de qué trata la biología —puntualizó Dutton.

—Cállate, Dutton —le aconsejé—. Pollard, ¿qué tiene que ver la evolución con la investigación que has realizado aquí?

—Es mi investigación —respondió Pollard. Se inclinó hacia adelante—. Trataré de explicároslo desde el principio. Conocéis, o decís conocer, los pasos principales del desarrollo evolutivo. En esta Tierra la vida comenzó como simple protoplasma, una masa gelatinosa, a partir de la cual se desarrollaron pequeños organismos

unicelulares. A partir de éstos se desarrollaron, a su vez, las criaturas marinas, los saurios terrestres, los mamíferos, a través de mutaciones sucesivas. Hasta ahora, ese proceso evolutivo infinitamente lento ha alcanzado su punto más alto con el mamífero Hombre, y continúa con la misma lentitud. Éste es un hecho biológico comprobado pero, hasta ahora, han quedado sin responder dos grandes preguntas relativas a este proceso evolutivo. La primera: ¿cuál es la causa del cambio evolutivo, la causa de las mutaciones lentas y constantes hacia formas superiores? La segunda: ¿cuál será el camino futuro de la evolución del hombre; hacia qué formas evolucionará el hombre futuro y dónde se detendrá su evolución? Por ahora, la biología no ha sido capaz de responder a estas dos preguntas.—Pollard guardó silencio un momento y luego agregó con serenidad—: Encontré la respuesta a una de estas preguntas, y esta noche encontraré la de la otra.

Le miramos fijamente.

—¿Quieres tomarnos el pelo? —pregunté por último.

—Hablo absolutamente en serio, Arthur. He resuelto realmente el primero de estos problemas, he descubierto la causa de la evolución.

—¿De qué se trata? —estalló Dutton.

—De lo que hace algunos años piensan ciertos biólogos —repuso Pollard—. Los rayos cósmicos.

—¿Los rayos cósmicos? —repetí—. ¿Las vibraciones del espacio que descubrió Millikan?

—Sí, los rayos cósmicos, la longitud de onda más corta y la energía vibratoria más penetrante. Se ha sabido que bombardean incesantemente nuestro planeta desde el espacio exterior, despedidos por esos inmensos generadores que son las estrellas, y también se ha sabido que deben ejercer una gran influencia, de un modo u otro sobre la vida en la Tierra. He demostrado que existe esa influencia... ¡y que es lo que llamamos evolución! Pues son los rayos cósmicos que chocan contra todo organismo viviente de la Tierra los que provocan profundos cambios en su estructura, llamados mutaciones. Ciertamente, los cambios son lentos, pero tal es la causa de que la vida se haya elevado desde el primer protoplasma hasta el hombre a través de las edades, y aún siga elevándose.

—¡Santo Dios, Pollard! ¡No estás hablando en serio! —protestó Dutton.

—Tan en serio, que esta noche arriesgaré mi vida por mi descubrimiento —respondió Pollard con gran seguridad.

Quedamos sorprendidos.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que he descubierto en los rayos cósmicos la causa de la evolución, la respuesta a la primera pregunta, y que esta noche, mediante ellos, responderé a la segunda pregunta y averiguaré cuál será el futuro desarrollo evolutivo del hombre.

—Pero, ¿cómo podrías...?

Pollard le interrumpió.

—Es muy sencillo. En los últimos meses he logrado algo que ningún físico pudo hacer: concentrar los rayos cósmicos y al mismo tiempo quitarles sus propiedades dañinas. ¿Visteis en mi laboratorio el cilindro que corona el cubo de metal? Ese cilindro recoge literalmente desde una distancia inmensa los rayos cósmicos que golpean esta parte de la Tierra y los concentra dentro del cubo. Ahora bien, supongamos que esos rayos cósmicos concentrados, millones de veces más poderosos que los rayos cósmicos normalmente incidentes sobre la superficie terrestre, caen sobre un hombre que se halle dentro del cubo. ¿Cuál será el resultado? Los rayos cósmicos producen el cambio evolutivo, y como ya dije, aún modifican la vida sobre la Tierra, aún cambian al hombre, pero tan lentamente que resulta imperceptible. Pero, ¿qué pasaría con el hombre sometido a los rayos terriblemente intensificados? ¿Cambiará millones de veces más rápido que lo normal, atravesará en horas o minutos las mutaciones evolutivas que toda la humanidad recorrerá en eras futuras!

—¿Te propones intentar ese experimento? —grité.

—Me propongo intentarlo —respondió Pollard gravemente— y descubrir en mí mismo los cambios evolutivos que esperan a la humanidad.

—¡Pero es una locura! —exclamó Dutton.

Pollard sonrió.

—La vieja objeción —comentó—. Siempre que alguien intenta manipular las leyes de la naturaleza, se oye esa exclamación.

—¡Dutton tiene razón! —grité—. Pollard, has trabajado demasiado tiempo solo... has permitido que tu mente se alejara...

—Intentas decirme que me he vuelto un poco loco —afirmó—. No. Estoy cuerdo... tal vez maravillosamente cuerdo al intentar esto. —Su expresión cambió y sus ojos se volvieron soñadores—: ¿No comprendéis lo que podría significar para la humanidad? Los hombres del futuro serán para nosotros lo que nosotros somos para los monos. Si pudiéramos emplear mi método para que la humanidad venciese millones de años de desarrollo evolutivo en un solo paso, ¿no sería cuerdo?

La cabeza me daba vueltas.

—¡Santo cielo! Es todo tan absurdo... —protesté—. ¿Acelerar la evolución de la raza humana? En cierto modo, parece algo prohibido.

—Será glorioso si puede lograrse —respondió— y sé que es posible. Pero alguien debe adelantarse, debe recorrer los estadios del desarrollo futuro del hombre para descubrir cuál es el nivel más deseable, al que será transferida toda la humanidad. Sé que ese nivel existe.

—¿Y nos has invitado para que participemos en eso?

—Exactamente. Me propongo entrar en el cubo y dejar que los rayos

concentrados me conduzcan por el camino de la evolución; pero necesito a alguien que accione el mecanismo de encendido y apagado de los rayos en los momentos oportunos.

—¡Es absolutamente increíble! —exclamó Dutton—. Pollard, si esto es una broma, ya basta.

Por toda respuesta, Pollard se puso en pie.

—Ahora iremos al laboratorio —agregó sencillamente—. Estoy deseoso de comenzar.

No recuerdo cómo seguí a Pollard y a Dutton hasta el laboratorio, pues me sentía mareado. Cuando nos detuvimos delante del gran cubo sobre el cual se alzaba el gran cilindro de metal, me di cuenta de que todo aquello era real y verdadero.

Pollard entró en la sala de las dínamos y mientras Dutton y yo observábamos en silencio el gran cubo y el cilindro, las retortas y las redomas de ácido y el extraño instrumental que nos rodeaba, escuchamos el zumbido de los grupos electrógenos. Pollard regresó hasta el conmutador colocado en un cuadro de acero junto al cubo y, cuando bajó la palanca, se oyó un chasquido y el cilindro se llenó de luz blanca.

Pollard señaló el gran disco, que parecía de cuarzo, en el techo de la cámara cúbica, de donde caía el blanco haz de energía.

—Ahora el cilindro recoge los rayos cósmicos de una zona inmensa del espacio —dijo— y esos rayos concentrados caen a través del disco en el interior del cubo. Para interrumpir el paso de los rayos es necesario levantar este interruptor.

Se incorporó para levantar la palanca y la luz se apagó.

El hombre que evolucionó

Mientras mirábamos, se quitó rápidamente las ropas y revistió una holgada bata blanca.

—Dentro de lo posible, me gustaría observar los cambios que se produzcan en mi cuerpo —explicó—. Ahora entraré en el cubo, y vosotros pondréis en funcionamiento los rayos dejando que caigan sobre mí durante quince minutos. Esto equivale aproximadamente a un período de unos cincuenta millones de años de cambio evolutivo futuro. Pasados los quince minutos, cortaréis la emisión de rayos y podremos observar qué cambios han provocado. Luego reanudaremos el proceso, avanzando por períodos de quince minutos o, mejor dicho, de cincuenta millones de años.

—¿Pero dónde se detendrá... dónde interrumpiremos el proceso? —preguntó Dutton.

Pollard se encogió de hombros.

—Nos detendremos donde se detenga la evolución, es decir, cuando los rayos ya no me afecten. Ya sabéis que los biólogos, frecuentemente, se han preguntado cuál será el último cambio, el desarrollo final o la última mutación del hombre. Bien, esta noche lo sabremos.

Hizo ademán de entrar en el cubo, pero luego se detuvo, se acercó a un escritorio, cogió un sobre lacrado y me la entregó.

—Esto es por si me sucede algo fatal —dijo—. Contiene un testimonio firmado de mi puño y letra en el cual afirmo que vosotros no sois en modo alguno responsables de la que estoy haciendo.

—¡Pollard, renuncia a esta empresa blasfema! —grité, tomándole del brazo—. ¡Todavía estás a tiempo y esto me parece horrible!

—Creo que es demasiado tarde —sonrió—. Si cediese ahora, después no sería capaz ni de mirarme al espejo. ¡Ningún explorador estuvo nunca más ansioso que yo, al internarme en la senda de la evolución futura del hombre!

Entró en el cubo y se colocó directamente debajo del disco del techo. Hizo un gesto imperativo y yo, como un autómatas, cerré la puerta y bajé la palanca del interruptor.

El cilindro volvió a cubrirse de brillante luz blanca, y mientras los haces de resplandeciente energía blanca caían desde el disco del techo del cubo sobre Pollard, pudimos ver que todo su cuerpo se retorció como sometido a una energía eléctrica terriblemente concentrada. El chorro de emanaciones resplandecientes casi lo ocultó a nuestra vista. Sabía que los rayos cósmicos son invisibles, y supuse que la luz del cilindro era, en cierto modo, la transformación de parte de la energía en luz visible.

Dutton y yo observamos la cámara cúbica con el ánimo encogido, mientras distinguíamos fugazmente el cuerpo de Pollard. Yo tenía el reloj en una mano y la otra apoyada en el interruptor. Los quince minutos parecieron transcurrir con la lentitud de quince eternidades. Ninguno de los dos habló y el único sonido audible era el zumbido de los generadores y el crujido del cilindro que desde los espacios lejanos reunía y concentraba los rayos de la evolución.

Al fin la manecilla del reloj señaló el cuarto de hora; moví de un golpe la palanca y la luz del cilindro y del interior del cubo se apagó. Ambos lanzamos una exclamación.

Pollard estaba dentro del cubo, tambaleándose como si aún estuviera aturdido por efecto del experimento, ¡pero no era el Pollard que había entrado en la cámara! ¡Estaba transfigurado, parecía un dios! ¡Su cuerpo se había convertido en una gran figura, de tal poder y belleza física como nunca imaginamos que pudiera existir! Tenía varios centímetros más de estatura y de ancho, su piel era de un color rosa pálido y todos los miembros y músculos parecían modelados por un maestro escultor.

No obstante, el cambio principal se había producido en su rostro. Los rasgos

sencillos y de buen humor habían desaparecido, reemplazados por un rostro cuyas facciones perfectas respondían al inmenso poder intelectual que brillaba casi sobrecogedoramente en los límpidos ojos oscuros. ¡No es Pollard quien está ante nosotros, me dije, sino un ser muy superior, del mismo modo que el hombre más avanzado de hoy es superior al troglodita!

Salió del cubo y su voz llegó hasta nuestros oídos, clara, bronceada, triunfante.

—¿Veis? ¡Resultó tal como yo supuse! ¡Me hallo cincuenta millones de años adelante del resto de la humanidad en mi desarrollo evolutivo!

—¡Pollard! —mis labios se movieron con dificultad—. Pollard, esto es terrible... este cambio...

Sus ojos radiantes relampaguearon.

—¿Terrible! ¡Es maravilloso! ¿Comprendéis lo que soy ahora? ¿Podéis comprenderlo? ¡Mi cuerpo es el que tendrán todos los hombres dentro de cincuenta millones de años, y el cerebro que contiene se halla cincuenta millones por delante del vuestro en desarrollo!

Hizo un movimiento con la mano, abarcándolo todo.

—¡Este laboratorio y mi investigación anterior me parecen infinitamente minúsculos, infantiles! Los problemas que intenté resolver durante años, ahora podría resolverlos en cuestión de minutos.

¡Ahora puedo hacer por la humanidad más de lo que podrían hacer unidos todos los hombres vivientes!

—Entonces, ¿te detendrás en este estadio? —gritó Dutton ansiosamente—. No continuarás con esto, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Si el desarrollo de cincuenta millones de años produce un cambio así en el hombre, ¿que producirán cien, doscientos millones de años? Es lo que pretendo averiguar.

Lo tomé de la mano.

—¡Escúchame, Pollard! ¡Tu experimento se ha visto coronado por el éxito, ha cumplido tus sueños más descabellados. ¡Detente aquí! ¡Hombre, piensa lo que puedes lograr! Sé que siempre has ambicionado convertirte en uno de los grandes benefactores de la humanidad... ¡Deteniéndote aquí serás el más grande! ¡Puedes ser para la humanidad una prueba viviente de lo que tu proceso puede alcanzar y, con esta prueba, toda la humanidad estará dispuesta a convertirse en lo mismo que tú!

Se desprendió de mi mano.

—No, Arthur... he recorrido parte de la senda del futuro de la humanidad, y voy a continuar.

Volvió a entrar en la cámara mientras Dutton y yo mirábamos, impotentes. El laboratorio, la cámara cúbica, la figura del interior, semejante a un dios, que a la vez era y no era Pollard, parecía un sueño.

—Da paso a los rayos y déjalos actuar durante otros quince minutos —indicó—. Me hará avanzar otros cincuenta millones de años.

Sus ojos y su voz eran imperativos, de modo que miré la hora y accioné el interruptor. El cilindro volvió a llenarse de luz, la flecha de energía volvió a caer sobre el cubo y ocultó la espléndida figura de Pollard.

Durante los minutos siguientes, Dutton y yo observamos con febril intensidad. Pollard seguía de pie bajo la ancha flecha de energía. de modo que quedaba oculto a nuestra vista. ¿Qué revelaría este avance? ¿Cambiaría aún más. adoptando alguna forma gigante. o seguiría siendo el mismo, habiendo alcanzado el máximo desarrollo posible de la humanidad?

Cuando al final del período fijado desconecté el mecanismo, Dutton y yo quedamos trastornados. ¡Pollard había cambiado de nuevo!

Ya no era la figura radiante y físicamente perfecta de la primera metamorfosis. Su cuerpo parecía adelgazado y encogido; los contornos de los huesos eran visibles a través de la carne. Por cierto, su cuerpo parecía haber perdido la mitad del volumen y muchos centímetros de estatura y anchura, pero esto quedaba compensado por el cambio producido en el cráneo.

¡Porque la cabeza sustentada por aquel cuerpo débil era un inmenso balón saliente. que medía cuarenta y cinco centímetros de la frente a la nuca! Carecía casi totalmente de pelo y su gran masa se balanceaba precariamente sobre los hombros y el delgado cuello. Su rostro también había cambiado notablemente; los ojos eran más grandes, la boca más pequeña y las orejas también parecían de menor tamaño. La inmensa y abultada frente dominaba las facciones.

¿Era posible que éste fuera Pollard? Su voz llegó delgada y débilmente a nuestros oídos.

—¿Os sorprende verme esta vez? Bien. estáis viendo a un hombre que se halla cien millones de años más desarrollado que vosotros. Y he de confesar que os veo como vosotros veríais a dos cavernícolas salvajes y peludos.

—Pero. Pollard, ¡esto es espantoso! —gimió Dutton—. Este cambio es más terrible que el primero... si te hubieras detenido en el primero...

Los ojos del pigmeo de enorme cabeza que estaba en el cubo se cargaron de ira.

—¿Detenerme en aquel primer estadio? ¡Me alegro de no haberlo hecho! ¡El hombre que fui hace quince minutos... hace cincuenta millones de años, según el desarrollo... me parece semianimal! ¿Qué era su gran cuerpo simiesco en comparación con mi poderoso cerebro?

—¡Dices eso porque con este cambio te has alejado de los sentimientos y las emociones humanas! —estallé—. Pollard, ¿comprendes lo que estás haciendo? ¡Estás perdiendo tu aspecto humano!

—Lo comprendo perfectamente —afirmó—. y no veo nada deplorable en ello.

Esto significa que dentro de cien millones de años el hombre desarrollará su capacidad cerebral y no se preocupará lo más mínimo del desarrollo de su cuerpo. A dos seres burdos como vosotros esto, que para mí pertenece al pasado, os parece terrible, pero para mí es deseable y natural. ¡Poned nuevamente en marcha los rayos!

—¡No lo hagas, Art! —gritó Dutton—. ¡Ya hemos ido demasiado lejos con esta locura!

Los inmensos ojos de Pollard nos recorrieron con una fría amenaza.

—Pondrás en marcha los rayos —ordenó fríamente con su voz delgada—. Si no lo haces, tardaré sólo un momento en aniquilaros a ambos y continuaré solo.

—¿Nos matarías? —dije confundido—. ¿A nosotros, tus mejores amigos?

Su boca delgada pareció hacer una mueca de burla.

—¿Amigos? Estoy millones de años por encima de emociones tan irracionales como la amistad. La única emoción que despertáis en mí es el desprecio ante vuestro primitivismo. ¡Poned en marcha los rayos!

El monstruo cerebral

Sus ojos relampaguearon cuando dio la última orden y yo, como impulsado por una fuerza exterior a mí mismo, accioné el interruptor. La flecha de energía resplandeciente volvió a ocultarle a nuestra vista.

No sabría describir nuestros pensamientos durante el siguiente cuarto de hora, ya que Dutton y yo estábamos yertos de temor y horror y en nuestras mentes reinaba el caos. De todos modos. Jamás olvidaré el primer momento después de transcurrido el tiempo y de haber desconectado el mecanismo.

El cambio había continuado y Pollard —mentalmente ya no me atrevía a darle ese nombre— permanecía en la cámara cúbica como una forma cuyo aspecto aturdió nuestras mentes.

¡Se había convertido, simplemente... en una gran cabeza! ¡Una inmensa cabeza lampiña de un metro de diámetro, apoyada en minúsculas piernas, ya que los brazos se habían reducido a meros apéndices manuales que sobresalían exactamente debajo de la cabeza! ¡Los ojos eran enormes, semejantes a platillos, pero las orejas estaban reducidas a dos minúsculos agujeros a ambos lados de la cabeza; asimismo, la nariz y la boca eran agujeros emplazados bajo los ojos!

Salía de la cámara con sus miembros ridículamente pequeños; mientras Dutton y yo retrocedíamos presa de un horror irracional, su voz llegó hasta nosotros casi como un silbido inaudible. ¡Y cuánto orgullo contenía!

—Habéis tratado de impedir que continuase, pero ¿veis en que me he convertido? Indudablemente, a vosotros parezco terrible, pero vosotros dos y todos los demás que

se os parecen sois para mí tan viles como los gusanos que se arrastran.

—¡Buen Dios, Pollard! ¡Te has convertido en un monstruo! —las palabras salieron de mi boca sin pensar.

Sus enormes ojos se fijaron en mí.

—Me llamas Pollard, pero ya no soy el Pollard que conociste y que entró en esa cámara, del mismo modo que tú no eres el simio del cual surgiste hace millones de años. ¡Y toda la humanidad es como vosotros dos! ¡Bien! Todos conocerán los poderes de quien se halla adelantado ciento cincuenta millones de años.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Dutton.

—Quiero decir que con mi cerebro colosal dominaré sin esfuerzo este planeta rebosante de hombres; y lo convertiré en un inmenso laboratorio para realizar los experimentos que me plazca.

—¡Pero, Pollard..., recuerda por qué comenzaste esto! —grité—. ¡Para avanzar y trazar la senda de la evolución futura de la humanidad...! ¡Para beneficiar a la humanidad, no para gobernarla!

Los ojos enormes de la gran cabeza carecían de expresión.

—Sí, recuerdo que la criatura Pollard que fui hasta esta noche albergaba tan estúpidas ambiciones. Si ahora pudiera experimentar una emoción semejante, sentiría alegría. ¿Para beneficiar a la humanidad? Vosotros los hombres ¿soñáis con beneficiar a los animales que domináis? ¡No se me ocurriría pensar en trabajar a beneficio de vosotros, los humanos! ¿Comprendéis que con mi poder cerebral me hallo tan lejos de vosotros como vosotros estáis lejos de las bestias mortales? Mirad esto...

Trepó a una silla situada junto a una de las mesas del laboratorio, y comenzó a manipular las retortas y aparatos. Vertió rápidamente varios compuestos en un mortero de plomo, agregó otros y echó sobre la mezcla otra mixtura preparada con la misma rapidez.

Al instante salió del mortero una bocanada de humo color verde intenso y luego la gran cabeza —sólo puedo llamarlo así— dio vuelta al mortero. Cayó una pepita de brillante metal veteado, y ahogamos una exclamación al reconocer el matiz amarillo del oro puro, preparado al parecer en un instante, mediante una mezcla de productos corrientes.

—¿Veis? —preguntó la grotesca figura—, ¿Qué es la transmutación de los elementos para una mente como la mía? ¡Vosotros ni siquiera podéis comprender el alcance de mi inteligencia! Si lo deseo, puedo destruir toda la vida de la Tierra desde este cuarto. ¡Puedo construir un telescopio que me permitirá observar los planetas de las galaxias más lejanas! Puedo hacer que mi mente se ponga en contacto con otras mentes sin la menor comunicación material.

¡Y pensáis que es terrible que yo gobierne vuestra raza! ¡No os gobernaré, os

poseeré y poseeré este planeta del mismo modo que vosotros podríais poseer una granja con ganado!

—No podrás —grité—. ¡Pollard, si queda algo de Pollard en ti, renuncia a esa idea! ¡Nosotros mismos te mataríamos antes de tolerar esa monstruosa dictadura sobre los hombres!

—¡Lo haremos... por Dios, lo haremos! —gimió Dutton con el rostro contraído.

Habíamos comenzado a avanzar desesperadamente hacia la gran cabeza, pero de pronto nos detuvimos, cuando sus grandes ojos se clavaron en los nuestros. Me halle caminando hacia atrás, hacia el sitio de donde habla partido, retrocediendo lo mismo que Dutton, como dos autómatas.

—Así que ¿intentaríais matarme? —inquirió la cabeza que había sido Pollard—. ¡Pues yo podría ordenaros sin palabras que os matarais en un instante! ¿Qué posibilidades tiene vuestra mísera voluntad y vuestro cerebro contra el mío? ¿Y qué posibilidades tendrá toda la fuerza de los hombres contra mí, cuando con una sola mirada puedo convertirlos en títeres de mi voluntad?

Una inspiración desesperada iluminó mi cerebro.

—¡Espera, Pollard! —exclamé—. ¡Debes continuar con el proceso, con los rayos! ¡Si te detienes ahora, no sabrás qué cambios existen más allá de tu estado actual!

Pareció analizarlo.

—Es verdad —reconoció— y, aunque me parece imposible que ningún progreso pueda alcanzar una inteligencia superior a la que poseo ahora, necesito saberlo con certeza.

—Entonces, ¿te someterás a los rayos otros quince minutos? —pregunté rápidamente.

—Así es —respondió—, pero no abriguéis ideas estúpidas. Os advierto que incluso dentro de la cámara puedo leer vuestros pensamientos, y mataros a ambos antes de que podáis iniciar un movimiento para dañarme.

Volvió a entrar en la cámara, y mientras me acercaba al interruptor en compañía del tembloroso Dutton, logramos ver durante un instante la inmensa cabeza antes de que la aplastante energía blanca la ocultara.

Aquel período pareció transcurrir aún más lentamente que antes.

Los minutos se convirtieron en horas, hasta que finalmente me acerqué para cortar el paso de los rayos. Miramos espantados hacia la cámara.

A primera vista, la gran cabeza parecía igual, pero luego notamos que había cambiado, que había cambiado notablemente. En lugar de ser una cabeza cubierta de piel y, al menos, con brazos y piernas rudimentarios, no había sino una gran forma gris en forma de cabeza, de tamaño aún mayor, sostenida por dos tentáculos musculares de color gris. La superficie de aquella cosa gris en forma de cabeza estaba arrugada y plegada y su único rasgo lo constituían dos ojos pequeños como los

nuestros.

—¡Oh, Dios mío! —se estremeció Dutton—. ¡Ha dejado de ser una cabeza para convertirse en cerebro... ha perdido todo aspecto humano!

Nuestras mentes recibieron un pensamiento de la cosa gris que teníamos ante nosotros, un pensamiento tan claro como si hubiese sido expresado con palabras.

—Lo habéis adivinado, porque incluso la estructura de mi cabeza está desapareciendo. Todo se atrofia a excepción del cerebro. Me he convertido en un cerebro caminante y vidente. Dentro de doscientos millones de años, vuestra raza será tal como soy yo ahora. Perderá gradualmente sus cuerpos atrofiados y desarrollará cada vez más sus grandes cerebros —sus ojos parecieron leer en los nuestros—. No sintáis temor por mis amenazas del último estado de desarrollo. ¡Mi mente, que ha crecido infinitamente, ya no desea gobernar a los hombres, ni a vuestro pequeño planeta, lo mismo que vosotros no querríais gobernar un hormiguero y sus habitantes! ¡Mi mente, que ha avanzado otros cincuenta millones de años en el desarrollo, ahora puede aspirar a visiones de poder y conocimiento inimaginadas por mí en el último estadio, e inimaginables para vosotros.

—¡Santo Dios, Pollard! —grité—. ¿En qué te has convertido?

—¿Pollard? —Dutton reía histéricamente—. ¿Llamas Pollard a esa cosa? ¡Hace tres horas cenamos con Pollard... y era un ser humano, no una cosa como ésta!

—Me he convertido en lo que todos los hombres serán con el tiempo —me respondió el pensamiento de la cosa—. He llegado hasta aquí en la senda de la evolución futura del hombre, e insistiré hasta el final de la senda. ¡Alcanzaré el desarrollo que me dé la última mutación posible. Pon en marcha los rayos —prosiguió su pensamiento—. Creo que me estoy acercando a la última mutación posible.

Volví a accionar el interruptor, y la flecha blanca de los rayos concentrados nos impidió ver la gran forma gris. Con todos los nervios torturados por la máxima tensión, finalmente desconecté el interruptor. Los rayos cesaron y la figura de la cámara volvió a ser visible.

Dutton comenzó a reír chillonamente y luego, bruscamente, sollozó. No sabría decir si me ocurrió lo mismo, aunque recuerdo confusamente haber pronunciado palabras incoherentes cuando mis ojos vieron la forma contenida en la cámara.

¡Se trataba de un gran cerebro! Una masa gris y flácida de un metro veinte yacía en la cámara. con la superficie acanalada y arrugada por innumerables circunvoluciones delgadas. No había rasgos ni miembros de ningún tipo en la masa gris. Se trataba, sencillamente, de un inmenso cerebro cuya única señal externa de vida era un movimiento lento y espasmódico.

Nuestras mentes cargadas de horror recibieron poderosamente los pensamientos de la masa.

—Ya me veis. Soy sólo un gran cerebro, exactamente lo que los hombres serán en un futuro lejano. Sí, podríais haberlo sabido; cuando yo era como vosotros pude adivinar que éste sería el camino de la evolución humana. Que el cerebro, al ser lo único que asegura la superioridad del hombre, se desarrollaría, y que el cuerpo que estorba a ese cerebro se atrofiaría hasta reducirse al cerebro puro que yo soy ahora. No tengo rasgos ni sentidos que pueda describiros, pero comprendo el universo infinitamente mejor que vosotros con vuestros sentidos elementales. Tengo conciencia de planos de existencia que no podéis imaginar. Puedo alimentarme con energía pura, sin necesidad de un cuerpo engorroso que la transforme, y moverme y actuar, a pesar de mi falta de miembros, por unos medios y a velocidades y potencias que están mucho más allá de vuestra comprensión. Si aún tenéis miedo a las amenazas que hice hace dos estadios contra vuestro mundo y vuestra raza, ¡olvidadlo! Ahora soy pura inteligencia y como tal, aunque ya no puedo sentir las emociones del amor ni de la amistad, tampoco experimento ambición ni orgullo. La única emoción, por decirlo así, que persiste en mí es la curiosidad intelectual. Este deseo de verdad que ha consumido al hombre desde su estado simiesco, será el último de los deseos que lo abandone.

La última mutación

—¡Un cerebro... un gran cerebro! —decía Dutton ofuscadamente—. Aquí, en el laboratorio de Pollard... Pero, ¿dónde está Pollard? Él también estaba aquí...

—Entonces, ¿algún día todos los hombres serán como tú ahora —gemí.

—Sí —llegó el pensamiento en respuesta—. Dentro de doscientos cincuenta millones de años el hombre, tal como lo conoces y como eres tú ahora, ya no existirá. Después de atravesar todos los estadios por los cuales he pasado esta noche, la raza humana se habrá desarrollado hasta convertirse en grandes cerebros que, indudablemente, no sólo habitarán vuestro sistema solar, sino los sistemas de otras estrellas.

—¿Y ése es el fin del camino evolutivo del hombre? ¿Es el punto más alto que alcanzará?

—No; creo que dejará de ser este gran cerebro para alcanzar una forma superior —respondió el cerebro (¡el cerebro que tres horas antes había sido Pollard!)—, y voy a averiguar cuál será esta forma superior. Considero que ésta será la última mutación y que con ella alcanzaré el final de la senda evolutiva del hombre, la forma última y más elevada que pueda alcanzar. Ahora pondrás en marcha el mecanismo de los rayos —prosiguió la orden del cerebro— y dentro de quince minutos sabremos cuál es esta forma última y más elevada.

Tenía la mano sobre el interruptor, pero Dutton se abalanzó sobre mí y me retuvo por el brazo.

—¡No, Arthur! —exclamó precipitadamente—. Ya hemos visto bastantes horrores... no presenciemos el último... salgamos de aquí...

—¡No puedo! —grité—. Te juro que querría detenerme, pero ahora no puedo... Yo también quiero ver el final... debo presenciar...

—¡Pon en marcha el mecanismo de los rayos! —volvió a repetir el pensamiento-orden del cerebro.

—El final de la senda... la última mutación —jadeé—. Es preciso saber... saber... —accioné el interruptor.

Los rayos volvieron a resplandecer y ocultaron el gran cerebro gris contenido en el cubo. Los ojos de Dutton miraban al vacío, y se aferraba a mí.

¡Los minutos transcurrieron! Cada tic-tac del reloj parecía el poderoso rebato de una gran campana resonando en mis oídos.

Me sentí paralizado. ¡La manecilla del reloj se acercaba al minuto fijado, pero yo no lograba levantar la mano hasta el interruptor!

¡Luego, cuando la manecilla alcanzó el minuto previsto, pude quebrar mi inmovilidad y en un súbito frenesí de la voluntad accioné el interruptor y corrí con Dutton hasta el borde del cubo!

El gran cerebro gris había desaparecido. En su lugar, en el suelo del cubo, yacía una masa informe de materia transparente y gelatinosa. Con excepción de un ligero estremecimiento, parecía inerte.

Acerqué mi mano temblorosa para tocarla y en ese momento grité, proferí un grito que todas las torturas de los demonios más crueles del infierno no podrían haber extraído de una garganta humana.

¡La masa del interior del cubo era una masa de simple protoplasma! Entonces ¡era éste el final de la senda evolutiva del hombre, la forma más elevada a que lo llevaría el tiempo, la última mutación!

¡El camino de la evolución humana era circular, retornaba a su origen!

Del seno de la Tierra surgieron los primeros organismos primitivos, luego las criaturas marinas y las criaturas terrestres, los mamíferos y los simios hasta llegar al hombre; y en el futuro seguiría progresando desde el hombre a través de todas las formas que habíamos visto esta noche. ¡Habría superhombres, cabezas sin cuerpo, cerebros puros; sólo para regresar, por efecto de la última mutación, al protoplasma primigenio!

No sé exactamente qué ocurrió después. Sé que me lancé sobre esa masa temblorosa llamando delirantemente a Pollard y gritando cosas que me alegro de no recordar. Sé que Dutton también gritaba, reía absurdamente. Avanzó por el laboratorio con aullidos de orate y lleno de ira. El estrépito de cristales rotos y el

siseo de los gases que se escapaban llegó a mis oídos. y luego brotaron brillantes llamas de aquellos ácidos mezclados. Aquel repentino incendio, pienso ahora, fue lo que me permitió conservar la cordura.

Recuerdo que saqué a rastras a Dutton —que reía como un loco— de aquella habitación, de la casa, hacia la fría oscuridad de la noche. Recuerdo el contacto del césped húmedo bajo mis manos y mi rostro, mientras crecían las llamas que devoraban la casa de Pollard. y recuerdo que cuando vi reír como un loco a Dutton bajo esa luz carmesí, supe que seguiría riendo de ese modo hasta su muerte.

Así termina mi narración del fin de Pollard y su casa. Como he dicho al principio, sólo yo puedo atestiguarlo, ya que Dutton no ha pronunciado una palabra sensata desde entonces. En la institución donde reside ahora creen que su estado fue producido por el pánico del incendio; todos creen también que Pollard pereció en ese mismo incendio. Hasta ahora, nadie había revelado la verdad.

Pero ahora debo hablar, con la esperanza de aliviar, en cierto modo, el pánico que aún me sobrecoge, pues no cabe imaginar horrores como los que vivimos aquella noche en casa de Pollard. Lo he meditado. He rememorado aquel tremendo ciclo de cambios, aquella evolución sin propósito, los múltiples avatares de la vida que transcurre desde el simple protoplasma, a través de infinidad de formas, a costa de incesantes dolores y luchas, sólo para terminar nuevamente en simple protoplasma.

¿Se repetirá una y otra vez ese ciclo evolutivo en este y otros mundos, incesantemente, sin propósito, hasta que no quede universo donde continuar? Este ciclo colosal de la vida ¿es tan inevitable y necesario como el ciclo cósmico que convierte a las nebulosas en numerosos soles, y a los soles en estrellas enanas, y a las enanas que chocan entre sí en otra nebulosa?

¿O existe en este ciclo evolutivo al que nosotros consideramos como un círculo, algún cambio que no podemos comprender, por encima y más allá de él? No sé cuál de estas posibilidades es cierta, pero sé que la primera me obsesiona. y sería la pesadilla del mundo si éste creyera en mi relato. Tal vez, mientras escribo, deba felicitarme sabiendo que no me creerán.

* * *

Mientras releía *El hombre que evolucionó*, intenté recordar cuándo oí hablar por primera vez de los rayos cósmicos y de la evolución.

No lo conseguí. Es como si hubiera conocido ambos fenómenos de toda la vida, aunque desde luego no nací sabiéndolo.

Sinceramente, creo que me familiaricé con ambos fenómenos a través de los cuentos de ciencia-ficción. Hasta es posible que los encontrase por primera vez en este relato.

En efecto, recuerdo que algunos conocimientos los he hallado por primera vez leyendo relatos de ciencia-ficción.

Por ejemplo, en *The Universe Wreckers*, de Hamilton, gran parte de la acción transcurría en Neptuno, considerado en el cuento como el planeta más alejado. (Plutón todavía no había sido descubierto y en 1931, cuando me enteré de su descubrimiento, lo primero que pensé fue que complicaba la novela de Hamilton.) En esa novela leí por primera vez que Neptuno tenía un satélite llamado Tritón. Recuerdo claramente esa circunstancia.

Gracias a *The Drums of Tapujos* supe que en la cuenca del Amazonas existía una zona llamada Mato Grosso. Fue en *The Black Star Passes* y otros cuentos de John W. Campbell hijo, donde por primera vez leí algo sobre relatividad.

El placer de leer sobre esos temas en la versión dramática y fascinante de la ciencia-ficción me aficionó irresistiblemente a la ciencia. Gracias a la ciencia-ficción deseé con tanto afán ser un científico que posteriormente lo conseguí.

Esto no significa que se pueda confiar demasiado en los relatos de ciencia-ficción como fuente de conocimientos exactos. En el caso de *El hombre que evolucionó*, Hamilton se basaba en algo cierto al afirmar que los rayos cósmicos son una fuerza motriz de la evolución. Es así, pero sólo por cuanto contribuyen a crear mutaciones al azar. Es la selección natural la que impone la dirección del cambio evolutivo y esto actúa, muy dolorosa y lentamente, sobre grandes poblaciones, no sobre individuos.

La idea de que una concentración de rayos cósmicos haría que un ser humano evolucionase individualmente en el sentido que de modo inevitable seguiría toda la especie es, por supuesto, del todo errónea. La radiación concentrada, sencillamente, provocaría la muerte.

Sin embargo, los errores de la ciencia-ficción pueden corregirse. A veces, el proceso de corrección no es fácil, pero es un módico precio que hay que pagar, a cambio de conocer la fascinación de la ciencia.

Dicho sea de paso, una característica de los primeros y bastante ingenuos cuentos de ciencia-ficción de los años 30 era que solían comenzar con un sabio dando explicaciones a sus antagonistas sobre temas que éstos no desconocerían si la situación fuese real, pero que era preciso hacer entender a los lectores.

Recuerdo que el primer relato que escribí para publicar —aunque nunca fue publicado—, *Cosmic Corkscrew*, empezaba así, con el sabio protagonista dando una charla a un amigo sobre rayos cósmicos y neutrinos. Indudablemente, este comienzo fue uno de los motivos por los cuales Campbell decidió rechazar de inmediato mi trabajo (véase *The Early Asimov*).

En el mismo mes en que terminé octavo grado, leí otro cuento que quedó grabado en mi memoria: *El satélite Jameson*, de Neil R. Jones, que apareció en «Amazing Stories» de julio de 1931.

EL SATÉLITE JAMESON

Neil R. Jones

Prólogo - El cohete satélite

En la inmensidad del espacio, aproximadamente a treinta y dos mil kilómetros de la Tierra, el cuerpo del profesor Jameson vagaba dentro de su cohete, recorriendo su ruta infinita alrededor de la esfera gigante. El cohete era satélite del enorme planeta giratorio, alrededor del cual describía su órbita. En el año 1958, el profesor Jameson había buscado un método que le permitiese conservar indefinidamente su cuerpo después de la muerte. Había trabajado mucho y con tesón en el proyecto.

Desde la época de los faraones, la raza humana ha buscado la forma de proteger a los muertos contra los estragos del tiempo. Grande fue el arte de los egipcios en embalsamar a sus muertos, técnica que la humanidad olvidó durante la era mecánica siguiente y que jamás redescubrió. Pero incluso el arte de embalsamar practicado por los egipcios —según había señalado el profesor Jameson— sería inútil frente a un período de millones de años, ya que, en comparación con el mismo, la disolución de los cuerpos sería tan contingente como la cremación inmediata después de la muerte. El profesor quiso hallar un procedimiento mediante el cual pudiera conservarse el cuerpo eternamente y en perfectas condiciones. Pero luego llegó a la conclusión de que nada en la tierra puede perdurar más allá de cierto límite de tiempo. Siempre que intentase recurrir a un medio terrestre de conservación, quedaría condenado al fracaso. Todos los elementos terrestres están compuestos por átomos que se separan y recombinan, aunque jamás se destruyen a sí mismos. Al quemar una cerilla, los átomos no cambian aunque el objeto se descomponga en humo, anhídrido carbónico, cenizas y otros elementos. Para el profesor fue evidente que jamás lograría su propósito si empleaba un sistema de estructura atómica —por ejemplo un líquido embalsamador u otra combinación— para preservar otra combinación de átomos, como lo es el cuerpo humano, dado que toda combinación de átomos está sometida al cambio universal, por lento que sea.

Luego reflexionó sobre la posibilidad de preservar el cuerpo humano en su estado de muerte hasta el fin del tiempo terrenal, hasta ese día en que la Tierra habrá de regresar al Sol del cual ha surgido. Un día, de súbito, concibió la solución al difícil problema que atormentaba su mente, y sintió el vértigo de sus posibilidades

descabelladas y pavorosas.

Haría que su cuerpo fuera disparado hacia el espacio encerrado en un cohete, que se convertiría en un satélite de la Tierra mientras ésta existiese. Había razonado lógicamente. Toda sustancia material, ya sea de origen orgánico o inorgánico, existiría indefinidamente una vez lanzada a la inmensidad del espacio. Imaginó su cuerpo muerto encerrado en un cohete que navegase por los ilimitados abismos del espacio. Permanecería perfectamente conservado, mientras en la Tierra millones de generaciones humanas vivirían y morirían para confundir sus cuerpos en el polvo del pasado olvidado. De este modo, seguiría existiendo mientras la humanidad, bajo un Sol en proceso de enfriamiento, desaparecería para siempre en la atmósfera fría y tenue de un mundo agonizante. Y su cuerpo permanecería en el cohete recipiente, intacto y tan perfecto como el día del lejano pasado en que abandonó la Tierra para emprender su viaje. ¡Magnífica idea!

Al principio le asolaron las dudas. ¿Y si su cohete fúnebre aterrizaba en algún otro planeta o, atraído por la gravedad del gran Sol, caía sobre las circunvoluciones llameantes de la esfera incandescente? O también podría alejarse del sistema solar, zambulléndose a través de los océanos ilimitados del espacio durante millones de años, para entrar finalmente en el sistema solar de alguna estrella lejana, lo mismo que los meteoros son capturados por el nuestro. ¿Y si su cohete se estrellaba contra un planeta o una estrella, o se convertía en un satélite cautivo de otro cuerpo celeste?

En este punto se le ocurrió que su cohete debía convertirse en un satélite de la Tierra, e inmediatamente se puso a ejecutar tal proyecto. El profesor averiguó la cantidad de radio que necesitaría para alejar el cohete de la Tierra, lo suficiente como para no caer y estrellarse, y no tanto que escapase a la atracción gravitatoria de la Tierra y del sistema solar. Como la Luna, giraría eternamente alrededor de la Tierra.

Estableció para su cohete una órbita situada a ciento cinco mil kilómetros de la Tierra. La única preocupación restante se refería a los enormes meteoros que surcan el espacio a velocidades vertiginosas. No obstante, logró resolver ese problema y eliminar la posibilidad de una colisión con aquellos monstruos estelares. Instaló en su cohete unos rayos de repulsión radiactiva, que desviarían de su rumbo a todos los meteoros que llegasen a la vecindad del vagabundo del espacio.

El anciano profesor estaba preparado para cualquier contingencia y se dispuso a descansar, satisfecho con los resultados estupendos e inéditos que alcanzaría. Su cuerpo jamás sufriría la descomposición; sus huesos nunca se blanquearían para retomar al polvo de la tierra, del cual surgieron originariamente todos los hombres y al cual debían retornar. Su cuerpo seguiría durante millones de años en un estado perfecto de conservación, inmune a la ineluctable guadaña de un tiempo tan dilatado como sólo los geólogos y astrónomos pueden concebirlo.

Su empresa superaría incluso las fantasías más descabelladas de H. Rider

Haggard, al describir las extrañas técnicas de inhumación de la antigua nación de Kor, en su inmortal novela *She*, donde Holly, en compañía de la incomparable Ayesha, llegaba a conocer magníficas obras maestras naturales de embalsamamiento realizadas por las gentes de un imperio desaparecido. Gracias a la útil ayuda de un sobrino —que cumplió sus instrucciones y deseos después de la muerte—, el profesor Jameson fue lanzado a su peregrinación por el espacio dentro del cohete construido por él mismo. Su sobrino y heredero jamás reveló el secreto.

Generaciones y generaciones fueron sucediéndose. Poco a poco, la humanidad degeneró y finalmente desapareció de la Tierra. Los hombres fueron reemplazados por diversas formas de vida que dominaron el globo durante extensos períodos de tiempo, hasta que también se extinguieron. Los años fueron sumándose, alcanzando millones, y el Satélite Jameson seguía su vigilia solitaria alrededor de la Tierra, mientras disminuía gradualmente la distancia entre satélite y planeta, cediendo poco a poco a la poderosa atracción de este último.

Cuarenta millones de años después, su órbita se hallaba a unos treinta y dos mil kilómetros, mientras el mundo muerto se aproximaba al Sol, en proceso de enfriamiento a su vez, cuya bola opaca y roja cubría una gran extensión del horizonte. A través de la tenue y enrarecida atmósfera terrestre se habrían podido divisar muchas de las estrellas que rodeaban la esfera llameante. A medida que el planeta avanzaba lenta e inexorablemente hacia la luminaria solar, la Luna giraba aún más cerca de la Tierra y parecía un gran brillante en el cielo nocturno.

El cohete que contenía los restos del profesor Jameson prosiguió su viaje interminable alrededor de la gran esfera terrestre, cuya rotación había cesado del todo, de modo que uno de sus hemisferios miraba siempre hacia el sol agonizante. El féretro cósmico prosiguió su camino solitario, acompañado por el cortejo fúnebre de estrellas titilantes en medio del profundo silencio del espacio eterno que todo lo envolvía. Solitario, a excepción del paso ocasional de algún meteoro que se deslizaba a notable velocidad en viaje errático a través del vacío, entre los mundos gigantes.

¿Continuaría el satélite su órbita hasta el fin del mundo, o se agotaría su previsión de radio al transcurso de tantas eras, convirtiendo al cohete en víctima del primer gran meteoro que pasara casualmente por allí? ¿Volvería a caer sobre la Tierra, tal como presagiaba su acercamiento, y aumentaría su aceleración en un gran arco hasta estrellarse sobre la superficie del planeta agónico? Cuando el cohete rindiera viaje, el cuerpo del profesor Jameson ¿aparecería perfectamente conservado, o sería un mero montículo de polvo?

1 - Cuarenta millones de años después

Al aproximarse a los límites del sistema solar, una nave larga, oscura y puntiaguda aumentó su velocidad cruzando los dominios del espacio hacia el minúsculo punto de luz que situaba la bola opaca y roja del Sol agonizante, que algún día quedaría frío y oscuro para siempre. Relampagueó como un enorme meteoro hacia el sistema solar, procedente de un sistema de planetas situado en el otro confín del ilimitado Universo de estrellas y mundos, avanzando hacia el Sol rojo a una velocidad inconcebible.

En el interior del artefacto espacial, extrañas criaturas de metal manejaban los mandos de la nave espacial que aproximaba a la lejana luminaria solar. Rebasó rápidamente las órbitas de Neptuno y Urano, y avanzó rumbo al Sol. Los cuerpos de aquellas criaturas extrañas eran bloques cuadrados de un metal muy semejante al acero, y este cubo de metal se sustentaba sobre unos apéndices formados por cuatro patas articuladas capaces de movimiento. Un haz de seis tentáculos, del mismo metal que el tronco, sobresalía de la mitad superior del cuerpo cúbico, coronado por una cabeza de forma extraña, que formaba como una cúpula en el centro y estaba equipada con un círculo de ojos. Aquellas criaturas, gracias a sus ojos mecánicos provistos de compuertas de metal, podían ver en todas direcciones. Un único ojo miraba directamente hacia arriba desde la parte superior de la cúpula, y alejado en una ligera depresión de la misma.

Eran los zoromes, del planeta Zor que giraba alrededor de una estrella situada a millones de años luz de nuestro sistema solar. Hacía cientos de miles de años que los zoromes habían alcanzado tal nivel científico que les permitió lograr la inmortalidad y olvidar para siempre las enfermedades corporales y los diversos inconvenientes de una anatomía de carne y hueso. Quisieron vencer a la muerte y lo consiguieron pero, al mismo tiempo, tuvieron que prescindir de la procreación. Hacía varios cientos de miles de años que no existían los nacimientos, aunque sí unas pocas muertes, en la historia de los zoromes.

Esta raza extraña creó sus propios cuerpos mecánicos, y mediante una serie de operaciones, trasladó los cerebros a las cabezas de metal, desde donde dirigían las funciones y movimientos de su anatomía inorgánica. Las muertes no se producían por desgaste de los cuerpos. Cuando una pieza de los hombres metálicos se gastaba, la reemplazaban por otra nueva. De este modo, los zoromes eran prácticamente inmortales, sufriendo muy pocas bajas. Ciertamente, desde la introducción de las máquinas, se habían producido algunos accidentes que provocaron la destrucción de las cabezas de metal con sus cerebros irreparables. Sin embargo, estos casos fueron

raros y la población de Zor disminuyó muy poco. Los hombres-máquina de Zor no necesitaban atmósfera, y si no fuese por la terrible frialdad del espacio, podrían subsistir lo mismo en el vacío etéreo que en algún planeta. Sus cuerpos de metal, y en especial sus cerebros alojados en el metal, necesitaban cierta cantidad de calor, aun siendo capaces de soportar cómodamente unas temperaturas que habrían fulminado instantáneamente, por congelamiento, a una criatura de carne y hueso.

El pasatiempo más común entre los hombres-máquina de Zor era la exploración del Universo. Esto les proporcionaba una fuente infinita de novedades mientras iban descubriendo las poblaciones y los paisajes de incontables planetas donde se detenían a descansar. Cientos de astronaves fueron enviadas en todas direcciones, y muchas permanecían en expedición cientos de años antes de regresar al planeta, al lejano Zor.

La extraña nave espacial de los zoromes entró en el sistema solar, cuyos planetas gradualmente circulaban cada vez más cerca de la opaca bola roja del Sol en declinación. Varios de los hombres-máquina que componían la tripulación de la nave espacial —unos cincuenta individuos— estudiaron cuidadosamente los diversos planetas de aquel sistema planetario inexplorado, a través de telescopios de inmensa potencia.

Los hombres-máquina no tenían nombre, sino que empleaban letras y números. Hablaban mediante impulsos de pensamiento, pues no necesitaban producir vocalmente un sonido ni oírlo.

—¿Adonde iremos? —preguntó uno de los hombres ante los mandos a otro que se hallaba a su lado, observando un mapa colocado en la pared.

—Parece que todos son mundos muertos, 4R-3579 —respondió el interrogado—, pero el segundo planeta a contar del sol parece tener una atmósfera que podría sustentar algunas criaturas vivientes, y el tercero podría resultar interesante, pues tiene un satélite. Examinaremos los planetas interiores y luego exploraremos los exteriores, si consideramos que vale la pena emplear el tiempo en ello.

—Mucho ruido para nada —aventuró 9G-721—. Este sistema de planetas presenta escaso interés, teniendo en cuenta que lo hemos visto muchas veces en nuestros viajes anteriores. El sol se ha enfriado tanto que no puede alimentar el tipo de vida más corriente en los planetas, las formas de vida que solemos encontrar en nuestros viajes. Sería mejor visitar un sistema planetario que cuente con un sol más brillante.

—Hablas de vida corriente —señaló 25X-987—. ¿Qué me dices de la vida no corriente? ¿Acaso no hemos encontrado que la vida puede existir en planetas fríos y muertos, sin luz solar ni atmósfera?

—Sí, es verdad —reconoció 9G-721—, pero es sumamente raro.

—No obstante, en este caso la posibilidad existe —puntualizó 4R-3579—. ¿Qué importa si pasamos un poco de tiempo improductivo en este sistema planetario?

¿Acaso no disponemos de una vida ilimitada? La eternidad es nuestra.

—En principio, visitaremos el segundo planeta —decretó 25X-987, que mandaba aquella expedición de los zoromes— y de paso nos acercaremos al tercer planeta, para ver lo que podamos de su superficie. Tal vez logremos saber si contiene algo de interés para nosotros. Si es así, visitaremos el segundo planeta y de allí nos dirigiremos al tercero. No vale la pena estudiar el primero.

La astronave de Zor siguió un rumbo que la haría pasar a varios miles de kilómetros por encima de la Tierra, y luego la conduciría hasta el planeta que conocemos con el nombre de Venus. A medida que la nave espacial se aproximaba rápidamente a la Tierra, disminuyó de velocidad para que los zoromes pudieran examinar de cerca con sus lentes el tercer planeta.

De súbito, uno de los hombres-máquina entró excitadamente en la sala donde 25X-987 observaba la topografía del mundo que tenía ante sí.

—¡Hemos encontrado algo! —exclamó.

—¿Qué?

—¡Otra astronave!

—¿Dónde?

—A poca distancia delante de nosotros y dentro de nuestro rumbo. Ven a la proa de la nave y podrás verla con la lente.

—¿Qué camino sigue? —preguntó 25X-987.

—Se comporta extrañamente —respondió el hombre-máquina de Zor—. Parece que está orbitando el planeta.

—¿Supones que realmente hay vida en ese mundo muerto, seres inteligentes como nosotros, y que ésta pudiera ser una de sus naves espaciales?

—Podría tratarse de otra nave de exploración como la nuestra, procedente de otro mundo —fue la sugerencia.

—Pero no del nuestro —dijo 25X-987.

Los dos zoromes se apresuraron a entrar en la sala de observación de la astronave, donde otros hombres-máquina observaban con avidez la misteriosa nave espacial. Sus impulsos mentales se entrecruzaban rápidamente, como balas incorpóreas.

—¡Es muy pequeña!

—¡Va a poca velocidad!

—La nave no puede contener sino pocos tripulantes —señaló uno.

—Todavía no conocemos el tamaño de sus creadores —le recordó otro—. Tal vez haya miles en esa nave espacial. Podrían ser tan pequeños que hubiéramos de mirar dos veces antes de ver uno. Seres de este tipo no son desconocidos.

—Pronto la alcanzaremos y lo sabremos.

—Me gustaría saber si nos han visto.

—¿De dónde supones que vino?

—Del mundo que está debajo de nosotros —fue la suposición.

—Es posible.

2 - La misteriosa nave espacial

Los hombres-máquina abrieron paso a su líder, 25X-987, quien observó críticamente la nave espacial que tenían delante.

—¿Habéis intentado comunicaros con ella? —preguntó.

—No hay respuesta a ninguna de nuestras señales —fue la contestación.

—Entonces, colócate a su lado —ordenó el comandante—. Es lo bastante pequeña como para meterla en nuestro compartimiento de transporte, y con nuestros rayos de penetración podremos ver qué tipo de criaturas contiene. Por el tipo de nave espacial, es indudable que transporta seres inteligentes.

La nave espacial de los zoromes redujo la velocidad mientras se acercaba al misterioso vagabundo del vacío cósmico, que flotaba en la vecindad del mundo agonizante.

—Tiene una forma muy extraña —señaló 25X-987—. Es aún más pequeña de lo que anteriormente calculé.

Entre los hombres-máquina de Zor se había producido un hecho excepcional: eran presa de una gran curiosidad que no podían dejar de satisfacer. Como estaban acostumbrados a ver escenarios extraños y criaturas aún más extrañas, a vivir aventuras espeluznantes en diversos rincones del Universo, se habían templado frente a las incesantes sorpresas que solían encontrar. Era necesario algo muy llamativo para alterar sus actitudes imperturbables. No obstante, algo había en aquella extraña nave espacial, que se apoderaba de su imaginación. Tal vez una intuición subconsciente advirtió a sus mentes que se encontraban ante una aventura totalmente fuera de lo acostumbrado.

—Colócate a su lado —repitió 25X-987 al piloto mientras regresaba a la sala de mandos y miraba por un costado de la astronave hacia el pequeño vagabundo cósmico.

—Eso intento —replicó el hombre-máquina—, pero parece dar un salto cada vez que me acerco a cierta distancia de ella. Nuestra nave también parece dar un salto hacia atrás.

—¿Intentan evitarnos?

—No lo sé. Si así fuera, deberían tomar más velocidad.

—Tal vez avanzan a su velocidad máxima y ya no pueden aumentar la aceleración.

—¡Mira! —exclamó el operador—. ¿Has visto? ¡La cosa ha vuelto a saltar, apartándose de nosotros!

—Nuestra nave también se movió —dijo 25X-987—. He visto un fogonazo de luz disparado desde el otro lado de esa nave cuando ocurrió.

Otro hombre-máquina entró para hablar con el comandante de la expedición zorome.

—Utilizan rayos repelentes de radio para impedir que nos acerquemos —informó.

—Contraataca —ordenó 25X-987.

El interpelado se alejó y el hombre-máquina que estaba al mando de la nave intentó acercarse de nuevo al misterioso vagabundo del espacio que circulaba entre los planetas. Tuvo éxito y esta vez no se produjo el resplandor de los rayos de repulsión al otro lado del largo cilindro de metal.

Pasaron al compartimiento de la nave interplanetaria donde introducían los diversos objetos hallados en la inmensidad del espacio. Luego aguardaron pacientemente a que los demás hombres-máquina abrieran el costado de la nave espacial e introdujeran el extraño cilindro alargado.

—¡Colocadlo bajo el rayo de penetración! —ordenó 25X-987—. ¡Así sabremos qué contiene!

Todo el grupo de zoromes se había reunido alrededor del largo cilindro, cuyo casco de planchas de níquel resplandecía. Observaron con interés aquel objeto de cuatro metros y medio, un poco afilado hacia la base. La cabeza era una ojiva puntiaguda como una bala. De la base salían ocho protuberancias cilíndricas, y los cuatro costados llevaban aletas como las que tienen las bombas de aviación para estabilizar su trayectoria y no desviarse a través de la atmósfera. De la base del extraño aparato sobresalía una palanca, y a un lado del casco se veía una puerta que seguramente se abría hacia afuera. Uno de los hombres-máquina se acercó para abrirla, pero se detuvo al advertirle el comandante:

—¡No la abras! ¡Todavía no sabemos qué contiene!

Uno de los hombres-máquina proyectó una serie de luces sobre el cilindro. Éste quedó envuelto en una niebla de luz que atravesó los costados metálicos de la misteriosa nave espacial. El interior del cilindro quedó visible como si hubiera sido abierto. Los hombres maquina, que esperaban ver algunas criaturas extrañas moviéndose dentro del cilindro de metal, observaron estupefactos el interior. Sólo había un ser que yacía totalmente inmóvil, ya fuera en un estado de animación suspendida o de muerte. Medía aproximadamente dos veces la estatura de los hombres mecánicos de Zor. Durante largo rato lo observaron en un silencio meditativo, y luego el líder les ordenó:

—Sacadlo del recipiente.

Desconectaron el mecanismo de los rayos de penetración, y dos hombres-

máquina avanzaron con rapidez para abrir la puerta. Uno de ellos se asomó para contemplar el cuerpo yacente del individuo de aspecto extraño, con sus cuatro apéndices. La criatura yacía en un emplazamiento lujosamente tapizado, con una correa ajustada al mentón y otras cuatro que sujetaban los apéndices superiores e inferiores al interior del cilindro. Un hombre-máquina las desató, y con ayuda de su compañero extrajo el cuerpo del ser desconocido, sacándolo del féretro cósmico en donde lo habían encontrado.

—¡Está muerto! —dictaminó uno de los hombres-máquina después de examinar prolongada y cuidadosamente el cadáver—. Lleva mucho tiempo así.

—En su mente hay extrañas trazas de pensamiento —comentó otro.

Uno de los hombres-máquina, cuyo cuerpo metálico era de un color diferente al de sus compañeros, se acercó e inclinó su cuerpo cúbico sobre el de la criatura extraña y fría, que estaba cubierto por fantásticos atavíos. Examinó un instante el organismo muerto y luego se dirigió a sus compañeros:

—¿Os gustaría conocer su historia? —preguntó.

—¡Sí! —fue la respuesta unánime.

—Así será —fue el ultimátum—. Llevadlo a mi laboratorio. Le extraeré el cerebro y volveré a poner en actividad las células. Volveremos a darle vida transplantando su cerebro a la cabeza de una de nuestras máquinas.

Dicho esto, ordenó a dos zoromes que transportaran el cadáver al laboratorio.

Mientras la astronave navegaba cerca del tercer planeta que 25X-987 había decidido visitar antes de encontrar el cilindro de metal con su extraño habitante, 8B-52, el experimentador, trabajo sin descanso en su laboratorio para revivir las células cerebrales muertas hacía mucho tiempo. Finalmente, después de cumplir su propósito, y viendo coronados sus esfuerzos por el éxito, trasplantó el cerebro a la cabeza de una máquina. El cerebro fue despertado a la conciencia. El cuerpo de la criatura fue desechado después de extraer el cerebro, único elemento que importaba.

3 - Retorno a la vida

Cuando el profesor Jameson recuperó el conocimiento, experimentó una extraña sensación. Estaba enfermo. Los doctores no esperaban que sobreviviera; se lo dijeron sinceramente, pero no le importó al pensar en los largos y felices años que dejaba atrás. Tal vez no falleció en ese momento. Se preguntó cuánto tiempo había dormido. Qué raro se sentía... como si no tuviera cuerpo. ¿Por qué no podía abrir los ojos? Lo intentó con gran esfuerzo. Sólo percibió una espesa niebla. Había tenido los ojos abiertos todo el tiempo, pero no veía. Qué raro, pensó. Había silencio junto a su lecho. Los médicos y las enfermeras habrían salido para dejarle dormir... ¿o morir?

Maldijo la niebla que velaba sus ojos, privándole de visión. Llamaría a su sobrino. Intentó en vano gritar la palabra «Douglas». ¿Dónde estaba su boca? Le pareció que había perdido el habla. ¿Era todo esto un delirio? El extraño silencio... tal vez había perdido el sentido del oído junto con la capacidad de hablar y, además, no lograba ver nada claramente. La niebla se había convertido en una mezcla de objetos indistintos, algunos de los cuales se movían frente a él.

Tuvo conciencia de un impulso que exploraba su mente para averiguar cómo se sentía. También sintió otras ideas extrañas que parecían quedar impresas en su cerebro, pero el pensamiento relativo a su indisposición se sobreponía insistentemente a las ideas secundarias. Incluso le pareció que alguien se dirigía a él e, instintivamente, intentó pronunciar un sonido y explicarles cuán raro se sentía. Parecía que le habían quitado la voz; no podía hablar, aun esforzándose en hacerlo. Era inútil. Pero, cosa rara, el impulso dentro de su mente parecía contentarse con el esfuerzo y le hizo otra pregunta: ¿De dónde venía? Qué pregunta extraña... puesto que estaba en su casa. Así respondió. ¿Siempre había vivido allí? Claro que sí, por supuesto.

El anciano profesor empezaba a comprender su estado. Al principio, sólo fue una extrañeza moderada y pasiva ante su impotencia y los pensamientos extraños que recorrían su mente. Procuró sacudirse el letargo.

De súbito su visión se hizo clara y... ¡qué sorpresa! ¡Podía ver todo lo que le rodeaba sin mover la cabeza! ¡Y podía ver el techo de su cuarto! ¿Su cuarto? ¡Como si fuera su cuarto! No... no podía ser. ¿Dónde estaba? ¿Qué eran aquellas extrañas máquinas que tenía delante? Se movían sobre cuatro patas. Seis tentáculos salían de sus cuerpos cúbicos. Una de las máquinas estaba cerca de él. Un tentáculo se alargó desde la cosa y le acarició la cabeza. Una sensación muy extraña sobre su frente. Obedeció instintivamente al impulso de apartar el artefacto de metal con las manos.

Sus brazos no se levantaron; en su lugar, seis tentáculos se alzaron para apartar a la máquina. El profesor Jameson profirió una exclamación mental, sorprendido al comprobar el resultado de su intención de apartar a la extraña caricatura de máquina, de aspecto extraterrestre. Bajó con ansiedad la mirada hacia su propio cuerpo para ver de dónde provenían los tentáculos, y su sorpresa se convirtió en absoluto terror y asombro. ¡Su cuerpo era idéntico al de la máquina móvil que tenía delante! ¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido de improviso? Hacía unos instantes, estaba en su lecho, con los médicos y su sobrino a su lado, esperando la muerte. Las últimas palabras que había escuchado fueron pronunciadas en voz baja por uno de los médicos:

—Ya no podemos hacer nada.

Pero, evidentemente, no había muerto. Una idea horrible lo invadió. ¿Así era la vida después de la muerte? ¿O se trataba de una ilusión de la mente? Notó que la

máquina que tenía enfrente intentaba comunicarle algo. Cómo lo haría, pensó el profesor, si no tenía boca. El intento de comunicarle la idea se intensificó. La sugerencia del hombre-máquina estaba en su mente. Telepatía, pensó.

La criatura le preguntaba que de dónde venía. No lo sabía; su mente era un torbellino de pensamientos e ideas en conflicto. Permitió que lo condujeran hasta una ventana y que la máquina, con un tentáculo móvil, señalara hacia un objeto exterior. Experimentó una sensación extraña al caminar sobre cuatro patas de metal. Miró por la ventana y quedó tan azorado por lo que vio, que estuvo a punto de caerse.

El profesor miraba desde la inmensidad infinita del espacio, a través del vacío cósmico, hacia un planeta inmenso e inmóvil. Creyó que era una ilusión lo que hacía que su mente y su visión le comunicasen impresiones tan extrañas. Le parecía sufrir una pesadilla. Observó con atención la topografía del globo gigantesco que se veía allá lejos. Al mismo tiempo veía a su alrededor el grupo de criaturas mecánicas que le observaban, y tuvo conciencia de una conversación telepática que se realizaba a sus espaldas... o quizá delante de él. ¿Qué era delante y qué era detrás? Los ojos rodeaban su cabeza, y no podía distinguir entre los cuatro costados de su cuerpo cúbico. Descubrió que sus patas mecánicas podían desplazarle en las cuatro direcciones con toda facilidad.

Estaba seguro de que aquel planeta no era la Tierra. Ninguno de los continentes conocidos aparecía ante sus ojos. Entonces vio la gran bola opaca y roja del sol agonizante. No era el Sol que conocía. Había sido mucho más brillante.

—¿Vienes de ese planeta? —le llegó el impulso mental de la máquina que tema a su lado.

—No —respondió.

Luego permitió que los hombres-máquina —suponía que eran hombres-máquina y razonó que, de algún modo u otro, mediante una maravillosa transformación lo habían convertido en un ser igual a ellos— lo condujeran por la nave, que aquel momento veía por primera vez. Se convenció de que era un artefacto interplanetario o astronave.

Entonces, 25X-987 lo condujo al compartimiento donde había quedado el extraño recipiente que encontraron flotando cerca del mundo inexplorado. Le mostraron el largo cilindro.

—¡Es mi cohete satélite! —exclamó el profesor Jameson para sí, aunque, en realidad, todos los hombres-máquina leían claramente sus pensamientos—. ¿Qué hace aquí?

—Encontramos tu cuerpo muerto en su interior —respondió 25X-987. Después de ponerlo nuevamente en actividad, tu cerebro fue trasladado a la máquina. Desechamos tu antigua carcasa.

El profesor Jameson quedó confundido por las palabras del hombre-máquina.

—Entonces ¡estaba muerto! —exclamó el profesor—. ¡Y mi cuerpo fue colocado dentro del cohete para permanecer eternamente intacto hasta el fin del tiempo terrestre! ¡Que éxito! ¡He alcanzado un éxito sin precedentes! —se dirigió al hombre-máquina—. ¿Cuánto tiempo estuve así? —preguntó excitado.

—¿Cómo podemos saberlo? —respondió el zorome—. Recogimos tu cohete hace muy poco tiempo, menos de un día según tu sistema de medir el tiempo. Ésta es la primera visita que hacemos a tu sistema planetario, y hemos encontrado tu cohete por casualidad. ¿Así que es un satélite? No lo estudiamos lo suficiente como para averiguar si lo era o no. Al principio, supusimos que se trataba de otra nave espacial viajera, pero cuando se negó a responder a nuestras señales, investigamos.

—Entonces, lo que vi era la Tierra —dedujo el profesor—. No es extraño que no la haya reconocido. La topografía ha cambiado demasiado. ¡Cuan diferente está el Sol!... Debo de haber muerto hace más de un millón de años.

—Muchos millones —corrigió 25X-987—. Los soles del tamaño de éste no se enfrían en un tiempo tan breve como el que tú indicas.

El profesor Jameson, a pesar de todos los inventos sorprendentes que había realizado antes de su muerte, quedó sobrecogido por la realidad.

—¿Quiénes sois? —preguntó de súbito.

—Somos los zoromes, de Zor, un planeta de un sol situado muy lejos en el Universo.

Luego, 25X-987 explicó al profesor Jameson algunas cosas sobre cómo los zoromes habían alcanzado su avanzado desarrollo y detenido instantáneamente todos los nacimientos, la evolución y las muertes de su pueblo, convirtiéndose en hombres-máquina.

4 - El mundo agonizante

—Y ahora habíamos de ti y de tu mundo —pidió 25X-987.

El profesor Jameson, famoso conferenciante universitario y muy acostumbrado a resumir la historia, la evolución y la sucesión de los acontecimientos terrestres desde el nacimiento de la civilización hasta su propia época, dio comienzo a su relato. Al principio, el discurso mental le resultó difícil, pero pronto se acostumbró a manejarlo fácilmente y acabó por agradarle más de lo que le había gustado el discurso oral. Los zoromes escucharon interesados el largo relato, y por último el profesor Jameson concluyó:

—Evidentemente, mi sobrino cumplió mis instrucciones —terminó el profesor— y colocó mi cuerpo en el cohete que inventé, lanzándolo al espacio, donde durante todos estos millones de años he sido un satélite de la Tierra.

—¿Realmente deseas saber cuánto tiempo permaneciste muerto hasta que te encontramos? —preguntó 25X-987—. Sería interesante averiguarlo.

—Sí, me gustaría mucho saberlo —replicó el profesor.

—Nuestro mejor matemático, 459C-79, te lo dirá.

El matemático se adelantó. A un costado de su cuerpo cúbico llevaba muchos botones dispuestos en largas hileras y en cuadros.

—¿Cuál es tu medida de longitud? —preguntó.

—Un kilómetro.

—¿Cuántas veces cabe el largo de tu satélite cohete en un kilómetro?

—Mi cohete mide cinco metros. La longitud de mi cohete cabe doscientas veces en un kilómetro.

El matemático apretó algunos botones.

—¿A qué distancia o a cuántos kilómetros se hallaba tu planeta del Sol en esa época?

—A ciento cincuenta millones de kilómetros —fue la respuesta.

—Y el satélite de tu mundo, eso que en tu planeta llamabais Luna, ¿a qué distancia se hallaba de la Tierra?

—Trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros.

—¿Y tu cohete?

—Lo preparé para que orbitase a ciento cinco mil kilómetros de distancia de la Tierra.

—Cuando lo recogimos, sólo se hallaba a treinta y dos mil kilómetros de la Tierra —dijo el matemático, apretando otros botones—. Ahora el Sol y la Luna también están mucho más cerca de tu planeta.

El profesor Jameson lanzó una exclamación mental de asombro.

—¿Sabes cuánto tiempo has navegado en tu satélite alrededor del planeta? —preguntó el matemático—. Desde que comenzaste ese viaje, el planeta al que llamas Tierra ha girado alrededor del Sol más de cuarenta millones de veces.

—¡Cuarenta... millones... de... años! —exclamó, vacilante, el profesor Jameson—. ¡Entonces la humanidad ha debido desaparecer de la Tierra hace mucho tiempo! ¡Soy el último hombre de la Tierra!

—Ahora es un mundo muerto —intervino 25X-987.

—Naturalmente —puntualizó el matemático—, los últimos millones de años fueron más cortos que cuando tú vivías. La órbita de la Tierra es de menor diámetro y la velocidad de revolución se ha incrementado enormemente, debido a su aproximación al Sol en proceso de enfriamiento. Diría que tu año era unas cuatro veces más largo que el lapso que ahora emplea tu viejo planeta en circunnavegar el Sol.

—¿Cuántos días tenía tu año?

—Trescientos sesenta y cinco.

—La rotación de ese planeta ha cesado totalmente.

—Parece extraño que tu satélite cohete consiguiera evitar los meteoros durante tanto tiempo —observó 459C-79, el matemático,

—Rayos de repulsión radiactiva, que funcionaban automáticamente —explicó el profesor.

—Los mismos rayos que nos impidieron acercarnos a tu cohete, hasta que los neutralizamos —declaró 25X-987.

—Moriste y fuiste lanzado al espacio mucho antes de que existiera vida en Zor —monologó uno de los hombres-máquina—. Nuestro pueblo ni siquiera había nacido cuando el tuyo probablemente ya había desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

—Escucha a 72N-4783 —dijo 25X-987—; es nuestro filósofo y le encanta recordar la vida pasada de Zor, cuando éramos criaturas de carne y hueso y la amenaza de la muerte pendía sobre nuestras cabezas. En esa época, a semejanza de la vida que conociste, nosotros nacíamos, vivíamos y moríamos, en un período de tiempo comparativamente muy breve.

—Naturalmente, el tiempo ha terminado por perder significado para nosotros, en especial cuando salimos al espacio —observó 72N-4783—. Jamás lo tenemos en cuenta durante las expediciones, aunque en Zor los cálculos se llevan con exactitud. A propósito, ¿sabes cuánto tiempo hemos estado escuchando la historia de tu planeta? Ya sabes que nuestros cuerpos mecánicos jamás se cansan.

—Bien —rumió el profesor Jameson, calculando una cantidad generosa de tiempo—. Supongo que alrededor de medio día, aunque me pareció mucho menos.

—Te hemos escuchado durante cuatro días —respondió 72N-4783.

El profesor Jameson quedó realmente estupefacto.

—En realidad, no me proponía ser tan pesado —se disculpó.

—No es nada —respondió el otro—. Tu relato era interesante, y aunque hubiera sido doblemente largo no habría importado ni nos habría parecido más largo. El tiempo es meramente relativo, y en el espacio el tiempo real no existe en lo más mínimo, lo mismo que la interrupción de tu vida durante cuarenta millones de años te pareció de pocos momentos. Comprendimos que era así cuando nos llegaron tus primeras impresiones mentales después de revivir.

—Sigamos hasta tu planeta Tierra —dijo 25X-987—. Tal vez allí encontremos revelaciones aún más sorprendentes.

A medida que la nave espacial de los zoromes se acercaba a la esfera desde donde había sido lanzado el profesor Jameson en su cohete hacía cuarenta millones de años, éste se preguntaba cuál sería el aspecto de la Tierra y qué cambios radicales encontraría. Ya sabía que las condiciones geográficas de los diversos continentes se

habían modificado. Lo había visto desde la astronave.

Poco después aterrizaron. Los viajeros espaciales de Zor y el profesor Jameson salieron de la cosmonave para recorrer la superficie del planeta. La Tierra había dejado de rotar, de modo que un hemisferio miraba siempre hacia el Sol. Este lado de la Tierra alcanzaba una temperatura considerable mientras su antípoda, apartado siempre de la luminaria solar, era un yermo helado y desolado. Los viajeros espaciales de Zor no se atrevieron a internarse demasiado en ninguno de los hemisferios, sino que se posaron en la franja de territorio, unos mil quinientos kilómetros, que separaba la mitad congelada de la Tierra de su antípoda castigada por el Sol.

Mientras salía de la cosmonave junto a 25X-987, el profesor Jameson observó con sorpresa la gran transformación que habían producido cuatrocientos mil siglos. La superficie de la Tierra, su cielo y el Sol habían cambiado muchísimo y parecían extraterrestres. Hacia el este, la bola carmesí del Sol, ya menguado en su actividad, descansaba sobre el horizonte iluminando el día eterno. La Tierra colgaba inmóvil del cielo mientras giraba alrededor de su padre solar, acercándose con caída lenta pero segura hacia el gran cuerpo astral. Los dos planetas interiores, Mercurio y Venus, se hallaban ahora muy cerca de la esfera roja, cuya brillantez radiante y deslumbradora se había perdido durante el proceso de enfriamiento. Pronto los dos planetas más cercanos sucumbirían a la fuerte atracción y regresarían a los pliegues llameantes de donde habían sido despedidos como cuerpos gaseosos en el pasado oscuro y milenario, cuando su carrera recién comenzaba.

La atmósfera estaba muy tenue, y el profesor Jameson vio con sorprendente claridad a través de ella, sin que sus ojos se vieran afectados, el enorme perímetro del Sol moribundo. Debido a su proximidad relativa, parecía varias veces más grande que cuando lo viera por última vez, antes de morir. La Tierra se había acercado mucho a la gran estrella alrededor de la cual giraba.

Hacia el oeste, el cielo era negro azabache, excepto el resplandor iridiscente de las estrellas que tachonaban aquella zona de los cielos. Mientras miraba, un débil resplandor cubrió el cielo occidental, aclarándolo poco a poco, y la Luna llena se alzó majestuosamente sobre el horizonte, lanzando su brillo pálido y etéreo sobre el mundo agonizante. Era varias veces mayor de lo que había sido durante el tiempo natural de vida del profesor Jameson. La mayor atracción de la Tierra acercaba la Luna del mismo modo que el Sol atraía la Tierra.

El inhóspito paisaje que veía el profesor representaba el estado al cual había llegado la Tierra. Era una extensión impresionante de soledad, donde no quedaban rastros de la abundante vida que había conocido en épocas pasadas y mejores. El escenario espeluznante y hermoso mostraba a sus ojos un panorama melancólico, que sumió sus pensamientos a una abstracción tenebrosa, con su influencia funesta y

deprimente. De súbito, aquel espectáculo fúnebre y opresor lo asoló con el frío de una terrible soledad.

El hombre-máquina 25X-987 le sacó de sus dolorosos recuerdos.

—Caminemos y veamos si encontramos algo. Puedo comprender cómo te sientes al recordar el pasado. Es triste..., pero, tarde o temprano, le sucederá a todos los mundos, incluso a Zor. Cuando llegue ese momento, los zoromes encontraremos un nuevo planeta donde vivir. Si viajas con nosotros, te acostumbrarás a ver mundos muertos e inhabitados, al igual que otros nuevos y hermosos que laten de vida y energía. Claro que como éste es tu mundo, tiene para ti un valor sentimental especial. Pero, en realidad, es sólo un planeta entre miles de millones.

El profesor Jameson guardó silencio.

—Me gustaría saber si encontraremos ruinas —agregó 25X-987.

—Creo que no —replicó el profesor—. Recuerdo haber oído declarar a un científico eminente de mi época que, pasados cincuenta mil años, todas las obras y las demás creaciones del hombre quedarían totalmente borradas de la superficie de la Tierra.

—Y tenía razón —afirmó el hombre-máquina de Zor—. El tiempo es un gran destructor.

Los hombres-máquina vagabundearon durante largo rato por la monótona superficie de la Tierra, y luego 25X-987 propuso que fueran a explorar el otro hemisferio. Se trasladaron al otro lado de la Tierra en la cosmonave, manteniéndose cerca del cinturón de sombra que rodeaba totalmente el globo como un anillo gigantesco. En el lugar donde aterrizaron se alzaba una serie de conos con cumbres huecas.

—¡Volcanes! —exclamó el profesor.

—Extinguidos —agregó el hombre-máquina.

Alrededor de cincuenta hombres-máquina y el profesor Jameson salieron de la astronave y se dedicaron a explorar las cumbres de formas curiosas. El profesor se alejó del grupo y se acercó a una de las depresiones en forma de taza, quedando fuera de la vista de sus compañeros, los zoromes.

5 - Eternidad o muerte

Se hallaba en el centro de la cavidad, cuando el terreno blando cedió de repente y se precipitó hacia la oscuridad. Rodó a través de la tiniebla estigia en lo que parecía una caída interminable. Finalmente se estrelló contra algo duro. La delgada costra del cráter había cedido, precipitándolo hacia la profunda caldera hueca.

Debió caer durante largo rato... o eso le pareció. ¿Cómo no estaba desmayado o

muerto? Luego se palpó con tres de sus tentáculos. Sus patas metálicas eran cuatro masas rotas y retorcidas, y la mitad inferior de su cuerpo cúbico estaba deformada y agrietada. No podía moverse, y de los seis tentáculos, tres estaban paralizados.

¿Cómo lograría salir de allí?, se preguntó. Tal vez los hombres-máquina de Zor no acertasen a encontrarle. Y entonces, ¿qué sería de él? Permanecería para siempre en un estado inmortal y monótono, incapaz de moverse para salir del agujero negro del cráter. ¡Qué idea tan horrible! No podría morir de hambre; la comida era desconocida entre los zoromes, ya que las máquinas no necesitaban alimentos. Ni siquiera podría suicidarse. La única forma de morir sería aplastando la sólida cabeza de metal pero, en su estado actual de inmovilidad, ello era imposible.

Repentinamente se le ocurrió emitir pensamientos pidiendo ayuda. ¿Recibirían sus mensajes los zoromes? Se preguntó hasta qué distancia podrían transmitir los mensajes telepáticos. Concentró los poderes de su mente en la petición de socorro, y señaló varias veces su posición y estado. Luego vació la mente para recibir las respuestas de los zoromes. No recibió nada. Volvió a intentarlo. Seguía sin recibir respuesta. El profesor Jameson se desanimó.

Era inútil. Los mensajes telepáticos no llegaban hasta los hombres-máquina de Zor. Estaban demasiado lejos, del mismo modo que una persona puede hallarse fuera del alcance de la voz de otra. ¡Estaba condenado a un terrible destino! Hubiera sido mejor que su cohete jamás hubiera sido encontrado. Deseó que los zoromes lo hubieran destruido en vez de devolverle la vida... ¡para esto!

De pronto, sus pensamientos se interrumpieron.

—¡Allá vamos!

—¡No te desanimes!

Si el cuerpo mecánico del profesor hubiera tenido corazón, éste habría saltado de alegría ante estas agradables solicitaciones mentales. Poco después, apareció por la grieta escabrosa del cráter donde había caído la cabeza de metal de uno de los hombres-máquina.

—Pronto te sacaremos de aquí —dijo.

El profesor nunca supo cómo lo lograron, porque perdió el conocimiento bajo la influencia de cierto rayo de luz extraño que ellos proyectaron sobre él en su prisión. Cuando volvió en sí se halló en el interior de la nave espacial.

—Si al caer te hubieras aplastado la cabeza, todo habría terminado para ti —fueron los primeros impulsos mentales que recibió—. Tal como ocurrió, podremos repararte.

—¿Por qué no respondisteis la primera vez que os llamé? —preguntó el profesor—. ¿No me oísteis?

—Te oímos y respondimos, pero tú no. Como sabes, tu cerebro es distinto al

nuestro y, aunque puedes enviar ondas de pensamiento tan lejos como nosotros, no puedes recibirlas desde una distancia tan grande.

—Estoy destrozado —dijo el profesor, mirando sus miembros retorcidos, los tentáculos paralizados y el cuerpo abollado.

—Te arreglaremos —fue la respuesta—. Tienes suerte al no haberte aplastado la cabeza.

—¿Qué haréis conmigo? —inquirió el profesor—. ¿Trasladaréis mi cerebro a otra máquina?

—No, no es necesario. Simplemente sacaremos tu cabeza y la montaremos sobre otro cuerpo mecánico.

Los zoromes se pusieron inmediatamente a trabajar, y poco después separaron la cabeza metálica del profesor Jameson de la máquina destrozada por la caída. Durante la operación indolora, el profesor mantuvo una serie de intercambios de pensamiento en conversación con los zoromes. Al cabo de lo que le pareció poco tiempo, su cabeza coronaba una nueva máquina y estaba preparado para seguir explorando. Durante la operación, la astronave había ganado una nueva posición y, mientras bajaban, 25X-987 acompañó al profesor Jameson.

—Será mejor que te vigile —dijo—. Te meterás en más dificultades hasta que te hayas acostumbrado al organismo metálico.

Pero el profesor Jameson estaba distraído, pensando. Indudablemente, aquellos extraños hombres-máquina que habían rescatado su cohete de la inmensidad del espacio y le habían devuelto la vida, esperaban que viajara con ellos e ingresara en las filas de los zoromes. ¿Deseaba él ir con ellos? No lograba decidirse. Había olvidado que los hombres-máquina podían leer sus pensamientos, incluso los más íntimos.

—¿Deseas quedarte solo aquí, en la Tierra? —preguntó 25X-987—. Tienes derecho a hacerlo si realmente lo deseas.

—No lo sé —respondió sinceramente el profesor Jameson.

Observó el polvo que pisaban sus pies. Probablemente era el mismo que había formado los cuerpos humanos, y que según las épocas había configurado otras estructuras atómicas, otras formas extrañas de vida que sucedieron a la humanidad. Era la ley del átomo que nunca muere. Ahora estaba en condiciones de vivir perpetuamente. ¡Si lo deseaba, podía ser inmortal! Sería una inmortalidad animada por interminables aventuras en el vasto e ilimitado Universo, en medio de la galaxia de estrellas y planetas.

Se apoderó de él una sensación de soledad. ¿Sería feliz entre aquellos hombres-máquina de otro mundo lejano, entre los zoromes? Eran amables y le cuidaban. ¿Que más podía desear? Pero despertó en él el deseo de la especie, la llamada de la

humanidad. Era irresistible. ¿Qué hacer? ¿No era todo inútil? Hacía mucho que la humanidad había desaparecido de la Tierra. Millones de años. Se preguntó qué había más allá de la muerte... de la muerte verdadera, cuando el cuerpo se descompone y se consume para regresar al polvo e integrar nuevas estructuras atómicas.

Se preguntó si estuvo o no muerto durante esos cuarenta millones de años... Supuso que había estado meramente en condiciones de animación suspendida. Recordó que un científico de su época había afirmado que el cuerpo no muere cuando se certifica oficialmente la muerte. Según las afirmaciones de aquel hombre, las células corporales no mueren cuando cesan la respiración, los latidos cardíacos y la circulación sanguínea, sino que su vida vegetativa se prolonga durante varios días más, sobre todo las células óseas, que son las últimas en morir.

Tal vez, cuando fue lanzado al espacio en el cohete, inmediatamente después de su muerte, la acción del vacío cósmico logró detener la lenta descomposición de las células de su cuerpo y mantenerlo en un estado de animación suspendida durante millones de años. ¿Y si realmente muriera... destruyendo su propio cerebro? ¿Qué había más allá de la muerte real? ¿Existiría un plano de existencia mejor que el que los zoromes podían ofrecerle? ¿Redescubriría a la humanidad, o quizás ésta se había elevado desde hacía mucho tiempo a planos más altos de la existencia o la reencarnación? ¿Existía el tiempo más allá del umbral misterioso de la muerte? Si no fuese así, entonces le resultaría posible reunirse con las almas de la raza humana. ¿Había estado verdaderamente muerto todo ese tiempo? Si era así, sabía lo que le esperaba si destruía realmente su propio cerebro. ¡El olvido!

El intenso sentimiento de soledad volvió a recorrerlo, agarrotándolo con su puño melancólico. Desesperado, decidió acercarse al precipicio más cercano y saltar... ¡de cabeza! La humanidad lo llamaba; ningún hombre vivo quedaba para acompañarlo. Sus cuatro miembros metálicos lo llevaron rápidamente hasta la cumbre de un precipicio cercano. ¿Por qué no apostar a favor del más allá? El hombre-máquina 25X-987 comprendió sus pensamientos y no intentó detenerlo. El oriundo de Zor esperó con paciencia.

Mientras meditaba sobre el salto que lo lanzaría a un nuevo plano de existencia o al olvido, el profesor Jameson recibió el pensamiento de 25X-987. Estaba cargado de una sabiduría destilada en muchos planetas y en miles de siglos de experiencia.

—¿Por qué saltar? —preguntó el hombre-máquina—. El mundo agonizante encierra tu imaginación en una sugerencia mórbida. Es una cuestión de actitud mental. Libera tu mente de ese influjo fascinante y ven con nosotros a visitar otros mundos, la mayoría de los cuales son hermosos y nuevos. Entonces conocerás una gran diferencia. ¿Vendrás?

El profesor lo pensó un momento mientras combatía el impulso de lanzarse por el barranco hacia las seductoras rocas que se veían abajo. Pero entonces experimentó

una súbita inspiración; se apartó del precipicio y volvió a reunirse con 25X-987.

—Iré —declaró.

Al fin y al cabo, más valía ser inmortal y unirse a los zoromes en sus interminables aventuras de mundo en mundo. Se apresuraron a regresar a la astronave para escapar a la influencia lóbrega y letal del mundo agonizante, que había estado a punto de empujar al profesor Jameson y hacerle dar el salto fatal hacia el olvido.

* * *

El Satélite Jameson es un notable ejemplo de los errores de la ciencia-ficción anterior a la era de Campbell. Los supuestos científicos no se integran en el relato, sino que se intercalan en bloques inasimilables que quiebran la acción. Además, los datos científicos son inexactos, incluso para el estado de los conocimientos en esa época.

Por ejemplo, en 1931, el radio todavía era considerado como la fuente más rica y natural de radiactividad, de modo que resulta lógico proponer su empleo como energía propulsora de un satélite (lanzado en 1958: casi acierta, dicho sea de paso). Sin embargo, ni en 1931 ni hoy se tienen pruebas de que el radio posea «rayos de repulsión».

Es evidente que al comienzo de su carrera —sólo hacía un año que publicaba y éste fue su cuarto relato de ciencia-ficción—, Jones tampoco dominaba del todo el idioma. Seguramente, *El Satélite Jameson* es el cuento menos artísticamente escrito de los que incluye esta antología.

Pero a mis once años y medio, yo no me fijaba en ningún defecto de estilo y construcción. A mí me emocionó la sugerencia dolorosa de una posible inmortalidad frente a la visión de un triste fin del mundo, para no hablar de las espirales decrecientes de las órbitas planetarias de aquí a cuarenta millones de años (a propósito, no son suficientes; habría sido mejor decir cuarenta mil millones de años, si fuese así como habrá de morir el Sistema Solar. Que no lo es, en absoluto).

Además, los zoromes de Jones —de hecho, eran robots— son importantes en otro aspecto. Los cerebros orgánicos no eran sino un detalle. Jones los describe como seres mecánicos, haciéndolos objetivos pero no insensibles, benévolo pero no entrometido. Ellos no tratan de emplear la fuerza para impedir que el profesor Jameson se suicide si realmente quiere hacerlo, sino que se limitan a persuadirle con argumentos imparciales.

La buena acogida por parte de los lectores solía manifestarse solicitando continuaciones del relato que había gustado. Los lectores (no sólo yo) quedamos tan conmovidos por *El Satélite Jameson*, que durante los siete años siguientes Jones tuvo

que escribir unas doce «aventuras del profesor Jameson». En cada una de ellas, los zoromes visitaban un mundo nuevo y sorprendente. Aunque los zoromes nunca tuvieron personalidad individual, yo podía repetir de memoria las combinaciones de números y letras que designaban a los principales protagonistas.

Fueron los zoromes, que aparecieron por primera vez en *El Satélite Jameson*, quienes me sugirieron la idea de que podían existir robots benévolos dedicados a servir fielmente al hombre, tal como aquellos habían atendido al profesor Jameson. Por eso, los zoromes son los antepasados espirituales de todos mis «robots positrónicos», desde Robbie hasta R. Daneel.

Algo que también prevalecía en la ciencia-ficción de la década de los 30 era el cuento de aventuras, provisto de los adornos científicos mínimos para cumplir con los requisitos del género. Los mejores ejemplos de este tipo de cuentos, muy corriente en las revistas de ciencia-ficción durante la primera mitad de la década, se hallan entre las obras del capitán S. P. Meek.

Entre 1930 y 1932, que fue su mejor época, este autor publicó en las revistas alrededor de treinta relatos, el mejor de los cuales fue *The Drums of Tapajos*, un cuento sobre una civilización perdida en el Amazonas que ya he mencionado dos veces.

Igualmente representativos, y lo bastante breves como para poder incluirlos aquí, son *Submicroscópico* y su continuación *Awlo de Ulm*, que aparecieron en dos números consecutivos de «Amazing Stories» (agosto y septiembre de 1931), y que me conmovieron con los románticos amores del «chico» y la «chica». Ese tema llegaba en un momento oportuno de mi vida.

SUBMICROSCOPICO

Capitán S. P. Meek

Después de muchos meses de sacrificio agotador, mi tarea está terminada. Hoy, al ponerse el sol, he soldado la última conexión de mi Mecanismo de Vibración Electrónica y lo he probado mientras anochece. Funciona perfectamente y mañana, al amanecer, abandonaré este plano, espero que para siempre. Al principio pensaba desaparecer sin dejar rastro, como hice la primera vez, pero mientras estoy sentado esperando el amanecer, esta opción me parece poco justa. En conjunto, este plano me ha tratado bastante bien y realmente conviene que deje algún testimonio de mis descubrimientos y de mis aventuras, que probablemente son las más extrañas que haya vivido un hombre de este plano. Además, esto me ayudará a pasar el tiempo hasta que pueda emprender viaje.

Me llamo Courtney Edwards. Nací hace treinta y cuatro años en la ciudad de Honolulu, hijo único del productor de azúcar más acaudalado de las islas. Cuando alcancé la edad de asistir a la escuela secundaria, fui enviado al continente y aquí me he quedado. La muerte de mis padres hizo de mí un hombre rico, y ya no deseé retornar al escenario de mi infancia.

Durante la guerra estuve en Aviación, y cuando terminó me despojé del traje oliva y regresé a la universidad de Minneconsin para terminar mis estudios. Mi interés hacia la ciencia nació cuando asistí a una conferencia sobre la composición de la materia. Era una conferencia para estudiantes de carreras no científicas de modo que podía comprender lo que se decía. El conferenciante era el doctor Harvey, uno de los catedráticos más populares. Incluso hoy me parece estar viéndole allí, de pie, y recuerdo algunas de sus palabras.

—Para darnos una idea sobre el tamaño de un átomo —dijo—, tomaré como ejemplo un milímetro cúbico de gas hidrógeno a una temperatura de cero grados centígrados y a presión normal. Este contiene aproximadamente noventa cuatrillones de átomos. Una cantidad casi inconcebible. Pensar en este enorme número de partículas contenidas en un cubo cuya arista mide un milímetro; a su vez, cada átomo es tan pequeño en relación con el espacio que existe entre ellos que, en comparación, el sistema solar está atestado. Sin embargo, y a fin de averiguar la composición final de la materia, nos vemos obligados a analizar unidades aún más pequeñas. El átomo no es una partícula indivisible, sino que está formado por partículas menores llamadas protones y electrones. Los protones son partículas cargadas de electricidad positiva, que forman el centro o núcleo de los átomos; los electrones son partículas cargadas de electricidad negativa, algunas de las cuales giran alrededor del centro y,

en la mayoría de los elementos, otras forman parte del núcleo. Cada una de estas partículas es tan pequeña comparada con el espacio que existe entre ellas como los átomos comparados con la molécula.

La cabeza me daba vueltas cuando salí del salón de conferencias. Mi imaginación había quedado cautivada por la idea de contar y medir estas partículas infinitesimales. Al día siguiente fui al despacho del doctor Harvey y solicité una entrevista.

—Doctor, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su conferencia de anoche —le dije.

Sus afables ojos grises parpadearon y me indicó que me sentara.

—Según comprendí, doctor —comencé a decir—, el espacio entre los átomos y entre los electrones y protones de cada átomo es tan vasto comparado con su volumen, que si se pudieran concentrar los protones y electrones de un kilómetro cúbico de gas hasta que se tocaran, la masa resultante no sería visible ni siquiera bajo el microscopio.

—Ha expresado aproximadamente la idea, pero así es —respondió.

—En nombre del sentido común, ¿qué es lo que los mantiene separados? —inquirí.

—Cada átomo se halla en estado de movimiento violento —respondió—, recorriendo el espacio a gran velocidad, chocando continuamente con otros átomos y rebotando hasta que vuelve a chocar con otro átomo y rebota nuevamente. Los electrones también se hallan en un estado de agitación violenta, girando alrededor de los protones, y esta combinación de fuerza centrífuga y atracción eléctrica mantiene al átomo en un estado de equilibrio dinámico.

—Una última pregunta, doctor, y le dejo. ¿Estas cosas que me ha dicho son hechos reales, susceptibles de demostración, o son, meramente, productos de una imaginación excesivamente activa?

Sonrió; luego se inclinó sobre el escritorio y respondió seriamente:

—Algunos son hechos probados que puedo demostrarle en el laboratorio. Por ejemplo, usted mismo, con los conocimientos adecuados, podría contar el número de átomos que hay en un volumen dado. Otras cosas que he dicho son meramente teorías o suposiciones audaces, que explican del mejor modo posible los hechos que conocemos. En la fisicoquímica existe un enorme campo de trabajo abierto a los hombres dotados de capacidad y paciencia para investigar. Nadie sabe lo que el futuro puede dar de sí.

El doctor me había comunicado su evidente entusiasmo.

—¡Seré uno de los hombres que harán esa tarea, si me acepta usted como alumno! —exclamé.

—Me agradecería mucho, Edwards —respondió—. Creo que usted tiene capacidad y voluntad. Solo el tiempo podrá decir si posee la paciencia.

Al día siguiente renuncié a mi curso y me matriculé por libre como alumno del doctor Harvey. Después de un período de intenso estudio de métodos, me hallé preparado para lanzarme a lo desconocido. Los trabajos de Bohr y Langmuir me atraían especialmente, y dediqué mis energías a estudiar el supuesto movimiento de los electrones alrededor de los protones del núcleo. Esta línea de investigación me llevó a intuir que el movimiento no era circular y constante, sino periódico y armónico simple, salvo cuando los períodos armónicos quedaban interferidos por los frecuentes choques.

Concebí un experimento que me demostró satisfactoriamente este hecho, y presenté los resultados al doctor Harvey para que lo comprobara. Aquella noche se llevó mis datos a su casa con intención de leerlos en la cama, como era su costumbre pero jamás volvió a levantarse de su lecho. La muerte me robó a mi preceptor, y fue nombrado decano de la Facultad de Química el doctor Julius. Le llevé mis resultados, pero solo recibí desdén y risas. El doctor Julius era un analista capaz, pero carecía de perspectiva y los árboles nunca le dejaban ver el bosque. A consecuencia de mi entrevista con él, abandoné rápidamente Minnenconsin y decidí continuar mi investigación en otro centro de estudio.

El problema que me interesaba analizar era la reducción de período de vibración de los átomos y de sus partes constitutivas. Si mi teoría acerca de su movimiento era correcta, sería posible amortiguar sus vibraciones y así condensar la materia y hacerla ocupar un volumen menor en el espacio. Pronto descubrí que los hombres como el doctor Harvey podían contarse con los dedos de una mano. No encontré un solo encargado de un departamento universitario que poseyera perspectiva suficiente como para comprender las posibilidades de mi investigación. Furioso, decidí seguir con mis experimentos a solas y apartado del mundo, hasta demostrar el acierto de mis teorías.

Pilotaba aviones por diversión y un día, mientras volaba de Salt Lake City a San Francisco, sobrevolé un valle fértil y verde oculto en los despeñaderos casi inaccesible de Timpahute, al sur de Nevada. Interrumpí mi paseo y aterricé en Beatty para hacer averiguaciones. No encontré a nadie que hubiera oído hablar de mi valle escondido. Hasta los más viejos exploradores ignoraban su existencia y se burlaron de mí cuando les aseguré que había visto correr agua y crecer árboles copudos en los yermos de Timpahute.

Comprobé la situación del valle, volé a San Francisco y ordené mis asuntos. Regresé en avión a Beatty, compré algunos pertrechos, aterricé al pie de los desfiladeros que ocultaban el valle y me puse a buscar a pie una entrada. Me costó un mes de cuidadosa búsqueda el encontrarla. Si se practicaban algunas voladuras, podría abrirse un camino transitable para los mulos. Los materiales que había pedido en San Francisco ya habían sido enviados a Beatty, y contraté muleros para que los

transportaran a Timpahute. Establecí un depósito a kilómetro y medio del paso e hice descargar allí los materiales. Cuando se fueron, cargué mis propios mulos y me metí en el valle. No me interesaba que nadie supiera donde me hallaba y, por lo que sé, nadie se enteró.

Cuando terminé de trasladarlo todo, me puse a trabajar.

En pocos días pude aparejar en la corriente una rueda hidráulica de admisión inferior que me proporcionó energía suficiente para poner en marcha un generador eléctrico; de este modo, tuve a mi disposición la fuerza de veinte hombres. Construí una barraca de madera como laboratorio, con un cuarto para cocinar y dormir.

Tuve la suerte de no sufrir ningún revés importante en mi investigación, y unos catorce meses después había puesto a punto mi primer aparato. No pienso consignar como lo hice, pues creo que el mundo no está preparado para ello, pero daré alguna idea acerca de su aspecto y de cómo funcionaba. El mecanismo tiene una base circular de metal plateado (se trata de una aleación de paladio) que sustenta los seis soportes de la cúspide. Ésta, construida con la misma aleación que la base, es de forma parabólica, y cóncava hacia abajo. La parábola contiene una bobina de inducción coronada por un espinterómetro, de modo tal que el mecanismo se encuentra en el foco del reflector, pues eso es en realidad la cúspide. La bobina y el espinterómetro están conectados con otras bobinas y condensadores que son alimentados por grandes baterías de reserva colocadas alrededor del borde de la base. En cada uno de los seis soportes se ajusta un pequeño reflector parabólico con una bobina y un espinterómetro pequeños en el foco. Los pequeños reflectores están dispuestos de tal modo que enfocan la cúspide con el rayo generador, mientras que el gran espinterómetro superior baña el resto del aparato.

Cuando los espinterómetros y bobinas son recorridos por la corriente eléctrica, generan un rayo de longitud de onda similar a la de las vibraciones electrónicas y atómicas pero con un desfase de media onda. El rayo solo es eficaz si puede fluir libremente; la base y la cúspide actúan como conductores y también como aisladores, ya que absorben y transforman las vibraciones que caen sobre ellas de modo que no afectan a lo que está fuera del aparato ni a lo que se halla entre la base y la cúspide.

Naturalmente, tan pronto estuvo terminado lo probé. El aparato funciona al accionar un interruptor. Cogí una varilla de acero y lo puse en marcha. En seguida, el aparato comenzó a encoger. Proferí un grito y me felicité a mí mismo. Me arrodillé para observar cómo disminuía rápidamente, pero de pronto comprendí que se volvería demasiado pequeño y que dejaría de verlo si no conseguía desconectar. Quise tocar el interruptor con la varilla, pero me había demorado demasiado. La vara no pasaba por el hueco existente entre los soportes laterales. Sentí la mortificación de ver cómo el producto de un año de trabajo disminuía cada vez más, hasta que finalmente se desvaneció.

La pérdida de mi máquina fue un gran golpe pero, al menos, había verificado mi teoría. Tras descansar algunos días, me puse a construir un duplicado. La senda ya estaba abierta, y necesité menos de un año para completar el segundo aparato. Lo probé y detuve el proceso de encogimiento cuando el mecanismo estaba aproximadamente a la mitad de su tamaño original. Entonces invertí la polaridad de las bobinas, comprobando con satisfacción que la máquina volvía a dilatarse hasta recuperar sus proporciones originales. En ese momento la desconecté, y comencé a planear experimentos para conocer sus limitaciones.

Cuando determiné a mi satisfacción que todo objeto inanimado colocado en la base se dilataba o contraía, ensayé con organismos vivientes. Primero experimenté con una liebre y descubrí que podía aumentar su tamaño hasta el de un pony de Shetland o reducirlo al de un ratón sin consecuencias nocivas aparentes. Concluido este experimento, probé el mecanismo en mí mismo.

El primer experimento consistió en aumentar mi tamaño. Me coloqué sobre el platillo de la base y di paso a la corriente, pero no sentí ningún efecto. Miré el paisaje y, contrariado, descubrí que algo había salido mal. Yo tenía el mismo tamaño, pero la casa y los terrenos cercanos habían sufrido la influencia de mi aparato y se encogían rápidamente. Alarmado, corté la corriente y salí. La casa se había encogido a la mitad de su tamaño normal y yo no pasaba por la puerta, ni siquiera a gatas. Tuve una idea. Metí la mano, saqué una balanza y me pesé. Pesaba poco más de quinientos cuarenta kilos. Entonces comprendí que había tenido éxito más allá de mis sueños más descabellados, por lo que entré de nuevo en la máquina y me encogí hasta diez centímetros de estatura, sin experimentar efectos nocivos, aunque sí la impresión de que la casa y el paisaje crecían. Regresé a mi tamaño normal y, aunque me sentía débil por efecto de la excitación, por lo demás me encontraba totalmente normal.

Mi primera idea fue regresar a la civilización y confundir a los hombres que se habían burlado de mí. Pero, cuanto más analizaba la cuestión, más comprendía la importancia de mi invento y la necesidad de ser precavido al presentarlo. Sea como fuese, me di cuenta de que necesitaba descansar, y me quedé en el valle para ultimar mis planes antes de anunciar el descubrimiento.

Pronto empecé a aburrirme. Siempre me ha gustado la caza mayor; poseía un excelente rifle y municiones en abundancia, pero las piezas no abundan en Timpahute. En el valle había muchísimas hormigas y se me ocurrió que, si reducía mi persona y mi rifle a dimensiones adecuadas, me servirían para mi deporte. La novedad de la idea me fascinó tanto como la posibilidad de cazar, y rápidamente me apoderé de una pistola y una cartuchera antes de entrar en la máquina.

Accioné el interruptor. La casa y el paisaje comenzaron a adquirir proporciones ciclópeas, pero continué hasta que los granos de arena semejaron rocas inmensas. Entonces quise cerrar el interruptor. Estaba atascado. Muy intranquilo, traté de

moverlo a la fuerza y, como resultado, rompí la palanca... El aparato siguió funcionando y yo me volvía cada vez más pequeño. Los granos de arena se convirtieron en altísimas montañas y luego me sentí caer. Comprendí que la máquina había estado en equilibrio sobre un grano de arena. Ahora había resbalado y caía por el abismo existente entre dos granos. Poco después quedó colgada sobre un precipicio tenebroso, pero siguió funcionando, y luego volví a caer.

Una mirada a la escala del indicador de tamaño relativo me señaló que la aguja casi había llegado al punto que yo había marcado como infinito. Golpeé desesperadamente el interruptor estropeado con la culata del rifle, pero era de construcción sólida. Finalmente lo rompí. La bobina emitió un gemido que recorrió todas las notas de la escala hasta quedar en silencio. Había dejado de encogerme, pero ya era mucho más pequeño de lo que cualquier microscopio podía detectar; revisé el interruptor y me convencí de que estaba totalmente roto; me llevaría varias horas el repararlo.

Cuando terminé esta revisión, miré por primera vez a mi alrededor. Apenas daba crédito a mis ojos. La máquina descansaba en un hermoso claro iluminado por el sol, alfombrado con césped y alegrado por variopintas flores. Ahora debo explicar una cosa. Como decía, no me daba cuenta de cuándo mi tamaño aumentaba o disminuía; era el paisaje el que aparentemente sufría una modificación. Por eso, mientras estuve en Ulm jamás me acostumbré a pensar que todo era realmente submicroscópico, sino que persistía en referirlo todo a mi altura normal de un metro ochenta. En realidad, el claro donde se hallaba la máquina sólo medía una ínfima fracción de centímetro, pero a mí me pareció de ochocientos metros y tardé diez minutos en cruzarlo. Ni siquiera ahora estoy seguro de cuán pequeño era realmente, de modo que no intentaré describir el tamaño absoluto de las cosas, sino que las describiré tal como las percibía. En síntesis, me referiré al tamaño relativo que tenían para mí. Observé el paisaje y me froté los ojos, intentando convencerme de que estaba soñando, pero la escena no cambió y comprendí que había ocurrido algo insospechado hasta ese momento: es decir, que nuestro mundo es muy complejo y oculta muchos tipos de vida desconocidos para nosotros. Todo lo que estaba al alcance de mi visión parecía normal, el césped, los árboles e incluso algunos mosquitos se arremolinaban a mi alrededor y uno se posó en mi muñeca y me picó. ¡Imaginad, si podéis, cuál debía ser el tamaño real de ese mosquito!

Convencido de que no soñaba, salí de la máquina y me detuve en el césped. Pensaba echar una mirada y ver cómo era este mundo en miniatura antes de reparar el interruptor. Sólo había caminado unos pocos pasos desde la máquina, cuando un poderoso gamo apareció en el prado y saltó. Levanté instintivamente el rifle, disparé y el gamo cayó pataleando. Seguro de que mis armas funcionaban correctamente, comencé a recorrer el claro a paso rápido. Me orienté cuidadosamente con la brújula

de bolsillo para no tener problemas al buscar el camino de regreso. Durante los diez minutos que tardé en atravesar el claro, tuve varias oportunidades de cazar venados, pero no lo hice. No quería desperdiciar municiones ni llamar la atención hasta averiguar dónde me hallaba.

Hacía un calor asfixiante en el claro y levanté la mirada hacia el sol, esperando verlo enorme, pero no parecía más grande que de costumbre, fenómeno que no pude entender en ese momento, ni tampoco ahora. Antes de llegar al bosque que bordeaba el claro, noté que el horizonte estaba totalmente cercado de enormes montañas, las más altas que había visto en mi vida. Quedé asombrado al comprender que aquellas poderosas e imponentes masas de roca sólo eran, en realidad, granos de arena o tal vez algo más pequeño; tal vez eran partículas de ese polvo impalpable que hay entre los granos de arena.

Tardé alrededor de diez minutos en llegar al lindero de la selva, pues eso era. La mayoría de los árboles eran de especies desconocidas, aunque reconocí algunos típicamente tropicales, entre ellos el baobab, o uno de sus parientes, y el *lignum vitae*. El paisaje me recordó las selvas amazónicas. El suelo estaba cubierto de restos vegetales en estado de descomposición, y los bejucos entorpecían mis pasos. Me interné en la espesura y diez minutos después estaba perdido como nunca en mi vida. La frondosidad de los árboles me impedía orientarme por el sol, y además había olvidado consultar la brújula al adentrarme en la selva.

Me fijé un rumbo con la brújula y avancé con mucha dificultad. Media hora de caminata incesante me convenció de que había tomado una dirección equivocada. La selva era demasiado espesa como para retroceder, de modo que elegí otra orientación con el compás y seguí adelante. Anduve quizá diez minutos por mi nuevo camino cuando oí un sonido que me detuvo, haciéndome dudar de mis sentidos. Había oído un grito lanzado por una voz humana. Presté atención y volví a oírlo en la misma dirección y un poco más cerca. Alguien se acercaba a mí, y busqué un lugar donde esconderme. Un grupo de raíces de baobab me permitió emboscarme bastante bien y me agaché, con el rifle preparado, esperando lo que pudiera aparecer.

Poco después oí pasos apresurados y atisbo desde mi escondite. Imaginad mi sorpresa al ver aparecer a una muchacha, de raza blanca al parecer, corriendo a toda velocidad. A menos de cincuenta metros la seguía un grupo de hombres o de bestias, pues a primera vista no se distinguía lo que eran. Eran negros como boca de lobo, de labios gruesos, narices chatas, y casi desprovistos de frente. Medían, o parecían medir, unos dos metros de altura; su tórax era enormemente fornido, y los brazos les llegaban más abajo de las rodillas. A veces se inclinaban hacia delante, para apoyar los nudillos en el suelo y avanzar a gatas, a mayor velocidad de la que les consentían sus piernas relativamente cortas y torcidas cuando se hallaban en posición erguida.

Tenían la cabeza, el pecho y los brazos cubiertos de espeso pelo negro, aunque las piernas, el vientre y la espalda eran casi lampiños. Sus bocas eran anchas y la mandíbula inferior saliente dejaba ver unos colmillos amarillentos que les prestaban una expresión espantosamente bestial. Tenían dos ojos, pero no colocados como en los monos antropoides o en el hombre. Un ojo se situaba en medio de la frente y el otro en la nuca. Sólo llevaban taparrabos y cintos de los que colgaban espadas cortas y pesadas. En las manos portaban lanzas de unos tres metros de largo. El peso medio de un hombre de aquellos sería de unos ciento ochenta kilos en nuestro mundo. Naturalmente, no observé todo esto a primera vista, pero más tarde me familiaricé con los menas —así se llamaban— hasta acostumbrarme a su aspecto.

Me bastó una mirada para comprender que la muchacha estaba cansada y que aquellos brutos le daban caza. Ella era un ser humano, y la visión de aquellos salvajes hizo que mi acto siguiente fuese una reacción puramente instintiva. Salí de mi escondite dando un grito, y me llevé el rifle al hombro. La muchacha me vio y cambió de dirección para acercarse a mí. Los negros también me vieron y avanzaron hacia mí, esgrimiendo sus lanzas.

Soy buen tirador; ellos estaban cerca y constituían un blanco fácil. Tenía cuatro cartuchos en el rifle, y cuatro negros cayeron a medida que yo iba apretando el gatillo. Los demás se detuvieron un instante, lo cual me dio tiempo a cargar el rifle. Mientras lo hacía, elegí al que parecía ser su jefe y lo liquidé con el siguiente disparo. Esto volvió a detenerlos, pero otro demonio negro dio un salto para tomar la iniciativa y tuve que colocarle un trocito de plomo en la cara. Cayó como un tronco, y como ninguno de los demás parecía deseoso de asumir la jefatura, distribuí los tres proyectiles restantes donde pensé que caerían mejor. Mientras bajaba el rifle para recargarlo, otro negro saltó, corrió hacia mí y los demás le siguieron. No me daba tiempo a cargar, por lo que saqué el Colt 45, y cuando se hallaba a menos de veinticinco metros le metí plomo en el pecho, iniciando una escabechina general. Cuando el Colt quedó descargado, había catorce negros en el suelo y el resto huía a toda velocidad. Recargué el rifle y la pistola, y luego busqué a la muchacha.

Al principio no la vi, y luego descubrí un mechón de pelo rubio en la maraña que había bajo mis pies. Se había emboscado en la vegetación, ocultándose perfectamente mientras yo disparaba. Me agaché y la toqué pero, cuando notó que su escondite había sido descubierto, se levantó de un salto y huyó como un conejo asustado. La llamé, me miró por encima del hombro y cuando vio que estaba solo se detuvo. Dudó un instante y luego regresó para echarse de rodillas a mis pies. La levanté y le palmeé el hombro.

—Eh, nena, no llores —dije estúpidamente, en parte porque no sabía qué decir y, además, porque su aspecto me tenía totalmente embelesado.

Era sin duda la muchacha más hermosa que he visto en mi vida, alta y esbelta, llena de curvas y gracia, con los ojos azules como el mar que rodea Oahu y una cabellera donde los rayos del sol aprisionados luchaban permanentemente por recuperar la libertad, lanzando destellos a través de las redes de su prisión. Rodeaba su cabeza una cinta de oro que tenía engarzada una inmensa piedra cuadrada de brillo y reflejos maravillosos. Recogía sus prendas de vaporosa gasa gris un cinturón también dorado, del que colgaba una bolsita que tenía una gema incrustada en oro. En la hebilla del cinturón lucía otra gema cuadrada como la que adornaba la cinta de su cabello.

Siempre he tratado con franqueza a las muchachas, sobre todo porque nunca me fijé demasiado en ellas, pero no supe qué decir ante aquella salvaje sucia pero hermosa como el amanecer. Sólo pude tragar saliva y tartamudear.

—Esto... ¿Crees que esos bribones volverán a por más? —proferí al fin.

Me echó una mirada de reojo, haciéndome perder la cabeza, y mi corazón saltó emocionado. Luego habló. Su idioma era maravillosamente fluido y me sonaba vagamente familiar. No la entendí, pero estaba seguro de haber oído antes aquella lengua. Luego capté una palabra y repentinamente lo supe. Era como una variedad del hawaiano. Desesperado, intenté recordar el idioma de Leilani, mi vieja niñera, pero la única frase que logré recordar fue «E nac iki ne puu wai». No parecía muy apropiado decir a una muchacha a quien acababa de conocer «Rubia, séme fiel», pero como era la única frase que lograba recordar, la dije.

Lo entendió y tuvo una reacción de dignidad ofendida. Lanzó un fluido discurso a tal velocidad, que no comprendí una sola palabra. Pensé rápidamente y luego recordé otra frase:

—Pau hawaiano.

Tuve que repetirla dos veces, hasta que ella comprendió, no la palabra hawaiano, sino pau —«se acabó»— y entonces interpretó que mi primera frase era lo único que yo sabía decir en su idioma. Al comprender mi apuro, depuso su indignación y rió. Me alegré al verla otra vez contenta, aunque seguía preocupado por la posibilidad de que los negros regresaran.

Mi ignorancia de su idioma me obligó a recurrir al lenguaje de los gestos con objeto de hacerme entender. Me comprendió fácilmente y se mostró preocupada un instante, hasta que vio mi rifle. Lo tocó inquisitivamente y, dando un puntapié al cuerpo del negro más cercano, volvió a reír.

Evidentemente, creía que el arma me hacía invencible, pero yo sabía que no era así. Sólo me quedaban dos cargas para el revólver y ochenta y cinco cartuchos de rifle, que no bastarían para rechazar un ataque en regla. Toqué el rifle, sacudí con tristeza la cabeza y dije:

—Pau.

Su rostro volvió a ensombrecerse y se puso a hablar muy despacio, repitiendo varias veces la palabra «Ulm». Gradualmente recordé el hawaiano y, aunque su idioma no era el que yo había aprendido en mi juventud, ya que ella empleaba las consonantes «s» y «t», ambas desconocidas en hawaiano, logré deducir lo que quería decir. Me invitaba a ir con ella a Ulm. Yo no tenía la menor idea acerca de Ulm, pero ya había renunciado a la esperanza de regresar a mi máquina y, desde que había visto a la muchacha, tampoco tenía mucha prisa en encontrarla. Me pareció que podría interesarme visitar Ulm y luego regresar al claro con un guía competente. En consecuencia, le hice comprender que aceptaba su proposición. Asintió alegremente, me precedió y empezó a abrirse paso hacia el nordeste.

Caminamos más de tres horas a través de la selva, siguiendo una línea recta por medio de la brújula. Más tarde supe que la gente de Ulm posee un asombroso sentido de orientación y sabe encontrar su camino por el mundo en miniatura sin ayuda de guías. La muchacha habló todo el tiempo en su idioma y, a medida que recordaba el hawaiano que aprendí de niño, descubrí que lograba comprender el sentido de lo que decía si hablaba muy despacio. Incluso, en cierto modo, podía contestar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Awlo Sibi Tam —respondió, alzando orgullosamente la cabeza.

—Me llamo Courtney —agregué.

Intentó repetir mi nombre, pero tuvo problemas con el sonido de la «r», que, por lo visto, le era desconocido. Lo repitió varias veces mientras avanzábamos, y por último, logró una imitación bastante buena. De todos modos, pensé que nunca mi nombre había sido tan encantadoramente pronunciado.

De súbito, Awlo se interrumpió y escuchó con atención. Volvió hacia mí su rostro lleno de temor y dijo:

—Vienen.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Los menas —respondió.

Presté atención, pero no oí nada.

—¿Hay muchos? —inquirí.

—Muchos —repuso—, creo que cientos. Están siguiendo nuestra senda. ¿No los oyes?

Apoyé la oreja sobre la tierra y percibí un débil rumor. Jamás habría logrado adivinar de qué se trataba.

—¿Qué podemos hacer? —consulté. Levanté el rifle—. Éste matará a cien, pero luego estamos perdidos.

—Correr —dijo—, correr lo más rápido que podamos. No servirá de mucho, ya que los menas pueden alcanzarnos. Tú eres lento y yo estoy cansada pero, si tenemos

suerte, lograremos llegar a las llanuras de Ulm y allí estaremos a salvo.

Su consejo me pareció bueno y comencé a seguirla tan rápido como podía. Soy buen corredor, pero no podía seguir el paso de Awlo, que volaba como un ciervo sobre el terreno. El rifle me estorbaba, pero desde luego no era cuestión de abandonarlo. Poco después oí claramente los gritos de los menas que nos perseguían.

—¿Falta mucho? —jadeé.

—No —respondió por encima del hombro—. ¡Apúrate!

Jadeé tras ella. La selva empezó a clarear delante de nosotros y salimos a una inmensa llanura abierta. Awlo se detuvo y exhaló un grito de desesperación.

—¿Qué sucede? —pregunté imperativamente.

No respondió, sino que señaló hacia delante. Nuestro camino estaba cortado por un ancho río, de sereno caudal. Había un puente, pero una mirada me bastó para ver que el arco central estaba derruido; en medio de la estructura se abría una brecha de seis metros.

—¿Sabes nadar? —pregunté.

Me miró, interrogante. Era manifiesto que la palabra le resultaba desconocida.

—Nadar, correr por el agua —expliqué.

Una expresión de pánico cerval desfiguró su rostro.

—Es tabú —repliqué—. Entrar es mortal.

—Quedarse a este lado es lo mortal —señalé.

—Es mejor morir en manos de los menas que por obra de los dioses —respondió.

Hablaba en serio. Prefería enfrentarse a la muerte segura en manos de aquellos salvajes espantosos, antes que meterse en el agua. Sólo podía hacer una cosa: buscar un refugio desde donde vendería cara mi vida. Pensé en esto y recorrí la orilla del río, buscando una depresión que nos defendiese de las lanzas de los menas. Al rebasar un grupo de árboles me tocó a mí el turno de gritar, aunque éste fue un grito de alegría y no de temor. Allí, entre los árboles y la orilla del río, había un objeto que me resultaba familiar: el Mecanismo de Vibración Electrónica.

—Estamos salvados, Awlo —grité de alegría mientras corría hacia la máquina.

Comprendí que era el primer modelo, construido hacía casi un año. Tal como me había figurado, se redujo a pequeñez infinitesimal. Quedé un instante desconcertado, preguntándome cómo no se había encogido hasta desaparecer, pero no era momento para análisis científicos. Los gritos de los menas ya se oían peligrosamente cerca.

—Awlo, aléjate unos metros y no te asustes —ordené—. Te salvaré fácilmente.

Me obedeció y entré en la máquina. Al pronto temí que las baterías estuvieran agotadas. Pero al tomar la palanca del interruptor y moverla para aumentar el tamaño, el paisaje comenzó a disminuir como otras veces, sin que yo notase nada. Mantuve los ojos fijos en el río, hasta ver su anchura reducida a dimensiones que yo podría saltar fácilmente; luego corté el contacto y salí.

Al principio no vi a Awlo, pero luego la hallé caída boca abajo sobre el terreno. Me incliné sobre ella y entonces vi algo más. Cientos de menas habían salido de la selva y se acercaban por nuestro sendero. No dudé ni un minuto más. Cogí a Awlo con la mayor precaución, y salté el río con ella. Me volví para ver si los menas intentaban seguirnos, pero, evidentemente, al ver mis proporciones gigantescas huyeron a toda velocidad. Luego supe que el río era tan tabú para ellos como para Awlo, y que por ningún motivo habrían cruzado la corriente de agua, salvo por medio de un puente o una barca.

Levanté a Awlo hasta mis ojos para tranquilizarla, pero se había desmayado. Regresé a la otra orilla del río, volví a entrar en la máquina y bajé la palanca reductora. En vista de que la máquina funcionaba, decidí no detenerla hasta averiguar por qué había dejado de funcionar súbitamente. No logré que redujera más su tamaño ni el mío. La única explicación que se me ocurre consiste en que el mundo de Ulm debe hallarse en el límite de la pequeñez, o sea en la magnitud de la vibración de los átomos y sus partes constituyentes.

Sin duda es el límite inferior del movimiento, y toda reducción mayor produciría la inmovilidad y, por consiguiente, la aniquilación de la materia.

Me había propuesto cruzar a nado el río mientras Awlo permanecía inconsciente, pero pensé que la máquina también podía serme útil en la otra orilla, de modo que volví a aumentar mi tamaño para poder cruzarlo a pie. Salí y, para reducir sólo la máquina, moví la palanca reductora con un palito hasta que alcanzó el tamaño de un juguete. Cogí la máquina con la mano, salté nuevamente el río, y con mi navaja de bolsillo accioné la palanca en sentido contrario. Cuando aumentó al tamaño adecuado la detuve, volví a entrar y pronto, tanto ella como yo, quedamos al tamaño mínimo.

Awlo seguía inconsciente. Me incliné sobre ella y le froté las manos. Pronto volvió en sí y se sentó. Fijó una mirada distraída en la máquina, se estremeció y luego volvió sus ojos asustados hacia mí.

—¿Qué ha sucedido, Courtney Siba? —preguntó con voz temblorosa—. Creí que te habías convertido en un kahuma, un hechicero de la antigüedad. ¿He soñado?

Reflexioné rápidamente. Resultaba evidente que un kahuma era alguien digno de respeto y, a la vez, alguien ajeno a la categoría humana. Las ventajas e inconvenientes de serlo parecían equivalentes, pero al contemplar el rostro asustado de Awlo tomé una decisión:

—No soy un kahuma, Awlo —repliqué—. Hice lo que hice gracias a esto, que me permitió aparecer ante los menas más grande de lo que soy. Por eso huyeron. Mientras lo hacían, os pasé a ti y a la máquina. Ahora estamos a salvo y, si los menas no hallan una manera de cruzar, no volverán a molestarnos.

Awlo pareció contentarse con mi explicación. Le propuse descansar un rato para

recuperarse del susto, pero se burló de esta idea.

—Ulm está muy cerca —explicó— y hemos de apresurarnos. No quiero que mi padre se inquiete demasiado por mi ausencia.

—Esto me recuerda algo que quería preguntarte, Awlo —dije mientras nos poníamos en marcha—. ¿Por qué estabas en la selva donde te perseguían los menas cuando te encontré?

—Había ido a la ciudad de Ame para visitar a mi tío Hama —respondió—. Mi visita concluyó ayer y emprendí el camino de regreso. Desde hace tres años los menas no se atrevían a atacarnos. Por eso llevaba una escolta reducida, de sólo unos trescientos soldados. Estábamos a mitad de camino entre las dos ciudades y avanzábamos pacíficamente por la selva cuando, sin previo aviso, los menas atacaron. Los soldados lucharon violentamente, pero los menas eran muchos y demasiado fuertes, y toda la escolta fue asesinada. Dos de mis doncellas y yo fuimos capturadas. Los menas nos llevaron a una de sus ciudades en la selva y prepararon el banquete.

—¿El banquete? —inquirí.

—Para los menas, somos comida —respondió con sencillez.

Me estremecí ante la idea y apreté los dientes al pensar en aquellos monstruos que huían, y que pocos minutos antes habían estado a mi merced. Si hubiera sabido cuan salvajes eran, los habría castigado a placer.

—Anoche sacaron primero a una y después a la otra doncella de la cueva donde estábamos prisioneras, las mataron y las arrastraron hacia la caldera. Luego me tocó a mí, y dos menas me cogieron y me llevaron a rastras. Luego me soltaron y uno levantó una lanza para terminar con mi vida. Me eche al suelo, la lanza pasó por encima de mi cabeza y luego huí. Intenté correr hacia Ulm, pero adivinaron la dirección que emprendería y enviaron a un destacamento para que me cortara el paso mientras otros seguían mi rastro. Durante la noche pude despistarlos y avanzar en menos tiempo del que ellos tardaban en rastrearne, pero al amanecer descubrieron mis huellas y pronto los tuve a mis espaldas. Corrí tanto como pude, pero ellos me alcanzaron fácilmente y creí que estaba perdida cuando te oí gritar. Awlo Sibi Tam y Ulm jamás olvidarán que la salvaste, Courtney Siba. Mi padre, Kalu, te recompensará como mereces.

—Si los menas son tan salvajes, ¿por qué tus soldados no les hacen la guerra hasta exterminarlos? —pregunté.

—Durante años guerrearon contra ellos —respondió—, pero hay demasiados menas y no podemos cazarlos a todos. En otras épocas, los menas no existían y había guerra entre Ulm y Ame. A veces una salía victoriosa, en otras ocasiones la otra, pero siempre dejaban de luchar antes de aniquilarse. Entonces llegaron los menas a través de los desfiladeros del desierto norte. Vinieron a millares y atacaron Ame. Los

hombres de Ulm olvidaron la antigua enemistad y nuestros ejércitos salieron para socorrer a la ciudad amenazada. Durante algún tiempo nuestros ejércitos rechazaron a los invasores, pero llegaron del norte cada vez más menas, y llevaron la batalla hasta las puertas de la misma Ame. Allí nuestros ejércitos los detuvieron, pues ellos no podían escalar las murallas ni irrumpir en la ciudad. Cuando comprendieron que no lograrían tomar la ciudad, atacaron Ulm. Nuestro ejército regresó rápidamente para defender la ciudad y los hombres de Ame lo acompañaron, quedando sólo los necesarios para proteger las murallas. Nuevamente los menas lucharon ante las murallas, y nuevamente fueron detenidos. Cuando comprendieron que no podían tomar ninguna de las ciudades, se replegaron hacia la selva y fundaron poblados de cabañas. Ésta es la situación actual. Los menas luchan entre sí y, cuando están numéricamente debilitados, los ejércitos de Ulm y Ame salen a atacarlos. Siempre los han derrotado. Hemos intentado expulsarlos, y a veces no se ven menas durante una generación, pero siempre regresan más fuertes que nunca y atacan alguna de las ciudades. Han pasado varios años desde que se les hizo la última guerra, y es posible que piensen atacar de nuevo.

—¿Ulm y Ame están en guerra actualmente? —pregunté.

—No; reina la paz entre nosotros. Hermanos de la misma sangre se sientan en ambos tronos, y la vieja enemistad ha sido olvidada. ¡Mira, allí está Ulm!

Habíamos coronado una pequeña elevación que dominaba los campos cultivados. Ante nosotros se extendían, una tras otra, hileras de plantaciones, la mayoría de las cuales eran de keili, cuya nuez es el alimento básico de las clases más pobres de Ulm. Unos tres kilómetros más allá se alzaba en la llanura una maciza ciudad amurallada. La llanura estaba salpicada de pequeñas casamatas de piedra, que me recordaron los antiguos fortines que solían erigirse en las llanuras norteamericanas para protegerse de los ataques indios. De hecho, aquella era también la función de las casamatas.

Mientras nos acercábamos, una figura apareció en la muralla y nos observó atentamente. Emitió un sonido musical y Awlo levantó la vista.

—Awlo Sibi Tam ordena que te presentes —gritó ella imperiosamente.

El centinela se frotó los ojos, volvió a mirar y bajó de la muralla a toda prisa. Las macizas puertas se abrieron y salió un oficial que se postró y besó el suelo delante de Awlo.

—¡Levántate! —ordenó Awlo.

Se levantó, sacó a medias la espada de la vaina y le presentó la empuñadura a Awlo. Ella la tocó; el oficial volvió a envainarla con un movimiento brusco y se cuadró.

—Voy hacia Ulm —dijo—. Envía mensajeros que anuncien a mi padre mi llegada, y ordena a mi escolta que venga aquí.

El funcionario hizo una profunda reverencia; Awlo me tomó de la mano y me

condujo al interior del edificio. Era un típico cuarto de guardia, exactamente igual a los que se encuentran en todas las naciones y todas las épocas.

Nos sentamos y escuché el sonido de los cascos que se perdían rápidamente en dirección a la ciudad.

—¿Quién eres, Awlo? —pregunté—. ¿Eres la hija de un jefe o algo por el estilo?

—Soy Sibi Tam —repuso.

—No conozco ese rango —expliqué—. ¿Cuál es su importancia?

Me miró sorprendida, y luego se echó a reír.

—En su momento lo sabrás, Courtney Siba —dijo riendo.

Quise insistir, pero se negó a responder y desvió la conversación hacia otros temas. Al cabo de media hora escuché un rumor confuso que se acercaba desde la ciudad. Awlo se puso en pie.

—Sin duda alguna, es nuestra escolta —dijo—. Salgamos a recibirla.

La seguí hasta el patio bordeando la gruesa muralla que rodeaba el edificio. Por el camino se acercaba la cabalgata más suntuosa que haya visto nunca. Primero apareció un escuadrón de caballería montado en magníficos corceles y armado con largas lanzas. Usaban cascos dorados de los que salían penachos colgantes de crin color carmesí. Llevaban coraza de oro y grebas doradas en las piernas, con los muslos desnudos. Además de la armadura usaban una prenda corta, también carmesí, semejante a una falda, que cubría hasta la mitad del muslo, y una vaporosa capa roja ribeteada de piel marrón. Al lado izquierdo de sus cintos colgaban pesadas espadas, y al derecho dagas que, sumadas a las lanzas de tres metros y medio, constituían sus armas ofensivas.

Detrás de la caballería apareció un cortejo de carrozas suntuosamente adornadas, ocupadas por hombres ricamente engalanados con todos los colores imaginables. Otro escuadrón de caballería semejante al primero, salvo en las plumas y ropa? que eran azules, cerraba el desfile.

Cuando el primer escuadrón de caballería quedó frente a la puerta, Awlo se irguió al borde de la muralla. Su aparición fue celebrada con una salva de aplausos y saludos, y la caballería roja refrenó los caballos para inclinar sus lanzas hacia ella, presentando la empuñadura. Correspondió al saludo con un movimiento de la mano y, a una orden, la tropa rebasó la torre, maniobrando para formar en cuadro frente a ella. Las carrozas se acercaron; un anciano se apeó de la primera y cruzó la puerta, subió hasta la muralla e hincó una rodilla ante Awlo, desenvainando la espada y presentando la empuñadura.

Awlo tocó la espada y el anciano se incorporó:

—Te saludo, Moka —dijo ella—. Ven, pues deseo hablar contigo.

Él obedeció, siguiéndola a algunos metros, sin apartarse de la muralla, y vi que

ella hablaba con rapidez. A juzgar por las miradas de Moka, yo era el tema de la conversación. Sus acciones, cuando Awlo terminó de hablar, lo demostraron ampliamente. Moka se acercó, desenvainó la espada y la echó a mis pies. Saqué mi pistola y la dejé junto a su arma. Moka apoyó su mano izquierda sobre mi pecho, y yo le imité.

—Mi hermano y señor —dijo mientras se apartaba.

Awlo interrumpió antes de que yo pudiera responder.

—Quiero ir a Ulm —dijo.

Moka hizo una profunda inclinación, y ambos recogimos nuestras armas. Seguí a Awlo hasta las carrozas. La más grande y lujosa estaba vacía y ella subió ágilmente, indicándome que acompañase a Moka en la suya. Todo el cortejo dio media vuelta y regresó hacia la ciudad.

Pasamos bajo un portal inmenso que se abrió ante nosotros, y recorrimos una ancha avenida que conducía directamente al centro. Aquella vía desembocaba en un parque donde se alzaba el palacio más espacioso y bello de la ciudad. Bajamos de las carrozas, cruzamos a pie el parque y entramos en el palacio entre filas de guardias, que desenvainaban sus espadas, ofreciendo la empuñadura al paso de Awlo.

Awlo se detuvo al final de la galería.

—Seguramente estás tan cansado como yo, Courtney Siba. Moka te dará ropas adecuadas a tu rango y un refrigerio. Mi padre te recibirá cuando hayas descansado, y te premiará como mereces.

Había aprendido algunas cosas sobre las costumbres de Ulm, de modo que hincé una rodilla y desenfundé mi pistola, ofreciéndole la culata. La tocó sonriente, y luego me levanté para acompañar a Moka. Lo seguí y después de subir algunos peldaños entramos finalmente en un aposento digno de un verdadero príncipe. Llamó a los sirvientes y me dejó entregado a sus atenciones.

No había notado el cansancio hasta que un baño caliente reveló la verdadera naturaleza de mi fatiga. Uno de los sirvientes se acercó y mediante gestos me indicó que me tendiera en un diván. Obedecí y me hizo maravillosos masajes con una esencia de olor dulce que disipó maravillosamente mi cansancio. Luego se acercaron otros sirvientes con prendas que, evidentemente, pretendían que me pusiera. Hice grandes esfuerzos por conversar con ellos, pero se limitaron a menear la cabeza. No era extraño; luego descubrí que eran mudos.

El atavío que trajeron consistía en una falda semejante a la de los soldados, salvo que era de color blanco níveo. Además, me dieron un manto blanco que llegaba hasta debajo de la cintura y se abrochaba al cuello con un diamante del tamaño de una nuez. Calzaron mis pies con sandalias de cuero que tenían incrustaciones de oro y diamantes, y alrededor de mis piernas ataron tiras de cuero que también estaban adornadas con gemas. Ciñeron mi cabeza con una corona de oro que tenía un

diamante cuadrado en el centro, y mi cintura con un cinto provisto de hebilla de diamante, a cuyo lado izquierdo pendía una larga espada y al derecho una daga profusamente enjoyada. Como detalle final colocaron sobre mi cabeza un casco de oro semejante a los que se ven en las antiguas monedas griegas, adornado con un penacho de crin color blanco. Por último, me presentaron un espejo para ver si me sentía satisfecho.

Sólo rectificué un detalle. Cogí mis viejas ropas, tomé mi Colt y colgué la cartuchera del cinturón, reemplazando la inútil daga. Tal vez no quedaba tan elegante pero, si iba a necesitar armas, sabía cuáles me serían de mayor utilidad. Cuando les di a entender que estaba satisfecho, mis sirvientes se retiraron con muchas reverencias y me dejaron solo.

Como no sabía a qué esperábamos, me tendí en el diván para descansar. Aguardé cerca de una hora; luego se abrió la puerta y entró Moka.

—Mi señor —dijo con una reverencia—, Kalu Sabama te espera.

—Estoy dispuesto —respondí mientras me ponía de pie.

Al cruzar el umbral, apareció una escolta de guardias. Cuando salimos apoyaron sus lanzas en el suelo, produciendo un ruido estruendoso, y nos rodearon. Recorrimos un pasillo, bajamos por la escalera hasta el salón principal y nos acercamos a una gran puerta doble cerrada, donde otro destacamento nos detuvo y exigió el santo y seña. Moka lo pronunció y las grandes puertas se abrieron con un clarinazo. Una voz sonora pronunció algunas palabras que no comprendí, aunque estoy seguro de que dijo «Awlo» y «Courtney». Evidentemente, se trataba de una presentación. Cuando la voz calló, Moka me invitó a entrar. Me adelanté con la cabeza erguida. Los guardias me acompañaron unos pasos, luego formaron cuadro y me cedieron el paso, dejándome avanzar solo por el salón.

Era un lugar inmenso, con el centro despejado y los lados llenos de gente vistosamente ataviada. Por todas partes había guardias y al fondo se alzaba un estrado sobre una escalinata de siete escalones. Sobre el mismo había cuatro tronos. Debajo, a distintos niveles, aparecía un grupo de hombres y mujeres vestidos con todos los colores imaginables salvo el verde, que estaba reservado a los ocupantes de los tronos. En el penúltimo escalón aguardaba una figura solitaria que también vestía de verde.

Me adelanté hasta detenerme al pie de la escalinata. A medida que avanzaba escuché un murmullo en el salón, pero, al ignorar si era de aprobación o desaprobación, proseguí en línea recta y luego hice una profunda reverencia. Me erguí y miré a los ojos a los ocupantes de los tronos.

Los dos tronos centrales estaban ocupados por un hombre y una mujer ancianos, de gran presencia y dignidad; el asiento derecho estaba desocupado y el izquierdo era el de Awlo. Por los honores que le prodigaban, había pensado que ella era un

personaje bastante importante, pero me sorprendió comprobar que era uno de los más importantes. Me dedicó una breve sonrisa y luego adoptó un continente tan serio y oficial como los otros dos.

El hombre que ocupaba uno de los tronos centrales se puso en pie y se dirigió a mí:

—Courtney Siba —dijo gravemente con voz sonora y melodiosa—, mi hija ya me ha referido, cuando todos podían escuchar, las grandes victorias que has obtenido contra los menas. Y tú, que salvaste a mi hija, en quien están puestas las esperanzas de la dinastía de Kslu, mereces y recibirás la gratitud de la nación. El reconocimiento de un padre por la vida de su única hija, lo tienes asegurado. En mi poder no hay premio suficiente para tus méritos, pero, si expresas tus deseos, serán cumplidos en la medida que Ulm pueda satisfacerlos. Por este acto confirmo tu rango de Siba de Ulm y Ame y ordeno que tu jerarquía esté por encima de todas las demás del imperio, a excepción de los miembros de la familia real. ¿Qué recompensa deseas?

—Te agradezco, ¡oh rey! —respondí—, y recordaré tus benevolentes palabras. Ya he sido honrado en demasía por mis pobres méritos, pero tal vez llegue el día en que te recuerde tus promesas.

—Mis promesas están grabadas en mi memoria, Courtney Siba —agregó el rey con una cordial sonrisa— y el tiempo no las borrará. Tu rango te da derecho a un sitio en el segundo nivel de mi trono, debajo sólo de mi amado sobrino Lamu Siba.

Señaló al hombre que se hallaba en el penúltimo escalón, y noté que vestía de verde, al igual que Kalu. Lo miré y descubrí que me contemplaba con rostro amenazador. Interesado, devolví la mueca de desdén y tomé nota mentalmente. Medía cerca de cinco centímetros menos que yo, su cuerpo era deforme y su actitud evidenciaba una gran tensión. Su cabellera negra, que, como a todos los hombres de Ulm, le llegaba hasta los hombros, correspondía a su piel cetrina. Lo que me previno contra él fue la expresión ladina de sus ojos muy juntos, que eran de color gris, en lugar del sencillo negro o castaño que hubiera correspondido a su tez.

A un gesto del rey (o Sabama, que era su verdadero título), subí al estrado y me coloqué un escalón por debajo de Lamu, haciendo frente a Awlo. Cuando ocupé mi lugar, el Sabama se dirigió a la corte y comenzó a recitar con su voz sonora unas palabras que, evidentemente, eran una fórmula protocolaria.

—La casa de Kalu es como un árbol marchito que sólo tiene una rama verde —dijo—. Si esa rama fuese cortada, el árbol moriría y no quedaría resto alguno de vida. La rama ha estado a punto de ser cortada. La esperanza de todo Ulm reside en que esta rama dé nueva vida al árbol, pero las leyes inmemoriales de Ulm establecen que la Sibi Tam será libre de elegir esposo cuándo y cómo desee, y que ni siquiera el Sabama podrá forzar su elección. Awlo, hija mía, rama verde del árbol de la casa de Kalu, ¿estás preparada para hacer tu elección?

Awlo se puso de pie y avanzó.

—Así es —declaró con voz armoniosa.

La respuesta causó sensación. El público había escuchado con interés las palabras del Sabama, pero era evidente que no esperaba la respuesta de Awlo. La sorpresa fue general. Un murmullo rápidamente reprimido recorrió el salón, y el Sabama impuso silencio. Noté que Lamu apretaba la empuñadura de la daga.

—Hija mía, ¿a quién has elegido como tu príncipe? —preguntó Kalu.

Awlo bajó dos escalones y se acercó a mi lado.

—Cuando la rama estuvo a punto de ser cortada, apareció un hombre que detuvo la mano de los menas e impidió que el árbol se convirtiera en un tronco seco y estéril. ¿Quién sino él merece ser elegido para el honor más alto de Ulm y como su gobernante futuro? Padre mío, elijo por esposo a Courtney Siba.

Cuando concluyó, tomó mi mano derecha y la alzó sobre mi cabeza. Hubo un momento de silencio en el salón, y luego empezaron los aplausos. Evidentemente, la elección de Awlo había agradado al pueblo. El Sabama avanzó y levantó la mano reclamando silencio.

El clamor se apagó en seguida y él se dispuso a hablar. Fue ininterrumpido por un gesto dramático.

Lamu le hizo frente, espada en mano.

—¿Autorizas a la Sibi Tam para que haga semejante elección? —preguntó, imperativo.

—La Sibi Tam elige a quien quiere —respondió Kalu con sequedad—. Guarda tu arma. Estás en presencia del Sabama.

—Mi arma seguirá desenfundada hasta que sea vengado el honor de Ame —gritó Lamu ásperamente—. Tío mío, ¿has perdido tu sensatez hasta el punto de entregar a tu única hija, orgullo y esperanza de Ulm, a un aventurero sin nombre cuya procedencia ignoramos? ¿Quién sabe si no es un kahuma que destruirá la tierra? Awlo dice que mató a los menas mediante brujerías.

—Awlo ha escogido —afirmó Kalu serenamente, pero con cierta amenaza en su tono de voz—. ¿Con qué derecho te opones a su elección?

—La he cortejado durante años, intentando consolidar la alianza de Ulm y de Ame —replicó Lamu— y, hasta que llegó a Ulm este extranjero, tenía motivos para creer que favorecía mis intenciones. Tío mío, ¿quieres alzar una barrera de sangre entre Ulm y Ame, para que los menas puedan destruir ambas?

—¿Qué quieres decir? —atronó Kalu.

—Exijo que el extranjero se presente ante el Tribunal de los Señores para demostrar que no es un kahuma.

—Lamu preside el Tribunal de los Señores —intervino Awlo con amargo

sarcasmo—. ¿Crees que voy a permitir que mi elegido se presente ante tus esbirros para ser juzgado?

El golpe dio en el blanco y Lamu se mordió los labios.

—¿Apruebas la elección de Awlo? —preguntó con insolencia al Sabama.

—Sí —fue la respuesta.

—Entonces, apelo a los antiguos fueros de Ulm. Todo Siba de sangre real tiene derecho a desafiar y luchar a muerte con el elegido de la Sibi Tam. A ti que pretendes el rango de Siba, te desafío a muerte.

—Courtney Siba —dijo Kalu gravemente—. ¿Aceptas este desafío? Debes renunciar a tu rango o luchar por él.

Dudé, pero Awlo me tocó el brazo. La miré y ella miró la pistola con significativo ademán. Tuve una idea.

—Lucharé con él, pero no hasta su muerte —grité—. Si él vence, que disponga de mí como guste, pero yo lucho con mis armas y, si venzo, le perdono la vida.

—Entonces, saca tu arma, Courtney Siba, y defiéndete —gritó Lamu mientras acometía.

Me dirigió un golpe bajo sin darme tiempo a sacar mi arma. Lo esquivé saltando ágilmente hacia atrás. Volvió a lanzarse sobre mí, pero me hice a un lado y saqué el Colt. Cuando me atacó por tercera vez, apunté la pistola y disparé. Como ya he dicho, soy buen tirador y no tiré a matar, a pesar de que nos separaba muy poca distancia. Disparé a la mano que empuñaba la espada, y tuve la suerte de acertar en la empuñadura del arma. El poderoso proyectil del 45 le quitó la espada del puño y la hizo volar por el aire. Guardé en seguida la pistola y aguardé su próxima reacción. Ésta se produjo en seguida.

Se frotó un instante la mano derecha, que sin duda tendría entumecida. Desenvainó la daga y se abalanzó sobre mí con el arma en la izquierda. Yo era un poco más alto que él y estaba prevenido, con que lo detuve en pleno ataque. Intentó clavarme la daga, pero hice una finta y luego le propiné un poderoso directo a la mandíbula, que lo hizo caer como un buey apuntillado. En el salón se alzó un tremendo murmullo y estalló una salva de aplausos. Llegué a la conclusión de que Lamu no era un personaje popular. Cuando el clamor se apagó, el Sabama habló:

—¿Alguien más desea desafiar al elegido de la Sibi Tam? —preguntó irónicamente.

No hubo respuesta, y él hizo una seña de asentimiento a Awlo. Ella se adelantó, cogió mi mano derecha con la suya, la volvió, me besó la palma y luego apoyó mi mano sobre su cabeza. Cuando concluyó la ceremonia me miró, expectante. Como no estaba muy seguro de lo que debía hacer, le cogí la mano, la besé y luego la coloqué sobre mi cabeza, tal como ella había hecho. Un momento después me rodeó con los brazos y la asamblea prorrumpió en aplausos.

Luego Awlo se apartó y el Sabama descendió de su trono. Algunos funcionarios se acercaron, me quitaron el manto blanco y lo cambiaron por uno de color verde. El Sabama en persona me ciñó la frente con una cinta de oro que tenía una piedra cuadrada, semejante a las que usaban él y Awlo. Luego me tomó de la mano y me acompañó hasta el trono vacío. Hubo otro clarinazo, y el Sabama me proclamó oficialmente «Courtney Siba Tam». De este modo yo, Courtney Edwards, ciudadano de los Estados Unidos de América, en el año del Señor de 1922, me convertí en Príncipe de la Casa de Kalu, Príncipe Heredero del Imperio de Ulm y esposo de la única hija del monarca reinante.

Pronto me acostumbré a mi rango de Siba Tam. Mi primera misión oficial consistió en dictar sentencia con respecto a Lamu. Cuando me enteré de la situación, comprendí su enfado. Era el único hijo del monarca de Ame, y había cortejado a Awlo durante años. Por su rango era general en jefe de los ejércitos aliados de Ulm y Ame. Cuando vio que yo, un extranjero, llegaba, lo despojaba de su encumbrada posición y tomaba a su amada por esposa, perdió la cabeza. El Sabama quiso reducirlo a condición plebeya y encerrarlo en la cárcel, pero Awlo y yo intercedimos, por lo que fue perdonado, y lo nombré jefe adjunto del ejército. A pesar de sus errores, era buen soldado y muy popular entre los militares. Durante un par de años se mostró muy frío conmigo, pero luego superó esta actitud y llegó a ser uno de mis mejores amigos.

Uno de mis primeros actos consistió en enviar un grupo de tropas para que trajeran a Ulm mi máquina. Saqué el electrolito de las baterías, la revisé de cabo a rabo y la guardé en la bodega del palacio. Era totalmente feliz y no pensaba abandonar Ulm, pero más valía estar prevenido ante cualquier eventualidad. En cualquier momento, algún explorador podría encontrar mi valle, dar una palada de tierra y destruir Ulm. Cuando esto ocurriese, me proponía tomar a Awlo, aumentar nuestro tamaño y salvarnos.

Durante cinco años, la paz y el orden reinaron en Ulm. Éramos la pareja más feliz de todo el imperio. Ella era el ídolo de la ciudad y el hecho de ser su salvador me favoreció. Pronto fui popular, y cuando Lamu se convirtió en mi amigo, el ejército se unió al pueblo en el afecto que sentían hacia mí.

En otoño de 1927 comenzamos a oír rumores sobre una gran concentración de menas. Al principio, tanto Lamu como yo nos sentimos inclinados a rechazar la idea, pero los rumores se hicieron más insistentes y finalmente tuvimos que considerar la posibilidad de que los menas estuvieran preparándose para un ataque realmente fuerte. Tomamos nuestras disposiciones para soportar el asedio, y aguardamos el ataque. Una de las cosas que más me sorprendieron en Ulm era que desconociesen el uso de armas arrojadas. Ni siquiera habían creado el arco y la flecha. Creyendo haber descubierto el modo de aplastar a los menas, construí un arco y una flecha y se

los mostré a Kalu, proponiéndole que nuestro ejército fuera equipado con este tipo de armas. Sonrió enigmáticamente y me aconsejó que las presentara al consejo.

Lo hice, y tuve la sorpresa de que Lamu y el consejo ni siquiera se dignasen escuchar mi propuesta. Cuando explicaron sus motivos, comprendí que tenían razón. Los menas, aunque no tienen capacidad inventiva, poseen un gran instinto de imitación. El consejo temía que, si bien rechazaríamos el primer ataque mediante la superioridad de nuestras armas, luego los menas también se proveerían de arcos, y entonces nos veríamos en dificultades para repeler un segundo asalto. Los de Ulm conocían bien el principio del arco y la flecha pero jamás los habían empleado, por la razón expuesta.

El año pasado atacaron los menas. Me parecieron millones, y se mostraban terriblemente temerarios, dispuestos a soportar pérdidas inmensas con tal de ganar cualquier posición. Como eran más fuertes que nosotros, no los desafiábamos fuera de las murallas, sino que nos limitábamos a defender la ciudad. Traían escaleras e intentaron escalar las murallas; además, llevaban arietes para derribar las puertas. Nosotros nos mantuvimos en las murallas y les arrojábamos rocas y aceite hirviendo. Cuando lograban alzar una escalera, la derribábamos y matábamos a estocadas y lanzazos a quienes lograban poner los pies sobre las murallas. Por los relatos históricos conocía precedentes de este tipo de defensas, lo cual me permitió introducir algunos trucos nuevos que sorprendieron desagradablemente a los menas. Después de tres meses de lucha, la situación no había variado lo más mínimo. Supe que los asedios de diez o veinte años no eran infrecuentes. En la ciudad teníamos nueces de keili suficientes para alimentarnos durante cincuenta años, y una abundante provisión de agua. No éramos lo bastante fuertes para salir en descubierta; lo único que podíamos hacer era defendernos y aguardar a que los menas se cansaran y se retiraran, o empezaran a pelear entre sí. Esto último sucedía cada vez que un asedio se prolongaba demasiado.

La continua lucha me mantenía mucho tiempo apartado de Awlo, y naturalmente tenía ganas de terminar cuanto antes. Un día pasé por el arsenal, vi mi máquina y tuve una gran idea. Si podía utilizar armas de fuego, rompería el sitio de los menas en un instante. El consejo no me permitiría emplear arcos y flechas, por temor a que nuestros enemigos los copiasen para emplearlos contra nosotros, pero desafiaba a cualquier artesano mena, o aunque fuese de Ulm, a copiar un rifle moderno y sus municiones. ¿Por qué no emplear la máquina para aumentar mi tamaño, regresar al mundo normal, adquirir armas y municiones, y reducirlo todo a un tamaño conveniente? Me apresuré a proponer mi idea ante Kalu y el consejo.

No sé si alguno de los miembros del consejo creyó alguna vez la historia de mis orígenes, aunque jamás dijeron nada. No conviene dudar de la palabra de quienes

poseen gran autoridad. Cuando me ofrecí modestamente a aumentar mi tamaño y conseguir armas y municiones, menearon la cabeza y se pusieron a analizar la cuestión. Los conduje a la muralla, les mostré cuál sería el efecto de un disparo de rifle contra los menas, y toda oposición a mi plan desapareció. Muy excitado, recargué las baterías con el electrolito que había guardado años antes, y me preparé para emprender el viaje. Pronto descubrí que no había contado con la opinión de Awlo. Mi princesa se negó, lisa y llanamente, a separarse de mí.

Al principio me sentí desconcertado, pero la misma Awlo propuso una solución para el problema que había planteado.

—Courtney, ¿por qué no puedo acompañarte? —preguntó—. Si regresamos bien, el viaje será útil, y si no regresamos, al menos estaremos juntos.

La idea era lógica y se la comuniqué a Kalu. No quería que Awlo partiera, pero finalmente consintió bajo mi solemne promesa de regresar con ella. Como sabía que la misión iba a ser bastante difícil, solicité que me acompañara un voluntario. Con gran sorpresa por mi parte, se ofreció Lamu. Esto me alegró, aunque no me parecía conveniente que el ejército se quedase temporalmente sin jefes. Insistió y señaló que los riesgos del viaje debían ser compartidos por los dos hombres de más alta graduación, y finalmente acepte.

La máquina fue transportada hasta la azotea del palacio, e hice algunas adaptaciones para aumentar su velocidad de acción e impedir que aplastara bajo su peso toda la ciudad antes de que la base se dilatase lo suficiente como para necesitar una superficie de apoyo más elevada. Finalmente, cuando todo quedó dispuesto, los tres nos apiñamos en la máquina, y con un saludo final para todos accioné la palanca.

Con la nueva disposición, la máquina funcionó a una velocidad superior a la prevista. Antes de que pudiera cerrar el interruptor medíamos tres metros y medio. Volví a ponerla a baja velocidad y reduje nuestro tamaño hasta que el indicador me mostró mi altura normal de un metro ochenta. Awlo y Lamu salieron a un nuevo mundo, aunque para mí no lo era tanto.

Fuimos hasta mi cabaña y la revisamos. Todo estaba intacto y nadie había pasado por allí. Por tanto, Awlo podía esperarnos en ella mientras Lamu y yo íbamos a Beatty, nos poníamos en contacto con mis banqueros y adquiríamos los pertrechos necesarios. Discutimos la cuestión y Awlo quiso acompañarnos. No había motivo para oponerse ni, por cierto, dejar de hacer una visita a Nueva York si ella lo deseaba, de modo que convine en ello. Lamu sugirió que podía ser una buena idea el aprender a manejar el mecanismo, por si nos parecía aconsejable enviar el material en varias partidas. Él podría recibirlo y devolver la máquina; de este modo Awlo y yo no tendríamos que separarnos. La idea era buena, por lo que puse la máquina a poca velocidad y le enseñé su sencillo manejo. Lo comprendió fácilmente y la redujo varias veces hasta un tamaño sumamente pequeño, declarándose luego satisfecho de

lo aprendido. ¡Ojalá hubiera adivinado entonces lo que maquinaba su negro corazón de villano!

La mañana siguiente me hallaba en la cabaña preparando las mochilas para la caminata hacia Beatty, cuando Awlo, que estaba fuera, dio un grito de alarma. Abandoné todo y salí corriendo. Al principio no vi a Awlo ni a Lamu, y luego escuché un gemido casi inaudible. Miré al lugar de donde provenía, y vi la máquina. Su tamaño era unas diez veces más pequeño del normal, y noté que seguía encogiéndose. Salté hacia la máquina con la esperanza de alcanzar el interruptor e invertir la acción, pero era demasiado tarde. Me dejé caer de rodillas y la observé. Lamu había raptado a mi princesa y tenía la mano sobre la palanca. Detuvo la acción un minuto, pero el aparato ya era demasiado pequeño como para poder introducir el dedo entre las columnas, y temí romper la máquina. Me acerqué y escuché sus minúsculas vocecillas.

—Courtney Siba Tam —gritó Lamu triunfalmente—, te he oído decir que quien ríe último ríe mejor. Una vez me robaste mi reino pero, cuando regresemos y les diga cómo pensabas abandonar Ulm en su hora de dificultades y raptar a la princesa, recobraré todo lo que he perdido. Durante años he planeado cómo derribar tu ambición y por eso refrené mis impulsos y fingí ser tu amigo. Despídete de Awlo, pues es la última vez que la ves.

—Awlo —grité en un susurro—, ¿no puedes hacer nada?

—No, Courtney —respondió su vocecilla—, es demasiado fuerte y no me atrevo a luchar. ¡Ven a rescatarme, Courtney! Sálvame de este monstruo peor que los menas, de cuyas manos me sacaste una vez. ¡Te esperaré, Courtney!

Ésas fueron las últimas palabras que oí de ella, y respondí:

—Amor mío, iré a buscarte tan pronto como pueda —gemí—. En cuanto a ti, Lamu Siba, el juego todavía no ha terminado. ¡Cuando regrese, me pagarás esto con la sangre de tu corazón!

—Sí, Courtney Siba Tam —me llegó su voz burlona—. Cuando regreses.

Volvió a accionar la palanca, y la máquina que contenía mi más preciado bien desapareció.

No recuerdo lo que ocurrió durante los días siguientes. De algún modo, conseguí llegar a Beatty e identificarme. Puse varios telegramas a San Francisco pidiendo los materiales necesarios para construir otra máquina. Tampoco olvidé a mi pueblo. Con los materiales pedí las armas y municiones que necesitaba. Creí que tardaban una eternidad en llegar a mi valle, pero al fin estuvieron en mi poder. Desde entonces he trabajado día y noche. Esta tarde he terminado el aparato, lo he emplazado donde estuvo el otro, y mañana dejaré este plano tratando de llevar a Ulm las armas y municiones.

Tengo la esperanza de localizar Ulm, pero no estoy absolutamente seguro de

lograrlo. He marcado el sitio donde estuvo mi máquina anterior, mas era fácil cometer un error al colocar el nuevo modelo en el sitio donde estuvo el viejo. Si no he logrado colocarla en el punto exacto, desviándome aunque sólo sea una fracción de centímetro, apareceré a muchos kilómetros de distancia de la ciudad. Incluso puedo llegar a un mundo desconocido, muy lejos de mi imperio, y no saber qué camino tomar. He hecho cuanto me ha sido posible, y sólo el tiempo podrá decir si me he equivocado. Hay algo que sé con certeza. No importa lo que Lamu haga o diga, Awlo me espera y me es fiel. Tengo el rifle, muchas municiones y, aunque la raza mena quiera cerrarme el paso, hallaré el modo de destruirlos y abrazar una vez más a mi princesa.

SEGUNDA PARTE: 1931

En 1931 concluí mi primer año en la Escuela Secundaria Inferior 149. Allí se cursaban tres años: séptimo, octavo y noveno grados. Sin embargo, los alumnos más aprovechados podían seguir un curso «acelerado» que reunía los grados séptimo y octavo en el primer año. Yo asistí a este curso.

El día de la promoción, en junio de 1931, recibí las calificaciones finales y me dijeron que ingresaría al noveno grado en septiembre. Eso equivalía al primer año de escuela secundaria superior. Como es de suponer, yo lo esperaba y ya había convenido con mi madre que no regresaría directamente a casa. Corrí a la biblioteca y me detuve ruidosamente junto al escritorio de la bibliotecaria.

—Por favor, quiero una tarjeta de adulto —jadeé, mostrando mi tarjeta infantil.

Me faltaba una semana para cumplir once años y medio y estaba muy delgado. La bibliotecaria me dijo amablemente:

—Niño, no puedes tener una tarjeta de adulto hasta que ingreses en la escuela secundaria.

—Estoy en la escuela secundaria —respondí, exhibiendo mis calificaciones.

La bibliotecaria habló con otro funcionario y recibí la tarjeta.

Esto significaba que podía recorrer las misteriosas estanterías de los libros para adultos. No obstante, la tarjeta llevaba el sello «E.S.», lo que me reducía a dos títulos por vez.

La ciencia-ficción contribuyó a colmar el vacío; aquella primavera, tres meses después de mi excitante acceso a una tarjeta de lectura para adultos, leí el primer relato breve de ciencia-ficción (a diferencia de las novelas) que consiguió impresionarme de un modo duradero.

Jamás pude releerlo después de esa primera vez, jamás, hasta que Sam Moskowitz me dio, para la preparación de esta antología, un ejemplar de hojas viejas, desteñidas, quebradizas y remendadas. Cuando volví a leerlo, cuarenta y dos años después, descubrí que lo recordaba hasta en sus menores detalles.

Esto no se debe sólo a mi memoria excepcional, ya que son cientos los relatos de ciencia-ficción leídos antes y después que éste y completamente olvidados, incluyendo uno o dos que leí hace un par de semanas.

No; el mérito es del cuento *El hombre que evolucionó*, de (¡no os sorprendáis!) Edmond Hamilton. Apareció en «Wonder Stories» de abril de 1931.

AWLO DE ULM

Capitán S. P. Meek

Cuando permití que mi manuscrito «Submicroscópico» fuera publicado, no me proponía contar al mundo el resultado de mis aventuras. Sinceramente, no esperaba que me creyeran. Los acontecimientos que narraba eran tan fantásticos, tan fuera de lo común y ajenos a las ideas preconcebidas de los hombres en este plano de la existencia, que esperaba ver acogida mi historia como un relato ocioso, escrito sólo para entretener. El director de «Amazing Stories» ha tenido la amabilidad de enviarme diversos comentarios recibidos. Cuando los leí descubrí, asombrado, que un pequeño grupo de pensadores sagaces había comprendido que mi cuento narraba hechos reales. La mayoría lamentaba que el final de la historia fuera un libro cerrado para ellos. Esta continuación se dirige a ese grupo selecto a quienes estimo como a amigos míos. El interés que han mostrado por mi paradero y por el de mi amada princesa es tan conmovedor, que me veo obligado a publicar, como atención hacia ellos, los extraordinarios acontecimientos que siguieron a aquella noche terrible, pasada en mi valle secreto de Nevada, antes de emprender la búsqueda de Awlo y su raptor.

Vi impaciente cómo el sol se alzaba sobre Timpahute. En Ulm el amanecer se produce un poco más tarde que en este plano, debido a la altura de las montañas (¡granos de arena!) que rodean el imperio. Pensé que era mejor aguardar la plena luz del día antes de lanzarme a lo que, fácilmente, podía resultarme desconocido. Había emplazado mi mecanismo de vibración electrónica lo más exactamente posible en el sitio donde habían desaparecido Lamu y mi princesa, pero sé que una distancia inapreciable, no visible ni siquiera bajo el microscopio, puede equivaler a kilómetros en Ulm, y tenía pocas esperanzas de regresar a la ciudad sitiada.

Finalmente, sentí que había llegado el momento. Entré en mi máquina recién terminada, accioné la palanca y me puse en camino. La escena se redujo rápidamente a proporciones ciclópeas y desapareció cuando fue demasiado grande para que mis ojos la vieran o mi mente la comprendiera. Observé la escala del indicador a medida que la aguja avanzaba hacia el infinito. Luego dejó de moverse y oí el gemido de los generadores. La nota recorrió toda la escala y se perdió en el silencio. Miré a mi alrededor desde la máquina, y el desánimo hizo presa en mí. El paisaje no se parecía en nada a los alrededores de Ulm. Indudablemente, me había desviado muchos kilómetros de la meta.

Mi primer impulso fue aumentar de tamaño y cambiar la máquina de lugar, pero lo pensé mejor y comprendí la inutilidad de tal acción. Había situado la máquina tan exactamente como podía, y cualquier cambio podría apartarme aún más de la ciudad. Lo único que cabía hacer era ponerme en marcha, con la esperanza de encontrar a alguien, aunque fuese un mena hostil, que me indicara en qué dirección viajar. Me eché sobre los hombros otro par de cartucheras, cogí el rifle y salí de la máquina. Una idea súbita me detuvo. Regresé y abrí un armario lateral para sacar dos pequeñas pistolas automáticas calibre 32, que guardé en sendas pistoleras bajo la camisa. Cada pistola disparaba seis tiros y, aun siendo pequeñas, iban cargadas con balas de punta hueca que producirían un efecto mortal a poca distancia. Con este armamento, me sentí preparado para emprender el viaje.

El lugar donde me encontraba era indescriptiblemente árido. No se veía la espesa vegetación semitropical que estaba acostumbrado a relacionar con el imperio submicroscópico; allí sólo había roca, piedra desnuda y escabrosa. Inmensos bloques pétreos de cientos e incluso miles de metros de altura, se apilaban unos sobre otros como si hubieran sido arrojados como diversión por una raza de gigantes despreocupados. Aquello era muy diferente de la solidez y simetría que caracteriza a las montañas de nuestro mundo. La mayoría de las piedras parecían hallarse en equilibrio precario, e incluso las que estaban encajadas producían sensación de inseguridad. Me estremecí y temí moverme, pensando que incluso mi ínfimo peso podía echar a rodar una de aquellas masas rocosas, aplastándome con todas mis posesiones en el cataclismo. Caminé cuidadosamente hasta una de las masas rocosas de aspecto inestable y apoyé mi mano contra ella. Estaba firme; la empujé un poco al principio y luego con todas mis fuerzas, tratando en vano de mover la masa, que debía pesar miles de toneladas en comparación con mi peso insignificante, calculado en ochenta y dos kilos a escala normal. Satisfecho de mi experimento, me sentí más seguro y comencé a pensar en qué dirección debía viajar.

Busqué una pista en mi cerebro. En algún rincón de mi mente había un recuerdo fugaz evocado por aquella desordenada fantasmagoría de rocas. De súbito, lo rememoré con claridad.

En los días en que fui Príncipe Heredero de Ulm, por ser el esposo de la única hija de su gobernante, me interesaban en gran medida las antiguas leyendas sobre la historia primitiva del imperio. Ulm no poseía documentos escritos ni archivos a los que yo pudiera recurrir, salvo las tradiciones y leyendas que habían sido transmitidas de generación en generación. Tales leyendas se conservaban en forma de versos. El aprendizaje y recitado de éstos en determinadas solemnidades era la ocupación principal de una clase de personas llamadas tamaaini. Se trataba, por lo general, de ancianos que no pertenecían a la nobleza pero que, gracias a su profesión, tenían acceso a la corte y a la mayoría de los privilegios de la nobleza. Algunos poseían una

memoria maravillosa y podían repetir sin error miles y miles de versos de las antiguas leyendas. Gracias a ellos, supe que los menas procedían del norte, de donde llegaron a través de los desfiladeros desérticos entre las imponentes montañas que rodean Ulm. Pero jamás logré averiguar los orígenes del pueblo de Ulm. Por lo que los tamaaini contaban, siempre habían vivido en el mismo lugar. No obstante, las leyendas contenían alusiones oscuras y poco inteligibles a otros países. Uno de aquellos pasajes era lo que intentaba recordar. De improviso, como un fogonazo, el relato olvidado hacía tiempo iluminó mi mente.

Narraba la huida del hijo natural de un monarca de Ulm, que a la muerte de su padre había intentado usurpar el trono de su hermanastro legítimo. La leyenda describía su derrota y muerte. El vencedor lo persiguió con un grupo de soldados y lo alcanzó en un lugar donde «los gigantes jugaban como niños, pasándose las montañas de una mano a la otra». Allí encontraron una raza de kahumas o hechiceros, que volaban como pájaros y arrojaban fuego con sus múltiples manos. Podían «matar desde lejos con fuego» y no permitían que ningún intruso regresara de su territorio. Evidentemente, al menos uno escapó a Ulm para anunciar la muerte del usurpador, referida por la leyenda con gran lujo de detalles. Aquel pasaje siempre me interesó, pues parecía indicar la existencia de una civilización superior a la que poseían los valientes y caballerosos guerreros de Ulm.

Miré a mi alrededor y no me pareció que desmintiera la fantasía del antiguo bardo, al comparar el paisaje con travesuras de gigantes o perversas maquinaciones de hechiceros. Por cierto, la descripción cuadraba. Según la leyenda, la tierra prohibida se hallaba «hacia el sol poniente». Si el relato era real y si me hallaba en el teatro de la antigua tragedia, Ulm debía quedar hacia el este y a pocos días de viaje. La pista era bastante dudosa, pero no disponía de otra. Si la descartaba, no sabría qué dirección tomar, por lo que decidí confiar en la autenticidad de una leyenda de inmemorial antigüedad y emprender viaje hacia el este.

Mi primer paso consistió en tomar de memoria el paisaje y determinar el rumbo con la brújula, partiendo de los accidentes más notables de aquella geografía. Si encontraba el camino de Ulm, todo mi trabajo y esfuerzo habrían sido inútiles a menos que pudiera regresar a mi máquina, con su preciosa carga de armas. Hacia el norte, tres cumbres destacadas dominaban el paisaje, agrupándose de modo tal que la más lejana era equidistante de las dos más cercanas. La posición de la cumbre más lejana era de cuatro grados al oeste del norte magnético. Exactamente al sureste había otra cumbre que se distinguía por una hendedura peculiar. Un breve repaso me permitió grabar en mi mente la situación de la máquina, hasta estar seguro de que sabría volver al lugar. Eché una última mirada a mi alrededor, me cargué con el rifle, me orienté al este y eché a andar.

A pesar de la escabrosidad del terreno, pude mantener la dirección al este con ayuda de la brújula, aunque me vi obligado a dar algunos prolongados rodeos alrededor de las masas rocosas. Anduve varias horas, hasta que el terreno fue haciéndose menos escabroso. No había señales de vida animal, aunque sí algunas matas parecidas a los arbustos tan comunes en algunas partes del oeste americano.

Hacia mediodía empecé a sufrir un calor insoportable. Lamenté haber cargado tanta comida y municiones, y no haber llevado más de dos litros de agua. Era demasiado tarde para retroceder, por lo que decidí racionar el agua con cuidado, y seguí avanzando. A mediodía el calor se volvió tan insoportable, que me puse a buscar un sitio donde refugiarme.

Al ver algo que parecía una cueva entre las rocas, me acerqué para explorarla. No se trataba de una verdadera cueva, sino de algo parecido, gracias a dos enormes masas rocosas apoyadas una contra la otra. No sabía qué profundidad podía tener el hueco, pero hacía fresco a la sombra y me quité la mochila con un suspiro de alivio. También me quité las pesadas cartucheras, y apoyé el rifle contra la pared de la caverna. Según mi cuentapasos, había recorrido dieciséis kilómetros. Saqué un lápiz y una libreta de la mochila y me acerqué a la boca de la caverna para observar dónde quedaban las cumbres que me servían para orientarme.

Las localicé sin dificultad. Estaba distraído, tratando de calcular mi posición por triangulación sobre un tosco mapa que había trazado cuando me sobresaltó un ruido extraño. Escuché atentamente y el sonido desapareció un instante para luego aumentar de volumen. Intenté averiguar su origen. Se trataba de un ruido continuo y vibrante, que me recordó el zumbido de una hélice de aeroplano, cosa desconocida en Ulm.

El ruido se acercó. Me escondí en la cueva y cogí el rifle. Entonces apareció ante mi vista lo que provocaba el sonido. Mis oídos de aviador no se habían equivocado. A velocidad moderada, a unos trescientos metros sobre mí, volaba un aeroplano. No era el modelo corriente que yo conocía, aunque no dejaba de tener alguna semejanza con los aviones que yo había pilotado. La principal diferencia estaba en el tamaño y forma de las alas. En lugar del ala rectangular normal a ambos lados del fuselaje, aquella máquina poseía un ala única en forma de corazón con la punta dirigida hacia atrás. Sobre el ala había un dispositivo de cables que me recordaron una antena.

La cabina era larga y en forma de cigarro, de longitud poco superior a la del ala. En los costados se abrían ventanillas cubiertas con vidrio u otro material transparente, a través del cual creí entrever figuras en movimiento, aunque la distancia era demasiado grande y no podía estar seguro.

El aparato tenía tres hélices, una en el morro más o menos a nivel del ala, mientras las otras dos, de menor tamaño, se hallaban sobre los lados del ala y equidistantes de la cabina. Me llamó la atención, no sólo la reducida envergadura y

otros rasgos poco habituales, sino la ausencia total de ruido de motores, pese a que las tres hélices giraban rápidamente.

Miré estúpidamente el aparato hasta que voló casi sobre mí, y entonces recobré la cordura suficiente para reaccionar. Aunque los ocupantes de la nave no sufrían el inconveniente del rugido de los motores, no esperaba que me oyeran desde tanta altura, por lo que me quité a toda prisa el sombrero y lo agité con frenesí. La aeronave continuó su vuelo sin que nadie, al parecer, hubiera reparado en mis señas. Busqué desesperado una manera de llamar la atención, y entonces tuve una idea que me salvó. Un viejo amigo mío había realizado algunos experimentos con balas trazadoras y me había dado algunos cartuchos. De súbito recordé que una de mis pistolas iba cargada con esa clase de proyectiles, ya que me había propuesto ensayarlos, pero luego se me olvidó. Era una excelente ocasión de comprobar su utilidad. Desenfundé la pistola y disparé al aire.

De la boca del arma brotó una línea de fuego, que pasó junto a la aeronave y siguió ascendiendo. La llama debió prolongarse unos ochocientos metros antes de su extinción. Volví a disparar y fijé la vista en el aeroplano. Evidentemente, habían visto mi señal, pues la nave describía un amplio arco. Agité mi abrigo. Era indudable que me habían localizado; la nave planeó descendiendo hacia el suelo. Miré el pequeño claro que tenía delante y pensé que ningún avión corriente podría aterrizar allí sin estrellarse. Pero aún no conocía las posibilidades de aquella nave rechoncha con su escasa envergadura. El avión trazó una curva y se detuvo a menos de treinta metros del punto donde había tocado tierra. La hélice central dejó de girar, pero las dos laterales siguieron funcionando incluso después de que la nave quedase inmóvil.

Una escotilla se abrió al costado de la nave y salieron cuatro personajes. Me acerqué corriendo, pero algo me detuvo casi en seguida. Tenían aspecto humano a primera vista, pero de súbito me pareció estar en presencia de unos arácnidos gigantes. Espantado, no conseguí precisar aquella impresión hasta que me fijé en el que llevaba la delantera. De sus hombros salían, no un par de brazos, sino tres pares. Lo demás parecía normal, al menos por lo que dejaba adivinar el atavío voluminoso e informe que llevaba y el casco que ocultaba sus facciones.

Las cuatro figuras se desplegaron mientras avanzaban, y no me pareció que esto significase una acogida amistosa. Por un instante pensé regresar a la caverna donde había dejado el rifle, pero ignoraba con qué rapidez se moverían los recién llegados. Además, estaban tan cerca de la caverna como yo. Me recosté contra una pared de roca y saqué la pistola. Tal vez no pretendían hacerme daño alguno, pero preferí estar preparado para cualquier contingencia.

Los cuatro siguieron acercándose hasta quedar a cinco metros de mí. Levanté la pistola, pero vacilé en mostrarme hostil antes de saber si las intenciones de ellos eran o no amistosas. Ante mi acción se detuvieron y me miraron. Uno de ellos levantó un

brazo y me apuntó. Como estaban cerca, pude ver sus facciones a través de las mirillas encristaladas que llevaban en la parte anterior de los cascos. Eran diferentes de las razas que había conocido hasta ese momento. Tenían los rostros de un color azafrán subido y los ojos colocados oblicuamente en la cabeza. Alcé la mano izquierda haciendo el gesto universal de la paz y dije:

—¿Pehea oc, malahini?

Su jefe me miró dubitativamente un instante y luego respondió. Hablaba con una extraña voz gutural y, pese a que su lengua no era la de Ulm, pude entenderle.

—¿De dónde vienes y qué buscas aquí —inquirió en tono imperioso.

—Soy de Ulm —respondí—. Vengo de la capital, que está sitiada por los menas, e intento ayudar a Kalu Sibama, mi señor y soberano. Me he perdido y trato de encontrar mi camino hacia allí. ¿Puedes orientarme?

—¿Ulm? —preguntó al cabo de un rato, y luego se echó a reír con sorna—. ¡Mientes! Ulm no es más que un recuerdo. Hace muchas lunas que Kalu Sibama descansa, supongo que en paz, en el estómago de los menas.

—¿Ulm ha caído? —exclamé, incapaz de dar crédito a mis oídos.

—Ulm ha caído —respondió, claramente divertido ante mi horror—. Sus jefes la abandonaron como las pulgas abandonan un perro muerto. Los menas asaltaron sus murallas y sólo un grupo logró salvarse. Ahora, esos sobrevivientes son esclavos de mi señor Kapioma Sibama, del Imperio de Kau. Se alegrará cuando le lleve dos esclavos en vez de uno que me envió a buscar.

Sus palabras confirmaron mi recelo en cuanto a sus intenciones. Me dije sombríamente que aún no tenía cogido al esclavo, mientras le apuntaba cuidadosamente al pecho con la pistola. La bala trazadora lo alcanzó en el pecho y estalló en una llamarada de luz roja. El impacto le hizo tambalearse, pero no cayó. Levante la pistola para disparar por segunda vez, pero no llegué a hacerlo. Un fogonazo de luz verde cegadora salió de uno de sus brazos, y mi pistola cayó al suelo. Mi brazo derecho quedó entumecido y paralizado hasta el hombro. Lanzó un segundo fogonazo, y mi brazo izquierdo quedó en el mismo estado que el derecho. Me volví para huir, pero era demasiado tarde. Una docena de manos me sujetaron.

A una orden del jefe, los tres desconocidos me arrastraron brutalmente por el suelo hacia su aparato, y me hicieron entrar a empujones. Al entrar eché una rápida mirada a mi alrededor, pues deseaba ver cómo eran aquellos motores silenciosos. No había ninguno a la vista. En la parte anterior de la cabina se veía un doble juego de mandos, semejantes a los que yo sabía manejar. En la carlinga había tres minúsculos motores de un tipo que yo no conocía, pero no había baterías, generadores ni otra especie de máquina productora de energía, sino un gran tablero lleno de conmutadores y cuadrantes que se hallaba entre los dos puestos de control de vuelo. Junto a ese tablero había un hombre. A primera vista, nadie más ocupaba la nave.

Mis raptores me condujeron a la parte posterior de la cabina y me obligaron a sentarme. Otros dos fogonazos verdes iluminaron el interior de la cabina, y mis piernas quedaron tan inutilizadas como mis brazos. Los tres se retiraron al lado opuesto de la cabina y se quitaron los trajes. Eran hombres de estatura media y cuerpo bastante delgado, pero de frente ancha y expresión de gran inteligencia. El jefe volvió hacia mí sus ojos oblicuos. Había poder e inteligencia en ellos, pero también la quintaesencia de la crueldad. Me obsesionó tanto su rostro, que al principio no me di cuenta de que cuatro de sus seis brazos habían desaparecido.

La explicación se me ocurrió cuando vi al resto de la tripulación. Todos tenían dos brazos normales, como era de esperar. Sobre la pared había un perchero y de allí colgaban cinco trajes de vuelo, de cuyos hombros salían tres pares de brazos. Cuando los observé con más detenimiento, vi que sólo dos brazos en cada traje terminaban en un guante. Los demás terminaban en tubos huecos que, evidentemente, servían para lanzar los rayos paralizantes. Aquellas prendas me impresionaron tanto como sus rostros fríamente implacables, pues ponían de manifiesto que no estaba tratando con los valientes y caballerosos salvajes de Ulm, sino con una raza que había desarrollado ampliamente su capacidad mental y conocía a fondo las leyes científicas.

El jefe dio una orden y dos de los tripulantes se pusieron a los mandos. El hombre del tablero pulsó algunos botones. La nave despegó verticalmente, ascendiendo en un ángulo que para mí era inaudito. Sin embargo, la nave lo hizo sin dificultades, alcanzó una altura de unos trescientos metros y emprendió el vuelo hacia el este. Eché una rápida mirada a la brújula empotrada en el techo, y decidí memorizar el rumbo.

Dos tripulantes se adelantaron y corrieron una tela que cubría un objeto alargado sobre el suelo. Cuando levantaron la tela, reprimí a duras penas una exclamación. El objeto era un hombre, y me bastó una mirada para saber que no era de la misma raza que los tripulantes de la nave. Largos rizos rubios poblaban su cabeza, en lugar del pelo negro corto de los kauanitas; su piel era blanca como la mía y no del desagradable color azafrán que caracterizaba a nuestros raptores.

Sus brazos y sus piernas colgaron flácidos e inútiles cuando lo levantaron y lo echaron en la parte trasera. Lo tumbaron sin contemplaciones en el suelo, a mi lado, y regresaron a la parte delantera de la cabina. Miré con curiosidad a mi compañero de cautiverio, interés que, evidentemente, él compartía.

—¿De dónde eres? —me preguntó en un susurro. Su voz no tenía el sonido gutural que caracterizaba el modo de hablar de los tripulantes. Era suave y fluida como la de los oriundos de Ulm.

—De Ulm —respondí, también en voz baja.

—Pero si hace meses que Ulm cayó —añadió, incrédulo—. No creo que pudieras escapar al saqueo de la ciudad. Y aunque así fuese, ¿cómo has sobrevivido desde

entonces?

—No estaba allí cuando Ulm cayó —repuse—. Había ido a buscar ayuda. Acabo de regresar.

Me miró con extrañeza.

—¿Cuál era tu rango? —preguntó inquisitivamente.

—Era Siba Tam —respondí con orgullo.

Una expresión de alegría iluminó su rostro.

—Siba Tam, si tuviera una espada que ofrecer, colocaría la empuñadura en tu mano —dijo—. Desde hace mucho tiempo he deseado conocer al hijo de mi soberano.

—No soy hijo de Kalu —contesté—. Soy el esposo de su única hija.

—Igual te ofrezco mi empuñadura —agregó—. No he regresado a mi tierra natal desde niño, pero no hay súbdito más leal a su Sibama. ¿Deseas continuar hasta Kau?

—No deseo ir a ningún sitio como esclavo —respondí con cautela.

—Entonces, tendremos que escapar —aseguró—. Pensaba tratar de ganar la libertad antes de llegar a la ciudad, aunque no tenía muchas esperanzas de lograrlo. Ahora tendremos más posibilidades de dominar a los cinco hombres de Kau.

—Pero tengo las piernas y los brazos paralizados —le informé.

—Eso no importa. ¿Podrás mantenerlos inmóviles y fingir parálisis mientras yo anulo los efectos del rayo?

—Supongo que sí.

—Entonces, pon atención y no te muevas mientras trabajo.

Se dejó rodar hasta caer sobre mí. Los kauanitas se volvieron a mirar, pero luego no le prestaron más atención. Poco después sentí un dolor agudo en la espalda y otro en el hombro.

—Ahora, no te muevas —dijo mi nuevo aliado.

A mis espaldas se oyó un zumbido apagado, y un dolor insoportable recorrió mis miembros. Me mordí los labios para no gritar. El dolor cesó y descubrí con satisfacción que había recobrado el tacto y el movimiento.

—¿Cuáles son tus órdenes? —inquirió suavemente mi compañero de cautiverio.

—No tengo ningún plan. Tú sabes mejor que yo lo que conviene hacer. Ordena y te obedeceré.

—Cuando pronuncie la palabra clave, ponte de pie de un salto y corre hacia ellos —dijo—. Colócate entre ellos y los trajes de combate, y no dejes que se acerquen. Si recuperan sus armas, podemos darnos por muertos, o algo peor. Sin los trajes, no tienen más recurso que su fuerza.

—Un momento —señalé cautamente—. Creo que tengo un arma. Sirve para matar a los hombres comunes, pero falló contra estos hombres. Entonces tenían puestos los trajes de combate. Dime, ¿son vulnerables a una estocada?

—Sin los trajes de combate, sí; con ellos puestos, no.

—Bien. Quédate quieto y déjame intentarlo. ¿Sabrás dirigir la nave después de que la tomemos?

—Sin duda alguna.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Si mi arma vuelve a fallar, tendremos que atacarles con las manos.

Me preparé para el combate. La distancia era escasa y estaba seguro que las dos pequeñas pistolas automáticas del 32 que providencialmente llevaba servirían para mi propósito. Ambas estaban en sus fundas... una bajo cada brazo.

Me moví con rapidez, poniéndome en pie de un salto con una pistola en cada mano. Apunté la derecha y disparé contra el jefe. Vi en sus ojos una expresión de sorpresa. Se tambaleó y luego cayó de bruces. El arma era eficaz.

Los demás tripulantes contemplaron estúpidamente a su jefe muerto. La pequeña pistola volvió a disparar, y las fuerzas enfrentadas quedaron tres a dos. La tripulación se abalanzó hacia los trajes de combate, pero no consiguió alcanzarlos. La pequeña automática escupió por tres veces su mensaje de muerte. Mi puntería siempre ha sido buena. Mi compañero se había puesto en pie y se precipitó hacia los mandos. Llegó en el momento justo, pues la nave picaba peligrosamente. Al instante, el vuelo volvía a quedar equilibrado.

Observé a la tripulación abatida. A tan poca distancia, las balas que cargaba mi pistola se abrían como hongos. Mis armas habían cumplido su cometido. Sólo uno de nuestros enemigos vivía, aunque mortalmente herido. Me cercioré de que no podía hacernos daño y me acerqué al puesto de mandos.

—¿Adonde vamos, Siba Tam?

Reflexioné antes de responder. Era inútil regresar a la caída Ulm. La nave me serviría para continuar la búsqueda de mi princesa perdida, y además había ganado un aliado leal. El primer paso consistía en procurarse armas.

—Regresa al lugar donde fui capturado, y luego continúa en línea recta hacia el oeste durante algunos kilómetros. Mientras tanto, enséñame a conducir esta nave. ¿De dónde obtiene la fuerza motriz? No veo ninguna fuente de energía.

—Nuestra energía procede de la central eléctrica de Kaulani.

—¡Radiotransmisión de energía! —me asombré.

—No comprendo tus palabras —dijo (sin darme cuenta, yo había hablado en inglés)—. La energía que acciona nuestras hélices y hace funcionar los trajes de combate es generada en Kaulani y se envía en forma de ondas que son captadas por antenas situadas en la parte superior de la nave.

—Las he visto, pero no imaginé para qué servían —respondí—. Creí que eran para recibir y probablemente transmitir mensajes.

—¿Pueden recibirse o enviarse mensajes a través de ellas?

—Claro que sí. ¿No lo sabías?

—No, Siba Tam.

—Así pues, poseemos conocimientos que los kauanitas no tienen —comenté con alegría—. Luego te mostraré cómo se hace. Ahora enseñame a controlar la nave.

Me indicó que ocupase los mandos del copiloto e inició las explicaciones. Era algo ridículamente sencillo para un experto en el vuelo, y cinco minutos después yo manejaba la nave como un veterano. El secreto de la escasa envergadura del ala y la corta distancia de despegue y aterrizaje residía en la disposición de las hélices laterales. Estaban inclinadas de tal modo, que el aire impulsado se proyectaba sobre el ala produciendo una fuerza ascensional. Al invertir las actuaban como freno y el aparato tomaba tierra en pocos metros. La hélice central servía para el avance de la nave.

Poco después sobrevolábamos el lugar donde yo había sido capturado. Aterrizamos para recuperar mi rifle y la mochila. Volvimos a despegar, y diez minutos después tomábamos tierra sin dificultad junto a mi máquina.

—Ahora te recompensaré el que me hayas enseñado a conducir esa nave —dije sonriente—, enseñándote a manejar una máquina que, según creo, ni siquiera el jefe de esos bribones que nos capturaron, sabría entender. Sin embargo, antes de hacerlo, quiero que me hables de ti mismo. ¿Quién eres y cómo has llegado hasta aquí? He vivido varios años en Ulm, pero no conozco tu rostro y tú tampoco me conocías a mí.

—De niño me sacaron de Ulm, y crecí en Kau.

—¿Cómo es eso?

—Me llamo Olua; Olua Alii por derecho, ya que soy hijo de Muana Alii, miembro del Tribunal de los Señores. De pequeño acompañé a mi padre en un viaje a Ame. Durante el regreso fuimos atacados por los menas. Mi padre fue asesinado, pero yo quede con vida y fui llevado como regalo para el jefe. Estaba destinado a su despensa, pero jamás llegó a verme. Durante el camino hacia su campamento, una aeronave como esta se abatió sobre nosotros. Los menas huyeron en todas direcciones. Los hombres de Kau bajaron de la nave con sus trajes de combate, y uno de ellos, un gran Alii, me recogió. Su único hijo había muerto recientemente y por ese motivo me perdonó la vida, pues los hombres de Kau no suelen tener ninguna piedad en sus tratos con los de otras razas. Me llevó a Kau, y me crió y me educó como a su hijo. De los secretos científicos de Kau, pocos me son desconocidos.

—¿Cómo te convertiste en prisionero?

—Debido a mi lealtad hacia la tierra que me vio nacer. Aun criado en Kaa, nunca olvidé que por nacimiento soy un Alii de Ulm, miembro del Tribunal de los Señores. Leí cuanto pude acerca de Ulm, y cuanto más supe de su valentía y caballerosidad, más me alegraba de ser uno de ellos y no un kauanita traidor. Siempre fui leal a Kalu

Sibama de Ulm y no a Kapioma Sibama de Kau, aunque jamás lo dije abiertamente. Cuando Ulm cayó en manos de los menas, un puñado de guerreros de Ulm se abrió paso a través de las montañas que existen entre Kau y Ulm, donde fueron capturados y llevados a Kaulani como esclavos. Se me cayó el alma a los pies cuando los vi llegar. Eran los hombres con quienes yo siempre había soñado, hombres que luchaban contra sus enemigos con el acero y no con armas de astucia y traición. Me propuse rescatarlos y huir con ellos a Ame, que no había caído en manos de los menas. Trace cuidadosamente mis planes. Pensaba capturar una de las naves de más capacidad y huir con ellos. Un día antes de llevar a cabo mi plan, fui descubierto. Un esclavo fiel me avisó de que los guardias de Sibama venían a arrestarme. No aguardé, sino salí a la azotea de la central eléctrica, donde se guardan los aviones privados del Sibama, los más rápidos de Kau. Tomé un avión monoplaza de gran velocidad y en plena noche huí hacia el oeste. Pero mi empresa estaba destinada a fracasar. La energía producida en la central eléctrica de Kaulani se transmite sobre cinco longitudes de onda. Una de ellas sirve para todas las máquinas civiles, el alumbrado, las cocinas y otros usos semejantes. Otra alimenta los trajes de combate y otras armas de guerra. Las otras tres están destinadas a las naves; una a las comerciales, otra a las de guerra y la tercera a los aviones privados del Sibama. Ellas se limitaron a desconectar la longitud de onda que yo utilizaba, y mi nave se estrelló convirtiéndose en una ruina. Mediante los contadores que tienen en Kaulani saben dónde se halla cualquier nave, y enviaron aparatos de guerra para buscarme. No lograron localizarme. Antes de salir, conseguí dotar el avión con un aparato inventado por mí, que falseaba las lecturas de los contadores. Me hallaba a muchos kilómetros del sitio donde me buscaron. Oculté bajo unas rocas los restos de mi nave y logré sobrevivir a duras penas, esperando que algún día lograría capturar otro avión y llegar solo a Ame. Como sabía que emplearían contra mí el rayo paralizador si me localizaban, construí un aparato de bolsillo que anularía los efectos del rayo. Después de varios meses de sacrificios logré perfeccionarlo. Los kauanitas nunca dejaron de buscarme, pues sabían que yo no podría traspasar las fronteras del imperio. Muchas veces tuve que ocultarme al paso de las patrullas. Esta mañana me dejé ver deliberadamente. Todo salió tal como yo quería. Paralizaron mis brazos y piernas, pero mi neutralizador de bolsillo anuló los efectos. Fingí parálisis y me dejé conducir a la nave como prisionero. Esperé mi oportunidad y estaba a punto de atacar cuando vieron tu señal y se detuvieron para capturarte. Ya conoces lo demás.

—Una pregunta, Olua Alii. Has dicho que los supervivientes de Ulm fueron llevados a Kaulani. ¿Había mujeres entre ellos?

—No, Siba Tam. Todos eran guerreros.

Evidentemente, Awlo y Lamu no habían logrado llegar a Ulm. Era lo que yo

esperaba.

—Tal vez convenga que me enseñes a manejar uno de esos trajes de lucha —propuse.

—Cómo no, Siba Tam. Lo que tú ordenes. Como ves, cada traje tiene seis brazos. Dos son los brazos de trabajo y los cuatro restantes constituyen armas. Son todas distintas. El rayo verde es el paralizante, cuyos efectos ya conoces. Puede emplearse como arma paralizadora o arma mortal. Si se paraliza el corazón, la muerte es instantánea. El segundo brazo tiene un rayo naranja que neutraliza el efecto del verde. Se emplea como arma defensiva contra el enemigo provisto del rayo verde paralizante. También restaura el funcionamiento de cualquier parte del cuerpo que haya sido paralizada. El tercer brazo contiene un rayo rojo o de calor. Te mostraré los efectos que produce.

Se colocó un traje y dirigió el brazo central del costado izquierdo hacia un pedrusco. Brotó un rayo de luminosidad insoportable. El pedazo de granito resplandeció un instante, y luego se deshizo en un charco de materia licuada. Olua interrumpió la emisión del rayo.

—El cuarto rayo es azul, y neutraliza el rayo rojo de un contrario —prosiguió—. Como ves, cada traje posee dos armas ofensivas y dos defensivas. Éste es el equipo de los soldados comunes. Los Alii poseen trajes con más brazos y más armas mortíferas, tanto ofensivas como defensivas. Se dice que Kapioma Sibama ha construido un traje de cuarenta brazos, pero tan pesado que no puede caminar llevándolo puesto. No funciona con la longitud de onda normal, sino con la privada que sirve para accionar sus aviones. Sin embargo, no es ése el traje más eficaz de Kaulani. El más mortífero es uno que yo mismo fabriqué en secreto y está escondido allí. No pude llevármelo; de lo contrario, todas las fuerzas de Kau no habrían logrado vencerme. Te diré dónde está escondido, Siba Tam. Es posible que el saberlo no te aproveche, pero tampoco te perjudicará. En la central eléctrica hay un laboratorio donde se fabrican y prueban los trajes de combate. El pañol está protegido por una pantalla, contra la cual todos los rayos son inservibles. Sin que nadie lo supiera, monté una trampa en esa pantalla. Si alguna vez deseas conseguir mi traje, entra en el laboratorio y dispara el rayo rojo corriente, el brazo térmico de los trajes comunes, contra la esquina superior de la pantalla, a treinta y cinco centímetros del borde superior y a veintiocho del lado izquierdo. Que el rayo incida con toda su potencia durante ocho segundos. Luego aplica el rayo naranja durante doce. Parte de la pantalla se desintegrará, y detrás encontrarás el traje. Funciona sobre la misma onda que el de Kapioma.

—Gracias, Olua —dije después de practicar con uno de los trajes hasta familiarizarme con su manejo—; me has dicho, con toda sinceridad y lujo de detalles, lo que deseaba saber. Corresponderé a tu confianza hablándote con la misma

sinceridad. Aunque soy Siba Tam de Ulm, no nací en ese imperio. Nací en un mundo más grande. ¿Conoces la composición de la materia?

Pronto descubrí que la educación de un Alii de Kau dejaba poco que desear desde el punto de vista científico. Olua conocía a la perfección la constitución de la materia en moléculas y átomos, y la de éstos en protones y electrones. Uno de sus comentarios me sorprendió muchísimo, hasta que lo pensé mejor. Dijo que los átomos no estaban en movimiento, sino que eran estáticos, y que lo mismo ocurría con los electrones. Quise oponer objeciones, pero una idea súbita me hizo callar. Un instante de reflexión me indicó que él tenía razón. En su plano, tanto los átomos como los electrones eran estáticos.

La primera vez que puse en marcha mi mecanismo de vibración electrónica, que reducía la amplitud de vibración de los electrones, la palanca se encasquilló y yo la rompí al querer moverla. A pesar de ello, la máquina dejó de funcionar una vez me vi reducido a la escala del mundo de Ulm. El mismo fenómeno se produjo en todos los viajes. Comprendí que la razón era evidente; yo había reducido la amplitud de vibración a cero, y en este minúsculo plano los electrones no vibraban.

Entendido esto con claridad, me resultó sencillo explicarle a Olua que los átomos vibraban en el plano superior. Él no discutió mi teoría del movimiento vibratorio armónico de los electrones, teoría, que en otra época me había valido tantos sarcasmos. Comprendió en seguida cómo el tamaño de un cuerpo podía aumentar bajo tales circunstancias. Pero cuando le hablé del mundo desde el cual yo había llegado a Ulm, abrió mucho los ojos. Ignoraba la existencia de ese mundo como nosotros, los del plano superior, ignorábamos la existencia de Ulm antes de mi primer viaje. Lo primero que se le ocurrió fue huir al plano mayor para escapar a la persecución de los kauanitas.

—Allí estaremos a salvo —afirmó—. Dentro de pocas horas nos perseguirán con naves más rápidas, y provistos de trajes de combate contra los cuales no tenemos defensa.

—Si lo deseas, puedes irte —dije—, pero he regresado a Ulm con un propósito y todavía no lo he llevado a cabo. Me quedaré y continuaré mi búsqueda.

—Donde esté el Siba Tam de Ulm, allí estará Olua Alii de Ulm —afirmó sencillamente—. ¿Cuáles son tus planes?

—El único lugar donde puedo obtener la información que busco es Kaulani, donde se encuentran los sobrevivientes de Ulm —respondí—. Te diré por qué estoy aquí y lo que busco.

En pocas palabras le expliqué la traición de Lamu y la búsqueda de mi princesa perdida.

—No la encontrarás en Kaulani —dijo pensativamente—, pues allí no fueron llevadas mujeres. No obstante, algún prisionero podrá decirte si regresaron a Ulm

antes de que cayera la ciudad. Puesto que así lo deseas, esperaremos aquí a los kauanitas y dejaremos que nos capturen.

—No, no haremos eso —diseñí—. Si vienen aquí, no sólo nos capturarán a nosotros, sino también mi máquina y las armas que he traído del plano superior. ¿Cuánto tiempo tardarán en iniciar la búsqueda?

—Al menos cuatro horas.

—Bien. Durante ese tiempo te enseñaré a manejar un rifle, una pistola y la máquina. Hay una cosa que te interesaba conocer. Aquí tengo un aparato de transmisión inalámbrico que te permitirá enviar mensajes a través del aire. Un instrumento similar podría recibirlos y también responder. Si es posible, construiré uno en Kaulani para que podamos comunicarnos. No regresarás a Kaulani conmigo.

—Me quedaré con mi señor.

—Obedecerás mis órdenes. Allí no me servirías de nada, pues sería tu muerte. Si te ocultas aquí, tal vez podrás ayudarme. Si yo fuese asesinado, te ordeno que continúes la búsqueda de Awlo de Ulm y no la abandones mientras vivas, hasta que la hayas rescatado de manos de Lamu o hayas visto su cadáver. ¿Entendido?

—Sí, señor. Tus órdenes serán cumplidas.

—Bien. Ahora deseo enseñarte todo lo que pueda antes de emprender la marcha.

Olua era un discípulo hábil, y en dos horas supo manejar un rifle y una pistola tan bien como yo, e incluso disparar con bastante puntería a poca distancia. Las armas no servirían contra hombres armados con trajes de combate, el más sencillo de los cuales creaba alrededor de su portador una pantalla repulsiva que ningún proyectil lograba penetrar. Pero estimé que ningún conocimiento era inútil, dado que mi habilidad con la pistola ya nos había salvado una vez. El transmisor le pareció elemental, y le asombró que a ningún kauanita se le hubiera ocurrido una aplicación tan evidente.

Cuando hubo asimilado todas mis instrucciones, entramos en la máquina y aumentamos poco a poco nuestro tamaño hasta una estatura de quizá noventa metros, comparada con las magnitudes de Ulm. Salimos, empujé con el cañón del rifle para accionar el interruptor y dejé que se redujera de tamaño hasta dimensiones ulmitas. Hecho esto, la recogí y me la llevé sin dificultad con el resto de nuestros pertrechos. Olua cogió la nave kauanita y regresamos andando sobre las colinas al lugar donde yo había sido capturado. Resolví hacer de la caverna nuestra base de operaciones.

La encontramos sin dificultad, y nos redujimos a nuestras dimensiones anteriores. Fue muy laborioso trasladar la máquina y las demás cosas a la caverna, pero lo hicimos. Cuando la tarea finalizó me despedí de Olua y subí a la nave kauanita. Volé unos cincuenta kilómetros hacia el este y luego aterricé. Dispuse los mandos de la nave para la ascensión máxima y moví la palanca para que despegase a toda velocidad. La nave subió impulsada como un resorte, y yo salté en el momento preciso. Voló varios kilómetros hasta quedar descontrolada. Después de algunas

sacudidas, se precipitó a toda velocidad hacia el suelo. Me senté y esperé la aparición de una nave kauanita.

No tuve que esperar mucho. Menos de una hora después apareció una mancha en el cielo, hacia el este. La nave era de mayor tamaño que la primera y me pareció más rápida. Temí que los ocupantes vieran los restos del aparato estrellado, pero la suerte me sonrió y no repararon en ellos. Debió caer en una hondonada profunda y oscura, pues ninguno de los aviones de reconocimiento que salieron de Kau para recuperarla pudo cumplir su misión. La localización de una pequeña nave de cinco plazas en el desierto montañoso de Kau se parecía mucho a la proverbial búsqueda de la aguja en un pajar.

Cuando la nave estuvo a la vista, anduve lentamente hacia un lugar despejado para llamar su atención. Me pareció que una figura en movimiento sería más visible desde el aire. No me había equivocado: la nave inició el descenso y se posó a menos de cinco metros de donde yo estaba. Se abrió la escotilla y aparecieron seis soldados provistos de trajes de combate con ocho brazos. Avancé confiado hacia ellos.

—Os saludo, hombres de Kau —dije cuando estuve a medio metro de ellos.

Ellos se detuvieron y el jefe dio un paso adelante.

—Te saludo, hombre de Ulm —respondió con su voz gutural—. ¿Qué buscas en las montañas de Kau?

—Quiero hablar con Kapioma Sibama de Kau —respondí—. El camino a Kaulani es largo y agotador, por lo que solicito vuestra ayuda para llegar hasta allí.

—¿Quién eres tú? —inquirió—. Por tu piel y tu lenguaje pareces un hombre de Ulm pero, ¿qué hombre de Ulm sabe algo de Kau y Kaulani?

—Sé muchas cosas —contesté con arrogancia—, y quiero ir a Kau para enseñar esas cosas a vuestro Sibama.

—¿Cuál es tu nombre y tu rango?

—Soy Courtney Siba Tam, príncipe heredero de Ulm.

Una expresión extraña relampagueó durante un instante en su rostro, y me hizo una reverencia.

—Neimeha de Kau se considera honrado por estar a tu servicio —dijo—. Mi mísera nave está a disposición de Vuestra Alteza para conducirnos a la corte de Kapioma Sibama. Allí hallarás a algunos de tus compatriotas.

—Creo que algunos súbditos míos huyeron hacia las montañas de Kau cuando cayó Ulm —dije con indiferencia— y me gustaría volver a verlos. No olvidaré su cortesía cuando hable con Kapioma Sibama.

Ante mis palabras, se inclinó de nuevo y me cedió el paso hasta el avión.

Avancé esperando recibir en cualquier momento el rayo paralizante pero, por lo visto, mi estratagema había surtido efecto. Neimeha entró detrás de mí, y tanto él

como sus seguidores se quitaron los trajes de combate.

—Ha sido una suerte que tomarais este camino —dije alegremente—. Tenía pocas esperanzas de encontrar tan pronto una nave.

—Buscamos a un hombre que ha huido de Kau —replicó—. Mientras haya luz continuaremos la búsqueda. Ésas fueron las órdenes que recibí.

—Es una lástima que vosotros, hombres de Kau, no comprendáis algunas de las leyes de la naturaleza que yo conozco —afirmé—. Si las conocierais, os sería fácil ponerlos en comunicación con vuestro soberano y solicitar una modificación de las órdenes. Las ondas que provienen de vuestra central eléctrica podrían servir para enviar un mensaje.

—¿Cómo es posible algo semejante? —inquirió Neimeha, sorprendido.

Sonreí enigmáticamente.

—Es una de las muchas cosas que puedo enseñaros —repuse—. Podría enseñárselo a uno de vosotros en poco tiempo, pero prefiero no hacerlo. Tal vez vuestro Sibama desee reservar este nuevo adelanto a sus Alii. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Kaulani?

Se volvió hacia un mapa colgado en el interior de la cabina, y yo me acerqué para estudiarlo. Era la primera vez que veía un mapa del país submicroscópico, pues Ulm no poseía conocimientos geográficos y probablemente no hubiera llegado a poseerlos nunca. Los ulmitas tenían un misterioso sentido de la orientación, que les permitía encontrar su camino sin necesidad de otros recursos.

Yo había sido capturado en lo que sin duda era «tierra de nadie» entre los imperios de Ulm y Kau. A juzgar por el cálculo aproximado que establecí a simple vista, Ulm estaba a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros al oeste. Después de todo, la vieja leyenda contenía un error. Kaulani quedaba a unos trescientos veinte kilómetros al este, de los cuales doscientos cincuenta eran montañas desérticas.

—Podemos volar hasta Kaulani en una hora y media —dijo Neimeha—. Teniendo en cuenta tu categoría, tomaré la iniciativa de cancelar mis instrucciones y te llevaré directamente a la ciudad.

—Muchas gracias —respondí—. Conozco bastante bien este tipo de nave. Si me lo permites, tomaré el puesto del copiloto y guiaré la nave parte del recorrido.

Aceptó, y durante el resto del viaje me dediqué a mejorar mi técnica. Era realmente muy fácil, y mucho antes de llegar a Kaulani me sentí seguro de mi destreza para volar con cualquier nave de aquéllas, como si se tratase de pilotar un Bach o un Douglas.

Casi había anochecido cuando aterrizamos en Kaulani. El trazado de la ciudad se asemejaba al de Ulm, pero la arquitectura era de un estilo mucho más sutil y elegante. Ulm no dejaba de ser una ciudad hermosa, pero su atractivo era el de la grandeza y la

solidez. Una gran pureza caracterizaba sus líneas arquitectónicas. Kaulani, por lo que pude ver bajo el crepúsculo, tenía edificios mucho más suntuosos. No logré definir el estilo arquitectónico aunque más adelante, a plena luz del día, vi que tenía un notable parecido con el mejor estilo griego.

Aterrizamos en el extenso prado que rodeaba el palacio real. Neimeha y dos de sus guardias me escoltaron por el interior del palacio hasta un alojamiento subterráneo.

—Te dejo en las habitaciones de los esclavos —explicó—, no porque no respetemos tu condición de invitado, sino porque es necesario mantenerte bajo vigilancia hasta que sepamos si Kapioma Sibama accede a recibirte o no. Las habitaciones de los esclavos son el único lugar que ofrece seguridad. Además, he pensado que te gustaría ver a algunos de tus antiguos súbditos —agregó con un deje de malicia.

El lugar donde entré era una sala central rodeada de dormitorios. Estaba bien iluminada y ventilada; además, se veían varias sillas y divanes de aspecto cómodo. Al lado opuesto a la entrada, media docena de hombres vestidos con sencillas prendas blancas conversaban. Cuando entré se volvieron y me miraron de pies a cabeza. A medida que me acercaba, uno de ellos se adelantó y me contempló fijamente. Yo vestía pantalones de pana y una camisa de franela, en lugar de los elegantes atavíos de Príncipe Heredero de Ulm, con la diadema indicativa de mi rango real resplandeciendo sobre la frente. Tales prendas no habrían sido adecuadas para un trabajo duro, y las había dejado donde la máquina, al cuidado de Olua. Apelando a toda mi dignidad, me enfrenté con el grupo. De súbito reconocí al hombre que se había adelantado.

—¡Moka! —grité alegremente. En efecto, era Moka Alii, camerlengo mayor de la corte de Kalu.

El anciano aristócrata me observó incrédulo un instante, y luego su rostro arrogante se encendió. Me volvió bruscamente la espalda.

—¡Moka! —grité—. ¿No me recuerdas? Soy tu príncipe, Courtney Siba Tam; o Courtney Sibama, si Olua dijo la verdad cuando afirmó que Kalu Sibama había muerto.

Moka se volvió y me miró con hostilidad, ignorando mi mano tendida.

—Te conozco, Courtney —respondió en tono amargo, evitando cuidadosamente citar mi rango—. ¡Por desgracia, te conozco, pero mis labios jamás tocarán la mano de un traidor, aunque me frían en aceite por esta negativa!

—¡Moka! —grité angustiado, pues la frialdad del primer amigo que había hecho en Ulm me traspasaba el corazón—. No es verdad. No soy un traidor a Ulm. Sufrí un retraso, y cuando regresaba a Ulm con ayuda supe que la ciudad había caído. Me he rendido a los kauanitas para aportar la ayuda y consuelo que pueda a aquellos de mis

súbditos que aún están con vida. Jamás he abandonado a Ulm, y la idea de su salvación nunca se apartó de mis pensamientos.

—¡Traidor! ¡Traidor doblemente falso! —exclamó Moka lenta y amargamente—. ¡No eres más que un embustero y un aprovechado! Sabe que conozco el motivo por el que abandonaste Ulm. Pensabas ayudar a tus enemigos, derrocar a Kalu Sibama, tu señor, y reinar en su lugar. Celebro que Kalu, que te amó neciamente, muriese antes de conocer tu traición.

—¡No soy un traidor, Moka! Quien diga tal cosa miente. ¡Alto, mi viejo amigo! —exclamé cuando hizo intención de abalanzarse sobre mí—. No me refiero a ti, sino a quien ha contado todas esas patrañas. ¿Cómo supiste eso que, según dices, era mi motivo?

—Tu lengua hábil, que engañó a Kalu Sibama, aquí no te servirá de nada, Courtney —respondió con frialdad—. Cubre tu rostro de vergüenza y entérate de que Lamu Siba, a quien intentaste corromper y no pudiste, denunció tu traición.

—¡Lamu! —jadeé—. ¿Lamu regresó a Ulm?

—Está aquí. Ha contado que tú le confiaste los planes para destruir a Kalu, y cómo huyó de ti cuando conoció tu bajeza. Indudablemente, Courtney, tu traición está demostrada.

—Conque regresó sin dificultades a Ulm —dije. Por alguna razón, siempre había supuesto que él se habría perdido como yo, y que vagaba con Awlo por algún paraje del mundo submicroscópico. La noticia de que había llegado a Ulm y había logrado volver contra mí a mis amigos era un golpe amargo, pues sólo podía significar una cosa: que Awlo estaba muerta. De lo contrario, Lamu jamás habría sido capaz de mentir y esperar que le creyeran. Hice la pregunta con el corazón encogido—: ¿Y Awlo?

Trastabillé, pues, inesperadamente, Moka me había golpeado en la boca.

—¡Miserable! —gritó—. ¡El nombre de una Sibama de Ulm no debe ser pronunciado por los labios de un traidor perjuro! Para aumentar tu confusión, te diré que la Sibama de Ulm se halla en Kaulani.

—¿Ella ha atestiguado que soy un traidor? —pregunté con amargura.

Moka vaciló.

—No —admitió de mala gana—, no lo hizo, pero no es necesario. Lo que Lamu Siba ha contado basta. Nosotros, hombres de Ulm, no necesitamos la palabra de ella para condenarte más.

Mi corazón saltó de alegría cuando supe que Awlo estaba con vida y en la misma ciudad que yo. Aunque su silencio era inexplicable, me hice cargo de que debía tener buenas razones para callar. Awlo sabía que yo no había traicionado a Ulm, y que era capaz de apostar mi vida por su amor y lealtad.

—Oye, viejo amigo —le dije a Moka—. No debes condenar a un hombre sin

escuchar su defensa frente a las acusaciones de sus enemigos. Hace años que me conoces como tu señor y tu amigo. ¿Alguna vez me oíste decir una mentira?

—No —reconoció.

—Entonces, escúchame, viejo amigo. Te contaré la verdad. Lamu Siba es el traidor, no yo.

Rápidamente, pero con todo detalle, narré lo ocurrido desde el día fatal en que dejé Ulm con mi máquina en compañía de Awlo y Lamu, para buscar armas y municiones con las cuales esperaba derrotar, si no destruir, a los sitiadores menas. Expliqué que Lamu había aprendido a manejar el mecanismo, que había raptado a mi princesa, y huyó con ella dejándome desconsolado. Conté mis dificultades para obtener pertrechos, los meses de trabajo febril para construir una nueva máquina y emprender la búsqueda, y por último expliqué cómo había aterrizado con las armas y municiones, que había conocido a Olua y que me había rendido a los kauanitas a fin de ser trasladado a Kaulani.

El rostro de Moka se puso cada vez más serio mientras yo narraba los hechos. Mi sinceridad estuvo a punto de convencerlo, pero me había considerado un traidor durante meses; la duda se leía en su rostro. Deseaba creerme y no podía. Cuando terminé la narración y volví a ofrecerle mi mano Moka dudó, pero otro de los oyentes, un joven oficial llamado Hiko, que en tiempos había sido mi ayudante personal, no vaciló.

—¡Te ofrezco mi espada, Courtney Sibama! —gritó mientras hincaba una rodilla en tierra, apretaba mi mano contra su frente y luego se la llevaba a los labios—. ¡Pongo mi vida en tus manos!

Su entusiasmo arrastró a todos y un instante después no sólo Moka, sino todo el grupo se ponía de rodillas y me declaraba su lealtad.

—Perdóname por dudar de ti, Courtney Sibama —gritó Moka, con la voz rota por las lágrimas—, pero las palabras de un Siba tienen peso.

—¿Dónde está mi Sibimi? —inquirí.

—¡Ay, mi señor! —repuso Moka—. Está prisionera en el palacio de Kapioma Sibama, señor de Kau. La he visto dos veces, pero ninguno de nosotros pudo hablarle nunca.

—¿Hablaste con ella en Ulm? —pregunté.

—No, mi señor. Ni ella ni Lamu regresaron a Ulm. Cuatro meses después de que nos dejarais, Ulm cayó ante un ataque nocturno de los menas. Si hubieras estado allí, jamás habría ocurrido, pero la disciplina decayó cuando te fuiste y las guardias se hacían sin orden. Además, los menas jamás habían atacado de noche. La ciudad fue abandonada a la matanza, pero un resto de la guardia real se reunió alrededor del palacio del Sibama y lo defendió durante ocho días. Luego atacaron el palacio y nos vimos vencidos. Kalu, la Sibimi y la mayoría de los guardias fueron asesinados, pero

un pequeño grupo nos mantuvimos unidos y nos abrimos paso hacia los yermos. Suponíamos que los kahumas, que según la leyenda gobernaban allí, nos defenderían o nos matarían con honor. Los menas nos rodearon y, kilómetro a kilómetro, nuestras filas iban siendo mermadas. Sólo quedábamos ciento veinte, la mayoría gravemente heridos, cuando de súbito cesó la persecución de los menas y los vimos dispersarse como hojas bajo un vendaval. Oímos un sonido extraño que provenía de lo alto, alzamos la mirada y vimos que una multitud de pájaros extraños volaba sobre nosotros. Algunos de los pájaros descendieron y vomitaron hombres con muchos brazos que nos tomaron prisioneros y nos arrastraron al interior de los pájaros. Supusimos que eran kahumas. Cuando subieron a los pájaros se quitaron todos los brazos menos dos, y nosotros nos preparamos para morir. Pero no nos asesinaron, sino que nos dejaron con vida y nos trajeron a Kaulani. Llevábamos un mes aquí cuando supimos que un Alii de Kau planeaba rescatarnos. Nos alegramos, pero su plan fracasó y tuvo que huir para salvar la vida. Dos meses después, Lamu Siba llegó aquí como esclavo. Nos habló de tu traición y de cómo él y Awlo Sibimi habían huido de ti y luego habían sido capturados en los yermos de Kau. Le creímos neciamente, sobre todo porque Awlo Sibimi estaba prisionera en el palacio de Kapioma y nadie de nosotros podía hablar con ella. Exceptuando el hecho de que somos esclavos y no hombres libres, no podemos quejarnos. Los kahumas nos han tratado consideradamente, aunque estamos obligados a trabajar y el castigo para quienes se niegan es horrible. Creemos que nuestra situación mejorará, ya que Kapioma quiere convertir a Awlo en su Sibimi cuando la actual sea asesinada.

—¿Asesinada? —repetí.

—Sí. En Kau, los kahumas tienen una costumbre bárbara. Se escoge una Sibimi y un año después, si no ha quedado embarazada, la matan y eligen otra. La Sibimi actual morirá dentro de un mes. Como te creía muerto, Kapioma pensaba hacer de Awlo la Sibimi de Kau. ¡Escucha! Los demás ya vuelven del trabajo. Ocúltate detrás de nosotros, Courtney Sibama, hasta que les informe de tu presencia.

Conocía el apego de los hombres de Ulm a las escenas dramáticas, conque me oculté entre las filas de mis seguidores. La puerta se abrió y entraron unos cien hombres, vestidos igual que sus compañeros, con la tosca prenda blanca que entre los kauanitas designa a los esclavos. Moka se adelantó y alzó la mano reclamando silencio.

—¡Tenemos entre nosotros a un traidor! —gritó dramáticamente—. Alguien que es traidor a su Sibama, traidor a su Sibimi y traidor a Ulm. ¿Cuál es el castigo que merece semejante persona?

—¡La muerte! —fue el grito de los hombres de Ulm.

Lamu avanzó hasta enfrentarse con Moka.

—La muerte es el castigo que debe ser ejecutado tan pronto como se le conozca

—dijo—. Designe al traidor.

Era la respuesta que Moka esperaba. Se irguió con solemnidad y apuntó con el dedo al príncipe.

—¡Tú eres el hombre! —tronó—. ¡Arrodíllate y pide clemencia a Courtney, Sibama de Ulm!

Cuando dijo estas palabras, avancé para que me vieran. Lamu se espantó y palideció al verme, pero los demás lanzaron gruñidos hostiles.

—¿Qué significa esto. Moka? —inquirió uno de ellos. Era Hama Alü, noble de Ulm, miembro del Tribunal de los Señores y además, si mi memoria no me engañaba, primo lejano de Lamu—. Como todos sabemos muy bien, Courtney es el traidor. A él ha de serle aplicada la sentencia de muerte.

Un murmullo afirmativo surgió entre las filas de los ulmitas, quienes se dispusieron a rodearme.

—¡Acabad con él! —gritó Lamu señalándome.

El grupo avanzó.

—¡Alto! —grité, y obedecieron un instante—. Todo hombre tiene derecho a ser escuchado. Dejadme exponer mi historia, y que el Tribunal de los Señores me juzgue luego. Una persona de sangre real sólo puede ser juzgada por ese tribunal.

Mi observación fue bien recibida. Apelaba a la justicia de los hombres, y todos asintieron. En pocas palabras, pero recurriendo a toda mi elocuencia, repetí por segunda vez mi narración. Impresionó, pero esta vez no surgió un ayudante leal para inclinar la balanza a mi favor, y al final de mi discurso se hizo un silencio. Lamu lo rompió gritando:

—¡Es mentira! Matad al traidor y acabemos con esto.

Hubo un murmullo, mitad de asentimiento y mitad de disconformidad, y volví a jugar la misma carta.

—¿Cuántos miembros del Tribunal de los Señores hay aquí? —pregunté.

—Hama Alü y yo —respondió Moka.

—Una cuestión que afecta a la familia real de Ulm, sólo puede decidirla el pleno —insistí—. Ni Lamu Siba ni yo podemos ser juzgados por un tribunal de rango inferior. Que Hama y Moka decidan.

Mis palabras fueron aprobadas con un rugido y los dos nobles se apartaron a un rincón para discutir el problema. Hablaron durante media hora. Como sabía que Hama era pariente de Lamu, yo esperaba un desacuerdo insuperable, y eso fue lo que ocurrió. Los dos se acercaron y Moka, por ser el más anciano, anunció la decisión.

—Cuando el juicio del Tribunal de los Señores es indeciso, el fallo queda en manos del Sibama —declaró—. Pero en este caso el Sibama es parte interesada y no sería justo permitirle decidir la cuestión. Traidor o no, Courtney es el Sibama de Ulm hasta que el Tribunal de los Señores declare vacante el trono. Courtney Sibama y

Lamu Siba han hablado y, a nuestros oídos, ambos parecen igualmente sinceros. Fallamos que Courtney Sibama y Lamu Siba se respeten mutuamente, y no se juzgará culpable a nadie hasta que sea posible someter el pleito a la decisión de la Sibimi. Mientras tanto, que ambos se juren amistad y todos viviremos en armonía, como corresponde a hermanos en desgracia.

Lamu y yo nos observamos con aire dubitativo. Al fin y al cabo, no se podía hacer otra cosa sino aceptar la decisión que, evidentemente, era justa. Sabía que cuando Awlo hablara, la cuestión quedaría resuelta. Indudablemente, Lamu esperaba que ella no tuviera oportunidad de hablar, o tenía otro plan. De todos modos, fue el primero en responder.

—El Príncipe de Ame se somete al Tribunal —dijo—. Moka Alii ha hablado y así será.

—Así será —repetí.

Mientras Lamu y yo nos acercábamos para la ceremonia de juramos amistad, se produjo una interrupción. La puerta se abrió, y apareció Neimeha seguido de un escuadrón de guardias.

—Courtney Sibama —dijo—, Kapioma Sibama exige tu presencia en la sala del trono.

Me encogí de hombros, lo seguí y pasamos a la planta noble del palacio. El edificio era hermoso, mucho más decorado que el palacio de Kalu en Ulm. Pero para mí al menos, lo que ganaba en elegancia lo perdía en grandeza. Al llegar a la puerta de la sala del trono, una palabra de Neimeha nos franqueó el camino.

La escena era muy parecida a las decenas de audiencias de Kalu en que yo había participado. Por todas partes relucían los atavíos de los nobles y las joyas de las damas, destacándose del negro sombrío de los uniformes de la guardia. La sala del trono era amplia e impresionante. Al fondo había un estrado con cuatro tronos; los dos centrales estaban ocupados. Kapioma Sibama de Kau era un hombre alto y esbelto, que tendría mi misma edad. Su frente era espléndidamente ancha, pero sus ojos sesgados, al igual que los de todos los kauanitas, tenían una mirada fría, de implacable crueldad. No obstante, lo primero que atrajo mi atención fue la tristeza que expresaba el rostro de la Sibimi sentada a su lado. Era una jovencita esbelta y bella, pese a su piel azafranada, pero en sus ojos trágicos se reflejaba una melancolía infinita. Entonces recordé lo que Moka me había contado sobre las costumbres de Kau, y comprendí que ella no ignoraba que iba a morir pronto. Me erguí y seguí hasta el pie del estrado. De aquella entrevista iba a salir esclavo o prisionero condenado a muerte, pero me comportaría como Sibama de Ulm. Miré a Kapioma directamente a los ojos; él me devolvió la mirada con rostro inexpresivo.

—Courtney de Ulm —comenzó con su voz gutural—, Neimeha me ha dicho que las maravillas que se cuentan de ti son auténticas, y que tus súbditos de Ulm te

consideraban un poderoso kahuma porque sabías sobre la naturaleza y sus leyes más de lo que ellos podían imaginar. No eres un bárbaro de Ulm, útil sólo para ser esclavo, sino un hombre de inteligencia y educación. Me ha dicho que eres capaz de gobernar una nave.

Hice una reverencia sin hablar.

—Lamento profundamente las desgracias que te han arrojado de tu alta posición, sin lo cual habrías podido sentarte con todo derecho a mi lado. No deseo aumentar el infortunio de un hombre de rango real. Dado que puedes ingresar en esta comunidad como par de los míos, pienso nombrarte Alii de Kau y unirte a mi corte.

Volví a hacer una profunda reverencia en silencio.

—Naimeha también me ha dicho que sabes cómo enviar mensajes a través del aire desde la central eléctrica, a una nave situada a muchos kilómetros de distancia.

—Así es, señor. De todos modos, se trata de una cosa relativamente sencilla.

—Lo celebro, pues creo que este arte nos será de gran utilidad. Te elevaré al rango de Alii de Kau, pero antes he de pedirte un pequeño favor.

—Me alegraré de poner a tu servicio mis conocimientos —respondí.

Frunció ligeramente el ceño al oír mi respuesta.

—No se trata de eso, pues lo daba por hecho. El favor que te pido es otro. En Ulm estuviste casado con Awlo, hija de Kalu Sibama. Desde la muerte de éste, ella es Sibimi de Ulm. Dentro de un mes aproximadamente —se interrumpió y lanzó una mirada a la Sibimi, que se estremeció como golpeada por un látigo—, no habrá Sibimi en Kau, y pienso elevar a la hija de Kalu a ese rango sublime, como compensación por la pérdida de su trono. El favor que te pido es que te divorcies de ella.

—¿Divorciarme de Awlo? ¡Jamás! —grité.

—Será mejor que lo pienses muy bien antes de decidir eso —aconsejó, frunciendo el ceño—. Como esposa de un Alii, no podría casarme con ella sin librarme primero de ti. Si yo ordenase tu ejecución, esto no solucionaría nada, pues la esposa de un criminal ejecutado no puede ser elevada al rango de Sibimi. No obstante, según las leyes de Kau, un esclavo no puede tener legalmente esposa. Si no das tu consentimiento, te degradaré a la posición de esclavo que, de hecho, disolverá el vínculo y la dejará libre para ocupar el trono a mi lado. Para mí es un detalle, mas para ti significa mucho. Te doy un día para decidirlo. O te conviertes en Alii de Kau y te divorcias de ella, o pasarás a ser esclavo de Kau, y me casaré con ella de todos modos.

—No necesito un día ni un minuto para decidirlo, Kapioma Sibama —respondí—. Jamás me divorciaré de ella.

Se encogió de hombros.

—En todo caso, he intentado ser clemente contigo —agregó—. Neimeha, este

hombre es esclavo de Kau. Vístelo como tal y llévalo a las habitaciones de los esclavos. Trabaja en el laboratorio de la central eléctrica y nos enseñará un método para enviar mensajes a nuestras naves, lo cual según afirma es muy sencillo. Si se niega a hacerlo o fracasa, azotadlo.

Los guardias me cogieron y me sacaron casi a rastras de la sala del trono. Tan pronto como salimos, me arrancaron la ropa y me echaron sobre los hombros la prenda blanca de los esclavos. Así vestido, fui conducido de nuevo al alojamiento de los esclavos, de donde había salido hacía pocos minutos. Moka y mis amigos se acercaron a saludarme, mostrando su indignación cuando les referí lo ocurrido. Aplaudieron con entusiasmo mi actitud, aunque Lamu sugirió que tal vez habría sido mejor aceptar la proposición de Kapioma y alcanzar el rango de Alii, lo cual me habría permitido quizás ayudarlos a escapar. Una fría mirada de Moka lo hizo callar. Después de hablar un rato, nos separamos para ocupar los dormitorios que comunicaban con la sala central.

Permanecí despierto haciendo planes. De momento, todo había salido mejor de lo que yo esperaba. Awlo estaba viva y no corría ningún peligro inmediato. Tenía cien amigos leales que me apoyaban y, mejor aún, se me había ordenado ir al laboratorio para construir un aparato de radio: exactamente lo que necesitaba para comunicarme con Olua. Me dormí pensando que la fortuna me mimaba.

La mañana siguiente, mientras los esclavos eran conducidos al trabajo, vino un guardia para conducirme a la central eléctrica, instalada en los jardines del palacio real. Fui trasladado al laboratorio y se me ordenó sin rodeos que explicase cómo pensaba enviar mensajes a través de las ondas eléctricas. Respondí que no conocía sus métodos de transmisión de electricidad y que ante todo necesitaba familiarizarme con sus instalaciones; de lo contrario no podría mostrarles nada nuevo. Después de una consulta, se consideró razonable mi postura y fui confiado a uno de los hombres del laboratorio, para que me enseñara todo lo que supiera sobre transmisión de la electricidad.

Mi guía e instructor era un joven de mi edad poco más o menos. A pesar de sus ojos sesgados y su piel amarilla, demostró ser un sujeto muy simpático y un científico capaz. Era hijo de uno de los Alii más importantes de Kau. Mientras trabajaba con él en cierta medida nos hicimos amigos, y un día me confesó que una de sus bisabuelas había sido traída de Ame, la segunda ciudad del imperio de Ulm, como esclava. Esto probablemente explicaba por qué parecía interesarle un poco menos la ciencia y algo más los seres humanos, en comparación con el resto de sus compatriotas. En conjunto, fue la persona más amable y agradable que conocí entre los kauanitas. Sólo su inquebrantable lealtad a Kapioma me impidió sugerirle a Waimua —así se llamaba— la idea de unirse a nosotros. Su muerte trágica, ocurrida más adelante, fue un

motivo de dolor inconsolable para mí.

Me resultó fácil seguir las explicaciones de Waimua. La electricidad de todo el imperio de Kau era generada en un edificio de Kaulani y transmitida para uso general. Había cinco instalaciones distintas y separadas entre sí, cada una de las cuales radiaba las cinco longitudes de onda que Olua me había descrito anteriormente. Al principio me asombré pensando en la enorme pérdida de energía que implicaba una transmisión ininterrumpida, pero luego descubrí que sólo se emitía en régimen continuo una onda piloto de poca energía. Los generadores estaban contruidos de modo que, cuando la onda piloto comunicaba una demanda, automáticamente se conectaba una onda direccional de la energía necesaria para satisfacer aquélla. Los contadores registraban la dirección así como la distancia entre la central eléctrica y el consumidor. Por tanto, era posible determinar la situación de cualquier nave que volara sobre el imperio, con un error no superior a veinte kilómetros, sobre un mapa instalado en la estación emisora de vuelo. Naturalmente, la instalación más pequeña era la que alimentaba los aviones privados y los trajes de combate del Sibama.

El fin del día llegó antes de que hubiéramos terminado la explicación del sistema, pero tuve ocasión de introducir a Waimua en los elementos fundamentales de la radiotelegrafía. Comprendió en seguida el principio y prometió reunir cuanto necesitáramos para los experimentos, haciendo que los mejores proveedores de instrumentos del imperio fabricasen válvulas de acuerdo con mis instrucciones. Cuando se dispusiera del equipo necesario, estaríamos en condiciones de comenzar los experimentos. Localicé con facilidad la pantalla del laboratorio tras de la cual había escondido Olua su traje de lucha pero, naturalmente, no traté de entrar ni de entender que conociera su existencia.

Mientras recorría la central eléctrica, empecé a forjar un plan que parecía convertir nuestra huida en algo no del todo imposible. Aunque no me proponía dar el golpe sin establecer antes comunicación con Olua, para ponerlo al tanto acerca de la parte que le tocaba a él, consulté la idea con Moka, como algo absolutamente confidencial. Prometió disponer a nuestros hombres para que recogieran con urgencia cierta información que yo necesitaba. Al principio propuse hablar únicamente con nuestros hombres más discretos y seguros, no divulgando el asunto hasta la hora de entrar en acción. Como aquella noche no fuimos interrumpidos, los miembros del Tribunal de los Señores consideraron que el momento era propicio, y Lamu y yo hicimos un juramento temporal de amistad.

Al día siguiente terminé de dictar mis instrucciones, y al tercer día los fabricantes sometieron a mi aprobación una docena de válvulas de radio. Teniendo en cuenta que jamás habían visto la menor válvula para telecomunicación, habían hecho un trabajo bastante aceptable, lo cual me dejó pocas dudas en cuanto al éxito de mis esfuerzos.

En seguida, Waimua y yo comenzamos a montar un transmisor y dos receptores. Uno de los receptores sólo funcionaba con determinada longitud de onda, pero el otro era de varias bandas, lo cual, no sólo me permitía comunicar con mi propio transmisor, sino también recibir mensajes de Olua cuando estableciese comunicación con él. Transcurrió una semana antes de que pudiera hacer un ensayo.

Los receptores funcionaban perfectamente mientras se hallaban en la misma sala que el transmisor. Bajo pretexto de probarlos a mayor distancia, envié a Waimua en un avión militar a ochenta kilómetros. Tan pronto como salió, sintonicé la longitud de onda de mi máquina y lancé varios mensajes, frenético. Me pareció que transcurrían horas, hasta que llegó una respuesta. Olua había estudiado diligentemente el código internacional desde mi partida, y no tuvo dificultad en recibir mis mensajes y responder. Le resumí el estado de cosas en Kau y le expliqué nuestros planes. Hizo algunas sugerencias excelentes, basadas en su conocimiento de la ciudad de Kaulani, propuestas que incorporé rápidamente a mis planes. Previendo la posibilidad remota de que esto pudiera ser útil, le ordené que efectuara un viaje en mi máquina al plano superior, para traer ciertas provisiones. En mi valle escondido de Nevada había dejado una suma cuantiosa en oro, y le dije dónde encontrarla. Prometió cumplir fielmente el encargo, y entonces sintonicé la longitud de onda correspondiente al receptor que llevaba Waimua.

Transmití un mensaje mutilado, variando de vez en cuando la energía para que las señales llegaran con poca claridad. Estaba bastante seguro de que Waimua sólo captaría algunos fragmentos del mensaje, pero este éxito parcial le daría ánimos. Pensaba alargar el trabajo algunos días fingiendo estudiar el perfeccionamiento del sistema, hasta que estuviéramos preparados para alcanzar la libertad. Mi plan se desarrolló a la perfección. Waimua regresó locamente entusiasmado con los resultados obtenidos en el primer intento.

Desarmamos los dos receptores y los transmisores, y nos propusimos reconstruirlos con ligeras modificaciones que, según le aseguré, darían un fruto completo.

Aquella noche Moka nos comunicó que Hiko había obtenido la última información que precisábamos. Ya no era necesario esperar más. Todos, incluso Lamu, estaban al tanto del plan y del papel que correspondería a cada uno en el mismo.

En resumen, nuestro plan era el siguiente: En un momento dado, nos dividiríamos en dos grupos. Uno atacaría la central eléctrica a mis órdenes, y cortaría la emisión de energía. Hecho esto, los demás, a las órdenes de Moka, invadirían el palacio y rescatarían a Awlo. Luego todos nos refugiaríamos en la central eléctrica. Pensábamos capturar varios científicos kauanitas y encerrarlos en la central con

objeto de obligarlos a modificar un avión militar de cien plazas que estaba en un hangar situado en la azotea de la central eléctrica, y que utilizaba la longitud de onda privada del Sibama. Estropearíamos todas las unidades generadoras salvo la pequeña, que emitía dicha longitud de onda. Entonces todos, excepto un destacamento escogido, partiríamos en la nave modificada, y el grupo de héroes procuraría defender la central eléctrica hasta que estuviéramos muy lejos de Kau.

El plan era arriesgado, pero no se me ocurrió otro mejor, y me negué terminantemente a explicar lo que sucedería cuando los rezagados fueran vencidos y nuestra nave derribada. Tenía otro plan que no había confiado siquiera a Moka. Pensaba llegar hasta mi máquina y armar a mi grupo. A juzgar por lo que nosotros habíamos visto, Kau no poseía armas de fuego. Ante cien hombres bien armados y decididos, todo el ejército de Kau sería impotente, puesto que sus trajes de combate habrían dejado de funcionar al quedar privados de la energía que los alimentaba. Lo que hiciéramos después de escapar dependería de los deseos de Awlo. Podíamos destruir a los menas y volver a fundar el imperio de Ulm (por lo que sabíamos. Ame aún no había caído en manos de los menas) o fundar un nuevo imperio en algún punto lejano de nuestro minúsculo mundo, en un lugar donde ni los menas ni los kauanitas pudieran encontrarlos.

La parte más débil del plan consistía en el hecho de tener que actuar a plena luz del día, pues de noche nos encerraban. Como esto era irremediable, decidimos intentarlo a mediodía. Confiábamos en el factor sorpresa y en el hecho de que la mayoría de los asistentes del palacio estarían comiendo. Por la mañana, al salir de nuestras habitaciones, no pude dejar de preguntarme cuántos de mis valientes súbditos estarían con vida esa misma noche.

Alrededor de las diez, mientras Waimua y yo trabajábamos en el transmisor de radio, aparecieron dos guardias en el laboratorio y me ordenaron que los siguiera. Se negaron a contestar a mis preguntas y sólo dijeron que se reclamaba mi presencia en la sala del trono. Di algunas instrucciones a Waimua, me situé entre ellos y salimos. Al salir de la central eléctrica, vi que algo había ido mal. Los ulmitas eran conducidos a sus alojamientos por escuadrones de guardias provistos de trajes de combate. Fui llevado ante la puerta de la sala del trono, donde encontré a Lamu, Moka y Hama, todos bajo custodia. La puerta se abrió y me ordenaron que entrase para presentarme ante el Sibama. Aparté bruscamente las manos de los guardianes y caminé con la cabeza erguida hasta el pie del estrado. Miré a Kapioma con desafío, y él devolvió la mirada con la frialdad que solía.

—Courtney —dijo con voz gutural—, he sido informado de una conjura que existe entre los esclavos ulmitas para apoderarse de la central eléctrica y huir luego en un avión militar pilotado por ti. ¿Qué tienes que decir?

—Nada, señor —respondí secamente.

—Poseo todos los detalles de la conspiración, y toda negativa es inútil —prosiguió—. Como cabecilla, naturalmente tu destino es la muerte. Aún no he decidido en qué forma serás ejecutado, y mi Tribunal de los Señores aún no ha debatido la suerte que correrán tus partidarios.

—Comprendí hace mucho tiempo que habías decidido matarme, Kapioma Sibama —dije fríamente—. Sólo así puedes disolver los lazos que me unen con Awlo. Las leyes de Kau podrán decir lo que quieran sobre los esclavos, pero nos casamos según las leyes de Ulm cuando yo era libre y príncipe. Mi esclavitud no anula el lazo, que sólo puede ser cortado por el Sibama de Ulm con la aprobación de su Tribunal de los Señores. Me gustaría saber cómo conociste nuestro plan.

—Uno de los tuyos, a quien vilmente pensabas dejar en la estacada por motivos de celos, se enteró casualmente del plan, averiguó los detalles y te denunció.

—No pensaba dejar a nadie aquí —exclamé, sorprendido.

—¿No pensabais abandonar a Lamu aquí?

—No. Iba a ser el jefe del grupo encargado de tomar y cubrir la instalación eléctrica mediante la cual pensábamos escapar.

—Entonces, Lamu ha mentido —afirmó Kapioma en tono grave—. No es la primera vez que descubrimos sus embustes. Parece ser, Courtney, que hasta un Príncipe de Ulm es capaz de traicionar. ¡Traed a Lamu!

El tembloroso Lamu fue arrastrado por los guardias hasta el estrado. Se postró ante el trono y alzó la mirada con gesto abyecto. Su servilismo me desagradó, y le propiné un puntapié.

—¡Levántate y acepta tu suerte como un hombre! —dije.

Kapioma sonrió fríamente, mientras Lamu procuraba ponerse en pie y me dirigía una mirada de odio.

—Lamu —dijo—, has mentido demasiado. El castigo por mentir al Sibama de Kau es la muerte, y ésa es la pena que mereces. En todos los países, los reos de alta traición son condenados a muerte, y tú lo has traicionado a él, que es tu Sibama legítimo, aunque ahora sólo sea un esclavo de Kau. Eres doblemente reo de muerte, y morirás tan poco a poco, que te parecerá haber pasado dos veces por la agonía de la disolución. A pesar de lo que me dijiste, pensabas escapar.

—¡No es verdad! —gritó Lamu—. Hasta anoche no me enteré de la conjura, cuando sorprendí una conversación entre Moka y Courtney. Se lo dije a la guardia en la primera oportunidad que se me presentó.

—Traed a Moka y a Hama —ordenó Kapioma.

Los dos Alii fueron conducidos hasta el trono, y me alegré al ver que ambos se inclinaban sólo con el mínimo de deferencia debida a un monarca entronizado, y ni un solo punto más.

—¿El esclavo Lamu era cómplice de la conjura para escapar, o no pudo conocerla hasta anoche? —preguntó imperativamente el Sibama.

Los dos nobles me miraron esperando mis órdenes.

—¡Decid la verdad! —dije.

—Tomó parte en la conjura para escapar, pues fue iniciado en ella hace cuatro noches, Kapioma Sibama —respondió Hama. Moka asintió con la cabeza.

—Lamu, las palabras de tus compatriotas te condenan —declaró Kapioma—. Tu muerte será tal, que durante generaciones hará brotar sudores de terror en las frentes de los criminales. Courtney, las leyes de Kau no son inexorables. Has sido víctima de alguien en quien confiabas, y el tormento de saber que uno de tus príncipes era un traidor constituye ya un gran castigo. Tal vez no tengas que morir. Si te divorcias de Awlo como te he pedido, presentaré tu caso ante mi Tribunal de los Señores recomendando clemencia. No, no me respondas ahora; sé cuál iba a ser tu respuesta si no te diera tiempo para meditar la cuestión. Reflexiona. Si mueres, contigo morirán todos los implicados en la conjura. Como criminales, morirán en el tormento. A ti te reservaré una muerte de soldado.

—No por consideración a mí, Kapioma Sibama, sino porque no puedes dignificar a la viuda de un hombre ejecutado como criminal —señalé, indignado.

—Exacto, Courtney. Nada vas a ganar negándote a aceptar mis condiciones. Te doy dos días para tomar una decisión. Mientras tanto, será un placer concederte cualquier deseo razonable que formules. ¿Tienes algún deseo?

—Sí —repliqué, con la sangre hirviendo—. Permite que sea yo quien ejecute tu sentencia de muerte contra ese canalla, que ha sido el culpable de todas mis miserias.

Kapioma sonrió levemente, y Lamu se estremeció.

—De buena gana —respondió el Sibama—. Será un espectáculo entretenido. Incluso te permito elegir el procedimiento que más te guste.

—Deseo matarlo en lucha justa.

Kapioma nos contempló a ambos durante un rato.

—Sea —accedió—. Si él te mata, el problema de Awlo queda resuelto del modo más sencillo. Se le perdonará la vida y servirá como esclavo en Kau el resto de sus días. Si lo matas, tú y tus súbditos quedaréis en libertad. Seréis llevados a las montañas de Kau y abandonados allí con armas, así como agua y alimentos para dos semanas. Si alguno de vosotros regresa a Kau, morirá en el tormento. Si lográis atravesar las montañas, tal vez seáis exterminados por los menas. ¿Qué me dices?

—¿Y Awlo? —pregunté.

—En cualquier caso, Awlo debe permanecer aquí y convertirse en mi Sibimi —respondió con impaciencia.

—Entonces yo... —me interrumpí para reflexionar. Había estado a punto de afirmar que prefería morir en Kau antes que separarme de Awlo, pero se me ocurrió

un plan. Mi muerte en Kau privaría a Awlo de su único protector, y en las montañas de Kau estaban almacenadas mis preciosas armas de fuego. Me corregí—: Kapioma Sibama, acepto tus condiciones.

—¡Traed trajes de combate! —ordenó el Sibama.

Un guardia se apresuró a acercar dos trajes de combate, equipados con ocho brazos.

—Courtney, un sabio como tú no necesita instrucciones sobre el manejo de una herramienta tan sencilla —comentó fríamente Kapioma—. Puesto que Lamu no tiene tus conocimientos, lo instruiré personalmente para que la lucha sea más equilibrada.

Comprendí en seguida que su plan consistía en que Lamu acabara conmigo, y recordé con pesar el traje de treinta brazos que Olua había escondido en el laboratorio. Sin embargo, no era cuestión de pedir imposibles, y dediqué mi atención a estudiar los seis mandos con que estaba equipado mi traje. Los localicé pronto.

Kapioma tardó un rato en instruir a Lamu. Cuando estuvo seguro de que mi adversario conocía sus armas, ordenó que nos pusiéramos los trajes. Lo hicimos, y los guardias acercaron una inmensa cúpula de un material transparente y cristalino, que colocaron sobre ambos. Era un material desconocido para mí. Parecía vidrio pero, pese a que la cúpula medía diez metros de diámetro y tres de altura, cuatro hombres la habían levantado con facilidad, como si fuese algo muy ligero. Oía la voz de Kapioma tan claramente como si la cúpula no nos cubriera.

—Que nadie intervenga —dijo el Sibama—. Contaré hasta cinco. Cuando haya pronunciado el último número, podréis pelear, antes no. ¿Preparados? ¡Uno! ¡Dos!...

Un fogonazo verde cegador brotó de uno de los brazos del traje de Lamu. Mi brazo izquierdo quedó inutilizado, paralizado por el rayo mortífero. Lamu desvió la cabeza y levantó un brazo para protegerse los ojos del resplandor. El rayo cesó sin dañarme más. Aguardé a que Kapioma finalizase la cuenta. Estaba seguro de que le había sugerido a Lamu que diese comienzo a la pelea antes de escuchar el último número; en cambio, yo habría sido castigado si hubiera hecho lo mismo.

—¡Tres! —exclamó su voz después de una pausa—. ¡Cuatro!

Lamu se había recuperado del sobresalto y con expresión astuta acercaba poco a poco el rayo verde, que se quebraba inofensivamente contra la cúpula cristalina que nos cubría, para apuntarlo sobre mí. Cada vez se acercaba más, y Kapioma no pronunciaba el último número. El rayo tocó mi brazo paralizado y bajó hacia la pierna.

—¡Cinco! —pronunció al fin la voz de Kapioma.

Encendí el rayo naranja, y el rayo verde de Lamu desapareció. Perdí un segundo volviendo el rayo naranja hacia mi brazo paralizado para recobrar su uso. Esto me permitiría emplear dos de mis armas a la vez.

Concentré de nuevo el rayo naranja sobre Lamu y luego, en rápida sucesión, el

rojo y el verde. Era un truco de lucha que me había enseñado Olua. Hubo un fogonazo cegador en el traje de Lamu, y su rayo verde desapareció. Una de sus armas más poderosas había quedado inutilizada.

Una expresión de pánico apareció en su rostro, y lanzó el rayo rojo. Yo había decidido luchar a la defensiva, limitándome a neutralizar sus armas, por lo que apagué los rayos naranja, verde y rojo, envolviéndome en un resplandor azul. Lamu trató en vano de atravesar el escudo de luz azul con el cual me protegía. Entonces tocó su traje y comenzó a moverse un rayo blanco junto al rojo. Olua me había hablado de este rayo terrible, que deshidratava todo lo que alcanzaba, y me apresuré a activar el rayo amarillo para combatirlo. Nos movimos en círculos y sus rayos intentaron, en vano, encontrar un hueco en mi armadura de luz. Procuré recordar otros trucos de los que me había hablado Olua, y se me ocurrió uno. Desconecté de súbito la emisión de ambos rayos. Lamu dirigió los dos brazos resplandecientes de su traje de combate hacia mi corazón. Cuando los dos rayos coincidieron momentáneamente, encendí el verde y el amarillo. Como había que cubrir sólo un rayo, la ventaja estaba de mi parte.

No conseguí recordar la forma de inutilizar su rayo blanco y, para impedir que la lucha se prolongara indefinidamente, desvié con rapidez mi rayo verde y lo dirigí contra sus piernas. Antes de que pudiera encender el rayo neutralizador naranja, el paralizante había surtido su efecto infalible y cayó al suelo. Me acerqué a él. Olua me había dicho que casi todos los rayos eran destructores cuando alcanzaban la misma fuerza que los generaba. Cogí el brazo que emitía el rayo blanco y lo retorcí lentamente. Lamu intentó luchar, pero un toque del rayo paralizante dejó sus brazos tan inútiles como sus piernas. Seguí doblándole el brazo, hasta que el rayo blanco taladró su propio generador. Al instante se apagó y Lamu quedó desarmado.

Un disparo con cualquiera de mis rayos ofensivos habría terminado con él, pero no pensaba matarlo de ese modo. Me incliné y le quité el destrozado traje de combate. Lo arrojé a un lado y retrocedí. Mi rayo naranja brilló un instante y Lamu se puso en pie, tan fuerte como al principio de la batalla.

—Esta lucha es entre tú y yo, Lamu Siba —le dije en tono amenazador, hablando despacio—. Prepárate a morir a mis manos.

Me quité rápidamente el traje de combate. Lamu me espiaba como un felino. Cuando me vio con los brazos ocupados en quitarme el traje, se irguió y atacó. Retrocedí y me hice a un lado, esquivándole. Levantó el pie derecho y me dio una fuerte patada en la ingle. Me doblé, lanzando un grito de dolor, y Lamu se abalanzó sobre mí, esgrimiendo una daga.

Tuve lucidez suficiente para volverme sobre un costado, y la daga de Lamu sólo rozó mi espalda. El dolor del golpe bajo era terrible, y yo estaba desarmado. Pero, mientras se rehacía para atacar de nuevo, logré quitarme el traje y me precipité hacia

su garganta. Su daga relampagueó ante mis ojos, pero no hice caso y lo agarré por el cuello, dejándome caer al suelo. Sentí una puñalada en el hombro y otra en el costado antes de conseguir ponerle la rodilla en el pecho. Entonces le arranqué la daga, arrojándola lejos. Volví a tomarle del cuello y comencé a apretar. Su rostro se congestionó y me dirigió una mirada suplicante. Aflojé un momento la presión y bajé la cabeza.

—¡Piedad, Courtney Sibama!.-fue el áspero susurro que salió de sus labios.

—¿Y tú cuándo has conocido la piedad? —pregunté—. ¿Dónde está Awlo? ¿Dónde está Kalu Sibama? ¿Dónde está la destruida Ulm? Tu vida está triplemente perdida a causa de tu traición, y mi corazón no tendrá piedad de ti.

Apreté lentamente su garganta. Su respiración se volvió jadeante y luego se convirtió en un silbido rápido. Su cabeza cayó hacia atrás, con los ojos saliéndole de las cuencas y horriblemente fijos. Aún los recuerdo. Arrodillado sobre su pecho, aflojé mi presión sobre su garganta, le cogí la cabeza y la retorcí poco a poco, hasta que las vértebras cedieron con un chasquido y la cabeza cayó inerte. Así murió Lamu Siba, Príncipe de Ame del Imperio de Ulm, a manos de su rey, a quien había traicionado.

Me puse en pie, vacilante, y me volví hacia Kapioma.

—Tu sentencia ha sido cumplida, ¡oh Sibama! —jadeé—. ¿Cuándo podemos partir mis súbditos y yo?

—Tan pronto como te hayas curado las heridas y puedas viajar, Courtney —respondió gravemente—. Me ha defraudado la pelea ofrecida por ese miserable, pero cuando el Sibama ha dado su palabra no puede volverse atrás. Has desdeñado la muerte rápida y honrosa de un soldado a cambio de una muerte lenta por la sed y el hambre en las montañas. Ya has tomado la decisión. Recuerda, sin embargo, que mi oferta de respetar tu vida sigue en pie. Divórciate de Awlo y serás libre.

Me erguí para lanzarle un desafío, pero no pude hacerlo. Había perdido más sangre de lo que suponía. Me tambaleé unos momentos y luego todo se volvió negro. Sentí que caía por un abismo interminable, y luego no recuerdo nada más.

Tardé cuatro días en recobrar los sentidos, pero cuando lo hice estaba en condiciones de viajar. Los médicos de Kau me habían tratado con rayos terapéuticos que curaron mis heridas y restauraron mis fuerzas. En efecto, apenas sentía las secuelas de la terrible batalla que había reñido. Moka quiso que descansara algunos días, pero no me atreví a hacerlo. Sólo faltaban catorce días para la fecha en que había de morir la Sibimi de Kau, y me estremecía pensar en el sino de Awlo si no lográbamos regresar antes. Por ello, le recordé a Kapioma su promesa y solicité partir en seguida.

En algún resquicio de su corazón debía quedar una pizca de caballeridad no

perversa, pues acudió en persona a la central eléctrica para despedirnos.

—Adiós, Courtney Sibama —dijo—, pues habiéndote liberado de la esclavitud, recobras tu título real. Lamento que no hayas aceptado las condiciones tan generosas que te ofrecí; considero que habrías sido útil en mi corte. No obstante, he dado mi palabra y puedes irte. Con eso no hago más que modificar la forma de tu muerte. No os está permitido regresar a Kau. Si os quedáis en las montañas, moriréis de hambre, y si volvéis a Ulm los menos os exterminarán. En cualquier caso, me veré pronto libre de vosotros.

Me humillé para solicitar de él un favor antes de irme.

—Kapioma Sibama, puesto que voy a morir —dije—, apelo a tu compasión para una cosa. Deseo ver a Awlo antes de partir.

Frunció el ceño.

—Eso es imposible —señaló con severidad—. Awlo no sabe que estás aquí, y te cree muerto. Puesto que morirás pronto, de todos modos, no deseo refrescar su memoria y abrir sus heridas. Eso la enemistaría conmigo.

No me atreví a decir más, sino que entré en el aparato de transporte que nos esperaba. Mis hombres me siguieron, y poco después nos elevamos rápidamente, poniendo proa al oeste.

—¿Dónde aterrizamos, Courtney Sibama? —preguntó Neimeha, que era el comandante.

—Déjanos donde me encontraste —respondí.

Neimeha se encogió de hombros y habló con el piloto. Dos horas después de nuestra salida de Kaulani, la nave aterrizó y desembarcamos. Luego voló sobre nosotros durante algunos minutos, y por último emprendió el regreso a la capital de Kau. Moka se dirigió a mí cuando hubo desaparecido la nave kauanita.

—¿Cuáles son tus proyectos, Courtney Sibama? —preguntó.

—Regresaremos a Kau y rescataremos a nuestra Sibimi. Luego haremos lo que indiquen las circunstancias.

—Sólo somos ciento dos —señaló Moka, pensativo—, y Kau tiene miles de hombres. ¿Podemos confiar en la victoria?

—Cien hombres bien armados pueden hacer maravillas, Moka —repuse—. ¿Has olvidado que salí de Ulm en busca de armas? Están escondidas en estas montañas. Iremos hasta donde se encuentran, y luego haremos planes. Debo encontrar a un Alii de Ulm que ha vivido muchos años en Kau y conoce sus armas. ¿Crees que la nave kauanita regresará para espiar nuestros movimientos?

—Puesto que nos prohibieron regresar, supongo que sí.

—Eso espero. Si regresan, tengo una idea que tal vez nos permita llegar a Kaulani sin luchar. Pero antes hemos de conseguir las armas necesarias.

Los kauanitas me habían devuelto la brújula antes de dejarnos, quedándose con

mis pistolas automáticas, aunque no sabían cómo usarlas. Me orienté con la brújula y, cargados con alimentos y agua, comenzamos nuestra expedición hacia donde estaba mi máquina.

Moka estaba en lo cierto cuando afirmó que los kauanitas nos seguirían. Aquella misma tarde, a última hora, mientras nuestro grupo escalaba entre grandes dificultades las rocas desnudas, el vehículo que nos había llevado a las montañas aterrizó sobre una elevación cercana. Cuando nos hubieron localizado parecieron darse por satisfechos; después de observarnos un rato, emprendieron el regreso a Kaulani. Se hizo de noche; habíamos recorrido poco más de la mitad de la distancia que, según mis cálculos, nos separaba del emplazamiento de la máquina. Esperaba no errar el camino.

La noche fue terriblemente fría y, como no teníamos mantas ni nada parecido, tuvimos que apiñarnos y procurar pasar la noche lo mejor que pudiéramos. Los hombres de Ulm no estaban acostumbrados al frío y sufrieron mucho, pero nadie se quejó. La mañana siguiente reanudamos la marcha.

A mediodía me pareció que ya habíamos andado bastante, pero ningún rasgo del paisaje me resultaba familiar. Di el alto a la columna y envié partidas de exploradores en varias direcciones. Todos tenían órdenes de regresar al mismo punto antes del crepúsculo.

Era difícil encontrar el camino en un terreno tan accidentado, incluso con la brújula. Estuve a punto de perderme, y había comenzado a ponerse el sol cuando la partida dirigida por mí regresó al campamento. Otras dos partidas aún no habían aparecido. No teníamos nada para encender fuego; lo único que podíamos hacer era gritar de vez en cuando para guiar a los rezagados. Una de las partidas regresó hacia las ocho de la mañana, pero amaneció sin noticias de la otra. Esto me extrañó, conociendo el maravilloso sentido de orientación que poseían todos los ulmitas. Hice una verificación y en seguida descubrí que tal sentido no funcionaba en las montañas. No sabría explicar el motivo, pero no funcionaba.

La mañana siguiente celebré consejo con Hama y Moka. Estaba seguro de que no andábamos lejos de la máquina y las armas, pese a que el día anterior habíamos recorrido la comarca sin encontrar nada. Juzgando que estábamos demasiado al sur, propuse trasladar el campamento, pero aún quedaba el problema de la partida perdida. Finalmente decidimos dejar diez hombres a las órdenes de Hama en el primer campamento; los demás nos trasladaríamos ocho kilómetros hacia el norte, manteniéndonos en comunicación por medio de mensajeros. Desde el nuevo campamento enviaría nuevas partidas de búsqueda. Así se hizo, pero al cabo de otros dos días aún no habíamos encontrado la máquina y empecé a temer que los kauanitas la hubieran hallado y cambiado de lugar. El cuarto y el quinto días transcurrieron del mismo modo. Hasta mi partidario más firme, Moka, empezó a dudar.

La mañana del sexto día nos disponíamos a enviar nuevas partidas para la pesada búsqueda, cuando oímos un grito débil al sur y vimos que uno de los hombres de la partida de Hama se acercaba corriendo. Según iba reduciéndose la distancia, pudimos notar que era presa de gran excitación.

—¡Hemos encontrado el lugar, Sibama! —jadeó cuando estuvo al alcance de nuestros oídos—. La partida de Hiko lo encontró el primer día, pero el mensajero que enviaron se cayó y se rompió una pierna. Hoy ha llegado a nuestro campamento, arrastrándose, casi muerto de dolor y de sed. Dice que Hiko y dos hombres se quedaron allí, pero que no sabe dónde es.

El hecho de que hubieran encontrado el mecanismo cerca de donde estábamos era algo esperanzador. Levantamos el campamento rápidamente y volvimos atrás para unirnos a la partida de Hama. Nos enteramos de que Hama había enviado a todos sus hombres en la dirección tomada por Hiko al salir del campamento. Sólo quedaba esperar que ellos encontrasen el lugar. Antes de tres horas llegó un hombre y nos avisó de que lo habían localizado. Afirmó que habían encontrado la cueva y las cajas, pero que no había rastro de Olua ni de la máquina. Empecé la marcha en seguida, con una partida que llevaba alimentos y agua para los hombres de Hiko, y dejando a la mayoría en el campamento a la espera de que regresaran todos los hombres de Hama, después de lo cual levantarían el campamento y se reunirían conmigo la mañana siguiente.

El aviso del explorador era exacto. En la caverna estaban los cajones con armas y las cajas de municiones, pero no Olua ni la máquina. Me devané los sesos pensando qué pudo ocurrir. La única explicación lógica sugería que, al regresar desde el plano superior, cumplidas mis órdenes, la máquina se había movido. En tal caso lo tendríamos a varios kilómetros de distancia, buscándonos afanosamente. La pérdida de la máquina era un duro golpe, pero aún teníamos las armas y las municiones y no era cosa de desesperar.

Resultó fácil abrir los cajones de los rifles y las cajas de municiones. Me sentí mejor cuando vi a mi minúsculo ejército armado con rifles y pistolas modernos, si bien nadie sabía manejarlos, y además yo abrigaba serias dudas en cuanto a su eficacia contra los trajes de combate de los kauanitas. El hecho de que no supieran utilizar las armas no me preocupaba demasiado, pues aún faltaban ocho días para la ejecución de la Sibimi de Kau. Además, había forjado un plan que, en caso de éxito, nos permitiría recorrer en poco tiempo los trescientos sesenta kilómetros que nos separaban de Kaulani. La nave kauanita había sobrevolado nuestro grupo todas las tardes, con la evidente intención de controlar nuestros movimientos. Mi plan consistía en algo tan atrevido como intentar su captura. Bendije mi suerte al no haber terminado el aparato radiotelegráfico antes de abandonar la ciudad.

Mi primera ocupación fue instruir a mis hombres en el manejo de las pistolas y rifles. Había traído cien rifles y treinta mil cartuchos, además de un centenar de pistolas y diez mil balas. Consideré que podía gastar cien cartuchos de rifle por hombre y la mitad en municiones de pistola para prácticas de tiro, sin que corriéramos peligro de quedarnos inermes. Improvisamos un polígono y pusimos una guardia para advertir la llegada de las naves kauanitas. Los ulmitas se aficionaron a las armas tanto como los patos al agua. Cinco días después llegué a la conclusión de que mi instrucción había dado un resultado satisfactorio, y aguardé ansiosamente la llegada de la nave que pensaba capturar.

Me invadió una gran angustia cuando la nave no apareció ese día, ni al siguiente ni al tercero. Los alimentos y el agua estaban prácticamente agotados, dado que sólo nos habían proporcionado vituallas para catorce días. Evidentemente, y puesto que no podíamos regresar a su país, las kauanitas habían llegado a la conclusión de que no nos atrevíamos a luchar con los menas y estimaron superfluo continuar la vigilancia. Una negra desazón hizo presa de mí al anochecer del decimocuarto día desde nuestra salida de Kaulani. Era el día fijado para la ejecución de la Sibimi de Kau, y me enloquecía el pensar que mi princesa estaba a merced de Kapioma.

No podríamos cubrir la distancia que nos separaba de Kaulani en menos de cinco días de marcha forzada, ni teniendo provisiones suficientes; todo mi plan se fundaba en la captura de una nave kauanita. La mañana siguiente —la del decimoquinto día— nos halló sin agua, casi sin alimentos, y en el campamento cundió la desmoralización. Sentíamos necesidad de movernos, pero no sabíamos a dónde ir ni podíamos hacer nada. Aquella mañana, los ejercicios de tiro se hicieron de modo rutinario y bajo la impresión de que eran una pérdida de tiempo.

Procurando impedir la desmoralización de mis hombres, por la tarde volví a llevarlos al improvisado polígono, pero habían perdido el interés. La sed atormentaba a todos. Estaba a punto de ordenarles que regresaran al campamento, cuando nos estremeció el grito de alerta de uno de los centinelas apostados. Gritaba y señalaba hacia el este. En el repentino silencio que se hizo pude adivinar, más que escuchar, el lejano zumbido de las hélices. Todos conocíamos los planes y algunos de mis hombres adoptaron rápidamente la formación de emboscada que yo había previsto. Otros, mientras se acercaban los kauanitas, empezaban a disparar sobre los lejanos objetivos.

Confiaba en la curiosidad de los kauanitas, que los obligaría a descender para observar nuestros movimientos, y comprobé que no me había equivocado. La nave sobrevoló durante quince angustiosos minutos nuestra posición, antes de descender a unos noventa metros de distancia. Un destacamento de kauanitas armados con trajes de combate de seis brazos desembarcó entonces y se acercó a nuestros puestos. Yo me había cubierto detrás de una roca, a unos cincuenta metros de la nave. El ángulo

en el que aterrizó la nave era tal que me impedía ver el cuadro de mandos a través de la escotilla abierta, algo esencial para tratar de capturarla. Dejé pasar a los kauanitas e hice sonar mi silbato.

Sonó una descarga cerrada, y los kauanitas retrocedieron bajo el impacto de las balas de grueso calibre disparadas desde tan corta distancia. Pero llevaban los trajes de combate y ninguno resultó herido. Rayos verdes y rojos surgieron de sus brazos, y varios de mis hombres cayeron. Los kauanitas seguían avanzando poco a poco, mientras se desplegaban. Era lo que yo esperaba. Levantando el arma, corrí a espaldas de los contendientes, hasta divisar a través de la escotilla el cuadro de mandos. Me eché al suelo y apunté. Antes me había sentido nervioso, pero cuando llegó el momento de disparar estaba tan firme como una roca. Apunté al interruptor que ponía bajo tensión los trajes de combate, perdiéndolo un instante de vista mientras apretaba despacio el gatillo. Sonó una detonación ensordecedora. Al instante, los rayos se apagaron y, con un grito de triunfo, mis hombres se pusieron en pie. Efectuaron una descarga cerrada y el terreno quedó cubierto de kauanitas muertos y heridos. Había logrado neutralizar todos los trajes de combate.

El piloto de la nave no perdía el tiempo. Mis hombres corrieron hacia la nave, pero el primero aún se hallaba a cuarenta metros cuando la hélice central se puso en marcha y la nave avanzó. Hiko estaba más cerca, y casi la alcanzaba, pero un fogonazo blanco y cegador brotó de un costado y lo obligó a retroceder. La nave ganaba impulso rápidamente.

Mis hombres la persiguieron, pero yo conocía mejor que ellos el manejo del rifle. Pasé un proyectil a la recámara y apunté con mucho cuidado. Al dar en el blanco, la hélice central perdió velocidad y yo recargué rápidamente mi arma. El segundo disparo no acertó, pero el tercero sí, y la hélice dejó de funcionar. Un cuarto disparo, el último del cargador, la hizo detenerse por completo. La nave, con sólo las dos hélices laterales, perdía altura.

—¡A por ella! —grité, y mis hombres corrieron valientemente hacia la nave averiada.

No quise disparar contra una hélice lateral, temiendo que la nave se estrellase y fuese imposible repararla. El aparato aterrizó y se detuvo. Mis hombres avanzaron con un grito de júbilo. Casi habían llegado a la nave, cuando surgió del costado otro destello cegador y cayeron al suelo dos ulmitas.

Era evidente que los kauanitas poseían otros medios de ataque además de los trajes de combate, pero sólo parecían eficaces a corta distancia. Ordené a mis hombres que retrocedieran, y una descarga acribilló el aparato. Antes de acercarnos, disparamos por segunda y tercera vez contra la cabina, para más seguridad. Entonces no se produjo ningún fogonazo. Cuando abrimos las escotillas, hallamos el interior de la cabina hecho un desastre.

Mis soldados retiraron los cadáveres mientras yo revisaba la nave. Salvo mi primer disparo, los demás no habían alcanzado el cuadro de mandos, pero la hélice central estaba inservible. Una rápida inspección me indicó que el mando de los trajes de combate también había sido destruido, pero como mis hombres no sabían utilizar aquellas armas terribles, poco importaba. Todas las naves kauanitas llevaban un juego de hélices de repuesto. Las busqué y ordené que algunos de mis hombres desmontaran la estropeada. Los ulmitas eran tan poco hábiles con las herramientas, que por último tuve que hacer solo casi todo el trabajo. Como resultado, era casi de noche cuando probé la nueva hélice. Todos subieron a bordo y ocupé el puesto del piloto. Un aparato capaz para cien hombres exigía más de un navegante, lo cual me causaba dificultades. Maldije el error de Olua al regresar de Kau en mi máquina. ¡Lo que habría dado por tenerlo allí en aquel momento! No obstante, tenía que apañármelas, conque emprendí el vuelo y puse proa a Kaulani.

Durante media hora navegamos hacia el este sin incidentes. Un grito del hombre que había puesto a vigilar nos avisó del peligro y Moka corrió a su lado para mirar por el telescopio. Tres naves de guerra kauanitas se acercaban a gran velocidad. Como no me atrevía a dejar los mandos ni un solo instante, impartí rápidas instrucciones para la lucha que se avecinaba y seguí pilotando.

La capitana del enemigo se colocó a cincuenta metros y una hilera de señales luminosas apareció al filo de su ala. No las entendí. La nave maniobró en círculo y voló acompañándonos aproximadamente a noventa metros de distancia, sin dejar de hacer señales. Di la orden a Moka.

Una salva de disparos salió de nuestras escotillas, y tuve la satisfacción de ver que la nave kauanita volaba sin rumbo unos instantes para luego caer en picado. Las demás se acercaron rápidamente, flanqueándonos. Cuando pasó la primera, nos disparó un fogonazo de luz púrpura. Sentí como un duro golpe, pero afortunadamente habían errado la distancia. Nuestra nave dio tumbos por el aire, corrigió su vuelo y prosiguió. Los disparos de nuestros tiradores eran mortíferos, y la segunda nave fue derribada lo mismo que la primera.

La tercera nave había aprendido a respetarnos. Pasó a nuestra altura, pero volando mucho más lejos. De súbito despidió una minúscula ráfaga de luz intensa que brilló sólo un instante. Todos los conmutadores de nuestro cuadro de mandos saltaron a sus posiciones de desconexión. Empezábamos a caer; abandoné los mandos de navegación y corrí al cuadro, accionando los interruptores con ambas manos; luego regresé a mi puesto y quise enderezar la nave. Apenas lo había logrado, la mancha de luz volvió a brillar y tuve que repetir la operación.

—¡Dispara, Moka! —grité—. ¡No te preocupes por la distancia!

A esta orden, se desencadenó fuego a discreción, pero la ráfaga apareció de nuevo

cuando aún no había regresado yo a mi asiento de piloto. La nave cayó como una piedra. Los kauanitas, por lo visto, se consideraron satisfechos, pues nos mostraron su popa y se alejaron entre una oscuridad cada vez más densa. Restablecí los contactos, y con las tres hélices girando a máxima velocidad, hice un intento desesperado por enderezar la nave. Cada vez estábamos más cerca del suelo, mientras yo aplicaba toda mi fuerza a las palancas de mandos. Cuando ya parecía que íbamos a estrellarnos, noté que la nave respondía y poco a poco empezaba a ganar altura. Seguíamos manteniendo fuego de protección contra los kauanitas que huían, y cuando comenzábamos a subir, un grito de alegría de Moka, que vigilaba por el telescopio, me anunció que la nave kauanita tenía problemas. Nos acercamos a máxima velocidad y poco después vimos que volaba lentamente y con manifiesta dificultad. Bastaron unos disparos bien dirigidos para dar fin a la lucha. Abandonando los despojos, proseguimos nuestro viaje a Kaulani. Una vez más, agradecí la ignorancia de Kau en materia de telecomunicaciones.

La noche caía rápidamente, pero me orienté por la brújula, y antes de una hora aparecieron ante nosotros las luces de Kaulani. Con todas las luces encendidas, me dirigí audazmente a la central eléctrica y aterricé en la azotea. Un escuadrón de guardias salió a recibirnos. Abrimos la escotilla y salimos. Diez de mis hombres se habían puesto los inservibles trajes de combate de los kauanitas muertos. Yo iba entre ellos, y los demás ulmitas nos seguían, como si fueran prisioneros.

—¿Qué significa esto, Homena? —preguntó el oficial de guardia.

Fueron sus últimas palabras, pues Moka lo estranguló sin que pudiera decir nada más. Amenazados por los brazos de los trajes de combate, los guardias kauanitas fueron reducidos y trasladados a la nave, donde los ataron y amordazaron. Los diez hombres vestidos con trajes de combate formaron a mi alrededor y me condujeron como fingido prisionero por la escalera que daba al laboratorio. Nos detuvimos antes de entrar y oímos el zumbido de un transmisor de radio. Era Waimua que estaba trabajando.

Hice una seña a mis hombres para que se apartaran, y abrí despacio la puerta. Waimua estaba solo en el laboratorio; cuando entré alzó la mirada y sonrió.

—¡Ah!, llegas a tiempo, Courtney —dijo—. He oído algunas señales en mi receptor...

Su conferencia quedó interrumpida cuando le apunté con la pistola.

—Quiero respetar tu vida, Waimua —expliqué—, porque fuiste bueno conmigo. Para que pueda hacerlo, debes rendirte. Hemos tomado la central eléctrica y mis hombres están afuera. Si haces el menor ruido, te mato aquí mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, confuso.

—Exactamente lo que he dicho. Hemos regresado de las montañas de Kau para rescatar a nuestra Sibimi, y no toleraremos ninguna oposición. Levanta las manos en

señal de rendición, o disparo.

Levantó de mala gana las manos, tal como le había ordenado. Me volví para llamar a mis hombres, y entonces él saltó. No contra mí, sino hacia un botón que había en su mesa de trabajo. Yo apreciaba a Waimua, pero era su vida o la mía y, con la mía, la de Awlo. Mi pistola lanzó su mensaje de muerte y el desgraciado investigador cayó al suelo. Mis hombres entraron al oír el disparo. Nos apiñamos junto a la puerta y aguardamos, con el alma en un hilo. No pasó nada. Por lo visto, los kauanitas estaban muy acostumbrados a oír ruidos extraños procedentes del laboratorio, y al ser un tiro cosa desconocida para ellos, no se alarmaron.

Seguro de que no vendrían a molestarnos, descolgué un traje de combate de seis brazos y me lo puse. Tomé una distancia de treinta y cinco centímetros desde el borde de la enorme pantalla protectora que cubría toda una pared del laboratorio, y otra de veintiocho centímetros desde el margen izquierdo. Tracé una cruz y retrocedí. Apunté con mi rayo rojo a la intersección de las dos líneas que había dibujado, y lo hice funcionar con intensidad máxima durante ocho segundos. Luego apliqué el rayo naranja durante doce segundos. Cuando lo apagué, una parte de la pantalla se abatió lentamente hacia delante y allí, en un hueco, se hallaba el traje de combate inventado por Olua. Lo saqué y lo revisé.

A pesar de sus treinta brazos, el traje pesaba menos de nueve kilos. Me quité el de seis brazos que llevaba y me endosé la nueva prenda. Me iba como anillo al dedo y no era mucho más incómodo que las ropas corrientes.

Olua me había explicado su funcionamiento y, además, hallé instrucciones detalladas en el mismo escondite. Retrocedí y pasé varios minutos practicando el uso de los diversos mandos, mientras disparaba sobre la pantalla de protección. No disponía de tiempo para probarlos todos ni para ensayar qué control hacía funcionar qué arma, pero localicé el mando maestro, que activaba todos los rayos protectores a la vez. Convencido de que había aprendido bastante, saqué a mis hombres del laboratorio.

Por algún motivo desconocido pudimos cruzar el edificio y salir a los jardines sin que ocurriese nada, aunque un grupo de once hombres con trajes de combate en el jardín del palacio del Sibama forzosamente debía llamar la atención. Avanzamos en silencio hacia el palacio real hasta llegar junto al ala sur, donde sabíamos que estaba encerrada Awlo. Moka me indicó la ventana de su habitación. Le cedí mi rifle y empecé a trepar por la enredadera que cubría la pared. La ascensión fue difícil y tuve ganas de regresar al suelo para quitarme el engorroso traje de combate, pero el sentido común prevaleció y seguí trepando dificultosamente. Por último llegué a una altura desde donde podía echar una mirada a la habitación. La hallé vacía; por tanto, introduje la punta de la daga en la cerradura, abrí la ventana y entré.

Me hallaba en un aposento lujosamente amueblado, pero un rápido recorrido de las habitaciones reveló que estaban tan vacías como la proverbial tumba. Me sentí abatido, temiendo que Awlo ya hubiera sido arrastrada hasta la cámara de Kapioma. Tanteé las puertas y una de ellas se abrió. Salí a un pasillo desierto y avancé sigilosamente. Casi había llegado a otro corredor, cuando un leve roce a mis espaldas me obligó a volverme. Una puerta secreta de la pared que acababa de dejar atrás se abrió poco a poco, y aguardé a ver quién era. Apareció un Alii kauanita, quien se volvió hacia mí. Cuando me vio abrió la boca para gritar, pero mi rayo verde brilló un segundo y quedó petrificado. Puesto que no me había hecho daño, neutralicé con el rayo naranja la parálisis de su cerebro. Pero dejé inutilizada su lengua, y antes de irme le apliqué en las piernas una buena dosis de rayo paralizante. Lo dejé indefenso y exploré el nuevo camino.

Me hallaba en un pasadizo secreto, débilmente iluminado, que se prolongaba algunos metros hasta desembocar en una escalera. Dudé un instante sobre el camino a seguir y luego retrocedí hasta la puerta falsa. Estaba cerrada y no pude hallar el resorte o la palanca que la hacía funcionar. Me habría sido fácil abrirme paso con el rayo térmico, pero no quise correr el riesgo de producir un incendio en palacio. Pensé devolverle el habla al Alii que yacía inmóvil ante mí, pero, conociendo a los kauanitas como los conocía, estaba seguro de que su primera reacción sería dar la alarma. A pesar de su frialdad y astucia, eran tremendamente leales a su Sibama.

Sólo me quedaba una alternativa. Con una plegaria silenciosa regresé a la escalera y empecé a bajar. Tras un gran número de escalones, me detuve en un rellano desde donde se oía un murmullo de voces. Toqué la pared que tenía ante mí, y descubrí que no era pared sino un tapiz. Con mucho cuidado le hice un agujero con mi daga y espí.

Se veía la sala del trono desde un lugar situado detrás y a un lado de los dos tronos centrales. El salón estaba desierto, a excepción de un grupito reunido delante del trono. No me molesté en contarlos, pues mis ojos se habían fijado en una de las figuras y mi corazón dio un vuelco que casi me rompe las costillas. La figura central era mi adorada princesa, Awlo de Ulm. Oí una voz que hablaba desde el trono, cuyo ocupante permanecía oculto por el respaldo, si bien reconocí a Kapioma.

—El trono de la Sibimi de Kau está vacío —dijo con una voz que parecía repetir por centésima vez un razonamiento— y te ofrezco el honor de ocuparlo. Podría poseerte sin esa ceremonia, pero no me conviene. Eres de sangre real y tus hijos serán dignos del trono de Kau, que algún día ocuparán. ¿Tendrás a bien deponer tu actitud beligerante y revestir las galas de la paz, para que pueda casarme honestamente contigo?

Awlo irguió su orgullosa cabeza.

—¡Jamás! —gritó—. Courtney Sibama, mi señor, vive y me rescatará. No podría

ser tu Sibimi aunque lo deseara, y no lo desearía aunque pudiera.

—Te aseguro que Courtney ha muerto —protestó Kapioma.

—No lo creeré hasta que vea su cadáver, y en ese momento mi vida habrá concluido también —repuso con arrogancia—. Cuidado con lo que hagas, Kapioma Sibama; el brazo de mi señor es largo y sabrá cómo vengar cualquier ofensa que yo padezca.

—¡Basta! —gritó Kapioma, enojado—. ¿Acaso es ofensa proponerte un honroso matrimonio y el rango de Sibimi del imperio más grande del mundo? Si no te casas conmigo por tu voluntad, lo harás por la fuerza. El matrimonio es necesario para que tus hijos puedan tener legalmente acceso al trono de Kau. ¿Dónde está el mayordomo de palacio.

Un funcionario vistosamente vestido se adelantó.

—Tú nos casarás, Wiki —dijo Kapioma—. Puesto que la he ganado por conquista, me casaré vestido con todas mis armas.

Al bajar del estrado pude verle. De no ser por la voz, no lo habría reconocido, pues llevaba un traje de combate equipado con cuarenta brazos. Debía pesar bastante, pues se movía despacio, como si le costara esfuerzo. Mientras avanzaba, el mayordomo también se acercó a Awlo, pero luego retrocedió como si hubiera visto una serpiente venenosa. En la mano de ella brillaba un puñal enjudo.

—¡Un paso más, y hundiré este puñal en mi corazón! —gritó.

El mayordomo se detuvo, pero Awlo no podía luchar contra las armas de Kau. Al instante, el traje de Kapioma emitió un fogonazo verde y el puñal cayó de su brazo paralizado. Se volvió para salir corriendo, pero otro fogonazo, esta vez de un verde más claro, llenó el salón durante un segundo y Awlo quedó detenida. La risa gutural de Kapioma resonó mientras caminaba hacia donde ella permanecía inmóvil. Le tomó la mano, la besó y luego la colocó un instante sobre su cabeza. Kapioma alargó su mano, que el mayordomo de Palacio tomó para alzarla hacia los labios de Awlo. Se oyó el estampido de un disparo, y el funcionario se tambaleó, cayendo luego de bruces. Como no estaba muy familiarizado con el traje de combate de Olua, decidí emplear el arma que más conocía. Ya he dicho que soy buen tirador, sobre todo a poca distancia.

Con un movimiento de la daga rasgué el tapiz y me dejé ver. Había pasado el momento de usar armas corrientes, por lo que dejé caer la pistola y la daga y me llevé ambas manos a los pulsadores de mi traje de combate. Apunté las armas mortalmente ofensivas hacia Kapioma y me dispuse a lanzarle mi selección mortífera de rayos. Los guardias, armados con lanzas, entraban por todas partes.

—¡Un paso más y vuestro Sibama morirá! —grité.

El Sibama me contempló con una expresión de asombro en sus ojos.

—¡Courtney Sibama! —exclamó.

Asentí con la cabeza, sin descuidar la vigilancia. Sus manos buscaron lentamente los mandos de su pesado traje de combate.

—¡No lo hagas! —le aconsejé sin vacilar—. Si intentas emplear un arma, serás hombre muerto.

Dejó caer la mano y me observó fijamente. Era una situación insostenible. Kapioma no se atrevía a moverse, y yo no podía rescatar a la inmovilizada Awlo para llevármela. Se me ocurrió lanzar uno de mis rayos sobre Kapioma, pero no sabía cuáles serían instantáneamente detenidos por su traje. Además, si estallaba la pelea, Awlo podía resultar alcanzada durante el intercambio de rayos, que llenarían el salón del trono. Estuvimos observándonos como un minuto, y luego Kapioma habló:

—Courtney Sibama, uno de nosotros no saldrá vivo de aquí. Llevas un traje de combate de un tipo que yo no conozco. Yo tengo el traje más poderoso que existe en Kau. Ignoramos cuál de los dos ganará. Si luchamos, nadie puede pronosticar qué ocurrirá en este salón.

Se interrumpió y yo asentí con la cabeza a sus palabras, sin perderle de vista.

—Ambos deseamos lo mismo: la vida, y la persona de Awlo de Ulm —prosiguió—. Y uno de los dos ganará. Que sea ganada en justa lucha, y que ella pertenezca al vencedor.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—Que traigan una cúpula de lucha y la hagan descender sobre nosotros. Cuando se dé la señal, demostraremos cuál de los trajes de combate es más poderoso. La princesa pertenecerá a quien sobreviva.

—Si yo ganara, ¿cuento con la garantía de que Awlo y yo podremos salir de Kau con nuestros súbditos sin que nadie trate de impedirnoslo? —pregunté.

—Te aseguro que yo no podría oponerme. Pero no respondo de nada más. La palabra de un Sibama muerto no compromete a su sucesor. No obstante, si ganas, podrás abrirte paso con los trajes de combate que halles.

Lo pensé un instante. Si luchaba y perdía, mi princesa estaba perdida. Si vencía, sólo ganaba una oportunidad de combatir para sacarla en mis brazos. En cambio, si rechazaba el desafío ella probablemente sería víctima de la batalla que se produciría en el salón. Tomé rápidamente una decisión.

—Que traigan tu cúpula de lucha —grité.

Los guardias se apresuraron. Con las manos aún en los botones de mando del traje, bajé del estrado y me acerqué a Kapioma. Trajeron la cúpula y la colocaron sobre nosotros.

—Aparta las manos de los controles, Courtney Sibama, para que podamos comenzar en igualdad de condiciones —dijo Kapioma.

Dejé colgar las manos a los lados del cuerpo. El Sibama se volvió hacia el grupo de espectadores.

—Noma —llamó a un Alii de los presentes—, coge la lanza de un guardia y déjala caer. La pelea comenzará cuando la lanza toque el suelo.

El Alii cogió una lanza y la alzó. Se hallaba colocado de tal modo que ambos podíamos verlo bien. Mantuvo un segundo la lanza sobre su cabeza y luego la dejó caer.

La fracción de segundo que transcurrió hasta que la lanza tocó el suelo me pareció durar días y semanas. Parecía caer con lentitud infinitesimal. Logré lanzar una ojeada a mi alrededor, y la escena quedó grabada en mi cerebro. Kapioma estaba cerca de mí, con una sonrisa de confianza en el rostro amarillo, y sus ojos negros y oblicuos brillaban con afán de lucha. Los Alii y los guardias de Kau nos rodeaban, con sus rostros amarillos encendidos de excitación. El cuerpo de mi amada princesa se erguía como una flor blanca, rígida e inmóvil por efecto de los rayos que le había lanzado Kapioma. Observé que la lanza estaba a punto de tocar el suelo. Otra mirada a Kapioma me indicó que no se había movido, sino que permanecía con los músculos tensos, esperando la señal. Al menos, era un luchador noble.

La lanza chocó contra el suelo y mis manos volaron hacia los botones de control del traje. Accioné el botón de mando de las armas defensivas en el momento preciso, pues seis brazos del traje de Kapioma vomitaban rayos rojos y verdes. Fueron inofensivamente absorbidos por el resplandor que me cubría. Retrocedió un paso y accionó con las manos. El ataque de las armas más sencillas había fracasado, y se disponía a emplear armas exclusivamente inventadas para su traje.

Recordé lo que me había dicho Olua, y desconecté la emisión del rayo protector general. Accioné apresuradamente los botones cinco, dieciséis y diecisiete. Un sorprendente caleidoscopio de colores me rodeó y oí una explosión procedente del traje de Kapioma. Su rayo paralizador y el térmico, que eran del tipo corriente, habían quedado inutilizados.

Su mano encontró los botones que deseaba y me vi de nuevo en peligro. Disparó una nube de gas púrpura que avanzaba rápidamente hacia mí. Sabía qué defensa utilizar contra ello, y accioné el botón once. La nube de gas fue rápidamente absorbida por un brazo de mi traje. Apreté el doce y una nube de vapor amarillo rodó hacia él. Mientras sus manos buscaban las armas defensivas, accioné el nueve y el gas se convirtió en un fogonazo cegador que le dio de lleno en el pecho, obligándolo a retroceder por la violencia del golpe. Aproveché esta ventaja disparando el rayo violeta, pero él ya se había repuesto de la momentánea sorpresa y lanzó una espiral de llamas rojas que giró delante de él e inutilizó el rayo púrpura.

De otro brazo salían fogonazos alternativos de color rojo y blanco. Accioné un arma defensiva, pero no sirvió de nada. El rayo mortífero se abrió camino a través de mis pantallas protectoras. Me sentí como si tuviera las venas llenas de fuego líquido. Apreté frenéticamente botón tras botón. Nubes de gases mortíferos y vividos rayos de

distintas especies surgieron de los brazos de mi traje, pero Kapioma detuvo cada ataque con un arma adecuada y dio al traste con mis esfuerzos. Y aquel mortífero rojo y blanco seguía perforando mi pantalla. Faltaban pocos segundos para el desenlace.

Desesperado, empleé la última arma. Olua me había advertido que no la empleara salvo como último recurso. Con un sollozo, apreté el botón número treinta. Al hacerlo, un fogonazo cegador surgió de un brazo de mi traje, golpeó a Kapioma y se enroscó a su alrededor. Luchó paso a paso con el extraño poder, pero se vio inexorablemente arrastrado hacia mí. El rayo rojo y el blanco aún resplandecían, y yo sentía mi cuerpo seco y abrasado, pero no podía pensar en ello. Un instante más y él quedaría a mi alcance.

A pesar de sus forcejeos, se acercó hasta que pude alcanzarlo con las manos. Comprendí por qué Olua me había prevenido contra el uso de este arma; mis fuerzas se disipaban rápidamente. Hacía pagar un precio tremendo al que la usaba. Kapioma quiso acudir a otros botones, pero no pudo hacerlo. El brazo treinta de Olua era nada menos que un acumulador eléctrico de la voluntad de su dueño; mientras Kapioma fuese su presa, yo era dueño de su voluntad. Cuando comprendí la naturaleza de la fuerza extraña que estaba utilizando, pensé en lo que deseaba que él hiciera. Su mano buscó los mandos con desesperada resistencia. Apretó uno y el mortífero rayo rojo y blanco que consumía mi propio cerebro se extinguió. De momento estaba a salvo.

Puse toda la fuerza de mi voluntad en la lucha, y aquélla fue centuplicada por el instrumento debido al genio de Olua. Kapioma accionó un botón tras otro hasta que ningún rayo ni gas letal salió de su traje. Casi con un último esfuerzo, apreté un botón y lo bañé con el rayo verde paralizante normal, del que iban dotados hasta los trajes de combate más elementales. Se tambaleó un momento y luego cayó al suelo. Desconecté la terrible arma que me había servido para reducirlo, y me tambaleé, extenuado.

Creí que iba a caer, pero no fue así. Mis ojos vieron a Awlo, y esto me hizo reaccionar como si me hubieran arrojado a la cara un cubo de agua fría. Me rehice y me volví hacia los espectadores.

—¡Quitad la cúpula de lucha! —grité—. ¡Abrid paso a Courtney, Sibama de Ulm!

Obedecieron en seguida. Mientras me acercaba a Awlo, hubo un tumulto en la puerta. Levanté la mirada. Mis ojos jamás habían visto nada más agradable. En la puerta se hallaba Moka, y le seguían, en formación, seis ulmitas armados de rifles. Otros cuatro llevaban trajes de seis brazos.

—¡Paso! —grité con energía—. ¡Abrid paso a los hombres de Ulm! ¡Paso antes de que me abra camino sobre vuestros cuerpos vivos!

A estas palabras hubo una fuga precipitada, y el espacio entre Moka y yo se despejó. Ya se acercaban mis leales ulmitas. A una orden mía, dos de ellos cedieron sus rifles a los compañeros y tomaron con precaución el cuerpo de mi amada

princesa. Pasamos junto a las hileras de ceñudos kauanitas hasta la puerta del palacio, que se abrió ante nosotros. Los guardias avanzaron con largos tubos negros en la mano para cerramos el paso. Apenas dudé un instante. Los pobres no llevaban trajes de combate y era casi un asesinato, pero no era cuestión de vacilar. Apreté el botón catorce y se disparó ante mí un fogonazo de llama violeta. Los guardias cayeron como bolos y sus tubos negros estallaron entre brillantes relámpagos de luz. Cuando salimos, el silbido de una bala de rifle nos indicó que la partida de Hama había dejado la azotea y combatía en la central eléctrica. Corrimos por el jardín hacia el edificio, sin deshacer la formación.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia cuando el enemigo salió a nuestro encuentro. Oí un grito a mi espalda y me volví. De un grupo de árboles salían varios individuos con trajes de combate. Estábamos un poco más cerca de la central eléctrica que ellos, pero teníamos que acarrear los rifles y llevábamos a Awlo con nosotros. El encuentro iba a producirse en la puerta. Tomé una rápida decisión. Ordené a Moka que continuase rápidamente hacia la puerta, di media vuelta y me apresuré a contenerlos.

Mientras me acercaba, los recién llegados se detuvieron e hicieron funcionar sus trajes. Ninguno de ellos tenía más de diez brazos, por lo que me rodeé de un escudo protector y arremetí contra ellos. Intentaron correr, pero era demasiado tarde. El catorce volvió a entrar en juego y cayeron. Miré por encima del hombro y vi que el grupo de Moka había llegado a la puerta.

Me uní a ellos corriendo y Hama cerró la puerta. Estaba seguro de que el edificio tendría algún tipo de rayos defensivos, pero no podía perder el tiempo buscándolos. Hama me comunicó que no había kauanitas en la central eléctrica, salvo un cuarto donde se había hecho fuerte un pequeño grupo. Pronto saldrían equipados con trajes, y en seguida otros defensores del palacio emplearían armas más potentes contra nosotros. Con Hama y Moka corrí hacia la sala central de máquinas. Llegué en el momento justo.

Tenía la mano sobre el interruptor que controlaba la electricidad de los trajes de combate, cuando se abrió la puerta y entraron doce figuras provistas de trajes de muchos brazos. Dejé que se acercaran y, en el instante en que bajaban las manos hacia los botones de control, desconecté. Todos los trajes de combate y todas las armas de guerra del imperio de Kau quedaron inutilizadas. En seguida desconecté las otras cuatro palancas de mando, y todas las instalaciones eléctricas del imperio quedaron paralizadas. Nuestro enemigo había agotado sus recursos y el combate, si así puede llamarse, iba a reñirse cuerpo a cuerpo, como las antiguas batallas con los menas. La única electricidad que quedaba en el imperio provenía de un minúsculo generador de emergencia que alimentaba las luces de la central eléctrica. Como descubrimos al día siguiente, la desconexión de la energía se había cumplido en el

momento justo. Dos enormes naves de guerra kauanitas se estrellaron a menos de cien metros del edificio. Si yo hubiera actuado un poco más tarde, habrían aterrizado en la azotea y habríamos quedado copados.

Dejé a Awlo en el laboratorio y me apresuré a preparar nuestra defensa. Aunque muy disminuidos por la pérdida de la electricidad, los kauanitas no estaban del todo indefensos. Eran muchísimos, y aún tenían bastantes tubos negros como los que había visto en manos de los guardias de palacio. Para funcionar, estos tubos no dependían de la central pero, una vez disparados, no podían recargarse si los generadores no funcionaban. Lanzaban una carga de electricidad estática, y eran mortales a pequeña distancia.

Armados con los tubos y las lanzas, los kauanitas atacaron decididamente nuestro refugio. Pero estaban condenados al fracaso desde el principio. Los disparos de los tubos no eran peligrosos a más de cincuenta metros. Hicimos estragos entre los atacantes con nuestros mortales disparos de rifle. Al cabo de pocos minutos el combate amainó y pude regresar al laboratorio.

Awlo yacía sobre una mesa, fría y rígida. La respiración faltaba por completo y no logré detectar el menor latido del pulso. Si no hubiera visto lo ocurrido, la habría declarado muerta. No ignoraba que Kapioma jamás habría luchado por la posesión de un cadáver. Debía existir algún método para reanimarla y yo iba a encontrarlo. Le ordené a Moka que conectase el generador correspondiente al traje de lucha que yo usaba. Lo hizo, y bañé a Awlo con el rayo naranja antiparálisis. No produjo ningún efecto. Durante una hora ensayé sin éxito varios rayos y combinaciones. No me atrevía a emplear todos los recursos del traje de Olua, pues no conocía bien sus propiedades y fácilmente podía hacer más daño.

Mientras observaba su cuerpo postrado, me alarmó un estrépito en la puerta principal de la central. Bajé a ver qué pasaba, pero un mensajero enviado por Hama salió a mi encuentro.

—¡Un kauanita...! —jadeó el hombre—. ¡Un kauanita armado con un traje de combate ha forzado la puerta y ha matado a doce de nuestros hombres!

Comprendí que al conectar el motor que hacía funcionar mi traje de lucha, también había suministrado electricidad al de Kapioma, que funcionaba con la misma longitud de onda. Corrí a la sala y lo desconecté. Los disparos de rifle procedentes de abajo me indicaron que mis hombres estaban ocupados. Corrí escaleras abajo para tomar el mando, pero ya no me necesitaban. Al paralizar el traje de combate, nuestros rifles entraron en acción y liquidaron rápidamente a los kauanitas que habían seguido al audaz invasor.

Una hora después, la puerta quedó separada y nosotros en posición de desafiar a los ejércitos de Kau. Supe con pesar que los kauanitas derrotados se habían llevado el cadáver de aquél y con él, naturalmente, el traje de combate. Si éste hubiera caído en

nuestro poder, dos de mis hombres habrían bastado para salir de Kaulani sin hallar oposición. Ahora no podía conectar ninguno de los generadores, pues ello armaría a nuestros enemigos. Ignoraba cómo salvar a Awlo, así que la falta de electricidad no me importaba demasiado.

En realidad, nuestra situación era desesperada en muchos sentidos. Ciertamente que estábamos relativamente a salvo en la central eléctrica, pero no podíamos salir. Teníamos a nuestro servicio una nave para cien hombres pero, si conectábamos la electricidad para propulsarla, también movilizaríamos todas las naves de guerra de Kau. Teníamos muchísimos trajes de combate poderosos, pero en manos de algunos Alii de Kau había otros más poderosos, y poner en funcionamiento nuestros trajes significaba hacerlo con los de ellos. Bien mirado, la toma de la central eléctrica me ponía en la situación clásica del hombre que ha atrapado a un oso por la cola; necesitaba mucha suerte para resistir, y aún más para salvarme.

Regresé al laboratorio y contemplé la figura inmóvil de Awlo. Pero no se me ocurrió nada y me tendí a descansar unos minutos, confiando en que el tiempo resolvería el problema. Al menos, estaba seguro de poder defender la central eléctrica indefinidamente. Al pensar esto subestimaba los recursos y el ingenio de los Alii de Kau. según descubrí a la mañana siguiente.

Durante toda la noche se oyeron ruidos de hombres trabajando y se vieron débiles luces que erraban por el jardín. De vez en cuando les disparábamos, pero como no sobraban municiones ordené a mis hombres que ahorrasen cartuchos. Cuando amaneció, vimos en el jardín, entre el palacio y la central eléctrica, una gigantesca máquina metálica. Mientras mirábamos, ésta avanzó poco a poco hacia la central eléctrica. Yo había olvidado que los Alii e incluso los soldados y plebeyos de Kau, conocían la electricidad bajo todas sus formas. Se les había ocurrido algo evidente. Puesto que la fuente normal de electricidad quedaba excluida, habían reunido o construido pilas. Aquel tanque, pues eso parecía, funcionaba con corriente continua. De la mole móvil de metal partían gruesos cables hacia el palacio.

Cogí un rifle y disparé contra un cable, ordenando a mis mejores tiradores que hicieran lo mismo. Sin embargo, la máquina siguió avanzando hasta pocos metros del edificio. Por un costado disparó una especie de rayo; la puerta de la central eléctrica volvió a astillarse y saltó de sus goznes. La máquina avanzó un poco más, y se detuvo. No volvió a disparar. Evidentemente, había quedado inutilizada. Algún disparo bien colocado había interrumpido su conexión con la fuente de energía. De momento estábamos salvados.

Como no parecía inminente un nuevo ataque, dejé a Moka la defensa y regresé al laboratorio. Se me había ocurrido que la corriente continua podía producir algún efecto sobre Awlo.

Un ruido familiar resonó en mis oídos cuando entré en el laboratorio. Me detuve y

miré a mi alrededor, pero no pude localizar su origen. Era un tecleo intermitente. Mientras escuchaba, empezó a formar letras y palabras en mi cerebro: «—.—. --...—. —.

... _... _ _—._», «COURTNEY, COURTNEY SIBAMA». Sólo una persona en aquel mundo podía llamarme por radio dándome ese título. Me precipité hacia el aparato de radio, que estaba olvidado sobre la mesa del laboratorio desde la muerte de Waimua. Cuando me calé los auriculares recibí el mensaje perfectamente. Me costó muy pocos segundos conectar el transmisor y disponerme a responder. Afortunadamente, tanto el emisor como el receptor recibían su alimentación del generador de emergencia que servía para iluminar la central eléctrica. Tecleé rápidamente.

—Olua —llamé—. Olua, ¿puedes oírme?

—Sí, Courtney Sibama —fue la respuesta.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En la misma cueva donde nos separamos. Las armas han desaparecido. ¿Viniste a llevártelas, o fueron los kauanitas?

—Las tengo aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En la central eléctrica de Kaulani. Ahora mismo te explicaré la situación.

—De acuerdo, pero transmite un poco más despacio.

Con la mayor concisión le describí lo ocurrido y la situación en que nos encontrábamos. Le hablé de la imposibilidad de salir, y de que no nos atrevíamos a poner en marcha la emisión de electricidad. Por último le conté que nos habían atacado con dispositivos que funcionaban a pilas.

—¿Cuánto tiempo puedes resistir? —preguntó.

Mientras recibía el mensaje, un estrépito procedente de abajo y una descarga de rifles me hizo saber que se habían reanudado las hostilidades; se lo comuniqué a Olua.

—Los aparatos a pilas no harán mucho daño —respondió—. Si puedes resistir unas horas, me reuniré contigo y te ayudaré.

—¿Cómo conseguirás llegar aquí, si no hay fuente de energía? —inquirí.

—Llegaré —afirmó—. Espérame dentro de tres horas, o quizá menos.

—Espera —agregué—. Quiero que me orientes.

Le describí sucintamente el estado en que se hallaba Awlo.

—¿Recibió un rayo verde claro con manchas amarillas? —preguntó.

—Sí.

—Utiliza durante dos segundos el botón veintiocho de mi traje. Adiós. Pronto me reuniré contigo.

Sin pensar en el riesgo que corría, me apresuré a entrar en la sala de máquinas y

accioné el interruptor que alimentaba el traje de combate de Olua. Regresé al laboratorio, me puse la prenda y apreté el botón veintiocho con manos temblorosas. Durante dos segundos no ocurrió nada, y luego Awlo se incorporó. Lancé un grito de alegría, solté el botón y me acerqué a ella. Ella gritó espantada y quiso echar a correr. Me detuve, sin saber qué pensar de semejante acogida, hasta que recordé que tenía puesto el traje de combate. Me había confundido con un kauanita.

—¡Awlo! —grité mientras me quitaba el casco—. ¡Soy Courtney, tu Courtney! ¿No me reconoces?

Me miró azorada y luego, con un sollozo de profunda gratitud, se arrojó en mis brazos. Mientras la abrazaba hubo una interrupción.

Moka entró en la sala, espantado.

—¡Sibama! —gritó—. Ven pronto, o estamos perdidos. Los kauanitas van a romper nuestra defensa.

Estaba tan excitado, que no se fijó en Awlo. Cuando me separé de ella. Moka abrió la boca y cayó de rodillas.

—¡Sibimi! —exclamó, y la reverencia que había en su voz me hizo comprender una vez más el profundo afecto que aquellos hombres minúsculos sentían hacia sus soberanos. No le dejé pronunciar su discurso.

—¡En marcha, Moka! —grité mientras volvía a colocarme el casco—. Hemos de ayudar a nuestros hombres.

Fui el primero en llegar a la puerta. Varios kauanitas, provistos de trajes de combate conectados a largos cables que se prolongaban hasta el palacio, habían cruzado el jardín y se abrían paso a través de la puerta destruida. Las balas eran inservibles y mis hombres caían a docenas bajo los tremendos rayos de los trajes. Sin embargo, aquellos débiles trajes de combate no podían oponerse al que yo llevaba, y tres minutos después de mi llegada no quedaba un kauanita con vida en la central eléctrica. Mi rayo violeta dio buena cuenta de ellos. Cuando el último cayó, un individuo que llevaba el traje de cuarenta brazos de Kapioma salió del palacio y avanzó poco a poco por el jardín. Antes de que llegase demasiado cerca e hiciera daño, corté la corriente eléctrica, y cayó de un disparo bien colocado por el rifle de Hama. El peligro había pasado, contemplé a mis hombres. Los trajes improvisados no tenían potencia suficiente para matar, o no iban dotados de rayo mortal. Mis seguidores estaban meramente aturcidos; algunos minutos de cuidados les permitieron recobrar fácilmente el conocimiento, dejándolos como nuevos.

Cedí el mando a Moka y regresé apresuradamente al laboratorio. Al entrar, Awlo volvió a echarse en mis brazos. La abracé fervientemente y luego accioné el pulsador del aparato de radio. No recibí señal de respuesta. Por último desistí y me dediqué a Awlo. Muy pronto supe toda su historia.

Mi máquina debió moverse un poco cuando Lamu la raptó y huyó con ella, pues

aterrizaron en Kau, cerca de Kaulani. Lamu quiso obligarla a obedecer y amenazó con matarla si no corroboraba la historia de mi traición. Cuando escuché esto, apreté los dientes y deseé haber matado a Lamu más lenta y dolorosamente.

Trataron de alcanzar Ulm, pero fueron descubiertos y hechos prisioneros, trasladándoseles a Halekala, una de las ciudades de Kau situada a varios centenares de kilómetros de la capital. Allí permanecieron prisioneros varios meses. Al fin se supo en Kaulani su presencia y Kapioma los reclamó. En seguida hizo prisionero a Lamu y lo encerró con los supervivientes de Ulm que, mientras tanto, habían sido capturados y trasladados a la ciudad. Al principio Awlo recibió todas las consideraciones debidas a una invitada, pero, durante los últimos meses, el soberano se empeñó en que ella diera su consentimiento para ser su esposa. Su última tentativa fue la que yo interrumpí en la sala del trono.

Siempre se negó a darle esperanza alguna pues, como me aseguró, jamás creyó que yo estuviera muerto, sino que confió en que yo regresaría para rescatarla. Ignoraba mi presencia en Kaulani hasta que aparecí en la sala del trono.

Una hora después, los kauanitas atacaron en serio. Equipados con los improvisados trajes de corriente continua, se acercaron en gran número y repararon el cable roto de su máquina bélica. Bajé con mi traje de combate para derrotarlos, pero no me atreví a conectar la electricidad. Uno de ellos llevaba el traje de Kapioma, y todo intento de poner en marcha el mío activaría el suyo. Se cubría detrás de sus propios hombres, y quedaba fuera del alcance de nuestros rifles.

La enorme máquina parecida a un tanque avanzó lentamente. Hicimos descargas de rifle y pistola, pero no sirvió de nada. Como héroes que eran, los ulmitas leales se enfrentaron a ella y quisieron detenerla con sus cuerpos, cayendo bajo los rayos mortíferos que disparaba. Había perdido la mitad de mis efectivos, y el tanque se acercaba lenta pero inexorablemente a la puerta abierta. A intervalos, fogonazos cegadores de luz blanca destruían todo cuanto se interponía en su camino, hombres, troncos o piedras. Siguió avanzando pese a todos nuestros esfuerzos. Estaba a punto de ordenar que conectasen la electricidad y realizar un último intento desesperado para detener el tanque con el traje de Olua, aunque tuviera que vérmelas con otro equivalente, cuando un ruido extraño hizo que los combatientes se inmovilizaran unos momentos. En el súbito silencio, oí un sonido que jamás pensé escuchar allí: el de los motores de un aeroplano. Los kauanitas alzaron la vista y lanzaron gritos de sorpresa. Muchos corrieron hacia los hangares donde guardaban sus naves.

El ruido se hizo cada vez más intenso, y sobre los jardines de palacio apareció la conocida silueta de un trimotor Fokker. Lancé un grito de alegría cuando lo vi, y otro de júbilo cuando comprendí quién era el piloto. Adiviné qué se proponía Olua, y ordené a mis hombres que se cubrieran.

El Fokker hizo una pasada sobre los jardines y luego maniobró y volvió a pasar por segunda vez. Mientras volaba a pocos metros sobre nuestras cabezas, soltaron algo desde la cabina. Era un objeto largo y negro, que cayó directamente sobre la máquina kauanita. Hubo un estrépito ensordecedor y un hongo de humo. Los pedazos de la máquina volaron en todas direcciones. Los kauanitas que no habían caído huyeron lanzando gritos de terror.

El Fokker volvió a maniobrar y pasó por encima del palacio. Otro cilindro negro abrió un inmenso boquete en una esquina de la majestuosa residencia de Kapioma. Considerando suficiente, por lo visto, la destrucción producida, el piloto planeó con el motor en punto muerto. Subí corriendo a la azotea para reunirme con él. El Fokker descendió y efectuó un aterrizaje perfecto, aunque se habría caído de la azotea si algunos de mis hombres no hubieran estado allí para ayudar en la maniobra. Olua bajó y se arrodilló a mis pies, quitándose las gafas de aviador.

—Llegas a tiempo, Olua Alii —dije mientras lo ayudaba a ponerse en pie—. Temí que la máquina hubiera cambiado de lugar y te resultara imposible hallar el camino de regreso.

—No tuve ningún problema, Courtney Sibama —respondió—. En cierto modo, me he excedido de tus órdenes, pues estaba seguro de que aprobarías lo que hice. Fui al plano superior sin problemas, y no me costó aprender a pilotar tu nave, pero me fue muy difícil conseguir los explosivos que pediste. No lograba hacerme entender y, cuando me comprendieron, no quisieron darme lo que pedía, aunque les ofrecí el metal que me aconsejaste. Por suerte, en ese lugar que llaman Beatty encontré a alguien que te conocía, y esa persona los consiguió. He regresado tan pronto como me ha sido posible.

—Y muy a tiempo —repetí—. Eres más que bien venido. Mis recursos estaban agotándose pero, con tus conocimientos de la técnica militar kauanita, la batalla estará más igualada.

Olua quiso conocer detalles de la lucha, y se mostró sorprendido ante la resistencia tenaz que habíamos presentado. Como miembro del Tribunal de los Señores, solicitó una entrevista a solas con Moka y Hama, favor al que accedí rápidamente. Una hora después, los tres entraban en el laboratorio donde yo estaba conversando con Awlo, y solicitaron permiso para hablar.

—Hablad —dije, sorprendido por la gravedad de sus rostros.

Moka empezó.

—La ley de Ulm prescribe que, cuando un grave peligro amenaza a las personas del Sibama o la Sibimi, el Tribunal de los Señores puede imponerles el cumplimiento de ciertas medidas de seguridad. ¿No es así, mi señor?

—Así es —repliqué.

—Mi señor, ahora os amenaza un grave peligro a ti y a Awlo Sibimi. El Tribunal

de los Señores te ordena que tomes la nave voladora en la que llegó Olua Alii, y conduzcas a la Sibimi a un sitio seguro.

—No pienso hacer nada de eso —respondí, tajante.

—Debes hacerlo, Courtney Sibama —insistió Moka—. Todos hemos arriesgado nuestras vidas y Olua Alii ha regresado de un lugar seguro a otro peligroso con tal de salvar a nuestros soberanos. Si te opones, el sacrificio de quienes ya han muerto por ti podría ser inútil. Durante incontables generaciones, mis antepasados han servido a la familia real de Ulm, y es justo y digno que hasta el último miembro de mi familia muera para que la familia real de Ulm siga viviendo. Además, empiezan a escasear las municiones.

Aquella era una noticia grave. Hice preguntas y descubrí que teníamos menos de sesenta cartuchos de rifle por hombre, y que otro ataque frontal podía ser decisivo. Olua esgrimió otro argumento.

—No conoces el poder de Kau —afirmó—. Hasta ahora han intentado vencerte rápidamente, pero creo que de ahora en adelante tratarán de hacerlo por agotamiento. Sólo es cuestión de tiempo el construir otra central eléctrica o, al menos, un generador de potencia suficiente para alimentar sus trajes de combate. Cuando lo consigan, la batalla habrá terminado. Yo puedo fabricar trajes para nuestros hombres, pero de todos modos nos superan por el número. No, Courtney Sibama, Moka tiene razón. Tú y nuestra Sibimi debéis volar hacia la seguridad. Por esa razón he traído tu nave.

Animado por estas palabras. Moka volvió a la carga.

—Ame aún no ha caído en manos de los menas —dijo—. Allí encontrarías refugio tú y la Sibimi, y podréis reconstruir el imperio de Ulm. Aquí somos pocos y no valemos nada, pero las esperanzas de un pueblo poderoso dependen de ti. Hasta es posible que cuando los menas sean derrotados puedas organizar una partida de rescate que venga a por nosotros.

—¡Espera! —grité. Me había dado una idea. Había olvidado las posibilidades de mi máquina de vibración electrónica. Si lograba llegar hasta ella, podría aumentar mi Fokker hasta un tamaño suficiente para transportar la población completa de Ulm, Ame y Kaulani. Cuando comprendí las posibilidades del plan, lancé un grito de alegría.

—Nos vamos. Nos vamos, pero volveremos y todos seréis evacuados a Ame.

Explicué mi plan en pocas palabras y Moka, Hama y Olua se mostraron entusiasmados. Creo que ninguno de los tres creía que fuese posible, pero el hecho de que Awlo y yo estuviéramos a salvo importaba más a sus mentes leales. Pocos minutos después, subimos a la azotea y revisé el Fokker antes de despegar. Luego, Awlo y yo nos despedimos de nuestros súbditos. Conocían nuestro plan; aquellos valientes hombres presentaron las culatas de las armas para que yo las tocara y se

postraron a los pies de Awlo. Dimos a cada uno un cálido apretón de manos y luego, en presencia de los tres Alii, regresamos a la azotea para emprender el viaje. En el último minuto le propuse a Olua que me acompañara para ayudarme con la máquina, pero desechó mi propuesta arguyendo que sus conocimientos eran imprescindibles para rechazar el próximo ataque. Moka se dejó caer sobre una rodilla, con los azules ojos inundados por las lágrimas.

—Adiós, mi señor; adiós, mi señora —murmuró—. El mejor modo de acabar es morir valientemente por aquellos a quienes amamos.

—¡Nada de morir! —exclamé—. Regresaré dentro de cinco horas como máximo, y seréis evacuados a Ame, donde estaremos a salvo.

—Si así está escrito —replicó—; si no, recordad siempre, amigos míos, que Ulm fue leal hasta el fin.

Awlo sollozaba desconsoladamente y las lágrimas comenzaban a inundar también mis ojos. Con un gesto brusco, hice que mi princesa subiera al avión y me puse a los mandos. Olua hizo girar la hélice, y el aparato se elevó, volando a máxima velocidad rumbo oeste, hacia las montañas de Kau.

Dos horas después sobrevolábamos las montañas buscando mi máquina. Finalmente la vi, e inicié la maniobra de aterrizaje. Nos hallábamos a cien metros del suelo, cuando de pronto el sol se oscureció y una terrible ráfaga de viento sacudió el avión. Intenté enderezarlo, pero estábamos demasiado cerca del suelo y nos estrellamos a oscuras. Logré ponerme en pie a duras penas, descubriendo que la caída no había hecho más que zarandearnos.

Cuando salimos de entre los restos del aparato, el viento estuvo a punto de derribarnos, mientras oíamos un estruendo que hacía temblar la tierra. El sol seguía eclipsado, y cuando levanté la mirada vi algo extraordinario. Por el aire volaban rocas como montañas; algunas parecían de varios kilómetros de diámetro. Volaban hacia el este y comprendí que algunas caerían sobre Kaulani o cerca de ella.

—¡Los kahumas! ¡Los gigantes! —gritó Awlo.

—No son los kahumas —respondí—. No sé lo que ocurre, pero no es brujería.

Mientras hablaba, hubo otra ráfaga de viento y la oscuridad se hizo aún más densa. Las peñas seguían volando por el aire. Un pedrusco que debía pesar un millón de toneladas cayó a menos de tres kilómetros de nosotros.

—¡Rápido, Awlo! —jadeé—. ¡Ven conmigo!

La tomé de la mano y corrimos hacia la máquina. Nuestra única defensa contra las masas de roca consistía en aumentar de tamaño hasta que resultaran pequeñas comparadas con nuestra estatura. Entramos en la máquina y puse el mando de velocidad al máximo, conectando al mismo tiempo el paro automático que había incluido en el nuevo modelo, y que detendría nuestro crecimiento cuando yo alcanzase mi estatura normal de un metro ochenta. Mi mano se precipitó hacia la

palanca cuando otra masa rocosa voló por el aire y cayó al oeste de donde estábamos. Un fragmento golpeó la montaña más cercana y provocó un alud. Al alzar la mirada vi miles de toneladas de rocas cayendo sobre nosotros. Awlo lanzó un grito de desesperación y temor. Pero antes de que nos alcanzaran, mi mano se cerró sobre la palanca, y la bajé con todas mis fuerzas.

Salí de la máquina y me enfrenté, apretando los puños, con un viejo y canoso explorador que había caído al suelo, empujado por nuestro aparato cuando éste recobró casi instantáneamente su tamaño original.

—¿Quién le ha dado permiso para hacer excavaciones y matar a mis amigos? —pregunté, indignado. —Esto es propiedad privada.

—El mapa no lo dice —respondió poniéndose en pie—. Es, un solar sin dueño, y tengo derecho a explorar donde se me antoje. ¿De dónde demonios ha salido usted?

Sin molestarme en contestar, aparté rápidamente la máquina a un lado. Debajo de donde había estado se veía la tierra removida por aquel estúpido, y que el peso de mi aparato había apisonado. Ulm, Ame, Kau: todo había desaparecido; todo enterrado bajo lo que allí representaban kilómetros y kilómetros cúbicos de roca.

—¿De dónde ha salido? —repitió el explorador mientras se sacudía los pantalones—. ¡Hace un minuto no estaba aquí!

—Vengo de una tierra mejor que cualquiera de las que haya conocido usted en su vida —respondí, ceñudo—. Déjeme la pala un momento.

Tomé la herramienta, reduje la velocidad y accioné el mando reductor de la máquina, contemplándola con tristeza mientras se encogía y desaparecía de nuestra vista. Cuando se desvaneció, me volví hacia Awlo, sin hacer caso del anciano explorador, que lo había presenciado todo con la boca abierta y los ojos redondos como platos.

—Adiós, Awlo, Sibimi de Ulm —dije solemnemente—. Querida, has perdido para siempre tu título real, pero has ganado otro igualmente honroso, aunque menos exclusivo.

—¿Qué quieres decir, Courtney? —preguntó.

—Quiero decir que por designio de Dios y acción de este ignorante, Su instrumento, el Imperio de Ulm ha dejado de existir. Has dejado de ser Awlo, Sibimi de Ulm, y de ahora en adelante tendrás que contentarte con ser la señora de Courtney Edward, ciudadana de los Estados Unidos de América.

* * *

Cuando releí *Submicroscópico* y *Awlo de Ulm* me molestaron mucho los rasgos de racismo que contenía. Se me ocurrió que debía intentar corregirlos pero, ya sabéis,

eso no puedo hacerlo. Si empezase a meter mano a los textos, ¿dónde me detendría?

La cuestión es que los prejuicios raciales, desfavorables para todo aquel que no sea un blanco oriundo de la Europa noroccidental, estaban totalmente arraigados, y desde luego casi nadie reparaba en ellos en aquellas fechas, hace tan sólo cuarenta años (a excepción, seguramente, de quienes pertenecieran a los grupos discriminados por tales prejuicios).

Estoy seguro de que los lectores de aquella época no se fijaban en el detalle de que el valiente y caballeroso pueblo de Ulm fuese rubio y blanco, lo mismo que el héroe. (Ese héroe que es tan rico y atlético, es la clase de cazador que sería capaz de matar hormigas por deporte y que mata a un inofensivo ciervo tan pronto como lo ve, aunque no tiene hambre ni intención de comérselo.) Naturalmente, el único miembro del pueblo de Ulm que aparece como traidor es de piel cetrina.

Los principales malvados de *Submicroscópico* son los menas, de piel negra, brutales, desagradables y caníbales. En *Awlo de Ulm* los malvados están representados por los hombres de Kau, que son inteligentes y científicamente adelantados, pero de color amarillo y muy, muy crueles. Este arquetipo del negro salvaje (presentado prácticamente en todos los relatos de aventuras que hablan de otros confines del mundo, de *Robinson Crusoe* en adelante) y del cruel oriental (recordad *Fu Manchú* y *Ming the Merciless*) fue inculcado en las cabezas de los jóvenes hasta convertirse en una noción firme.

Por cierto, cuando mi amigo el narrador de 1928 me relataba sus cuentos, el grupo de personajes que inventaba incluía un negro y un oriental, asignando a cada uno una completa y ofensiva serie de características raciales estereotipadas. Ni él ni yo sabíamos que estábamos en un error.

Es positivo que nos hayamos corregido al cabo de cuarenta años, si bien esto, a mi parecer, obedece a que los excesos de Hitler hicieron del racismo algo insoportable para todo ser humano, y no tanto a nuestra propia virtud. Es indiscutible que aún nos queda mucho que mejorar.

Estos cuentos también tienen ingenuidades de tipo melodramático, habituales en los relatos de aventuras de la época. Hay amor a primera vista, y una princesa que toma como esposo a un aventurero desconocido y que amenaza: «¡Un paso más y hundiré este puñal en mi corazón!» (esa frase he tenido que leerla dos veces para convencerme de que estaba en el texto).

También aparecen ingenuidades científicas, como suponer que disminuyendo el movimiento atómico y subatómico se reduce el tamaño (en realidad, lo que se hace es enfriar el objeto), o que la masa aumenta y disminuye automáticamente con el tamaño, o que los seres vivientes del mundo submicroscópico serían de la misma especie que nosotros y hablarían cierto dialecto del hawaiano (que el héroe, por feliz coincidencia, comprende).

Pero no importa. La acción discurre rápida y violenta; el héroe es perfectamente heroico, la heroína perfectamente hermosa, y los distintos malvados perfectamente despreciables. Todo respira una atmósfera de caballeridad medieval, y en aquella época yo no pedía más.

Submicroscópico y *Awlo de Ulm* no influyeron directamente en mi producción literaria. No va conmigo el tipo de narración donde la virtud triunfa sencillamente porque tiene músculos más fuertes, puños más rápidos y mejores armas.

Sin embargo, dos aspectos perduraron. Uno fue la seductora visión de un mundo encerrado en una mota de polvo (tema tratado con muy superior fuerza en *El hombre que disminuyó*, incluido en el tomo II de esta antología). La idea es antigua, pero pareció recibir confirmación científica en 1910, cuando se intentó representar el átomo como un sistema solar ultramicroscópico.

La ciencia abandonó pronto esta representación por ser demasiado simplista, pero los escritores de ciencia-ficción se aferraron a la idea. Yo no la he empleado nunca, pues cuando me hice escritor ya tenía demasiada base en ciencias físicas como para manejar ese tema con alguna convicción.

Sin embargo, en 1965 recibí el encargo de novelar una película ya filmada, y me hallé enfrentado a una idea análoga. La película fue *Fantastic Voyage*, que trataba de la miniaturización de unos seres humanos al tamaño de bacterias, y de sus aventuras en el torrente sanguíneo humano. No se trataba de un planteamiento que yo hubiera elegido espontáneamente, pero, como la cosa venía dada así, el vago recuerdo de *Submicroscópico* contribuyó a persuadirme para que aceptase el encargo.

El otro aspecto de los cuentos que me impresionó mucho fue el duelo con los rayos en *Awlo de Ulm*. El lanzarrayos como arma ha sido un elemento fundamental de la ciencia-ficción (y, en cierto modo, se ha hecho realidad con el láser). Éste y la pistola desintegradora eran las principales armas cortas del futuro. Sin embargo, nadie se atrevió a ir tan lejos como Meek en *Awlo de Ulm*.

De hecho, creo que nunca he utilizado pistolas de rayos en mis narraciones, aunque el «látigo neurónico» de mi libro *Pebble in the Sky* es un evidente recuerdo de las armas descritas en *Awlo de Ulm*.

Poco después de *Awlo de Ulm* leí *Tetraedros del espacio*, publicado en «Wonder Stories» en noviembre de 1931, y me produjo casi tanta impresión como aquél. De todos modos, fue un número importante para mí, pues, después de doce meses de ensayar el formato «pulp», «Wonder Stories» regresaba al formato grande con gran alivio por mi parte.

TETRAEDROS DEL ESPACIO

P. Schuyler Miller

Una luna de plata jaspeada nadaba en el cielo salpicado de estrellas, arrojando un torrente de luz pálida sobre el azulado mar de vegetación que crecía y crecía hasta formar una marea imponente y lenta que rompía contra la cresta espumosa de los Andes. La sombra del avión corría abajo, metiéndose en los desfiladeros, desafiando las cumbres de aquel vasto e imperturbable mar esmeralda que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Y las estrellas —la titilante Mira, muy cerca del cenit; la gran Fomalhaut resplandeciendo sobre las montañas lejanas, y hacia el sur una multitud de exóticas desconocidas, ardiendo con un fuego que nosotros los del norte apenas conocemos— se apiñaban como enormes y brillantes luciérnagas alrededor del invisible Polo. Pero yo prestaba poca atención a la luna, las estrellas y la selva plateada, porque la noche me había cogido desprevenido y no era fácil lanzar provisiones a un pequeño claro balizado tan sólo por una incierta hoguera, perdido en algún punto de las selvas del Brasil.

¿Era Brasil? Tres grandes estados confluían en una meseta cubierta de bosques, montañas y valles herbáceos: Perú, Bolivia, Brasil. Allí, antiguas razas habían tenido su hogar, levantado templos ciclópeos en los valles escondidos, arrebatado tesoros a las montañas, entregado sus vidas a las selvas... pueblos mucho más antiguos que los dominados por los incas. Hasta entonces nadie había venido a estudiarles, pero ahora, en algún punto de la oscuridad que tenía debajo, había un valle oblongo a medio camino entre la cordillera y el bosque, y allí estarían las tiendas y las hogueras de los científicos, hombres de mi mundo.

Debo descender, trazar círculos y dejar caer la carga; luego remontarme hacia la noche plateada como una gran colilla echando lumbre, salir del mundo de la luna y las selvas, regresar con el gobierno que me envía, para sumergirme una vez más en la aburrida rutina de los vuelos de línea, olvidadas y desaparecidas para siempre la luna y la selva plateada.

Pero no vislumbré hoguera alguna en la oscuridad, ni claridad de tiendas blancas bajo la luz de la luna. Tan sólo la cruz extendida del avión nadó sobre el imperturbable mar verde, oscuro y agorero, y sobre su monocolor belleza. No se necesita un gran error para perder de vista un minúsculo claro en la oscuridad. Por eso, cuando el terreno empezó a quebrarse hacia el oeste, maniobré y volví a maniobrar, regresando a mayor altura sobre los silenciosos bosques iluminados por la luna.

Pero había visto en la selva una brecha: una áspera cicatriz negra, curtida por algún gran fuego procedente de las entrañas del planeta, horrible y amenazadora bajo la suave belleza de la noche. Volvió a deslizarse debajo de mí y, mientras la sombra del avión volvía a desvanecerse sobre su áspera negrura, me pareció ver un remolino de movimientos furtivos, una alternativa momentánea de sombras entre sus tinieblas más profundas. Distráido, comprobé el rumbo del avión, para corregirlo e investigar más de cerca y, ¡de pronto el aire que me rodeaba resplandeció con un fuego carmesí oscuro que quemó mi cuerpo con furor de energía desencadenada, el zumbido de los motores rateó y se apagó, y caímos en picado hacia el mar plateado que se extendía abajo!

La hormigueante parálisis pasó lo mismo que había venido. Corregí la zambullida loca del avión estropeado, corté el contacto y me arrojé por la borda. Sentí como en sueños el tirón del paracaídas y vi cómo el avión abandonado, semejante a un enorme murciélago de la selva herido, subía y bajaba y luego descendía en un largo vuelo planeado que no se interrumpió hasta que tropezó violentamente con las copas de los árboles. Luego el pesado péndulo de mi cuerpo fue la única medida de los segundos mientras colgaba y me contorsionaba bajo el hemisferio sedoso del paracaídas. Y entonces las ramas frondosas, ya no plateadas sino semejantes a garras hambrientas y ávidas de horror negro, se alzaron y me retuvieron. Caí en una maraña de follaje y ramas quebradizas, en medio de una oscuridad caliente y dulzona donde seres furtivos huían apresuradamente hacia la noche y el silencio.

La selva es como un poderoso techo que se extiende sobre los valles de la América tropical. Las ramas del arbolado privan de sol a un mundo de oscuridad húmeda y putrefacta, donde grandes serpientes multicolores zigzaguean entre las ramas entrelazadas y las grandes trepadoras chupan la vida a los gigantes del bosque, en la batalla eterna hacia la luz. Y hay alimañas venenosas en la oscuridad — hormigas salvajes de cinco centímetros con fuego en la boca, minúsculas serpientes cuya belleza de mosaico encubre una muerte terrible—, o criaturas aéreas y gloriosas que sobrevuelan las copas de los árboles. Al amanecer, un resplandor de vida y de color ardiente se cuelga por el techo de la selva: luz de orquídea, de guacamayo, de las grandes y vistosas mariposas de este mundo superior. Debajo, la penumbra verde se aclara como pálido dosel bajo el cual minúsculos horrores acechan, trepan, vigilan, y enredaderas gigantes se retuercen y trepan cada vez más altas hacia la luz vivificadora. Y por debajo está la muerte y una húmeda podredumbre: la gruesa y mojada alfombra de humus, donde gordas larvas blancas hacen sus madrigueras de ciego terror y se arrastran gigantescos alacranes.

El sol se había puesto hacía una hora cuando caí, pero cuando volvió a salir me halló arrastrándome y deslizándome entre la maraña como si yo también formara parte de la selva, avanzando hacia el lugar donde mi memoria situaba el claro

marchito y la luz. Y al espesarse las tinieblas de las ramas superiores, lo vi casualmente, desde arriba.

Era un pequeño valle, como de un kilómetro y medio de largo por medio de ancho, hundido en un óvalo de azabache brillante junto a la ladera de la montaña. Aquí los Andes comenzaban su rápida ascensión desde las selvas hacia las nieves, y a mis pies había precipicios de quince metros de roca escarpada y negra hasta el lecho del valle.

He dicho que estaba marchito y quemado en el corazón viviente de la selva. ¡Era eso y mucho más! Había en las pendientes rocosas una suavidad que hablaba de siglos de hambrienta vida vegetal, espiando e invadiendo grietas, desmenuzando piedras gigantescas, muriendo y dejando caer una suave y rica capa de humus sobre la áspera roca del fondo, formando como un jardincillo de vida y luz en el oscuro corazón del bosque.

¡Entonces llegó el fuego... un terrible y flagelante estallido de calor abrasador que ni siquiera el infierno podría igualar! ¡Marchitó el valle, agostó horriblemente su verde belleza, convirtiendo las flores y las hierbas en ceniza blanca y muerta, arrancando el rico mantillo de pasadas eras para desnudar la roca durmiente, fundiendo esa roca en una áspera y resplandeciente escoria negra y quemada, fría, muerta, condenada! Los escarpados riscos de sus laderas, otrora envueltos en una delicada red de zarcillos florecidos, se habían rajado bajo el terrible calor, dividiéndose en enormes placas de roca viva que cayeron en el holocausto de abajo y murieron con el valle.

Los escasos arbustos que me ocultaban arriba mostraban sus hojas y ramas ennegrecidas y ampolladas, pese a que allí no había alcanzado tanto el calor. ¡Como ningún otro lugar de la tierra, aquel valle de las tierras altas estaba espantoso, terriblemente muerto, pero en su centro algo se movía!

Ansioso, temeroso, espíe a través de la oscuridad. Llena y dorada, la luna se elevaba por sobre el bosque, lanzando nuevas sombras sobre el lecho del valle, iluminando nuevos rincones, revelando nuevos movimientos. Y a medida que su anaranjado mate se convertía en oro blanco que se desvaía hacia la límpida plata, aquella luz gloriosa pareció suavizar el áspero azabache del valle. ¡Y provocó una leve fosforescencia en las dos grandes esferas que reposaban como dos grandes perlas gemelas sobre la roca oscura, para crear seres de la roca y de las sombras, deslizándose como espectros entre las piedras despedazadas!

Me arrastré dificultosamente hacia un espeso matorral, al borde del barranco, acercándome a las grandes esferas y a su espantosa carga. ¡Dentro de mi cráneo el cerebro me daba vueltas y latía, en mi garganta se congelaba el grito de espantada incredulidad que corrió a mis labios, y un sudor frío y pegajoso brotó de mis poros

dilatados! ¡Era algo ajeno a toda lógica... a toda verosimilitud! ¡Pero... era!. ¡Logré verlos claramente, en ordenadas filas, algunos cientos de ellos dispuestos en grandes círculos concéntricos alrededor de las esferas suavemente relucientes... ásperos como la misma roca negra, duros y resplandecientes y esquinados... de la altura de un hombre o algo más, desde la cúspide hasta la base... grandes tetraedros resplandecientes... tetraedros de horror!

Eran tetraedros y estaban vivos... ¡tan vivos como tú y yo! Se agitaban inquietos en grandes círculos, molestos por la pálida luz. En algunos lugares formaban grupitos y a veces creaban otras monstruosas figuras geométricas, pero siempre se movían con una quietud pavorosa, saltando con absoluta facilidad entre las rocas. ¡Y ahora surgía de la esfera gemela más cercana otro de su especie, pero de tamaño doble, y las paredes fosforescentes se abrieron y se cerraron a su paso como por efecto de un pensamiento mágico! ¡Avanzó un poco hasta quedar iluminado por la luna llena, y los círculos se desplazaron, tomándole como centro hasta que las esferas quedaron a un lado y el tetraedro gigante presidió a solas las huestes de sus súbditos inferiores!

Entonces se oyó su habla... ¡lo más destructor de todo! ¡La sentí dentro de mi cerebro antes de percibirla externamente, como un ritmo apagado y obsesivo, un latir insistente que golpeaba mis sienes y cubría mis ojos fríos con una cegadora niebla roja!

Y supe que no era una fantasía... ¡que ciertamente las grandes cosas del valle agostado hablaban, cantaban con una lenta y vibrante melopea que me golpeaba físicamente con intensas y prolongadas ondas sonoras! ¿Habéis oído las notas más graves del órgano, cuando las ventanas e incluso las paredes tiemblan y el edificio mismo resuena, pulsa y pulsa y pulsa al ritmo hasta que lo sientes latiendo contra tu cráneo, palpitando en tu mente en un mar vasto e inquieto de sonido atronador?

¡Así era el hablar de los tetraedros, sólo que más grave, por debajo del umbral de audición... tan profundo, que todos los músculos y nervios de la piel notaban la monótona presión y transmitían gritos al cerebro enfebrecido... tan grave que parecía una gran oleada de algo más que sonido, rompiendo funestamente contra un acantilado solitario!

¡Porque carecía de modulación... sólo un lánguido y mortal pulso y pulso y pulso, acumulando latido sobre latido en mi cerebro palpitante al borde de la locura! ¡Ahora pienso que era una especie de cántico, el manifiesto de todos los tetraedros en coro, resonando, salvaje, airadamente contra el gigantesco líder, en una fúnebre queja de malestar y disgusto! Creo que estaban inquietos, llenos de promesas y propósitos insatisfechos, deseosos de asegurar su misión o partir. ¡Creo que había sido arrojada entre ellos la semilla de la rebelión tetraédrica y que, así como los presos enojados golpean los barrotes de la prisión y gritan monótonamente, también aquellos seres de otro mundo, de otra constitución vital, machacaban sus quejas ante el poderoso líder!

Entonces oí una voz más profunda y poderosa que se oponía a la pulsación, ahogándola, tronando orden y censura, haciendo callar a la multitud, hasta que el clamor se convirtió en un murmullo y cesó. ¡Pero la voz del tetraedro gigante siguió sonando, ahora modulada como las nuestras, elevándose y cayendo en enojado discurso y en órdenes, lanzando sarcasmo abrasador, intimidándolos tal vez con su gran autoridad!

Como a todos los grandes jefes, sus seguidores le parecían como niños, y el duro y áspero ritmo sonoro se convirtió en un murmullo suave y halagador, de ondas susurrantes como la brisa acariciando ligeramente la fina arena de alguna lejana playa tropical, casi insidioso, si cabe decir eso de un sonido, pero sin dejar de ser dominante y definitivo en su mensaje. Se convirtió en un rumor lejano y arrullador, y se desvaneció.

¡Permanecieron inmóviles un largo instante, como esculpidos en la misma piedra, y luego se elevó entre los círculos, como una ola creciente, un estremecimiento de lenta actividad, apresurándose, animándose todos hasta ponerse en marcha! ¡Las filas se abrieron y el tetraedro gigante cruzó raudo el lecho del valle hacia las dos enormes esferas, mientras la multitud esquinada fluía en rápido y suave movimiento, siguiéndole a corta distancia! De nuevo, con la misma velocidad y misterioso silencio de las escenas soñadas, las esferas se entreabrieron y las filas de tetraedros fueron absorbidas hacia su interior! Las perlas gemelas de luminiscencia jaspeada por el fuego descansaron entre las rocas negras: grandes orbes de pálida luz, resplandeciendo bajo la magia de la luna llena.

Durante largo rato permanecí allí, oculto entre los matorrales al borde del barranco, observando el valle, confundido por la espantosa irrealidad de las cosas que acababa de ver. ¡De la oscuridad que envolvía mis espaldas surgió una mano que agarró mi hombro como una tenaza de hierro! ¡Enloquecido por el repentino terror, me liberé, golpeé ciegamente la cosa que me había tocado, que aprisionó con la fuerza de un Hércules mis brazos que se debatían ciñéndolos a mis costados... una cosa que habló, y sus palabras fueron un áspero murmullo que apenas atravesó las tinieblas!

—¡Por Dios, hombre, no se mueva! ¿Quiere que ellos le oigan?

Era un hombre, un ser humano como yo. Mi lengua yerta balbuceó la respuesta:

—¿Quién es usted? ¿Qué son esas cosas? ¿De dónde demonios han venido?

—¡No de la Tierra! De eso puede estar seguro —fue la equívoca respuesta—. Pero más tarde se lo explicaremos todo. ¡Salgamos de aquí! Soy Marston, el biólogo de la expedición del museo. Supongo que usted es el aviador... Valdez vio cómo incendiaban su aparato anoche. Sígame.

—Si, soy Hawkins. El avión estará cerca, si no ardió, con todas las provisiones.

Fui atacado mientras cruzaba las montañas. Pero primero dígame... esas cosas de ahí... ¿viven?

—¿Eso le ha parecido? Supongo que a cualquiera le ocurriría lo mismo. Los indios los consideran una especie de dioses... comprenden que están más allá de toda experiencia y tradición. Pero yo soy biólogo. Sé algo acerca de las formas extrañas de la vida. Están tan vivos como nosotros... o tal vez más. Después de todo, si la vida es energía, ¿por qué no habría de hallarse en todas partes? ¿Acaso nosotros, seres débiles y minúsculos, compuestos de carbono y agua y otros elementos inestables, vamos a ser los únicos capaces de albergar vida? Pero éste no es lugar para reflexionar... ¡En marcha!

Desapareció en la oscuridad y lo seguí, lanzándome ciegamente tras el sonido de su ruidoso avance, alejándome del valle agostado y de los tetraedros, hacia cualquier seguridad que pudiera ofrecer la sombría profundidad de la húmeda selva.

Estaban agachados junto a un pequeño fuego de corteza y ramas, como aquellos hombres de Cro-Magnon hace cincuenta mil años: dos esqueletos miserables, vendados con harapos sucios, cavilando en torno a la frágil llamita. Ante los crujidos de nuestra llegada se levantaron de un salto —dos acosados de la selva—, pero se tranquilizaron cuando entramos en el círculo de luz de la hoguera.

Siempre los recordaré como los vi entonces: Hornby, el arqueólogo del museo, alto y canoso, con su rostro ojeroso marcado por profundas arrugas de insomnio, miedo y asombro irracional; Valdez, el explorador enviado por el mismo gobierno que me había llamado a mí, bajo y moreno, con su sangre portuguesa mezclada con la de las tribus nómadas del interior... ¡Sus dientes resplandecían en una mueca, como los de un gran gato salvaje acosado, enloquecido y peligroso! Parecía más robusto que los otros dos, y supe que era muy capaz de valerse solo, y lo haría en caso necesario.

Por primera vez vi a mi guía como algo más que una negra masa en la oscuridad. Marston, el biólogo, parecía un viejo herrero, un hombre de formidable osamenta, con penetrantes ojos grises bajo las cejas y una espesa barba incipiente. He dicho un Hércules... ¡más bien un Atlas, sosteniendo la carga de aquel pequeño mundo salvaje, recibida de quien no deseaba compartirla ni la compartiría! Sus músculos nunca habían revestido muchas almohadillas de grasa y ahora carecían totalmente de ella, destacándose como nudosas raíces en su cuerpo fornido, haciéndole asemejarse a un ser toscamente labrado por la mano de un dios del bosque, o como si éste hubiera insuflado vida a un poderoso tronco de ciprés.

—Aquí estamos, Hawkins —rugió. Su voz fuerte incluso recordaba el habla de los tetraedros—. Tendremos que encontrar pronto el avión, o lo que quede de él. Valdez, ¿usted ha visto llamas?

—¿Llamas, señor Marston? No, señor... Como ya he dicho, sólo vi la caída del

avión como un gran pájaro herido que busca refugio en la selva, y al señor... Hawkins... descendiendo con el paracaídas. No estoy seguro de poder encontrarlo ahora que se ha perdido un día y una noche, pero lo intentaré. Con la deserción de los guías no es fácil alimentar siquiera tres bocas, ¿eh, señor Marston?

—Cuatro valen tanto como tres, Valdez. Me alegro de que Hawkins esté aquí. Es sangre nueva, un cerebro fresco, ¡y tal vez con su ayuda podamos eliminar esas malditas cosas!

Luego se oyó la voz de Hornby —seca y marchita como su cuerpo encogido—, gastado como sus cansados y viejos ojos:

—Teniente Hawkins, ¿ha visto los tetraedros? ¿Entiende que son seres vivos e inteligentes? ¿Puede comprender el peligro que constituye su presencia en nuestra Tierra?

—Sí, profesor —respondí lentamente—. Los he visto y oído. Creo que no se parecen a nada que yo conozca, en la Tierra o fuera de ella, y que tienen algún propósito. Pero los vi sólo en la penumbra, y durante breves instantes. Había un gran jefe, cuyo tamaño era doble que el de los demás, y éstos parecían contrariados con su modo de dirigir las cosas.

—¿Oye, Marston? —gritó el profesor, casi con furia—. ¡Escuche!... ¡Están impacientes... actuarán tan pronto como se hayan alimentado de nuevo! ¡No podemos esperar! ¡Hemos de hacer algo, Marston! ¡Debemos actuar... ahora!

—Sí, yo también los vi —explicó Marston, lentamente—. Es verdad que están preparando algo. Pero no sé qué podríamos hacer... cuatro hombres con tres rifles y un par de machetes contra cien de ellos y contra todos sus poderes, sean los que fueren. Ni siquiera sé si podríamos pinchar uno... ¡me parecieron bastante duros!

—Marston —intervine con ansiedad—, si lo que necesita son armas, en el avión hay dos ametralladoras y muchas municiones; era un avión del gobierno, recién empleado contra los rebeldes del norte. Si logramos encontrarlo, tendremos armas además de comida. Creo que, a plena luz del día, podría localizarlo desde el valle.

—Valdez... ¿ha oído? ¿Puede contribuir a la búsqueda? Usted es el único que lo vio caer, y ha salido con los indios más de una vez. ¿Qué opina?

—De acuerdo, señor Marston. Haré lo que pueda. Pero no abrigue demasiadas esperanzas... recuerde que han pasado un día y una noche, y sólo le vi un segundo. Y las armas... ¿qué podrán hacer contra esos demonios de las esferas? Somos unos estúpidos quedándonos aquí... ¡Sería mejor huir, ahora que tendremos provisiones, y avisar al mundo del peligro que le amenaza!

—No me venga con esas monsergas, Valdez. ¡Si se trata de anunciar su presencia en la Tierra, ellos lo harán más pronto de lo que nosotros podríamos hacerlo! ¡Habríamos salvado nuestros propios pellejos, pero no por mucho tiempo! ¡Además, ya sabe lo que pasa con los indios cuando se les excita! Valdez, parece mentira que

diga esas tonterías. ¡Le ordeno que salga mañana con Hawkins a buscar el avión!

El profesor Hornby había hablado poco... Permaneció recostado contra un árbol, observando distraídamente las llamas. Ahora, después de las palabras de Marston, volvió a hablar.

—Marston —dijo con voz maquinal—, ¿ha visto los indios dé la selva como yo los vi? ¿Los ha visto, ha notado las miradas fijas en su espalda y ha adivinado que jugaban en la oscuridad con sus pequeñas flechas? Para ellos, los tetraedros son dioses o demonios... seres a quienes conviene adorar y aplacar con sacrificios. ¡El bosque está lleno de ellos... lo percibo... podría jurarlo! Marston, ¿qué están haciendo?

2 - La llegada de los tetraedros

La voz sarcástica de Marston puso fin a aquellas lamentaciones.

—Seguro, profe; es cierto que están aquí... alrededor de nosotros, en la selva, como las fieras. Yo también lo noto... Nos vigilan desde la oscuridad. Pero son inofensivos... simplemente curiosos, eso es todo. Son esas cosas del más allá lo que los atrae... dioses tal vez, o demonios, como usted dijo, algo salido de los viejos tiempos y las antiguas leyendas, cuando el pueblo de los Grandes Antiguos tenía sus fortalezas y palacios aquí, a la sombra de las colinas. Para ellos son una leyenda hecha realidad y, hasta que se desengañen, supongo que nos relacionarán con las cosas que han aparecido en donde solía estar nuestro campamento... con nuestra magia blanca y nuestras muchas preguntas acerca del pueblo de los Antiguos. Todavía no nos harán daño, pero no estaría de más que nos acercásemos un poquito al valle, desde donde podremos vigilar a los seres y mantener el contacto con los indios.

Entonces Valdez expresó ácidamente su discrepancia, hablando con su melancólica suavidad habitual, disimulando su tremenda agudeza tras una deslumbradora sonrisa.

—Por supuesto, señor Marston. Usted sabe que los pobres indios conservan las supersticiones de sus antepasados, y que en épocas de peligro el pueblo de los Antiguos ofrecía sacrificios de sangre a sus dioses... ¡ofrecían la sangre de sus sacerdotes más encumbrados! Señor, ¡las viejas costumbres perduran entre los salvajes! Creo que ustedes tienen un refrán... «ojos que no ven, corazón que no siente», ¿no es así? Señor Marston, ese viejo dicho encierra una verdad.

—¿Quiere decir que podríamos escabullimos y dejar que nos olvidaran? Valdez, creo haber dicho antes que no estamos jugando a eso ninguno de nosotros... ¡entiéndalo! Nos quedaremos y lucharemos tan pronto como usted y Hawkins encuentren las armas, es decir mañana. Espero que su memoria mejore algo mientras

duerme. ¡Ah, profe!... Creo que a Hawkins le gustaría saber más acerca de esas cosas de allá. Explíqueme lo que hay que explicar... supongo que usted es el que lo ha entendido mejor.

Y así, agazapados junto a la llama minúscula y vacilante, escuché cómo la voz delgada y seca del viejo profesor narraba la terrible historia de la llegada de los tetraedros. Estaba profundamente grabada en su mente, y la revivía cada vez que la contaba. Ahora el sudor corría por su rostro mientras miraba las débiles llamas como hipnotizado. Marston y Valdez nos observaban desde el otro lado, lo mismo que los otros ojos, ocultos en la oscuridad, cuyo manto aterciopelado cubría todo lo que estaba más allá del pálido círculo de la hoguera.

Tres blancos y media docena de guías indios oriundos de las tribus más civilizadas del norte habían llegado al valle entre las colinas. Habían levantado campamento en aquella cuenca entre flores y matas ondulantes, con la oscura barrera de la selva alzándose a su alrededor como los muros de una prisión. Y de aquellos muros, por último, salieron los indios de los bosques —pobres criaturas salvajes dominadas por la superstición y la ignorancia, diezmados por el hambre y las enfermedades—, descendientes degenerados de quienes habían sido siervos del pueblo de los Antiguos en épocas muy remotas.

Ellos atesoraban leyendas extrañas y ceremonias desfiguradas, de donde había desaparecido el significado originario. Tal vez nunca conocieron la realidad de los magníficos monumentos que habían erigido para los jefes, labrando con habilidad inmensos sillares, alzando elegantes murallas y terrazas, abriendo largos caminos en la selva y la montaña, dando la vida por la subsistencia de una raza opresora y decadente.

Pero era cierto que ellos tenían recuerdos de cosas que incluso la mente salvaje puede analizar, evocaciones de la magia y el ritual, y de la adoración de dioses feroces y poderosos. A medida que la nueva magia de aquella raza más joven, de pálido rostro, impresionaba sus mentes infantiles, narraban lo que sus padres antes que ellos habían aprendido de los abuelos al correr de los siglos. Relatos, no sólo de la vida y costumbres en aquellos días muy lejanos, sino de ciudades erigidas en medio de la selva, ciudades de roca maciza y metal brillante, «el metal del sol» que duerme formando largas y gordas serpientes entre la roca blanca de las montañas. En los viejos ojos de Hornby brilló un nuevo y joven frenesí de esperanza y alegría, y en los ojillos de Valdez otra luz codiciosa más antigua se encendió al oír hablar de las serpientes doradas. Marston lo sabía, como sabía todo lo que iba a ocurrir, pero siguió estudiando las plantas del valle y de la selva como si nada... trabajó y vigilo.

Un día —la áspera voz del profesor Hornby casi descendió hasta un susurro mientras lo explicaba— llegó el grupito de salvajes que iban a guiarles hasta las ruinas enterradas de una gran ciudad de los Antiguos. Eran cuatro hombrecillos

morenos con cerbatanas y flechas mortíferas, aguardando pacientemente a que los poderosos Blancos recogieran su magia y les siguieran. Hornby se había asomado a la puerta de su tienda para conferenciar con el cacique. Mientras lo hacía, levantó la mirada hacia los Andes majestuosos de donde habían venido los Antiguos. ¡Allí, moviéndose como burbujas arrastradas por el viento, flotando sobre las copas de los árboles, aparecieron las esferas de los tetraedros!

Se posaron suavemente al otro lado del valle, descansaron sobre el espeso césped como huevos de una inmensa mariposa salida de las fábulas. Los indios huyeron aterrorizados, pero Hardy y Marston, mientras bajaban corriendo por la pendiente hacia los globos gemelos, notaron que los ojos furtivos atisbaban desde la maleza, medio temerosos, medio hostiles, esperando con paciencia infinita la nueva magia... la nueva raza de jefes.

Los tres —Hornby, Marston, Valdez— se acercaron a las esferas que descansaban en el pasto ubérrimo, y el corazón de cada cual debió conocer el asombro que yo, a mi vez, había sentido. ¡Pues las esferas eran perfectas, sin ninguna abertura! ¡Semejaban orbes gemelos tallados en madreperla, iridiscentes, con delicados matices de azul y rosa sobre el blanco níveo, y al mismo tiempo irradiaban cierta fuerza, un hormigueo de energía excedente que crispaba los nervios y enervaba las mentes con inusitada intensidad!

¡Su intensidad aumentaba y fue Marston quien notó primero su insidiosa hostilidad, quien apartó su mirada de las enigmáticas esferas, viendo que las hierbas donde se habían posado se reseocaban y consumían hasta convertirse en blanda ceniza gris bajo la radiación abrasadora! Él fue quien lanzó el grito de alarma; repentinamente aterrorizados huyeron ladera arriba, para detenerse luego como ovejas espantadas y huir de nuevo cuando la oleada de energía volvió a brotar de las esferas iridiscentes, a latidos cada vez más rápidos.

¡Barrieron toda la vida, y la lujuriente vegetación pronto quedó convertida en un páramo reseco! Finalmente, los hombres se detuvieron junto a las tiendas, cerca de las sombras de la selva, y vieron cómo la lenta emanación convertía la vida del valle en plúmbea ceniza de muerte. ¡Luego la vanguardia invisible subió por la ladera hasta sus pies, y el veneno sutil volvió a recorrer perversamente sus venas, y huyeron enloquecidos, precipitándose de cabeza hacia la selva.

No lograron eludir por mucho tiempo el enigma que les hacía devanarse los sesos, y que había aniquilado su pequeño campamento. Marston, Hornby, Valdez... retrocedieron y observaron desde la húmeda oscuridad de la selva las cosas que ocupaban el fondo de la quebrada iluminada por el sol. Entonces, Marston rompió el hechizo de terror que lo había sujetado... ¡rescató los rifles, mantas y comida de las tiendas abandonadas por el reflujó de las olas invisibles, y huyó de nuevo cuando la

segunda oleada de devastación surgió de las esferas silenciosas! La hierba y las delicadas flores del valle habían perecido bajo la primera plaga, pero en algunos lugares crecían matas y arbustos, más resistentes, avanzadillas de la selva, así como formas superiores de vida: insectos, roedores, pájaros. ¡La oleada de muerte avanzó de nuevo, y otra vez más, y entonces pudieron distinguir un débil resplandor rojo que consumía sin piedad cuanto hallaba, una luminosidad atmosférica, no procedente de la vida quemada y agostada del valle! ¡Luego hubo un intervalo de calma... una paz casi semejante a la que reinaba cuando aquella pequeña mancha clara en la verde oscuridad era el hogar de unos hombres felices y atareados... semejante, pero no igual!

¡Porque ahora había un presagio en el aire, un agorero sentimiento de opresión, una tensión del éter, una coacción que embargaba el cerebro y roía con avidez la conciencia embotada! ¡En ese momento vieron que las esferas estaban iluminadas por un frío brillo verde que resplandecía vividamente, dominando incluso el resplandor del sol sobre la ceniza blanquecina! Casi se podía decir que era una incandescencia, pero no daba sensación de calor, sino sólo de una gran energía sobrenatural, que era proyectada por aquellas esferas extraterrestres hacia el valle y su cinturón vegetal. ¡Y no se equivocaban pues, de pronto, con una violencia terrible que estremeció incluso al impasible Marston, la desolación se extendió con toda su furia sobre el valle!

No llegó a la selva —cuya oscuridad húmeda y fría, por cierto, parecía evitar— y gracias a esto, los tres pudieron sobrevivir a la espantosa embestida. ¡En un instante la tensión estalló en un hirviente y caótico torbellino de llamas de tono azul verdoso, fuego eléctrico semejante al rayo, pero cuya furia no tenía parangón con ningún rayo de la Tierra!

Un océano embravecido de hórridas llamaradas azotó el valle, hurgando en la tierra, en la misma roca, donde suscitaban una enojada respuesta de llamas cárdenas, rápidas y silbantes. Los fuegos barrieron el mantillo y agostaron la misma roca desnuda como un horno espantoso de furia devoradora. ¡Invadid la cuenca, golpead sus laderas, agostad la florida cortina de bejucos entrelazados, rajando tremendos peñascos que estallaban como bombas cuyos pedazos volvían a caer en el tempestuoso mar de fuego, del que se alzó una poderosa columna de llamas rugientes que se elevó cientos de metros en el aire estremecido!

Y a través de la cortina donde el fuego de los cielos y el fuego de la Tierra se unían en aquel terrible holocausto, los tres hombres vieron que los núcleos incandescentes de las esferas gemelas se abrían, que enormes formas angulosas surgían de su interior... ¡formas nunca asociadas por la mente del hombre con la noción de la vida! Sin reparar en el incendio que hervía a su alrededor, se deslizaron sobre la roca derretida del lecho del valle, de veinte en veinte o más, mostrándose bajo la luz cegadora como poderosos tetraedros, de dos metros y medio de cristal

oscuro y resplandeciente. ¡Eran de un púrpura que parecía propio de la materia de que estaban constituidos, antes que una pigmentación superficial! ¡Cerca de cada cúspide, todos tenían dos ojos verdeamarillos que no miraban ni veían!

En su interior se vislumbraba un cuerpo esférico, también purpúreo, del cual salían cientos de extraños filamentos hacia las brillantes caras. ¡Eran tetraedros... tetraedros vivientes de terror glacial, que no temían a la llama ni al rayo, y sembraban la destrucción por todas partes!

Los tres hombres contemplaron con desmayo cómo se apagaban las llamas. El viento se alzó, llevándose la capa de polvo y ceniza que cubría la roca agostada. Mientras tanto, los tetraedros se ocupaban en sus asuntos, formando y deshaciendo grupos de contorno geométrico. O se transformaban de súbito en cuerpos poligonales que, a su vez, se convertían en monstruosidades monolíticas y cristalinas, y luego se fundían con sorprendente rapidez, recobrando la forma originaria. Desde un punto de vista humano, eran maniobras ociosas y absurdas, pero sin duda tenían motivo y significado ocultos, tan extrañas a la Tierra como los mismos seres. Todo indicaba las tremendas energías que dominaban... energías que nuestra mísera ciencia ni siquiera sospecha.

—No puedo explicarle el sentimiento que experimenté —prosiguió desesperadamente la voz cansada y sorda del profesor—. Se trata de una fuerza totalmente hostil a la gran civilización humana que evolucionó dolorosamente, fuerza que nos aplastará como a moscas si entramos en conflicto con los motivos de la raza tetraédrica. Son seres dotados por la naturaleza con poderes que exceden la capacidad de nuestra ciencia... incomprensibles según nuestras ideas acerca de la evolución, poco menos que inconcebibles para la imaginación y la razón. ¡He advertido el fin ineluctable de la humanidad y de todas las formas terrestres de vida, lo mismo que ha ocurrido en el valle, con una indiferencia cruel y ominosa que ha sembrado un terror paralizante en mi corazón! ¡Si el hombre debe morir, yo también moriré... moriré luchando por mi raza y mi civilización! ¡Creo que todos lo sentimos, lo supimos de corazón e hicimos un juramento de lucha a muerte sobre las rocas abrasadas de nuestro valle!

Su voz se apagó a medida que sus ojos mortecinos revivían una vez más la visión de aquella jornada terrible. Creí que había terminado, pero su voz volvió a romper el silencio:

—Tal vez pudiéramos huir incluso ahora... escondernos en alguna cueva donde no sospecharan nuestra existencia... sobrevivir durante algunos terribles meses o años mientras nuestro planeta es sometido a su tiranía descomunal. Tal vez, durante poco tiempo, podríamos salvar nuestras vidas pero... me pregunto si no es mejor morir estúpida, futilmente, pero sabiendo que hemos estado más cerca que cualquier otro hombre de lo impenetrable, de la realidad que sustenta toda la vida.

De la oscuridad, al otro lado de los rescoldos, llegó la serena voz de Marston:

—No podemos hacer otra cosa, profe. Lucharemos como luchan los hombres, y si nuestro destino es mayor y mejor que el de ellos usted ya sabe, en el fondo de su corazón, que venceremos como siempre ha vencido el hombre... y la ciencia tendrá otro problema que discutir. Mañana tendremos que hacer planes. Están inquietos... en cualquier momento pueden atacar, y conviene estar preparados y vigilantes. ¡Supongo que vamos a morir, pero lo haremos como hombres!

Eso fue todo.

Los acontecimientos de las últimas horas habían caído sobre mí con fuerza y complejidad tan abrumadoras, que la cabeza me daba vueltas. No lograba sacar una conclusión definida, una síntesis; lo que había ante mí era un confuso y fantástico panorama de hechos sobrenaturales y temores incapacitantes, que hacían atropellarse los pensamientos en una orgía de luz, sonido y sensaciones que me inundaba por completo. Incluso ahora que todo ha pasado y el tiempo ha aclarado muchas cosas, noto la misma imprecisión de los conceptos que me molestó entonces. Al día siguiente, todo cambió... cambió de modo rápido y radical, a medida que los acontecimientos se precipitaban, rompían como oleadas gigantescas sobre nuestras conciencias abrumadas y se desvanecían ante la tumultuosa embestida de otra contradicción entre la mente y la materia.

Nos levantamos al amanecer y, después de un frugal desayuno de frutos secos rescatados del campamento antes de la destrucción del valle, Valdez y yo salimos a buscar el avión. Quise regresar al valle para recoger mis instrumentos, pero Valdez protestó, señalando que era inútilmente peligroso, y que más valía partir desde donde estábamos. Nos metimos en la húmeda espesura. Valdez guiaba; segundos después de salir del campamento, me vi totalmente perdido. Mi compañero parecía seguro de su camino, abriéndose paso entre el laberinto de matorrales como una fiera de la selva, casi como siguiendo un hilo invisible.

Avanzamos durante casi una hora y de repente salimos a un claro del bosque, debido a la existencia de una angosta hondonada... ¡y comprendí con indignación lo que ocurría! ¡El sol, que estaba a nuestra derecha cuando salimos, se hallaba detrás de nosotros! ¡Nos alejábamos tanto del valle como del campamento y del avión!

¡Salté enojado y agarré a Valdez del hombro! ¡Él se revolvió como una serpiente golpeada, con rabia en sus ojos entrecerrados, rabia y terror de loco! ¡En su mano había un arma!

—Entonces... ¡al fin lo ha visto, señor Hawkins! —se mofó—. Le pareció que algo no marchaba por lo derecho, ¿no es así? ¡Idiota! ¿Acaso cree que voy a arriesgarme por esos imbéciles? ¿Parezco tan loco como para dar mi vida por unos idiotas como ellos? Usted... no formaba parte de nuestro grupo, pero... ahora está

aquí, y en mi poder... ¡Y hará lo que le ordene, o no vivirá para contar! ¿Me explico?

—¡Demasiado! —grité—. ¡Usted no es digno de vivir, Valdez, y ya es hora de que alguien se lo diga en su cara servil! ¿Conque pretende escabullirse y dejar a sus camaradas a merced de los tetraedros? ¡Quiere salvar su hermoso pellejo! ¡Maldita sea, es usted el más estúpido de todos nosotros! ¿Cómo saldrá de esta selva maldita sin guías? ¿Dónde encontrará alimentos cuando se le acaben las municiones? ¿Qué cree que harán esos malditos y apestosos salvajes cuando lo encuentren aquí, huyendo de sus nuevos dioses? ¡No tiene la menor oportunidad... está loco, eso es todo! ¡Está completamente loco... es un desgraciado y miserable bicho!

—Señor Hawkins, dice usted cosas muy ofensivas —respondió fríamente, con la desagradable mueca aún fija en sus labios violáceos y delgados—. Creo que usted no me hace falta. Tal vez le interese saber que Valdez es el apellido de mi padre adoptivo, señor. ¡Mi pueblo son los mismos a quienes usted califica tan amablemente de «malditos y apestosos salvajes»! ¡Mi hogar está en estos mismos bosques que le parecen tan poco acogedores! Señor Hawkins, ¿acaso no he dicho siempre que sería capaz de encontrar su avión?

—¿Qué significa eso?

—Quiero decir, señor, que soy capaz de encontrarlo y lo he encontrado, pocos minutos después de que se estrellara. Señor Hawkins, sufriría usted una decepción si lo viese ahora. Los alimentos, las armas y las municiones de que tanto alardeé..., no han existido nunca, a no ser en un cerebro perturbado por las fiebres tropicales. ¿O acaso los indios, los «apestosos salvajes» que ahora mismo nos rodean, que están detrás de usted en la sombra, los han robado? Sería interesante averiguar la verdad de la cuestión, ¿no le parece?

¡Contemplé a través del dosel de ramas el sol que brillaba pacíficamente, y un odio rojo empañó mi visión! ¡Levanté ambas manos, apretando los puños, para aplastar aquel rostro que sonreía perversamente! Pero la boca del arma que estaba apoyada en mi estómago habló elocuentemente, y de súbito tuve pensamientos claros, y palabras frías y calculadas:

—¡Hasta en eso ha de mentir, Valdez! ¡Creo que lo lleva en la sangre! No me cabe duda de que usted robó los alimentos y las armas, tan esenciales para sus compañeros. Es un acto demasiado característico como para dudarlo. Pero, señor Valdez, ningún indio robaría la comida de otra persona. ¿Acaso su madre era blanca?

¡Una furia ciega nubló sus ojillos inyectados de sangre, y apretó los delgados labios en espantosa mueca de ira! ¡Vi que la muerte me observaba desde aquellos ojos, y aprovechando el instante en que permanecía estremecido por el odio salté... arrojándole con todas mis fuerzas el grueso bejuco que colgaba de una rama, sobre mi cabeza! ¡Mientras el arma disparaba, el bejuco tenso lo golpeó en la nuca y lo derribó

al negro suelo de la selva, muerto, muerto sin remisión!

3 - El poder de los tetraedros

Era su vida o la mía, pero no había pensado matarlo. El bejuco era pesado, colgaba suelto de la rama y le había dado un latigazo, como con un cable vigoroso, acertando exactamente en la base de su cerebro enloquecido. ¡Fue un golpe terrible, tan fuerte como un martillazo, que le partió las vértebras de la nuca como se rompe el tallo a una manzana! Di la vuelta al cuerpo. Tenía la cara desfigurada y púrpura; cuando lo levanté, su cabeza cayó hacia delante como la de una muñeca de trapo.

Espantado, lo dejé caer y me alejé.

En parte había sido un hombre blanco, y en todo caso un ser humano; por eso cavé en la tierra blanda una fosa no muy honda y lo enterré, no sin registrar sus ropas en busca de armas y comida. En el bolsillo del pecho encontré un tosco mapa donde aparecían el valle, el campamento y una crucecita que marcaba el lugar donde había caído el avión. Había dibujado a lápiz una delgada línea de puntos hacia el norte, desde el campamento hasta cerca del lugar donde estaba el avión. Luego torcía hacia el oeste, hacia las montañas, cruzando un arroyo producido por el deshielo.

Me hallaba en una hondonada, que según el mapa era el lecho seco de una corriente que iba hacia la salida inferior del valle. Al sur del sendero había trazado otra crucecita. Comprendí lo que significaba: ¡los alimentos y las armas del avión saqueado! Me di cuenta de que el camino estaba astutamente marcado por bejucos sueltos y ramas desviadas —un camino de menor resistencia, más que un sendero— y cinco minutos después hallé el escondrijo de Valdez, al lado de un afloramiento de cuarzo, y cargué una de las mochilas que había traído.

Cómo regresar al campamento con la noticia era ya otro problema totalmente distinto. Sabía que sería inútil querer desandar lo caminado o guiarme por el burdo mapa hacia el avión o el campamento. Podía buscar el valle directamente al sur, a lo largo de la hondonada, y estaba seguro de que cuando llegase allí podría orientarme o esperar a ser encontrado. El valle... ¡y los tetraedros! Inspirado por el instinto o la intuición, cargué al hombro una de las ametralladoras más ligeras y me até a la cintura tres cartucheras, por debajo de la camisa.

Era más fácil caminar por el borde de la pequeña hondonada que por el fondo, donde la humedad hacía más espesos los matorrales. Había otro camino como el que Valdez había seguido, un sendero invisible tallado en la maleza por manos desconocidas. A derecha e izquierda la maleza estaba entretejida muy espesamente, pero paralelas a la hondonada las ramas cedían en silencio a una ligera presión de la mano y volvían a cerrarse detrás. Evidentemente, Valdez o los indios habían abierto

este camino hasta el valle, pero no figuraba en el mapa de Valdez.

Por último, el sendero se apartaba del cauce hacia el este, dando a una especie de promontorio que sobresalía en el valle cerca del lugar donde se hallaban las esferas gemelas. A través de los árboles vi brillar la luz del sol, pues había una especie de claro que daba al terreno de reunión de los tetraedros. Allí estaban reunidos los indios del bosque, apiñados tras la delgada cortina de vegetación, observando en estúpida adoración a los desconocidos seres de abajo. Estaban tan extasiados, que no se dieron cuenta de mi llegada y pude evitarlos desviándome hacia el oeste.

Era casi mediodía, y el ardor del sol hacía del valle una negra caldera recorrida por débiles remolinos de aire. Se elevaban de la roca desnuda en oleadas trémulas de calor, bajo las cuales la selva lejana y el suelo rocoso del valle parecían vibrar, dando un extraño aire de aquelarre a la congregación de seres sobrenaturales que tomaban el sol en el fondo del valle.

Ahora, a plena luz del día, pude verlos tal como el profesor Hornby los había descrito. Los tetraedros parecían constituidos por un mineral duro y cristalino, negro hasta resultar casi invisible, cruzado por finas vetas color púrpura intenso. Cuando se movían, el sol arrancaba resplandecientes reflejos a sus lados lustrosos, yendo a dar como rayos de una linterna en el sombrío linderó de la selva. Porque los tetraedros estaban inquietos, se movían de un lado a otro entre los peñascos, componiendo extrañas figuras, como si los seres de cristal ejecutasen una danza misteriosa. Se reunían en grupitos de seis, más o menos, que se dispersaban y volvían a congregarse, igual que hacen los humanos cuando están intranquilos, esperando con impaciencia algún acontecimiento extraordinario.

Alejado de los demás, inmóvil en una especie de claro circular entre las rocas, se hallaba el gigantesco jefe de los tetraedros. El violeta oscuro del cristal, en su caso se convertía en un hermoso tono ciruela, o púrpura mezclado con bermellón, y el negro de fondo parecía menos cerrado. Era más cálido y se parecía más a la aterciopelada calma de la noche tropical. Pero éstas son impresiones, términos comparativos que empleo para distinguirlo de sus compañeros de otro modo que no sea simplemente el tamaño. Para un observador, la diferencia era evidente, pero no es fácil describirla en palabras corrientes. Baste decir que era inconfundiblemente distinto a los demás, que parecía poseer carácter y personalidad, mientras el resto eran tan sólo pirámides de cristal, aunque terriblemente vivas.

¡Y ahora el jefe gigantesco emitía su poderosa llamada con prolongadas y lentas ondas vibrantes que parecieron empujarme hacia atrás, apretarme contra la oscuridad del bosque, alejarme de los extraños monstruos del valle! En respuesta se acercaron treinta tetraedros menores, aparentemente salidos al azar de las filas, que se mantenían a igual distancia del jefe, formando un gran círculo de diez metros de diámetro.

De nuevo la sonora llamada despertó los ecos en los riscos que me rodeaban, y las hordas de tetraedros comenzaron a moverse fluidamente, caudal de resplandeciente cristal púrpura que se reunió en el anfiteatro natural, formando de tres en tres en los lugares que sus compañeros habían señalado... todos menos diez, que se enfrentaron a cada trío, formando una gigantesca rueda dentada con ejes, radios y corona de cristal viviente y sensible... ¡cristal con inteligencia!

Permanecieron allí bajo el sol abrasador, destacándose como gigantescas joyas de púrpura contra la roca color azabache. Pensé en el gran circo de piedra de Stonehenge y otros círculos monolíticos que los hombres han hallado en Inglaterra y en Europa. ¡Había un extraño parecido entre la forma de los monstruos vivientes de otro mundo y los antiguos templos de la raza prehistórica! Pero, ¿es tan descabellado suponer que los salvajes supersticiosos modelasen sus templo más importantes a imagen y semejanza de los dioses sobrenaturales a quienes rendían culto... dioses de cristal púrpura que llegaron, destruyeron y volvieron a desvanecerse en los cielos, dejando el recuerdo de su círculo inevitable, y el trueno de su lenguaje en los grandes timbales de los cultos? ¿No es posible que hubieran venido antes, para descubrir que la Tierra no servía a sus fines y continuar hacia otros mundos? Y si fue así y nos encontramos dispuestos, ¿qué les impidió retirarse con el relato de sus descubrimientos, señalando que la Tierra era inútil para sus propósitos tetraédricos? ¿Por qué regresaban una y otra vez?

Vi que los tríos que formaban la corona dentada de la gigantesca rueda de cristal avanzaban poco a poco hacia dentro, uniendo sus cúspides hasta formar un estrecho foco, y que los diez que constituían los radios de la rueda eran del mismo color vivo que su jefe. Los conjuntos de tetraedros arrojaban sombras cortas y negras alrededor de sus bases brillantes.

A medida que el sol llegaba al cenit, dejando caer sus rayos abrasadores sobre el mundo sofocante, noté el inicio de un vago resplandor rosado en el foco de los grupos del círculo, un brillo como de energía, de luz, concentrada por los mismos tetraedros, aunque no surgía de ellos mismos, sino que era absorbida del torrente de luz que recibían desde lo alto. ¡Porque la luz que se reflejaba en sus caras resplandecía aún más azul, aún más fría, a medida que bebían los cálidos rayos rojos y los enfocaban hacia los hirvientes globos de energía contenida que se estaban formando sobre sus aristas!

El resplandor rosado se había convertido en un fuerte bermellón, aparentemente encerrado en las esferas definidas por los vértices de los tetraedros inclinados. ¡Treinta carbones brillantes sobre fondo negro, noventa grandes formas angulosas y negras que resplandecían con fantasmagórica luz azul bajo los rayos del sol, mientras se aproximaban lentamente al centro, a su poderoso jefe, llevándole comida, energía

solar para su festín!

¡Ahora la llama escarlata de luz aprisionada ascendía rápidamente a un espantoso pináculo de color insoportable —fuego puro tomado de los cálidos rayos del sol—, pura energía para saciar a aquellos demonios tetraédricos de otro mundo! ¡Me pareció que habría de reventar las esferas que la aprisionaban y fundir toda aquella horda de cristal con su furia liberada de fuego viviente, liberándose de las fuerzas inimaginables que la mantenían contenida entre las caras ansiosas y resplandecientes, quebrando sus lazos artificiales para barrer el valle con una tempestad de fuego terrible que reduciría el horno de los tetraedros a una lastimera insignificancia! ¡Pero no ocurrió nada de eso, pues el poder que la había sustraído a los dorados rayos del sol la dominaba, sometida a la voluntad de los tetraedros, como el alfarero domina la arcilla!

El gran anillo se cerró lentamente, los tetraedros avanzaron poco a poco hacia el centro común, portando en sus focos los globos de llama terrible. Se detuvieron, preparándose largo rato. En un instante liberaron la energía acumulada de las esferas, en una poderosa explosión de fuego cegador que se convirtió en un único e inmenso manto de llamas, cubriendo la rueda gigantesca con su gloria y convergiendo luego sobre el inflamado torbellino de su centro. ¡Aquí toda la energía liberada de la llama fluía hacia el cuerpo del poderoso jefe de los tetraedros, bañándolo en una orgía de luz roja que fue absorbida por sus facetas brillantes como el agua por la arena reseca del desierto, produciendo un nuevo resplandor de vida renovada en su estructura gigante!

¡Y ahora, como en respuesta, surgió de su cúspide imponente una delicada y delgada fuente de fuego azul claro, silencioso, como la chispa generada por el hombre entre dos electrodos fuertemente cargados —el azul del fuego eléctrico—, la digestión del festín del gigante! Como esclavos que recogen las migajas de la mesa del amo, los diez tetraedros menores se acercaron. ¡A medida que su hambre espantosa manifestaba su intensidad tremenda y ansiosa, la fuente de llamas azules se dividió en diez lenguas delgadas, apenas visibles contra la roca negra, que alcanzaron las cúspides de los diez y se comunicaron a través de ellas a toda la rueda gigantesca, donde las bolas de fuego carmesí volvían a ascender hacia su estallido extático!

¡Las esferas rojas estallaron de nuevo y cubrieron la horda con un manto titánico de llamas, y una vez más el jefe gigante bebió de su gloria impetuosa! ¡Ahora la fuente azul se había convertido en un poderoso geiser de centelleante luz color zafiro, lanzada a treinta metros de altura en la atmósfera resplandeciente! ¡Atraída por la terrible avidez de las criaturas menores, se curvó en magnífica parábola por encima de la rueda de cristal y cayó sobre ellos y en ellos, renovando su sustancia y su vida!

¡Porque mientras yo miraba, cada tetraedro comenzó a hincharse visiblemente,

espantosamente, adquiriendo una magnitud poco menor que la del líder gigantesco! ¡Y, mientras aumentaban su tamaño, el torrente de fuego azul se desvaneció y murió, dejándolos saciados y dispuestos para la escena final!

¡Ésta llegó con sorprendente rapidez! En un instante, los cien monstruos agrupados florecieron, estallaron, se dividieron en otros cuatro más pequeños, nacidos de cada vértice del tetraedro padre. Dejaron una forma octaédrica de cristal transparente, incolora y frágil, cuya vida había pasado a los seres recién nacidos, un esqueleto duro que se deshizo y cayó como delicado y resplandeciente polvo de cristal sobre el suelo del valle. Sólo el líder gigantesco permanecía intacto bajo los rayos oblicuos del sol. ¡El centenar se había convertido en cuatro centenares! ¡Los tetraedros se habían multiplicado!

¡Cuatrocientos seres monstruosos donde momentos antes habían existido cien! ¡Bebiendo la luz del sol de mediodía, absorbiendo su energía para ganar realidad, aquellos entes tetraédricos de un mundo extraño utilizaban su poder para excluir la más leve oposición mediante la fuerza absoluta de su número cada vez mayor! ¡Contra cien o cuatrocientos, los ejércitos y la ciencia de la humanidad podían luchar con cierta posibilidad de éxito, pero cuando cada criatura de aquella hueste invulnerable podía convertirse en cuatro con el sol de mediodía, indudablemente las esperanzas eran nulas! ¡La humanidad estaba condenada!

En el promontorio de la izquierda noté una agitación. Los indios entonaban una extraña cantinela, siguiendo el ritmo de un enorme y grave tambor. Era un monótono himno o plegaria a los dioses antiguos... dioses ahora personificados en aquellos seres. A través de la maleza que nos separaba logré ver al cacique, una cabeza más alto que los demás y con los brazos levantados, dirigiendo la ceremonia. ¡Sus voces se elevaron, y rompieron en un furibundo clamor cuando una docena de congéneres suyos salieron de la selva arrastrando el cuerpo atado de un hombre blanco... ¡de Marston!

Debía acercarme. ¡Allí, separado de ellos por una distancia de treinta metros y una doble cortina de enmarañados bejucos, no me atreví a disparar para no matar al amigo en vez de al enemigo! ¡Me precipite en la espesura, apartando los obstáculos con el cañón de la ametralladora! ¡Si no hubiesen estado distraídos con su ritual salvaje, los indios seguramente habrían oído mi llegada ruidosa, avanzando ciegamente a través de la maleza sin la menor precaución! Por casualidad o suerte la maleza era allí menos espesa, y logré salir al claro en el momento justo.

¡A pesar de su traidora hipocresía, Valdez había dicho la verdad sobre las antiguas costumbres y los sacrificios ancestrales! ¡El enorme cuerpo de Marston fue colocado sobre una losa redonda de piedra pulida en el centro del claro, y los pigmeos de la selva se apiñaban a su alrededor para sujetarlo! ¡El cacique estaba sobre el, con los

brazos alzados en gesto de ofrenda, y sus rasgos estaban distorsionados por algo más que el temor a los dioses y el frenesí del sacrificio! ¡El odio y una ira terrible dominaban su rostro bronceado, convirtiéndolo en una verdadera máscara diabólica! ¡Y en su puño esgrimía un brillante puñal de acero que media hora antes yo había visto enterrado en la tierra negra del bosque... ¡El puñal de Vádez!

¡Volvió a elevar su cántico de ofrenda y sacrificio, dominando con sus gritos el ritmo atronador del timbal, a la manera de los antiguos predecesores de los incas! ¡Volvió a alcanzar su crescendo extático de frenética adoración y odio puro... que culminó en un grito enloquecido cuando su brazo bajó hacia la garganta de su víctima! ¡Mi arma le hizo eco, con un alegre tableteo que sonó como una carcajada salvaje, llenando de muerte plomiza el claro, segando vidas en un sacrificio más terrible que el imaginado por cualquier mente salvaje.

¡A través de una niebla sangrienta vi los cuerpos morenos y quebrados, retorcidos, derribados por los golpes secos de las balas que despedazaban su carne y rompían sus huesos, bañando el altar y el delgado cuerpo allí tendido con chorros de sangre humeante! ¡El deseo de sangre estaba dentro de mí cuando segué las filas aterrorizadas; entonces quedó vacía la primera cartuchera y, mientras buscaba la segunda, los escasos supervivientes agazapados huyeron entre gritos hacia la selva protectora!

¡Retornó la cordura, el horror ante la matanza que había cometido, y con ello un espantoso temor, pues en mi furia irracional tal vez había matado al amigo junto con los enemigos! ¡Salté frenético sobre las hileras despedazadas y sangrantes de la carnicería, y corrí por el ensangrentado lugar hacia donde él estaba, olvidando mi arma!

Cuando llegué al primitivo altar, Marston libró su cuerpo cubierto de sangre de los cadáveres que lo cubrían. Se incorporó y gruñó con sarcasmo:

—¿Está seguro de que ha matado suficientes por hoy? ¿O acaso no sabía que estaba cargada?

—¡Hombre, Marston! —grité sin reparar en sus palabras—. ¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

—No, no. Estoy bien. Admito que es un tirador condenadamente bueno... aunque no acertó conmigo. Pero no digo que no lo haya intentado. Ha tratado bien a los mirones inocentes; naturalmente, para todo buen ciudadano lo primero es el público.

De hecho, le había herido en el brazo —una herida leve, que no interesaba el hueso— y la sangre que lo cubría no era sólo india. Pero sus burlas me ayudaron a serenarme, evitando que fuera presa de la histeria, lo cual no habría beneficiado a nadie. Me devolvió a un estado de relativa normalidad; al menos podía hablar sin temblar como un loco. Cuando nos alejamos del escenario de la matanza, se acordó de Valdez.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Valdez se volvió atrás?

—Lo intentó —respondí sombrío—. Robó la carga del avión ocultándola junto a un sendero y... bueno, yo no quise atender a sus razones, y entonces sacó un arma y me amenazó. Le rompí la nuca... lo maté.

—No le acuso por ello. Supuse que ocurriría, e imagino que se trataba de su vida o de la de él. Pero ha suscitado mucha excitación entre los indios. ¿Sabía que era mestizo? Decía ser indio de pura raza, hijo de un cacique de la selva y una princesa descendiente del pueblo de los Antiguos, ¡pero era un mestizo y además bastardo! La menor insinuación al respecto lo enfurecía. Lo he visto aplastar sin compasión la cabeza de un hombre, un arriero portugués, que afirmó ser pariente suyo... ¡por parte materna! Valdez era un sacerdote de los indios, herencia de su padre, y supongo que ellos encontraron el cadáver. Pero Hornby no sabe nada. Yo que usted acusaría a los indios... a los muertos. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí. Ocurrió tal como usted supone. Lo golpeé en la nuca con un grueso bejuco, con demasiada fuerza. ¿Cómo fue usted capturado?

—Ya le dije que sospechaba de Valdez. Intenté seguirlo y ellos me atacaron al sur de aquí, cerca de la hondonada. Debió ocurrir poco después de que encontrasen a Valdez, pues estaban furiosos. De todos modos, creo que el profesor está a salvo. ¿Comprende que esa multiplicación significa que están preparados para apoderarse de todo, arrasando todo el planeta para convertirlo en un sitio más seguro y acogedor para tetraedros? «Doc» dice que vienen de Mercurio... que estará superpoblado debido a la facilidad de esa reproducción por escisión, y que vienen a buscar nuevo espacio vital. No sé qué probabilidades tenemos de derrotarlos, pero seguro que desde hace una hora se han reducido a la cuarta parte para nosotros. Somos vulnerables, pese a nuestras armas. ¿Tiene usted la otra ametralladora?

—Está en el escondite con la mayor parte de la comida, si los indios no lo descubrieron cuando encontraron a Valdez. Me apoderaré del mapa que él usaba.

—Bien, veámoslo. Mañana usted vigilará al profesor, porque los indios están sedientos de sangre, y yo traeré el material al campamento. Como ahora sé que son hostiles, mantendré los ojos bien abiertos y le garantizo que no volverán a sorprenderme durmiendo. Vamos... busquémosle ahora, mientras los tenemos intimidados.

—Espere, Marston —respondí—. Será mejor que usted vaya a por el material. Tengo la corazonada de que lo necesitaremos muy pronto. A mí me será fácil hallar al profesor Hornby y creo que los indios no van a regresar por ahora.

—¡Tiene razón! —exclamó—. Hasta luego.

Se alejó por el camino que yo había andado.

4 - ¡Acorralados!

No tuve dificultad en hallar al profesor. A decir verdad, fue él quien me encontró a mí. Estaba excitado, porque había descubierto algo que nosotros desconocíamos.

—¡Hawkins! —exclamó, tomándome con fuerza del hombro—. ¿Ha visto cómo se reproducen? Es notable..., ¡absolutamente insólito! La velocidad con que lo hacen... y oiga, Hawkins, no necesitan crecer antes de dividirse. He visto que dos de ellos lo hacían una y otra vez hasta engendrar tetraedros de ocho centímetros... ¡más de un millar! ¡Piénselo... Hawkins! Cuando quieran, podrán avasallar nuestro pequeño planeta en pocos días! ¡Estamos derrotados!

—Supongo que tiene razón, profesor —respondí—. Dígame... ¿ha visto a los indios?

—¿Los indios? Sí... Hawkins, ahora parece que algo anda mal entre ellos. Parecen haber perdido su respeto hacia los tetraedros... Estas tribus no suelen pintarse demasiado, pero los he visto con sus pinturas de guerra, y un viejo insultaba a los seres desde el lindero del bosque, con un torrente inacabable de injurias. Si los tetraedros intentan hacer algo, tal vez ahora se opongan.

—¡Marston se alegrará de oírlo! De momento creo que será mejor dirigirnos a la meseta, al otro lado de la hondonada, donde será menos probable que nos alcance su llama. Usted se quedará allí y yo regresaré para ayudar a Marston con las armas. Muy pronto las necesitaremos.

—De acuerdo, Hawkins. Su plan parece bueno, y celebro que hayan encontrado el avión. Pero, ¿dónde está Valdez? ¿Acompaña a Marston?

—No, está muerto.

—¡Muerto! ¿Quiere decir... los indios?

—Estuvieron a punto de atrapar también a Marston, pero yo iba armado. Vamos a recoger las cosas, y busquemos un sitio desde donde podamos ver lo que ocurre y estar resguardados. Sígame.

Encontramos un refugio ideal en lo alto de la ladera occidental de la hondonada, donde una pequeña estribación cubría la altura que dominaba el valle de los tetraedros. Milenios atrás, por cierto, había sido empleada como atalaya por los antiguos habitantes de la región, cuando las grandes ciudades de piedra tallada se alzaban en los valles ahora cubiertos de vegetación. Quedaba parte de las antiguas murallas, que constituía un buen baluarte contra posibles ataques, y dejé al profesor Hornby con el arma para que defendiese la posición hasta que yo encontrase a Marston.

No me resultó difícil hallarlo, y entre ambos trasladamos los pertrechos del

escondrijo a la atalaya, mientras el profesor montaba guardia. En realidad, ardía de ganas de excavar el antiguo solar, que contenía cerámicas y herramientas de los antiguos habitantes. Explicó que la antigua oleada pleistocénica de inmigración desde Asia, a través de Alaska y América del Norte, se había bifurcado en Panamá para pasar hacia ambas vertientes de los Andes. Al oeste, a lo largo de la costa, florecieron las antiguas civilizaciones americanas que culminaron con los incas. Al este aparecieron los indios de la selva, pobres criaturas salvajes de las regiones tropicales, semejantes a los que ya conocíamos. En el límite entre ambas regiones, él buscaba pruebas de posibles contactos. Tal vez las halló. Jamás lo sabríamos.

Dos días después dieron comienzo las hostilidades. Habíamos encontrado los restos del avión, que estaba casi intacto, aunque era imposible despegar en medio de la selva. Sacamos la gasolina de los depósitos y la guardamos en grandes tinajas de barro que el profesor Homby había encontrado intactas en un nicho antiguo. Propuso luchar con fuego contra el fuego, despejando el terreno que circundaba nuestra pequeña fortaleza, de modo que pudiéramos ver lo que nos rodeaba en caso de que hubiera problemas.

Marston y yo limpiamos el monte lo mejor que pudimos, e hicimos marcas profundas en los árboles más desarrollados de la ladera. Es difícil encender un fuego defensivo en la selva, pero lo conseguimos apilando maleza seca tomada al otro lado de nuestra pequeña plataforma, rociándola con gasolina y metiéndonos en una de las excavaciones del profesor mientras ardía. En un ambiente más seco, no habríamos vivido para contarlo. De hecho, despejamos el terreno unos seis metros a nuestro alrededor antes de que se apagara el fuego, dejando una maraña de restos ennegrecidos que delimitaba eficazmente los respectivos campos, además de despejar el terreno.

Quizá nuestro fuego suscitó el ataque de los tetraedros. La mañana siguiente renovaron su actividad en la rocosa hondonada. Devastaron una considerable extensión de selva antes que acabara el día. Al mediodía siguiente se dieron otro festín solar; el valle ennegrecido quedó atestado con sus formas angulosas, grandes y pequeñas, pues, tal como había visto el profesor, parecía que muchos se multiplicaban sin crecer.

¡El ejército destructor se aprestaba, y los tetraedros iniciaban la conquista de la Tierra! En vastas oleadas de espantosa capacidad destructiva, sus llameantes rayos de energía barrieron la selva y ni siquiera la húmeda oscuridad pudo resistir. Poderosos gigantes del bosque cayeron derribados por la calcinante llama amarilla, deshaciéndose en ceniza polvorienta antes de tocar el suelo. Bejucos gigantes se retorcieron como serpientes torturadas a medida que la savia se volatilizaba por efecto del espantoso calor, y luego cayeron muertos, para descansar como largas espirales grises sobre la roca desnuda que había sido el suelo del bosque... roca que

presentaba el mismo aspecto vítreo que el fondo del valle, roca fundida por un calor de intensidad desconocida en la Tierra.

Por la tarde, nuestro nido rocoso era una península solitaria, un oasis en el desierto de áspera negrura, una torre que los tetraedros, por algún motivo desconocido, no habían intentado alcanzar.

Ahora podíamos comprender su plan de operaciones, y nos descorazonamos, temiendo por nuestra especie. Pues, mientras la mitad del ejército tetraédrico atendía a este holocausto de destrucción, el resto se alimentaba y reproducía bajo la plena luz del sol. Todos los días se sumaban decenas de kilómetros cuadrados a su territorio infernal, y miles de tetraedros a su ejército nefasto. ¡Ahora veíamos que utilizaban cada vez más el segundo procedimiento. ¡Engendraban un sinnúmero de minúsculas criaturas de ocho centímetros que, en pocos días, alcanzaban el tamaño adulto, y al día siguiente podían reproducirse! Era terrible, pero estábamos del todo aislados... una isla en un mar de roca negra, todavía respetada por los fuegos abrasadores. Nada podíamos hacer para salvarnos a nosotros mismos o a nuestro mundo.

Salvo la vegetación que agostaban tan metódicamente, los tetraedros de Mercurio —el profesor Hornby aseguraba que procedían de allí, y luego supimos que así era—, no se habían puesto realmente en contacto con la vida de nuestro planeta, y menos aún con su amo, el hombre. Los indios les tributaban culto desde lejos, y nosotros nos cuidamos mucho de no provocar a nuestros visitantes del espacio. Para unos y otros, la situación iba a dar un giro diametral.

Como habíamos quedado aislados de la selva, ya no percibíamos la inquieta y furtiva actividad de sus habitantes. Sus dioses los habían traicionado; tal vez ahora los consideraban demonios. Su sacrificio había sido interrumpido y sus jefes implacablemente muertos por los asesinos de su hermano, el mestizo que tenía sangre blanca. La vida y la leyenda les habían engañado. ¡La culpa era de los tetraedros, y los tetraedros iban a pagarlo!

Los invasores reanudaron su programa diario de devastación mediada la mañana. Últimamente los indígenas habían adoptado hábitos nocturnos, y fue Marston quien nos despertó a medianoche para que presenciáramos el espectáculo, según dijo. En realidad, todos comprendimos que la empresa de los indios probablemente sería de vital importancia en nuestra situación.

Las esferas eran demasiado pequeñas como para contener a todas las huestes tetraédricas, y éstas formaban grandes óvalos focales alrededor de ellas para dormir, si es justo decir que aquellos entes dormían. El primer indicio del ataque fue un pequeño fuego de hojas y ramas prendido en las rocas, encima de la hondonada llena de pedruscos desprendidos de sus laderas por efecto de la terrible calcinación. Apenas era visible: tan sólo una llamita encendida por algún motivo mágico. Luego

se oyó una cantinela baja y lastimera, cuya vehemencia y amargo odio entendimos en seguida. Era una maldición, destinada a expulsar a los invasores sobrenaturales del lugar donde se hallaban. ¡El profesor Homby quedó estupefacto ante la enorme antigüedad de los mitos y supersticiones en que se fundaba el cántico! ¡De súbito, éste se convirtió en un agudo aullido senil de locura total! La tensión había sido mayor de lo que el viejo sacerdote podía soportar.

¡A guisa de respuesta, otros fuegos mayores surgieron sobre las laderas del valle, y a la luz que despedían vimos que los indios se acercaban desde el límite de la selva! ¡Miles de ellos, que habían recorrido incontables leguas por los senderos de la selva para la adoración, ahora se disponían a la batalla con todo el fanatismo delirante de una religión ultrajada! ¡Fue como una ola gigantesca de humanidad doliente la que descendió por las negras rocas para atacar a los tetraedros durmientes! Pero cuando el último indio abandonó la protección de la selva, vimos que la fuerza atacante era desproporcionadamente reducida en comparación con las filas de aquellos a quienes atacaban. Los mercurianos descansaban, apenas iluminados por la luna menguante, como un inmenso campamento de tiendas negras y tetraédricas, ajenos al enjambre de salvajes que, conducidos por el sacerdote enloquecido, se lanzaban sobre ellos. ¡Pero no estaban ajenos en absoluto!

Fui el primero que descubrió el débil resplandor rosado que rodeaba las filas silenciosas, semejante al que había derribado mi avión. Avisé a Marston con un susurro, y me respondió que el resplandor no existía antes... ¡que los tetraedros debían estar despiertos y en guardia!

Tenía razón. El resplandor rojo se extendió rápidamente sobre el suelo del valle. Debía precederlo otra emanación invisible, pues vi que el viejo sacerdote vacilaba, golpeaba con los puños cerrados una pared inmaterial y caía luego con un grito ahogado, quedando inmóvil. ¡Ahora, en todo el valle las avanzadillas de los salvajes chocaban con esa pared de muerte invisible que avanzaba lentamente... y caían ante ella! ¡Yacían en hileras, apilándose cuerpo sobre cuerpo al no ceder la arremetida desencadenada por las hordas de pieles rojas! ¡Piedras, flechas y lanzas volaron a través de la espesa niebla roja, para rebotar inofensivamente sobre los indiferentes tetraedros! ¡Pero no tan inofensivamente como parecía, pues en algunos casos se producía un débil estallido, con una llamarada azul, cuando uno de los seres más pequeños era destruido por una piedra lanzada con acierto! ¡Eran fuertes, pero sus pieles de cristal eran delgadas y una piedra bien dirigida podía romperlas! ¡No eran invulnerables!

Los indios también se dieron cuenta de ello, pues abandonaron lanzas y flechas para desencadenar una granizada de piedras pequeñas y grandes, que cayeron sobre los tetraedros como un verdadero chaparrón, provocando importantes daños entre los que aún no habían alcanzado el tamaño adulto.

Los salvajes gritaban ahora, excitados por el triunfo, y su ataque desesperado hacía mella, pero la barrera invisible seguía creciendo, sembrando la muerte en su perverso avance. La neblina rosada convertía los cuerpos caídos en una fina ceniza blanca que, a su vez, se disolvía en el rojo cada vez más intenso. ¡Los ruidosos atacantes eran cada vez menos numerosos, y no habían comprendido la futilidad de su empeño! ¡De repente, los tetraedros abandonaron la defensa pasiva para entrar en combate activo!

La causa era evidente. ¡En lo alto de la colina, cinco indios habían lanzado al precipicio un inmenso pedrusco redondo que rebotó sobre las rocas y cayó sobre un enorme tetraedro de dos metros y medio, haciendo añicos su flanco de cristal, y liberando la energía contenida en un torrente cegador de llamas azules que se extendió convirtiéndose en un charco humeante de lava derretida al rojo vivo, que brillaba diabólicamente bajo la pálida luz de la luna! ¡Fue el golpe de gracia! El ataque desesperado había pasado a ser realmente peligroso para los tetraedros, y éstos reaccionaron en seguida. En sus cúspides relampaguearon los flameantes rayos amarillos de la destrucción.

¡Finalmente, los indios se dispersaron y huyeron ante las hordas que avanzaban, pero lo hicieron demasiado tarde, pues los tetraedros ya estaban irritados y no dieron tregua! ¡Largas lenguas amarillas se extendieron, golpeando como terribles martillos a los salvajes que huían y abrasándolos en rápida agonía, derribándolos, hundiéndolos en un horror informe, entre rocas humeantes donde el mar escarlata, los sumergía y los transformaba en escoria fundida a la deriva! ¡Los indios derrotados parecían flotar en un mar amarillo, y lo que aquel mar tocaba desaparecía en un instante! ¡Ningún ser viviente podía resistir aquella espantosa cortina de fuego!

¡De repente la tragedia se volvió hacia nuestro propio cuartel, pues un grupo de indios buscó la salvación en nuestro refugio! Treparon como simios morenos por el precipicio, hacia nuestra fortaleza, y atravesaron los rescoldos de nuestro fuego defensivo. Eran hombres como nosotros, hombres cuyas vidas corrían un terrible peligro. Marston y Homby se encaramaron al parapeto, llamándolos a voces en su lengua nativa. ¡Pero el salvaje asustado no conoce amigos, y la respuesta fue una andanada de flechas que hicieron caer al profesor en mis brazos, y obligaron a Marston a requerir sus armas, entre maldiciones! ¡Con los labios torvamente apretados, Marston regó de plomo la pendiente rocosa, barriendo a los salvajes enfurecidos como yo había hecho ante el altar de los sacrificios! ¡Al vemos, la locura redobló, e interrumpieron la huida para arremeter contra nuestro bastión, alzando las voces en locos insultos!

Dejé al profesor Homby al resguardo de la muralla, saqué la otra ametralladora, abrí de un puntapié una caja de municiones y me uní a Marston para defender la fortaleza. En mi victoria individual, yo había tenido como aliados la sorpresa y la

superstición, pero ahora sólo éramos dos contra el fanatismo desencadenado, y la inferioridad era grande. ¡Acudían de todas partes como saltamontes, con ojos hambrientos de sangre, rechinando los dientes con odio... fieras de la selva devoradas por el deseo de matar! Los restos del matorral quemado, que formaban un espeso cinturón alrededor del fuerte, nos salvaron al frenar el asalto enloquecido. Entonces intervinieron nuestras armas. Y no éramos sólo dos, pues oí un tiro de rifle y supe que el profesor Homby cubría la arista rocosa que se extendía hacia atrás y nos comunicaba con las colinas.

Con todo, creo que habríamos sido vencidos, a no ser por los tetraedros. Comprendieron rápidamente que el comportamiento de los indios había cambiado, y lo aprovecharon rodeando la estribación para impedir una segunda retirada. Entonces lanzaron la ardiente cortina de fuego amarillo sobre las espaldas de la aullante hueste salvaje, que cayeron como moscas. Pocos minutos después, el último indio era ceniza gris sobre la pendiente rocosa.

Hubo un instante de calma. Nos detuvimos e hicimos balance: tres hombres con rifles contra miles de tetraedros provistos de rayos. Homby estaba caído contra el muro bajo, con los ojos cerrados, y su delgado cuerpo se contraía en ataques de tos que hicieron brotar la sangre por su boca. Una flecha le había atravesado los pulmones. Marston abandonó la ametralladora humeante para coger un rifle, y yo lo imité. Durante unos dos segundos, las fuerzas rivales se midieron en silencio.

Los mercurianos tomaron la iniciativa. Sus lenguas amarillas de fuego treparon lentamente por la ladera, despejándola, limpiándola... avanzando hacia nuestro pequeño refugio de la cumbre. Comenzaron a rodearnos por todos lados. Nuestros rifles respondieron, y ya no cupo dudar de su vulnerabilidad, pues donde tocaba el plomo revestido de acero, el delgado cristal se astillaba y la noche se iluminaba con el resplandor de la energía liberada, ¡la esencia de los tetraedros! ¡No podríamos salvarnos, pero venderíamos cara nuestra vida!

Llegó un trueno seco desde el fondo y, bajo el débil resplandor de la niebla roja vi que el jefe gigante de los mercurianos, emplazado en la cumbre que dominaba el valle, dirigía el ataque. ¡La cortina amarilla de fuego se acercada cada vez más a nosotros, y este peligro fue la señal que activó un plan, poco definido aún, en mi confuso cerebro! ¡Levanté el rifle y disparé... no sobre las primeras líneas, sino más atrás, al corazón de la horda, acercando poco a poco la mira hacia el gigante, liquidando a un monstruo tras otro, cada vez más cerca del lugar donde aquél estaba!

¡Entonces comenzó a retroceder, a retirarse ante el mar de llamas que lo rodeó cuando cayeron sus guerreros de cristal! Envalentonado, liquidé a los que se le acercaban, rodeándolo de muerte, amenazándolo, pero sin tocarlo a él. De algún modo, Marston me había entendido; entre ambos logramos contener el frente de llamas, que se apagó cuando los tetraedros descubrieron quién era el blanco de

nuestros disparos. Comprendimos que era mejor perdonarle la vida, y nuestra intuición no fue equivocada. Dudó un segundo, luego emitió su voz retumbante y las filas de tetraedros se retiraron poco a poco, dándonos tregua.

Así permanecemos, virtualmente prisioneros, durante ocho días. Al tercero, el profesor Hornby murió; para él fue una suerte, pues sufría terribles dolores. Era el único que comprendía realmente a los tetraedros, y nunca supe cómo había deducido que provenían de Mercurio, hipótesis que Marston lograría confirmar luego. Los datos arqueológicos reunidos por la expedición se perdieron con su muerte y la de Valdez, y nosotros no pudimos traer muestras. Los tetraedros nos dieron respiro, poniéndonos un cerco de niebla roja que se extendía por la ladera y rodeaba el paso hacia las montañas de la selva. Mientras tanto, seguían destruyendo la vegetación mediante la cortina de fuego, kilómetro tras kilómetro, día tras día.

A través de los prismáticos, los vimos avanzar poco a poco, y fuimos testigos de su sorpresa, bien humana, cuando quemaron la vegetación que cubría las grandes ruinas de la ciudad que nuestra expedición había venido a buscar. Por primera vez se tropezaban con las obras del Hombre, lo cual provocó una gran conmoción entre ellos. Dirigidos por el gigante púrpura, se acercaron y recorrieron el laberinto en ruinas, estudiando los nichos y rincones, aprendiendo. Aquí tenían una prueba de que la Tierra albergaba una civilización... de que podían encontrar enemigos peligrosos. Creo que hasta entonces no habían comprendido que nuestra modesta defensa no era sino un ejemplo de lo que esa civilización era capaz de hacer.

El mismo día, más tarde, hallaron los restos del avión y esta vez la consternación fue aún mayor. Ahí tenían una máquina, producto de esa misma civilización a la que temían. Además, era de construcción reciente mientras la ciudad era antigua. ¿Acaso esto significaba que estaban siendo vigilados, que las invisibles criaturas de la desconocida raza civilizada acechaban en la oscuridad de la selva con sus máquinas de guerra y destrucción... ¿esperando? Entonces, por primera vez desde su descenso a la Tierra, los tetraedros se enfrentaron con el terrible vacío de lo absolutamente desconocido, y creo que empezaron a sentir el miedo.

El valle seguía siendo el centro de su actividad. Cada día los veíamos reproducirse a medida que se elevaba el sol. Veíamos el crecimiento de las hordas que dominarían nuestra especie y nuestro planeta, y lo convertirían en algo muerto y negro, como aquella pequeña hondonada de la vertiente oriental de los Andes. Constantemente nos rodeaba un doble círculo de tetraedros, y el mar rojo de energía circundaba nuestra prisión. El gigante solía venir a observarnos, inmóvil, contemplando con ojos invisibles nuestra fortaleza y nuestras personas. Su lenguaje rítmico empezaba a sernos familiar, y pensé que no sería difícil entenderlo si tuviéramos la clave de su significado.

Marston parecía fascinado por los seres y sus costumbres. Exactamente al borde

de la niebla roja había un manantial de donde tomábamos el agua. Allí solía sentarse horas y horas, acercándose mucho a los seres para verlos y oírlos. Lo veía mecerse al ritmo del lenguaje atronador, observaba que sus labios se movían en muda respuesta, y me pregunté si estaría enloqueciendo.

Desde que Marston comentó por primera vez la teoría del profesor Hornby, según la cual los seres eran mercurianos, intentaba descubrir la manera de comprobarlo. Puesto que ahora nos hallábamos en tregua con los tetraedros, me pregunté si no podría lograr que ellos respondieran. Recordé textos que había leído sobre la posible comunicación interplanetaria... sobre telepatía, asociaciones de palabras y lenguajes de signos. Todo me había parecido descabellado, inservible, pero finalmente decidí intentar algo.

La atalaya estaba hecha de piedra bastante blanda y, gracias a la caja de herramientas del avión, recuperada por Valdez, contaba con un martillo y un cincel. Con estas herramientas y mi escasa memoria, decidí hacer un croquis a escala de los planetas interiores, basándome un poco en la teoría del profesor. Grabé círculos para designar las órbitas de los cuatro planetas menores —Mercurio, Venus, la Tierra y Marte— y un profundo hoyo central. En él coloqué una gran pepita de oro hallada en las ruinas de la fortaleza, simbolizando el Sol. En la órbita de Mercurio puse un pequeñísimo guijarro negro, en la de Venus uno blanco grande, y en la de la Tierra una bola de jade también encontrada en las ruinas. La Tierra tenía una pequeñísima luna blanca en su órbita satélite. Marte era un pedazo de hierro oxidado, y como lunas tenía dos granos de arena. Era a escala aproximada y no había lugar para más.

Ya estaba preparado para intentar comunicarme con los tetraedros, pero quería tener algo más que un solo diagrama. Por tanto, grabé un mapa de la Tierra con océanos en hueco y cordilleras en relieve. Esto me costó mucho tiempo y trabajo, pero Marston no se daba cuenta de nada, ni se lo dije, pues mi plan parecía bastante inútil y no deseaba exponerme a sus burlas.

5 - Frente a frente

Así las cosas, una tormenta tropical cayó sobre nosotros. No es difícil explicar su causa. Cuando los fuegos calcinantes agostaron la selva, la humedad se evaporó. Hasta nuestro pequeño manantial, a medida que el arroyo bajaba hacia la niebla carmesí, se evaporaba designando así la frontera apenas visible entre la vida y la muerte. Además, durante el largo verano el sol había destilado, literalmente, la humedad de toda la cuenca del Amazonas. El aire estaba prácticamente saturado de vapor de agua, aunque normalmente habría faltado un mes para la estación de las lluvias. Las perturbaciones eléctricas provocadas por la continua barrera de fuego se

sumaron a esos fenómenos. ¡Todo estaba dispuesto para una tormenta, y ésta se produjo!

Fue como un segundo Diluvio. Durante la noche los cielos se abrieron y el agua cayó torrencialmente, empapando la roca, formando charcos en cualquier rincón, calándonos hasta los huesos. Llegó el día, pero no hubo sol que sirviera de alimento a los tetraedros. Ni ellos pensaban en alimentarse, pues un peligro muy concreto los amenazaba. ¡Para los tetraedros, el agua representaba la muerte!

Como queda descrito, sus fuegos habían desprendido enormes pedruscos de las laderas del valle donde acampaban. Las piedras taponaban el desfiladero. Y ahora que las laderas de las montañas, desnudas de tierra y vegetación, vertían agua en la vaguada, la corriente quedó estancada ante el dique de piedras... creció contra él y lo rebasó, pero no sin convertir el valle en un lago. Un lago donde únicamente flotaban las dos esferas iridiscentes, pues los millares de tetraedros habían desaparecido para siempre... ¡disueltos!

¡El agua era la muerte para ellos... la disolución! Sólo estaban a salvo en el interior de las esferas, y ya no cabía en ellas ni uno más. El resto de los monstruos tetraédricos perecieron miserablemente durante la noche, antes de poder concentrar sus energías para protegerse con un manto ígneo, que habría eliminado el agua en forma de vapor. En las esferas gemelas había venido un centenar. Cien mil habían nacido después, y ahora apenas quedarían cien. ¡Teníamos la victoria al alcance de la mano!

Pudiendo escapar, nos quedamos, lo mismo que al principio. La huida era una dilación. Nada más. Un milagro podía salvarnos, y supongo que creíamos en milagros. De modo que procuramos resguardarnos del diluvio en las ruinas de la atalaya y observamos las dos esferas a través de la cortina de lluvia. Habían salido del agua y estaban en el desfiladero, coronando el dique.

Nuestra «ducha» duró tres días. Luego salió el sol y las montañas empezaron a secarse. Tan sólo quedaba el lago recién formado para recordarnos las lluvias, un lago manchado de violeta oscuro por los cuerpos de los tetraedros de cristal que se disolvían poco a poco. Los de las dos esferas esperaron un día, y luego salieron para observar los restos de su campamento el líder gigante y apenas un centenar de sus subordinados. Entonces supe que había algo de cálculo en la locura de Marston.

Los tetraedros reanudaron el sitio en la base de nuestro refugio, aunque la cortina de fuego carmesí ya no era tan alta ni tan intensa. El jefe se mantenía fuera del círculo, meditando, observando... pensando tal vez en la relación entre nosotros y la tempestad que había reducido a la nada sus proyectos. Entonces Marston se acomodó bajo el brazo un gran tambor indio que yo me había llevado del altar sacrificial, un tambor de ceremonia hecho de piel humana bien curtida, y bajó por la ladera para enfrentarse con los tetraedros. Monté mis armas y esperé acontecimientos.

Todavía me parece verlos: ¡grandes jefes de dos razas totalmente distintas, nacidos en dos planetas distantes como mínimo noventa y seis millones y medio de kilómetros, intrínsecamente opuestos y enemigos, inmóviles sobre la roca negra, observándose! El gran tetraedro retumbó y la cortina de fuego se hizo más brillante, tratando de escalar la pendiente. Era una baladronada. Marston no hizo ningún caso.

Entonces levantó el gran tambor. Lo había cuidado como si fuese un hijo durante las lluvias, tapándolo como pudo, probando la tensión de su descomunal parche, secándolo cuidadosamente al calor del sol y con fuego durante todo el día anterior. En ese momento comprendí el motivo.

Poco a poco, empleando la palma de la mano y los dedos en rápida sucesión, empezó a tocar. No era el latido rítmico de los nativos, ni el mensaje sincopado de los tambores de señales. Rápido, cada vez más rápido, el gran tambor del sacrificio resonó hasta que los golpes se convirtieron en un redoble bajo y continuo, insondable, aumentando de volumen hasta un trueno rodante, creciendo y modificándose en delicadas inflexiones. ¡Su muñeca debía ser maravillosamente fuerte y hábil para poder dominar de aquel modo el sonido! El tamborileo produjo grandes ondas palpitantes, y durante su tronar todo el mundo permaneció inmóvil: Marston y yo en la ladera, los tetraedros abajo y el gigante púrpura detrás, junto a la orilla del lago. Siguió y siguió, atronando mi cerebro con sus golpes sordos e insistentes, como el oleaje de un mar muerto sobre las playas de un mundo muerto, dominándome, llenándome, hablándome con la voz de la tormenta... ¡hablando... eso era! ¡Marston hablaba con los tetraedros, usando la voz del gigantesco tambor!

¡Durante los largos días de ocio en la atalaya, había escuchado, aprendido, clasificado en su cerebro científico el significado de las órdenes que el gran jefe de los tetraedros mercurianos impartía a sus huestes de cristal; había aprendido sus inflexiones, las había almacenado en su mente! Poseía un vocabulario elemental, sonidos que se referían al gran comandante, la horda, los tetraedros como especie, verbos simples como ir, y venir, aumentar o reducir la cortina de fuego; los nombres de los seres humanos, de su planeta y el nuestro. Una multitud de sustantivos y verbos, que incluso ahora me parece imposible pudieran ser recogidos por un hombre del murmullo de una raza extraña, asociando las acciones con las palabras. ¡Pero Marston había aprendido, y respondía con la voz hosca del gigantesco tambor, respondía con palabras torpes, imprecisas, mal elegidas, vacilantemente expresadas, pero palabras que el tetraedro comprendía!

Pues la niebla roja disminuyó y desapareció. Las filas de cristal se abrieron y a través de ellas el gigantesco jefe se acercó a donde Marston estaba sentado con el tambor. Se detuvo y habló con palabras muy semejantes a las que Marston había empleado, palabras sencillas como las que aprenden los niños, dichas sin ilación.

—Vosotros... ¿qué?

El tambor:

—Nosotros... tetraedros. Tierra.

Traduzco aproximadamente lo que decían. Las palabras no eran tan literales como yo las ponga para adaptarlas a nuestra lengua imperfecta; más que palabras, eran ideas. ¡Pero lograron transmitir el mensaje!

El gigante se sorprendió. ¿Cómo podíamos nosotros, monstruos deformes y fofos, ser dueños de un planeta y semejantes a ellos? Se mostró incrédulo:

—¿Vosotros tetraedros?

El tambor murmuró una afirmación, como dando cuenta de una orden cumplida. La idea fue captada, pero el gigante púrpura no pareció quedar convencido.

—¡Vosotros... débiles! (el sentido de la palabra que empleó era «fácilmente vulnerables», como la vegetación). Vosotros morir... fácil en este caso empleó un término con el que había designado a los tetraedros destruidos durante la batalla con los indios). ¡Nosotros... tetraedros... nuestro planeta... y Tierra!

No había objeción a esto. Ellos podían dominar ambos planetas sin dificultad. Marston recurrió a mí.

—Hawkins, traiga esas piedras que ha cincelado y una botella de agua. ¡Espere! Dos botellas y un arma.

De modo que me había visto trabajar y adivinó mi plan. Bien, su idea había sido más útil, y no sería yo quien lo negase. Regresé a buscar las cantimploras y el arma. Según sus instrucciones, coloque la cantimplora sobre una roca de la ladera. Tomó la otra, y todo el tiempo su tambor tranquilizó al gigante y su horda.

—Hawkins, ocúpese de las piedras mientras yo hablo. Traduciré y usted actuará de acuerdo con esto. —Habló el tambor—: Sol... Sol... Sol... —lo señaló—. Vuestro Sol... nuestro Sol.

El tetraedro asintió. Eran oriundos de nuestro sistema solar.

Marston señaló mi esquema. El Sol, la Tierra y su órbita.

—Sol. Sol. Tierra. Tierra.

Hice girar lentamente la piedra de jade en su órbita y el guijarro-Luna en la suya. También moví los demás planetas, mostrando los colores y el tamaño relativo. Marston volvió a tocar el tambor y, a medida que yo hacía señas, formuló sus preguntas.

—¿Vosotros planetas... vuestro planeta? Vuestro planeta... ¿cuál? ¿Éste?

El gigante negó. No era de Marte.

—¿Éste?

¡Nada menos que Venus! Venus debía ser demasiado húmedo para resultar confortable. Luego, ansiosamente:

—¿Éste?

¡Afirmación! ¡El profesor tenía razón! ¡Venían de Mercurio! Pero Marston quiso

cerciorarse. Hallando una mancha blanca de cuarzo en la piedra negra que representaba a Mercurio, la dirigió hacia el dorado Sol, manteniéndola así mientras trazaba lentamente su órbita. La afirmación fue definitiva. Eran de Mercurio, uno de cuyos hemisferios mira siempre al Sol. Hasta aquí, lodo iba bien. Marston cogió la otra placa que yo había preparado, el mapa en relieve de la Tierra.

—Tierra... Tierra.

Sí, el mercuriano la reconoció. Así la había visto desde el espacio.

Con un pedazo de cuarzo, Marston marcó el lugar de América del Sur donde nos encontrábamos y apuntó al suelo, al lago, a la selva.

—Esto... esto —dijo.

Otra afirmación. Sabían muy bien dónde estaban.

Otro tema quedaba zanjado. Tocó la cadencia monótona de tranquilidad. y luego anunció con breves y hábiles palabras:

—Vosotros... tetraedros. Mercurio (¡seguro que lo eran!). ¡Nosotros... tetraedros... Tierra! (¡no tan bien!)-repitió—. Vosotros... Mercurio. Nosotros... Tierra. ¡Nosotros... tetraedros!

¡Hubo señales evidentes de disconformidad! Marston los tranquilizó de nuevo, agregó una brusca llamada de atención, levantó el arma, disparó dos veces, la arrojó al suelo y volvió a hacer un redoble de buenas intenciones y seguridad.

Había dado en el blanco. La cantimplora se agujereó por arriba y por abajo y salió un hilillo de agua. que resbalaba por la roca vítrea hacia nosotros. Formó un pequeño charco a sus pies, y la doble fila de tetraedros se abrió para dejar pasar el hilo de agua. Volvió a formar otro pequeño charco cerca de la base del líder gigantesco. ¡Él no estaba dispuesto a soportar fanfarronadas! ¡Lanzó un fogonazo de energía cegadora, el charco se hizo vapor y la roca se puso al rojo blanco! Marston había aprendido otra palabra.

—¡Agua... morir! ¡Nosotros... tetraedros... Mercurio y Tierra!

¡Malo! Marston lo intentó otra vez.

—Vosotros... tetraedros... Mercurio. ¡Agua... tetraedro... Tierra!

¡Una idea alarmante! ¡El agua, dueña de la Tierra!

—¡Agua... no... morir! —Decidida negación con el tambor. Hizo una seña. El vapor se condensaba y brillaba sobre la roca lisa en forma de minúsculas gotitas. ¡No era posible matar el agua! ¡Siempre resucitaba!— ¡Nosotros... tetraedros... agua!

¡Caray! ¡Era mucho decir! Lo demostró. Se mojó los dedos en el charco que tenía a los pies; luego recogió un poco con la mano y se mojó el pelo. Emití un poderoso gruñido para llamar la atención, destapé la otra cantimplora y eché un largo y visible chorro para beber. Marston cogió la cantimplora, hizo lo mismo y luego me envió a buscar más agua, un cubo lleno.

—¡Agua... tetraedro... Tierra! —repitió. Lo demostró moviendo el agua del cubo

con mucha alharaca. Luego vertió un poco sobre mi mapa en relieve de la Tierra, llenando los huecos de los mares. Lo subrayó con una lúgubre nota del tambor—. Agua... tetraedro... Tierra. Agua. ¡Agua! —Tuvo otra corazonada y desplazó a Venus por su órbita—. ¿Qué? —preguntó el tambor. Recibió una áspera respuesta. Hundió a Venus en el agua. Venus estaba representada por una piedra pómez y flotó—. ¿Agua... tetraedro... Venus?

Indiscutiblemente. El gigante púrpura estaba seguro. Marston hizo lo mismo con Mercurio. Mercurio se hundió. Se hundió una y otra vez. A Mercurio el agua no le gustaba.

—Vosotros... tetraedros... Mercurio. Agua. No... tetraedro... Mercurio —una pausa. Luego lenta, agoreramente—. ¡Agua... tetraedro... vosotros!

Marston tenía razón. El agua había podido con ellos. Tuve una buena idea y Marston se trasladó hasta el borde del lago, pasando como triunfador entre la fila doble de tetraedros. Al llegar junto al lago —el gigante estaba cerca, y su ejército muy alejado, atrás—, me desnudé y me zambullí. Toqué fondo ¡y salí con un pedazo de cristal púrpura medio disuelto! Marston lo frotó alegremente.

—¡Agua... tetraedro... vosotros!

Tuvieron que admitirlo. Luego Marston intentó inventar una palabra... señaló hacia el cielo y marcó un ritmo en el tambor.

—Arriba... arriba. Agua... arriba.

El gigante comprendió y citó el término correcto. Marston consiguió inventar otro —un «gracias» afable y murmurante— en el tambor. Volví a meter la mano en el lago, llené un cubo de agua, empapé a Marston, y luego avancé con otro cubo hacia el gran tetraedro. Retrocedió. Entonces bebí, gesto infantil pero convincente. En ese momento, la idea de que el agua era veneno puro para los tetraedros y un segundo hogar para nosotros, estaba absolutamente clara. ¡Quedaba por transmitir la principal pieza de información!

Marston tocó el tambor para llamar la atención e imponer tranquilidad. El gran jefe se deslizó, evitando cuidadosamente los charcos. Vi que flotaba a unos ocho centímetros del suelo. Bajo la menor gravedad de Mercurio, tal vez sería capaz de volar.

Indiqué otra vez mi pequeño sistema solar, mientras Marston repetía que la Tierra estaba compuesta principalmente de agua, y por tanto, no era lugar indicado para los tetraedros. El agua podían «matarla», pero volvería a caer en forma de lluvia. Insistí sobre la idea de la lluvia hasta estar seguro de que se había hecho entender, y así conoció varias expresiones mercurianas de disgusto y desagrado. Encontró una palabra para hablar de «lluvia»; en realidad la inventó, pues en mercuriano no debía existir. Improvisó una combinación entre «agua» y «arriba», sumamente clara, con un complicado redoble enfático para caracterizarla. La etimología de la palabra fue muy

clara para todos los interesados. Ahora ya sabían qué era la lluvia.

Hice un agujero en la órbita de Mercurio, y puse tapones de arcilla en la de la Tierra, en puntos diametralmente opuestos. Marston hizo una demostración. Vertió agua sobre Mercurio. Éste desapareció.

—Mercurio... no... lluvia. ¡No!

Todos los tetraedros se habían acercado, y hubo un murmullo general de asentimiento.

Venus, por otro lado, simbolizado por una profunda muesca, contenía mucha agua.

—Venus... lluvia. Agua... tetraedro... Venus.

También lo comprendieron. El clima de Venus es ideal para patos y sapos, no para tetraedros.

Marston acudió a otro planeta, y sentí cierta tensión. ¡Ellos sabían a dónde apuntaba! Iba a describir las condiciones climatológicas de la Tierra. La mitad de la órbita de la Tierra estaba llena de agua hasta el borde, y la otra mitad bastante húmeda. Movié lentamente la Tierra por su trayectoria, mostrando que seis meses eran húmedos y los otros seis no tan húmedos. Lo recalcó con el tambor:

—Agua... tetraedro... Tierra. Nosotros... tetraedro... agua. Agua... tetraedro... vosotros. —Una delicada insinuación. Luego, lenta, enfáticamente—: Agua... Venus. Agua... Tierra.

Ahora, la última carta. Puso a Mercurio en su órbita, situó a Venus casi en el extremo opuesto y se detuvo. El gigante asintió. Aquella era la situación actual de los planetas. Dejó la Tierra y se ocupó de Marte. Lo hizo girar por su órbita y lo detuvo. Afirmación. De momento, todo bien. Entonces comprendí su intención, porque cuando colocó la Tierra en su sitio, prácticamente en la misma línea, entre Marte y Mercurio, ¡quedó en la mitad seca de la órbita!

Los cien tetraedros retrocedieron casi un metro en señal de contrariedad. ¡La lluvia que había ahogado prácticamente a todo el ejército era un ejemplo de nuestra estación seca! ¡Por deducción, nuestra verdadera estación lluviosa debía ser el infierno para todos los tetraedros mercurianos!

Marston era un diplomático demasiado bueno para darles esta explicación sin proponer una alternativa. Poco a poco vertió agua sobre Marte. Marte iba provisto de un hueco en el fondo, pues se secó en seguida. En consecuencia, Marte era muy agradable. Pero la Tierra era repulsiva y húmeda, tan desagradable como Venus o peor. A juzgar por la información que Marston comunicó a los tetraedros, éramos una especie de peces superinteligentes. Levantó el tambor para pronunciar una última palabra:

—Tierra... lluvia. Marte... no... lluvia. Nosotros... Tierra. Vosotros... no... Tierra. Vosotros... ¿Marte? —repitió la pregunta—: ¿Marte? ¿¿¿Marte???

Ejecutó un interminable signo de interrogación, calló, bebió un largo trago de agua de la cantimplora y se zambulló vestido en el lago. Lo seguí y nadamos juntos hasta la otra orilla, poniendo de manifiesto nuestra maestría en el agua. Luego esperamos el resultado. Si todo salía bien, estupendo... De no ser así... al menos se interponía entre nosotros y ellos el lago.

¡Pero salió bien! Durante un rato, el poderoso tetraedro color púrpura real de cinco metros, y sus súbditos púrpura de dos metros y medio, permanecieron inmóviles, en silencio, meditando. Luego se oyó una breve orden. Los cien regresaron ordenadamente a las esferas y entraron. El gran jefe quedó solo. Vaciló un instante y luego avanzó hasta la orilla del lago. ¡De su cúspide gigantesca salieron rayos blancos que convirtieron las aguas purpúreas en grandes nubes de vapor, levantando una densa muralla de niebla entre nosotros! ¡A través del silbido del vapor llegó su voz atronadora, en un último comentario sobre la invasión de su raza tetraédrica! Marston tradujo en voz baja:

—Agua... tetraedro... Tierra. Vosotros... tetraedro... agua. ¡Nosotros... matar... agua! Vosotros... Tierra. Nosotros... Marte. ¡Marte! —y una larga y quebrada afirmación, un «¡Sí!» infinitamente subrayado.

Agua y Tierra parecían sinónimos, y nosotros nos hallábamos absolutamente cómodos en medio de tan peligroso elemento. Ellos, los tetraedros de Mercurio, podían «matarla», algo que nosotros, según deducían, no podíamos hacer. No admitirían haber sido derrotados por el Hombre o el agua, pero el sistema solar era grande. ¡Podíamos quedarnos con nuestra Tierra empapada! ¡Ellos se iban a Marte!

Más allá de las nubes de «agua muerta» se alzaron dos enormes y gloriosas perlas, maravillosamente iridiscentes bajo los rayos del sol poniente... Subieron y subieron, haciéndose cada vez más pequeñas, hasta desaparecer en el cielo sobre los Andes. Irónicamente, empezaba a llover.

* * *

Como veis, *Tetraedros del espacio* pertenece a la misma tradición que los cuentos de Meek. El relato se sitúa en América del Sur, y esta vez los salvajes supersticiosos y seres claramente subhumanos son los indios. Cuando el mestizo Valdez es asesinado, el héroe lo entierra y dice que «había sido un ser humano», pero también, «...en parte, era blanco».

P. Schuyler Miller ha escrito la sección de crítica en «Astounding» prácticamente desde que soy escritor. Como le conozco, sé que es una persona liberal y humana, una de las almas más buenas y generosas que he conocido. Esto demuestra hasta qué punto influyen los arquetipos inconscientes; tan arraigados estaban en la novela de

aventuras, que incluso Miller fue víctima de ellos.

Lo que me gustaba de este relato e hizo que perdurase en mi recuerdo fue la descripción de seres extraterrestres absolutamente no humanos. Esto no era frecuente en aquella época ni, si a eso vamos, en las variedades más primitivas de la ciencia-ficción actual. En demasiados casos, se supone que los seres inteligentes son humanos si están con los buenos, y humanos degenerados si figuran entre los malos, como ocurría en *Submicroscópico*.

Además, tenemos la descripción de cómo se multiplican los tetraedros, y del entendimiento final entre las dos especies, que me pareció entonces resuelta con gran maestría... y sigue pareciéndome ahora, al releer el cuento.

Otra cosa que recuerdo en relación con este relato se refiere a la palabra «tetraedros». Miller no la define en ningún pasaje del cuento, pero las ilustraciones de Frank R. Paúl (una de ellas en la cubierta de la revista) me mostraron que designaba los cuerpos de cuatro caras triangulares.

Fue la primera vez que leí esa palabra y, naturalmente, nunca la olvidé. La lectura siempre enriquece el vocabulario del lector, pero el leer ciencia-ficción acrecienta automáticamente el vocabulario científico.

Tetraedros del espacio tiene otra característica común de la primitiva ciencia-ficción: la superabundancia de adjetivos. En la primera parte del cuento, sobre todo, cada oración lleva una carga de adjetivos que la hace ampulosa. Esto, con el frecuente hipérbaton y el abuso de exclamaciones, corta el aliento y dificulta la comprensión de la frase.

Para mí, durante mi juventud, para otros durante la suya y para algunos, sospecho, durante toda la vida, esta espesa capa de engrudo adjetival es el distintivo del buen escritor. En efecto, la adjetivitis era muy frecuente en la literatura fantástica de la época, y en escritores tan admirados como A. Merritt, H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith (por mi parte, lamento decir que no los admiré nunca, ni siquiera de joven, cuando tal falta de gusto hubiera sido más pasable).

Clark Ashton Smith, en particular, cultivaba otra aberración literaria, muy interesante también. Empleaba palabras largas y poco usuales como recurso para impresionar a los ingenuos y presumir de gran calidad. En el mismo número que *Tetraedros del espacio*, por ejemplo, se publicó *Beyond the Singing Flame*, de Smith. Como en este caso Sam Moskowitz me había facilitado el ejemplar completo, me puse a leer el cuento de Smith por aquello de recordar viejos tiempos.

En el segundo párrafo descubrí que empleaba «verídico» cuando quería decir «sincero», y ya no leí más. Si, «verídico» puede significar «sincero», pero no se me ocurre ninguna aplicación (excepto en jergas de especialistas) en que «sincero» no sea decididamente preferible.

En mis primeros ensayos quise imitar estas fiorituras adjetivales. Mi estilo era de

lo más retorcido cuando aún no había publicado nada. Parte de esa grasa se fundió por si sola cuando empecé a publicar, y al correr de los años mis textos van quedando cada vez más desprovistos de adornos. No me arrepiento de ello.

Hacia 1931, mi afición a la ciencia-ficción desbordó de modo incontenible. Empecé a repetir a otros los cuentos que había leído. Recuerdo claramente que imitaba a mi amigo el cuentista de hacía tres años. Pero ahora era yo quien disponía de un público.

Naturalmente, los cuentos no eran míos, ni yo pretendía hacer creer que lo fuesen. Nunca dejaba de advertir que los había leído en revistas de ciencia-ficción. Mis compañeros, al igual que yo, no podían pagar esas revistas, y por eso me escuchaban.

En cuanto a mí, descubrí por primera vez en mi vida que me gustaba tener un público y que sabía hablar ante un grupo de personas, aunque algunas me fuesen desconocidas, sin ponerme nervioso. (Fue un descubrimiento útil, pues veinte años más tarde me convertí en un conferenciante profesional y ello me permitió cobrar, a veces, honorarios muy respetables. Estoy seguro de que la experiencia y el entrenamiento de mi infancia contribuyeron a ello.)

Recuerdo cómo me sentaba en la acera delante de la escuela, con un auditorio de dos a diez jóvenes que escuchaban atentamente mientras yo repetía lo que había leído, adornándolo con todos los embellecimientos personales que se me ocurrían.

Y el cuento que estoy más seguro de haber relatado así es *El mundo del Sol rojo*, de Clifford D. Simak, publicado en «Wonder Stories» de diciembre de 1931.

EL MUNDO DEL SOL ROJO

Clifford D. Simak

—¿Preparado, Bill? —preguntó Harl Swanson. Bill Kressman asintió—. ¡Entonces, envía un beso de despedida a mil novecientos treinta y cinco —gritó el gigante sueco y movió la palanca.

La máquina se estremeció violentamente y luego permaneció inmóvil en una oscuridad total. En un abrir y cerrar de ojos, la brillante luz del sol se extinguió y una oscuridad negra como boca de lobo, una negrura pintada con el pincel del demonio, envolvió a los dos hombres.

Las luces eléctricas iluminaban los cuadros de instrumentos, pero la iluminación era débil comparada con la densa oscuridad que entraba por las ventanillas de cuarzo de la máquina.

El cambio repentino desconcertó a Bill. Estaba preparado para algo, para algún tipo de cambio, pero no para aquello. Se incorporó a medias, y luego se dejó caer en el asiento.

Harl lo observó y sonrió.

—¿Asustado? —bromeó.

—Diantre, no —dijo Bill.

—Compañero, estás viajando a través del tiempo —agregó Harl—. Ya no estás en el espacio. Nos lleva una corriente de tiempo. El espacio se ha curvado a tu alrededor. No puedes viajar por el tiempo mientras te hallas en el espacio, pues éste impone al tiempo un paso medido: hasta aquí y no más. Pero si incurvas el espacio a tu alrededor, podrás viajar en el tiempo. Y cuando se sale del espacio no hay absolutamente ninguna luz, sino una total oscuridad, como tampoco hay gravedad, ni ninguno de los fenómenos físicos normales.

Bill asintió. Lo habían repasado antes muchas, muchas veces. Construcción de una doble pared reforzada, capaz de soportar el vacío donde sería lanzada la nave al mover la palanca que la sacaría del espacio y la introduciría en la corriente de tiempo. Un aislante para protegerla frente al cero absoluto que reina donde no puede existir el calor. Rejillas gravitatorias en el piso, de modo que pudieran orientarse cuando estuvieran en esa nada donde no hay gravedad. Un complicado sistema de calefacción para calentar los motores, para impedir que se congelaran la gasolina, el aceite y el agua. Poderosos generadores de atmósfera para suministrar aire a los pasajeros y a los motores.

Había representado diez años de trabajo y una suma de dinero que alcanzaba siete cifras. Se habían equivocado una y otra vez, habían fracasado otras tantas. Los

hallazgos que realizaban durante su investigación habrían transformado el mundo y revolucionado la industria, pero ellos no dijeron una palabra a nadie. Sólo les importaba una cosa: viajar a través del tiempo.

Los dos jóvenes científicos habían consagrado todos sus esfuerzos a viajar hacia el futuro, a ahondar en el pasado, a dominar el tiempo. Por fin, tenían el éxito a su alcance.

En 1933 lograron su propósito. Dedicaron varios meses a realizar experimentos y construir la combinación de aparato volador y máquina del tiempo.

Lanzaron aeronaves en miniatura, con las máquinas de tiempo también en miniatura preparadas para funcionar automáticamente; volaban por el laboratorio y finalmente desaparecían. Tal vez en aquel mismo momento giraban en torbellino a través de eras inimaginadas.

Lograron construir una pequeña máquina del tiempo, preparada para viajar un mes hacia el futuro... Casi exactamente un mes después, aquélla se materializó en el suelo del laboratorio, a donde regresó después de su viaje a través del tiempo. ¡Fue la prueba decisiva! La posibilidad de viajar por el tiempo quedaba demostrada sin lugar a dudas.

Ahora Harl Swanson y Bill Kressman viajaban por la corriente de tiempo. En la calle, la multitud había lanzado un grito de asombro cuando vio que el gigantesco avión trimotor desaparecía de improviso en el aire.

Harl se acercó al tablero de instrumentos. Sus vigilantes oídos escuchaban el ronquido de los tres motores pues, no obstante las muchas precauciones tomadas para protegerlos, los dedos inexorables del cero absoluto se aferraban al vibrante metal.

El medio era peligroso, pero el único factible. Si hubieran permanecido a nivel del suelo para penetrar en la corriente de tiempo, al detenerse quizá se habrían visto, tanto ellos como la máquina, sepultados por algún desplazamiento de tierras, o tal vez se habría edificado sobre ellos un rascacielos, o se hallarían en el fondo de un canal.

En el aire estaban a salvo de cuanto pudiera suceder sobre la capa de la tierra a lo largo de los siglos que recorrían a una velocidad casi increíble. Estaban bien lanzados a través del tiempo.

Además, el avión les serviría como medio de transporte cuando salieran a la época futura, abandonando la corriente de tiempo para regresar al espacio. Y quizá también como medio de huida, ya que era imposible prever lo que iba a ocurrir algunos milenios más tarde.

Los motores fallaban cada vez más. Estaban funcionando al mínimo; puestos a todo gas habrían despedazado las hélices.

Sin embargo, era preciso calentarlos. De lo contrario, dejarían de funcionar. Sería catastrófico regresar al espacio con los tres motores inservibles. De tal accidente, ninguno de los dos tendría muchas posibilidades de salir vivo.

—¡Acelera, Bill! —gritó Harl con voz tensa.

Bill accionó poco a poco el acelerador. Los motores protestaron, tosieron chispas, y luego volvieron a ronronear con regularidad. El sonido podía oírse desde la cabina gracias a la atmósfera artificial. En la corriente de tiempo no existía el sonido.

Harl prestó atención, inquieto, deseando con todas sus fuerzas que las hélices resistieran.

Bill redujo gas y los motores, puestos de nuevo al mínimo, funcionaron satisfactoriamente.

Harl miró la hora en su reloj de pulsera. Aunque se hallaban en un tránsito donde el tiempo real no se medía con relojes, la máquina aún desgranaba los segundos y minutos del espacio-tiempo normal.

Habían salido hacía ocho minutos. Siete minutos más y pasarían del tiempo al espacio.

Quince minutos era lo máximo que los torturados motores podían soportar expuestos al intenso frío y al vacío.

Miró el cuadrante que indicaba el tiempo. Marcaba el dos mil ochocientos dieciséis. Habían viajado dos mil ochocientos dieciséis años hacia el futuro. Sobrepasarían los cinco mil cuando se cumplieran los quince minutos.

Bill le tocó el brazo.

—¿Estás seguro de que seguimos sobrevolando Denver?

Harl rió entre dientes.

—De no ser así, tal vez nos hallemos a miles de millones de kilómetros en el espacio. Era un riesgo que debíamos correr. De acuerdo con todos los experimentos, hemos de regresar exactamente a la misma posición donde nos hallábamos cuando entramos en la corriente de tiempo. Ocupamos un agujero en el espacio. Debe seguir siendo el mismo.

Empezaron a sentir dolores en los pulmones. O fallaban los generadores de atmósfera, o las fugas de aire hacia el vacío eran más importantes de lo que habían supuesto. Innegablemente, el aire se enrarecía cada vez más. Sin embargo, los motores aún funcionaban bien. Debía tratarse de una falta de estanqueidad en la cabina.

—¿Cuánto llevamos? —gritó Bill.

Harl miró la hora.

—Doce minutos —informó.

La escala de tiempo marcaba cuatro mil doscientos veinticuatro.

—Tres minutos aún —agregó Bill—. Creo que podremos resistir. Los motores funcionan bien. Pero hace cada vez más frío, y el aire está bastante enrarecido.

—Hay una fuga —dijo Harl, quejumbroso.

Los minutos parecían interminables.

Bill intentó pensar. Teóricamente, estaban sobre la ciudad de Denver. Hacía menos de un cuarto de hora habían estado en 1935, y ahora los años pasaban a velocidad de relámpago, una velocidad superior a los trescientos cincuenta años por cada espacio-minuto. Debían hallarse aproximadamente en el año 6450.

Se miró las manos. Las tema azules. El frío era muy intenso en la cabina. Perdían el calor con demasiada rapidez. Les costaba respirar. El aire estaba enrarecido, y eso podía ser peligroso. ¿Y si sufrían un desmayo? Entonces se congelarían y viajarían eternamente a través del tiempo. Cadáveres congelados vagabundeando por espacio de milenios. La tierra que sobrevolaban se disolvería en el espacio. Podrían formarse nuevos mundos y nacer nuevas galaxias mientras ellos flotaban en la corriente de tiempo. La aguja del indicador de tiempo llegaría a tope, se doblaría y seguiría desviándose hasta tropezar con el marco de la escala, donde seguiría pegada intentando registrar el paso de los años.

Se frotó las manos y miró el indicador. Marcaba el cinco mil quinientos dieciséis.

—Quince segundos —tartamudeó Harl, castañeteándole los dientes, con la mano derecha en la palanca y el reloj de pulsera a la vista.

Bill apoyó las manos en el volante.

—¡Ahora! —gritó Harl.

Desvió la palanca y se vieron colgados en el cielo.

Harl lanzó un grito de asombro.

Era el crepúsculo.

Abajo se veían las ruinas de una gran ciudad. Hacia el este aparecía el océano, limitado por un lúgubre horizonte. La playa era un desierto de dunas.

Los motores, al recobrar su temperatura de régimen, rugieron poderosamente.

—¿Dónde estamos? —sollozó Harl.

Bill meneó la cabeza.

—No es Denver —agregó Harl.

—Desde luego, no lo parece —admitió Bill, entrechocando todavía los dientes.

Voló en círculo para calentar los motores.

Abajo no se divisaba el menor rastro de humanidad.

Los motores lanzaron un ronco desafío a las arenas desiertas y, bajo la guía de Bill, la máquina inició un lento descenso hacia un arenal llano, cerca de la más destacada de las ruinas de piedra blanca.

Aterrizó levantando torbellinos de arena, se elevó, y después de un rebote consiguió detener el aparato.

Bill apagó los motores.

—Hemos llegado —dijo.

Harl estiró las piernas con desgana.

Bill miró la escala de tiempo. Marcaba cinco mil seiscientos veintiséis.

—Estamos en el año siete mil quinientos sesenta y uno —dijo lenta y pensativamente.

—¿Tienes tu pistola? —inquirió Harl.

Bill se llevó la mano a un costado y notó el tacto tranquilizador de la 45 guardada en su funda.

—La tengo —respondió.

—De acuerdo. Salgamos.

Harl abrió la escotilla y salieron. La arena crujió bajo sus botas.

Harl dio vuelta a la llave en la cerradura de la escotilla y enganchó el llavero a su cinturón.

—Menudo problema si pierdo las llaves —comentó.

Un viento frío soplaba sobre el desierto, ululaba entre las ruinas, levantando nubes de arena fina y áspera. Pese a sus gruesas ropas de abrigo, los exploradores del tiempo tiritaban.

Harl tomó del brazo a Bill y señaló el horizonte, al este.

Allí flotaba una inmensa bola de color rojo mate.

Bill quedó atónito.

—El Sol —comentó.

—Sí, el Sol —corroboró Harl.

Se miraron en la penumbra.

—Entonces, no es el año siete mil quinientos sesenta y uno —balbuceó Bill.

—No; seguramente es el setecientos cincuenta mil, o tal vez más.

—Entonces, el indicador ha fallado.

—Sí, ha fallado terriblemente. Hemos viajado a través del tiempo mil veces más rápido de lo que creíamos.

Guardaron silencio y contemplaron el paisaje que los rodeaba. Sólo vieron ruinas que se elevaban centenares de metros sobre las arenas. Eran ruinas de nobles proporciones, la mayoría de las cuales expresaban un arte arquitectónico maravilloso, que el siglo veinte no habría sido capaz de crear. La piedra era de una blancura nívea y resplandecía maravillosamente bajo un crepúsculo que los débiles rayos de un gran Sol color ladrillo no conseguían despejar.

—La escala de tiempo media milenios, y no años como creíamos —dijo Bill, pensativo.

Harl asintió con tristeza.

—Es posible —agregó. Por lo que sabemos, igual ha registrado decenas de milenios.

Un ser parecido a un perro, de pelaje gris opaco y de cola caída, se destacó un

instante tras uno de los médanos y luego desapareció.

—Éstas son las ruinas de Denver —afirmó Harl—. El mar que hemos visto debe cubrir todo el este de Norteamérica. Es posible que las Montañas Rocosas sean las únicas tierras no sumergidas, formando una zona desértica. Sí, tal vez hayamos recorrido setecientos mil años, tal vez siete millones.

—¿Y la raza humana? ¿Crees que queda alguien? —inquirió Bill.

—Probablemente. El hombre es un animal resistente. No se deja matar así como así, y sabe adaptarse a prácticamente cualquier ambiente. Ten en cuenta que este cambio ha ocurrido poco a poco.

Bill se volvió y su grito resonó en los oídos de Harl, quien le imitó.

Una horda abigarrada de hombres corría hacia ellos, saltando sobre las dunas. Vestían pieles y, aunque no llevaban armas, cargaron sobre ambos con aparente intención hostil.

Harl sacó rápidamente la pistola de su funda. Su fuerte mano aferró el arma y su dedo encontró el gatillo. El robusto revólver de seis tiros le comunicó una sensación de seguridad.

Los hombres, con las pieles al aire por efecto de la carrera, estaban a menos de cien metros. Lanzaron alaridos terribles que helaban la sangre, y ya no hubo duda de que eran enemigos.

No portaban armas. Harl sonrió. Les darían su merecido. El grupo estaba compuesto de unos cincuenta. Era mucha superioridad numérica, pero no demasiada.

—Vamos a enviarles un regalo —le dijo a Bill.

Los dos revólveres ladraron. Se produjo cierta confusión entre las filas de los atacantes, pero siguieron avanzando, dejando a dos de los suyos en el suelo. Los dos 45 volvieron a ladrar, escupiendo llamas.

Algunos hombres se tambalearon, gritando, y cayeron. Los demás saltaron por encima de los caídos y siguieron corriendo. Parecía que nada podía detenerlos. Estaban a menos de quince metros.

Las pistolas estaban descargadas. Ambos sacaron rápidamente cartuchos de los cinturones y las recargaron.

Antes de que pudieran disparar, el grupo se abalanzó sobre ellos. Bill apuntó a la cara de un enemigo que corría y disparó. Tuvo que apartarse rápidamente para evitar que le derribase al caer. Un puño cerrado golpeó su cabeza, y Bill cayó de rodillas. En esa posición aún perforó a otros dos enemigos que lo acorralaban antes de que se precipitasen sobre él.

Entre el tumulto oyó el rugido del arma de Harl.

Sintió que le asían muchas manos y los cuerpos le aplastaban. Luchó ciega y desesperadamente.

Peleó con las manos, con los pies y hasta con los dientes. Notó que algunos

cuerpos caían bajo sus golpes, y que tenía sangre en las manos. La arena aventada por innumerables pies se le metió en la nariz y los ojos, ahogándolo casi, cegándolo.

Dos metros más allá, Harl luchada lo mismo que su compañero. Como les habían arrebatado las armas, tuvieron que recurrir a las primitivas técnicas de lucha de sus antepasados.

Les pareció que la batalla con sus agresores duraba minutos, pero en realidad no fueron sino segundos hasta que se vieron dominados por el número de adversarios, que les ataron fuertemente de manos y pies con correas, y los dejaron allí empaquetados, como dos pollos preparados para el asador.

—¿Estás herido, Bill? —preguntó Harl.

—No —dijo Bill—. Un poco sobado nada más.

—Yo también —aseguró Harl.

Se tumbaron de espaldas y contemplaron el cielo. Sus enemigos se alejaron para agolparse alrededor del avión.

Entonces oyeron fuertes golpes. Evidentemente, sus contrarios estaban tratando de forzar la escotilla del aparato.

—Que golpeen —dijo Harl—. No podrán romper nada.

—Las hélices —señaló Bill.

Cuando se cansaron de golpear, los hombres regresaron, desataron los pies de los cautivos y los ayudaron a incorporarse.

Así tuvieron oportunidad de contemplar a sus adversarios. Eran hombres altos, bien proporcionados, de miembros fuertes. Parecían bien alimentados. Por lo demás, tenían un aspecto manifiestamente primitivo. Llevaban el pelo burdamente cortado y barbas mal afeitadas. Se movían con indolencia, arrastrando los pies por la arena, con la actitud de quien lleva una existencia sin sentido. Vestían pieles bien curtidas, pero no demasiado limpias. No llevaban armas y su mirada era la de unos seres furtivos, temerosos e inquietos, como bestias de caza siempre al acecho del peligro.

—¡Andando! —dijo uno, un tipo alto, de saliente dentadura. Esa única palabra fue pronunciada en inglés, con una pronunciación algo distinta de la del siglo veinte, pero en buen inglés.

Echaron a andar, flanqueados por los desconocidos, quienes les condujeron hacia la dirección por donde habían llegado los hombres del futuro. Pasaron junto a los muertos sin hacer caso; los camaradas de los caídos dejaron atrás los cuerpos exánimes sin dirigirles apenas una mirada. Por lo visto, la vida de un hombre no valía gran cosa en aquel lugar.

2 - Ordenes de Golan-Kirt

Caminaron entre ruinas monstruosas. Los hombres conversaban entre sí y, aunque lo hacían en inglés, empleaban muchas palabras desconocidas y hablaban con tan mal acento, que los dos prisioneros apenas les entendían.

Llegaron a lo que parecía una calle entre hileras de ruinas. En ese momento aparecieron otros humanos, entre ellos mujeres y niños. Todos miraban a los cautivos y chapurreaban excitadamente.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Bill al que caminaba a su lado. El hombre se pasó los dedos por la barba y escupió en la arena.

—Al circo —respondió, hablando despacio para que el hombre del siglo veinte pudiera comprender sus palabras.

—¿Para qué? —silabeó Bill a su vez.

—Los juegos —dijo lacónico el hombre, como si le molestaran las preguntas.

—¿Qué son los juegos? —inquirió Harl.

—Pronto lo sabrás. Hoy a mediodía es el espectáculo —gruñó otro.

La respuesta provocó una brutal carcajada entre los demás.

—Lo sabrán cuando se enfrenten con los esbirros de Golan-Kirt —cacareó una voz.

—¡Los esbirros de Golan-Kirt! —exclamó Harl.

—¡Quieta esa lengua! —espetó el hombre de la dentadura saliente—, o te la arrancaremos de la boca.

Los dos viajeros del tiempo no hicieron más preguntas.

Avanzaron. Aunque la arena estaba apisonada, hacía dificultosa la marcha, y les dolían las piernas. Afortunadamente, los hombres del futuro no apretaron el paso y parecían tomarse el asunto con calma.

Un nutrido grupo de niños acompañaba la procesión, contemplando a los hombres del siglo veinte y haciendo burla de ellos con sus voces estridentes. Cuando se acercaban demasiado o molestaban con sus gritos, eran empujados a un lado por los guardias.

Luego treparon durante unos quince minutos por una pendiente arenosa. Al llegar arriba vieron el circo, que se alzaba en una hondonada. Se trataba de un gran ruedo descubierto que, al parecer, se había salvado de la destrucción sufrida por el resto de la ciudad. Se habían hecho reparaciones en él, como ponía de manifiesto la tosquedad de la obra en algunos lugares.

Aquella construcción circular tendría un diámetro de unos ochocientos metros. Era de piedra totalmente blanca, como el resto de la ciudad en ruinas.

Los dos hombres del siglo veinte lanzaron una exclamación al comprobar sus dimensiones descomunales.

Pero no tuvieron mucho tiempo para contemplar el edificio, pues sus adversarios

los obligaron a seguir. Bajaron poco a poco hacia el edificio y, conducidos por los hombres del futuro, pasaron por uno de los grandes arcos de la entrada al interior del ruedo.

La arena estaba rodeada de gradas capaces para muchos miles de espectadores. Al otro lado del ruedo se distinguía una hilera de jaulas de acero, emplazadas debajo del graderío.

Los hombres del futuro los apremiaron para que siguieran avanzando.

—Está visto que nos van a encerrar —comentó Bill.

El de la dentadura saliente rió como si hubiera oído un chiste magnífico.

—No será por mucho tiempo —dijo.

Cuando se acercaron a las jaulas vieron que algunas estaban ocupadas. Los hombres se aferraban a los barrotes para ver mejor al grupo que cruzaba el círculo de arena. Otros se quedaron sentados, sin prestar atención, observando a los que se acercaban con escaso o nulo interés. Los hombres del siglo veinte repararon en que muchos mostraban señales de un prolongado encarcelamiento.

La columna hizo alto ante una de las celdas. Uno de los hombres del futuro se acercó a la puerta de la jaula y la abrió con una gran llave. Mientras la puerta rechinaba sobre sus goznes oxidados, los demás se apoderaron de los hombres del siglo veinte, les desataron las manos y los empujaron sin miramientos al interior de la prisión. La puerta hizo un ruido hueco y retumbante, y la llave chirrió en la cerradura.

Se levantaron de entre la suciedad y la basura que cubrían el suelo de la celda, agachándose para observar a los hombres del futuro, que cruzaban el ruedo para luego volverse por donde habían venido.

—Estamos lucidos, me parece —comentó Bill.

Harl sacó un paquete de cigarrillos.

—Enciende —dijo gruñonamente.

Encendieron los cigarrillos. El humo de un tabaco cosechado en 1935 flotó sobre la celda, elevándose por encima de las ruinas de lo que había sido la ciudad de Denver, sobre la cual brillaba un sol moribundo.

Fumaron y luego apagaron los cigarrillos en la arena. Harl se puso en pie e inició una minuciosa inspección de la celda. Bill lo imitó. La examinaron centímetro a centímetro, pero era inexpugnable. Con excepción de la puerta de hierro, estaba hecha de gruesa mampostería. Un repaso a la puerta de hierro tampoco les dio más esperanzas. Volvieron a agacharse.

Harl consultó su reloj de pulsera.

—Hace seis horas que llegamos —dijo— y, a juzgar por la longitud de las sombras, todavía es de mañana, y eso que el sol estaba bastante alto cuando llegamos.

—Los días son más largos que en mil novecientos treinta y cinco —explicó Bill—. La Tierra gira más despacio. Tal vez aquí los días sean de treinta y cuatro horas, o

aún más largos.

—¡Escucha! —exclamó Harl en voz baja.

Unas voces llegaban a sus oídos. Escucharon atentamente. El áspero rechinar del acero se confundía con el ruido de voces, que parecían provenir del lado derecho e iban acercándose.

—¡Si tuviéramos nuestras armas! —gimió Harl.

El clamor estaba cerca, y parecía haber llegado casi a su lado.

—Son los prisioneros —jadeó Bill—. Debe ser la hora del rancho, o algo por el estilo.

Su suposición era acertada.

Un anciano apareció frente a la puerta. Iba encorvado, y una larga barba blanca caía sobre su flaco pecho. Su larga cabellera ondeaba majestuosamente hasta los hombros. En una mano llevaba un cántaro de cuatro litros de capacidad y una gran hogaza de pan.

Pero Harl y Bill no se fijaron en el pan ni en el cántaro. En su taparrabos, junto a un macizo llavero, llevaba las dos pistolas.

Dejó en el suelo el cántaro y la hogaza, e hizo sonar las llaves. Eligió una y abrió una especie de gatera en la parte inferior de la puerta, por donde introdujo en la celda el cántaro y el pan.

Los dos prisioneros cambiaron una mirada. A ambos se les había ocurrido la misma idea. Cuando el anciano se acercase a la puerta, bastaría sujetarlo. Si lograban apoderarse de sus armas, tendrían una posibilidad de abrirse paso hasta la nave.

Entonces vieron que el anciano se sacaba las armas del taparrabos.

Los viajeros del tiempo, sorprendidos, contuvieron la respiración cuando vieron que las colocaba junto al cántaro y la hogaza de pan.

—Órdenes de Golan-Kirt —murmuró a modo de explicación—. Ha venido en persona a presenciar los juegos. Ordenó que las armas fueran devueltas. Darán más interés a los juegos.

—¡Más interés! —se burló Harl, meciéndose lentamente sobre las puntas de los pies.

Los hombres del futuro parecían no poseer ninguna clase de armas, y por lo visto menospreciaban el mortífero poder de las de fuego.

—¿Golan-Kirt? —preguntó Bill, aparentando indiferencia.

El anciano pareció notar su presencia por primera vez.

—Sí —repuso—. ¿No sabéis nada de Golan-Kirt? ¿El-que-vino-del-Cosmos?

—No —dijo Bill.

—Entonces ¿será verdad lo que ha llegado a mis oídos acerca de vosotros? —preguntó el anciano.

—¿Qué has oído?

—Que vinisteis del tiempo —replicó el anciano—, en una gran máquina.

—Es verdad —explicó Mari—. Somos del siglo veinte.

El viejo meneó lentamente la cabeza.

—No sé nada del siglo veinte.

—¡Tú qué vas a saber! —exclamó Harl—. Ha debido pasar cerca de un millón de años.

El anciano volvió a menear la cabeza.

—¿Años? —preguntó—. ¿Qué son años?

Harl se quedó sin habla.

—El año es una medida de tiempo —explicó luego.

—El tiempo no puede medirse —afirmó el anciano muy convencido.

—Los del siglo veinte lo medimos —objetó Harl.

—El que crea que puede medir el tiempo es un tonto —el hombre del futuro no daba su brazo a torcer.

Harl alargó la mano con la palma hacia abajo, y mostró su reloj de pulsera.

—Esto mide el tiempo —declaró.

El anciano apenas se molestó en mirar.

—Eso es una tontería de máquina, y no tiene nada que ver con el tiempo —dijo.

Bill le tocó el brazo a su amigo para advertirle que no insistiera.

—Un año —explicó, hablando despacio— es la palabra que empleamos para designar una revolución de la Tierra alrededor del Sol.

—Conque eso es lo que significa —dijo el anciano—. ¿Por qué no lo decías desde el principio? No obstante, el movimiento de la Tierra no depende del tiempo. El tiempo es meramente relativo.

—Somos de una época en que la Tierra era muy distinta —agregó Bill—. ¿Sabrías decirnos cuántas revoluciones ha dado la Tierra desde entonces?

—¿Cómo puedo hacerlo, si hablamos con palabras que nadie entiende? —preguntó el anciano—. Sólo puedo decirnos que, desde que Golan-Kirt llegó del Cosmos, la Tierra ha descrito su círculo alrededor del Sol más de cinco millones de veces.

¡Cinco millones de veces! ¡Cinco millones de años! Cinco millones de años a contar desde un acontecimiento que ellos no conocían, y que quizá no ocurrió sino varios millones de años después del siglo veinte. ¡Cinco millones de años en el futuro, como mínimo, y sin poder averiguar cuántos más!

El cuadrante había fallado. ¡Hasta aquel momento no habían imaginado ni siquiera remotamente hasta qué punto les engañó!

El siglo veinte. Esa expresión tenía un sonido remoto, un significado irreal. En aquella era, donde el Sol era una bola color ladrillo y la ciudad de Denver un montón

de ruinas, el siglo veinte no representaba sino un instante olvidado en la gran marcha del tiempo, algo tan lejano como la era en que el hombre se diferenci6 de los animales.

—¿El Sol ha estado siempre así? —preguntó Harl.

El anciano negó con la cabeza.

—Nuestros sabios cuentan que en otra época el Sol era tan ardiente que dañaba los ojos. También dicen que se está enfriando, y que en el futuro no dará luz ni calor —el anciano se encogió de hombros—. Claro que todos los hombres habrán muerto antes de que eso suceda.

El anciano cerró el postigo y le echó llave. Cuando se volvía para alejarse, Harl le gritó:

—¡Espera!

El viejo los miró.

—¿Qué quieres? —gruñó por entre sus barbas, medio enojado.

—Siéntate, amigo —pidió Harl—. Nos gustaría hablar un rato más contigo.

El viejo vaciló, hizo intención de irse y luego se quedó.

—Somos de la época en que el Sol dañaba los ojos. Hemos conocido Denver como una gran ciudad floreciente. En esta tierra hemos visto crecer la hierba y caer la lluvia. Donde ahora está el mar, había extensas llanuras —dijo Harl.

El anciano se dejó caer sobre la arena frente a la celda. Sus ojos brillaban de curiosidad febril, y se aferró a los barrotes de hierro con sus descarnadas manos.

—¡Habéis conocido la juventud del mundo! —gritó—. Conocisteis la hierba verde y la lluvia. Aquí casi nunca llueve.

—Todo eso hemos visto —le aseguró Harl—. Pero nos gustaría saber por qué nos han tratado como a enemigos. Veníamos en son de paz, creyendo hallar amigos, aunque prevenidos para la guerra.

—¡Ay! Prevenidos para la guerra... —dijo el anciano con voz temblorosa, mirando las pistolas—. Ésas son armas nobles. He sabido que sembrasteis la playa de muertos antes de que os prendieran.

—Pero, ¿por qué no fuimos tratados como amigos? —insistió Harl.

—Aquí no hay amigos —cacareó el viejo—. No los hay desde que llegó Golan-Kirt. Todos somos enemigos los unos de los otros.

—¿Quién es Golan-Kirt?

—Golan-Kirt descendió del Cosmos para gobernar el mundo —respondió el viejo como si recitara una lección—. No es Hombre ni Bestia. Desconoce el bien. Odia y odia. Es el Mal en estado puro. Porque, al fin y al cabo, no hay amistad ni bondad en el Universo. Nada demuestra que el Cosmos sea benévolo. En tiempos, nuestros antepasados creían en el amor. Era una falacia. El Mal es más fuerte que el Bien.

—Dime, ¿has visto alguna vez a Golan-Kirt? —preguntó Bill, acercándose a los

barrotes.

—Si, por desgracia.

—Háblanos de él —lo apremió Bill.

—No puedo —había un pánico cerval en los ojos del anciano—. ¡No puedo!

Se acercó a la puerta, y su voz se convirtió en un susurro temeroso:

—Voy a deciros una cosa, peregrinos del tiempo. Él es odiado porque predica el odio. Le obedecemos porque no hay más remedio. Domina nuestras mentes a su antojo. Nos gobierna únicamente por medio de la sugestión. No es inmortal. Teme a la muerte... tiene miedo. Hay recursos, si se hallase a alguien con el valor...

El rostro del anciano palideció y una expresión de horror asomó a su mirada. Sus músculos se agarrotaron y sus manos se aferraron como garfios a los barrotes. Se derrumbó contra la puerta, ahogándose.

Le oyeron susurrar débilmente, con palabras entrecortadas:

—Golan-Kirt... vuestras armas... no creáis nada... cerrad vuestras mentes a toda sugestión... —Se detuvo, exhausto, y haciendo un esfuerzo prosiguió con voz débil —: He luchado... he vencido... he conseguido hablar... él... me ha matado... con vosotros no podrá... ahora que... sabéis... —El anciano estaba a punto de morir. Con los ojos muy abiertos vieron cómo luchaba por ganar tiempo—. Vuestras armas... lo matarán... para alguien que no... cree en él... será fácil matarlo... él es un...

El hilo de voz se quebró y el viejo cayó lentamente sobre la arena, delante de la celda.

Los expedicionarios contemplaron el cuerpo caído.

—¡Muerte por sugestión! —exclamó Harl.

Bill asintió.

—Era un hombre valiente —dijo.

Harl miró con atención el cadáver. Sus ojos se animaron al ver el llavero. Arrodillándose, alargó el brazo y tiró del cadáver. Sus dedos alcanzaron el llavero y lo arrancaron del cinto.

—Nos vamos a casa —dijo.

—Y antes de irnos daremos cuenta del Gran Jefe —agregó Bill.

Recogió las armas del suelo y metió cartuchos nuevos en los tambores. Harl hizo sonar las llaves y fue probándolas hasta acertar con la que servía. La cerradura rechinó y la puerta se abrió con estrépito.

Salieron rápidamente de la celda. Hicieron alto un momento ante el cadáver del anciano, en silencioso homenaje. Los hombres del siglo veinte se quitaron los cascos para rendir honores a un hombre que había sido un héroe, que había arrojado su odio a la cara de aquella terrible entidad que predicaba el odio. Aunque el aviso del anciano no había sido muy explícito, los ponía en guardia y les indicaba lo que debían evitar.

Al volverse, lanzaron una involuntaria exclamación de sorpresa. Un gran número de hombres del futuro estaban entrando en el circo y se apresuraban a ocupar sus asientos. Un inmenso clamor —la voz de las multitudes— llegó a sus oídos. El populacho se congregaba para presenciar los juegos.

—Esto puede complicar las cosas —dijo Bill.

—No lo creo —respondió Harl—. El que cuenta es Golan-Kirt. De todos modos tendremos que vérnoslas con él. Esa gente no importa. He creído entender que ejerce un poder absoluto sobre ellos. Al eliminar ese poder, tal vez cambiarán las costumbres y la psicología de esos hombres del futuro.

—Así, lucharemos contra Golan-Kirt y luego veremos qué pasa —agregó Bill.

—El hombre que nos capturó dijo algo de sus esbirros —comentó Harl, pensativo.

Puede que sea capaz de provocar alucinaciones —aventuró Bill—. Tal vez puede hacerles creer en algo que no existe. En ese caso, la gente creería naturalmente que son criaturas que están a su disposición.

—Pero el viejo lo sabía —objetó Harl—. Sabía que todo era mera sugestión. Si toda esa gente lo supiera, la tiranía de Golan-Kirt concluiría bruscamente. Dejarían de creer en su omnipotencia. Sin esa fe, la sugestión que le permite dominar resultaría imposible.

—El anciano lo supo de algún modo misterioso, y pagó con su vida por divulgarlo —afirmó Bill—. Pero no lo sabía todo. Creía que esa entidad procede del Cosmos.

Harl meneó la cabeza, pensativo.

—Tal vez sea cierto que llegó del Cosmos. Recuerda que estamos a cinco millones de años en el futuro, como mínimo. Supongo que será de gran inteligencia. Es un ser material, pues el anciano afirmó que lo había visto; eso facilitará nuestra tarea.

—El anciano dijo que no era inmortal —comentó Bill—. Por tanto, es vulnerable y tal vez nuestras armas puedan dar cuenta de él. Y otra cosa: no vamos a creer nada de lo que podamos sentir, oír o ver. Parece que él domina por medio de la sugestión, exclusivamente. Intentará matarnos por sugestión, como mató al anciano.

Harl asintió.

—Es cuestión de fuerza de voluntad —dijo—. Una cuestión de cerebro y fanfarronería. Es evidente que la fuerza de voluntad de estas personas ha degenerado, y a Golan-Kirt le resulta fácil dominar sus mentes. Nacen, viven y mueren bajo su influencia. El aceptar su poder casi ha llegado a ser hereditario. Poseemos la ventaja de venir de una edad en que los hombres estaban obligados a utilizar su propio cerebro. Tal vez la mente humana degeneró debido a que, mientras la ciencia aumentaba la comodidad de la vida, disminuía la necesidad de pensar. Tal vez queden

aún algunas mentes lúcidas, pero está claro que deben ser pocas. Nosotros somos desconfiados, intrigantes, fanfarrones. A Golan-Kirt le resultaremos más duros de pelar que los hombres del futuro.

3 - La lucha de las edades

Bill sacó los cigarrillos y ambos fumaron. Cruzaron poco a poco el enorme ruedo, con las pistolas en la derecha. La gente seguía entrando y las gradas se llenaban.

Un rugido surgió del graderío que tenían en frente. Lo reconocieron. Era el grito de la plebe, el grito que pedía sangre, la expresión del deseo de presenciar una buena pelea.

Harl sonrió.

—Ahí tenemos a nuestros hinchas —comentó.

Cada vez llegaban más espectadores al ruedo, pero resultaba evidente que los habitantes de la ciudad en ruinas no llegarían a ocupar sino una parte muy pequeña del inmenso circo.

Los dos parecían perdidos en aquel enorme espacio. Sobre ellos, casi en el cenit, se veía el gran sol rojo. Los exploradores del tiempo parecían caminar por un desierto en penumbra limitado por enormes precipicios blancos.

—Denver debía ser una gran ciudad cuando se construyó este edificio —comentó Bill—. Figúrate cuántas personas cabrían ahí. ¿Adivinas para qué les serviría?

—Probablemente no lo sabremos nunca —respondió Harl.

Habían llegado aproximadamente al centro del ruedo.

Harl se detuvo.

—He pensado una cosa —dijo—. Me parece que tendremos buenas probabilidades contra Golan-Kirt. Durante los últimos quince minutos, todos nuestros pensamientos lo han desafiado abiertamente, pero no ha intentado aniquilarnos. Es posible que esté esperando su oportunidad. Pero empiezo a creer que no puede leer en nuestras mentes como en la del anciano. Lo mató tan pronto como pronunció una palabra de traición.

Bill asintió.

Como en respuesta a lo que había dicho Harl, se sintieron agobiados por un gran peso. Bill notó que se apoderaba de él una enfermedad mortal. Le temblaron las rodillas y la cabeza le dio vueltas. Veía manchas que bailaban ante sus ojos y un dolor terrible agarrotó su estómago.

Dio un paso y se tambaleó. Una mano lo tomó del hombro y lo sacudió con fuerza. La sacudida despejó momentáneamente su cerebro. A medida que se disipaba el velo que nublaban sus ojos, pudo ver el rostro de su amigo, una cara pálida y

arrugada.

Los labios de la cara se movieron:

—Anímate, viejo. No te pasa nada. Te encuentras bien.

Le pareció que algo crujía dentro de su cráneo. Era sugestión, la sugestión de Golan-Kirt. Eso era... Tenía que luchar contra ella. Plantó los pies en la arena, irguió los hombros con un esfuerzo y sonrió.

—No, diantre —dijo—. No me encuentro mal. Estoy bien.

Harl le palmeó la espalda.

—Esa es la idea —rugió—. Por un instante casi pudo conmigo. Hay que combatirlo, chico. Hay que luchar.

Bill lanzó una carcajada. Tenía la cabeza despejada y notaba que sus fuerzas retomaban. ¡Habían ganado el primer asalto!

—Pero, ¿dónde está ese Golan-Kirt? —barbotó.

—No se deja ver —espetó Harl—, pero mi teoría es que así no puede montar sus mejores trucos. Le obligaremos a presentarse, y entonces haremos el trabajo.

Oyeron el frenético aullido de la multitud. El público había visto y apreciado el pequeño drama que se había desarrollado en medio del ruedo. Y gritaban pidiendo más.

De repente, sonó a sus espaldas un espantoso tableteo.

Les sorprendió. Conocían ese sonido. Era el tableteo de una ametralladora. En seguida se arrojaron al suelo, apretando los cuerpos contra la arena e intentando cubrirse.

A su alrededor se levantaron pequeños surtidores de arena. Bill sintió un dolor intenso en el brazo. Una de las balas lo había alcanzado. Era el fin. En aquella extensión despejada no había escondrijo que los protegiera de la ametralladora que ladraba burlonamente a sus espaldas. Otro balazo abrasó su pierna. Le habían dado otra vez.

Entonces se echó a reír, a reír salvajemente. No había ametralladora ni balas. Todo era sugestión. Un truco para hacerles creer que los estaban asesinando... lo cual, si se conseguía plenamente, podía matarlos en efecto.

Forcejeó para ponerse de rodillas, arrastrando a Harl. El brazo y la pierna seguían doliéndole, pero no hizo caso. Se dijo enérgicamente que no tenía nada en ellos, que no pasaba absolutamente nada.

—Es la sugestión otra vez —le gritó a Harl—. No existe ninguna ametralladora.

Harl asintió. Volvieron a ponerse en pie y se volvieron. Allí, a sólo doscientos metros de distancia, una figura vestida de uniforme pardo se agazapaba tras una ametralladora que tableteaba amenazadoramente, y de cuya boca salía una llama roja.

—Eso no es una ametralladora —silabeó Bill.

—¡Claro que no es una ametralladora! —dijo Harl como si se lo aprendiera de

memoria.

Se acercaron poco a poco al arma llameante. Aunque las balas parecían silbar a su alrededor, ninguna les acertó. El dolor en la pierna y el brazo de Bill había desaparecido.

El arma se esfumó de repente, lo mismo que la figura de uniforme. Visto y no visto, en una fracción de segundo.

—Estaba seguro de que así sería —comentó Bill.

—Pero va mejorando, el tío —replicó Harl—. Ahí tienes más sugestión.

Harl señaló una de las bóvedas de acceso. Por ella entraban hileras de soldados, vestidos de color caqui, con cascos metálicos en las cabezas, y fusiles al hombro. Un oficial dio una breve orden, y la tropa empezó a desplegarse por el terreno.

La sonora llamada de una tuba distrajo a los dos viajeros del tiempo. Por otro acceso desfilaba una cohorte de legionarios romanos. Los escudos brillaban bajo el sol, y el ruido de armas podía oírse con toda claridad.

—¿Sabes qué creo? —preguntó Harl.

—¿Qué?

—Que Golan-Kirt no puede sugerirnos nada original. Las ametralladoras, los soldados y los legionarios son cosas que ya conocíamos.

—¿Cómo vemos todo eso, si sabemos que no existe? —inquirió Bill.

—No me lo explico —respondió Harl—. En este asunto hay muchas cosas raras que no logro comprender.

—Sea como fuere, la multitud está presenciando un buen espectáculo —observó Bill.

El público estaba en la gloria. A los oídos de ambos llegaron los agudos chillidos de las mujeres, los roncros gritos de los hombres. El populacho lo estaba pasando realmente bien.

Un león grande y feroz, después de lanzar un salvaje rugido, saltó cerca de los dos hombres. Un fragor de herraduras anunció la llegada de más criaturas imaginarias.

—Ha llegado el momento de tomar la iniciativa —dijo Harl.

Levantó la pistola y disparó al aire. Se hizo el silencio.

—¡Atención, Golan-Kirt! —rugió Harl con una voz que se oía hasta el último rincón del circo. Te desafiamos a un combate cara a cara. No tememos a tus criaturas. No pueden hacernos daño. Queremos luchar contigo.

El populacho guardó silencio, sobrecogido. Por primera vez, su dios era desafiado abiertamente. Aguardaron a que las dos figuras solitarias del ruedo quedaran reducidas a pavesas.

Sin embargo, no fueron castigados.

La voz de Harl volvió a alzarse.

—¡Sal de tu escondite, sapo barrigón! —atronó—. ¡Acércate y lucha si tienes

valor, sucio cobarde, miserable!

Tal vez la multitud no comprendiera el significado exacto de las palabras, pero el tono de voz evidenciaba el insulto. Un murmullo amenazador se elevó de las gradas y hubo una avalancha repentina de la multitud. Algunos hombres saltaban la barrera y corrían por la arena.

Entonces se oyó una voz sonora, grave y poderosa:

—Deteneos —dijo—. Yo, Golan-Kirt, me ocuparé de esos hombres.

Harl notó que los soldados y el león habían desaparecido. Nada quedaba en el ruedo, salvo él, su compañero y la veintena de hombres del futuro, que se habían detenido al oír la voz surgida de la nada.

Esperaron, tensos. Harl acomodó los pies en una posición más firme. Cargó su arma, reponiendo el cartucho disparado. Bill se secó la frente con la manga del abrigo.

—Ahora van a luchar los cerebros —le comunicó Harl a su amigo.

Bill sonrió afirmativamente.

—Dos inteligencias mediocres contra un genio —bromeó.

—¡Mira, Bill! —gritó Harl.

Frente a ellos, y un poco más arriba de sus cabezas, había aparecido un foco de luz, una bolita de claridad en la atmósfera sombría. Creció poco a poco y dieron comienzo las vibraciones.

Ambos miraron, fascinados. Las vibraciones aumentaron y la luz se estremeció. A medida que aquéllas se intensificaban, la luz se desvaneció y comenzó a tomar forma un objeto monstruoso. Al principio sólo fue posible verlo vagamente. Pero luego fue haciéndose nítido, comenzó a adquirir una forma definida.

Colgando del aire, suspendido sin medio visible de apoyo, se veía un cerebro gigantesco de unos sesenta centímetros de diámetro. Un cerebro desnudo, con las circunvoluciones al aire. Era algo fantasmal.

Pero lo más horrible eran sus dos ojos minúsculos, como de cerdo, sin pestañas, muy juntos, y el pico curvo directamente situado debajo de la zona frontal del cerebro, descansando en lo que al parecer constituía un rostro atrofiado.

Sus dos adversarios quedaron estupefactos, pero mediante un tremendo esfuerzo pudieron mantener el dominio de sí mismos.

—Te saludamos, Golan-Kirt —arrastró las palabras Harl, con acento de sarcasmo.

Mientras hablaba, levantó el brazo y, bajo la presión del dedo, el percutor del arma se alzó poco a poco. Pero antes de que pudiera apuntar el cañón de la pistola hacia el gran cerebro, el brazo se detuvo y Harl se quedó como congelado, rígido por el espeluznante poder que irradiaba Golan-Kirt.

Bill actuó con rapidez y su 45 rompió el silencio con súbito estampido. Sin embargo, mientras disparaba, su brazo fue desviado a un lado como si hubiera

recibido un fuerte golpe, y la bala silbó a menos de un centímetro del gran cerebro.

—Tontos presuntuosos —rugió una voz que, sin embargo, no era una voz, pues no hubo sonido, sino una mera sensación auditiva.

La pareja, que estaba rígidamente de pie, como en posición de firmes, comprendió que aquello era telepatía: el cerebro les enviaba poderosas emanaciones.

—Tontos presuntuosos, ¿queréis luchar contra mí, contra Golan-Kirt, que poseo multiplicado por cien el poder mental de vuestros dos cerebros sumados? ¿Contra mí, que poseo la sabiduría de todas las edades?

—Lucharemos —espetó Harl—. Vamos a combatirte. Sabemos lo que eres. No has venido del Cosmos. Eres un espécimen de laboratorio. En un pasado ignoto fuiste obtenido bajo condiciones artificiales. No eres inmortal. Tienes miedo de nuestras armas. Una bala en ese asqueroso cerebro acabará contigo.

—¿Quiénes sois vosotros para juzgar? —llegó la onda de pensamiento—. ¡Vosotros, con vuestro minúsculo cerebro del siglo veinte! Habéis llegado a mi época sin que nadie os llamase, me habéis desafiado. Os destruiré. Yo, que vine del Cosmos hace muchos evos para gobernar la parte del Universo que se me antojase, no os temo ni temo a vuestras ridículas armas.

—Pero nos detuviste cuando nos disponíamos a usarlas contra ti. Si pudiera alcanzarte, ni siquiera las necesitaría. Podría despedazarte, destruirte con sólo la fuerza de mis manos.

—Continúa —murmuró la onda de pensamiento—. Di lo que opinas que soy, y cuando hayas terminado te destruiré. Serás polvo flotando en el aire, ceniza sobre las arenas.

Había un tono de burla nada disimulado en las manifestaciones del cerebro.

Harl alzó la voz, casi gritó. Lo hacía de intención, esperando que los hombres del futuro oyeran y comprendieran, antes de que fuese demasiado tarde, la verdadera naturaleza del tirano Golan-Kirt. Oyeron, y abrieron la boca mientras escuchaban azorados.

—En otra época tú fuiste un hombre —vociferó Harl—, un gran científico. Estudiaste el cerebro, te especializaste en ese tema. Por último, descubriste un gran secreto que te permitía desarrollar el cerebro hasta un grado inusitado. Seguro de tu técnica y comprendiendo el poder de que ibas a disfrutar, te transformaste en una criatura cerebral. Eres un tramposo y un impostor. Has sojuzgado a este pueblo durante millones de años. No vienes del Cosmos... Eres un hombre, o lo fuiste en otra época. Eres un atrocidad, una abominación...

Las emanaciones del cerebro vibraron como cargadas de ira.

—Mientes. He venido del Cosmos. Soy inmortal. Te mataré... te mataré.

De súbito, Bill se echó a reír, lanzó una carcajada estentórea. Lo hizo para aliviar su tensión pero, mientras reía, se le ocurrió que la situación era ridícula: allí estaban

ellos, viajeros del siglo veinte adelantados en millones de años a su época, forcejeando con un tramposo que se proclamaba dios de un pueblo que no nacería hasta mucho después de que él hubiera muerto.

Notó que el horrible poderío de Golan-Kirt se concentraba en él. El sudor corrió por su rostro y su cuerpo tembló. Sintió que lo abandonaban sus fuerzas.

Dejó de reír. Cuando lo hizo, un relámpago cruzó por su mente. Experimentó una especie de vértigo. ¡La risa! ¡La risa, eso era! ¡La risa y el ridículo! Ésas eran las armas.

—Ríe, estúpido. ¡Ríe! —le gritó a Harl.

Harl obedeció, sin comprender.

Ambos se retorcieron de risa. Rieron a mandíbula batiente.

Bill, sin saber apenas lo que hacía, casi involuntariamente, le dijo cosas horribles al gran cerebro, lo denigró, lo vituperó, le gritó insultos insufribles.

Harl comenzó a comprender. Bill estaba jugando muy fuerte. Un egoísmo tan grande como el que afectaba a aquel cerebro enemigo suyo sería incapaz de soportar el ridículo, perdería su fuerza ante una acometida de burlas. Por medio de algún poder milagroso, había vivido incontables siglos rodeado siempre de los más altos honores. La burla era algo que ignoraba, un arma terrible que lo golpeaba por sorpresa.

Harl se unió a Bill y se mofó de Golan-Kirt. Fue un gran carnaval burlesco. No se daban cuenta de las palabras que pronunciaban. Reaccionaban ante el peligro, y de un modo mecánico sus lenguas pronunciaban vituperios inimaginables.

Entre una frase y otra reían, aullaban de satánica alegría.

Mientras tanto, notaban el poder del cerebro. Percibieron que su ira aumentaba ante las ofensas. Sus cuerpos se retorcían de dolor, deseaban dejarse caer en la arena y revolcarse en la agonía, pero siguieron riendo, gritando burlas.

Les pareció que la lucha contra Golan-Kirt duraba una eternidad, pero ellos no dejaban de aullar de risa, mientras sufrían sutiles torturas de pies a cabeza. Pero no se atrevieron a dejar de reír, a interrumpir su espantosa burla, a no mofarse de la enorme inteligencia que era su adversario. Era el único recurso. Sin él, las ondas envolventes de sugestión que se volcaban con furia implacable sobre ellos habrían destrozado hasta el último nervio de sus cuerpos.

Captaron el furor del gran cerebro. Estaba literalmente enloquecido de ira. ¡Lo estaban fastidiando! Lo ridiculizaban a más no poder.

Sin darse cuenta dejaron que el nivel de la risa disminuyera. Era tanto su cansancio, que dejaron reinar el silencio.

De improviso, sintieron que la terrible fuerza del cerebro se había renovado, como si dispusiera de alguna misteriosa fuerza de reserva. Los abatió como un rayo, doblándolos, empañando su visión, embotando sus mentes, atormentando todos los

nervios y articulaciones.

Hierros al rojo vivo parecieron abrasarlos, cientos de agujas parecieron clavarse en su carne, afilados puñales parecieron rasgar su cuerpo. Cayeron, ciegos, inermes, barbotando insultos, gritando de dolor.

A través de la roja niebla de dolor oyeron un susurro, una voz suave y encantadora, un murmullo que los llamaba, que les mostraba un camino de salvación.

—Volved las armas contra vosotros mismos. Poned fin a esta tortura. La muerte es el descanso.

El susurro cosquilleaba en sus cerebros. ¡Ésa era la solución! ¿Para qué soportar aquella tortura interminable? La muerte era el descanso. El cañón contra la sien, una pequeña presión sobre el gatillo, el olvido.

Bill apoyó el arma contra la sien. Su dedo se dobló sobre el gatillo. Se echó a reír. Aquello si que era una broma. Una broma de primera. Ganarle a Golan-Kirt con sus propias cartas.

Otra voz trató de imponerse a su risa. Era Harl:

—¡Idiota! ¡Es Golan-Kirt! ¡Es Golan-Kirt, estúpido!

Vio que su amigo se tambaleaba hacia él, vio su rostro retorcido de dolor, vio el movimiento de los labios lívidos cuando gritaron la advertencia.

Bill dejó caer la mano a un costado. Incluso mientras seguía riendo locamente, se sintió presa de la desazón. El cerebro monstruoso había jugado su carta de triunfo y había perdido, pero estuvo a punto de acabar con él. De no ser por Harl, ahora estaría tendido sobre la arena con la cabeza destrozada.

Entonces se dieron cuenta de que el poder del cerebro fallaba, de que su fuerza vacilaba y decaía. ¡Lo habían derrotado!

Intuyeron el gigantesco esfuerzo que realizaba el gran cerebro, la lucha por recuperar el dominio perdido.

Durante infinidad de años había vivido sin luchar, sin que nadie discutiera su derecho a gobernar el mundo. Comprendieron la rabia inútil y el miedo devastador que agitaban las circunvoluciones de Golan-Kirt.

Pero al fin había sido derrotado por hombres de una edad olvidada. La derrota le había sido infligida por el ridículo, algo que no conocía, que jamás sospechó.

Su fuerza disminuía sin cesar. Los hombres del siglo veinte sintieron que el poder del cerebro se alejaba de ellos, captaron la desesperación que lo dominaba.

Dejaron de reír, traspasados de calambres y afónicos. Entonces lo oyeron. El ruido hacía eco a la risa. La multitud reía. El clamor llegó como un tremendo rugido hasta ellos. Los hombres del futuro vociferaban, agachados, pataleando, echando hacia atrás las cabezas, alzando la voz al negro cielo. Se mofaban de Golan-Kirt, le gritaban insultos, lo abucheaban. Aquel fue el fin de su dictadura.

Durante generaciones, los hombres del futuro le habían odiado con el mismo odio que él les enseñó. Habían odiado y temido. Ahora ya no tenían miedo, y el odio andaba suelto.

El dios quedaba reducido a la condición de ridículo impostor. Era un ser lastimoso, un payaso sin máscara, o simplemente un cerebro desnudo e indefenso que había reinado durante siglos por medio del engaño.

Los hombres del siglo veinte vieron que el gran cerebro, retorciéndose ahora bajo el desdén de los que habían sido sus súbditos, perdía sus poderes por efecto de las risas. Ya no dominaba a aquellas criaturas de un mundo agonizante. Sus ojillos muy juntos brillaban ferozmente, y rechinaba el pico, enojado. Estaba cansado, demasiado cansado para recuperar su poder. ¡Se acercaba el fin de Golan-Kirt!

Los revólveres de los viajeros del tiempo apuntaron casi simultáneamente. Esta vez pudieron apuntar al cerebro. No había fuerza capaz de protegerlo.

Los revólveres rugieron, escupiendo su fuego mortífero. El impacto de las balas hizo rodar el cerebro por el aire; empezó a sangrar, y le salieron grandes grietas. Con un golpe seco, cayó al suelo, se estremeció y quedó inmóvil.

Totalmente agotados, cerrando los ojos y sintiendo que les flaqueaban las piernas, los viajeros del tiempo se dejaron caer sobre la arena, con las pistolas todavía humeantes.

En todo el ruedo se oyó el grito entusiasta de los hombres del futuro:

—¡Salve a los Libertadores! ¡Golan-Kirt ha muerto! ¡Su tiranía ha terminado!
¿Salve a los libertadores de la raza!

Epílogo

— Es imposible invertir el tiempo. No podéis regresar a vuestra propia época. No sé qué ocurriría si lo intentaseis, pero sé que es imposible. Nosotros, los de esta era, sabíamos que es posible el viaje al futuro, pero no poseíamos las técnicas para construir una máquina e intentarlo. Bajo la tiranía de Golan-Kirt no hubo progreso material, sino sólo una degeneración constante. Sabemos que es imposible invertir el tiempo. Nosotros, como nación, os suplicamos que no lo intentéis. —El viejo Agnar Nohl, con la blanca barba y el cabello al viento, hablaba con sinceridad. Había en su rostro una expresión grave cuando prosiguió—: Os amamos. Nos liberasteis de la tiranía del cerebro que nos sojuzgó durante tanto tiempo. Os necesitamos. Quedaos con nosotros, ayudadnos a reconstruir este país, ayudadnos a construir máquinas, transmitidnos los conocimientos maravillosos que nosotros, como raza, hemos olvidado. Podemos ofreceros mucho a cambio, pues no se ha perdido toda la ciencia que teníamos antes de que llegase Golan-Kirt.

Harl meneó la cabeza.

—Es preciso que lo intentemos, al menos —dijo.

Los dos hombres del siglo veinte se hallaban junto a su nave. Les contemplaba un grupo numeroso de hombres, una humanidad silenciosa entre sombras de las ruinas silenciosas de Denver. Los hombres del futuro habían ido a despedir con tristeza a los viajeros del tiempo.

Un cierzo helado se levantó sobre el desierto, transportando su carga de arena. Las pieles que vestían los hombres del futuro se agitaron al viento mientras éste interpretaba una fúnebre sinfonía entre las paredes en ruinas.

—Si existiera una posibilidad de éxito, no nos importaría que os fuerais —dijo el viejo Agnar—, pero no podemos dejar que corráis a vuestra perdición. Somos tan egoístas como para desear reteneros, pero os amamos tanto como para dejaros partir. Vosotros nos enseñasteis que el odio era perjudicial, luchasteis contra el odio que nos dominaba. Deseamos lo mejor para vosotros. Es imposible regresar en el tiempo. ¿Por qué no os quedáis? Os necesitamos. Cada vez hay menos alimentos en nuestra Tierra. Tendremos que descubrir la fabricación de alimentos sintéticos, o moriremos de hambre. Pero ése sólo es uno de nuestros problemas. Hay otros. No podéis regresar. ¡Quedaos y ayudadnos!

Harl volvió a menear la cabeza.

—No, hemos de intentarlo. Tal vez fracasemos, pero, al menos, lo habremos intentado. Si sale bien, regresaremos con libros científicos y herramientas.

Agnar se pasó los huesudos dedos por la barba.

—Fracasaréis —afirmó.

—Pero si no fracasamos, regresaremos —insistió Bill.

—Sí, si no fracasáis —replicó el viejo.

—Ahora, nos vamos —concluyó Bill—. Agradecemos vuestras atenciones. Es nuestro deber intentarlo. Sentimos el tener que dejaros. Por favor, creedlo.

—¡Lo creo! —gritó el anciano, y unió las manos en señal de despedida.

Harl abrió la escotilla del avión y Bill subió.

Harl se volvió antes de entrar y saludó con la mano.

—Adiós —se despidió—. Algún día regresaremos.

La multitud lanzó un grito de despedida. Harl subió al avión y cerró la escotilla.

Los motores rugieron, ahogando los gritos de los hombres del futuro, y la gran máquina corrió sobre la arena. Luego despegó. Bill describió tres círculos sobre la ciudad en ruinas, como última y muda despedida a los hombres que miraban desde abajo dolorosa y silenciosamente.

Luego Harl accionó la palanca. Otra vez la oscuridad total, la sensación de colgar en la nada.

Los motores, puestos al mínimo, protestaron ante el cambio. Transcurrieron uno,

dos minutos.

—¿Quién dice que no podemos viajar hacia atrás en el tiempo? —gritó triunfalmente Harl.

Señaló la aguja, que retrocedía poco a poco a lo largo de la escala.

—El viejo se equivocaba después de...

Bill no pudo concluir la frase.

—¡Para! ¡Para! —le gritó a Harl—. ¡Uno de los motores está fallando!

Harl accionó la palanca de un frenético tirón. El motor se caló y tosió; rateó un poco y seguidamente volvió a funcionar con normalidad.

Los dos hombres de la cabina se miraron, pálidos. Sabían que se habían salvado de una caída —y de la muerte— en cuestión de segundos.

De nuevo salieron al espacio, y vieron por segunda vez el sol color ladrillo, el desierto y el mar. Debajo de ellos se alzaban las ruinas de Denver.

—No hemos retrocedido mucho en el tiempo —explicó Harl—. Todo está igual que siempre.

Sobrevolaron las ruinas.

—Será mejor que aterricemos en el desierto para reparar el motor —propuso Harl—. Recuerda que hemos viajado hacia atrás en el tiempo, y Golan-Kirt todavía domina la tierra. No vamos a matarlo por segunda vez; además, puede que eso sea imposible.

El avión volaba bajo, y procuró ganar altura. El motor defectuoso volvió a fallar.

—Seguro que dejará de funcionar esta vez —gritó Bill—. Hemos de arriesgarnos, Harl. Hay que aterrizar, o no podremos seguir.

Harl asintió, sombrío.

Ante ellos se abría la ancha explanada del ruedo. Era cuestión de aterrizar o estrellarse.

Cuando Bill iniciaba la maniobra, el motor averiado rateó por última vez y se paró.

Planearon sobre las paredes blancas del anfiteatro y aterrizaron dentro del ruedo. El avión tocó la arena, corrió por ella y finalmente se detuvo.

Harl abrió la escotilla.

—Hay que repararlo en seguida y salir de aquí —le gritó a Bill—. No vaya a ocurrir que tropecemos de nuevo con ese maldito cerebro.

Se interrumpió de repente.

—Bill —murmuró con un hilo de voz—. ¿Estoy viendo visiones?

Frente a él, sobre la arena del circo y a pocos metros del avión, se alzaba una estatua de dimensiones monumentales, una estatua que les representaba, a él y a Bill.

Desde donde estaba incluso pudo leer la inscripción, grabada en el zócalo de piedra blanca con caracteres muy semejantes a los del alfabeto inglés.

Con voz temblorosa leyó en voz alta, procurando descifrar algún carácter desconocido:

«Dos hombres, Harl Swanson y Bill Kressman, llegaron del tiempo para destruir a Golan-Kirt y liberar la especie.» Debajo vio otros caracteres: «Quizá regresen».

Luego sollozó:

—No hemos viajado hacia atrás en el tiempo, Bill. Hemos continuado hacia el futuro. Mira esa piedra... erosionada, a punto de desplomarse. ¡Esa estatua ha estado aquí desde hace miles de años!

Bill se dejó caer en su asiento, con el rostro ceniciento y los ojos vidriosos.

—¡El viejo tenía razón! —gritó—. Tenía razón. No volveremos a ver el siglo veinte.

Se inclinó sobre la máquina de tiempo.

Su rostro se contrajo de rabia.

—¡Los instrumentos! —chilló—. ¡Malditos instrumentos! Nos han engañado. ¡Mienten! ¡Mienten!

Los golpeó con los puños, rompiéndolos, sin reparar en que el cristal le cortaba las manos, que tenía llenas de sangre.

El silencio reinó en la explanada. No se oía el menor ruido.

Bill rompió el silencio:

—¡Los hombres del futuro! —gritó—. ¿Dónde están los hombres del futuro? —Y él mismo respondió—: Están todos muertos, ¡todos muertos! Han muerto de hambre. ¡No lograron fabricar comida sintética! ¡Estamos solos! ¡Solos en el fin del mundo!

Harl le contemplaba desde la escotilla.

Sobre el antiguo circo, el enorme sol rojo flotaba en un cielo sin nubes. Una leve brisa arremolinaba la arena junto al zócalo de la estatua en ruinas.

* * *

Cliff Simak es una figura particularmente destacada en el mundo de la ciencia-ficción. *El mundo del Sol rojo* fue el primer relato que publicó, y está narrado de un modo sencillo, sin rebuscamientos. El final es triste, y recuerdo que en aquella época me impresionó. No pude dejar de admitir la fuerza de los finales trágicos, pesimistas. (*El hombre que evolucionó* es otro ejemplo, como se ha visto.)

Simak fue uno de los pocos autores «primitivos» que sobrevivieron durante la Era de Campbell. La mayoría de los primeros autores no pudieron continuar. (Lo ocurrido entonces fue parecido a la irrupción del sonoro, fatal para tantos actores que habían aprendido su oficio en el mundo del cine mudo.)

Meek, por ejemplo, apenas escribió nada después de 1932, y Miller lo hizo con

muy poca frecuencia. Jones y Hamilton siguieron escribiendo bastante, pero no aparecieron casi nunca en la «Astounding» de Campbell, que dominaba el cotarro durante los años 40.

El caso de Simak es muy distinto. En 1932 publicó otros cuatro relatos, y luego nada hasta 1938, año en que fechamos el comienzo de la era de Campbell. Entonces se puso a escribir prolíficamente para varias revistas, incluida «Astounding», y pronto pasó a formar parte de la «cuadra» de Campbell, es decir, del equipo de autores que éste había descubierto o lanzado (o ambas cosas a la vez).

Por cierto, Simak siguió ganando en estatura durante los años 50 y 60, cuando tuvo lugar la expansión del género y Campbell no pudo seguir reteniendo el monopolio. Simak fue invitado de honor a la Convención Mundial de Ciencia-Ficción celebrada en Boston en 1971. Hace pocos días he recibido un ejemplar de su última novela, *Cemetery World*, encuadernado en tela.

Entre 1932 y 1938 yo había olvidado a Clifford Simak, aunque no a El mundo del Sol rojo. Lo redescubrí cuando escribió Rule 18, que apareció en «Astounding Science Fiction» de julio de 1938. Ya he mencionado en *The Early Asimov* qué ocurrió después de esto y cómo nos hicimos íntimos amigos.

Pocos años después de conocer a Cliff y hacerme amigo suyo descubrí, gracias a una casualidad, que él era el autor de aquel cuento que antaño narraba yo con tanto placer y éxito a mis compañeros de escuela: ¡feliz descubrimiento!

Simak, por ejemplo, fue el primero en enseñarme que es preferible escribir con sencillez. He contado en *The Early Asimov* cómo ocurrió, pero al menos deseo mencionarlo también aquí.

En otoño de 1931 (animado quizás al ver que mis amigos gustaban de los cuentos de ciencia-ficción que yo reproducía de palabra) quise empezar a escribir narraciones de mi cosecha.

Sin embargo, no me puse a escribir ciencia-ficción. Tenía tan alto concepto de la enorme capacidad y vastos conocimientos científicos exigibles a un autor de este género, que no me atreví a tanto. Conque empecé un relato de aventuras tradicional, no interplanetaria, titulado *The Greenville Chums at Coltege*.

Escribía a lápiz en un cuaderno de cinco centavos, y llegué a completar ocho capítulos antes de abandonar. Recuerdo que intenté narrar la historia de los Greenville Chum a uno de los amigos que solían escuchar mi traslado oral de ciencia-ficción. Con cierta cautela precoz, escogí el que parecía más fielmente entusiasmado. Cuando le narré de palabra lo que había escrito aquel día, me preguntó ansiosamente si querría prestarle el libro cuando yo lo terminase.

No recuerdo si olvidé explicárselo, o si él no había llegado a entender que yo estaba escribiendo el libro. Creyó que estaba repitiendo otro cuento ya impreso. El

halago que esto implicaba me llenó de orgullo y, desde ese día, en mi fuero interno, me consideré un auténtico escritor.

TERCERA PARTE: 1932

La primavera de 1932 coincidió con el fin de mi paso por la escuela secundaria inferior 149. La clase celebró la ceremonia de graduación en un elegante local de algún punto de Brooklyn. Mi padre me regaló una estilográfica (el obsequio tradicional, naturalmente, muy adecuado en mi caso... aunque por aquel entonces, mi padre y yo aún no lo sabíamos).

Pero lo más importante fue que tanto mi madre como mi padre consiguieron prescindir de las obligaciones de la confitería (no sé si la cerraron, o contrataron a un suplente para ese día) para poder asistir a la graduación. Eso demuestra que se la tomaron muy en serio.

Sólo recuerdo dos cosas. La primera, que el orfeón de la escuela cantó el *Gaudeamus Igitur*. Cuando llegó el verso «la gloriosa juventud está con nosotros», me sobrecogió una aguda y dolorosa sensación de nostalgia, al pensar que acababa de graduarme, y que la juventud se alejaba rápidamente.

Pero entonces sólo tenía doce años y aquí estoy, más de cuarenta años después, y la juventud todavía no se ha alejado (todavía no, ¡oh jóvenes maliciosos!).

La segunda cosa que recuerdo es que fueron otorgados dos premios, uno al alumno más sobresaliente en biología y el otro al más sobresaliente en matemáticas. Los ganadores se pusieron en pie y subieron al escenario para ser cubiertos de gloria en presencia de sus orgullosos padres. Yo sabía que en algún lugar, entre el público, el ceño de mi padre se arrugaba con sombría desaprobación, porque yo no estaba entre los ganadores.

Por cierto que cuando regresamos a casa mi padre, en tono terrible y patriarcal, quiso saber por qué no había yo ganado ninguno de los premios.

—Papá —respondí (pues había tenido tiempo de pensar esa explicación)—, el chico que ganó el premio de matemáticas es un cateto en biología. El que ganó el premio de biología no sabe cuántas son dos y dos. Pero yo he quedado el segundo en ambas asignaturas.

Era verdad, y eso me salvó. Nadie volvió a mencionar el tema.

Los últimos meses en la escuela secundaria inferior fueron más alegres para mí gracias a *Tumithak de los corredores*, de Charles R. Tanner, que apareció en «Amazing Stories» de enero de 1932.

TUMITHAK DE LOS CORREDORES

Charles R. Tanner

1 - El muchacho y el libro

El sombrío pasillo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. De cuatro metros y medio de altura y prácticamente igual anchura, avanzaba y avanzaba, y sus paredes pardas y vítreas presentaban siempre la misma uniformidad monótona. A lo largo de la bóveda aparecían a intervalos grandes lámparas brillantes, pantallas planas de fría luminosidad blanca que habían brillado durante siglos sin precisar reparaciones. A intervalos equivalentes había profundos nichos, cubiertos con cortinas de tela áspera semejante a la arpillera, con los umbrales desgastados por los pies de incontables generaciones. En ningún punto se interrumpía la monotonía del escenario, salvo cuando la galería se cruzaba con otra de parecida sencillez.

Pero no estaban desiertos, en modo alguno. Aquí y allá, en toda su longitud, se veían algunas figuras: hombres, casi todos de ojos azules, pelirrojos y vestidos con burdas túnicas de arpillera que ajustaban a la cintura mediante anchos cinturones con bolsas y enormes hebillas. También se veía a algunas mujeres, que se distinguían de los hombres por la longitud de las cabelleras y las túnicas. Todos tenían un aspecto furtivo, huidizo; aunque habían pasado muchos años desde que fue visto por última vez el Terror, no era fácil abandonar los hábitos de cien generaciones. Por eso el corredor, sus habitantes, las ropas de los mismos e incluso sus costumbres, se combinaban para dar la sensación de lúgubre uniformidad.

De algún lugar muy por debajo de ese pasadizo llegaba como un latido el estrépito incesante de alguna máquina gigantesca; una pulsación continua, tan unida a la existencia de aquellas personas, que éstas difícilmente habrían reparado en ella. Pero ese latido las golpeaba, penetraba en sus mentes y, con su ritmo constante, afectaba todo lo que hacían.

Cierto sector de la galería parecía mas poblado que el resto. Allí las luces brillaban con más fuerza, las cortinas que cubrían los umbrales estaban más nuevas y limpias, y se veía mayor número de personas. Entraban y salían de los nichos como los conejos de sus jaulas o los oficinistas de alguna importante empresa comercial.

De una galería lateral salieron un muchacho y una chica. Tendrían unos catorce años y eran excepcionalmente altos. Evidentemente habían alcanzado ya su

crecimiento máximo, aunque su inmadurez era notoria. Lo mismo que los mayores, tenían ojos azules y eran pelirrojos, característica debida a la eterna privación de luz solar y la exposición, durante toda la vida, a los rayos de la iluminación artificial. En su actitud había cierto aire de osadía y listeza, que arrancaba a muchos de los habitantes del corredor una mueca de desaprobación a su paso. Se adivinaba que los mayores juzgaban que la generación joven estaba precipitándose hacia la ruina. Tarde o temprano, la osadía y la listeza harían que el Terror descendiera desde la Superficie.

Con sublime indiferencia frente a la desaprobación que tan manifiestamente suscitaban, los dos jóvenes continuaron su camino. Salieron de la galería principal para entrar en otra menos iluminada, y después de seguir por ella casi kilómetro y medio, pasaron a otra. El corredor donde se hallaban en ese momento era estrecho y se dirigía hacia arriba, con fuerte pendiente. Estaba desierto; la espesa capa de polvo y el mal estado de las lámparas indicaban que nadie lo frecuentaba desde hacía mucho tiempo. Los nichos carecían de aquellas cortinas que ocultaban el interior de los habitáculos en los pasillos importantes. Casi todos los umbrales estaban llenos de polvorientas telarañas. Mientras seguían pasadizo arriba, la muchacha se acercó al joven, pero sin manifestar otro signo de temor. Poco después, el corredor se hizo más empinado y terminó en un conducto ciego. Los dos se sentaron sobre la mugre que cubría el suelo y empezaron a hablar en voz baja.

—Debe hacer muchos años que nadie viene por aquí —dijo la muchacha—. Tal vez encontremos alguna cosa de valor que olvidasen cuando abandonaron este pasadizo.

—Creo que Tumithak exagera cuando nos habla de posibles tesoros perdidos en estos corredores —respondió el muchacho—. Es seguro que habrán sido recorridos por otros después de quedar abandonados, para registrarlos como hacemos nosotros.

—Ojalá estuviese aquí Tumithak —comentó la muchacha poco después—. ¿Crees que vendrá?

Sus ojos se esforzaron en vano por penetrar las tinieblas del pasillo.

—Seguro que vendrá, Thupra —afirmó su compañero—. ¿Acaso Tumithak ha dejado de reunirse con nosotros cuando lo ha prometido?

—Pero ¡venir solo! —protestó Thupra—. Si no estuvieras tú aquí, Nikadur, me moriría de miedo.

—En realidad, no hay ningún peligro —respondió—. Los hombres de Yakra no pueden alcanzar estos pasillos sin cruzar la galería principal. Y desde hace muchos, muchísimos años, no se ha visto un shelk en Loor.

—El abuelo Koniak vio un shelk una vez —recordó Thupra.

—Sí, pero no en Loor. Lo vio en Yakra, hace muchos años, cuando era joven y peleaba contra los yakranos. Recuerda que los loorianos ganaron la guerra contra los yakranos, los echaron de su ciudad y los desterraron a los corredores más apartados.

Y de repente hubo llamas y terror, y apareció un grupo de shelks. El abuelo Koniak sólo vio uno, que estuvo a punto de atraparlo, pero él logró escapar.

—Nikadur sonrió—: Es un relato estupendo, pero creo que sólo tenemos la palabra del abuelo Koniak.

—Pero en realidad, Nikadur...

La muchacha fue interrumpida por un crujido que salió de uno de los nichos cubiertos de telarañas.

Ambos se levantaron a toda prisa, y huyeron aterrorizados por el pasillo sin echar siquiera una mirada hacia atrás. Por eso no vieron al joven que asomaba al umbral y se apoyaba contra la pared, viéndolos huir con una sonrisa cínica en el rostro.

A primera vista, aquel joven no parecía diferente de los demás habitantes de los corredores: la misma cabellera roja y la piel clara y translúcida, la misma túnica basta y el enorme cinturón de todos los loorianos. Pero un observador atento habría reparado en la inmensa frente, la nariz fina y aguileña, y los ojos penetrantes, anticipos de la grandeza que algún día iba a merecer.

El muchacho contempló un rato a sus amigos mientras huían y luego lanzó un breve silbido, como de pájaro. Thupra se paró en seco y se volvió. Cuando reconoció al recién llegado llamó a Nikadur. Éste se detuvo también y regresaron juntos, bastante avergonzados, hasta el extremo del pasadizo.

—Nos has espantado, Tumithak —dijo la muchacha en tono de reproche—. ¿Qué hacías en ese agujero? ¿No te da miedo entrar solo allí?

—Allí no hay nada que pueda hacerme daño —respondió Tumithak con arrogancia—. He recorrido muchas veces estos pasillos y habitáculos, y hasta ahora nunca he visto un ser vivo, a excepción de las arañas y los murciélagos. —Luego sus ojos brillaron, y prosiguió—: Buscaba cosas olvidadas, y... ¡mirad! ¡He encontrado un libro! —Metió la mano en el pecho de la túnica, sacó el tesoro y se lo mostró orgullosamente a la pareja—. Es un libro antiguo —dijo—. ¿Veis?

Indudablemente, era un libro antiguo. Le faltaban las tapas, así como más de la mitad de las páginas. Los bordes de las láminas de metal que constituían las hojas del libro habían empezado a oxidarse. Aquel libro había sido abandonado siglos atrás.

Nikadur y Thupra lo miraron, impresionados, con ese respeto que toda persona analfabeta suele sentir ante el misterio de los mágicos signos negros que transmiten pensamientos. Tumithak sabía leer. Era hijo de Tumlook, uno de los hombres del alimento, o sea los que conservaban el secreto de la comida sintética con que se alimentaba aquel pueblo. Dichos hombres, lo mismo que los médicos y los mantenedores de la luz y la energía, poseían muchos secretos de la sabiduría de sus antepasados. El más importante de ellos era el arte imprescindible de leer; como Tumithak estaba destinado a seguir el oficio de su padre, Tumlook le había enseñado

muy temprano ese arte maravilloso.

Por eso, cuando sus amigos hubieron mirado el libro, manoseándolo y lanzando exclamaciones de asombro, le rogaron a Tumithak que lo leyera. A menudo le habían escuchado con los ojos abiertos de emoción cuando él les leía algo de aquellos raros textos que los hombres del alimento poseían, y jamás perdían una oportunidad de observar la técnica, para ellos desconcertante, de convertir los extraños signos de las hojas de metal en palabras y frases.

Tumithak sonrió ante la insistencia y luego, como en su fuero interno estaba tan impaciente como ellos por saber lo que contenía el texto largo tiempo olvidado, les indicó que se sentaran en el suelo junto a él, abrió el libro y empezó a leer:

—«Manuscrito de Davon Starros; escrito en Pitmouth, Nivel Veintidós, el año ciento sesenta y uno de la Invasión o el tres mil doscientos dieciocho después de Cristo, según el calendario antiguo.»

Tumithak se interrumpió.

—Es un libro viejísimo —susurró Nikadur en tono de gran respeto, y Tumithak asintió.

—¡Tiene cerca de dos mil años! —respondió—. ¿Qué significará tres mil doscientos dieciocho después de Cristo?

Contempló el libro un instante y luego siguió leyendo:

—«En la fecha en que escribo soy un anciano. Para quien recuerda la época en que los hombres aún osaban luchar de vez en cuando por la libertad, ciertamente es amargo ver cómo ha degenerado la raza.

«Por estos días se ha generalizado entre los hombres una superstición fatal, a saber: la de que el hombre nunca podrá vencer a los shelks, y ni siquiera debe tratar de combatirlos. Para luchar contra esa superstición, el autor se ha propuesto escribir la crónica de la Invasión, esperando que en algún futuro se alce el hombre dotado de valor para enfrentarse a los vencedores de la Humanidad y pelear de nuevo. Escribo esta historia con la esperanza de que aparezca ese hombre, y para que pueda conocer a los seres contra quienes luchará.

»Los sabios que hablan de los días anteriores a la Invasión dicen que antiguamente el hombre era poco más que un animal. Después de muchos milenios, alcanzó poco a poco la civilización, aprendiendo el arte de vivir hasta que conquistó todo el mundo para su provecho.

»Descubrió cómo producir alimentos a partir de los elementos simples, y copió el secreto de la luz vivificante del Sol. Sus grandes aeronaves volaron por la atmósfera tan fácilmente como sus navíos surcaban el mar. Maravillosos rayos desintegradores le allanaban todos los obstáculos y, en consecuencia, llevó el agua de los océanos hasta los desiertos inaccesibles por medio de largos canales, convirtiendo aquellos en las regiones más fértiles de la Tierra. De un polo al otro se extendían las grandes

ciudades del hombre, y de uno a otro confín, el hombre fue señor supremo.

»Durante miles de años, los hombres lucharon entre sí. Grandes guerras asolaron la Tierra, pero por último la civilización llegó a tal punto que cesaron las guerras. Una larga era de paz reinó sobre la Tierra. El mar y los suelos fueron explotados por el hombre, y éste comenzó a mirar hacia los demás mundos que giraban alrededor del Sol, preguntándose si sería posible conquistarlos también.

»Hasta después de muchos siglos no supieron lo suficiente como para intentar un viaje por las profundidades del espacio. Había que hallar el modo de evitar los incontables meteoritos que recorrían el espacio entre los planetas, protegerse frente a los mortíferos rayos cósmicos. Parecía que cuando era superada una dificultad, surgía otra para reemplazarla. Pero todos los problemas del vuelo interplanetario fueron vencidos al fin, y llegó el día en que una poderosa nave de centenares de metros quedó lista para ser lanzada al espacio con la misión de explorar otros mundos.»

Tumithak volvió a interrumpir la lectura.

—Debe ser un secreto maravilloso —comentó—. Creo que estoy leyendo las palabras, pero no sé lo que significan. Alguien se fue a alguna parte, eso es todo lo que entiendo. ¿Queréis que continúe leyendo?

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron.

Tumithak prosiguió:

—«Estaba a las órdenes de un hombre llamado Henric Sudiven; de la numerosa tripulación que llevaba, sólo él regresó al mundo humano para contar las terribles aventuras que les ocurrieron en el planeta Venus, el mundo que habían visitado.

«La travesía fue afortunada y fácil. Al transcurrir las semanas el lucero vespertino, como lo llamaban los hombres, parecía cada vez más brillante y grande. La nave respondió perfectamente y, si bien el viaje les pareció largo, acostumbrados como estaban a cruzar el océano en una sola noche, no se les hizo demasiado aburrido. Llegó el día en que sobrevolaron las rojas llanuras onduladas y los espaciosos valles de Venus, bajo el denso manto de nubes, que en ese planeta oculta eternamente el Sol. Les maravilló ver las grandes ciudades y las obras de la civilización, que aparecían en todas partes.

»Después de sobrevolar un rato una gran ciudad, aterrizaron y fueron recibidos por los seres extraños e inteligentes que eran los amos de Venus; son los mismos que hoy conocemos bajo el nombre de shelks. Los shelks los consideraron semidioses y estuvieron a punto de adorarlos. Pero Sudiven y sus compañeros, auténticos productos de la más noble cultura de la Tierra, se burlaron de tal error; cuando hubieron aprendido el idioma de los shelks, les dijeron con toda franqueza quiénes eran y de dónde venían.

»El asombro de los shelks fue inenarrable. Estaban mucho más adelantados que los hombres en mecánica, y sus conocimientos de electricidad y química no eran

inferiores; pero la astronomía y las ciencias afines les eran totalmente desconocidas. Como estaban aprisionados bajo el eterno manto de nubes que les ocultaba la visión del espacio exterior, jamás habían pensado en otros mundos más allá del que conocían. Les fue muy difícil convencerse de que el relato de Sudiven era verdadero.

»Pero, cuando quedaron convencidos, la actitud de los shelks experimentó un cambio notable. Dejaron de ser respetuosos y amistosos. Sospechaban que el hombre sólo se proponía dominarlos, y decidieron ganarle a su propio juego. Hay cierta carencia de sentimientos benignos en el carácter de los shelks, y no entendían que la visita de los extranjeros de otro mundo pudiera ser simplemente amistosa.

»Pronto los terrícolas se vieron encerrados en una gran torre de metal, a muchos kilómetros de su nave. Uno de los compañeros de Sudiven había comentado, en un momento de descuido, que aquella nave era la única que habían construido en la Tierra. Los shelks decidieron anticiparse, comenzando en seguida la conquista del planeta vecino.

»Como primera providencia, se apoderaron de la nave terrícola, y con esa unanimidad que es tan característica de los shelks, y de la que el hombre tanto carece, iniciaron rápidamente la construcción de un gran número de aparatos semejantes. En todo el planeta, los grandes talleres vibraban y resonaban de actividad. Mientras la Tierra esperaba el regreso triunfal de sus exploradores, el día de su ruina estaba cada vez más cerca.

»Pero Sudiven y los demás terrícolas, encerrados en la torre, no se habían abandonado a la desesperación. Una y otra vez intentaron escapar, y es indudable que los shelks habrían acabado con ellos, a no ser porque esperaban sacarles más datos antes de matarlos. En eso los shelks se equivocaron; debieron matar a todos los terrícolas sin excepción. Porque, como una semana antes de la fecha fijada para la partida de la gran flota de los shelks, Sudiven y doce de sus compañeros lograron escapar.

»Corriendo tremendos peligros, llegaron hasta el lugar donde se hallaba la aeronave. Podemos hacernos una idea de la audacia que esto implicaba si pensamos que en Venus, o mejor dicho en el lado habitado, siempre es de día. No había oscuridad protectora que permitiera a los terrícolas moverse sin ser descubiertos. Pero al fin llegaron hasta la nave, vigilada únicamente por algunos shelks desarmados. La batalla que tuvo lugar entonces debería figurar en la historia de la humanidad para enseñanza de todas las eras futuras. Cuando concluyó, todos los shelks habían muerto, y sólo quedaban siete hombres para tripular la nave espacial en su regreso a la Tierra.

»La gran nave en forma de proyectil viajó durante semanas por el vacío del espacio, hasta llegar a la Tierra. Sudiven era el único superviviente; los demás habían sucumbido víctimas de una enfermedad extraña, un mal que los shelks les habían

inoculado.

»Pero Sudiven sobrevivió el tiempo necesario para dar la alarma. Frente al inesperado peligro, el mundo sólo pudo disponer medidas defensivas. En seguida dio comienzo la construcción de enormes cavernas y túneles subterráneos. El plan era construir grandes ciudades subterráneas donde el hombre pudiera ocultarse y luego salir para derrotar a sus enemigos en el momento oportuno. ¡Pero antes de que las obras hubieran adelantado lo suficiente, llegaron los shelks y comenzó la guerra!

»Ni siquiera en la época en que el hombre luchaba contra el hombre, nadie habría imaginado una guerra semejante. Llegaron millones de shelks; se calculó que tomaron parte en la invasión doscientos mil vehículos espaciales. Durante varios días, las medidas defensivas del hombre impidieron que los shelks llegasen a aterrizar. Se vieron obligados a sobrevolar los continentes, lanzando sus gases letales y sus explosivos donde podían. Desde los corredores subterráneos, los hombres lanzaron enormes cantidades de gases tan letales como los que empleaban los shelks, y sus rayos desintegradores destruyeron centenares de vehículos espaciales, matando a los shelks como si fueran moscas. Y desde las naves, los shelks dejaron caer en los túneles que los hombres habían cavado grandes cantidades de productos incendiarios que ardían con terrible violencia y agotaban el oxígeno de las cavernas, haciendo morir hombres a millares.

»A medida que eran derrotados por los shelks, los hombres se refugiaban cada vez más profundamente en el subsuelo. Sus maravillosos desintegradores horadaban la roca casi en menos tiempo del que un hombre tardaba en recorrer las galerías así excavadas. Finalmente, la humanidad quedó desterrada de la Superficie, y millones de complicadas conejeras, de túneles, corredores y pozos, recorrían el subsuelo a varios kilómetros de profundidad. Los shelks no pudieron llegar hasta el fondo de los innumerables laberintos, y gracias a eso el hombre alcanzó una posición de relativa seguridad.

»De este modo, el final de la contienda quedaba indeciso.

»La Superficie era dominio de los bárbaros shelks, mientras muy por debajo de ella, en los túneles y galerías, el hombre procuraba conservar los restos de civilización que le quedaban. Era una partida desigual, pues las desventajas estaban de parte de la Humanidad. El abastecimiento de materias primas para los desintegradores disminuyó pronto, y no hubo manera de reemplazarlas. Tampoco había madera, ni ninguna de las mil y una variedades de vegetación que son la base de tantas industrias; los habitantes de un sistema de corredores no podían comunicarse con los de otro. Además, los shelks bajaban con frecuencia a los túneles, en grupos, ¡para cazar hombres por deporte!

»Su única salvación fue la maravillosa capacidad de crear alimentos sintéticos partiendo de la misma roca.

»Así fue cómo la civilización humana, anhelada y conseguida después de tantos siglos de lucha, se derrumbó en una docena de años. Arriba se impuso el Terror. Los hombres vivían como conejos, atemorizados y temblorosos en sus agujeros subterráneos, arriesgándose cada vez menos a medida que pasaban los años y dedicando todo su tiempo y energías a prolongar aún más sus túneles hacia las profundidades. Actualmente parece como si la sumisión humana tuviera que ser definitiva. Desde hace más de un centenar de años, a ningún hombre se le ha ocurrido sublevarse contra los shelks, lo mismo que a ninguna rata se le ocurriría sublevarse contra el hombre. Incapaz de formar un gobierno unificado, incapaz incluso de entenderse con sus hermanos de los pasillos vecinos, el hombre ha aceptado con demasiada facilidad el lugar del más desarrollado de los animales inferiores. Las Bestias de Venus, semejantes a las arañas, son Amos Supremos de nuestro planeta y... »

El manuscrito se interrumpía aquí. Sin duda, el libro debía ser mucho más largo; el fragmento conservado seguramente no era sino la introducción a un trabajo sobre la vida y costumbres de los shelks, habiéndose perdido lo principal. El sonsonete de Tumithak cesó después de leer la última frase fragmentaria. Después de un rato de silencio, Thupra dijo:

—Es difícil de comprender. He entendido que los hombres luchaban contra los shelks como si éstos fueran yakranos.

—¿Quién habrá inventado semejante historia? —murmuró Nikadur—. Hombres luchando contra shelks: ¡es un cuento inverosímil!

Tumithak no respondió. Permaneció sentado en silencio, mirando el libro como si hubiera tenido una repentina revelación.

Por último dijo:

—¡Esto es historia, Nikadur! No es un relato fantástico ni inverosímil. Algo me dice que esos hombres vivieron en realidad, que esa guerra ocurrió. ¿De qué otro modo se explica la vida que llevamos? Nos hemos preguntado con frecuencia, y nuestros padres antes que nosotros: ¿de dónde sacaron nuestros inteligentes antepasados la ciencia que les permitió construir los grandes túneles y corredores? Sabemos que poseían grandes conocimientos; ¿cómo los perdieron? ¡Bah!, ya sé que ninguna de nuestras leyendas se atreve a insinuar siquiera que los hombres hayan sido dueños del mundo...

Al ver una mirada de incredulidad en los ojos de sus amigos, prosiguió:

—Pero hay algo... en el libro hay algo que me hace creer que es verdad. ¡Piénsalo, Nikadur! ¡Ese libro fue escrito tan sólo ciento sesenta y un años después de que los bárbaros shelks invadieran la Tierra! El autor debía saber mucho más que nosotros, los que vivimos dos mil años después. ¡Antaño los hombres lucharon con los shelks, Nikadur!

Se puso en pie y sus ojos brillaron con el primer resplandor de aquella luz fanática que, años después, haría de él un hombre distinto de los demás.

—¡En otra época los hombres pelearon con los shelks! Y con la ayuda del Altísimo, ¡volverán a hacerlo! ¡Nikadur! ¡Thupra! ¡Algún día yo lucharé contra un shelk! —abrió los brazos—. ¡Algún día yo mataré un shelk! ¡Lo juro por mi vida!

Se quedó un instante con los brazos levantados y luego, como si hubiera olvidado a sus amigos, salió corriendo por el pasadizo y desapareció en la oscuridad. Los otros dos se miraron, asombrados. Luego unieron las manos y regresaron andando tranquilamente. Sabían que algo había inspirado repentinamente a su amigo, pero no lograban discernir si era el genio o la locura. Y no lo sabrían con certeza hasta después de muchos años.

2 - Tres extraños regalos

Tumlook contempló a su hijo con orgullo. Habían pasado varios años desde el descubrimiento del extraño manuscrito. Aún tenía aquella extraña obsesión, que tal vez había arruinado su mente como decían algunos. Físicamente, en cambio, aquellos años habían sido buenos para él. Tumithak medía un metro ochenta (altura excepcional entre los moradores de las galerías) y de pies a cabeza parecía esculpido en hierro. Aquel día, el de su vigésimo cumpleaños, sin duda habría sido reconocido como uno de los caudillos de la ciudad, a no ser por su descabellada manía. Porque ¡Tumithak había decidido matar un shelk!

Durante años —de hecho, desde que halló el manuscrito, a los catorce— había encaminado todos sus afanes a ese fin. Había estudiado al detalle los mapas de los corredores, mapas antiguos que no se habían usado durante siglos, mapas que mostraban las salidas a la Superficie, y se le consideraba una autoridad en cuanto a los pasadizos secretos de aquel subterráneo. Apenas si tenía una vaga idea de cómo era realmente la Superficie; en las tradiciones de su pueblo había muy pocos datos al respecto. Pero de una cosa estaba seguro: en la Superficie encontraría a los shelks.

Había estudiado las diversas armas en que el hombre todavía podía confiar: la honda, la espada y el arco. Era campeón en el manejo de las tres. Se había preparado por todos los medios a su alcance para la gran tarea a la que había decidido consagrar su vida. Naturalmente, había tenido que vencer la oposición de su padre o, mejor dicho, la de toda la tribu, pero persistió en su propósito con la fuerza de voluntad que sólo da el fanatismo. Decidió que cuando alcanzara la mayoría de edad se despediría de su pueblo y emprendería el viaje a la Superficie. No había pensado mucho en lo que haría al llegar. Dependería de lo que hallase allí. Pero de una cosa estaba seguro; mataría un shelk y se llevaría su cadáver para, a su regreso, demostrarle a su pueblo

que los hombres aún podían triunfar sobre quienes habían usurpado la herencia de la humanidad.

Aquel día alcanzaba la mayoría de edad, al cumplir veinte años. Tumlook no dejaba de sentirse íntimamente orgulloso de su desconcertante hijo, aunque lo había intentado todo para disuadirlo de su sueño imposible. Ahora que Tumithak se disponía a emprender su misión absurda, Tumlook hubo de admitir que, en su corazón, hacia mucho tiempo que estaba de acuerdo con Tumithak, y deseaba con todas sus fuerzas verle cumplir lo prometido. Por eso dijo:

—Hijo mío, durante años he intentado disuadirte de la misión imposible que te has fijado a ti mismo. Todos esos años te has opuesto a mí y has insistido en la posibilidad de llevar a cabo tu sueño. Y ha llegado el día de empezar a cumplir. No creas que había en mí otro motivo sino el amor paternal cuando me oponía a tu ambición y quería convencerte de que te quedaras en Loor. Pero ahora estás en libertad de hacer lo que quieras y, puesto que tu determinación de proseguir ese intento descabellado es firme, al menos permite que tu padre te ayude en todo lo que pueda.

Se inclinó y depositó sobre la mesa una caja de regular tamaño. La abrió y sacó tres objetos de raro aspecto.

—Presta atención —dijo con solemnidad—. Aquí tienes tres de los tesoros más preciados para los hombres del alimento. Son instrumentos creados por nuestros sabios antepasados de la antigüedad. —Alzó un tubo cilíndrico de unos tres centímetros de diámetro por treinta de largo—: Esto es una lámpara, una maravillosa lámpara portátil que te dará luz en los corredores tenebrosos, simplemente apretando este botón. No desperdicies su poder, pues no tiene la luz eterna que nuestros antepasados instalaron en los techos. Se basa en otro principio y, transcurrido cierto tiempo, su energía se agota. — Tumlook tomó con precaución el segundo objeto—: También esto te ayudará, aunque no es tan raro ni maravilloso como los otros dos. Se trata de una carga de potente explosivo, semejante a las que utilizamos a veces para cegar un pasadizo o extraer los materiales de que nos servimos para obtener nuestro alimento. Quién sabe si podrá serte útil en tu viaje a la Superficie. Y esto... — Levantó el último objeto, que parecía una pipa pequeña con un mango a un extremo, en ángulo recto—: Éste es el más maravilloso. ¡Dispara una píldorita de plomo, con tanta fuerza que incluso puede atravesar una placa de metal! Cada vez que se aprieta esta palanca, sale del cañón de la pipa una píldora, con fuerza terrible. Esto mata, Tumithak; este objeto mata con más rapidez que el arco, y con precisión muy superior. Úsalo con cuidado, porque sólo hay diez píldoras, y cuando se hayan terminado el instrumento quedará inservible.

Dejó los tres objetos sobre la mesa, ante sí, y los empujó hacia Tumithak. El joven los tomó y los guardó cuidadosamente en las bolsas que colgaban de su ancho

cinturón.

—Padre —dijo, emocionado—, sabes que en mi corazón no hay nada que me obligue a abandonarte para emprender esa búsqueda. Se trata de algo superior a ti y a mí, cuya voz he escuchado, y debo obedecer. «Desde la muerte de mi madre, has sido para mí madre y padre y, por eso, probablemente te quiero más que lo que los hombres suelen querer a sus padres. ¡Pero he tenido una visión! Sueño con una época en que el hombre vuelva a poseer la Superficie, y no exista ni un solo shelk que se lo impida. Pero esa época no llegará mientras los hombres crean que los shelk son invencibles, y por tanto voy a demostrar que realmente pueden ser muertos... ¡por el hombre!»

Se interrumpió y, antes de que pudiera continuar, la cortina se descorrió y entraron Nikadur y Thupra. Aquél era ya un hombre, y la responsabilidad familiar recaía sobre él desde la muerte de su padre, acaecida hacía dos años. Ella se había convertido en una hermosa mujer, con quien se casaría muy pronto Nikadur. Ambos saludaron a Tumithak con deferencia; cuando Thupra habló, lo hizo con voz respetuosa, como si se dirigiese a un semidiós. Por lo visto, también Nikadur había terminado por considerar a Tumithak algo más que un mortal. A excepción de Tumlook, seguramente los únicos que tomaban en serio a Tumithak eran ellos dos, y por ese motivo, sólo a ellos consideraba amigos suyos.

—¿Nos dejas hoy, Tumithak? —preguntó Thupra.

Tumithak asintió.

—Sí —repuso—. Hoy mismo comienza mi viaje a la Superficie. ¡Antes de un mes, habré muerto en algún pasadizo lejano, o veréis la cabeza de un shelk!

Thupra se estremeció. Ambas alternativas le parecían terribles. Pero Nikadur pensaba en los peligros más inmediatos del viaje.

—No tendrás problemas al pasar por Nonone —dijo pensativo—. Pero, ¿no tendrás que cruzar la ciudad de Yakra, de paso hacia la Superficie?

—Sí —respondió Tumithak—. Sólo hay un camino a la Superficie, y pasa por Yakra. Y después de Yakra están los Corredores Tenebrosos, que el hombre no ha pisado desde hace siglos.

Nikadur reflexionó. La ciudad de Yakra era enemiga del pueblo de Loor desde hacía más de un siglo. Dada su situación, más de treinta kilómetros más cerca de la Superficie que Loor, tendrían una conciencia mucho más aguda del Terror. Por eso resultaba inevitable que la gente de Yakra envidiase a los loorianos su relativa seguridad, y no cesara en sus intentos de conquistar su ciudad. El pequeño pueblo de Nonone, situado entre las dos ciudades más grandes, a veces combatía con los yakranos y otras contra ellos, según sus alianzas con los jefes de las ciudades más poderosas. Durante los últimos veinte años había sido aliada de Loor; por eso Tumithak sabía que no tendría dificultades durante el viaje hasta llegar a Yakra.

—¿Y los Corredores Tenebrosos? —inquirió Nikadur.

—Más allá de Yakra no hay luz —respondió Tumithak—. Durante siglos, el hombre ha evitado esos pasillos. Están demasiado cerca de la Superficie y no son seguros. A veces los yakranos han intentado explorarlos, pero las partidas que enviaron jamás regresaron. Al menos, eso me han dicho los hombres de Nonone.

Thupra se disponía a hacer un comentario, pero Tumithak se volvió para atender a la mochila de víveres que pensaba llevarse. Se la cargó a la espalda y se dirigió a la cortina.

—Es hora de comenzar el viaje —declaró, no sin grandilocuencia—. Hace años que espero este momento. ¡Adiós, Thupra! ¡Nikadur, cuida mucho a mi amiga y... si no regreso, dad mi nombre a vuestro primer hijo!

Con uno de aquellos gestos dramáticos que lo caracterizaban, apartó la cortina y salió al pasillo. Los tres lo siguieron, despidiéndolo y saludándolo mientras se alejaba por el pasillo, pero él no volvió la mirada atrás, sino que continuó hasta desaparecer a lo lejos.

Se quedaron allí un rato; luego, ahogando un sollozo, Tumlook se volvió y entró en el habitáculo.

—Jamás regresará —murmuró—. Está claro que no podrá regresar.

Nikadur y Thupra aguardaron a que se tranquilizase, en incómodo silencio. No había nada reconfortante que pudieran decir. Tumlook tenía razón, y habría sido estúpido querer prodigar consuelos que, evidentemente, habrían sido falsos.

El camino de Loor a Nonone se desviaba poco a poco hacia arriba. Para Tumithak no era totalmente desconocido, pues hacía mucho tiempo había ido con su padre a la pequeña ciudad. Pero no la recordaba mucho, y vio muchas cosas que le interesaron mientras las luces de la parte habitada de la ciudad iban quedando a sus espaldas.

Continuamente aparecían entradas de nuevos corredores, construidos para complicar el laberinto e impedir que las criaturas de la Superficie lograsen alcanzar los grandes túneles. El camino no seguía siempre el ancho corredor principal. Durante largo trecho, Tumithak continuó por lo que parecía un pasillo insignificante, que luego desembocaba de súbito en el camino real y permitía continuar.

No se crea que Tumithak había olvidado tan pronto su hogar, en su deseo de comenzar la búsqueda. A menudo, cuando pasaba cerca de algo conocido, se le hacía un nudo en la garganta y casi deseaba renunciar al viaje y regresar. Tumithak pasó dos veces junto a factorías de alimentos, donde las conocidas y místicas máquinas latían eternamente, sacando de la misma roca el combustible y las insípidas galletas alimenticias de que vivían aquellas personas. Entonces su nostalgia se agravó, por las muchas veces que había visto a su padre manejar máquinas como aquéllas. De súbito se dio cuenta de lo mucho que le importaba todo lo que dejaba detrás. Pero, como a todos los genios inspirados de la humanidad en momentos así, le parecía que algo

superior a sí mismo se apoderaba de él y lo obligaba a continuar.

Tumithak pasó del último gran corredor a un pasillo tortuoso, de no más de metro y medio de anchura. No presentaba habitáculos, y era mucho más empinado que cualquiera de los que había conocido. Así continuaba varios kilómetros, y luego desembocaba en otro mayor a través de un nicho aparentemente igual a las cien entradas de otros tantos habitáculos que bordeaban ese nuevo pasadizo. Evidentemente, se trataba de habitáculos, pero parecían desocupados, ya que no había señales de los moradores de aquella zona. Era posible que hubiese sido abandonada años atrás por cualquier motivo.

Sin embargo, esto no extrañó a Tumithak. Sabía bien que aquellos cubículos sólo servían para desorientar a quienes intentasen penetrar hasta el laberinto de túneles. Siguió caminando, sin prestar atención a los diversos pasillos laterales, hasta que llegó al cubículo que buscaba.

A juzgar por su aspecto, era una vivienda normal, pero Tumithak se dirigió derecho al fondo y empezó a palpar las paredes con cuidado. En un rincón encontró lo que buscaba: una escalera de metal que conducía hacia arriba. Inició la subida con decisión, metiéndose cada vez más en la oscuridad. Al pasar los minutos, el débil resplandor del pasadizo inferior se hacía cada vez más tenue.

Por último, llegó al extremo superior de la escalera y se encontró en la boca del pozo, en un cuarto semejante al de abajo. Salió del nuevo cubículo a otro pasillo conocido, flanqueado de cortinas. Empezó la dirección ascendente y continuó su caminata. Estaba en el nivel de Nonone, y sabía que dándose prisa llegaría a esa ciudad antes de la hora de descansar.

Apretó el paso, y poco después vio a lo lejos un grupo de hombres que se acercaban poco a poco. Se ocultó en un nicho, desde donde atisbo con precaución hasta cerciorarse de que eran nonones. El color rojo de sus túnicas, los cinturones estrechos y el característico peinado le convencieron de que eran amigos los que venían. Tumithak se dejó ver y esperó a que el grupo se le acercara.

Cuando lo vieron, el hombre que llevaba la delantera y que sin duda era el jefe, lo llamó.

—¿No es éste Tumithak de Loor? —preguntó, y al responder Tumithak afirmativamente, prosiguió—: Yo soy Nennapuss, jefe del pueblo de Nonone. Tu padre nos ha informado de tu viaje, y nos pidió que saliéramos a buscarte hacia esta hora. Esperamos que pases el próximo descanso con nosotros. Si podemos contribuir en algo a la comodidad o a la seguridad de tu viaje, bastará que nos lo pidas.

Tumithak se sonrió para sus adentros ante el solemne discurso que, evidentemente, el jefe se había aprendido de antemano. Respondió con formalidad que, en efecto, se sentiría obligado para con Nennapuss si pudiera asignarle un lugar donde dormir. El jefe le aseguró que le suministraría el mejor cubículo de la ciudad.

Se volvió y condujo a Tumithak en la dirección de donde venían él y su grupo.

Recorrieron varios kilómetros de galerías desiertas, hasta llegar a los túneles habitados de Nonone. Una vez allí, la hospitalidad de Nennapuss se manifestó en toda su extensión. El pueblo de Nonone estaba reunido en la «Plaza Mayor» —así llamaban a la encrucijada de los dos túneles principales— y con su habitual oratoria, florida y fluida, Nennapuss les habló de Tumithak y de su misión, ofreciéndole, por así decirlo, las llaves de la ciudad.

Después de un discurso de agradecimiento por parte de Tumithak, en el cual el looriano se dejó llevar por un torrente de arrebatada elocuencia sobre su tema favorito — el viaje—, les sirvieron un banquete; aunque la comida consistía en las insípidas galletas que eran el único alimento de aquel pueblo, se dieron un hartazgo. Tumithak se durmió pensando que allí, al menos, sabían apreciar el valor de un posible matador de shelks. Si el refrán no hubiera estado enterrado bajo siglos de ignorancia y olvido, probablemente habría murmurado que nadie es profeta en su tierra.

Tumithak despertó al cabo de unas diez horas, y quiso despedirse del pueblo de Nonone. Nannapuss insistió en que el looriano desayunara con su familia, y Tumithak aceptó de buena gana. Durante la comida los hijos de Nennapuss, dos adolescentes, se mostraron entusiasmados con la maravillosa idea que Tumithak había sugerido. Aunque les resultaba increíble que un hombre pudiera enfrentarse a un shelk, parecían creer que Tumithak era algo más que un mortal común y lo acosaron a preguntas en relación con sus planes. Pero, salvo el haber estudiado el largo camino a la Superficie, los planes de Tumithak eran vagos, y no pudo explicarles cómo se las arreglaría para matar un shelk.

Después de la comida volvió a echarse la mochila a la espalda y empezó a remontar el pasillo. El jefe y su séquito lo acompañaron por espacio de varios kilómetros y, mientras caminaban, Tumithak le preguntó a Nennapuss en qué estado se encontraban los corredores hasta Yakra y más allá.

—A este nivel, el camino es muy seguro —respondió Nennapuss—. Lo patrullan hombres de mi ciudad, y ningún yakrano entra sin que lo sepamos. Pero el otro extremo del pozo que conduce al nivel de Yakra siempre está vigilado por yakranos, y estoy seguro de que tendrás problemas cuando intentes salir de ese pozo.

Tumithak prometió tener mucho cuidado; poco después Nennapuss y sus acompañantes se despidieron de él y el looriano continuó solo.

Avanzaba con más precaución pues, aunque los nonones patrullaban aquellos corredores, sabía que era posible que los enemigos burlasen a los guardias e invadieran los túneles, tal como había ocurrido con frecuencia en el pasado. Se mantuvo en el centro del pasillo, lejos de los nichos, cualquiera de los cuales podía ocultar un pasadizo secreto de Yakra. Rara vez pasaba por las encrucijadas sin espiar antes cuidadosamente.

Pero Tumithak tuvo suerte; no halló a nadie en los pasadizos, y medio día después llegó a otro habitáculo donde estaba emplazado un pozo prácticamente idéntico al que lo había conducido a Nonone.

Trepó por la escalera con más precauciones que antes, pues estaba seguro de que había un guardia yakrano junto a la boca del pozo, y no deseaba recibir un empujón cuando asomase. Mientras se acercaba al final de la escalera desenvainó la espada, pero la suerte volvió a favorecerlo, pues el guardia por lo visto había salido del cubículo donde terminaba el pozo. Tumithak entró en el mismo y se dispuso a salir al corredor.

Cuando sólo había avanzado unos cuatro metros, su suerte le abandonó. Tropezó violentamente con una mesa que no había visto en la penumbra, y esto produjo un ruido que no podía dejar de ser oído fuera, en el pasillo. Al instante apareció, espada en mano, un individuo verdaderamente gigantesco que se abalanzó sobre Tumithak.

3 - El paso de Yakra

Tumithak habría sabido que aquel hombre era un yakrano aunque se lo hubiera encontrado en las profundidades de Loor. El looriano sólo conocía a los yakranos por los relatos de los viejos guerreros que recordaban las expediciones contra aquella ciudad, pero comprendió en seguida que aquél era el tipo de salvaje que le habían hecho imaginar los relatos. Medía diez centímetros más que Tumithak, era mucho más ancho y pesado, y ostentaba una poblada e hirsuta barba, prueba suficiente de que su propietario era de Yakra. Llevaba la túnica llena de pedazos de hueso y metal burdamente cocidos a la tela, los primeros teñidos de varios colores. Rodeaba su cuello un collar hecho con docenas de falanges ensartadas en una delgada tira de piel.

Tumithak comprendió en seguida que tenía pocas posibilidades de ganarle a aquel yakrano en combate cuerpo a cuerpo. Mientras desenvainaba la espada y se disponía a pelear, buscó alguna estratagema. Al instante llegó a la conclusión de que lo mejor sería tratar de precipitarlo por el túnel; pero empujar a aquel coloso era casi tan imposible como derrotarlo en lucha de poder a poder. Antes de que Tumithak pudiera hallar un modo sutil de atacar a su adversario, descubrió que le convenía más pensar la manera de defenderse.

El yakrano arremetió contra él, lanzando su ensordecedor grito de guerra. Sólo un ágil salto evitó que Tumithak recibiera el terrible golpe que le asestó. Tumithak cayó sobre una rodilla, pero se rehizo en seguida con el tiempo justo para evitar otro tajo de aquella espada relampagueante. Sin embargo, una vez en pie, se defendió a la perfección, y el yakrano no tuvo más remedio que retroceder uno o dos pasos para tratar de lanzarse otra vez a fondo.

El yakrano arremetió una y otra vez, y sólo la pavorosa habilidad del looriano en esgrima, practicada largos años con la esperanza de enfrentarse a un shelk, lo salvó. Lucharon alrededor de la mesa y más o menos cerca del pozo, hasta que incluso unos músculos de acero como los de Tumithak comenzaron a cansarse.

Pero, a medida que su cuerpo se cansaba, su cerebro funcionaba con más rapidez, y por fin se le ocurrió un plan para derrotar al yakrano. Permitted que le llevase poco a poco hacia el borde del pozo y luego, mientras rechazaba una embestida particularmente furibunda hizo un súbito ademán con la otra mano y gritó. El yakrano creyó que lo había alcanzado, sonrió salvajemente y retrocedió para preparar el golpe final. Se lanzó hacia delante asestando una estocada al pecho de Tumithak. Éste se agachó, aferrando los pies de su adversario.

El gigante lanzó un aullido salvaje al tropezar con el cuerpo caído, pero cayó sin poder evitarlo cerca del mismísimo borde del pozo. ¡Tumithak lo pateó con todas sus fuerzas y el gigantesco yakrano, braceando frenéticamente, cayó por el pozo! Se oyó un fuerte grito en la oscuridad, un golpe seco y luego, silencio.

Tumithak se detuvo varios minutos junto al pozo, jadeante. Era la primera vez que luchaba a muerte con un hombre y, aunque había salido victorioso, le parecía que había sido por milagro. ¿Qué dirían las gentes de Loor y de Nonone, se preguntó, si supieran que el autodenominado exterminador de shelks había estado tan cerca de ser vencido por el primer adversario que le atacó... no un shelk, sino un hombre y, para colmo, de la despreciada Yakra? El looriano descansó durante varios minutos, malhumorado. Pero luego pensó que, si los vencía a todos, no le importaría que hubiera de ser tan escaso el margen. Se puso en pie y salió del cubículo lleno de ardor.

Estaba en Yakra y era preciso encontrar el modo de atravesar sin problemas la ciudad hasta llegar a los Corredores Tenebrosos situados más allá, y que eran paso obligado para acceder a la Superficie. Avanzó cuidadosamente, tratando de maquinarse un plan para burlar a los yakranos. Pero hasta verse en el extrarradio de Yakra no se le ocurrió un idea plausible. Había una cosa que inspiraba un miedo invencible a todos los hombres de los túneles. Tumithak decidió aprovechar ese miedo irracional.

Echó a correr. Al principio fue sólo un paso rápido, pero según se acercaba a los pasillos habitados echó a correr cada vez más de prisa, hasta brincar como si tuviese a todos los demonios del infierno pisándole los talones. Y eso era precisamente lo que debía aparentar.

Un grupo de yakranos se acercaba. Le miraron mientras él los miraba a ellos, y en seguida se abalanzaron sobre él, al darse cuenta de que no era de los suyos. En lugar de evitarlos, se metió en el centro del grupo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Shelks! —chilló como si estuviera loco de terror—. ¡Shelks! ¡Shelks!

La actitud belicosa de los hombres se convirtió en otra de pánico infinito. Sin decir una palabra y sin echar siquiera una mirada atrás, se volvieron y huyeron, precedidos por el mismo Tumithak. Si hubieran sido hombres de Loor, tal vez habrían esperado a estar seguros de lo que ocurra o, al menos, habrían detenido e interrogado a Tumithak. Pero los yakranos no estaban para eso. Su ciudad se hallaba muchos kilómetros más cerca de la Superficie que Loor, y los ancianos aún recordaban la última vez que los shelks invadieron los corredores en una de sus poco frecuentes partidas de caza, dejando un rastro de muerte y destrucción que no sería olvidado mientras vivieran quienes lo habían visto. Por eso el terror era mucho más irresistible en Yakra que en Loor, para cuyos habitantes era poco más que leyenda negra del pasado.

Y por eso, sin detenerse a preguntar, los yakranos huyeron por el largo pasillo detrás de Tumithak, recorriendo pasadizos que se bifurcaban y entrando en nichos que parecían simples accesos a los habitáculos, pero que en realidad conducían al túnel principal. A su paso encontraban otros hombres o grupos y, al terrorífico grito de «¡shelks!», todos dejaban sus ocupaciones y se unían al espantado tropel. Muchos emprendían pasillos secundarios, donde esperaban hallar mejor refugio, pero la mayoría continuó hacia el centro de la ciudad, a donde quería dirigirse también Tumithak.

El looriano ya no llevaba la delantera, pues varios de los yakranos más veloces lo dejaban atrás. El terror poma alas en sus pies. La desbandada fue creciendo a medida que se acercaban al centro de la ciudad, hasta que el túnel quedó lleno de gentes aterrorizadas, entre quienes Tumithak pasaba totalmente inadvertido.

Se acercaron a la encrucijada central, donde se agolpaba una gran masa de gente que salía de todos los corredores. Tumithak no supo cómo había corrido tanto la noticia, pero era evidente que toda la ciudad estaba ya enterada del supuesto peligro. Como ovejas o, mejor dicho, como humanos que eran, todos habían reaccionado del mismo modo: alcanzar el centro de la ciudad, donde creían que iban a estar más a salvo, amparados en la fuerza del número.

Pero aquel caos dio al traste con el plan que Tumithak había ideado para atravesar la ciudad sin ser visto. Sin duda, casi había ganado el centro, y los habitantes estaban tan espantados que seguramente no se fijarían en un extranjero. Pero la muchedumbre era tan numerosa que el looriano no conseguía abrirse paso hacia los corredores del otro lado. Sin reparar en que no había nada que hacer, Tumithak luchó con la multitud a brazo partido, con la esperanza de alcanzar un pasadizo relativamente viable antes de que la gente se calmara y emprendiese, como era de prever, la caza del embustero que había desencadenado el pánico.

La plebe, cuyo terror centuplicaba esa extraña telepatía que se establece en toda

congregación humana numerosa, empezaba a desmandarse. Los hombres no vacilaban en emplear los puños para abrirse paso, derribando a sus hermanos más débiles. En muchos lugares se oían riñas. Tumithak vio a un hombre tropezar y caerse; un instante después oyó el grito que lanzaba el desgraciado al ser pisoteado por los que le seguían. Apenas se habían apagado los ecos cuando se oyó otro grito al extremo opuesto del corredor, donde otro hombre había caído y no pudo volver a ponerse en pie.

El looriano parecía una hoja flotando en el torrente de yakranos espantados y gesticulantes que llegaba al centro de la ciudad. Tropezó varias veces, y no logró recobrar el equilibrio sino de milagro. Casi había llegado a la gran plaza en la encrucijada de los dos túneles principales, cuando volvió a tropezar con un yakrano caído y estuvo a punto de caer a su vez. Quiso pasar adelante, pero luego se detuvo. ¡El cuerpo que estaba a sus pies era el de una mujer que llevaba un niño en brazos! Tenía el rostro lleno de lágrimas y sangre y sus vestiduras estaban rasgadas, pero valientemente procuraba impedir que los pies de la muchedumbre lastimaran a su hijo. Tumithak se inclinó para ayudarla a levantarse. Pero, antes de poder hacerlo, la multitud lo empujó apartándolo de la mujer. Encolerizado, la emprendió a puñetazos con los individuos que corrían, capaces de pisotear al prójimo con tal de ponerse a buen recaudo. Los yakranos retrocedieron ante sus golpes, cediendo el paso unos instantes, que Tumithak aprovechó para inclinarse y ayudar a la mujer.

Todavía estaba consciente, pues tuvo una débil sonrisa de agradecimiento. Aunque era de una raza enemiga de su pueblo, Tumithak sintió compasión y lamentó las consecuencias de su ardid para asustar a los yakranos. Ella quiso decirle algo, pero el frenético griterío era tan fuerte que no la entendió. Acercó su rostro al de ella para escuchar lo que decía.

—¡La salida es por el otro lado del túnel! —le gritó ella al oído—. ¡Procura abrirte paso hasta la tercera galería, al otro lado del túnel! ¡Allí estarás a salvo!

Tumithak la colocó ante sí, y rompió brutalmente por entre la multitud, alargando los puños para protegerla a ella mientras avanzaban. Era difícil no verse arrastrado contra su voluntad hacia la plaza central, pero finalmente el looriano consiguió alcanzar la galería; hizo entrar a la mujer y lanzó un gran suspiro de alivio cuando se vio libre de peligro. Se quedó un rato fuera, para cerciorarse de que nadie les había seguido, y luego se volvió hacia la mujer con el niño.

Ella había arrancado un pedazo de la manga de su andrajoso vestido. Cuando Tumithak la miró, dejó de limpiarse la sangre y las lágrimas del rostro y le dirigió una tímida sonrisa. Tumithak no pudo dejar de observar la manifiesta delicadeza de aquella mujer de la salvaje Yakra. Desde su infancia le habían hecho creer que los yakranos eran gente peligrosa —idea parecida a nuestro concepto de los duendes y brujas—, pero aquella mujer podía compararse con una hija de cualquier familia

distinguida de Loor. A Tumithak le faltaba aprender que, no importa en qué nación o época se halle uno, siempre puede encontrar delicadeza, si la busca, lo mismo que brutalidad.

El niño, que estaba demasiado espantado para llorar, había callado como muerto todo el tiempo, pero luego prorrumpió en fuerte llanto. La madre trató de acallarlo con caricias y palabras suaves, pero finalmente decidió emplear el silenciador natural. Cuando el niño se calmó y empezó a mamar, ella se volvió a Tumithak haciéndole una seña, apartó la cortina y entró en el habitáculo. Tumithak la siguió al comprender cuál era su intención. Una vez dentro del trastero, la mujer señaló el techo y le mostró el agujero circular de un pozo.

—Es la entrada de un viejo pasadizo que no más de veinte personas de Yakra conocen —explicó—, y que rodea la encrucijada hasta el límite superior de la ciudad. Podemos ocultarnos allí durante días, pues no es fácil que los shelks adviertan nuestra presencia. Allí estaremos a salvo.

Tumithak asintió y empezó a subir por la escalera, deteniéndose sólo para comprobar si la mujer le seguía. La escalera se prolongaba unos nueve metros, y salieron a la oscuridad de un corredor que seguramente no había sido utilizado desde hacía muchos siglos. Estaba tan oscuro, que cuando se alejaron de la boca del pozo se quedaron a ciegas. En efecto, la mujer no se equivocaba al decir que era un pasadizo desconocido. Ni siquiera figuraba en los mapas de Tumithak.

Sin embargo, ella parecía conocerlo bastante bien ya que, después de poner sobre aviso a Tumithak en voz baja, comenzó a explorar el corredor a tientas, deteniéndose únicamente para susurrarle palabras cariñosas al niño. Tumithak la siguió, apoyando una mano en su hombro para no perderse, y siguieron a tientas hasta llegar a un trecho débilmente alumbrado por una solitaria lámpara. La mujer se sentó a descansar, y Tumithak hizo lo mismo. Ella metió la mano en un bolsillo, sacó una primitiva aguja y un hilo y se puso a remendar sus harapos.

—Es terrible —susurró, como si temiera que los shelks pudieran oírlo—. Me gustaría saber qué les impulsa a salir nuevamente de caza. —Tumithak no respondió, y ella prosiguió al cabo de un rato—: Mi abuelo fue muerto durante una incursión de los shelks. Esto sucedió hace casi cuarenta años. ¡Y ahora nos atacan otra vez! ¡Mi pobre marido! ¡Le perdí de vista cuando salimos de nuestro habitáculo! ¡Ay! Ojalá consiga refugiarse. Él no conoce este pasillo. ¿Crees que lo conseguirá?

Necesitaba palabras de consuelo. Tumithak sonrió.

—¿Me creerás si te digo que no puede pasarle nada? —preguntó—. Te prometo que, por esta vez al menos, no será muerto por los shelks.

—Espero que sea verdad —empezó a decir la mujer y luego, como si se fijara en él por primera vez, agregó con aspereza—: ¡Tú no eres de Yakra! —Luego, en tono ya hostil y decidido—: ¡Tú eres un hombre de Loor!

Tumithak vio que la mujer se había fijado en sus ropas de looriano, y no intentó negarlo.

—Sí —respondió—, soy de Loor.

La mujer se levantó, consternada, apretando al niño contra su pecho, como para protegerlo frente a aquel ogro de los corredores bajos.

—¿Qué haces en estos pasadizos? —preguntó, atemorizada—. ¿Has provocado tú esta incursión contra nosotros? Si semejante cosa fuera posible, creo que los hombres de Loor seríais capaces hasta de aliaros con los shelks. Desde luego, es la primera vez que los shelks han atacado el sector bajo de la ciudad.

Tumithak reflexionó. Le pareció innecesario ocultarle la verdad a aquella mujer. A él no podía perjudicarle, y la tranquilizaría en cuanto a la seguridad de su marido.

—La primera, y seguramente la última —afirmó, y en pocas palabras le explicó el ardid y sus terribles consecuencias.

—Pero, ¿por qué quieres ir más allá de Yakra —preguntó, incrédula—. ¿Te encaminas a los Corredores Tenebrosos? ¿Qué hombre en sus cabales desearía explorarlos?

—No quiero explorar los Corredores Tenebrosos —respondió el looriano—. ¡Mi meta está más lejos!

—¿Más allá de los Corredores Tenebrosos?

—Sí —respondió Tumithak, poniéndose en pie. Como siempre que hablaba de su misión, salió a relucir su temperamento soñador y obstinado—. Soy Tumithak, el matador de shelks. ¿Quieres saber por qué quiero ir más allá de los Corredores Tenebrosos? Porque voy a la Superficie. ¡Allí hay un shelk que espera su destrucción sin saberlo! ¡Voy a matar un shelk!

La mujer le miró con sorpresa, llegando a la conclusión de que estaba a solas con un loco. A nadie más se le ocurriría una idea tan descabellada. Abrazó a su hijo y se apartó de Tumithak.

Tumithak se dio cuenta en seguida. No era la primera vez que la gente se apartaba de él cuando hablaba de su misión. Por eso, no le ofendió la actitud de ella, sino que se puso a explicarle por qué creía posible convencer a los hombres para que se alzaran contra los amos de la Superficie.

La mujer le escuchaba. Hablando de manera cada vez más persuasiva, Tumithak notó que ella empezaba a creerle. Le contó cómo había encontrado el libro y cómo aquel suceso había determinado su misión en la vida. Le habló de los tres extraños regalos que le hiciera su padre, y de cómo esperaba que le sirvieran de ayuda en su búsqueda.

Por último, vio en sus ojos la misma expresión que solían tener los de Thupra, y supo que ella le creía.

Pero los pensamientos de la mujer eran bien distintos de lo que Tumithak suponía.

Desde luego, le escuchaba, pero mientras lo hacía recordaba la audacia con que Tumithak había atacado a la multitud espantada que iba a pisotearla. Contempló su figura erguida, su rostro afeitado y bien parecido, su aguda mirada, comparándolo con los hombres de Yakra. Y al fin le creyó, no por la elocuencia de Tumithak, sino gracias a la secular atracción de los sexos.

—Te agradezco que me hayas salvado —dijo cuando el looriano concluyó su relato—. Te habría resultado imposible abrirte paso a través de los corredores inferiores. Por aquí puedes entrar en Yakra cuando quieras, o alejarte de la ciudad si lo prefieres. Voy a enseñarte por dónde se va al sector alto de la ciudad. —Se puso en pie—. Ven, te guiaré. Eres looriano y enemigo, pero me has salvado la vida. Además, el que mate a un shelk será, ciertamente, un verdadero amigo de toda la humanidad.

Le tomó de la mano (aunque no era necesario) y lo guió a través de la oscuridad. Avanzaron largo rato en silencio y, finalmente, ella se detuvo y susurró:

—El corredor termina aquí.

Tumithak la siguió hacia un nicho y vio la claridad que subía por un pozo desde el corredor de abajo.

Bajó por la escalera débilmente entrevista en la penumbra, y llegó en seguida al corredor inferior. La mujer le siguió y cuando salió a su vez le indicó un pasadizo.

—Si vas a la Superficie, es por aquí. Hemos de separarnos, pues yo regreso a la ciudad. ¡Oh, looriano! Me habría gustado conocerte mejor —se interrumpió, y antes de alejarse, se volvió para decir—: Ve a la Superficie, extranjero, y si triunfas en la empresa, no temas atravesar Yakra cuando regreses. Toda la ciudad te reverenciará y te respetará.

Como si temiera decir demasiado, echó a correr por el pasadizo. Tumithak la siguió un instante con la mirada y luego, encogiéndose de hombros, se volvió y emprendió la marcha en sentido contrario.

Había supuesto que llegaría a los Corredores Tenebrosos poco después de salir de Yakra, pero, si bien sus mapas detallaban la ruta a tomar, no reflejaban el estado de conservación de los corredores. Tumithak se dio cuenta de que no podría llegar aquel mismo día. La fatiga le venció y entró en uno de los muchos habitáculos vacíos que flanqueaban el corredor, se tumbó en el suelo y quedó profundamente dormido.

4 - Los Corredores Tenebrosos

El looriano despertó horas después, con un sobresalto. Miró a su alrededor, desorientado. Había oído un leve crujido fuera, en el corredor. Se levantó conteniendo la respiración, se acercó de puntillas a la cortina y atisbo con cautela. El corredor estaba desierto, pero Tumithak tenía la seguridad de haber oído suaves pisadas.

Regresó al habitáculo y recogió la mochila. Antes de salir volvió a mirar cuidadosamente, para asegurarse de que no hubiera nadie en el corredor, salió y se dispuso a seguir viaje.

Pero antes de hacerlo desenvainó la espada y registró a fondo todas las cámaras vecinas. Le sorprendió no hallar a nadie. Estaba convencido, absolutamente seguro, de que había oído un ruido. Se sentía espiado desde algún lugar. Pero al fin tuvo que admitir que, o se había equivocado, o sus seguidores eran más listos que él. En consecuencia, procuró andar por el centro de la galería y reanudó la marcha.

Durante horas anduvo a paso uniforme; la pendiente era siempre ascendente, el corredor era ancho y, para sorpresa de Tumithak, las luces no perdían fuerza. Casi había olvidado la causa de su sobresalto cuando, tras recorrer trece o catorce kilómetros, oyó otro leve ruido o crujido, semejante al primero. Salía de uno de los cubículos, a la izquierda. Tan pronto como lo supo, saltó hacia el nicho de entrada, desenvainando la espada. Registró el compartimiento anterior y luego el trascuarto. Por último, se quedó sin saber qué hacer, mirando las desnudas paredes de color pardo que lo rodeaban. Lo mismo que el habitáculo que había revisado por la mañana, éste se hallaba desierto. Tampoco había ninguna escalera por la cual pudiera haber escapado su seguidor, ni escondrijo de ninguna especie. Tumithak se vio obligado a abandonar la búsqueda y reemprender su camino, aunque redoblando las precauciones.

Ahora iba tan cautelosamente como antes de llegar a Yakra o más, en realidad, puesto que entonces sabía lo que le esperaba y ahora se enfrentaba a lo desconocido.

Al cabo de algunas horas, Tumithak se convenció cada vez más de que alguien lo seguía, lo espiaba. A veces oía otros crujidos, que procedían del interior de los habitáculos o de alguna encrucijada mal alumbrada. Una de las veces estuvo seguro de oír ruido delante de él, en el mismo corredor por el que caminaba. Pero en ningún momento pudo echar un vistazo a los desconocidos seres que lo producían.

Al fin llegó a una zona donde las luces comenzaban a disminuir. Al principio eran sólo algunas lámparas, cuya luz presentaba un extraño resplandor azulado, pero poco más adelante fueron haciéndose más numerosas, y muchas estaban apagadas del todo. Tumithak se movía en una oscuridad cada vez mayor, y comprendió que ya se acercaban los legendarios corredores tenebrosos.

Ahora bien, Tumithak era descendiente de cien generaciones humanas acostumbradas a huir al más leve ruido sospechoso. Durante cientos de años después de la Invasión, todo ruido anormal significó un shelk a la caza de hombres, y un shelk significaba la muerte repentina, segura, ineluctable. La humanidad se había convertido en una raza de seres tímidos, huidizos, presas del pánico a la menor sospecha de peligro.

En la profunda Loor, sin embargo, habían construido un laberinto tan estrecho y

complicado, que no se veía a un shelk desde hacía muchos años. Por eso, los hombres eran más valientes en Loor, hasta que al fin apareció el visionario que se atrevía a soñar con matar un shelk.

Pero, si bien Tumithak era más audaz que cualquier otro hombre de su generación, no había superado del todo la tara común a la humanidad de entonces. Incluso mientras avanzaba con tanta decisión por el corredor aparentemente ilimitado, su corazón latía con fuerza, y no se habría necesitado gran cosa para hacer que se volviera por donde había venido, con el corazón en un puño.

Los que le seguían, sin embargo, sabían que no les interesaba agitar en exceso sus temores. A medida que entraba en corredores cada vez más oscuros, los ruidos fueron disminuyendo y Tumithak llegó a creer que estaba solo. Le pareció que sus seguidores habrían retrocedido, o que los había despistado en alguna encrucijada. Más de una hora estuvo atento a los ruidos, sin percibir ninguno; con esto se dio por satisfecho y avanzó cada vez más descuidadamente por el corredor.

Pasó de una galería de eterna penumbra a otra de oscuridad total. En ésta las lámparas, si existieron alguna vez, ya no brillaban desde hacía mucho tiempo. Tumithak se acercó a la pared para continuar a tientas.

En el corredor de abajo, unas siluetas oscuras y esqueléticas pasaron de la penumbra a la oscuridad y se precipitaron silenciosamente en pos de él.

Si alguien las hubiera visto mientras caminaban, habría contemplado un extraño espectáculo. Monstruosamente delgados, con la piel de un extraño color pizarra, tal vez lo más sorprendente eran sus cabezas, envueltas en tiras de tela que les tapaban por completo los ojos, impidiendo que los alcanzara el más insignificante rayo de luz.

Eran los salvajes de los Corredores Tenebrosos —hombres que nacían y crecían en las galerías de noche eterna—, y sus ojos eran tan sensibles que la menor claridad les producía un dolor insoportable. Todo el día habían seguido a Tumithak, sin quitarse nunca las vendas de los ojos. Se orientaban sólo gracias a la maravillosa agudeza de su oído y su tacto. Llegados a los corredores donde habitaban, se apresuraron a quitarse las molestas vendas, y hecho esto cercaron poco a poco a su víctima.

El primer indicio que tuvo de su presencia Tumithak, mientras avanzaba por la zona oscura, fue una carrera furtiva a su espalda. Se volvió con rapidez, desenvainó la espada e hizo molinetes a ciegas con ella. No consiguió sino cortar el aire. Oyó una risa burlona y luego nada. Arremetió con furia, y de nuevo no halló sino el aire. Entonces oyó otro crujido en la parte del corredor que ahora estaba a su espalda.

Comprendió que estaba rodeado. Esgrimió la espada con ferocidad y se pegó a la pared, dispuesto a vender muy cara su vida. Notó que la hoja se clavaba en algo que cedía, oyó un grito de dolor, y de súbito el silencio volvió a reinar en el pasillo. Pero el looriano no se dejó engañar, sino que siguió haciendo molinetes con la espada, y

tuvo la satisfacción de oír otro grito de dolor al herir a otro de los salvajes, que había intentado sorprenderle por debajo de su guardia.

Aunque Tumithak seguía defendiéndose como podía y peleaba con un valor nacido de la desesperación, el desenlace de la batalla no era dudoso. Estaba solo, con la espalda contra la pared, frente a un número desconocido de enemigos que además iban siendo reforzados por otros que acudían a la lucha. Tumithak se dispuso a morir matando; lo único que lamentaba era tener que caer en aquella oscuridad ignorada, sin ver siquiera a los adversarios que le vencían...

Entonces, de súbito, recordó su lámpara, el primero de los extraños regalos de su padre.

Tanteó el cinturón con la mano izquierda y sacó el cilindro. Al menos, tendría la satisfacción de saber qué clase de seres le habían atacado. Al cabo de unos segundos encontró el botón e inundó de luz la galería.

No había previsto el efecto que el haz deslumbrante de luz iba a producir en sus enemigos. Lanzaron gritos de dolor y sorpresa, y lo primero que vio Tumithak fue cómo una docena de espectros, flacos y oscuros, que ocultaban la cabeza entre los brazos y se volvían para huir aterrorizados corredor abajo. Llenos de pánico, lanzaron a sus compañeros roncacos aullidos de alarma y huyeron de la luz como si Tumithak hubiera recibido la súbita ayuda de todos los guerreros de Loor.

Tumithak se quedó un momento desconcertado. No comprendía la repentina desbandada de sus contrincantes, y creyó que huían de algún peligro que él no podía ver. Atemorizado, paseó la luz por toda la galería. Mientras los gritos de los desconocidos seres se perdían a lo lejos, empezó a adivinar la verdad. Aquellas criaturas estaban tan adaptadas a la oscuridad, pensó Tumithak, que tenían miedo de la luz; aunque no entendía la razón de tal fenómeno, decidió llevar encendida su lámpara de mano mientras tuviera que viajar en la oscuridad.

En consecuencia, el looriano continuó su camino, alumbrando a un lado y a otro los corredores, las encrucijadas y los nichos de los habitáculos. Sabía que no podría dormir en aquellos corredores tenebrosos, pero esto no le preocupaba demasiado. Al vivir durante siglos en túneles y pozos, la humanidad había olvidado los horarios regulares que solía observar en otros tiempos. Solían dormir entre ocho y diez horas cada treinta, pero podían pasar despiertos cuarenta o cincuenta horas sin sentir necesidad de descansar. Cuando trabajaba con su padre, Tumithak había pasado despierto ese número de horas y más; por eso estaba seguro de que iba a salir de los corredores tenebrosos mucho antes de que lo dominara la fatiga.

De vez en cuando comía las galletas de comida sintética que llevaba, pero la mayor parte del tiempo la dedicaba a registrar concienzudamente las galerías por donde pasaba. Así transcurrieron las horas. Casi había olvidado sus temores, y estaba a punto de meterse en uno de los cubículos para descansar, cuando oyó, muy lejos, un

extraño gruñido inhumano. El temor se adueñó de su ánimo. Sintió una especie de hormigueo en la nuca y, metiéndose sin vacilar en el nicho más cercano, apagó su lámpara y esperó, temblando, en un exceso de terror.

No es que Tumithak se hubiera convertido de improviso en un cobarde. Se había enfrentado con valentía al yakrano y a los salvajes de piel oscura. Lo que le aterrorizó fue el advertir que el ruido no era de origen humano. En los corredores bajos no se conocía ningún animal salvo las ratas, los murciélagos y otros bichos menores. Sólo quedaban los shelks. Sólo ellos perseguían al hombre en sus túneles; por eso era natural que sólo a ellos pudiese atribuir Tumithak el ruido que, sin duda, era debido a alguna criatura no humana y de gran tamaño. Aún no sabía que otros animales de la Superficie habían bajado también y se hallaban en aquellos corredores altos.

Por ese motivo se agazapó en el cubículo, intentando darse ánimos para salir y hacer frente a su enemigo. Supongamos que sea un shelk, pensó. ¿Para qué había recorrido tantos kilómetros y vencido tantos peligros, sino para enfrentarse a un shelk? ¿No era él Tumithak, el héroe designado por la providencia para redimir al Hombre de su herencia de temor? Con estos argumentos y otros parecidos, su espíritu indomable logró hacer acopio de valor, hasta que por último se incorporó y regresó al corredor.

Como suponía, estaba desierto. Su linterna iluminó más de ciento cincuenta metros de galería completamente desierta. Siguió avanzando, pero ahora prestando más atención a la parte inferior del pasillo que a la superior. Esto le permitió distinguir, en los confines de la zona iluminada, un extraño grupo de seres de escasa alzada que lo seguían a una distancia prudencial. Su excelente vista le indicó que aquellos seres no eran shelks ni hombres, aunque desde luego no supo lo que eran. Demasiadas generaciones habían transcurrido sin que los habitantes de los corredores bajos oyeran hablar del que antaño había sido el mejor y más fiel amigo del hombre: el perro.

Se detuvo, indeciso, y observó a los desconocidos seres. Éstos retrocedieron, poniéndose fuera del alcance de los rayos de luz. Al verlo, Tumithak se volvió y siguió adelante, casi convencido de que no eran sino una especie de ratas de mayor tamaño, tan cobardes como sus hermanas menores.

Pronto iba a saber que se equivocaba. No había recorrido mucha distancia cuando oyó un gruñido en el sector de la galería que tenía delante; como si fuera una señal, las bestias que lo seguían se acercaron más. Tumithak apretó el paso y por último echó a correr. Iba ligero, pero sus perseguidores eran más ligeros y acortaban distancias.

Cuando los tuvo a menos de treinta metros reparó en sus amos. Los salvajes a quienes había vencido pocas horas antes regresaban, cubriéndose los ojos con los vendajes que habían usado para seguirle por los pasadizos cercanos a Yakra.

Azuzaron en voz baja a los perros, y Tumithak se vio obligado a desenvainar de nuevo la espada, dispuesto a defenderse.

Las bestias echaron a correr hacia él, y el looriano se vio rápidamente rodeado por un numeroso grupo de animales que se abalanzaban sobre él con feroces gruñidos. Era imposible defenderse. Mató a uno, y otro cayó aullando, con una gran herida en su lomo roñoso; antes de que pudiera hacer nada más, le arrebataron su linterna y adivinó que media docena de bultos peludos saltaban sobre él. Se desplomó en el suelo, arrastrando a los perros; la espada cayó de su mano y se perdió en la oscuridad.

Tumithak creyó que iba a morir en aquel mismo momento. Recibió el cálido aliento de los monstruos en varias partes de su cuerpo, y lo embargó aquel extraño sentimiento de resignación que los hombres sienten en presencia de una muerte casi cierta. Pero luego... los perros fueron apartados, notó unas manos que lo tocaban y oyó los murmullos incomprensibles de los salvajes mientras éstos palpaban su cuerpo. Una docena de manos huesudas lo retenía contra el suelo; poco después lo ataron con tiras de ropa, inmovilizándole los brazos a los lados del cuerpo. Fue levantado y transportado a hombros.

Después de recorrer cierto trecho de galería, doblaron un recodo y siguieron largo rato antes de detenerse y echarlo en el suelo. Oyó a su alrededor muchos ruidos furtivos, conversaciones en susurros y movimientos. Llegó a la conclusión de que lo habían trasladado a la encrucijada central de las galerías que habitaban aquellas criaturas.

Después de yacer así un rato, lo voltearon, unas manos lo palparon y una voz habló con firmeza y autoridad. Volvieron a recogerlo y lo transportaron otro breve trecho, arrojándolo por último a lo que supuso era el suelo de un habitáculo. Un objeto metálico resonó a su lado y oyó los pasos de sus adversarios que se alejaban corredor abajo.

Tumithak permaneció un rato inmóvil, reflexionando. Se preguntó por qué no lo habían asesinado, adivinando a medias que los salvajes no se dispondrían a sacrificar la víctima sino después de preparar el banquete. Porque aquellos salvajes no conocerían la síntesis química de los alimentos; debían vivir a expensas de Yakra y otras ciudades más pequeñas, muy alejadas en el sistema de los corredores. Reducidos a tan terribles apuros, toda materia comestible devenía alimento. Eran caníbales desde hacía muchos siglos.

Poco después, Tumithak se puso en pie. Le había resultado fácil deshacer los nudos de la tela con que lo habían atado; aquellos salvajes no sabían mucho de nudos, y al looriano le costó menos de una hora desatarse. Se puso a palpar con precaución las paredes del cubículo, tratando de averiguar la disposición de su cárcel. Medía poco más de diez metros cuadrados, y la única salida daba al corredor. Tumithak

intentó salir, pero fue inmediatamente detenido por un gruñido feroz; un bulto de pelo áspero empujó sus piernas, obligándolo a regresar al habitáculo. Los salvajes habían dejado a los perros vigilando su prisión.

Tumithak regresó al calabozo y, al hacerlo, su pie chocó con un objeto que echó a rodar por el suelo. Recordó el objeto metálico que habían arrojado a su lado y se preguntó qué sería. Lo buscó a tientas y comprobó con júbilo que era su lámpara. No pudo entender por qué la habían dejado allí los salvajes y supuso que para sus mentes supersticiosas sería un objeto temible. Tal vez pensaron que lo mejor era encarcelar juntos a los dos factores de peligro. De todos modos, allí estaba, y Tumithak no pedía otra cosa.

Encendió su lámpara y miró a su alrededor. No se había equivocado en cuanto a las dimensiones y disposición del lugar. Ofrecía pocas posibilidades de escapar o, mejor dicho, ninguna, pues era necesario salir por entre aquellas fieras. A la luz, Tumithak vio que los salvajes no le daban oportunidades de huir: había más de veinte perros en el corredor, deslumbrados por la súbita claridad.

Tumithak observó el pasadizo desde una distancia prudencial, advirtiendo que no había nadie. Se dijo que sin duda los salvajes descansaban, y comprendió que no tendría mejor oportunidad de huir que aquella. Sentado en el suelo del cubículo, reflexionó febrilmente. En su mente germinaba una idea, una como convicción de que poseía medios para ahuyentar a los animales. Se puso en pie y los contempló, amontonados en el pasadizo como para cubrirse de los molestos rayos de su lámpara. Se volvió hacia el cuarto pero, evidentemente, allí no había nada que pudiera servirle. ¡La inspiración acudió de repente! Rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto. Tomando un objeto, lo arrojó en medio de la jauría después de sacarle un pasador, y se echó de bruces al suelo.

Era la bomba, el segundo regalo de su padre. Cayó al lado opuesto del corredor, y estalló con ensordecedor estampido. En el espacio cerrado del pasillo, los gases de expansión actuaron con fuerza terrible. Aunque se había tumbado en el suelo, Tumithak se vio levantado y proyectado con violencia contra la pared opuesta del habitáculo. En cuanto a las bestias, quedaron prácticamente destrozadas. Miembros descuartizados volaron en todas direcciones, y pocos minutos después, cuando un Tumithak herido y conmocionado salió al pasillo, no halló ni rastros de vida. La escena era caótica; había sangre y cuerpos destrozados en todas partes.

Alterado por aquel espectáculo de sangre y muerte, Tumithak se apresuró a poner la mayor distancia posible entre él y la espantosa carnicería. Corrió hendiendo el aire cargado de humo hasta que la atmósfera se aclaró y pudo olvidar los horrores de la escena. No vio a los salvajes, aunque por dos veces oyó un gemido que salía de uno de los nichos. Adivinó que alguien estaba agazapado allí, en la oscuridad, presa del pánico. Los salvajes de los corredores tenebrosos tardarían en olvidar al enemigo que

había sembrado tal destrucción entre ellos.

Tumithak reanudaba su marcha hacia la Superficie. Por primera vez desde que se puso en camino, retrocedió, pero con un propósito definido. Llegó al escenario de su lucha con los perros y recogió su espada, que encontró sin dificultad, advirtiéndolo con satisfacción que no había sufrido daños. Entonces volvió sobre sus pasos, siempre hacia la Superficie, y anduvo largo rato sin hallar nada que fuese motivo de alarma. Cuando llegó a la conclusión de que ya había pasado la parte peligrosa de los corredores, entró en un habitáculo y se dispuso a tomarse el descanso que tanto necesitaba...

Durmió profundamente, sin pesadillas, y despertó después de más de catorce horas de sueño. En seguida continuó la caminata, comiendo sin dejar de andar y preguntándose qué le depararía aquella nueva etapa.

No iba a tardar mucho en saberlo. Gracias a los mapas sabía que ya había cubierto más de la mitad del recorrido, y por eso no se sorprendió al ver que las paredes de los corredores empezaban a presentar un aspecto áspero e irregular, casi como las de una caverna natural, y muy diferente del acabado perfecto que tenían en Loor y los demás lugares visitados hasta entonces. Sabía que se acercaba a la zona que el hombre había excavado en los primeros días de pánico. Al principio de su huida hacia el interior de la Tierra, no se tomaba el tiempo de pulir las paredes ni de darles la sección rectangular uniforme que tenían los corredores bajos y habitados.

Aunque no le sorprendió el aspecto de los pasillos, no estaba preparado para lo que vio más adelante. Después de recorrer cinco o seis kilómetros de cavernas tortuosas y angostas, llegó a un pozo muy escondido que conducía hacia arriba en la oscuridad. Vio que había luz y lanzó un suspiro de alivio, pues su lámpara empezaba a mostrar señales de agotamiento. Subió poco a poco por la escalera, con las acostumbradas precauciones. Asomó con cuidado por la boca del pozo, y entonces se halló en el corredor más extraño que hubiera visto nunca.

5 - El Corredor de los Estetas

El corredor donde se hallaba Tumithak estaba más brillantemente iluminado que cualquiera de los que había visto en su vida. Las luces no eran del acostumbrado blanco transparente; lámparas azules y verdes competían con otras rojas y doradas, añadiendo belleza a un escenario que de por sí era lo más hermoso que la imaginación pudiera concebir. Por un momento, Tumithak no llegó a entender de dónde provenía la luz, pues no había pantallas en el centro del techo, como las que él conocía. Poco después halló la explicación del sistema de iluminación, al advertir que las pantallas estaban ingeniosamente montadas en las paredes. La luz indirecta

producía un efecto de tenue suavidad.

Y las paredes... las paredes ya no eran de piedra vitrificada corriente... ¡sino de sillares de purísimo color blanco! Y, por si esta maravilla no bastase para suscitar el asombro del looriano, las paredes aparecían cubiertas de orlas y figuras, esgrafiados y bajorrelieves. No quedaba ni un solo tramo sin decorar en las paredes o el techo, en toda la longitud del corredor. Hasta el suelo mostraba un motivo decorativo en mosaico de varios colores.

Tumithak había crecido desconociendo la existencia de cosas tales. No había arte en los pasadizos inferiores, jamás había existido. La humanidad lo había olvidado mucho antes de abrir la primera galería de Loor. Por eso Tumithak se quedó anonadado ante las maravillas que veía.

Aunque predominaban los motivos decorativos geométricos, también había figuras. Mostraban en detalle muchas cosas maravillosas. Tumithak apenas podía creer que fuesen reales, pero allí estaban, y para su mente ingenua, el hecho de verlas representadas demostraba que existían de verdad en algún lugar.

Aquí, por ejemplo, se veía un grupo de hombres y mujeres bailando. Formaban un corro y bailaban alrededor de algo que ocupaba el centro y que no se distinguía bien. Al mirar con más detenimiento, Tumithak volvió a notar que se le ponían los pelos de punta... era un ser con largas patas de arácnido. Desde algún rincón de su subconsciente, una voz le susurró: «Shelk».

Se alejó de aquel relieve con un confuso sentimiento de repugnancia, y pasó a otro que representaba un largo corredor donde había un objeto cilíndrico que debía medir entre cinco y seis metros de longitud. Iba sobre ruedas, y a su alrededor se congregaba un grupo de seres humanos ansiosos y expectantes, con expresiones de alegría y emoción en sus rostros. Tumithak contempló largo rato los relieves, sin alcanzar a comprenderlos. No tenían sentido. ¡Aquellas personas no parecían temer a los shelks! Halló un mosaico que lo confirmaba. Reproducía de nuevo el largo objeto cilíndrico; al lado del mismo estaban tres seres que no podían ser sino shelks. También aquí los rodeaba un grupo humano.

En aquellas imágenes aparecía un detalle que impresionó sobremanera a Tumithak. Todas las personas representadas eran obesas. No había nadie que no fuera rollizo y no pesara más de lo normal. El looriano se dijo que probablemente era algo natural en quienes vivían cerca de la Superficie y por lo visto se hallaban en buenas relaciones con los terribles shelks. Naturalmente, ese pueblo tendría pocos cuidados, salvo vivir y engordar.

De este modo, meditando y mirando los relieves, siguió adelante hasta ver a lo lejos, en una encrucijada, una forma humana voluminosa. Comprendió que se acercaba a la parte habitada de los corredores. El desconocido dobló el recodo y desapareció. Tumithak se dijo que debía seguir con más cuidado, y avanzó un rato

cautelosamente pegado a la pared del corredor, aprovechando todos los escondrijos. Vio miles de cosas que le sorprendieron; en realidad, se hallaba en continuo estado de asombro. Aquí eran unos grandes tapices que colgaban de la pared; allá le daba un vuelco el corazón al tropezar con un grupo de estatuas. Le costó persuadirse de que aquellas piedras talladas no fuesen hombres de verdad.

Al principio no había cubículos en los lados del corredor, pero más adelante éste se ampliaba hasta una anchura de doce metros y empezaron a verse las entradas a los habitáculos. ¡No eran nichos, sino verdaderos pórticos y las «cortinas» que los cubrían eran de metal! Era la primera vez que Tumithak veía puertas de verdad, pues en Loor las cortinas de arpillera eran lo único que separaba los cubículos y los corredores.

Tumithak anduvo durante varios minutos más. Los relieves de las paredes eran cada vez más complicados, y la galería más alta y ancha: poco después, Tumithak divisó un grupo de hombres que se acercaban. Como no le convenía ser visto, pensó volverse y desandar el camino, pero luego vio una puerta abierta. Era preciso actuar con arrojo y decisión, o emprender una retirada con escasas perspectivas de éxito. Tumithak no lo pensó mucho, sino que abrió de par en par la puerta y entró.

Se detuvo un instante y sus ojos, acostumbrados a la brillante luz exterior, tuvieron que adaptarse a la penumbra de la habitación. Luego advirtió que no estaba solo, pues el cuarto se hallaba ocupado por un hombre que, a juzgar por las apariencias, estaba tan espantado por la repentina aparición de Tumithak que se había quedado sin habla. Tumithak aprovechó el manifiesto terror del otro para estudiarlo, y para buscar en el cuarto un modo de escapar u ocultarse.

El cuarto estaba bastante menos iluminado que el pasillo. La luz provenía de dos pantallas empotradas en la pared, cerca del techo. Las paredes eran de un azul mate uniforme, y en la de atrás había una puerta cubierta por un tapiz que conducía al cuarto interior. Una mesa, un sillón acolchado, una cama y un estante abarrotado de libros constituían el mobiliario del cuarto. Y en el medio de la cama yacía aquel hombre descomunal.

Era una verdadera montaña de carne. Tumithak calculó que debía pesar unos ciento ochenta kilos. Medía bastante más de un metro ochenta, y su cuerpo desbordaba de la cama que ocupaba, donde habrían cabido sin dificultad tres de los compatriotas de Tumithak. Era un hombre rollizo y colorado; su pelo rubio pálido y su barba acentuaban la rubicundez de su rostro y cuello.

Pero la deformidad del hombre quedaba compensada por el refinamiento de su vivienda. Ningún hombre de Loor habría soñado tales lujos. Las ropas de aquel desconocido eran de las más finas telas que cupiera imaginar, delicadas gasas teñidas en los tonos más delicados del rosa nacarado, el verde y el azul, que caían vaporosas sobre su cuerpo, suavizando y dando dignidad a su inmensa gordura. Las sábanas

eran tan finas y suaves como las vestiduras del hombre, pero en tonos saturados de verde y castaño. La misma cama era un prodigio, un glorioso monumento de metales con aplicaciones diversas, que parecía forjado por algún genial artesano de la Edad de Oro. Y cubría el suelo una alfombra... ¡Y las pinturas de la pared...!

El hombre recobró de súbito la voz. Lanzó un grito, un chillido agudo y femenino, que contrastaba extrañamente con su descomunal humanidad. Tumithak estuvo en un instante al lado del gordo, poniéndole la punta de la espada en la garganta.

—¡Cállate! —le ordenó, tajante—. ¡Cállate ahora mismo o te liquido!

El otro obedeció, y sus gritos se convirtieron en seguida en gemidos involuntarios y ahogados. Tumithak se puso en guardia, temiendo que el grito hubiera sido oído. Después de comprobar que nada turbaba el silencio exterior, depuso su actitud. El gordo habló entonces:

—Usted es un salvaje —afirmó con voz cargada de terror—. ¡Usted es un salvaje de los corredores bajos! ¿Qué hace aquí, entre los Elegidos?

Tumithak ignoró la pregunta.

—Una palabra más, gordinflón —murmuró con energía—, y habrá en estos corredores una boca menos que alimentar. —Miró hacia la puerta y preguntó—: ¿Puede venir alguien aquí?

El otro quiso responder pero, evidentemente, su miedo le impedía articular las palabras. Tumithak rió con desprecio y notó que le embargaba un extraño júbilo. Al looriano le agradaba ver que alguien le tenía tanto miedo. Ningún hombre había tenido oportunidad de gozar aquella sensación de poderío desde hacía siglos. Tumithak tuvo ganas de hacerle pasar un mal rato al otro, pero luego su curiosidad se impuso. Al darse cuenta de que era la espada lo que más aterrorizaba al gordo, la apartó y la devolvió a su vaina.

El gordo respiró mejor entonces, pero aún tardó un poco en recodar el habla. Cuando habló, se limitó a repetir su pregunta:

—¿Qué hace aquí, en los corredores de los Estetas? —dijo en tono temeroso.

Tumithak lo pensó antes de responder. Sabía que aquella gente no temía a los shelks; por lo visto eran sus aliados. El looriano no estaba seguro de si le convenía fiarse del cobarde obeso pero, al mismo tiempo, le parecía absurdo tener miedo de él o de sus semejantes. Como poseía la fatuidad propia de todo gran genio, a Tumithak le gustaba alardear de su misión, por lo que finalmente respondió:

—Voy a la Superficie. Vengo del túnel más bajo, tan lejos de aquí que nunca hemos oído mencionar los corredores de los Estetas, como tú los llamas. ¿Eres un Esteta?

—¡Va usted a la Superficie! —repitió el otro, que perdía rápidamente el miedo—. ¡Pero si no ha sido llamado! Lo matarán sin vacilar. ¿Acaso cree que los Sagrados

Shelks permitirán que alguien llegue a la Superficie sin haber sido llamado? ¡Y, para colmo, un salvaje de los corredores inferiores!

Arrugó la nariz con desdén.

A Tumithak no le gustó el desprecio que adivinaba en la voz del otro.

—Oye, gordo —dijo—, yo no necesito el permiso de nadie para visitar la Superficie. En cuanto a los shelks, mi único objetivo cuando llegue a la Superficie será matar uno de ellos.

El otro lo miró con una expresión que Tumithak no logró descifrar.

—Usted va a morir pronto —comentó el Esteta con imparcialidad—. Ya no he de tenerle miedo. Es indudable que al decir una blasfemia tan inaudita, queda condenado tan pronto como la pronuncia. —Se retrepó en la cama mientras hablaba y miró con curiosidad a Tumithak—. ¿De dónde, oh Salvaje, has sacado una idea tan absurda?

El looriano quizá se habría enfadado ante el tono de su interlocutor, si la pregunta no le hubiera dado un pretexto para abordar su tema preferido. Le narró al Esteta toda la historia de su misión. Éste escuchaba con atención, tan interesado en apariencia, que Tumithak fue animándose cada vez más.

Habló de su infancia, del hallazgo del libro, de la inspiración que éste le proporcionó. Habló de sus años de preparación para aquel viaje, y de las aventuras que había corrido desde su salida de Loor.

Era extraño el interés del gordo, pero a Tumithak, absorto en la historia de su misión, no se le ocurrió pensar que el Esteta estaba ganando tiempo. Por eso, cuando terminó su narración, quiso saber cosas acerca de los Elegidos que vivían en los corredores de mármol.

—Nosotros, los que vivimos en estos corredores —comenzó el Esteta—, somos los elegidos de la raza humana porque poseemos lo único que los Sagrados Shelks no tienen: el talento para crear belleza. Aunque los Amos son poderosos, carecen de capacidad artística. Sin embargo, saben juzgar el mérito de nuestro arte, y por eso han dejado en nuestras manos el procurarles las bellezas de la vida. Ellos nos encargan todas las grandes obras artísticas que decoran sus maravillosos palacios de la Superficie. Las obras maestras que has visto en las paredes de estos corredores han sido realizadas por mí y por mis conciudadanos. Los bellos cuadros y las estatuas que verás luego en nuestra plaza central son obras devueltas por los Sagrados Shelks. ¿Puedes imaginar la belleza de las piezas aceptadas, de las que han llegado a la Superficie? A cambio de nuestro trabajo, los shelks nos alimentan y nos facilitan todos los lujos imaginables. De toda la humanidad, hemos sido elegidos como los únicos dignos de ser amigos y compañeros de los amos del mundo.

Se detuvo un instante, agotado por lo que para él era, sin duda, un discurso excepcionalmente largo. Después de tomar aliento unos minutos, prosiguió:

—Aquí, en estos pasillos de mármol, nacemos y somos educados los Estetas.

Sólo trabajamos en nuestro arte, y sólo cuando deseamos hacerlo. Nuestras obras son cuidadosamente analizadas por los shelks, y las mejores se conservan. Los artistas que producen estas obras... escúchame con atención, salvaje... ¡los artistas que producen esas obras son llamados para formar parte de la gran comunidad de Elegidos que viven en la Superficie, y pasan el resto de sus vidas decorando los magníficos palacios y jardines de los Sagrados Shelks! Son los más afortunados, pues saben que sus obras son elogiadas por los mismísimos Señores de la Creación. — Jadeaba de esfuerzo después de haber hablado tanto, pero continuó con decisión—: ¿Te extraña, pues, que nos sintamos superiores a los hombres que han llegado a ser poco más que animales, poco más que conejos agazapados en sus madrigueras a muchos kilómetros bajo el suelo? ¿Te asombra que...?

Su discurso fue interrumpido por un sonido que llegaba del exterior. Era una sirena, cuyo tono se hizo cada vez más agudo, hasta que pareció superar la máxima frecuencia que puede captar el oído humano. Con súbita prisa, el Esteta se volvió de costado. Intentó bajarse de la cama, consiguiéndolo después de varias tentativas. Anduvo con torpeza hasta la puerta y luego se volvió.

—¡Los Amos! —gritó—. ¡Los Sagrados Shelks! Han venido para llevarse otro grupo de artistas a la Superficie. Sabía que iban a venir pronto. Salvaje, y por eso he soportado tu larga y aburrida historia. Intenta escapar si puedes, aunque sabes tan bien como yo que nada escapa a los Amos. ¡Y ahora voy a decirles que estás aquí!

Cerró de un portazo la puerta en las narices de Tumithak y desapareció.

Tumithak se quedó en la habitación, incapaz de moverse. Le parecía increíble que los shelks estuvieran tan cerca. Estaba seguro de que la puerta se abriría de un momento a otro; los espantosos seres arácnidos entrarían en tropel y acabarían con su vida. Se vio en una trampa sin posibilidad de escapatoria. Tembló de miedo, pero luego y como siempre, se avergonzó de su reacción y procuró dominarse. Aún temblando fuertemente a causa de lo que estaba a punto de hacer, se acercó a la puerta y la observó con cuidado. Había decidido que más valía tratar de escapar por el corredor, y no esperar allí a ser capturado por los shelks. Le costó varios minutos el descubrir cómo funcionaba el cerrojo, pero luego abrió la puerta y salió al corredor.

Por fortuna, no había nadie en la zona donde estaba Tumithak, pero a lo lejos aún se veía al obeso Esteta meneándose pesadamente. Otros, casi tan gordos como él, se le acercaban; todos avanzaban con tanta rapidez como les permitía su gran peso, evidentemente hacia la plaza de la ciudad. Tumithak los siguió a distancia prudencial y, poco después, vio que enfilaban otro pasillo. Se aproximó con cuidado a la encrucijada, y decidió matar cuanto antes al gordo que pensaba traicionarlo. Hizo bien al acercarse con cautela, pues cuando se asomó vio que estaba a menos de treinta metros de la plaza mayor.

Jamás había visto una plaza semejante. Era una inmensa bóveda circular de más de cien metros de diámetro, cuyo suelo de mármol teselado y paredes con relieves ofrecían un espectáculo que obligó a Tumithak a ahogar un grito de admiración. Había estatuas montadas sobre pedestales de diferentes colores, y maravillosos tapices colgaban de los muros. La plaza estaba casi abarrotada de Estetas, ya que había más de quinientos.

Mas no fue la bóveda, ni su decoración, ni sus ocupantes lo que más impresionó a Tumithak. Sus ojos estaban fijos en el gran cilindro de metal que se hallaba en el centro. Era idéntico al que había visto en bajorrelieve a su llegada: de cinco o seis metros de longitud, montado sobre cuatro gruesas ruedas y, según acababa de ver, provisto de una abertura redonda en la parte superior.

Mientras miraba, varios objetos salieron volando por la abertura y aterrizaron suavemente delante de la multitud. Uno tras otro, como muñecos de una caja de resorte, salieron de la abertura y, cuando tocaban ágilmente el suelo, los Estetas prorrumpían en una ovación. Tumithak retrocedió precipitadamente; luego, cuando su curiosidad pudo más que su cautela, se atrevió a mirar de nuevo hacia la rotonda. ¡Por primera vez en más de cien años, un hombre de Loor veía un shelk!

Su alzada era como de un metro veinte, y en efecto parecían arácnidos, como relataba la tradición. Vistos de cerca, no obstante, se advertía que el parecido era sólo superficial. Aquellos seres no eran peludos, y tenían diez patas en lugar de las ocho que posee un verdadero arácnido. Las patas eran largas, con tres articulaciones, y al extremo de cada una se veía una garra corta y rudimentaria, muy semejante a una uña. Dichas patas se distribuían cinco a cada lado, y se unían con el cuerpo entre la cabeza y el abdomen. Éste era muy parecido al de una avispa y aproximadamente del mismo tamaño que la cabeza, que, por cierto, era lo más sorprendente de aquellos seres.

En efecto, era una cabeza humana: los mismos ojos, la misma frente ancha, una boca de labios apretados y delgados, y la barbilla, daban a la cabeza de los shelks una sorprendente expresión humana. Sólo faltaban la nariz y el cabello para que el rostro fuese enteramente el de un hombre.

Mientras Tumithak miraba, ellos pasaron a ocuparse del asunto que los traía al mundo subterráneo. Uno de ellos sacó un papel de una bolsa que colgaba de su cuerpo, lo cogió con habilidad entre dos de sus extremidades y comenzó a hablar. Su voz tenía un timbre raro y metálico, pero a Tumithak no le resultó difícil entender lo que decía.

—¡Hermanos de los Túneles! —gritó—. Ha llegado el momento de que otro grupo de entre los vuestros construya su hogar en la Superficie. Los amigos que os dejaron la semana pasada esperan con impaciencia vuestra llegada, y sólo nos resta pronunciar los nombres de aquellos en quienes ha recaído el gran honor. Prestad

atención; los que sean llamados, que entren en el cilindro. —Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras habían sido comprendidas y luego, en medio de un silencio impresionante, empezó a leer los nombres—: ¡Korystalis! ¡Vintiamia! ¡Lathrumidor!

Uno tras otro, los corpulentos hombres de elefantiásico aspecto se adelantaron y treparon por una pequeña escalera que se había desplegado desde el cilindro. Tumithak vio que el tercero de los llamados era su interlocutor de antes. La expresión de su rostro, lo mismo que la de los demás, era de sorpresa y alegría, como si un suerte increíble acabase de favorecerle.

Tumithak estaba tan distraído observando a los shelks y a su vehículo, que había olvidado la amenaza del Esteta. Cuando vio que éste se acercaba a los shelks, el looriano tuvo un movimiento de terror, aunque no pudo despegar los pies del suelo, como si estuvieran clavados. Pero su temor era vano, pues, por lo visto, la inesperada fortuna había borrado cualquier otro pensamiento de la mente sencilla del Elegido, en vista de que subía al cilindro sin hablar una sola palabra con los shelks que lo rodeaban. Tumithak lanzó un gran suspiro de alivio cuando lo vio desaparecer por el agujero.

Seis eran los shelks, y seis Estetas fueron llamados; al oír sus nombres corrían para trepar, entre jadeos y resuellos, y meterse en el vehículo. Cuando todos hubieron pasado por la abertura redonda, los shelks se volvieron y los siguieron. Una tapa cubrió la boca de acceso, y se hizo el silencio en el corredor. Al poco, los demás Estetas empezaron a dispersarse. Como algunos entraban en el pasillo donde estaba escondido Tumithak, se vio obligado a retroceder y meterse en un habitáculo para no ser descubierto.

Temía que entrase algún Esteta y lo descubriera, pero esta vez la suerte le sonrió. Al cabo de un rato miró y halló vacío el corredor. Salió y regresó rápidamente a la plaza. No quedaban Estetas en ella, pero, por algún motivo, el cilindro seguía en el mismo lugar. De improviso, Tumithak concibió una idea cuya misma audacia lo estremeció.

¡Era evidente que los shelks venían de la Superficie en aquel vehículo! Y en él regresarían. ¿No había dicho el Esteta, a quien los shelks llamaban Lathrumidor, que algunas veces los artistas eran llamados para vivir en la Superficie con los shelks? Sí; indudablemente, el cilindro estaba a punto de regresar a la Superficie. Y, con repentina e inspirada decisión, Tumithak supo que viajaría en él.

Avanzó con rapidez y se aferró a la parte posterior de la máquina, buscando apoyo en los escasos salientes que logró encontrar. ¡En ese preciso instante, cuando apenas había logrado asirse a la máquina, ésta comenzó a moverse sin ruido, corriendo vertiginosamente por el túnel!

6 - La muerte del shelk

Aquella travesía fue para Tumithak una caleidoscópica sucesión de imágenes renovadas sin cesar. El cilindro avanzaba con tanta velocidad que sólo de vez en cuando, al reducir para doblar un recodo o recorrer una galería excepcionalmente estrecha, podía levantar la cabeza y mirar a su alrededor.

Pasaron por corredores más intensamente iluminados que los que Tumithak había visto hasta entonces. Vio galerías de metal, pulidas y resplandecientes, y corredores de roca sin labrar, donde las sacudidas al pasar sobre las irregularidades del piso lo pusieron en peligro de ser derribado de su precaria posición.

En una ocasión recorrieron lentamente un pasadizo de mármol, flanqueado por dos hileras de Estetas que entonaban un sonoro y solemne himno a medida que pasaba el coche de los shelks. Tumithak creyó que lo descubrirían, pero si alguno de los cantores lo vio no hizo caso, suponiendo tal vez que iba prisionero de los shelks. Ya no hallaron más encrucijadas; el único camino a la superficie era el ancho túnel principal que seguía la máquina. Tumithak estaba cada vez más cerca de su meta.

Aunque la velocidad del coche no era excesiva en comparación con la de los coches que empleamos hoy, hemos de recordar que la máxima velocidad que podía imaginar el looriano era la de un atleta humano. Por eso le parecía viajar en alas del viento, y su alivio no tuvo límites cuando el coche redujo la velocidad, permitiéndole saltar al suelo en una zona del túnel que tenía trazas de estar deshabitada desde hacía muchos años. Había abandonado toda intención de continuar el viaje, y sólo deseaba abandonar aquella empresa endemoniada que tan temerariamente había comenzado.

Tumithak decidió quedarse un rato donde había caído, al menos lo necesario para recobrar sus facultades embotadas. Entonces vio que el coche de los shelks se había detenido a menos de cien metros de distancia. Al punto se puso en pie para lanzarse hacia la primera puerta abierta que encontrase. El habitáculo en que entró estaba lleno de polvo y sin muebles; sin duda, llevaba mucho tiempo desocupado. Pareciéndole que allí no corría peligro, Tumithak se acercó a la puerta y miró.

Al instante vio que la puerta o escotilla de la parte superior del coche estaba abierta, pero pasaron varios minutos antes de que comenzaran a salir los pasajeros. Asomó primero la gorda cabeza de uno de los Estetas, que se dejó caer dificultosamente por el costado del coche. Le siguió un shelk, que saltó ágilmente al suelo, y de este modo el coche fue vaciándose hasta que los doce ocupantes se encontraron en la galería; luego todos se volvieron y entraron en un habitáculo, el único del que colgaba una cortina para cubrir la entrada.

Tumithak esperó un rato en su escondite, calculando su próximo movimiento. Su timidez instintiva le aconsejaba permanecer oculto, esperar varios días si fuese necesario, hasta que los shelks regresarían a su máquina y partieran. En cambio, su

curiosidad le impulsaba a descubrir qué hacía aquel grupo tan heterogéneo detrás de la gran puerta cubierta por un tapiz. Y su prudencia le indicaba que, si pensaba proseguir su búsqueda, lo mejor era continuar en seguida por el túnel, mientras los shelks aún estuvieran dentro del habitáculo... pues sabía que se hallaba cerca de la superficie, de la meta que había perseguido tanto tiempo.

Su buen juicio ganó y eligió esta última solución, olvidándose del grupo. Salió del cuarto y echó a correr, ligero y silencioso. Pero cuando llegó frente al gran umbral y vio que era fácil ocultarse allí, decidió echar una última mirada a los shelks y sus extraños amigos antes de continuar. Uniendo la acción a la idea, se acercó, entreabrió las cortinas, las corrió un poco y miró.

Lo primero que llamó su atención fue el tamaño desmesurado del cubículo. Debía medir veinticinco metros de longitud y doce de anchura, por lo que le pareció un cuarto realmente enorme al looriano; en la penumbra no se alcanzaba a ver el techo. Era tan alto que las lámparas, dispuestas en las paredes a la altura del hombro, no alumbraban la parte superior. Tumithak tuvo la extraña impresión de que no había techo, de que las paredes se elevaban cada vez más, hasta alcanzar la Superficie. Sin embargo, no pudo entretenerse en analizar esta posibilidad, pues apenas se le había ocurrido sus ojos se fijaron en la mesa. Era una enorme mesa baja, cubierta con un mantel de nivea blanca y llena de cosas raras que Tumithak notó ser alimentos. Pero el looriano los miró con sorpresa, pues eran alimentos de los que jamás había oído hablar, que sus antepasados no habían conocido durante muchas generaciones: las mil y una viandas succulentas de la Superficie. Alrededor de la mesa había una docena de divanes bajos, en algunos de los cuales estaban reclinados los Estetas, comiendo con enorme apetito.

Cosa rara, los shelks no tomaban parte en el banquete. Cada uno de los corpulentos artistas tenía un shelk a su espalda. Para Tumithak, había algo de mal agüero en aquella actitud. Observaban en silencio todos los movimientos de los Estetas. Pero los que se llamaban a sí mismos Elegidos estaban a sus anchas, atracándose de comida y cambiando gruñidos de satisfacción entre sí. Tumithak tuvo que apartar la mirada, ante tan desagradable escena.

De súbito se oyó una orden tajante del shelk situado detrás de la cabecera de la mesa. Los Estetas alzaron la vista, consternados, con expresiones de ansiedad y lastimera incredulidad en sus rostros. Pero antes de que pudieran moverse o lanzar un grito, los shelks se habían abalanzado sobre ellos, buscando y hallando infaliblemente con sus bocas de labios delgados las yugulares, bajo los pliegues de carne de los gruesos cuellos de los gordos.

Los artistas forcejearon en vano; su resistencia débil y torpe no les sirvió de nada. Los ágiles shelks rechazaron fácilmente los brazos de los que intentaban defenderse, mientras sus dientes se clavaban cada vez más profundamente en la carne. Tumithak

se ahogaba de espanto. Como en un trance, vio que los movimientos de los Estetas se hacían más lentos, hasta cesar del todo. La cabeza le daba vueltas. ¿Cuál... cuál podía ser el significado de aquello en Venus? ¿Qué relación había entre aquella escena espantosa y la larga explicación que Lathrumidor le había dado en los corredores de mármol sobre las vidas de estas personas? Observó la escena horrorizado, incapaz de apartar los ojos de ella.

Los Estetas estaban yertos. Los shelks se apartaron y dio comienzo una febril actividad. Sacaron de debajo de la mesa varios cántaros transparentes de gran tamaño, y media docena de máquinas provistas de largas mangueras. Éstas fueron ajustadas a las heridas de los cuellos de los Estetas, y Tumithak vio que la sangre era extraída rápidamente de los cuerpos y traspasada a los cántaros.

A medida que éstos se llenaban de líquido, los cuerpos de los Estetas decaían como globos de los que se escapa el aire. Poco después yacían en el suelo alrededor de la mesa, pálidos y arrugados. Los shelks no parecían excitados por su tarea; por lo visto era cosa de rutina. Sus serenos y rápidos movimientos multiplicaron el terror de Tumithak. Al fin éste superó la especie de parálisis que lo atenazaba, se volvió y se alejó a toda prisa. Subió cada vez más rápido por el corredor, y por último, agotado y jadeante, incapaz de dar un paso más, cruzó una puerta abierta y se echó en el suelo del apartamento, exhausto, anonadado.

Poco a poco recobró el dominio de sí, la respiración y, más tarde, algo de valor. Censuró severamente su propia cobardía, y eso que aún temblaba al recordar el terrible espectáculo que había presenciado. A medida que se tranquilizaba empezó a considerar el significado de lo que había visto. Lathrumidor el Esteta le había hecho creer que los shelks eran amables protectores de los artistas geniales. Había dicho que el viaje a la Superficie era el honor supremo en la vida de un Esteta. El shelk que había hablado en la rotonda también dio a entender lo mismo. Por alguna razón desconocida, en la primera ocasión que se les presentó después de salir de la ciudad, los shelks habían asesinado a sus obedientes siervos, con arreglo a un rito que parecía habitual en ellos. Por más que se devanaba los sesos, Tumithak no lograba explicarse la evidente contradicción. Se encogió sobre sí mismo en el cubículo, trastornado por la monstruosidad de las aventuras de aquella jornada, y durmió con sueño agitado.

No era extraño que Tumithak quedase trastornado por tan raros acontecimientos. No conocía relaciones entre animales que le sirvieran como término de comparación para entender la que existía entre los Estetas y los shelks. En los túneles no había animales domésticos, y hacía siglos que el hombre había perdido todo recuerdo de ellos. Tendrían que transcurrir muchos siglos más antes de que volvieran a familiarizarse con ellos. Por eso, Tumithak no conocía nada parecido a las condiciones en que los shelks tenían a los Estetas.

Hoy sabemos lo que eran: ¡ganado! Mantenidos en un sentimiento de falsa seguridad mediante mentiras hipócritas, seleccionados durante siglos hasta obtener la estupidez sanguínea y bovina que los caracterizaba, carentes de medios intelectuales salvo el instinto artístico que los shelks despreciaban, al cabo de muchas generaciones habían pasado a ser víctimas propiciatorias de las Bestias de Venus.

Por una extraña combinación de las mentiras de los shelks con su propio engreimiento desmedido, se habían acostumbrado a esperar desde su primera infancia ese día feliz en que serían trasladados a la Superficie... para convertirse, sin saberlo, en alimento de sus amos. Así eran los Estetas, tal vez la más extraña de las diversas razas humanas obtenidas mediante selección por los shelks.

Nada de esto se hallaba al alcance de la comprensión de Tumithak... o de cualquier otro hombre de su generación. Por ese motivo, después de despertar, reanudó su caminar sin entender todavía la extraña relación. Pero cuando una mente semisalvaje no puede resolver una dificultad, la olvida en seguida: poco después Tumithak avanzaba con la mente en paz.

Desde el corredor de los Estetas cantores y la vertiginosa travesía, Tumithak no había visto señales de vida. Las galerías donde se hallaba quedaban demasiado cerca de la Superficie como para estar habitadas por el hombre. Por eso, Tumithak no halló a nadie en ellas y recorrió varios kilómetros sin ser molestado. El corredor terminaba sin otra salida sino una escalera de metal empotrada en la pared, que se elevaba hacia las tinieblas. Lleno de excitación contenida y latiéndole el corazón desenfrenadamente, Tumithak empezó a subir por el que, como sabía, era el último pozo antes de llegar a la Superficie. Salió a un corredor de extraña piedra negra, sacó de la bolsa el último regalo de su padre y emprendió la pendiente ascendente, sujetando cuidadosamente su arma. El paso era el más estrecho que había visto Tumithak y, a medida que caminaba, las paredes se acercaban aún más, hasta quedar separadas por unos sesenta centímetros de ancho. La pendiente se hizo cada vez más empinada y por último se convirtió en una escalera. Tumithak subió los escalones, con el corazón latiéndole más rápido por momentos. Finalmente vio su meta. Hacia delante, muy lejos en lo alto, brillaba una luz mucho más poderosa que la de los corredores y de un extraño color rojizo. Tumithak supo, mientras la miraba sobrecogido, que aquella era la luz de la Superficie.

Se apresuró; la altura del techo era cada vez menor, y no tuvo más remedio que agacharse para franquear los últimos metros. Por último llegó al final de la escalera y se vio en un túnel superficial, a menos de un metro y medio de profundidad. Levantó la cabeza y dejó escapar una débil exclamación de absoluta incredulidad.

Porque Tumithak acababa de ver la Superficie.

La enormidad de la escena fue lo que más espantó al looriano. Le parecía haber

salido a un domo o túnel gigantesco, tan enorme que ni siquiera se abarcaba su inmensidad. El techo y las paredes se unían formando una estupenda bóveda, semejante a un cuenco invertido, cuyos bordes tocaban el suelo en una línea tan lejana, que era absolutamente increíble. En muchos lugares el techo y las paredes eran de un azul maravilloso, el color de los ojos de una mujer. Ese azul brillaba como una joya y estaba vetado de grandes manchas algo donosas de color blanco y rosado; mientras miraba, Tumithak creyó observar que esas enormes manchas onduladas se movían y cambiaban de forma lentamente.

Incapaz de apartar los ojos del cielo, el asombro y el respeto de Tumithak iban convirtiéndose en un gran temor. Cuanto más miraba, más lejos parecía estar la gran cúpula, pero al mismo tiempo le rodeaba de modo misterioso y terrible. Un instante después tuvo la certeza de que las grandes manchas onduladas se movían, y experimentó la espantosa sensación de que estaban a punto de caer y aplastarlo. Enfermo y aterrorizado por la grandiosidad del escenario que se abría ante él, regresó al túnel y se encogió contra la pared, temblando, presa de un pánico desconocido e irracional. Como había nacido en los limitados confines de las galerías, y había vivido toda su vida bajo tierra, cuando vio por primera vez la Superficie, Tumithak fue víctima de la agorafobia, ese curioso temor a los espacios abiertos que hoy todavía padecen algunas personas.

Su mente tardó casi una hora en rehacerse. ¿Había caminado tanto, se dijo a sí mismo, para volverse tan sólo por temor ante este aspecto de la Superficie? Ciertamente, si aquella gigantesca bóveda azul y manchada pudiera caerse, no habría esperado a que apareciera él. Respiró hondo, la razón prevaleció al fin, y volvió a salir.

Esta vez sus ojos evitaron el cielo, y procuró fijarlos en el suelo del «habitáculo». Cerca del túnel el suelo estaba compuesto de polvo pardo y grueso, pero poco más allá éste se hallaba cubierto por una sorprendente alfombra, hecha con millares de largos pelos verdes y tupidos que ocultaban totalmente el suelo polvoriento. Un poco más lejos se veía un grupo de columnas altas e irregulares, cuya parte superior desaparecía entre un inmenso manojó de cosas verdes, del mismo color y aspecto que la alfombra.

Cuando Tumithak miró más allá de la hierba y los árboles, vio una maravilla que superaba a todas las que había visto. Colgando de la cúpula, sobre los árboles, aparecía la gran lámpara de la Superficie, un orbe brillante y cegador que iluminaba con su luz roja la inmensidad.

Mudo de asombro, Tumithak contempló la primera puesta de Sol de su vida. Volvió a sentirse mareado y enfermo por efecto de la agorafobia; pero la belleza de aquella visión le hizo olvidar su temor y lo tranquilizó gradualmente. Poco después volvió la mirada al lado opuesto... ¡y allí, alzándose a gran altura, estaban las casas

de los shelks!

Hasta donde abarcaba la vista, había doce torres a modo de obeliscos. Sus paredes de metal lanzaban reflejos rojos bajo la luz del sol poniente. No todas eran verticales, pues el extraño e inhumano sentido artístico de los shelks les hacía preferirlas en distintos ángulos desviados de la perpendicular, algunas hasta treinta grados. Eran de distinta altura, entre quince y sesenta metros, y de la parte superior colgaban largos cables que unían entre sí todas las torres. Carecían de ventanas, y el único acceso era una abertura redonda situada en la parte inferior. Puesto que ninguna de las torres tenía más de cuatro metros y medio de circunferencia, presentaban un aspecto comparable al de un puñado de agujas gigantes.

El looriano no habría sabido decir cuánto tiempo estuvo contemplando la sorprendente ciudad. De todas aquellas maravillas, la más notable fue el ocaso, el aparente hundimiento de la gran luz roja en el suelo. Cuando el Sol hubo desaparecido, Tumithak siguió mirando atentamente las paredes, que todavía brillaban con rojo resplandor... Y entonces...

Tumithak no había oído ruido alguno. Aunque estaba absorto, sus sentidos permanecían instintivamente alertadas, y no había oído nada. Luego oyó un áspero crujido a su espalda, y una voz chillona y metálica ordenó con espasmódica pronunciación:

—¡Regresa... a... ese... agujero!

A Tumithak se le heló la sangre cuando vio al shelk, que estaba a dos pasos.

Para el looriano, aquel instante fue tan largo como un año. Al volverse para hacer frente a la bestia, mil pensamientos cruzaron por su mente. Recordó a Nikadur y a Thupra, y pensó en los muchos años que habían pasado juntos; pensó en su padre e incluso en su madre, a la que apenas recordaba; más extraño aún, pensó en el enorme yakrano, en cómo lo había empujado al pozo, y cómo había gritado mientras caía. Todos esos recuerdos pasaron por su mente mientras se volvía y levantaba el brazo para protegerse. La acción fue totalmente instintiva; era como si no tuviese el menor dominio de su cuerpo. Algo ajeno a él, o superior a él, le hizo flexionar los dedos. Al hacerlo, el revólver, último de los tres regalos de su padre, escupió llamas y estampidos. Como en sueños, lo oyó ladrar una, dos, tres... siete veces... ¡y el cadáver del shelk cayó dentro del túnel!

Durante unos momentos, el héroe se quedó mirándolo estúpidamente. Luego, dándose cuenta de que había llevado a cabo su misión, se dejó invadir por un inmenso júbilo. Desenvainó rápida mente la espada y se puso a cortar las diez largas patas del shelk; mientras lo hacía, tarareó el himno de guerra que cantaban los loorianos cuando marchaban contra los yakranos. Se oían súbitos ruidos y tintineos procedentes de las casas de los shelks, pero él siguió despedazando sistemáticamente a su víctima, hasta separar la cabeza del cuerpo.

Al notar que las voces de los shelks se acercaban, guardó la ensangrentada cabeza en la pechera de su túnica y bajó como el viento los escalones del pasadizo.

7 - El poder y la gloria

Tumlook de Loor, padre de Tumithak, estaba sentado a la entrada de su habitáculo, mirando hacia el corredor. Durante las últimas semanas había llevado una vida solitaria y, aunque sus amigos habían intentado darle ánimos con la charla optimista de costumbre, sabía que todos estaban seguros de que su hijo jamás regresaría. Ni los más atrevidos osaban asegurar que Tumithak lograría llegar más allá de Yakra.

Tumlook no ignoraba esa opinión de sus amigos y empezaba a creer lo mismo que ellos, aunque hacían cuanto les era posible para darle a entender que esperaban cosas maravillosas de su hijo. Se preguntó por qué había permitido que el joven emprendiera una empresa tan descabellada. ¿Por qué no había sido más severo con él, quitándole la idea de la cabeza cuando aún se hallaba a tiempo? Por eso estaba allí sentado, abrumándose a reproches, mientras esperaba la hora de acostarse y la vida de Loor pasaba por su lado como un torrente irregular y tumultuoso.

Su rostro se animó un poco. Por el corredor se acercaban los dos enamorados cuya larga amistad con Tumithak era un vínculo que Tumlook, en cierto modo, había heredado. Nikadur saludó y, cuando llegaron, Thupra se puso de puntillas y lo besó impulsivamente en la mejilla.

—¿Ha sabido algo de Tumithak? —salió la pregunta que casi había pasado a ser un saludo entre ellos.

Tumlook meneó la cabeza.

—¿Crees que eso es posible? —preguntó—. Después de tantas semanas, hay que darlo por muerto.

Pero Thupra no estaba dispuesta a dejarse desalentar. En efecto, en todo Loor ella era la única que conservaba la confianza, casi la certeza, de que Tumithak estaba vivo y retornaría triunfante.

—Regresará —dijo—. Estamos seguros de que llegó a Yakra. ¿No ha contado Nennapuss lo del gigante que hallaron muerto al pie de un pozo yakrano? Si Tumithak pudo vencer a un hombre como ése, ¿quién podría vencerlo a él?

—Puede que Thupra tenga razón —intervino Nikadur seriamente—. En Nonone se rumorea que hubo un gran pánico en Yakra, durante el cual, según se dice, un hombre de estos corredores pasó por la ciudad. Esos rumores son vagos y tal vez sean sólo habladurías, pero también es posible que Tumithak llegara a los Corredores Tenebrosos.

—Sé que Tumithak regresará —repitió Thupra—. Es fuerte y...

Se interrumpió; al fondo del corredor sus oídos percibieron un ruido, y prestó atención. Luego lo oyó también Nikadur, y por último hasta el propio Tumlook. Era un grito, un clamor lejano que se intensificó mientras escuchaban. Varios paseantes lo oyeron también y se detuvieron; luego dos hombres pasaron corriendo en dirección al lugar de donde provenía el clamor. Nuestros tres amigos intentaron captar lo que decían. Más hombres corrían por el túnel buscando el origen del ruido.

—¡Vamos! —gritó de súbito Nikadur, con una expresión de angustia en el rostro—. Si es una invasión de los yakranos...

Sin hacer caso de Thupra, salió corriendo. Tumlook sólo se demoró lo necesario para entrar en el cuarto y proveerse de armas.

Thupra no pensaba quedarse atrás. En seguida alcanzó a Nikadur y, pese a sus objeciones, insistió en acompañarlo. De este modo los tres, en compañía de otros muchos, corrieron hacia el origen del tumulto.

Tropezaron con un hombre que corría en sentido opuesto.

—¿Qué pasa? —coreó una docena de voces.

La respuesta del hombre fue un balbuceo incomprensible, mientras seguía corriendo. La ignorancia de la multitud no iba a durar mucho, porque al doblar el próximo recodo vieron la causa del alboroto.

Por el corredor avanzaba una procesión increíble. Un grupo de loorianos abría el desfile, bailando y gritando como locos. Les seguía un personaje conocido: Nennapuss, jefe de los nonones, y su séquito de oficiales. Detrás de Nennapuss venía prácticamente toda la población de Nonone, todos muy excitados y hablando a gritos con los loorianos que iban encontrando. Pero éstos no miraban a los nonones, sino a los que venían detrás. A los hombres de Nennapuss les seguía una multitud de yakranos, y todos enarbolaban un bastón con un trapo blanco (que todavía, después de tantos siglos, simbolizaba una tregua). Datto, el hercúleo jefe de los yakranos, estaba allí, y también su gigantesco sobrino Thorp, y otros muchos a quienes los loorianos conocían por los relatos de los nonones. Y luego, a hombros de dos de los yakranos más fuertes, venía... ¡Tumithak!

Pero cuando los ojos de los loorianos contemplaron a Tumithak, ya no vieron nada más. Pues el espectáculo era tan increíble, que les costó convencerse de que no estaban soñando.

Venía ataviado con unas ropas que a todos les parecieron hermosas más allá de toda ponderación. Eran telas finísimas, gasas vaporosas teñidas en los tonos más delicados del rosa nacarado, el verde y el azul. Caían vaporosamente, adhiriéndose a su cuerpo y dándole el aspecto de un dios. Ceñía su cabeza con una banda de metal no muy distinta de una corona; una banda como las que, según la leyenda, solían usar los reyes de los shelks.

¡Y lo más increíble era que tenía el brazo en alto, y sostenía en la mano la arrugada cabeza de un shelk!

Tumlook, Nikadur y Thupra se unieron automáticamente a la muchedumbre. Un momento antes bajaban por el corredor hacia la increíble procesión; al siguiente ésta los había absorbido, y ellos imitaban a la multitud vociferante y entusiasta que reía y se abría paso hacia la plaza mayor de Loor.

Llegaron a la encrucijada de los dos túneles principales y formaron un gigantesco corro, cuyo centro ocupaban Tumithak y los yakranos.

La multitud siguió alborotando un rato; luego Tumithak subió al pedestal de piedra tradicionalmente reservado a los oradores y levantó la mano reclamando silencio. La calma se impuso casi en seguida, y en ese silencio se oyó la voz de Nennapuss, maestro de ceremonias nato.

—¡Amigos de Loor! —gritó—. El día de hoy quedará para siempre en los archivos de las tres ciudades de los corredores bajos. Hacía incontables años que las tres ciudades no se reunían pacíficamente y para lograr esto ha sido necesario un acontecimiento tan fantástico, que resulta casi increíble. Porque, al fin, un hombre ha matado un shelk...

Fue interrumpido por la sonora voz de Datto, el orgulloso jefe de los yakranos.

—¡Basta! —rugió—. Hemos venido aquí para honrar a Tumithak, el looriano que ha matado un shelk. Cantemos himnos de alabanza. Nosotros, los jefes, inclinémonos ante él, Nennapuss, y llamemos a los jefes de Loor para que también se inclinen ante él, pues no habría dado muerte a un shelk si no fuese mucho más grande que todos nosotros.

Nennapuss se mostró algo molesto al ver que no le dejaban practicar su afición preferida. Pero antes de que pudiera responder, Tumithak se puso a hablar. Al oírlo, el yakrano y el nonone escucharon con respeto.

—Compañeros loorianos —comenzó—, hermanos de Nonone y de Yakra, no fue para ganar honores por lo que viajé hasta la Superficie y maté a la bestia cuya cabeza tengo en esta mano. Desde niño he creído que los hombres podían luchar contra los shelks. La ambición de mi vida era demostrar a todos esa verdad. Indudablemente, ningún ciudadano de Loor es menos valiente que yo. Pero muchos me consideraban sólo un soñador. Y os aseguro que no era mucho más. ¿No comprendéis que el hombre no es la criatura débil e insignificante que suponéis? ¡Vosotros, los yakranos, jamás os habéis inclinado aterrorizados cuando los hombres de Loor os atacaban! Lorianos, ¿alguna vez habéis temblado en vuestros habitáculos cuando los yakranos invadían los corredores? ¡Pero la palabra «shelk» os hace huir a vuestros hogares llenos de pánico! ¿No comprendéis que esos shelks, aunque poderosos, no son más que criaturas mortales como vosotros? Escuchad ahora la historia de mis hazañas, y decidme si hice algo que vosotros no pudierais alcanzar.

Comenzó a narrar sus aventuras. Cuando habló de su paso por Yakra, los loorianos aplaudieron y hubo silencio entre los habitantes de Yakra; luego habló de los Corredores Tenebrosos, y los yakranos aplaudieron también cuando contó lo de la matanza de los perros. Habló de los corredores de los Estetas y describió con gran lujo de detalles las bellezas que había visto allí, esperando despertar en ellos el deseo de poseerlas.

Cuando intentó hablarles de la Superficie, le faltaron palabras; con el limitado vocabulario de los corredores, era prácticamente imposible narrar la muerte del shelk. Por último, relató su regreso.

—Por algún motivo, los shelks no me siguieron y llegué sin dificultad a los primeros corredores de los Estetas. Allí me descubrieron y tuve que luchar con seis gordos antes de proseguir. Los maté a todos —Tumithak, con su sublime vanidad inconsciente, olvidaba explicarles cuan fácil había sido acabar con sus voluminosos adversarios—, les quité estas ropas y seguí mi camino. Pasé otra vez por los Corredores Tenebrosos, pero nadie se me opuso. Tal vez el terrible olor del shelk era tan intenso que los salvajes tuvieron miedo de acercarse a mí. Así llegué a Yakra, y supe que la mujer a quien había conocido en el viaje de ida le había narrado la historia al jefe Datto, que estaba bien dispuesto, e impaciente por hacerme los honores a mi regreso. Luego pasé por Nonone, y aquí me tenéis.

El discurso había terminado, y la multitud prorrumpió en una ovación. El clamor hizo vibrar las paredes y el gran túnel resonó como una campana.

—¡Grande es Tumithak de los loorianos! —gritaron—. ¡Grande es Tumithak, matador de shelks!

Tumithak se cruzó de brazos y recibió con satisfacción las aclamaciones, olvidando momentáneamente que su misión consistía en demostrar que no se necesitaba ser un gran hombre para matar a un shelk.

Poco después el alboroto cesó y se oyó de nuevo la voz de Datto:

—¡Loorianos! —gritó—. Durante muchos, muchísimos años, los hombres de Yakra han sostenido una guerra interminable con los de Loor. Hoy, la guerra ha terminado. Hemos conocido a un looriano que es más grande que todos los yakranos, y por eso queremos vivir en paz con Loor. ¡Y para demostrar que digo la verdad, Datto jura obediencia a Tumithak!

Estalló otra ovación, y luego Nennapuss se puso en pie.

—Has hablado con sabiduría, ¡oh Datto! Realmente Tumithak es jefe de jefes. En el pasado hubo pocas enemistades entre Loor y Nonone, por lo que nuestro caso es distinto. Porque se dice que antaño el pueblo de Loor y el de Nonone eran uno. Por ejemplo, hemos sabido que en días del gran jefe Ampithat, que gobernó... —en ese momento, Datto se adelantó con impaciencia y le dijo algo al oído; el nonone se sonrojó y prosiguió—: En fin, será suficiente decir que también Nennapuss se inclina

ante Tumithak, jefe de jefes y jefe de Nonone.

El público volvió a vitorearlos, y Datto pidió la palabra. ¿No sería conveniente, preguntó frunciendo enérgicamente el ceño, que los loorianos también reconocieran como jefe a Tumithak, nombrándole así soberano de todos los corredores bajos? Los loorianos le ovacionaron y Tagivos, el más anciano de los doctores, se puso en pie para hablar:

—El pueblo de Loor no se gobierna como el de Nonone y el de Yakra —explicó—. Hace muchos años que no tenemos jefes. Sin embargo, como sería útil que las tres ciudades estuvieran unidas, el Consejo se reunirá para decidir si Tumithak debe ser nombrado jefe.

El consejo celebró una sesión de urgencia bajo la dirección de Tagivos, Tumlook y el viejo Sidango, y poco después proclamaban su decisión de reconocer a Tumithak como jefe. Y así, entre el ruidoso jolgorio que no dejaba entender nada de lo que se decía, Tumithak se convirtió en jefe de todos los corredores bajos.

Datto y su hercúleo sobrino Thorps, los hombres más importantes de Yakra, fueron los primeros en jurarle obediencia; Tumithak aceptó luego la fidelidad de Sidango, Tagivos y los demás loorianos. A Tumithak le pareció raro tener que tocar la espada de su padre y recibir su juramento, pero mantuvo una postura digna y trató a Tumlook como a los demás mientras duró la ceremonia. Luego reclamó atención.

—Amigos, conciudadanos, compatriotas —dijo—, he venido a anunciar un nuevo amanecer para el hombre. Han pasado más de treinta años desde que la guerra visitó estos pasadizos, y en ese período los hombres casi han olvidado las artes de la guerra. Hemos vivido apoltronados, mientras allá arriba los enemigos de toda la humanidad se hacen cada vez más fuertes. Pero al nombrarme vuestro jefe, habéis dado por terminada esa era de paz y habéis invocado una vida de acción. No seré un gobernante pacífico, pues yo, que he visto tanto mundo, no me conformaré con ocultarme ociosamente en los más profundos túneles. Pienso conducirlos a la guerra contra los salvajes de los corredores tenebrosos, reivindicar para nosotros esos corredores y llevar allí las lámparas que aún brillan en otras galerías abandonadas. Y si vencemos a esos salvajes, os llevaré al dominio de los obesos Estetas, para mostraros lo que la belleza puede significar en la vida del hombre. Y sin duda llegará el momento, si la providencia lo permite, en que os acaudille contra los mismísimos shelks, porque lo que yo hice, todos vosotros podéis y debéis hacerlo. Y si alguien considera que es demasiado lo que exijo, que hable ahora, pues yo no quiero gobernar a ningún hombre contra su voluntad.

Una ovación atronadora hizo resonar otra vez las paredes de la plaza mayor. En la emoción y el entusiasmo del momento, no había en la multitud un solo hombre que no estuviera convencido de que él también podía convertirse en un exterminador de shelks.

Mientras gritaban, cantaban y se excitaban hasta el frenesí, Tumithak se apeó de la piedra y se volvió a su casa.

* * *

Tumithak de los corredores fue, con mucho, el mejor y más emocionante relato que había leído hasta entonces.

He de confesar que cuando releo estas narraciones antiguas no siento, a mis cincuenta y tantos años, la misma emoción que sentía en mi juventud. Ahora me doy cuenta de los defectos estructurales y estilísticos que entonces no advertía.

Pero he de decir que los defectos me parecieron insignificantes cuando releí *Tumithak de los corredores*. Incluso ahora que mi pelo ha comenzado a encanecer, me he sentido tan conmovido como cuando era alumno de secundaria.

Me pareció que los personajes eran humanos, y el héroe tanto más admirable por cuanto no ignoraba el miedo. El argumento me resultó interesante y hallé una profunda humanidad en la frase: «A Tumithak le faltaba aprender que, no importa en qué nación o época se halle uno, siempre puede encontrar delicadeza, si la busca, lo mismo que brutalidad». Éste era un punto de vista desusado en una época en que la literatura popular aceptaba sin discusión los prejuicios raciales.

Pero lo fundamental es que había (y hay) algo fascinante para mí en la idea de un inmenso sistema de corredores subterráneos.

Soy claustrofílico. Me gusta la sensación de estar encerrado. Me agradan los túneles y los pasillos, y no me molesta la ausencia de ventanas. Elegí la oficina donde trabajo porque da a un patio trasero. Mantengo corridas las cortinas y trabajo siempre con luz artificial.

Siempre he sido así. Recuerdo que, de pequeño, cuando tomaba el metro para ir a la escuela, me fascinaban los quioscos que solía haber en las estaciones. A última hora de la noche los veía cerrados, y sabía que dentro se guardaban todas aquellas estupendas revistas «pulp» que no me permitían leer mis progenitores. En la imaginación me veía encerrado en uno de esos quioscos, aunque con la luz encendida, naturalmente, oyendo a intervalos regulares el estrépito del tren subterráneo al pasar, y leyendo, leyendo, leyendo.

No me interpretéis mal. No padezco ninguna neurosis, en cuanto a esto. El apartamento donde vivo está en una vigésimo tercera planta, tiene amplias ventanas que dan a Central Park, y entra el sol durante todo el día.

Bien; me he apartado de la cuestión. Los corredores me gustaron, y nunca los olvidé. En 1953, cuando escribí *The Caves of Steel* y describí con cariño la ciudad subterránea del futuro, no olvidé *Tumithak de los corredores*.

Al releer el cuento reparé en un detalle que había olvidado. Está narrado en forma de crónica. El narrador se sitúa en un futuro lejano, rememorando hechos que tuvieron lugar en lo que constituye para él un pasado legendario. Al parecer, no me había fijado en esto, ya que no lo recordaba.

Pero, ¿olvida uno realmente? Más tarde, cuando escribí mi trilogía de la Fundación en forma de crónicas noveladas del futuro, ¿respondía al vago recuerdo inconsciente del planteamiento narrativo de *Tumithak de los corredores*?

En los últimos meses de mi paso por la escuela secundaria inferior, decidí solicitar mi ingreso en la escuela secundaria masculina de Brooklyn. Según el desarrollo normal de los acontecimientos, me tocaba asistir a la escuela secundaria Thomas Jefferson, que era la más cercana al lugar donde vivía. Los graduados de la escuela secundaria inferior 149 solían pasar *en masse* a la Jefferson, y también lo hicieron los de mi curso. Fui uno de los tres alumnos, según creo, que optaron por la otra.

Como notaréis, en aquella época tenía ambiciones vagas pero más elevadas. La escuela secundaria masculina en cuestión era famosa por la calidad de su enseñanza.

Mis padres deseaban verme ingresar más adelante en la Facultad de Medicina, y les pareció que aquella era la mejor vía de acceso.

He meditado a menudo sobre las consecuencias de tal decisión. La escuela secundaria Jefferson era mixta. Si hubiera transcurrido allí el comienzo de mi adolescencia, indudablemente me habría fijado en las chicas. Y, por consiguiente, habría tenido un poderoso motivo para ampliar mis actividades: aprender a bailar, por ejemplo, o saber desenvolverse con facilidad y corrección frente al sexo opuesto. De otro lado, también es de suponer que ello habría afectado desastrosamente a mi aplicación en el estudio.

En la otra escuela, cuyo alumnado era exclusivamente masculino, me sumergí en una vida monástica, con pocas distracciones que me apartaran de las tareas escolares o me incitaran a ampliar mis actividades.

Por esta razón, durante mi adolescencia y a comienzos de mi tercer decenio de vida, me sentía violento en presencia del elemento femenino. Desde luego, logré corregirme, me casé a los veintidós y durante muchos años he sido famoso por mi delicadeza con las señoras.

Incluso he escrito un libro titulado *The Sensuous Dirty Old Man* («El viejo verde voluptuoso»), sin que nadie discutiera mi cualificación para realizar ese trabajo.

En cambio, ¿qué habría ocurrido si hubiese asistido a la Jefferson y no a la escuela secundaria masculina?

Pero ¿qué importa? Pudo ser mucho peor. Bien mirado, la mayoría de las chicas de mi clase habrían tenido dos años y medio más que yo. Les habría parecido

ridículamente joven, carente de atractivo y falto de mundología. Es seguro que habría recibido calabazas de todas clases, y quién sabe a qué punto me habría acomplexado eso.

La vida monástica del comienzo de mi adolescencia no se veía amenazada (o aliviada, si lo preferís) en modo alguno por mis lecturas de ciencia-ficción. En la década de los 30, la ciencia-ficción era un dominio casi exclusivamente viril. Al fin y al cabo, la inmensa mayoría de los lectores eran hombres, y lo mismo puede decirse de los autores.

Naturalmente, en los relatos figuraban personajes femeninos. Pero ellas sólo servían para ser secuestradas, y luego rescatadas para que el bueno y el malo lucharan por ella (como ocurría en *Awlo de Ulm*). No tenían vida propia ni dejaban impresión duradera.

Sin embargo, de aquellos primeros años recuerdo que una vez me sentí verdaderamente conmovido por la descripción de las relaciones entre hombre y mujer en un relato de ciencia-ficción. Tal vez era inevitable que la mujer no fuese en realidad una mujer.

El relato en cuestión. *La Era de la Luna*, de Jack Williamson, fue publicado en «Wonder Stories» de febrero de 1932, y me enamoré de la selenita a quien Williamson llama la «Madre».

LA ERA DE LA LUNA

Jack Williamson

1

Estábamos sentados a la mesa del gran comedor de la mansión de mi tío, en Long Island. La vajilla de plata resplandecía, y la comida había sido servida con un protocolo al que yo no estaba acostumbrado. Aunque sólo mi tío y yo estábamos en la mesa, aún me sentía incómodo. La tarea de comer sin cometer un imperdonable error en presencia de los criados absorbía toda mi atención.

Era la primera vez que veía a mi tío Enfield Conway. Un hombre alto, muy estirado y severamente vestido de negro. Su rostro, aunque delgado, no había enflaquecido como suele ocurrir a los setenta años. Tenía el cabello casi totalmente blanco pero abundante y lo peinaba con raya a un lado. Sus ojos eran azules y penetrantes; no usaba gafas.

Un chofer de uniforme me había recogido en la estación aquella tarde. El mayordomo envió un camarero, de todo punto innecesario, a mi lujosa habitación. No vi a mi tío hasta que bajó al comedor.

—Supongo, Stephen, que te preguntarás por qué te mandé llamar —empezó sin rodeos cuando los criados hubieron retirado los últimos platos, dejando cigarrillos y una botella de agua mineral para él.

Asentí. Yo era profesor de historia en una pequeña escuela secundaria de Texas, donde recibí su telegrama. No explicaba nada, era tan sólo una orden de ir a Long Island.

—Sabrás que algunas de mis patentes me han proporcionado considerables beneficios.

Volví a asentir.

—A la vista está.

—Stephen, mi fortuna asciende a más de tres millones y medio. ¿Te gustaría ser mi heredero?

—Pero, señor... no diré que no. Me gustaría mucho.

—Si lo deseas, puedes obtener esa fortuna. Y cincuenta mil anuales mientras yo viva.

Aparté la silla y me puse en pie, excitado. ¡Semejante riqueza era más de lo que

me atrevía a soñar! Me eché a temblar.

—Cualquier cosa... —balbucí—. ¡Haré lo que usted me mande para merecerla! Quiero decir...

—Espera —dijo, mirándome con tranquilidad—. Todavía no sabes lo que voy a pedirte. No te comprometas demasiado pronto.

—¿De qué se trata? —pregunté con voz temblorosa.

—Llevo once años, Stephen, trabajando en un laboratorio particular que he instalado aquí. Me he dedicado a construir una máquina. He dedicado a ello toda mi capacidad. Cientos de miles de dólares y los esfuerzos de muchos ingenieros competentes y mecánicos especializados. Ahora la máquina está terminada y ha de ser probada. Los ingenieros que han trabajado conmigo se negaron a hacerlo. Afirman que es muy peligrosa. Y yo soy demasiado viejo para ese intento. Se necesita un joven fuerte, resistente y valeroso. Tú eres joven, Stephen. Pareces bastante fuerte. ¿Puedo suponer que gozas de excelente salud? ¿Estás bien del corazón? Eso es lo principal.

—Supongo que sí —respondí—. Soy entrenador del equipo de rugby, y no hace tantos años jugaba yo mismo en la Universidad.

—¿No tienes responsabilidades familiares?

—Ninguna. Pero... ¿qué máquina es ésa?

—Ven; te la mostraré.

Se incorporó con bastante presteza para un hombre de su edad y me precedió al salir del gran salón. Recorrimos algunas de las espléndidas habitaciones de la gran casa. Salimos al espacioso y bien cuidado parque, silencioso y sereno bajo la luz de la Luna.

Lo seguí sin más palabras. Estaba atolondrado, hecho un caos de pensamientos delirantes. ¡Toda aquella riqueza cuyas muestras me rodeaban iba a ser mía! No me importaban los lujos ni el dinero en sí. Pero la fortuna me permitiría liberarme de la ingrata labor pedagógica. Libros, viajes. ¡Podría ver con mis propios ojos los escenarios de los momentos estelares de la historia! ¡Organizar expediciones arqueológicas financiadas con mis propios recursos! ¡Excavar con mis propias manos los secretos ocultos bajo las arenas de Egipto, desvelar los seculares enigmas de los montones de escombros que en otro tiempo fueron orgullosas ciudades de Oriente!

Nos acercábamos a una sencilla construcción de chapa galvanizada que parecía un hangar para aviones y brillaba como plata bajo los rayos de la Luna llena.

Sin hablar, tío Enfield sacó una llave del bolsillo y abrió el gran candado que cerraba la puerta. Entró en el local y encendió las luces.

—Entra —dijo—. Aquí la tienes. Te explicaré su funcionamiento lo mejor que pueda.

Crucé el estrecho umbral, y se me escapó una involuntaria exclamación al ver la enorme máquina que descansaba sobre el limpio suelo de cemento.

Dos inmensos discos de cobre, entre los cuales había un cilindro de metal brillante y cromado. Su forma recordaba un poco la de un carrete común de esparadrapo cuando se ha usado un poco del mismo; el cilindro brillante, cuyo diámetro era menor que el de los discos, representaría en ese caso el rollo de esparadrapo.

Uno de los macizos discos, de unos seis metros de diámetro, descansaba directamente en el suelo. El cilindro intermedio era de cinco metros de diámetro por dos y medio de altura. El disco de cobre superior era de las mismas dimensiones que el que servía de base.

Unos ojos de buey se abrían en las planchas roblonadas que formaban el cuerpo del cilindro. Se me ocurrió que parecía una casa, una vivienda circular de brillantes paredes metálicas, con el suelo y el techo de cobre.

Mi tío se acercó al lado opuesto de la sorprendente máquina. Accionó un tirador, y una compuerta ovalada de un metro veinte de altura se abrió hacia dentro en la pared. Tenía diez centímetros de espesor y era de chapa gruesa de acero. Encajaba herméticamente en su marco provisto de gruesa guarnición de goma.

Mi tío entró en la cabina a oscuras, y le seguí con creciente asombro y emoción. Me acerqué, tanteando a ciegas en la oscuridad. Luego oí un interruptor y la luz inundó aquella cabina circular.

Miré a mi alrededor asombrado.

Las paredes, el suelo y el techo estaban acolchados con una fibra suave y blanca. El pequeño recinto aparecía atestado de aparatos. Asegurada con bridas a la pared, se veía una hilera de esas largas botellas de acero en que se envasa el oxígeno comercial. Al otro lado había un grupo de acumuladores. La pared estaba cubierta, además, de instrumentos adecuadamente dispuestos. Sextantes, brújulas, manómetros y otros aparatos cuya utilidad no entendí de momento. También había utensilios de cocina, una pistola automática, cámaras, telescopios y prismáticos.

En medio de la cabina aparecía una mesa o consola llena de interruptores, cuadrantes y palancas de maniobra. Un grueso cable, de aluminio al parecer, iba desde ella hasta el techo.

Miraba a mi alrededor, extrañado.

—No entiendo nada... —murmuré.

—Naturalmente —dijo mi tío—. Se trata de un invento verdaderamente revolucionario. Ni siquiera los ingenieros que la han construido comprenden plenamente su funcionamiento; por mi parte, confieso que no domino del todo la teoría. Sin embargo, lo ocurrido fue bien sencillo. Hace once años descubrí un nuevo fenómeno. Había conectado dos láminas de cobre paralelas, cuya distancia guardaba

una determinada relación con la suma de sus masas, a una corriente de alta tensión y de cierta frecuencia. Por alguna razón que no pretendo haber dilucidado, las láminas quedaron aisladas del campo de gravitación terrestre. Estaban sustraídas a la acción de la gravedad. Tal efecto se extendía a todo objeto colocado entre ellas. Mediante una ligera modificación en la intensidad de la corriente, pude aumentar la repulsión hasta que las láminas ascendieron con una fuerza aproximadamente igual a su propio peso. Mis esfuerzos por descubrir la causa de este fenómeno, que en mis notas he denominado Efecto Conway, no han tenido éxito. Pero he construido esta máquina que representa su aplicación práctica. Ahora que está terminada, los cuatro ingenieros que contribuyeron a construirla me han abandonado. Se negaron a realizar ningún ensayo con ella.

—¿Por qué? —inquirí.

—Muller, el encargado de su construcción, ha planteado la hipótesis de que la suspensión o inversión de la gravedad era debida a un desplazamiento en una cuarta dimensión. Afirmó que tenía pruebas experimentales de esta hipótesis. Había construido modelos a escala reducida de la máquina. Al ponerlos en funcionamiento, se desvanecieron. No le hice caso. Pero, al parecer, los demás aceptan sus ideas. Sea como fuese, se han negado también a participar en los ensayos. Temían desaparecer como dice Muller que desaparecieron sus modelos, y no poder regresar.

—¿Se supone que esto debe elevarse sobre el suelo? —pregunté.

—En efecto —sonrió mi tío—. Basta neutralizar la fuerza de la gravedad para que la máquina se aleje de la Tierra siguiendo la tangente en el sentido de la rotación diurna. La velocidad inicial, que en estas latitudes equivale a bastante menos de mil seiscientos kilómetros por hora, puede aumentarse a voluntad invirtiendo el efecto gravitatorio para alejarse de la Tierra.

—¡Alejarse de la Tierra! —me espanté—. ¿Y dónde caerá?

—Esta máquina ha sido construida para un viaje a la Luna. Al comienzo del viaje, basta con neutralizar la gravedad, dejando que la máquina vuele en tangente hacia el punto de intersección con la órbita de la Luna. Una vez abandonada la atmósfera, puede utilizarse la repulsión para ganar aceleración. Al entrar en el campo de gravitación lunar, puede emplearse la gravedad positiva para aumentar la velocidad aún más, y luego invertir para disminuir la velocidad y realizar un alunizaje seguro. El regreso se realizará de modo análogo.

No supe qué contestar. Un viaje a la Luna parecía algo irracional, una locura. Sobre todo, para un historiador poco familiarizado con los hechos científicos. Y debía ser peligroso si los ingenieros... Pero tres millones... ¿Qué peligros no arrostraría uno a cambio de semejante fortuna?

—Se han tomado medidas para garantizar la seguridad y comodidad del pasajero —prosiguió—. Las paredes están aisladas con una capa de fibra estudiada para

protegerlo del frío del espacio y de la radiación solar. La armadura de acero no sólo puede resistir la presión necesaria en el interior de la cabina, sino también el choque de cualquier meteorito. Ya has visto los cilindros de oxígeno, que proporcionan ese elemento esencial del aire, purificado además por medio de aparatos automáticos. La sosa cáustica absorbe el anhídrido carbónico, y unos tubos refrigeradores condensan el exceso de humedad. Las baterías, además de alimentar las láminas, tienen capacidad sobrada para suministrar luz, así como calor para cocinar. Con esto queda suficientemente explicada la máquina, me parece, lo mismo que el viaje proyectado. Dejo en tus manos la decisión. Tienes todo el tiempo que quieras para pensarlo, y no dejes de preguntarme lo que desees saber.

Se sentó con cierta solemnidad en el sillón acolchado situado frente a la consola central, evidentemente destinada al piloto de la máquina, y me contempló atentamente con sus serenos ojos azules.

Yo estaba terriblemente agitado. Las rodillas me temblaban y hubiera deseado sentarme, pero preferí pasear de arriba abajo, pisando el suelo de fibra blanca endurecida.

¡Tres millones! ¡Significarían tanto! Libros, revistas, mapas... ya no tendría que economizar. Años en el extranjero, o toda la vida si así lo prefería. Las tumbas de Egipto. Las ciudades enterradas bajo la arena del desierto de Gobi. Mi teoría de que los orígenes de la humanidad estaban en Sudáfrica. Todos esos enigmas que siempre había deseado estudiar. ¡Stonehenge! ¡Angkor! ¡La isla de Pascua!

Pero la empresa parecía una locura. ¡Un viaje a la Luna, en una nave condenada por los mismos ingenieros que la habían construido! Verse despedido de la Tierra a velocidades desconocidas para el hombre. Arrostrar los peligros ignotos del espacio. Peligros que nadie podía prever. Meteoritos viajando a tremendas velocidades. Los rayos cósmicos que todo lo penetran. El calor insoportable del Sol. El cero absoluto. Excepto algunas especulaciones y teorías, ¿qué sabían los hombres acerca del espacio? Yo no era astrónomo; ¿cómo haría frente a los imprevistos que pudieran surgir?

—¿Cuánto tiempo llevaría? —pregunté de improviso.

Mi tío esbozó una sonrisa.

—Celebro que lo tomes en serio —dijo—. Naturalmente, la duración del viaje depende de la velocidad admisible. Un cálculo prudente sugiere una semana para la ida y otra para la vuelta. Y tal vez dos o tres días en la Luna. Para tomar notas. Sacar fotografías. Si es posible desplazarse por allí, descender a varios lugares diferentes. Hay oxígeno y provisiones para vivir seis meses, pero una quincena será suficiente. Repasaremos juntos los programas y los cálculos.

—¿Podré salir de la máquina en la Luna?

—No; carece de atmósfera. Además, de día es demasiado calurosa y de noche demasiado fría. Claro que podríamos fabricar un traje aislante y una máscara de oxígeno. Algo semejante a un traje de buzo. Pero no tengo nada preparado. Lo único que debes hacer es tomar algunas fotos y disponerte a describir lo que hayas visto.

Seguí dando pasos sobre el suelo de fibra, deteniéndome a veces para contemplar algún aparato. ¿Qué experimentaría, me pregunté, al verme encerrado allí? Flotando en el espacio. Lejos de mi mundo natal. Solo. En silencio. Sepultado. ¿No enloquecería?

Mi tío se puso en pie con súbita decisión.

—Consúltalo con la almohada, Stephen —aconsejó—. Mañana por la mañana veremos. O, si lo prefieres, dentro de unos días.

Apagó el alumbrado de la máquina y me condujo a la salida del cobertizo. La brillante luz de la Luna bañaba el extenso y magnífico parque, así como la casona. Ambas cosas estaban incluidas en el premio de aquella loca aventura.

Mientras ponía el candado al cobertizo, contemplé la Luna.

Un disco ancho y brillante. Plateado, moteado. Su esplendor argénteo eclipsaba las estrellas. Y de repente me invadió... el deseo de penetrar el enigmático misterio de aquel mundo compañero que ha suscitado la curiosidad de los hombres desde los orígenes de la especie.

¡Qué aventura! Ser el primer humano que pise ese planeta plateado. Ser el primero que resuelva sus enigmas seculares. ¿A qué pensar en Angkor, Stonehenge, Luxor o Karnak, cuando podría desvelar los secretos de la Luna?

Aunque arriesgaba la vida, ¿qué importaba, en comparación con la magnitud de la aventura? Muchos hombres se jugarían gustosamente la vida por esa oportunidad.

Me sentí fuerte. Olvidé toda vacilación. Todos los temores y dudas. Pocos segundos antes me había sentido tembloroso y había deseado sentarme. Ahora me embargaba una enorme energía, un júbilo extraordinario. Me volví, entusiasmado, hacia mi tío.

—Regresemos —dije—. Enséñeme todo lo que pueda esta noche. Iré.

Él me estrechó la mano con fuerza, sin decir nada, y entramos de nuevo en el hangar.

2 - Hacia la Luna

Todo empezó dos semanas después de aquella decisión. Mi tío estaba un poco asustado e intentó persuadirme para que aplazase mi partida, arguyendo la necesidad de perfeccionar algunos detalles. Creo que me había tomado aprecio, pese a su comportamiento, decidido y autoritario. Debí preocuparle la opinión de los

ingenieros, que estimaban muy improbable mi regreso.

Pero yo no veía motivos para posponer el viaje. El manejo de la máquina era sencillo y me había sido explicado con todo género de detalles.

Al accionar una palanca, la corriente de las baterías era enviada a las bobinas, que la elevaban al potencial necesario para activar los discos de cobre. Y un gran reóstato controlaba la potencia, desde una ligera reducción de la gravedad hasta la inversión completa.

Los aparatos auxiliares, que controlaban la temperatura y la composición de la atmósfera, funcionaban casi automáticamente, y no requerían mi limitada capacidad mecánica. Estaba seguro de que podría realizar cualquier corrección o ajuste que fuera necesario.

Tenía ganas de lanzarme a la aventura. No lo dudé ni por un instante, una vez tomada mi decisión. No pensaba sino en alejarme de la Tierra, en ver escenas que habían estado siempre vedadas a los ojos humanos, en pisar el mundo que siempre ha sido el símbolo de lo inalcanzable.

Mi tío hizo regresar a uno de los ingenieros, un joven de rostro cetrino llamado Gorton. El segundo día revisamos de nuevo la máquina para completar las enseñanzas de mi tío y familiarizarme con todos los mandos. Antes de irse, me lanzó una advertencia:

—Si es tan idiota como para meterse en ese maldito trasto y ponerlo en marcha, jamás regresará. Muller lo dijo. Y lo demostró. Cuando las baterías y las bobinas se instalan fuera del campo de fuerza existente entre las láminas, éstas actúan según lo previsto y se elevan en el aire. Pero Muller hizo modelos autónomos. Con la batería y todo lo demás en el interior. Y no se elevaron. ¡Se fueron, desaparecieron! ¡Ni más ni menos! —chasqueó los dedos—. Muller dijo que esas cosas se movían en otra dimensión, fuera de nuestro mundo. Y sabía lo que decía. Se fueron al infierno. A otra dimensión. Se ha metido usted en un lío del que no podrá salir.

Le di las gracias al hombre. Pero sus advertencias sólo sirvieron para aumentar mi impaciencia. Estaba a punto de rasgar el velo de lo desconocido. Si descubría nuevos mundos, poco importaba que fuese por error. ¿No encerrarían descubrimientos más interesantes que los yermos de la Luna? Podría convertirme en un nuevo Colón, un Balboa más grandioso.

Dormí unas horas por la tarde, cuando se hubo ido Gorton. No me sentía cansado, pero mi tío insistió en que lo hiciera, y me quedé profundamente dormido tan pronto como me acosté.

Al anoecer regresamos al cobertizo de la máquina. Mi tío puso en marcha un motor y el techo se abrió en dos hojas enormes, mediante poleas y cables. La rojiza claridad del cielo vespertino iluminó la máquina.

Hicimos una revisión final de todos los aparatos. Mi tío volvió a explicarme los

mapas e instrumentos que debía utilizar para navegar por el espacio. Por último me interrogó durante una hora, haciéndome explicar las diversas partes de la máquina y corrigiendo hasta el menor error.

Hasta cerca de medianoche no emprendería viaje.

Regresamos a la casa, donde nos esperaba una excelente cena. Comí distraídamente, sin reparar apenas en los criados que me habían intimidado tanto el primer día. Mi tío tenía ganas de hacer conversación. Habló de su vida e hizo muchas preguntas sobre la mía y sobre mi padre, pues no se habían visto desde que ambos eran muchachos. Pero yo estaba pensando en la aventura que me esperaba y sólo respondía con monosílabos. Como no ignoraba que se había encariñado conmigo, no me sorprendió al rogarme, una vez más, que aplazase la partida.

Finalmente regresamos al hangar. Había salido la Luna, iluminando la reluciente máquina a través del techo abierto. Contemplé el disco luminoso. ¿Era verosímil que yo pudiera contemplar la Tierra desde allí, sólo una semana más tarde? ¡Parecía cosa de locos! ¡Pero de una locura sublime!

Abrí sin vacilar la escotilla. Mi tío me estrechó por última vez la mano. Había lágrimas en sus ojos y tenía la voz algo ronca.

—Hasta la vuelta, Stephen.

Hice girar la compuerta sobre sus macizos goznes, y atornillé el cierre estanco. Una última ojeada en tomo a la blanca pared de la máquina. Todo en orden. El cronómetro de la pared desgranó los segundos, hasta que llegó el momento.

El rostro angustiado de mi tío se apretaba contra una de las ventanas circulares. Le sonreí. Saludé con la mano. Su mano se agitó ante la ventana. Abandonó el hangar.

Me dejé caer en el gran sillón, junto a la consola, y cogí la palanca. Con la mano sobre ella, dudé una fracción de segundo. ¿Faltaba algo? ¿Qué había olvidado? ¿Me reclamaba alguien en la Tierra?

¿No estaba dispuesto a morir si fuese necesario?

El zumbido de las bobinas situadas bajo la consola respondió intenso y grave a la acción de mi mano. Tomé luego el cursor del reóstato y lo puse en el cero de su escala, neutralizando totalmente la fuerza de la gravedad.

Sentí exactamente como si alguien me hubiera quitado de debajo el sillón y el suelo. Fue como la sensación que uno experimenta cuando el ascensor inicia el descenso de manera inesperada. Estuve a punto de salir despedido del sillón. Tuve que sujetarme de sus brazos para permanecer en mi puesto.

Durante un rato sufrí vértigo y náuseas. La abarrotada cabina blanca parecía girar alrededor de mí, caer infinitamente debajo de mí. Enfermo, desvalido y triste, me aferré débilmente al sillón. Caí... caí... caí. ¿No iba a llegar nunca al fondo?

Al fin, comprendí que la causa de aquellas sensaciones era, simplemente, la falta de gravedad. ¡La máquina funcionaba! Aquello barrió de mi mente los últimos asomos de duda. Me embargó una inexplicable alegría.

Volaba lejos de la Tierra. Volaba.

Tal idea pareció alterar como por ensalmo mis sentidos. La náusea espantosa y el mareo fueron desplazados por una oleada de regocijo. De ligereza. Me invadía una sensación de poder y bienestar que nunca había experimentado.

Me levanté del sillón y floté, en vez de caminar, hacia una de las ventanillas.

Ya estaba a una altura considerable. Tan alto, que la Tierra se presentaba a mis ojos como una planicie oscura y nebulosa bajo la claridad lunar. Vi muchas luces; hacia el oeste, el cielo en brasas sobre Nueva York. Pero ya no me fue posible distinguir las luces de la mansión de mi tío.

La máquina se había elevado a través del tejado abierto del cobertizo. ¡Volaba, conforme había previsto la teoría! Mi aventura empezaba bien.

Mientras miraba, la Tierra iba alejándose visiblemente. Se convirtió en un gran cuenco cóncavo de plata empañada. La extensión abarcada se dilató al paso de los minutos. Y repentinamente, adoptó forma convexa. Una inmensa esfera oscura bañada por una pálida luz gris.

Una hora después, cuando los instrumentos me indicaron que me encontraba más allá de la menor traza de atmósfera, regresé a la consola y aumenté la energía, poniendo el cursor del reostato en el último contacto. Miré los mapas y el cronómetro. Según los cálculos de mi tío, debía navegar cuatro horas con esa aceleración antes de reajustar los mandos.

Regresé a la ventanilla y observé con espanto la Tierra, que acababa de ver como inmensa esfera gris plata inmóvil.

¡Giraba locamente, en sentido invertido!

Los continentes parecían huir debajo de mí. A la altura a que me hallaba, podía ver gran parte del globo. Asia, Norteamérica, Europa, nuevamente Asia. Pasaban en cuestión de segundos.

¡Era de locura! La Tierra giraba en pocos instantes, y no en veinticuatro horas como hubiera sido normal. ¡Y lo hacía en sentido contrario! No era posible dudar de lo que veían mis ojos. Mientras miraba, el planeta pareció girar aún más rápido. ¡Cada vez más rápido! Los contornos de los continentes se difuminaron en vertiginosa confusión.

Aparté los ojos de la Tierra enloquecida, espantado. El firmamento era muy negro. ¡Y las estrellas circulaban por él, con movimientos visibles!

Entonces me fijé en el Sol, que corría por el espacio como un corneta llameante. Al instante desapareció de mi campo visual y se desvaneció. Volvió a aparecer. Desapareció de nuevo. Su movimiento era cada vez más rápido.

¿Qué podía significar aquella revolución aparente del Sol por el cielo? Recordé que eran, en realidad, la Tierra y la Luna las que giraban alrededor del astro. Por consiguiente, ¿había pasado un año! Pero, ¿cómo podían transcurrir años en un lapso de tiempo que, según mi cronómetro, era de segundos?

Otra cosa extraña. Logré identificar las constelaciones del Zodíaco, que el Sol iba recorriendo a toda velocidad. ¡Pero lo hacía en orden invertido! ¡Del mismo modo que la Tierra giraba hacia atrás!

Pasé a otra ventanilla y busqué la Luna, mi objetivo. Flotaba inmóvil entre las estrellas enloquecidas. Pero en su luz había una oscilación mucho más rápida que el fulgurante paso del Sol a través de los cielos enrojecidos. Me sorprendió, y luego comprendí que estaba viendo crecer y menguar la Luna al ritmo velocísimo de sus fases. Los meses se atropellaban con tal rapidez, que pronto la oscilación se convirtió en una mancha luminosa gris.

El paso relampagueante del Sol se hizo más rápido. Hasta que no fue sino un cinturón de llamas en un cielo desconocido, donde las estrellas se movían y bailaban como seres vivos.

¡Un universo enloquecido! ¡Soles y planetas que rodaban desvalidos al azar de una tormenta cósmica! ¡La máquina desde donde miraba era el único lugar sensato en un mundo desbocado!

Entonces mi razón acudió a socorrerme.

La Tierra, la Luna, el Sol y las estrellas no podían haber enloquecido. ¡El problema era mío! Mis sentidos habían cambiado... La máquina...

Lo pensé, despacio, hasta asegurarme de que había comprendido la verdad.

El tiempo, el tiempo real, se mide por los movimientos de los cuerpos celestes. Un día es el tiempo que tarda la Tierra en girar una vez sobre su eje. Un año, el período de su revolución alrededor del Sol.

Esos intervalos se habían acortado tanto, según mis sentidos, que era imposible distinguirlos. Así, pues, ¡los años innumerables discurrían hacia atrás mientras yo flotaba en el espacio, aparentemente inmóvil!

¡Increíble! Pero la conclusión era insoslayable.

Y el movimiento aparente de la Tierra y el Sol se producía en sentido inverso.

Ello significaba que estaba retrocediendo a través de las edades. ¡Sólo el pensarlo me daba escalofríos! Avanzaba a una velocidad incalculable hacia el pasado.

Recordé algunos artículos de revistas sobre la naturaleza del espacio y el tiempo, que antaño había leído distraídamente. Una conferencia. Había sentido alguna curiosidad hacia el tema, aunque mis conocimientos no pasaban de ser los de un aficionado.

El conferenciante había definido nuestro universo en términos de espacio-tiempo. Un continuum de cuatro dimensiones. Había dicho que el tiempo era la cuarta

dimensión. Una dimensión tan verdadera como las tres que forman lo que denominamos espacio, y no bien diferenciada de éstas. Una dirección por donde el movimiento podía llevar hacia el pasado o hacia el futuro.

Había afirmado que todo recuerdo es un tanteo a lo largo de esta dimensión, perpendicularmente a las otras tres del espacio. Los sueños, los recuerdos vividos, insistió, trasladan la conciencia a lo largo de esta dimensión hacia la realidad pasada, hasta que el cuerpo, arrastrado implacablemente por la corriente del tiempo, vuelve a adelantarla.

Entonces recordé que los ingenieros de mi tío se habían negado a probar la máquina. Recordé la advertencia de Gorton. Según ellos, Muller había afirmado que la máquina se movería por una cuarta dimensión, fuera de nuestro mundo. Había construido modelos a escala reducida, y éstos desaparecieron tan pronto como fueron puestos en marcha.

Comprendí que Muller tenía razón. Sus modelos habían desaparecido porque fueron trasladados al pasado. Habían dejado de existir en el tiempo presente.

Ahora yo me movía en esa cuarta dimensión. La dimensión temporal. Y a gran velocidad, pues los años pasaban tan rápidos que no podía contarlos.

Se me ocurrió que la inversión de la gravedad debía ser un efecto secundario de aquel cambio de sentido en el tiempo. Pero no soy científico, y no puedo explicar el «Efecto Conway» mejor que mi tío, pese a todas las maravillas que ha traído a mi vida.

Al principio fue espantosamente extraño y alucinante.

No obstante, al hallar la explicación de las locas cabriolas de la Tierra, el Sol y la Luna, así como del rápido cambio de las constelaciones, dejé de estar asustado. Pude observar con alguna ecuanimidad el firmamento en ebullición al otro lado de los tragaluces. Me dediqué a estudiar el programa que había preparado mi tío, y reajusté el reóstato cuando el cronómetro indicó el momento previsto.

Luego tuve hambre. Hice unas tostadas en el hornillo eléctrico, corté un buen pedazo del queso que encontré entre las provisiones, abrí un «termo» de chocolate humeante y comí con buen apetito.

El espacio que me rodeaba seguía igual cuando terminé. Las estrellas erraban formando constelaciones desconocidas para mí. El Sol era un ancho cinturón de fuego dorado; el ojo no lograba precisar a qué cadencia iba descontando los años, llama viva que ceñía el firmamento. La gran esfera gris de la Tierra giraba tan rápidamente detrás de mí, que no se distinguía ningún detalle.

Incluso la Luna, flotando delante de mi en el espacio, giraba poco a poco. Ya no volvía hacia mí y hacia la Tierra el hemisferio familiar. Yo había llegado a una época del pasado en que la Luna giraba sobre su eje en menos tiempo del que empleaba en orbitar alrededor de la Tierra. El ritmo de las mareas aún no había detenido

totalmente la rotación aparente de la Luna.

Pero si la Luna ya giraba, ¿qué vería al llegar a ella? Puesto que estaba lanzado hacia el pasado, ¿vería océanos cubriendo sus lechos marinos secos? ¿Existiría una atmósfera para suavizar los ásperos perfiles de sus escabrosas montañas? ¿Vería vida y vegetación en sus llanuras? ¿Sería testigo de la juventud renovada de un mundo envejecido?

Parecía fantástico. Pero estaba ocurriendo. La velocidad de rotación aumentó poco a poco mientras yo miraba.

Pasaron horas.

Me vencía el sueño. Los dos días antes de la partida no habían sido de descanso. Había trabajado día y noche para familiarizarme con el manejo de la máquina. La tensión nerviosa era agotadora. Los sorprendentes acontecimientos del viaje me tenían tenso, minaban mis fuerzas.

Según el programa, no era preciso ningún reajuste de los mandos hasta después de varias horas. Revisé los indicadores de composición de la atmósfera en el interior de la cabina. La proporción de oxígeno, la humedad y la temperatura eran satisfactorias. El aire estaba fresco y puro. Di por terminada la inspección, hallándolo todo en orden.

Recliné el respaldo del sillón y me puse cómodo. Dormí bastantes horas, despertando a intervalos para hacer otras rondas de inspección.

Durante las jornadas siguientes me pregunté varias veces si habría modo de regresar. Naturalmente, los modelos de Muller no transportaban ningún piloto para invertir los mandos y regresar a través del tiempo al punto de partida. ¿Era posible invertir el sentido del viaje temporal? Si seguía las instrucciones del programa para el vuelo de regreso, ¿avanzaría a través de las eras hasta llegar a mi época?

Mis reflexiones no me aportaron ninguna conclusión. Estaba viviendo una experiencia sensacional y única. Una aventura gloriosa. Ningún precio era excesivo en ese caso, ni siquiera a cambio de la muerte.

Cuando descubrí que estaba viajando, en realidad, a través del tiempo, ni por un momento se me ocurrió tratar de regresar a la Tierra. Y, aunque hubiera querido hacerlo, no poseía suficiente dominio de la máquina como para realizarlo. Tenía que atenerme al plan de vuelo, y no habría sabido improvisar el regreso desde un punto intermedio. No sabía cómo viajar en dirección Tierra, a no ser aprovechando la gravedad inversa de la Luna.

Mi viaje duró seis días, según el cronómetro.

Mucho antes de llegar, la Luna giraba ya muy rápidamente. Su contorno aparecía nebuloso, por lo que deduje la existencia de atmósfera.

Seguí mis instrucciones hasta hallarme en las capas superiores de aquella atmósfera. La superficie de la Luna giraba con gran rapidez debajo de mí y la

atmósfera también, arrastrada por la rápida rotación del satélite. Fuertes vientos azotaban la máquina.

Permanecí flotando en la atmósfera, con sólo la potencia necesaria para equilibrar la relativamente débil gravedad lunar, dejando que me arrastrase el vendaval arrollador. La superficie vagamente entrevista fue deteniéndose hasta quedar inmóvil debajo de mí.

Descendí poco a poco, mediante una nueva reducción de la energía, y miré con atención por las ventanillas.

Una empinada cumbre se destacaba, purpúrea, del paisaje. La tomé como punto de mira, aumentando un poco la energía. Por último, descendí sobre una meseta estrecha e irregular, cerca de la cumbre, que parecía cubierta por un suave musgo color escarlata.

Corté poco a poco la alimentación. Con una imperceptible sacudida, la máquina se posó en el musgo.

¡Estaba en la Luna! ¡Era el primer individuo de mi especie que pisaba otro planeta! ¿Qué aventuras me esperaban?

3 - Cuando la Luna era joven

Desconecté el fluido y corrí a una ventanilla. Pendiente de la maniobra de llegada, no había tenido tiempo de observar lo que me rodeaba. Entonces miré ansiosamente.

El paisaje lunar era el espectáculo más extraño que hombre alguno haya presenciado.

La máquina se había posado sobre un espeso musgo verde que parecía tan suave como una alfombra persa. Tenía treinta centímetros de espesor. Fibras de color verde oscuro apretadamente entrelazadas. Cubría como una alfombra ininterrumpida la meseta en declive donde me había posado, llegando casi hasta las estribaciones de la cumbre, al norte.

Hacia el sur y el oeste se abría un gran valle con varios kilómetros de terreno despejado. Más allá se alzaba una cordillera verde con escabrosas cumbres desnudas y negras. Un ancho río, cuyas aguas lanzaban blancos reflejos, discurría por el valle del noroeste al sur. Por tanto, debía existir un océano en esa dirección.

Una vegetación extraña cubría las tierras bajas, a diferencia del musgo verde de las montañas. Masas verdes. Setos amarillos flanqueando el ancho y sereno río. Densos bosques de plantas gigantescas, exóticas, de grotescas formas. Eran más exuberantes y talludas que la vegetación de las selvas terrestres, por ser mucho más débil la gravedad que se oponía a su crecimiento.

El cielo también presentaba un aspecto desconocido.

Más oscuro que el de la Tierra, debido tal vez a una menor densidad de la atmósfera. De un azul oscuro intenso, puro. Un azul que era casi violeta. Ninguna nube perturbaba su líquido esplendor cobalto.

El sol lucía al este de aquel glorioso firmamento. Era más grande que el que yo conocía. Más blanco. Una esfera celeste de puro fuego blanco.

Muy bajo, al oeste, se veía un disco sorprendente. Un inmenso balón blanco, un globo de luz lechosa. Su diámetro era varias veces mayor que el del Sol. Lo observé. ¡Y comprendí que era la Tierra! La Tierra, tan joven como Venus en mi época. Y, como Venus, completamente envuelta en blancas nubes. ¿Estarían aún candentes las rocas debajo de aquellas nubes?, me pregunté. ¿O habría nacido ya la vida... la vida de mis más lejanos antepasados?

¿Volvería a ver mi Tierra natal en aquel planeta fulgurante y cubierto de nubes? Cuando quisiera regresar, ¿me transportaría al futuro la máquina? ¿O me arrojaría aún más lejos en el pasado, precipitándome en las llamas de un mundo recién nacido?

Decidí apartar tal pregunta de mi cabeza. Ante mí tenía un mundo nuevo. Un globo desconocido, inexplorado. ¿A qué preocuparse por el regreso al viejo?

Volví la mirada al extenso valle, a las orillas del ancho río, a la majestuosa y verde cordillera. Masas doradas parecían las lejanas arboledas amarillas. Manchas verdes que suponía prados de césped. Extraños y misteriosos roquedales negros.

Vi cosas que se movían. Pequeños objetos brillantes que subían y bajaban en vuelo por el aire. ¿Pájaros? ¿Insectos gigantes? ¿O seres aún más extraños?

Entonces vi los globos. Globos cautivos que flotaban sobre la selva, en el valle. Al principio sólo distinguí dos, el uno junto al otro, meciéndose lentamente. Más lejos, otros tres. Y luego docenas, veintenas de ellos esparcidos por todo el valle.

Forcé la vista para verlos mejor. ¿Había, pues, seres inteligentes capaces de inventar globos? Pero ¿qué utilidad podían tener, colgados a centenares sobre las selvas?

Recordé que a mis espaldas, en un estante, había unos excelentes prismáticos. Los cogí y enfoqué apresuradamente. Gracias a la óptica, la extraña selva se había acercado un paso de gigante.

Indudablemente, aquellas cosas eran globos. Inmensas esferas de color púrpura, que brillaban con intensidad a la luz del Sol. Anclados con largos cables rojos. Calculé que algunos tendrían nueve metros de diámetro. Otros eran mucho más pequeños. Pero no logré ver las barquillas. Aunque me pareció distinguir pequeñas masas oscuras en la parte inferior, por donde estaban atadas las cuerdas rojas.

Los dejé para inspeccionar la selva.

Una masa de vegetación amarilla se presentó a mi campo visual. Una densa maraña de delgados tallos amarillos, provistos de terribles hileras de espinas, largas como bayonetas. Parecía un amasijo de afilados dardos amarillos, con los tallos

reducidos al mínimo indispensable para la sustentación, por la débil gravedad de la Luna. Un muro de clavos crueles, impenetrable.

Descubrí una mancha verde. Una masa de follaje suave y plumoso. Parecía una especie de enredadera que cubría las rucas y otras especies vegetales, aunque no el espino amarillo. En varios puntos se abrían enormes flores, deslumbradoramente blancas, en forma de campana.

Un objeto volador cruzó el campo de los prismáticos. Parecía una mariposa gigantesca, con las frágiles alas empolvadas de plata.

Luego distinguí un macizo de plantas muy raras. Tallos negros, tersos y erguidos, carentes de hojas y ramas. De ellos, los más altos parecían medir treinta centímetros de diámetro y seis metros de altura. Los coronaba una magnífica flor roja. Observé que no crecía cerca de ellas ninguna otra planta. Había un calvero circular alrededor de ellas. ¿Serían plantas de cultivo?

Pasé horas observando a través de las ventanillas aquel fascinante y asombroso paisaje lunar.

Por último, recordé que mi tío me había encargado tomar fotos. Estuve dos o tres horas atareado con las cámaras. Dispare en todas direcciones a través de objetivos normales y telescópicos. Fotografe el paisaje con filtros de color. Y rodé películas, desplazando la cámara para realizar tomas panorámicas.

Casi anocheecía cuando terminé. Me sorprendió que el día hubiera pasado tan pronto, y cuando miré mi cronómetro descubrí que no iba de acuerdo con la marcha del Sol; deduje que el período de rotación lunar debía ser bastante inferior a veinticuatro horas. Luego supe que era de unas dieciocho horas, divididas en días y noches de duración casi igual.

Se hizo noche cerrada muy poco después del crepúsculo, debido a la relativa pequeñez y a la rápida rotación de la Luna. Las estrellas brillaron, magnificas, a través de aquella atmósfera tan límpida, formando constelaciones totalmente desconocidas para mí.

Poco después, un abundante rocío empañó las ventanillas. Luego descubrí que casi nunca se formaban nubes en aquella atmósfera ligera. Prácticamente, todas las precipitaciones eran en forma de rocío, sorprendentemente abundante, sin embargo. Las minúsculas gotas que caían sobre el vidrio, pronto se convertían en torrentes.

Pocas horas después, una enorme y gloriosa esfera níveamente blanca se elevó por el este. La Tierra. Maravillosa en su tamaño y brillo. Gracias a su albedo plateado, la extraña selva se veía casi tan bien como a la luz del día.

Súbitamente me di cuenta de que estaba cansado y tenía mucho sueño. La angustia y la prolongada tensión nerviosa de la maniobra de llegada me habían agotado. Me eché después de abatir el respaldo del sillón y me quedé dormido en

seguida.

El blanco Sol estaba cerca del cenit cuando desperté. Me sentí como nuevo. Muy hambriento. Y consciente de una gran necesidad de ejercicio físico. Acostumbrado a una vida activa, llevaba siete días encerrado en aquella cabina circular. Necesitaba moverme, respirar aire fresco.

¿Podría salir de la máquina?

Mi tío me había dicho que no, dada la falta de atmósfera. Pero, evidentemente, en la Luna joven había aire. ¿Sería respirable?

Ponderé la cuestión. Sabía que la Luna estaba formada de materiales proyectados por la Tierra en proceso de enfriamiento. En consecuencia, ¿por qué no habría de contener su atmósfera los mismos elementos que la de la Tierra?

Decidí intentarlo. Abriría un poco la escotilla para olfatear. La cerraría en seguida si me parecía que algo andaba mal.

Aflojé los tornillos que aseguraban la pesada compuerta e intenté abrirla. Parecía inamovible. Tiré en vano de ella. Miré si me había olvidado un tornillo o pasaba algo con las bisagras. La compuerta no cedió.

Permanecí varios minutos desconcertado. Luego se me ocurrió la explicación. La presión de la atmósfera exterior era mucho menor que la del interior de la máquina. Como la compuerta se abría hacia dentro, la diferencia de presiones la mantenía cerrada.

Encontré la válvula que debía accionar para evitar todo exceso peligroso de oxígeno que pudiera producirse en la cabina, y la abrí. El aire silbó ruidosamente.

Me senté a esperar en el sillón. Al principio, no experimenté síntomas debidos a la disminución de la presión. Luego se inició cierta sensación de ligereza, de euforia. Noté que respiraba más rápido. Me latían las sienes. Durante algunos minutos sentí un dolor sordo en los pulmones.

Pero como la sensación no era demasiado alarmante, mantuve abierta la válvula. El sonido sibilante disminuyó poco a poco, hasta cesar por completo.

Me incorporé para acercarme a la escotilla, sintiendo una dolorosa dificultad respiratoria mientras me movía. Ahora la pesada compuerta se abrió fácilmente. Respiré el aire exterior. Tenía una fragancia extraña, espesa y desconocida, que debía provenir de la vegetación del valle. Me resultó extrañamente estimulante; debía ser más rico en oxígeno que la atmósfera de la máquina.

Abrí del todo la escotilla y respiré hondo.

Al principio pensaba limitarme a pasear un poco por el musgo, cerca de la máquina. Pero luego decidí alejarme hasta el límite inferior de la meseta alfombrada de verde, distante como un kilómetro y medio, y observar las lindes de la selva.

Reuní algunos pertrechos. Una cámara portátil, por si veía algo digno de pasar al celuloide. Los prismáticos. Una botella «termo» llena de agua y algunos alimentos,

para no tener que regresar en seguida a comer.

Por último descolgué la pistola automática, una Colt 45. Debieron incluirla en la dotación de la máquina a modo de piadoso remedio, por si alguna avería ponía fin a la habitabilidad de la cabina redonda. Sólo había una caja de municiones. Cincuenta cartuchos. Cargué mi arma y me guardé el resto de los cartuchos en el bolsillo.

Recogí los demás objetos, salí por la escotilla y me detuve al borde del disco inferior de cobre para cerrar y asegurar la compuerta.

Luego pisé la Luna.

Con gran sorpresa por mi parte, el musgo espeso y fibroso cedió bajo mis pies. Tropecé y caí sobre su verde suavidad. Al tratar de incorporarme, olvidé la menor atracción de la Luna, volé por el aire y volví a caer sobre el blando musgo.

Al cabo de pocos minutos había aprendido el arte de caminar bajo aquellas nuevas condiciones, lo que me permitía avanzar con cierta confianza, dando grandes saltos, como si calzara botas de siete leguas. La primera vez que ensayé un salto, me remonté seis metros en el aire y gané el doble de esta distancia hacia delante. Creí flotar en el aire durante un tiempo desmesurado, y caí con gran lentitud. Pero no tomaba el suelo con acierto; parecía imposible colocar mis pies correctamente. Caí sobre un hombro y me habría hecho daño, a no ser por el espeso musgo.

Comprendí que mi fuerza en la Luna estaba totalmente desproporcionada con respecto a mi cuerpo. Mis músculos estaban desarrollados para sustentar una masa de ochenta y cinco kilos. Aquí sólo pesaba catorce. Supuse que tardaría cierto tiempo en controlar el esfuerzo para obtener el desplazamiento deseado. En realidad, descubrí que me adaptaba a las nuevas condiciones en un plazo sorprendentemente breve.

Durante algún rato padecí dificultades en la respiración, sobre todo después de un esfuerzo violento. Pero pronto me acostumbré a la menor densidad del aire, lo mismo que a la menor gravedad.

Media hora después llegué al borde de la meseta roja. Una pendiente muy pronunciada daba al lindero de la selva, unos seiscientos metros más abajo. La pendiente estaba alfombrada con las gruesas fibras del musgo verde.

Un escenario fascinante. Cielo claro y cerúleo, oscuro, ricamente azul. El inmenso globo blanco de la Tierra en ocaso, más allá de las montañas verdes. El ancho valle con la caudalosa corriente plateada serpenteando entre bosques dorados y manchas de verde. Los globos púrpura flotando en varios lugares, inmensas esferas meciéndose de los cables rojos que las mantenían ancladas sobre la selva.

Me senté en el musgo, desde donde podía contemplar aquel valle de misterio infinito. Permanecí un rato allí, observando el valle, mientras me comía casi todas las provisiones que había llevado y me bebía media botella de agua.

En ese momento decidí bajar al lindero de la selva.

El sol estaba en el cenit. Por tanto, me quedaba toda la tarde, es decir, cuatro

horas y media. Pensé que me sobraba tiempo para bajar por la pendiente hasta el comienzo de la selva y regresar antes de la repentina caída de la noche.

No temía perderme. La resplandeciente estructura de la máquina se veía desde todos los puntos de la meseta. Y la triple cumbre rocosa situada al norte de ésta constituía un punto de referencia que debía verse desde toda la región. No habría dificultades para el regreso.

Tampoco temía ser atacado, aunque no ignoraba que la selva podía ocultar seres hostiles. Me proponía ser cauteloso y no penetrar más allá del lindero. Tenía la automática y estaba seguro de que con ésta poseía un poder de destrucción superior al de cualquier otro animal del planeta. Por último, en caso de dificultad podría confiar en la fuerza de mis músculos, pues en proporción con mi peso debían ser mucho más poderosos que los de las criaturas nativas.

Era fácil caminar por la pendiente prolongada y cubierta de musgo. Mi agilidad bajo las condiciones de la gravedad lunar mejoraba con la práctica. Descubrí el modo de avanzar mediante saltos cautelosos y medidos que me hacían avanzar seis metros o más cada vez.

Pocos minutos después llegaba al lindero de la selva. No era tan regular como parecía desde arriba. La primera vegetación diferente del musgo que vi fueron macizos de una planta que se parecía al cactus de mi tierra, el Sudoeste americano.

Discos espesos y carnosos se amontonaban unos sobre otros. Pero, no eran verdes, sino de un curioso tono rosado, parecido al color carne. En lugar de espinas tenían pequeñas protuberancias o nudos negros, cuya función no pude adivinar. Las plantas a las que me acerqué primero eran pequeñas y parecían atrofiadas. Más abajo se veían otras de mayor tamaño, que crecían más espaciadas.

Me detuve a observar una. La rodeé con curiosidad. La fotografié desde distintos ángulos. Luego me atreví a tocarla con el pie. Varios módulos negros se rompieron; eran vesículas de paredes delgadas que contenían un líquido negro. Un olor penetrante y sumamente desagradable asaltó mi olfato, por lo que me retiré a toda prisa.

Cien metros más adelante hallé las enredaderas verdes. Los gruesos tallos se enroscaban como serpientes interminables, dando lugar a incontables ramificaciones que terminaban en vaporosos vilanos verdes. En algunos lugares nacían enormes flores blancas, de casi un metro ochenta de diámetro, parecidas a grandes campanas de plata bruñida. De ellas provenía el fuerte perfume que noté al abrir la escotilla de mi máquina.

Las enredaderas formaban una espesura verde ininterrumpida, de bastante profundidad. Habría sido imposible penetrar sin aplastar el delicado follaje. Decidí no avanzar más en aquella dirección. La enredadera podía contar con medios de protección análogos a los sacos malolientes de las plantas carnosas de arriba. O dar

cobijo a seres peligrosos, como las serpientes de la Tierra que viven ocultas en la espesura vegetal.

Anduve cierta distancia bordeando la maraña de enredaderas. De vez en cuando me detenía para tomar fotografías. Me acerqué a un matorral o monte bajo amarillo. Era un seto vivo de tallos, con un grosor de tres centímetros, y provistos de unas espinas largas como puñales a intervalos de pocos centímetros. Calcule que la masa de espino tendría unos treinta metros de altura. Era tan espesa, que a una rata le habría resultado difícil colarse en ella sin quedar espetada en una de aquellas espinas, afiladas como agujas.

Luego me detuve a contemplar uno de los globos púrpura que parecía bambolearse hacia mí, largando el cable rojo que lo anclaba en la selva. Era muy extraña aquella gigantesca esfera púrpura largando el delgado cable escarlata que la sujetaba. Parecía una cosa viviente, pensé.

Lo fotografié varias veces, pero como aún estaba lejos me figuré que ninguna de las fotos sería satisfactoria. Parecía acercarse a mí, empujado tal vez por una brisa que no llegaba al suelo. Pensé que pronto estaría lo bastante cerca para tomar una buena foto.

4 - La amenaza del globo

Lo estudié de cerca, tratando de averiguar si llevaba piloto u ocupante racional. Pero no pude distinguir nada. Sin duda, no había barquilla. Pero numerosas palancas o brazos negros sobresalían de su parte inferior para maniobrar los cables.

Estuve cerca de una hora observándolo. Durante ese tiempo se acercó bastante, hasta que, en realidad, quedó casi directamente sobre mí, a una altura de pocas decenas de metros. El cable rojo colgaba sobre la selva. Parecía estar suelto, flojo.

Finalmente logré una foto que me pareció satisfactoria. Decidí continuar y observar de cerca la maraña de matorral amarillo de espino.

Me había olvidado del globo púrpura y empezaba a alejarme, cuando atacó.

Fui golpeado por un cable rojo.

Cuando me di cuenta, ya lo tenía alrededor de mis hombros. Su extremo, más pesado, se enroscó varias veces alrededor de mi cuerpo, envolviéndome en espirales pegajosas.

Era como de un centímetro y medio de diámetro, y estaba constituido por un gran número de fibras de color rojo, aglutinadas por el adhesivo que las recubría. Recuerdo con toda claridad su aspecto e incluso el olor fétido, penetrante y desagradable que emitía.

Seis espiras de cable rojo me habían aprisionado antes de que pudiera reaccionar.

Se puso en tensión de repente, arrastrándome sobre el musgo rojo donde me hallaba, hacia la selva.

Horrorizado, levanté la mirada y descubrí que el cable había sido lanzado desde el globo púrpura que antes había contemplado. Ahora los brazos negros que había visto se afanaban cobrando cable con rapidez... y yo estaba atrapado en el extremo del mismo.

La gran esfera descendió un poco cuando quedé colgado. Pareció dilatarse. Luego, después de arrastrarme hasta tenerme debajo de ella, fui alzado.

Un terror inenarrable se apoderó de mí, y me latía el corazón con violencia. Me sentí dotado de una fuerza terrible. Me retorcí con rabia entre las viscosas ataduras, y luché con la fuerza de la desesperación por romper el cable rojo.

Pero había sido trenzado para sujetar presas espantadas y forcejeantes como yo. No se rompió.

Quedé colgado sobre la selva como un péndulo. ¡Me balanceaba cada vez más rápido! El cable estaba siendo izado. Volví a mirar hacia arriba, y vi un espectáculo que me heló de espanto y estupor.

¡Todo el globo era un ser vivo!

Vi que sus dos ojos negros y terribles, relucientes de maldad, me observaban con sus múltiples facetas. Los miembros negros que había visto eran sus patas, que crecían juntas en la parte inferior de su cuerpo; en aquel momento, izaban frenéticamente el cable que había proyectado, como una araña su hilo, para cogerme. Vi anchas mandíbulas ansiosas, de negros y espantosos quelíceros, chorreando una saliva inmundada. Y un hocico en punta delgada como un estoque, que sin duda debía clavarse para libar los jugos corporales.

La enorme esfera púrpura era un saco muscular de paredes delgadas y debía estar llena de un gas ligero, probablemente hidrógeno, que era producido por el cuerpo de la criatura. Este ser monstruoso flotaba sobre la selva, ajeno a todo peligro, dejándose llevar por el viento o anclado de su rojo pseudópodo, que también le servía para enlazar a su presa y acarrearla, a fin de celebrar su espantoso festín en el aire.

Quedé un instante helado de horror, desvalido ante el espantoso pico aguzado, ante las negras mandíbulas en forma de tenaza.

Luego el miedo me obligó a realizar un esfuerzo sobrehumano. Liberé mis brazos, sacándolos por debajo de las espirales pegajosas. Los levanté sobre mi cabeza, cogí el cable rojo con ambas manos e intenté quebrarlo.

No se partió, pese a mis esfuerzos frenéticos.

Entonces recordé que tenía la pistola en el bolsillo. Si lograba sacarla a tiempo, tal vez pudiera matar el monstruo. Y el gas escaparía poco a poco por el receptáculo perforado, permitiéndome regresar a la superficie. Estaba ya a tal altura, que la caída habría sido peligrosa si hubiera triunfado en mi esfuerzo desesperado por romper el

cable que me retenía.

La secreción viscosa del cable se pegó a mis manos. Tuve que acudir a toda mi fuerza para despegarlas. Pero finalmente lo conseguí y busqué mi arma, desesperado.

Una de las espiras rojas rodeaba el bolsillo donde la tenía. Tiré de ella. Tuve que realizar un esfuerzo agotador para moverla hacia arriba. Otra vez tenía los dedos pegados. Me despegué y saqué la automática. Al rozar la cuerda pegajosa se quedó adherida. La separé. quité el seguro con los dedos pegajosos y apunté hacia arriba, sobre mi cabeza.

Aunque sólo habían transcurrido algunos segundos, ya me veía alzado a mitad de camino hacia el espantoso globo viviente. Miré abajo. La altura era espantosa, y además el globo había derivado y flotábamos sobre un matorral de espino amarillo.

Empecé a disparar contra el monstruo. Era difícil apuntar, debido a los tirones que daban los horrorosos miembros negros al cobrar el cable. Tomé la pistola con ambas manos y disparé con sumo cuidado.

El primer disparo no pareció surtir ningún efecto.

Después del segundo oí un grito agudo, ensordecedor. Y vi que uno de los miembros negros colgaba flácido.

Apunté a los ojos negros de múltiples facetas. Aun sin conocer la anatomía de la criatura, era lógico que sus centros nerviosos más importantes estuvieran cerca de los ojos.

Mi tercer disparo acertó en uno de los ojos. Una gran pompa de jalea transparente reventó de la superficie en facetas y quedó colgando. El monstruo volvió a gritar espantosamente. Los brazos negros trabajaban con celeridad, arrastrándome hacia arriba.

Sentí un tirón violento más poderoso que los demás. En seguida comprendí la causa. Aquel ser había soltado el largo cable de anclaje con que se sujetaba. Subíamos con rapidez. El suelo de la Luna quedaba cada vez más lejos.

Un nuevo disparo pareció no afectarle. Pero al quinto, los miembros negros se contrajeron convulsivamente. Estoy seguro de que la criatura murió casi en seguida. Los miembros dejaron de recoger cable y quedaron inmóviles. Por precaución, disparé los dos cartuchos que quedaban en la pistola.

Aquello fue el comienzo de un delirante viaje aéreo.

Cuando el cable se soltó, el globo se elevó con rapidez. Después de su muerte, el receptáculo muscular pareció relajarse y dilatarse. La ascensión se hizo aún más rápida.

A los pocos minutos me vi a unos tres kilómetros y medio de altura. Abarcaba una gran extensión. La curvatura de la superficie lunar que, naturalmente, es mucho mayor que la de la Tierra, también podía ser apreciada con claridad.

El gran valle aparecía debajo, entre las montañas verdes, moteado de azul y

amarillo. El río serpenteaba, ancho y plateado. Vi otros valles, difuminados más allá de las extensiones verdes, y hacia el horizonte curvado aparecían más colinas, borrosas y oscuras debido a la distancia.

La meseta donde había aterrizado parecía un mantel verde, muchos centenares de metros por debajo de mí. Logré distinguir un minúsculo disco brillante: la máquina que tan imprudentemente había abandonado.

Aunque en el suelo había soplado poco viento, ahora me hallaba en un frente que avanzaba con rapidez hacia el noroeste. Fui arrastrado velozmente; el gran valle huía debajo de mí. Al cabo de pocos instantes perdí de vista la máquina. Naturalmente, me desesperé al verme alejado de mi vehículo. Traté de orientarme y tener en cuenta los accidentes del terreno que pasaban por debajo. Afortunadamente, pensé, el viento me arrastraba hacia el valle en lugar de conducirme hacia los precipicios rojos. Podría regresar a la máquina siguiendo el gran río hasta ver la cumbre triple, cerca de donde había dejado la máquina. Pero me embargó el desánimo, al comprender que difícilmente podía atravesar tan gran extensión de la selva desconocida sin que mi ignorancia de sus peligros me llevase a cometer un error fatal.

Se me ocurrió trepar por el cable hasta el cuerpo monstruoso y tratar de rajar el receptáculo púrpura para descender. Pero con eso no lograría sino enredarme aún más en las pegajosas espiras. Deseché la idea, comprendiendo que si caía con demasiada rapidez podría estrellarme en el suelo.

Después de los primeros minutos de viaje, noté que el balón iba quedándose fofa a medida que el gas escapaba del receptáculo muscular agujereado. Cobré nuevas esperanzas y traté de recordar la ruta que debía seguir para regresar a la máquina.

El viento me arrastraba a tal velocidad, que una hora después la triple cumbre había desaparecido detrás del horizonte curvado. Pero como me hallaba sobre el extenso valle, aún podría regresar siguiendo el río. Me pregunté si podría construir una balsa y navegar corriente abajo.

La velocidad del globo disminuía a medida que se acercaba a la superficie. Pero, mientras sobrevolaba la selva, me di cuenta de que la velocidad aún era excesiva.

Mientras colgaba al extremo del cable, desvalido, observé con angustia la selva sobre la cual descendía. Como la primera vez que había visto, estaba plagada de espino amarillo, salvo algunas zonas donde predominaba la exuberante enredadera verde.

Si tenía la desgracia de caer en una mata espinosa, jamás lograría salir con vida. Y tuve presente otro peligro. Aunque tocara el suelo en un espacio despejado, si seguía soplando el viento, me vería arrastrado hacia el matorral puntiagudo antes de poder liberarme del cable.

¿No sería mejor soltarme tan pronto como hubiera descendido lo suficiente, y dejar que el globo continuara sin mí? Aquel parecía ser el único modo de escapar sin

verme arrastrado a una trampa mortal. Sabía que podía dejarme caer desde una altura considerable, porque la aceleración de la gravedad lunar es de sólo sesenta centímetros por segundo... siempre que consiguiera caer en terreno despejado.

¿Cómo cortaría la cuerda? No llevaba cuchillo. En mi desesperación, se me ocurrió morderla hasta partirla por la mitad, pero comprendí que sería tan inútil como tratar de partir a mordiscos una soga de cáñamo de Manila.

Pero tenía la pistola. Si la apoyaba contra el cable y disparaba, el tiro lo cortaría.

Otra vez me llevé la mano al bolsillo, evitando la espiral adhesiva, y pude coger dos cartuchos. Aunque se pegaban a mis dedos viscosos, finalmente pude introducir uno en la recámara.

Cuando hube cargado la pistola, vi que sobrevolaba una espesura aparentemente ilimitada de espinos amarillo. Colgado del cable, fui arrastrado muy cerca del matorral espinoso mientras caía rápidamente. Al fin logré ver una mancha de grandes enredaderas. Durante un instante abrigué la esperanza de ser arrastrado más allá de los espinos.

De súbito, éstos parecieron saltar hacia mí. Levanté los brazos para cubrirme la cara, aferrando la pistola con desesperación. En seguida fui arrastrado sobre los crueles espinos amarillos. Hacían un ruido seco y detonante al quebrarse bajo mi peso. Mil bayonetas puntiagudas y envenenadas me desgarraron, me acuchillaron, me cortaron.

Era una agonía insoportable. Las espinas afiladas como navajas estaban impregnadas de veneno, y el menor rasguño quemaba como fuego líquido. Muchas de las puntas se clavaron profundamente.

Creo que caí cerca del borde del matorral. Estuve un instante entre los espinos. Luego, una ráfaga de viento empujó el globo y éste se remontó un poco, liberándome. Oscilé como un péndulo. Y volví a caer, más allá del matorral espinoso, en una franja de arena.

Mis heridas sangraban profusamente y sufría dolores insoportables a causa del veneno. Comprendí que no lograría permanecer consciente mucho tiempo más.

Entre tinieblas de agonía, cogí el cable rojo con una mano, apoyé contra él la pistola y apreté el gatillo. El estampido fue ensordecedor, estruendoso. Mi mano derecha, que sostenía el arma, fue empujada hacia atrás por el retroceso, y habría perdido la pistola si no la hubiera tenido pegada a los dedos. El cable fue golpeado con terrible violencia por el tiro, quebrándome casi la muñeca izquierda.

(Y se partió! Me desprendí y caí, revoleándome sobre la arena.

Permanecí consciente algunos minutos, tendido sobre la arena dura y fría. Recuerdo que en mi agonía pensé vagamente que por primera vez hallaba una zona no invadida por la vegetación.

Las espinas habían hecho jirones mis ropas. Las profundas heridas de mi cuerpo atormentado sangraban copiosamente... y recuerdo qué oscura me pareció la sangre que cala sobre la arena blanca.

Todo mi cuerpo padecía un dolor insoportable, debido al veneno, que ardía como si me hubiera sumergido en un mar de llamas. Sólo mi cara se había salvado de las espinas.

Débil, mareado de dolor, quise ponerme en pie. Pero una vuelta de cable rojo aún me ceñía las piernas. Trastabillé y volví a caer sobre la arena blanca.

Me sumí en la desesperación. Sentí una ira ciega e impotente ante mi estúpida imprudencia, por alejarme de la máquina, ante mi temeridad, por haberme aventurado hasta la selva. Entonces, el olvido acudió a aliviarme...

Me despertó un sonido extraño. Un silbido débil y agudo, agradablemente melodioso. Las notas musicales llegaban con insistencia a mi cerebro y sin duda venían de muy cerca.

Al despertar noté embotados mis sentidos. Mi mente estaba excepcionalmente torpe y lenta. No logré recordar dónde me hallaba. Al principio creí que estaba acostado en la cama de mi vieja habitación, en Midland, y que era el despertador lo que oía. Pero luego me di cuenta de que las fluidas notas cristalinas no podían ser de ningún despertador.

Logré abrir los ojos con gran esfuerzo. ¿Qué era esa pesadilla horrible? Un amasijo de enredaderas verdes, increíblemente abundantes. Una pared de espinas amarillas. Más allá una montaña escarlata y globos púrpura flotando en un exquisito cielo azul.

Traté de incorporarme. Mi cuerpo era un suplicio encendido. Me dejé caer otra vez. Tenía la piel cubierta de sangre seca. Las heridas más profundas me dolían. Y el veneno de las espinas había agarrotado mis músculos, por lo que padecía espantosos dolores al menor movimiento.

El melodioso silbido había cesado tan pronto como me moví. Luego se oyó de nuevo. Detrás de mí. Intenté volver la cabeza.

Ahora lo recordaba todo. El telegrama de mi tío. El vuelo a través del espacio y del tiempo. Mi expedición hasta el borde de la selva y sus espantosas consecuencias. Aún yacía sobre la arena, debajo del matorral de espino.

Gemí sin darme cuenta, por lo que me dolía el cuerpo agarrotado. El débil gorjeo cesó de nuevo. Y el ser que lo emitía avanzó hasta situarse frente a mí para que pudiera verlo. Un ser extraño y maravilloso.

Su cuerpo era esbelto, flexible como el de una anguila. Tendría como un metro y medio de longitud y era algo más grueso que mi brazo. Una pelusa o vello suave, dorado y corto lo cubría. Descansaba enroscado en parte sobre la arena, y alzaba la cabeza setenta u ochenta centímetros.

Dicha cabeza era pequeña, no mucho más grande que mi puño. Una boca minúscula, con labios de mujer, llenos y rojos. Ojos grandes, oscuros e inteligentes, de intenso color violeta, casi luminosos. De algún modo, parecían humanos, sin duda porque reflejaban expresiones humanas de curiosidad y compasión.

Excepto la boca roja y los ojos oscuros, la cabeza no tenía rasgos humanos. Estaba cubierta de vello dorado. En la coronilla tenía un penacho o cresta azul brillante. Aunque parezca raro, poseía cierta belleza. Una belleza de proporciones exquisitas, de curvas suaves.

Extraños apéndices, alas o élitros, crecían a los costados del cuerpo esbelto y dorado, exactamente detrás de la cabeza. En ese momento se hallaban alzadas, extendidas como para volar. Eran muy blancas, y formadas por una membrana delgada y suave. Su nívea superficie presentaba una delicada red de venas escarlata.

Aquella criatura no poseía miembros, a excepción de sus alas blancas y membranosas. Un cuerpo esbelto, largo y flexible, cubierto de vello dorado. Cabeza pequeña y delicada, con boca roja y cálidos ojos oscuros, coronada de azul. Y delicadas alas abiertas a los lados.

La contemplé.

No tuve miedo de ella en ningún momento, pese a verme desvalido. Parecía poseer una especie de magnetismo que me infundió una serena confianza. Supe en seguida que no venía sino para bien.

Sus labios se movieron. Y el débil silbido melodioso volvió a salir de ellos. ¿Me hablaba? Dije lo primero que se me ocurrió:

—¡Hola! A propósito, ¿quién eres tú?

5 - La Madre

El ser se acercó rápidamente a mí. Su cuerpo dorado, terso y redondo dejó una pequeña huella serpentina sobre la arena. Bajó un poco la cabeza al tiempo que apoyaba una de las alas blancas sobre mi frente.

La extraña membrana veteada de rojo era suave, pero noté una extraña firmeza al contacto con mi piel. Parecía despedir calor vital; vibraba de energía, de vida.

Volvieron a oírse los silbidos. Creí notar una vaga respuesta en mi mente, que daba cuerpo a confusos pensamientos. Mientras se repetían una y otra vez los mismos sonidos, en mi mente se formaban preguntas inteligibles.

—¿Qué eres? ¿Cómo llegaste aquí?

Gracias a una especie de telepatía transmitida por la presión del ala sobre mi cabeza, entendí el melodioso mensaje.

Me costó un poco salir de mi asombro para contestar. Respondí despacio,

silabeando con la mayor claridad posible:

—Soy nativo de la Tierra. Es el gran globo blanco que puedes ver en el cielo. He venido en una máquina que viaja en el espacio y en el tiempo. Al salir fui capturado y levantado por una de esas cosas púrpuras y flotantes. Rompí la cuerda y he caído aquí. Las espinas han desgarrado mi cuerpo y no puedo moverme.

El desconocido ser volvió a silbar. Una sola nota estremecida. La repitió hasta que se formó el significado en mi mente:

—Comprendo.

—¿Quién eres? —pregunté.

No entendí el significado de la respuesta hasta que la silbaba por tercera vez.

—Soy la Madre. Los Eternos, que destruyeron a mi pueblo, me persiguen. Voy hacia el mar huyendo de ellos.

La tenue música aflautada siguió elevándose, y esta vez me resultó más fácil de entender.

—Parece que tu cuerpo es lento en curar de sus heridas. Tu fuerza mental es débil. ¿Quieres que te ayude?

—Desde luego —respondí—. En lo que puedas...

—No te muevas. Confía en mí. No te resistas. Duerme.

Cuando comprendí el significado de las notas, me tendí en la arena y cerré los ojos.

Noté la presión cálida y vibrante del ala sobre mi frente. Un hálito vital y palpitante parecía pasar de ella a mi. No sentí miedo, pese a ser tan extraña la situación. Aquel ser me inspiraba confianza. Una serena confianza en su poder. Sentí que me ordenaba dormir. No me opuse. Una marea de energía vital me sumergió en el olvido.

Me pareció que sólo había pasado un segundo, aunque transcurrieron sin duda varias horas. Una llamada insistente me sacó de mi sueño.

Estaba lleno de fuerza. Incluso antes de abrir los ojos me sentí lleno de un vigor físico nuevo y desbordante, dueño de una salud perfecta. Rebosaba energías y buen humor. Al no experimentar ningún dolor corporal, supe que mis heridas estaban totalmente curadas.

Abrí los ojos y vi a la sorprendente criatura que se llamaba a sí misma la Madre. Su flexible cuerpo dorado se enroscaba a mi lado, sobre la arena. Sus grandes ojos límpidos me observaban atentamente, con gran compasión.

Me incorporé con viveza. Ya no tenía rígidos los miembros. Mi cuerpo aún estaba cubierto de sangre seca, y vestía los mismos andrajos. Aún colgaban de mi las viscosas espiras de cuerda roja. Pero mis heridas se habían cerrado sin dejar huellas, sino unas cicatrices lívidas.

—¡Ya estoy bien! —le comuniqué a la Madre, agradecido—. ¿Cómo lo hiciste?

El extraño ser silbó melodiosamente, y entendí casi en seguida:

—Mi fuerza vital es más poderosa que la tuya. Simplemente, te he prestado energías.

Me arranqué los restos de bejuco rojo que me rodeaban. La secreción viscosa debió secarse un poco; de lo contrario, nunca habría conseguido quitármelos. En seguida, la Madre se acercó a mi lado y me ayudó.

Utilizaba como manos sus apéndices blancos y membranosos. Aunque parecían frágiles, cogieron con fuerza el cable rojo cerrándose en torno al mismo.

Pocos minutos después pude ponerme en pie.

La Madre volvió a hablarme con silbidos. No pude entenderla, aunque se formaban en mi mente unas imágenes vagas. Volví a arrodillarme sobre la arena, y ella se acercó a mí para tocar otra vez mi frente con el ala blanca jaspeada de rojo. Aquella extremidad tan delicadamente hermosa era un órgano sorprendente. Tan fuerte cuando actuaba como una mano. Y, como más adelante averiguaría, era la sede de un sentido misterioso.

Capté claramente sus palabras ahora que el ala cálida y vibrante rozaba mi cabeza:

—Dime algo más de tu mundo y de cómo llegaste aquí, aventurero. Mi pueblo es antiguo y tengo poderes vitales superiores a los tuyos. Pero jamás hemos podido abandonar la atmósfera de nuestro planeta. Ni siquiera los Eternos, con todas sus máquinas, han logrado salvar jamás el abismo del espacio. Y se cree que el planeta primario de donde dices venir todavía es demasiado caliente para el desarrollo de la vida.

Hablamos muchas horas, yo con mi voz natural y la Madre con aquellos silbidos extrañamente melodiosos. Al principio, la transmisión de pensamiento a través del ala maravillosa fue lenta y difícil. A mí, sobre todo, me costaba entender, y la Madre se veía obligada a repetirme muchas veces las ideas más complicadas. Pero la comunicación mejoró con la práctica, y por último logré dialogar con fluidez aunque no me tocara la membrana blanca.

Atardecía ya cuando desperté. Luego se hizo de noche y cayó sobre nosotros el rocío. Hablamos en la oscuridad. Salió la Tierra, iluminando la selva con su gloriosa luz plateada. Seguimos hablando hasta que se hizo de día. A medianoche el aire se enfrió bastante. Con la humedad del abundante rocío, tuve frío y me estremecí.

Pero la Madre volvió a tocarme con la membrana blanca. Un calor intenso y palpitante pasó de su cuerpo al mío, y dejé de temblar.

Hablé largo rato del mundo que había dejado y de mi insignificante vida allí. Hablé de la máquina. Del viaje a través del espacio y a través de ignorados abismos de tiempo, hasta llegar a aquella Luna joven.

La Madre me habló de su vida y de su pueblo perdido. Ella dirigía una comunidad de seres que vivían en las tierras altas, cerca del nacimiento del gran río que yo conocía. En ciertos aspectos, una comunidad semejante a las de las hormigas o las abejas terrestres. Contaba con miles de seres neutros, mujeres imperfectamente desarrolladas, obreras. Y ella era el único individuo capaz de procrear. Ahora era la única sobreviviente de su colonia.

Al parecer, su raza era muy antigua y había alcanzado un alto grado de civilización. La Madre admitió que su pueblo no llegó a poseer ninguna especie de máquinas ni edificaciones. Afirmó que tales cosas eran señales de barbarie y que su cultura era superior a la mía.

—En otra época tuvimos máquinas —me explicó—. Mis antepasadas madres vivían en celdas de metal y madera como las que tú describes. Y construyeron máquinas para ayudarse y proteger sus cuerpos débiles e ineficaces. Pero las máquinas debilitaron aún más sus lamentables cuerpos. Sus miembros se atrofiaron y desaparecieron por falta de uso. Hasta sus cerebros vinieron a menos, porque vivían una existencia fácil, dependiendo en todo de las máquinas, huyendo de las dificultades. Parte de mi pueblo comprendió el peligro. Abandonaron las ciudades y regresaron al bosque y al mar para vivir austeramente, fiados a los recursos de sus mentes y sus cuerpos, para seguir siendo seres vivos y no convertirse en frías máquinas. Las Madres se dividieron. Los más estaban entre los que regresaron al bosque.

—¿Y qué les ocurrió a los que permanecieron en la ciudad, los que se quedaron con las máquinas? —pregunté.

—Llegaron a ser los Eternos, mis enemigos. Generación tras generación, sus cuerpos degeneraron. Hasta que perdieron su naturaleza animal. Se convirtieron en meros cerebros provistos de ojos y débiles tentáculos. En lugar de cuerpos, utilizan máquinas. Son cerebros vivientes con organismos de metal. Estaban demasiado debilitados para reproducirse. Por eso buscaron la inmortalidad en su ciencia mecánica. Y algunos viven todavía en su espantosa ciudad de metal, aunque desde hace varias eras no se produce entre ellos ningún nacimiento. Son los Eternos. Pero al fin mueren, porque es ley de vida. Pese a todos sus conocimientos, no pueden vivir siempre. Caen uno a uno. Sus extrañas máquinas quedaron paralizadas, con los cerebros podridos en sus recipientes. Y los escasos millares de supervivientes han atacado a mi pueblo. Pensaban capturar a las Madres. Modificar la descendencia con sus artes espantosas y así conseguir nuevos cerebros para las máquinas. Cuando empezó la guerra, había muchas Madres. Y mi pueblo era mil veces más numeroso. Ahora sólo quedo yo. Pero no ha sido una victoria fácil para los Eternos. Mi pueblo peleó con valor. Más de un anciano cerebro fue destruido. Pero los Eternos utilizaban grandes máquinas de guerra, a las cuales no podíamos escapar, y que no podíamos

destruir con nuestra energía vital. Todas las Madres, salvo yo, fueron capturadas. Y todas prefirieron morir a permitir que sus hijos fueran convertidos en máquinas vivientes. Sólo yo he escapado, porque mi pueblo sacrificó su vida por mí. En mi cuerpo llevo la simiente de una nueva raza. Busco un hogar para mis hijos. He dejado nuestra vieja tierra a orillas del lago para descender hacia el mar. Allí estaremos lejos de la tierra de los Eternos. Y puede que nuestros enemigos no nos encuentren. Pero los Eternos saben que he escapado. Me buscan. Me persiguen con sus extrañas máquinas.

Cuando amaneció me sentí muy hambriento. ¿Dónde conseguir alimento en aquella selva extraña? Aunque hallara frutos o nueces, ¿cómo saber si no eran venenosos? Se lo dije a la Madre.

—Ven —silbó ella.

Reptó sobre la arena blanca con sencilla y sinuosa elegancia. Era muy bella. Cuerpo esbelto, liso y cilíndrico. Delgado y fuerte. El vello dorado brillaba bajo la luz del sol; unos reflejos color zafiro jugaban en el penacho azul que coronaba su cabeza. Las maravillosas alas jaspeadas de rojo brillaban a sus lados.

Permanecí un momento inmóvil, admirando su extraña belleza, y luego la seguí, distraído.

Se volvió de súbito, y una expresión como de burla brilló en sus grandes ojos color violeta oscuro.

—¿Es tan lento tu gran cuerpo que no puedes ir al mismo paso que yo? —silbó casi irónicamente—. ¿Tendré que llevarte?

Por toda respuesta tomé impulso y salté. Mi pirueta me elevó unos seis metros por encima de ella y más adelante. Por desgracia caí de cabeza en la arena, aunque no me lastimé.

Vi la risa en sus ojos mientras se deslizaba rápidamente hacia mí y me tomaba del brazo con una de las alas blancas para ayudarme a levantarme.

—Podrías viajar muy bien si fuerais dos, y el otro te ayudase a salir de los espinos —dijo, de buen humor.

Algo avergonzado por sus burlas, la seguí obedientemente.

Llegamos a una masa de enredadera verde. Sin vacilar, ella se abrió paso a través del liviano follaje. La seguí. Me condujo hasta una de las enormes flores blancas, se inclinó sobre ella y se posó como una abeja dorada.

Un instante después salió con las alas unidas, llevando en el hueco una considerable cantidad de polvo blanco y cristalino que había tomado de dentro del enorme cáliz.

Me hizo unir las manos y vertió en ellas parte del polvo. Levantó las alas, pasó el resto del polvo a una de ellas y se puso a lamerlo delicadamente.

Lo probé. Era dulce y con un punto de ácido, nada desagradable. Al humedecerse

en la boca formaba una especie de pasta que se ablandaba y se disolvía a medida que seguía mascando. Ingerí una porción mayor y pronto despaché lo que la Madre me había dado. Visitamos otra flor. Esta vez me incliné yo, tomando el polvo con la mano. (Aquellos cristales debían cumplir sin duda la misma función que el néctar en las flores terrestres: atraer a los intermediarios que transportan el polen.)

Dividí mi botín con la Madre. Aceptó sólo un poco, y en el cáliz encontré lo suficiente para satisfacer mi hambre.

—Ahora debo continuar hasta el mar —silbó—. Ya me he retrasado demasiado contigo. Porque llevo la simiente de mi raza, y no debo abandonar la gran misión que ha recaído en mí. Pero me alegro de saber algunas cosas sobre tu desconocido planeta. Y resulta alentador conocer a un ser inteligente, después de haber vivido tanto tiempo sola. Me gustaría pasar más tiempo contigo. Pero he de obedecer a algo más importante que mis deseos.

La perspectiva de separarme de ella me causaba una extraña tristeza. Mis sentimientos hacia ella eran en parte de gratitud, pues me había salvado la vida. Pero había algo más. Un sentimiento de camaradería. Éramos compañeros de aventuras en aquella selva hostil y solitaria. La soledad y mi deseo humano de compañía me acercaban a ella.

Entonces se me ocurrió una idea. Ella bajaba por el valle hacia el mar. Y yo debía seguir la misma dirección hasta ver la cumbre triple que me serviría de orientación para hallar el emplazamiento de la máquina.

—¿Puedo acompañarte hasta que lleguemos a la montaña donde dejé la máquina que me sirvió para venir a tu mundo? —le pregunté.

La Madre me miró con sus expresivos ojos oscuros. Y de súbito se acercó a mí. Un ala blanca y membranosa cubrió mi mano, con cálida presión.

—Celebro que quieras acompañarme —silbó—. Pero no olvides que es peligroso. Recuerda que me persiguen los Eternos. A ti te destruirán también, si nos encuentran juntos.

—Tengo un arma —respondí—. Y te defenderé si nos amenazan. Además, si viajara solo, probablemente sería víctima de cualquier peligro desconocido.

—En marcha, extranjero.

La cuestión quedaba zanjada.

Había dejado caer mi cámara, mis prismáticos y mi «termo» de agua cuando el globo viviente me levantó por el aire. Se habían perdido en la selva. Pero me quedaba la pistola que tenía en la mano —o mejor dicho, pegada a ella— cuando caí en la arena. La recogí.

La Madre no quería verme con ella porque era una máquina, y las máquinas debilitaban a quien las usaba. Pero observé que si nos atacaban los Eternos, tendríamos que luchar contra máquinas, y que era mejor combatir el fuego con el

fuego. Lo admitió de buen grado.

—Te demostraré que mi energía vital es más fuerte que tu burda arma para matar, aventurero —afirmó.

Emprendimos la marcha casi en seguida. Ella se desplazaba bordeando la faja de arena, junto al matorral de espino. Y comenzó a mostrarme las formas de vida de la Luna, diciendo que siempre hallaría una zona despejada al borde de los espinos, porque sus raíces impregnaban el suelo con un veneno que impedía el crecimiento de otra vegetación.

Tras recorrer tres o cuatro kilómetros llegamos a un lago cristalino, donde el abundante rocío se había reunido en el fondo de una concavidad rocosa. Allí bebimos. Luego la Madre se zambulló gozosamente. Con las alas blancas apretadas a los lados, hendió el agua como una anguila dorada. Me alegré de poder quitarme la ropa y lavarme de mugre y sangre seca.

Empezaba a vestirme, y la Madre descansaba a mi lado a orillas del lago, con los ojos cerrados, secando al sol su piel dorada, cuando vi las barras espectrales.

Eran siete columnas de luz verticales y delgadas, que nos rodearon. Barras rectilíneas de pálido brillo blanco. Se alzaban como columnas fantasmas alrededor de ambos, encerrándonos en un espacio de diez metros. Tendrían unos cinco centímetros de diámetro, y eran muy transparentes. Yo podía divisar a través de ellas la selva verde y las amarillas masas de espinos.

No me importó mucho. En realidad, creí que las columnas espectrales eran sólo una ilusión óptica. Me froté los ojos y le pregunté con indiferencia a la Madre:

—Los espíritus están construyendo una cerca alrededor de nosotros, ¿o no ven bien mis ojos?

Sobresaltada, alzó su cabeza dorada con el penacho azul. Abrió mucho sus ojos violetas. Había alarma en ellos. Y terror. Se movió con sorprendente rapidez. Saltó como un resorte en toda su esbelta longitud. Y me tomó de un hombro con una de sus alas mientras lo hacía.

Me hizo pasar entre dos de las extrañas columnas de luz inmóvil, sacándome del cerco que formaban.

Caí en la arena y me puse en pie rápidamente.

—¿Qué...? —comencé.

—Los Eternos —sus notas dulces y agudas modulaban con rapidez—. Me han descubierto. Incluso aquí llega su perverso poder. Hemos de damos prisa.

Se alejó apresuradamente. La seguí mientras terminaba de ponerme la ropa, avanzando fácilmente a la misma velocidad que ella, con mis saltos regulares de seis metros. La seguí, mientras me preguntaba qué peligro podían significar las columnas de luz espectral.

6 - ¡Perseguidos!

Contorneábamos los peligrosos matorrales amarillos. La faja de terreno despejado por donde avanzábamos tendría de cincuenta a cien metros de anchura. El seto de espinos amarillos, el veneno de cuyas raíces impedía aquí el crecimiento de vegetación, se elevaba denso e impenetrable a nuestra derecha. Hacia la izquierda se abrían extensiones sin límite cubiertas de enredadera verde. Mares ondulantes de follaje liviano, color esmeralda, constelados de enormes flores blancas y separados en algunos lugares por otras especies de plantas desconocidas. Más allá, otros matorrales de espino amarillo. A lo lejos se alzaba la roja ladera de una montaña. Enormes globos púrpura se mecían sobre aquel alucinante paisaje lunar, iluminados por el sol, anclados de sus cables rojos.

Calculo que anduvimos por la faja despejada por espacio de unos quince kilómetros. Empezaba a respirar con dificultad, efecto debido al ejercicio violento bajo la tenue atmósfera de la Luna. La Madre no mostraba señales de fatiga.

Se detuvo bruscamente delante de mí y se metió en una especie de túnel abierto entre los espinos. Un pasadizo de un metro y medio de ancho por uno ochenta de altura, donde volvían a unirse los pinchos amarillos. El suelo era pelado y liso, apisonado como el de un sendero de mucho paso. El corredor parecía casi rectilíneo, pues se veía hasta una distancia considerable. La luz se filtraba a través de la espesura de crueles bayonetas que lo cubrían.

—No me agrada utilizar este camino —explicó la Madre—. Porque sus constructores son seres hostiles. Aunque no son muy inteligentes, mi fuerza vital no les afecta, por lo que no puedo dominarlos. Si nos descubren estamos perdidos. Pero no hay otro remedio. Hemos de cruzar por el bosque de espinos. Menos mal que, estando en el túnel, no podrán vernos. Tal vez los Eternos pierdan nuestro rastro. Apresurémonos y confiemos en no tropezar con ninguno de los legítimos usuarios de este sendero. Si aparece, tendremos que ocultarnos.

Tan pronto como entré en el túnel me vi en desventaja, pues ya no podía avanzar a grandes saltos. Empecé una especie de trote. Llevaba la cabeza baja para evitar las espinas envenenadas.

La Madre reptaba con soltura a mi lado, aunque no tan rápida como antes, afortunadamente. Era esbelta, joven y bella, a su manera no humana. Me alegré de que me permitiese acompañarla. A pesar de cuantos peligros nos amenazaban.

Cuando pude recobrar el aliento dije:

—¿Qué eran esas barras espectrales?

—Los Eternos poseen misteriosos poderes científicos —fue la musical respuesta—. Es algo parecido a la televisión, de que me hablaste. Pero más perfeccionada. Nos han visto a orillas del lago. Proyectan esas barras brillantes mediante sus rayos de

energía. Podrían hacernos daño. Pero no se exactamente cómo. Se trata de un arma nueva; no la empleaban durante la guerra.

Recorrimos muchos kilómetros por el túnel. Era casi rectilíneo. No había bifurcaciones ni encrucijadas. No cruzamos ningún claro. El techo y las paredes de espino amarillo no presentaban solución de continuidad. Me pregunté qué clase de seres podían abrir un sendero tan largo y perfecto entre los espinos.

La Madre se detuvo de súbito y se volvió a mirarme.

—Se acerca uno de los habitantes del sendero —silbó—. Lo noto. Espera un momento.

Desenvolvió sus anillos dorados y desapareció por el sendero. Llevaba la cabeza erguida. Y las alas rígidamente extendidas. Hasta ese momento siempre las había visto blancas, con delicadas venas rojas. Ahora las tenía completamente sonrosadas. Llevaba algo separados sus labios rojos y los ojos estaban dilatados, absortos, fijos. Parecían mirar más allá, contemplando escenas lejanas, inaccesibles a los sentidos normales.

Permaneció largo rato inmóvil, con los ojos color violeta lejanos y fijos.

Luego se irguió de súbito. Se alzó sobre sus anillos dorados. Había alarma en sus grandes ojos, en su voz tenue y aflautada.

—Nos sigue. Por este mismo sendero. Apenas tenemos el tiempo de salir a un claro. Hay que darse prisa.

Esperé a que yo comenzara mi torpe carrera y me siguió con soltura. Corrí pesadamente. Con la débil gravedad lunar, tenía que andarme con cuidado para no tropezar con las púas del camino.

Durante espantosas horas —al menos, eso me pareció— corrimos por el sendero, cruzando el interminable bosque de espino amarillo. Mi corazón latía con fuerza y mi respiración era angustiosa. Mi cuerpo no estaba preparado para el esfuerzo en una atmósfera tan tenue.

La Madre me precedía, reptando sin esfuerzo. Comprendí que si hubiera querido, le habría sido fácil abandonarme.

Por último tropecé, caí de cabeza y ya no tuve fuerzas para levantarme. Los pulmones me ardían y sentí un horrible dolor en el corazón. Sudaba a mares, me latían las sienes y un velo rojo nublabla mi vista.

—¡Sigue! —logré decir entre jadeos—. Yo... intentaré... detenerlo.

Busqué a ciegas mi arma.

La Madre se detuvo y regresó hacia donde yo estaba. Sus notas tenían un acento apremiante.

—Vamos. El claro está cerca. Y el bicho nos persigue. ¡No te quedes ahí tumbado!

Envolvió mi brazo con su ala suave y flexible. Recibí una nueva oleada de vigor y

energía. Entonces conseguí ponerme en pie, tambaleándome, y seguimos. Al mismo tiempo eché una mirada hacia atrás.

Un bulto oscuro e informe apareció a mis ojos. Era tan grande que prácticamente ocupaba todo el hueco del túnel. Lo rodeaba un confuso círculo de claridad, debido a la luz que se filtraba en el sendero, entre los espinos.

Corrí... corrí... corrí.

Mis piernas avanzaban, avanzaban como palancas articuladas de un autómata. Las tenía insensibles. Cuando la Madre me tocó, incluso dejé de sufrir ardor en los pulmones.

Y el corazón ya no me dolía. Me parecía flotar junto a mi cuerpo, como si fuese otro el que corría, corría, corría con monótona andadura de máquina.

Tenía los ojos clavados en la Madre, que me precedía.

Ella se deslizaba con gran rapidez por la penumbra del túnel. Su cuerpo esbelto, dorado, infatigable. Las alas blancas rígidamente extendidas, como para mantener mejor el equilibrio. La delicada cabeza erguida, con su penacho azul agitado por la carrera.

Observé aquel penacho azul mientras corría. Bailaba burlonamente ante mí, siempre alejándose. Siempre lejos de mi alcance. Lo seguí entre la niebla cegadora de mi fatiga, que me hacía verlo todo fundido en un azul grisáceo con manchas de rojo sangre.

Me sorprendió hallarme de nuevo a la luz del Sol. Una franja de arena junto al amarillo seto de espinos. Más allá la fronda fría y verde, el mar verde. Arriba, siniestros globos púrpura, sujetos de sus cables rojos. En la lejanía, una cordillera escarlata, empinada y escabrosa.

La Madre dobló a la izquierda.

La seguí de un modo automático. Mis reacciones se hallaban adormecidas. El esplendoroso paisaje lunar ya no me resultaba extraño. Hasta la amenaza de los globos púrpura me parecía lejana, sin consecuencias.

No sé cuánto tiempo corrimos junto al bosque de espinos hasta que la Madre se volvió de nuevo y me condujo a un grupo de enredaderas.

—¡Quieto! —silbó—. Tal vez el monstruo no pueda encontrarnos. Agradecido, me oculté entre las frondas. Me quedé acostado, con los ojos cerrados, y respiré con grandes jadeos dolorosos. La Madre volvió a tocar mi mano con su ala suave y otra vez me sentí aliviado, aunque respirando con dificultad.

—Tu reserva de energía vital es muy escasa —comentó.

Saqué la pistola del bolsillo y la revisé para cerciorarme de su estado. La había limpiado y cargado antes de emprender viaje. La Madre levantaba cautelosamente su cabeza coronada de azul. Me arrodillé y vigilé la franja de arena en la dirección de donde veníamos.

Vi que el bicho se acercaba a toda prisa.

Era una esfera roja, brillante, como de un metro y medio de diámetro. Estaba siguiendo nuestra pista.

—¡Nos ha localizado! —silbó bajito la Madre—. Y mi fuerza vital no puede atravesar su coraza. Quiere chupar la linfa de nuestros cuerpos.

La miré. Había enrollado su cuerpo esbelto en una espiral dorada. Su cabeza se alzaba en el centro, y tenía extendidas las alas de un blanco puro, jaspeadas de líneas escarlata, aparentemente frágiles como los pétalos de una azucena. Sus grandes ojos oscuros aparecían serios y serenos y no mostraban signos de pánico. Levanté la pistola, decidido a no dejarme dominar por el temor y a hacer cuanto pudiera por salvarla.

El globo escarlata estaba a menos de cincuenta metros. Logré distinguir las escamas de su coraza como láminas córneas pintadas de laca color rubí. No parecía tener miembros ni apéndices externos visibles. Pero vi en la parte superior de la coraza unos óvalos oscuros que al parecer se extendían mientras aquel ser rodaba.

Empecé a disparar.

No podía fallar a tan poca distancia. Me arrodillé entre las hojas de la enredadera verde y vacié sobre el globo un cargador entero. Siguió rodando hacia nosotros sin aminorar la velocidad. De su interior surgió un redoble rabioso e intenso. Un rugido reverberante de inesperada intensidad. Poco después le respondieron desde diferentes lugares, alrededor de nosotros. Eran redobles graves y prolongados, casi como truenos lejanos.

Cargué de nuevo, desesperado. Aún no había armado la pistola cuando el monstruo nos alcanzó.

Hasta ese momento parecía una esfera de superficie lisa. Pero ahora emitió seis largos tentáculos negros y brillantes, correspondientes a cada uno de los óvalos negros que había visto sobre la coraza roja. Eran delgados, de unos tres metros y medio, cubiertos de pellejo negro muy arrugado, sobre el cual brillaban minúsculas gotas de humedad. Debajo de cada uno aparecía un solo ojo, con un párpado negro.

Uno de aquellos tentáculos negros avanzó hacia mí. Despedía un olor fétido y repugnante. Al extremo llevaba una garra ganchuda y afilada, junto a un orificio negro. Supuse que el monstruo se alimentaba por medio de aquellos horrorosos tentáculos retráctiles.

Metí el cargador en la pistola y accioné la corredera. Apartándome del retorcido brazo tentacular, hice siete disparos seguidos contra el ojo de párpado negro.

La coraza roja volvió a emitir el ensordecedor redoble. Los tentáculos negros se retorcieron, cayeron y súbitamente quedaron inmóviles y rígidos. El redoble se convirtió en un ronco estertor y luego cesó.

—¡Lo has matado! —silbó melodiosamente la Madre—. Usas bien tu máquina, y

es más poderosa de lo que creía. Tal vez consigamos salvarnos.

Como en respuesta agorera, los ecos de un tamborileo lejano se dejaron oír en el bosque de espinos amarillos. Ella lo oyó y las alas blancas se irguieron con alarma.

—Ha llamado a los suyos. Muy pronto estarán todos aquí. Hemos de darnos prisa.

Estaba tan cansado que cualquier movimiento era para mí una tortura, pero me levanté y seguí a la Madre que corría sobre la arena.

Sólo me detuve un instante a contemplar el interesantísimo ser que había matado. Era algo insólito, tanto por su forma como por sus medios de desplazamiento. La coraza esférica debió formarse a lo largo de muchas eras de evolución en el matorral espinoso. Recogiendo sus miembros dentro de la armadura podía atravesar los espinos sin sufrir daño alguno. Supuse que lo hacía mediante contracciones rítmicas del caparazón, lo cual le permitía desplazarse fácilmente, teniendo en cuenta la menor gravedad lunar. Cuando no rodaba, se arrastraba o se elevaba sobre los largos apéndices musculares que me habían parecido tentáculos.

Como estábamos de nuevo en lugar despejado, pude avanzar a grandes saltos que me permitían seguir a la Madre con menos esfuerzo que el empleado al correr. Mientras volaba por el aire, entre salto y salto, descansaba unos instantes y así compensaba el esfuerzo.

De vez en cuando me volvía con aprensión. Al principio sólo distinguí la coraza escarlata del bicho muerto junto a las enredaderas verdes, donde habíamos acabado con él, cada vez más pequeño a medida que nos alejábamos.

Entonces vi otras esferas saliendo del matorral amarillo. Rodaron por la franja de terreno descubierta y se reunieron alrededor de su congénere. Luego emprendieron leí persecución, rodando a tal velocidad, que no tardarían mucho en alcanzarnos.

—Ya vienen —le dije a la Madre—. Son muchos y no voy a poder con todos.

—Son implacables —respondió—. Cuando persiguen a alguna desgraciada criatura, no cejan hasta chuparle la linfa o al menos darle muerte.

—¿Qué podemos hacer? —inquirí.

—Cerca de nosotros, más allá de ese matorral, hay un peñasco, una elevación de laderas tan empinadas, que ellos no podrán subir. Si llegamos a tiempo tal vez podamos alcanzar la cumbre. Será un refugio temporal, porque los monstruos no nos dejarán mientras estemos con vida. Pero así retrasaremos nuestro fin... siempre que lleguemos a tiempo.

Volví a mirar atrás. Nuestros perseguidores parecían un grupo de canicas rojas al lado del bosque amarillo. Se acercaban... muy de prisa.

La Madre se apresuró. Las alas blancas estaban muy erguidas y sonrosadas. Bajo el delicado vello de su piel, los músculos dibujaban simétricas y graciosas ondulaciones.

Traté de poner más vigor en mis saltos.

Rodeamos el macizo de matorral, y apareció ante nuestros ojos el peñasco. Una mole destacada de granito negro. Sus laderas se alzaban empinadas y desnudas sobre las enredaderas verdes. Estaba coronado de musgo verde. Tendría unos nueve metros de altura y treinta de longitud.

Nuestros perseguidores ya no parecían canicas cuando estuvimos a la vista del peñasco. Por lo menos eran como pelotas de baloncesto. Nos estaban dando alcance rápidamente.

La Madre avanzó con la energía aparentemente inagotable de su cuerpo grácil y leonado. Y yo salté con el vigor de la desesperación, procurando adelantar lo más rápido que podía.

Nos metimos en la espesa vegetación que rodeaba el peñasco. Hicimos alto al pie de su ladera negra y de aspecto siniestro.

Las esferas rojas estaban a menos de cien metros. Cuando nos detuvimos junto al peñasco emitieron un súbito redoble. Vi en sus brillantes corazas rojas los óvalos oscuros que indicaban el emplazamiento de sus ojos y de los tentáculos ocultos.

—¡No puedo subir por aquí! —silbó la Madre.

—¡Yo saltaré! —grité—. Tengo músculos de terrícola. Te llevaré.

—Vale más que viva uno de nosotros —dijo—. Los entretendré hasta que llegues a la cumbre.

Empezó a retroceder hacia las esferas, que rodaban a gran velocidad hacia nosotros. Me incliné y la cogí.

Era la primera vez que la tocaba. El vello era corto y muy suave. Su cuerpo redondo era firme, musculoso, cálido y vibrante. Palpitaba de vida. Al contacto con él noté otra vez la oleada de energía que me inundaba.

Con rápido movimiento me la cargué al hombro, corrí unos pasos y quise vencer de un salto aquella ladera de granito negro.

En la Luna mi peso era de catorce kilos. La Madre, aunque musculosa y fuerte, no pesaría ni la tercera parte. Por tanto, el peso de ambos vendría a ser de unos veinte kilos. Como ella había dicho, era imposible llegar de un salto a la cumbre de la colina.

Al principio creí que lo conseguiría, mientras medía a ojo la distancia que nos separaba de la corona de musgo rojo. Luego comprendí que nos estrellaríamos contra la pared de roca, sin llegar a la cumbre.

Dicha pared era escarpada. Pero mis ojos atentos hallaron un pequeño saliente. Acercándome al pie del peñasco, clavé los dedos en aquel reborde. Fue un segundo de temerosa incertidumbre, pues la roca estaba resbaladiza, cubierta de musgo.

7 - ¡Los Eternos atacan!

Mi mano izquierda resbaló. Pero la derecha encontró apoyo firme. Me alcé a pulso. La Madre se empinó sobre mi hombro y alcanzó la cumbre del peñasco. Rodeó mi mano izquierda con una de sus alas blancas y me puso a salvo.

Temblando por el esfuerzo, me puse en pie sobre el suave musgo escarlata y pasé revista a nuestra fortaleza. La superficie cubierta de musgo era casi horizontal, de unos seis metros de anchura en el lugar donde nos hallábamos, y unos treinta de longitud. Todas las laderas parecían cortadas a pico, sobre todo en el lugar que habíamos escalado.

—Gracias, extranjero —silbó melodiosamente la Madre—. Has salvado mi vida y la supervivencia de todo mi pueblo.

—He pagado mi deuda —le respondí.

Contemplamos los globos rojos. Poco después llegaban al pie del peñasco. Del grupo se alzó un estruendoso redoble. Y se desplegaron para poner cerco a nuestro refugio.

Luego intentaron escalarlo. Sus fuerzas no alcanzaban a saltar como yo. Pero hallaban grietas y salientes, donde apoyaban sus largos tentáculos. Empezaban a subir poco a poco.

Contorneando la cumbre del peñasco, disparé contra los que avanzaban más. Apuntaba cuidadosamente al ojo, o a la base de un tentáculo. Por lo general, un solo disparo me bastaba para enviarlos, rodando, al fondo cubierto de vegetación verde.

Desde nuestra fortaleza se dominaba un panorama excepcional. A un lado se veía una gran extensión de matorral amarillo, y más lejos la cordillera de color carmesí. Al otro, la selva exuberante de enredaderas verdes, hasta llegar al ancho y plateado río. Amarillo y verde cubrían la pendiente que se extendía hasta las colinas escarlata.

Nos defendimos durante todo un día.

El sol se puso detrás de las montañas rojas cuando sólo llevábamos una o dos horas en aquella cumbre aislada. Una noche cerrada habría puesto inmediato fin a nuestras aventuras. Pero, por suerte, el inmenso disco blanco de la Tierra salió casi en seguida y durante toda la noche su luz nos permitió ver a nuestros enemigos, que no cejaban en su empeño de escalar los muros de nuestra fortaleza.

Al atardecer del día siguiente preparé mi último cartucho. Me volví para comunicarle a la Madre que ya no podría impedir que las esferas rojas escalaran el peñasco. Pronto acabarían con nosotros.

—No importa —silbó—. Los Eternos han vuelto a localizar nuestro paradero.

Miré nerviosamente a mi alrededor, y allí estaban otra vez las columnas de luz espectral. Siete barras delgadas y verticales de brillo plateado formaban un cerco a nuestro alrededor. Parecían idénticas a las que habíamos conseguido burlar la primera vez, a orillas del lago.

—Hace rato que nos vigilan —dijo—. Antes logramos escapar, pero ahora será

imposible.

Enroscó serenamente su cuerpo leonado, plegando las alas blancas a ambos lados. Acurrucó la cabecita entre las espirales, dejando ver sólo el penacho azul. Sus ojos color violeta miraban serios, serenos y atentos, mas no expresaban temor ni desesperación.

Las siete columnas de luz brillaban cada vez más.

Una de las esferas rojas, adelantando sus tentáculos negros, se arrastró hacia nosotros sobre la roca. La Madre la vio, pero no hizo caso. Estaba fuera del círculo formado por las siete columnas. Permanecí inmóvil dentro de ese círculo, al lado de la Madre, mirando... esperando.

Las siete columnas de luz emitían un brillo cegador, y luego dejaron de ser luz para convertirse en barras de puro metal.

Al mismo tiempo me cegó un relámpago de luz insoportablemente brillante. Un estampido ensordecedor hirió mis oídos, seco como un tiro de escopeta y mucho más fuerte. Un espasmo de dolor recorrió mi cuerpo, como si hubiera recibido una poderosa descarga eléctrica. Creí notar una sacudida, como si el peñasco se hubiera movido bajo mis pies a causa de un seísmo lunar.

Volábamos sobre una gran plataforma metálica. En su periferia se alzaban siete barras de metal que emitían luz blanca, y cuyas posiciones correspondían exactamente a las que habían ocupado las siete columnas espectrales. La Madre estaba enroscada sobre la plataforma, a mi lado. Sus ojos fríos y serenos no demostraban ninguna sorpresa.

Yo, en cambio, estaba helado de asombro.

Ya no estábamos en la selva. La plataforma metálica era parte de una complicada estructura de barras, serpentines de alambre y enormes tubos de cristal transparente, que se alzaba en medio de un gran patio con el suelo de metal brillante muy desgastado por el uso.

Alrededor del patio se veían construcciones. Grandes edificios rectangulares de metal y vidrio. No eran artísticos, y además se hallaban en mal estado. El metal presentaba feas manchas de óxido rojo. Muchos de los cristales estaban rotos.

Por las calles pavimentadas con metal y el gran patio se movían unos objetos desconocidos. No eran seres humanos ni, desde luego, animales, sino ridículos objetos de metal. Máquinas. Tampoco presentaban un aspecto uniforme. Apenas se veían ejemplares idénticos. Manifiestamente, sus diferentes formas respondían a distintos propósitos. Sin embargo, muchos imitaban las apariencias de la vida, cual horribles caricaturas.

—Estamos en el país de los Eternos —silbó bajito la Madre—. Éstos son los seres que destruyeron a mi pueblo, en busca de nuevos cerebros para sus gastadas máquinas.

—¿Cómo nos han traído aquí? —pregunté.

—Por lo visto han inventado un sistema para transmitir la materia a través del espacio. Un mero problema técnico. Transforman la materia en energía, transmiten la energía sin pérdidas mediante un rayo luminoso, y vuelven a condensarla en átomos. No tiene nada de particular que los Eternos sepan hacer semejante cosa, puesto que renunciaron a la vida verdadera para alcanzar ese poder. Puesto que cambiaron sus cuerpos a cambio de máquinas, ¿no iban a ganar algo con el cambio?

—¡Es increíble...!

—Lo es para ti. La ciencia de tu mundo es joven. Si al cabo de pocos siglos ha progresado hasta conseguir la televisión, ¿qué no inventaréis en cien milenios? Pero esto es nuevo incluso entre los Eternos. Al fin han logrado transmitir objetos entre dos estaciones sin destruir su identidad. Pero no sabía que poseyeran este aparato de rayos transportadores, capaz de desintegrar nuestros cuerpos sobre el peñasco y crear una zona reflectante de interferencia que concentraría el rayo aquí, y...

Sus silbidos cesaron de súbito. Tres grotescas máquinas se acercaban a la plataforma: extrañas cajas brillantes, llenas de palancas y ruedas. Miembros de articulaciones metálicas. Todos tenían en la parte superior una cúpula de cristal transparente, que contenía una informe masa gris. Una gelatina gris y vulnerable, con enormes ojos negros de mirada inexpresiva. ¡El cerebro de la máquina! ¡El Eterno!

Aquellos seres de metal eran horribles simulacros de vida. Al principio, con sus movimientos rápidos y seguros, parecían verdaderamente vivos. Pero sólo emitían sonidos metálicos, martilleos y zumbidos. Eran groseros y horribles.

Sus ojos me pusieron la carne de gallina. Enormes, negros y helados. No había calor en ellos, ni expresión humana. Eran indiferentes como culos de botella. Pero implicaban un peligro inminente.

—¡No me cogerán viva! —silbó la Madre, irguiéndose a mi lado sobre sus leonadas espirales.

Entonces, como si se hubiera disparado en mi mente un resorte, corrí hacia el Eterno que estaba más cerca, mientras buscaba un arma con los ojos.

Agarré una de las barras metálicas. Su extremo inferior estaba alojado en una extraña pieza de cristal blanco, que imaginé sería un aislador. Se quebró cuando apoyé mi peso sobre la barra. La cogí con ambas manos, el resplandor blanco desapareció y vi que era de cobre.

Así pues, disponía de una maciza cachiporra de metal, cuyo peso no me impedía manejarla con facilidad. En la Tierra seguramente no habría podido levantarla siquiera.

Enarbolando mi arma, me planté enfrente de la primera máquina, un cajón metálico que avanzaba torpemente sobre sus miembros de metal, coronado por la cúpula de vidrio que albergaba el indefenso cerebro gris con sus desagradables ojos

negros. Vi pequeños tentáculos —dedos débiles y translúcidos— que salían del cerebro para accionar las palancas de mando.

La máquina se detuvo ante mí. Emitió un zumbido enojado e imperioso. Un gran brazo de metal, ganchudo y con muchas articulaciones, se alargó de súbito como para cogerme.

Al instante golpeé, dejando caer la barra de cobre con todas mis fuerzas sobre la cúpula transparente. El cristal era grueso, pero la barra de cobre tenía tanta inercia aquí como en la Tierra; sus cientos de kilos cayeron con fuerza terrible.

La cúpula quedó hecha añicos. Y el cerebro gris quedó convertido en una papilla roja.

Desde luego, los Eternos habían logrado apoderarse de la Madre sin dificultad. Probablemente eran superiores a cualquier otro habitante de la Luna, por cuanto poseían el rayo transmisor de materia. Pero no estaban preparados para enfrentarse a un individuo cuyos músculos le clasificaban entre los más fuertes de la Tierra.

Los dos compañeros de mi víctima se abalanzaron sobre mí. Aunque la barra de cobre no me pesaba demasiado, su considerable inercia no permitía esgrimirla con soltura. Los miembros metálicos de la tercera máquina aprisionaron mi cuerpo mientras yo aplastaba el cerebro de la segunda con otro golpe demoledor.

Me debatí con desesperación, pero no logré ponerme en posición para golpear.

En ese momento intervino la Madre. El penacho azul se erguía sobre su cabeza dorada, y en sus ojos color violeta brillaba un ardor combativo. Tenía las alas extendidas a ambos lados, y parecían de color casi escarlata bajo la intensa luz que caía sobre ellas. Mi momentáneo desaliento cesó y comprendí que la Madre era invencible. Pensé que iba a tocarme. Pero luego se alzó hasta dominar en altura el cerebro de la máquina que me sujetaba. Sus alas estaban encendidas, más encendidas que nunca.

La máquina me soltó de improviso y sus miembros metálicos cayeron, inmóviles.

Mi ensangrentada porra de cobre actuó una vez más, y la máquina cayó estrepitosamente a un lado.

—Mi energía mental es más fuerte que la de los Eternos —silbó la Madre como tranquila explicación—. Pude intervenir en sus procesos neurales y paralizarla. —Se volvió rápidamente—: Destroza las piezas frágiles de la máquina que nos trajo aquí. Si tenemos la fortuna de escapar, no podrán secuestrarnos de nuevo. Debe ser la única que tienen, y creo que no podrán repararla en seguida.

Mi cachiporra volvió a funcionar. Rompió delicadas bobinas. Destrozó prismas complicados, espejos y lentes. Destruyó alambres y sutiles rejillas incrustadas en bulbos de cristal, que debían ser válvulas electrónicas.

Los tres enemigos que habíamos destruido eran los primeros que vimos. Pero

muy pronto una veintena de ellos se acercaron por el patio de suelo metálico, profiriendo zumbidos como de ira y excitación. Cuando concluyó mi tarea, algunos de ellos estaban muy cerca ya.

No iba a poder con todos. Era precisa huir.

Me incliné para tomar en brazos el cuerpo cálido y aterciopelado de la Madre y corrí por la plataforma, derecho hacia el cerco de los seres mecánicos. Al llegar junto a ellos salté tan alto y lejos como pude.

Pasé sobre sus cabezas y fui a parar bastantes metros más allá. Me vi en medio de un desgastado pavimento metálico. La calle, casi desierta de máquinas, estaba flanqueada de edificios antiguos y feísimos, y desembocaba en una pared de cierto material negro y brillante como la obsidiana.

Corrí desesperadamente hacia el paredón, avanzando a grandes saltos. Los Eternos nos seguían, zumbante y martilleante pelotón que pronto quedó muy atrás.

Naturalmente, los habíamos cogido desprevenidos. Y, tal como había observado la Madre, el depender de máquinas no desarrollaba rapidez de reacción frente a los imprevistos.

Más tarde supimos que algunas de las máquinas podían correr mucho más que nosotros. Pero, según he comentado, no eran todas del mismo modelo, sino que diferían entre sí. Y ninguno de nuestros seguidores era de los más ligeros.

Estoy seguro de que pudieron destruirnos con facilidad mientras escapábamos. Pero eso habría desbaratado sus planes. Querían a la Madre con vida.

Llegamos al brillante muro negro con bastante ventaja sobre nuestros perseguidores. La pared era lisa y perpendicular; era de la misma altura que el peñasco que había escalado con la Madre. Pero aquí no había salientes que nos salvaran si el salto quedaba corto.

Me detuve y solté la pesada porra.

—Podrías lanzarme y saltar luego —propuso la Madre. No había tiempo que perder. Se enroscó rápidamente formando una esfera dorada. La arrojé como una pelota. Desapareció detrás del paredón. Recogí la porra y la arrojé por otro lado para no lastimar a la Madre.

Los Eternos estaban cerca. El grupo de grotescas máquinas parecía un tropel desmandado. Zumbaban con rabia. Uno lanzó una especie de proyectil. Hubo una ensordecedora explosión junto a la pared negra y una llamarada de luz verde. Mientras saltaba tuve presente una vez más el peligro de estar separado de la Madre.

El salto me bastó para pasar el muro, que sólo tenía un metro y medio o dos de espesor.

Caí en una exuberante espesura de enredaderas verdes. Cubrían el terreno en matas de treinta centímetros, de las que brotaban airosos vástagos, más altos que yo. Caí de costado sobre el blando follaje y me puse rápidamente en pie. La fronda verde

no dejaba ver en todas direcciones, aunque pude distinguir la parte superior del paredón negro.

Antes de caer había logrado vislumbrar hacia el este una extensa llanura verde, y al norte una lejana cordillera roja. Por tanto, la ciudad de los Eternos estaba al oeste.

No vi a la Madre; a decir verdad, no se veía a más de tres metros a través de la exótica selva.

—Por aquí —oí su cautelosa melodía aflautada—. Aquí tienes tu arma.

Me abrí paso entre matas frondosas siguiendo la dirección de la voz. Hallé a la Madre ilesa, enroscada en dorado círculo junto a la barra de cobre. Ella emprendió su silenciosa marcha. Recogí la porra y la seguí procurando avanzar rápido y con sigilo.

Antes de enfilear un angosto sendero, me volví, y vi a varios Eternos que habían escalado el paredón. Sin duda nos buscaban, pero creo que no nos vieron.

Durante el resto del día —habíamos escapado a primera hora de la tarde— corrimos, y lo mismo toda la noche, por entre la espesura fantasmal y plateada bajo el claro de Tierra, hasta bien entrado el día siguiente. Sólo nos detuvimos para beber y bañarnos en un arroyo, y para recoger el dulce polvo blanco de algunas de las grandes flores blancas. Comíamos sin dejar de correr. La selva de trepadoras era espesa, y permanecíamos ocultos por sus exuberantes y delicadas frondas.

Al principio estaba seguro de que nos seguirían. Pero como pasaban las horas y no había indicios de persecución, me sentí aliviado. No creía que los Eternos pudieran seguir nuestro rastro con rapidez suficiente para alcanzarnos. Mas no por eso abandonaba la barra de cobre. La Madre era menos optimista que yo.

—Sé que nos siguen —me dijo—. Lo siento. Pero tal vez podamos despistarlos, si no consiguen arreglar la máquina que tú destruiste... y estoy segura de que no va a serles fácil.

Nos acercábamos a un roquedal, y la Madre halló debajo de un saliente una pequeña cueva, donde entramos a descansar. Agotado, me tendí y me quedé dormido como un lirón.

La Madre me despertó al amanecer. Vigilaba enroscada junto a la boca de la cueva, con sus delicadas alas erguidas y un poco teñidas de luz sonrosada. En sus ojos color violeta había una expresión atenta.

—Los Eternos nos siguen —silbó—. Todavía están lejos. Pero debemos continuar.

8 - Un terrícola pelea

Después de ganar la cumbre del roquedal llegamos a una enorme llanura cubierta de musgo verde. Por el llano se diseminaban algunas colinas bajas, pero lo que no

variaba era el tipo de vegetación. Desde lejos, la llanura semejaba un extraño páramo cubierto de nieve verde.

Tardarnos seis días en atravesar el altiplano cubierto de musgo. El cuarto día se nos acabó el polvo blanco que llevábamos, y el quinto y sexto no encontramos agua. Aunque los días eran sólo de dieciocho horas, la situación empezaba a ser apurada cuando descubrimos un valle poblado de enredaderas y bañado por un arroyo cristalino, cuyas aguas me parecieron las más dulces que hubiera probado nunca.

Antes de continuar, comimos y descansamos durante dos noches y un día, aunque la Madre no dejaba de insistir en que los Eternos no habían abandonado la persecución.

Durante diecisiete días seguimos el arroyo, que iba recibiendo numerosos afluentes y se convirtió en un majestuoso río. El decimoséptimo día vimos que desembocaba en otro aún más ancho, formando un valle de muchos kilómetros, cubierto de matorral amarillo y de enredaderas verdes, e infestado con miles de globos púrpura. Yo había aprendido a evitarlos no saliendo de la espesura verde, donde no podían lanzar sus tentáculos con precisión.

Cruzamos el río a nado y pasamos a la orilla este para continuar hacia el sur. Cinco días después avistamos la cumbre triple que yo recordaba tan bien.

La mañana siguiente abandonamos la selva y subimos hacia la pequeña meseta alfombrada de musgo, donde yo había dejado la máquina. Había temido no hallarla, o encontrarla destruida. Pero estaba exactamente donde la había dejado el día después de mi llegada a la Luna, cilindro acorazado brillante, pulido y tachonado de ventanas, entre dos discos de resplandeciente cobre.

Nos acercamos a la escotilla, y la Madre se puso a mi lado.

Tembloroso de emoción, accioné el mecanismo y abrí la compuerta. Todo permanecía en orden, exactamente como yo lo había dejado: las botellas de oxígeno, las baterías, el refrigerador de alimentos, la consola central de mandos, sobre la cual estaba el plan de vuelo.

En una semana —si el mecanismo funcionaba como yo esperaba— me hallaría de regreso en la Tierra. De nuevo en Long Island. Preparado para someter mi informe a mi tío y recibir el primer pagó de los cincuenta mil anuales.

En pie junto a la escotilla, me volví para mirar a la Madre.

Estaba enroscada a mis pies. El penacho azul que coronaba su dorada cabeza parecía colgar. Llevaba las alas blancas caídas a los lados, flácidas. Sus ojos color violeta me miraban fijamente, y parecían ansiosos y tristes.

Un súbito dolor laceró mi corazón y cerré los ojos, de modo que su dorada y hermosa imagen se desvaneció ante mí. Apenas había comprendido lo que su compañía significó para mí durante los largos días que pasamos juntos. Aunque su forma no era humana, para mí la Madre había terminado por serlo. Leal, valiente,

amable: una camarada.

—Acompáñame —balbucí con voz extrañamente ronca—. Ignoro si esta máquina regresará o no a la Tierra. Pero al menos nos libraremos de los Eternos.

Por primera vez, el melodioso silbido de la Madre sonó incierto y sincopado, como ahogado de emoción.

—No. Hemos caminado juntos bastante tiempo, extranjero. Y la separación no es fácil. Mas yo me debo a la gran obra. Llevo la semilla de mi especie, que no debe desaparecer. Los Eternos están cerca. Pero no me rendiré jamás, hasta que muera.

Irguió su cuerpo leonado. Las alas flácidas y pálidas volvieron a erguirse, luminosas y fuertes. Estrecharon mis manos en un apretón convulsivo. La Madre me miró un instante a la cara con sus profundos ojos color violeta: sinceros, solitarios y apasionados, en ellos se leía toda la tragedia de su raza.

Luego se dejó caer al suelo y se escabulló con presteza.

La seguí con los ojos húmedos hasta la mitad de la meseta. Iba hacia el mar, en busca de un hogar para la nueva raza que estaba por nacer. Con el corazón en un puño y un terrible nudo en la garganta, pasé por la escotilla, entré en la máquina y cerré.

Pero no me dirigí a la consola de los mandos. Me detuve junto a una de las ventanillas redondas, contemplando a la Madre que se alejaba sobre la alfombra de musgo. Avanzaba sola... el último ejemplar de su raza...

Luego pasé al lado opuesto y vi a los Eternos. Ella había asegurado que las máquinas vivientes estaban cerca. Vi cinco de ellos. Avanzaban rápidamente, siguiendo el mismo camino por donde habíamos llegado nosotros.

Cinco ridículas máquinas. Las brillantes cajas metálicas eran más grandes que las que habíamos visto en la ciudad. Y sus extremidades mecánicas eran más largas. Se adelantaban como torres de metal movibles sobre cuatro patas articuladas. De sus lados colgaban largos brazos que parecían látigos de trillar. Las cúpulas de cristal resplandecían a la luz del sol... y protegían, como yo sabía, los frágiles cerebros grises que los controlaban. Los Eternos.

Cuando los vi estaban casi en el límite de la meseta. Me sobraba tiempo para asegurar la escotilla, cerrar la válvula que había abierto para igualar las presiones de aire a mi llegada, y elevarme a través de la atmósfera lunar, hacia el planeta blanco.

Pero no hice nada de eso. Me quedé junto a la ventanilla mirando, apretando los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos, y mordiéndome los labios.

Al ver que los enemigos seguían avanzando, me precipité hacia la escotilla sin pensarlo, movido por un impulso que no podía rechazar. Abrí, salí apresuradamente y recogí la gran barra de cobre que había dejado afuera.

Me agaché junto a la máquina, expectante.

Miré hacia el camino que había seguido la Madre, y la vi al borde de la meseta. Una silueta minúscula y lejana sobre el musgo verde. Comprendí que ella ya había

visto las máquinas y, ante la inutilidad de todo intento de huida, se disponía a hacerles frente.

A medida que se acercaban los seres mecánicos, su tamaño me dejó estupefacto. Las patas metálicas tenían un metro ochenta de longitud. Las vulnerables cúpulas de cristal se alzaban a dos metros y medio del suelo.

Salté y golpeé el cerebro del más cercano cuando iba a pasar de largo. El golpe destruyó la coraza transparente y el blando cerebro que contenía. Pero la máquina se vino abajo de mi lado, y caí con ella al suelo, cruelmente lastimado bajo sus miembros metálicos.

Mi pierna estaba aprisionada entre la máquina y el suelo, y no pude librarme en seguida de su peso. Pero no había soltado la barra de cobre, y cuando otro ser mecánico se inclinó como para observar al caído, cogí mi arma con ambas manos y asesté otro golpe mortal.

La segunda máquina cayó rígida a mi lado, aunque sin dejar de emitir su extraño ruido zumbante, y su posición casi no me dejaba ver lo que ocurría. Forcejeé con rabia para sacar la pierna mientras los Eternos sobrevivientes formaban pelotón, entre incesantes zumbidos.

Al fin logré salir, incorporándome hasta quedar de rodillas. Siempre lentos ante una situación inesperada, los seres mecánicos no habían hecho nada, limitándose a cambiar impresiones con sus zumbidos.

Uno de ellos se abalanzó sobre mí mientras me ponía en pie, tratando de batirme con su brazo metálico. Conseguí esquivar el latigazo demoledor, y golpeé la caja de cristal con el extremo de la barra de cobre.

La porra quebró la cúpula de cristal y destrozó el blando cerebro que contenía. Pero la máquina siguió moviéndose. Se alejó dando saltos mientras sus miembros metálicos repetían sin cesar los movimientos que ejecutaban en el instante de morir su cerebro director.

Me dejé caer al suelo, rodando con rapidez para ponerme fuera de su alcance, y luego me puse otra vez en pie, sin soltar en ningún momento la barra de cobre.

Los demás seres metálicos arremetieron contra mí, haciendo volar sus miembros metálicos. Salté con desesperación y me elevé tres metros por encima de sus cajas brillantes. Caí sobre la caja de uno de ellos, al lado de la cúpula de cristal que albergaba el cerebro. Aseguré los pies y le propiné un estacazo antes de que pudiera atraparme con sus palancas armadas de ganchos.

Mientras mi enemigo caía al suelo, haciendo ruidos metálicos y agitando sus refulgentes extremidades, salté hacia el otro, esgrimiendo la barra. Pero sólo golpeé la caja metálica, sin hacerle daño, y caí sobre el musgo.

Antes de que pudiera reaccionar, el monstruo apoyó su pata metálica sobre mi cuerpo. Aplastaba mi pecho con fuerza descomunal... Creo que estuve inconsciente

unos segundos. Luego escupí una espuma sanguinolenta.

Yacía indefenso en el musgo rojo, y la espantosa seguridad de que iba a morir me invadió como una oleada negra que incluso me hacía olvidar el dolor. El miembro metálico se apartó de mí.

Luego vi que estaba a mi lado la Madre. Acudía a socorrerme.

Apretó su cálido y suave cuerpo contra el mío. Vi sus ojos color violeta empañados y suplicantes. Apoyó sus rosadas alas sobre mi costado. El dolor desapareció. Cobré un renovado vigor, por lo que pude incorporarme, aunque aún respiraba burbujas de sangre y sentía el ardor de una herida en el costado.

El último ser mecánico sobreviviente se inclinaba buscando a la Madre. Volví a aferrar la barra de cobre y lancé un furioso mandoble contra la cúpula de cristal. Mientras se derrumbaba, agitando a ciegas sus grandes extremidades metálicas, mi nueva fuerza se disipó de improviso y volví a caer, escupiendo sangre de nuevo.

En la confusión, la Madre había recibido un golpe terrible que la arrojó al suelo, a muchos metros de distancia. Se arrastró otra vez hacia mí, poco a poco, desfalleciente. Su vello dorado estaba manchado de rojo. Las alas colgaban, flácidas y pálidas. En sus ojos había una expresión de agonía.

Al llegar a donde yo me hallaba cayó sobre mí. Su voz melodiosa llegó muy débil a mis oídos y de repente cesó en un sonido ahogado. Había intentado decirme algo, pero no pudo.

El último de los Eternos que nos habían perseguido estaba muerto. Poco después, las máquinas dejaron de zumbar y de agitarse sobre el musgo.

Allí permanecimos hasta el anochecer, uno junto al otro, inmóviles. Y cuando cayó la misteriosa noche, cuando el inmenso disco blanco de la Tierra nos bañó con su esplendor plateado, en mi delirio confundía mi vida terrestre con las aventuras vividas con la Madre en aquel espeluznante mundo lunar.

La Tierra descendía hacia el ocaso. Estábamos yertos y calados por el rocío, muy apretados para darnos calor mutuamente. Los sueños delirantes cesaron entonces. Durante algunos minutos sentí una fría lucidez. Recordé lo que había sido mi existencia anterior: una vida sin objetivos definidos, una agitación inútil. Y no me arrepentí de haber visitado la Luna.

Retuve a la Madre entre mis brazos hasta notar que estaba inmóvil. Ningún esfuerzo de mi parte podría devolverle la vida. La enterré bajo el musgo verde, con los ojos arrasados en lágrimas. Luego me acerqué a la nave dando traspiés y subí. Cerré la escotilla, puse en marcha el mecanismo, y sentí que la nave me conducía rápidamente hacia la lejana Tierra, que me reclamaba.

* * *

A la edad en que empecé a escribir ciencia-ficción, aún no salía con chicas, y no me molestaba en incluir personajes femeninos en mis narraciones (véase *The Early Asimov*). No obstante, gracias a *La Era de la Luna* y otros relatos menos notables, descubrí la fuerza de una trama amorosa implícita.

Más tarde aprendí a manejar el recurso de un amor imposible, especulando con barreras sociales o biológicas; aunque no creo haber alcanzado resultados muy satisfactorios. *La Era de la Luna* pudo influir inconscientemente sobre mis relatos *Sally*, *Lennie* y *The Ugly Little Boy*, por no hablar de mi novela *The Naked Sun*.

En septiembre de 1932 ingresé en la escuela secundaria masculina, pero pasé la primera mitad del décimo grado (o, como solíamos llamarlo, «el tercer semestre», pues durante mi último año de escuela secundaria inferior había cursado ya los semestres primero y segundo de la superior) en el Anexo Waverley. Se trataba de un local pequeño y destartado que funcionaba como aliviadero, para impedir que la escuela se viese abarrotada.

El Anexo contribuía con una crónica al periódico de la escuela secundaria (algo así como «noticias de Waverley») y me ofrecí a escribirla. No sé cuántos artículos llegué a redactar, pero recuerdo que en cierta ocasión suscitó una tempestad en un vaso de agua, al comentar ingenuamente que tal día nos habían dejado salir más temprano, infringiendo con ello el reglamento. (El director del Anexo se vio obligado a dar algunas explicaciones, y desde entonces leyó mis artículos para darles el visto bueno antes de que pasaran a la redacción del periódico.)

Esta croniquilla fue para mí la primera oportunidad de ver publicados mis escritos. Por primera vez leía palabras escritas por mí, con mi propia firma, en letra de molde. (En *The Early Asimov* he escrito que mi primera publicación fue un ensayo escrito en 1934. Me equivocaba. Había olvidado aquella colaboración anterior y ahora, al revolver entre los trastos viejos de mi desván mental, acabo de encontrarla.)

Durante mi paso por el Anexo estaba convencido de que, tan pronto como asistiese a la escuela propiamente dicha, me uniría a los redactores del periódico escolar. Eso me parecía natural, puesto que no tenía la menor duda de mi capacidad como escritor. Más no fue así.

Ante todo, descubrí que trabajar en el periódico exigía una serie de actividades fuera del horario de clases, y yo no podía hacerlo. Tenía que ocuparme de la tienda. Además, los estudiantes que redactaban el periódico eran bastante mayores y, dado mi carácter tímido, me parecían muy cínicos y mundanos. El miedo pudo más que yo, y me volví atrás.

Por eso, nunca he colaborado en un periódico escolar, ya fuese de la secundaria o de la Universidad. Mi hermano Stanley, en cambio, desde su adolescencia ya fue

siempre un joven mucho más seguro de sí mismo. Escribió en los periódicos, dirigió luego un periódico escolar, fue «mordido» por la vocación periodística y ahora es subdirector de redacción del «Newsday» de Long Island, gozando de mucho prestigio en su profesión.

Pero no me arrepiento. Yo habría sido un mal periodista y un redactor jefe aún peor.

CUARTA PARTE: 1933

Por fin, en febrero de 1933, pasé al edificio principal de la escuela secundaria masculina. Acababa de cumplir trece años y cursaba el «cuarto semestre».

En cierto sentido, el edificio principal me causó una especie de trauma. Durante toda mi vida escolar había sido «el más inteligente de la clase» y tal vez «el más inteligente de la escuela», incluso en el Anexo Waverley. Ya no fue así.

La escuela hacía honor a su prestigio de alto nivel docente, y había por lo menos doce estudiantes que obtenían siempre notas superiores a las mías. Uno de ellos alcanzaba un promedio de noventa y ocho sobre cien todos los semestres, mientras yo me daba por satisfecho si lograba alcanzar un noventa y tres.

No obstante, pude superar la contrariedad inicial. Los demás estudiantes eran de bastante más edad que yo, y además poseía la madurez necesaria para saber que «inteligencia» no significa exactamente lo mismo que buenas calificaciones. Comprendí que algunos de mis compañeros sólo obtenían puntuaciones altas a costa de «empollar» muchas horas. Yo, naturalmente, seguía confiando en mi rápida comprensión y buena memoria. No me quedaba más remedio, puesto que después de la escuela me esperaba la confitería.

Mi excelente opinión acerca de mí mismo (o, si lo preferís, mi carácter de «monstruo de vanidad y engreimiento») permaneció así incólume.

A mi padre, en cambio, sí le molestaba que yo no fuera el primero de la clase. Le irritaba sobre todo el no hallar mi nombre en el Arista, es decir, el cuadro de honor de la escuela. Desde luego, por mis calificaciones tenía derecho a figurar en él, pero eso no bastaba. Uno debía intervenir en actividades de tipo social, para demostrar capacidad de «realizarse» como persona. Eso no podía hacerlo yo, porque las actividades de extensión cultural exigían quedarse después de las clases, y eso era imposible. Tenía que regresar a casa y atender el maldito mostrador de la confitería.

Jamás expliqué esto a las autoridades escolares, para que no pareciese que estaba mendigando favores. Tampoco se lo expliqué a mi padre, pues lo entristecería sin remediar en nada la situación. La tienda debía seguir siendo lo primero.

Aquel año, mi padre traspasó el negocio por segunda vez. Había durado lo que la presidencia de Hoover. La nueva tienda, la tercera, estaba en la calle Decatur 1312, en el barrio Ridgewood de Brooklyn, a sólo una manzana y media del límite con Queens. (Esto significaba que podía ser socio de la Biblioteca Pública de Brooklyn y también de la Biblioteca Pública de Queens.)

Era la primera vez, desde que llegamos a los Estados Unidos, diez años atrás, que salíamos de la zona del East New York. Jamás regresamos, ni siquiera para hacer una visita.

A veces, alguien me pregunta si he regresado para recordar tal o cual escenario de

mi infancia (incluso si he visitado Petrovichi), y mi respuesta es siempre negativa. A veces voy de paso, por motivos profesionales, pero jamás por razones sentimentales. No llegan a tanto mis flaquezas.

De todos modos, es tarde para pensar en visitar East New York como peregrinación nostálgica. Según creo, actualmente es un barrio en decadencia (aunque en mis tiempos tampoco fuese demasiado próspero), y resulta del todo irreconocible.

En la escuela secundaria me volví aún más solitario, en tanto que lector de ciencia- ficción. No encontré a nadie que compartiera mi afición, desde luego, pero en la secundario inferior al menos conseguía interesar repitiendo de viva voz los cuentos que leía. Eso no podía hacerse en el ambiente más anticuado y sobrio de una secundaria superior, con pretensiones de alta categoría docente.

(En aquella época, naturalmente, la ciencia-ficción no merecía el menor interés por parte de las autoridades académicas, y estudiarla como asignatura habría sido totalmente impensable. Hubiera sido como proponer un ciclo de estudios sobre el reglamento de béisbol. En cambio, cuando mi hija asistió a la escuela secundaria, estudió la ciencia- ficción en Literatura y fue célebre gracias a su apellido. ¡Para que vean!)

No era sólo que la gente no leyera ciencia-ficción. Uno podía no ser aficionado a leer relatos de detectives ni del oeste, pero no por ello se burlaba de quienes lo hacían. Por el contrario, la afición a la ciencia-ficción provocaba burlas. «Pero, ¿cómo puedes tragarte esas cosas?», le decían a uno.

Como veis, la ciencia-ficción era literatura de evasión. Era más absolutamente de evasión que cualquier otro tipo de literatura popular, porque uno se evadía fuera de este mundo. Parece como si eso de evadirse fuese algo despreciable.

Al mencionar esta cuestión, recuerdo siempre *El hombre que despertó*, de Laurence Manning, que apareció en «Wonder Stories» de marzo de 1933.

EL HOMBRE QUE DESPERTÓ

Laurence Manning

1 - Banquero desaparecido.

Los periódicos se ocuparon del caso durante todo el mes de septiembre. Las noticias llegaban de puntos tan dispares como Venezuela o Montecarlo: «LOCALIZADO EL BANQUERO DESAPARECIDO». Pero siempre resultaban erróneas. Por último, la desaparición de Norman Winters quedó como uno de aquellos misterios que sólo pueden resolver esos grandes detectives que son el Tiempo y la Casualidad. Sus datos personales fueron difundidos del uno al otro confín del mundo civilizado: estatura, un metro setenta y ocho; descripción, cabello castaño, ojos color gris oscuro, nariz aguileña, piel blanca; cuarenta y seis años; aficiones, historia y biología; señas particulares, un pequeño lunar al borde de la ventana derecha de la nariz.

Su hijo no pudo dedicar mucho tiempo a la búsqueda, pues un mes antes de su desaparición Winters se había retirado prácticamente de los negocios, dejándolos en las capaces manos de aquél. No había ningún indicio en cuanto a sus motivos, porque carecía absolutamente de enemigos y disponía de todo el dinero necesario para satisfacer sus inclinaciones científicas. En octubre, sólo la generosamente pagada agencia de detectives que había contratado su hijo se acordaba del hombre desaparecido. Aquel año la nieve llegó temprana al suburbio de Westchester donde estaba sita la residencia de Winters, cubriendo la tierra con su manto blanco. En las colinas de la otra orilla del Hudson, los osos dormían el sueño invernal en sus madrigueras, debajo de la tierra y el hielo.

En el estanque de la propiedad, los sapos habían desaparecido para ocultarse bajo el barro del fondo: un milagro de hibernación, un desafío a la agudeza de los biólogos. El mundo siguió ocupándose de sus asuntos invernales y se desentendió del banquero desaparecido. Y, sin embargo, les habría bastado fijarse en los sapos... o en los osos, para tener una pista.

Pero el verdadero escondite de Norman Winters era aún más extraño. Yacía quince metros bajo la helada tierra, en una cámara cuya anchura era de tres metros y medio, hecho un ovillo entre suaves edredones apilados hasta un metro y medio de espesor, con los ojos cerrados. Vivía en la oscuridad de la noche eterna y en el silencio absoluto. Durante todo el mes de octubre su corazón latió lenta y levemente

y, si alguien hubiera entrado con una luz, habría observado que su pecho subía y bajaba de vez en cuando. En noviembre, incluso esos indicios de vida cesaron y la figura quedó inmóvil.

Transcurrieron semanas y la nieve se derritió. Los osos salieron hambrientos de sus cuarteles de invierno y se dispusieron a restaurar sus carnes enflaquecidas. Los sapos regresaron con las primeras noches cálidas de la primavera, tan melódicos para los amantes de la naturaleza como odiosos para las personas de sueño ligero.

Pero Norman Winters no despertó de su sueño a estos anuncios primaverales. Su cuerpo yacía inmóvil; con la inmovilidad de la muerte y sus rasgos tenían una palidez de cera. No se había iniciado la descomposición, y los tejidos estaban turgentes y frescos. Las heladas no llegaban a tan gran profundidad. Pero la temperatura que reinaba en la cámara no se explicaba por este solo hecho. En efecto, una caja cerrada situada en un rincón había irradiado durante todo el invierno una determinada cantidad de calorías. Por la pared de la cámara descendía una gruesa cañería de plomo procedente de un conducto tallado en la roca, hasta llegar a dicha caja cerrada. Otra tubería similar salía de ésta y desaparecía en el suelo. Sobre la caja había un cuadrante, a primera vista parecido a la esfera de un reloj. Su escala, expresada en millares, tenía cien divisiones, y el índice apuntaba un poco por debajo de la correspondiente al dos mil.

Dos hilos de platino iban desde la caja hasta la figura inmóvil entre el rimero de edredones, conectados a dos bandas de oro: una que ceñía una muñeca, y la otra el tobillo del lado opuesto. Más allá, una especie de armario empotrado en la roca, cerrado y misterioso como todo lo que contenía aquella cámara. Pero allí no había luz que permitiera ver todo esto, sólo oscuridad, la negrura de la noche eterna, la ciega y sofocante oscuridad de los sepulcros. La luz, fuente de vida y alegría estaba desterrada de aquel lugar. Un forro de plomo inalterable aprisionaba el aire; el polvo en suspensión se había precipitado a los pocos días, cosa que nunca ocurre en la atmósfera de nuestro mundo, dejando la de la cámara tan pura e inmóvil y tan estéril como un cristal. Porque sin cambio y movimiento, no puede haber vida. En el aire flotaba un débil olor a desinfectante, como si las bacterias tampoco estuviesen toleradas en aquel lugar de muerte.

Al cabo del primer mes. Vincent Winters (el hijo del hombre desaparecido) efectuó un detenido análisis de todos los hechos y posibles pistas que los detectives habían logrado reunir en cuanto a la desaparición de su padre. No aclaraban nada. El viernes, ocho de septiembre, su padre había pasado la jornada en su residencia, había cenado solo, leyó un rato en la biblioteca, escribió una o dos cartas y se retiró temprano a su dormitorio. La mañana siguiente, no bajó para desayunar. Dibbs, el mayordomo, después de echar un vistazo a la alcoba, dijo que el señor no había dormido en su cama. Naturalmente, los criados fueron sometidos a un minucioso

interrogatorio, aunque su honradez excluía prácticamente toda sospecha. Tan sólo uno, el más antiguo y leal de todos, se comportó y respondió a las preguntas de un modo que despertó la curiosidad de Vincent Winters. Se trataba de Carstairs, el jardinero, un inglés alto y desgarbado, de rostro alargado y melancólico. Llevaba veinte años al servicio del señor Winters.

La noche de aquel viernes, cerca de las doce, había sido visto entrando en su cabaña con dos palas al hombro; este detalle en sí mismo tal vez no fuese una circunstancia acusatoria, pero la explicación carecía de verosimilitud. Dijo que había estado cavando en el jardín.

—Pero, Carstairs, ¿por qué con dos palas? —preguntó Vincent por centésima vez.

Recibió la misma respuesta invariable:

—Se me olvidó dónde había dejado la primera, regresé y cogí otra, y al volver con ella encontré la primera.

Vincent se puso en pie, intranquilo.

—Vamos, enséñeme el sitio donde estaba cavando —dijo. Carstairs palideció un poco y meneó la cabeza. ¡Pero hombre! ¿Se niega a obedecerme?

—Lo siento, señor Vincent. Sí, debo negarme a mostrarle eso. —Hubo un breve silencio. Vincent suspiró.

—Bien, Carstairs, no me deja otra alternativa. Usted es casi una institución en esta casa; mis recuerdos infantiles están poblados de imágenes de su persona. Pero es mi deber entregarle a la policía —miró con dureza al viejo servidor.

El hombre pareció muy sorprendido y abrió la boca como para hablar, pero volvió a cerrarla con obstinación verdaderamente británica. No habló hasta que Vincent se volvió y descolgó el teléfono.

—No lo haga, señor Vincent.

Vincent se volvió en su asiento para mirarlo, con el receptor en la mano.

—No puedo enseñarle el sitio donde estaba cavando, porque el señor Winters me ordenó que no se lo dijera a nadie.

—¡No pensaré que me voy a creer eso!

—Entonces, ¿insiste?

—¡Absolutamente!

—No tengo otra alternativa. Me ordenó que le dijera a usted estas palabras, en caso de absoluta necesidad: «El metabolismo, de Steubenaure».

—¡Diantre! ¿Qué significa eso?

—No fui informado, señor.

—¿Es decir, que mi padre le dio esas instrucciones, por si recaían sobre usted sospechas en cuanto a... ¡ejem!... una intervención de usted en su desaparición?

El jardinero asintió en silencio.

—¡Hum! Lo que ha dicho parece el título de un libro...

Vincent fue a la biblioteca y consultó el bien ordenado catálogo. Allí estaba el libro, un viejo volumen encuadernado en piel de color castaño; correspondía a la sección de biología. Mientras Vincent lo abría con curiosidad, cayó al suelo un sobre. Lo recogió precipitadamente y descubrió que venía dirigido a él mismo. La letra era de su padre. Lo abrió con dedos temblorosos, impaciente, ya continuación leyó:

Querido hijo mío: Tal vez sería mejor que no leyeras esto. Pero se trata de una precaución necesaria. Si quedase algo al azar, Carstairs podría ser relacionado con mi desaparición. Preveo esta posibilidad, porque es real. En efecto, me ha ayudado a desaparecer, pero cumpliendo mis órdenes. Obedeció con lágrimas en los ojos y después de negarse cien veces. Hasta el último instante ha sido, como siempre, un servidor fiel y abnegado. Por favor, ocúpate de que no pase necesidad hasta el fin de sus días.

Hijo mío, el descubrimiento y el estudio de los llamados rayos «cósmicos» ha sido del mayor interés para nosotros, los biólogos. La vida es una reacción química que consiste fundamentalmente en el continuo fraccionamiento de las moléculas orgánicas, y su constante sustitución por estructuras nuevas, sintetizadas a partir de los alimentos que ingerimos. La materia inorgánica es, en comparación, muy estable. Un cristal de diamante, por ejemplo, está compuesto de moléculas que no se dividen fácilmente. En él no hay cambio, no hay vida. Las moléculas orgánicas y las células pueden considerarse «inestables». El porqué de tal diferencia no fue correctamente comprendido ni explicado, hasta el descubrimiento de los rayos cósmicos. Entonces sospechamos la verdad: el bombardeo de los tejidos vivientes por esas minúsculas partículas de alta velocidad provoca el incesante cambio infinitesimal que nosotros llamamos «vida».

¿Adivinas ahora la naturaleza de mi experimento? He trabajado tres años en mi idea. Herkimer, del Johns Hopkins, me facilitó el medicamento que voy a emplear. Mortimer, de Harvard, construyó una pantalla aislante conforme a mis instrucciones. Pero ninguno de los dos conocía la finalidad de mi investigación. La radiación no puede atravesar un espesor de dos metros de plomo enterrados a gran profundidad en el suelo. El año pasado instalé en mi finca, con ayuda de Carstairs, la cámara protectora que acabo de describir. Esta noche descenderé a ella. Carstairs enterrará la entrada del túnel y plantará césped sobre la tierra, para que no sea descubierta jamás.

En mi cuarto de paredes de plomo tomaré el medicamento especial y caeré en un estado de coma que en la superficie de la tierra duraría, como máximo, algunas horas. Pero allí abajo, protegido de todo cambio, no despertaré sino cuando reciba una nueva dosis de radiación. He instalado en la pared un poderoso tubo emisor de rayos x. Cuando se cumpla el plazo asignado, se encenderá, recibiendo la energía producida por un caudal subterráneo que he desviado haciéndolo pasar por mi cámara.

Espero que la dosis de rayos x baste para despertarme de mi largo sueño.

Entonces me levantaré y saldré al mundo después de recorrer el túnel. Y mis ojos verán la gloria del mundo futuro, en que la Humanidad habrá ascendido por los peldaños de la ciencia hacia su magno destino.

¡No intentes buscarme! Debes casarte, consagrarte a tus obligaciones y olvidarme. Como sabes, toda mi riqueza está a tu nombre. Te habrás preguntado en su momento por qué la hacía. Ahora ya la sabes. Por favor, cástate. Ten hijos sanos. Espero conocer a tus futuros descendientes, porque me propongo viajar muy lejos: cuando despierte, habrán pasado por la faz de la Tierra ciento veinte generaciones, y la sangre de los Winters habrá tenido tiempo de multiplicarse por todo el mundo.

¡Oh, hijo mío! ¡Estoy impaciente! ¡Son las nueve de la noche, y debo prepararme para mi aventura! Esta llamada es más poderosa que la de la sangre. Cuando yo despierte,

Vincent, habrán pasado tres mil años desde tu muerte. No volveremos a vernos. ¡Adiós, hijo mío! ¡Adiós!

Y así, la desaparición de Norman Winters pasó a formar parte de la crónica local. La agencia de detectives presentó su informe definitivo y recibió con pesar el último pago. Vincent Winters se casó un año después y se estableció en la residencia de su padre. Carstairs envejeció pronto, y le fueron asignados jóvenes y vigorosos ayudantes para ejecutar los trabajos. Años más tarde, pidió una entrevista con Vincent para solicitarle el favor de ser enterrado en la finca, a su muerte, al pie de un montículo donde crecía un abeto y una mata de rododendros. Vincent se echó a reír ante esta idea y le respondió que aún viviría muchos años; pero el viejo jardinero murió menos de un año después y Vincent hizo cavar una fosa más profunda de lo que se solía. Mientras los obreros trabajaban, lanzó frecuentes ojeadas, procurando disimular. Pero no vio sino tierra y piedras. Ordenó que erigieran allí mismo una pesada lápida de hormigón armado.

—Si quieres saber mi opinión, todo esto es muy extraño —comentaba el viejo mayordomo Dibbs con el ama de llaves—. Como si el señor Vincent quisiera que la lápida de Carstairs durase mil años. ¡Las letras tienen quince centímetros de profundidad!

Cuando le llegó su hora, Vincent Winters murió también y se le enterró al lado del jardinero, tal como había pedido insistentemente. En toda la Tierra, nadie se acordaba ya de Norman Winters.

2 - Despertar en... ¿qué año?

Era de noche, y grandes cortinas de llamas azules iluminaban el cielo con un resplandor espectral. De súbito le envolvió un fogonazo cegador... sintió mil dolores

terribles en todos los miembros... yacía desvalido en el suelo y sufría, y se desmayó unos instantes.

Hasta doce veces despertó, siempre atormentado por dolores en todo el cuerpo, abriendo los ojos a un cuchitril alumbrado por una poderosa lámpara eléctrica de color azul. Repetidas veces intentó mover la mano derecha para cubrirse los ojos, pero no consiguió que sus músculos obedecieran a su voluntad. Así debió pasar varios días, yaciente, con el rostro bañado en sudor a causa de los esfuerzos. Al fin, cierto día, su mano se alzó poco a poco. Esperó un minuto, descansando. No sabía dónde se hallaba. Luego, desde una profundidad infinita, un vago recuerdo acudió a su cerebro embotado. Un recuerdo que implicaba un júbilo rebosante. Las cosas que lo rodeaban fueron adquiriendo significado y recorrió su cuerpo un gran estremecimiento. ¡Estaba despierto! ¿Lo habría logrado? ¿Se hallaría realmente vivo en el lejano futuro?

Permaneció inmóvil un instante, meditando la gran realidad de su despertar. Volvió los ojos hacia el armario empotrado en la roca, al lado de su yacija. Alargó poco a poco la mano, abrió suavemente la puerta. En un compartimiento situado a nivel de su cabeza vio dos botellas que contenían un licor amarillento. Jadeando de angustia, cogió una y la atrajo hacia sí. Derramó parte de su contenido, pero consiguió verter un trago en su boca e ingerirlo. Luego descanso media hora, inmóvil, con los ojos enérgicamente cerrados y los labios apretados, sufriendo la tortura del lento despertar, mientras la medicina que había ingerido recorría sus venas como fuego y hacía hormiguar los nervios de los brazos y las piernas, hasta las puntas de los dedos de manos y pies.

Cuando abrió de nuevo los ojos, se sentía débil pero en posesión de sus recursos. El armario contenía una caja metálica con pastillas de extracto de carne. Bebió con sumo cuidado de la otra botella.

Luego sacó las piernas de los edredones, cuyo espesor inicial de metro y medio había quedado comprimido a menos de sesenta centímetros por su peso secular, y cruzó la cámara para acercarse al reloj.

«¡Cinco mil!», leyó con una exclamación de asombro, frotándose las delgadas manos. Pero, ¿podía ser cierto? ¡Era preciso salir! Abrió un grifo de la tubería de plomo, llenó de agua fría un vaso de vidrio, bebió ávidamente, volvió a llenarlo y bebió de nuevo. Miró con curiosidad a su alrededor, para observar los cambios que había producido en su cámara el paso del tiempo. Pero sus proyectos habían sido muy previsores, y casi no se apreciaban deterioros.

La superficie de la tubería estaba algo resquebrajada. Había partículas de polvo blanco en los lugares donde el frío había condensado la humedad del aire. Para eso no había podido hallar solución, pues el caudal de agua que recorría aquel conducto era la única fuente de electricidad para el minúsculo motor que accionaba la calefacción

de la cámara, y para la lámpara especial de rayos x que ahora infundía en todo su ser las radiaciones restauradoras de vida. Winters destapó la caja de mecanismos, y revisó con cuidado el motor y el generador. Las piezas cromadas y montadas sobre rubíes no mostraban el menor signo de desgaste. ¿Significaba esto, quizá, que no habían transcurrido sino muy pocos años? Desconfió de la precisión de su reloj. Volvió a colocar la tapa y se frotó las manos, por la capa de polvo que la cubría todo. Luego Winters revisó los elementos de caldeo y puso a calentar sobre ellos un recipiente de vidrio lleno de agua. Con una pastilla de extracto de carne hizo un caldo caliente, que bebió con satisfacción.

Impaciente, se acercó a la compuerta de la coraza de plomo y tiró de la palanca de cierre, esta resistió, por lo que tiró con más fuerza, y finalmente hasta agotar todas sus energías. Fue inútil. ¡La puerta no cedía! Descansó un rato apoyado contra ella, jadeando, y luego se agachó para observar el batiente. Con un estremecimiento de temor, observó que la rendija entre compuerta y blindaje se hallaba taponada por una fina masilla blanca. ¡La compuerta se había oxidado, quedando herméticamente sellada! ¿Acaso no había despertado sino para morir allí, atrapado como una rata?

Por el estado de debilidad en que se hallaba, la desesperación hizo presa en su cuerpo y su mente. Se dejó caer en la yacija, contemplando la puerta con desaliento. Hasta después de bastantes horas no se le ocurrió la sencilla solución a sus dificultades. ¡La palanca de cierre! Era de acero inoxidable, y se fijaba con un solo tornillo. Bastaron doce vueltas para aflojar la tuerca, y cayó en sus manos la palanca.

Utilizando aquella barra rígida de metal le fue fácil practicar una muesca en la pared de plomo, al lado de la cerradura. Tomando apoyo, dejó caer su peso al extremo de la palanca. ¡La compuerta cedió un centímetro! Poco después sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. La puerta se abrió con un gemido de protesta, y Winters vio los antiguos escalones de piedra, débilmente alumbrados por la luz del cuarto. Colándose por la abertura, la ráfaga de viento agitó sus ropas, reducidas a andrajos por el tiempo. Regresó a la cámara y se puso a desenroscar una tapadera circular empotrada en la pared.

Se abrió poco a poco, tras el prolongado silbido al paso del aire. La habían cerrado casi al vacío. Winters sacó la muda de ropa cuidadosamente doblada. Se alegró al encontrar la chaqueta de cuero en perfecto estado. La habían engrasado bien, y estaba tan flexible como si fuese nueva. Algunas prendas de lana aparecieron bastante estropeadas, pero los sólidos pantalones de hilo grueso se hallaban bien conservados y se los puso. Una campana de vidrio herméticamente sellada y llena de aceite contenía una pistola de aire comprimido, que disparaba balines de plomo, y un juego completo de herramientas elementales: la pequeña sierra, una lima, un puñal y el hacha. Lo guardó todo en el cinturón, que llevaba presillas para colgar las herramientas.

Dio la última ojeada en redondo y enfiló la escalera, guiándose sólo por la luz de la cámara que dejaba atrás. Pisó piedras y tierra removida a medida que subía, y por último halló una capa de raíces entretejidas que le impedían el paso. Sus brazos debilitados manejaban el hacha con escaso vigor, y le costó varios minutos el cortar un trozo pequeño. La bóveda del túnel estaba agrietada y se había derrumbado en parte, bajo el empuje de un árbol que crecía sobre ella. Al cortar la tercera raíz, la pequeña lluvia de tierra y guijarros cedió paso al primer rayo de sol.

Se detuvo y, haciendo un esfuerzo de voluntad, regresó a la cámara; llenó de agua la botella de vidrio y se la colgó del cinturón; luego se metió en el bolsillo un puñado de alimentos concentrados y salió de la cámara para siempre, tras apagar la lámpara y cerrar la compuerta.

Al cabo de pocos minutos, pasó la cabeza y los hombros por la abertura practicada entre las raíces y miró a su alrededor, mientras le latía con fuerza el corazón.

Pero, ¿qué era aquello? ¡Estaba en medio de un bosque!

Los árboles se alzaban por todas partes; enormes troncos parecían querer tocar el cielo. Entre ellos había macizos de arbustos cuya disposición simétrica, a intervalos regulares, revelaba la intervención de la inteligencia humana. El suelo estaba suavemente alfombrado de hojas muertas, y sobre ellas serpenteaban varias especies de plantas con zarcillos. Entre muchas variedades desconocidas, Winters distinguió el arándano agrio y las decorativas pirolas. Llegó a la conclusión de que era un bosque agradable y echó a andar con cierta inseguridad por entre los árboles, a ver qué lograba descubrir. Su cerebro no dejaba de hacer cálculas en cuanto al tiempo que habrían necesitado aquellos árboles para alcanzar tal desarrollo. A juzgar por el calor debía estar a mediodía y en pleno estío, pero ¿de qué año? ¡Desde luego, muchos de aquellos árboles tenían más de cien años!

No habría avanzado más de cien metros cuando vio un claro y, al otro lado de unos matorrales, apareció ante su vista una gran carretera. Iba de norte a sur, o viceversa; Winters puso los pies en el firme, de un desconocido material verde y duro, semejante al vidrio, parecía casi pulido, y la pista era rectilínea, de una perfección extraordinaria. Podía ver a muchos kilómetros de distancia en ambas direcciones, pero no halló ni rastro de edificios hasta donde sus ojos lograban abarcar.

Esto planteaba un problema difícil: ¿dónde estaban los suburbios de Nueva York? ¿Se habría perdido en el limbo la gran metrópoli? Winters se volvió, indeciso, y por último decidió seguir carretera adelante, hacia el norte. Como a un kilómetro y medio en aquella dirección, en sus tiempos se había alzado la ciudad de White Plains. Estaba cerca y, aunque ya no existiese la ciudad, sería para él un punto de partida tan bueno como cualquier otro. Andaba despacio, pero el aire fresco y la brillante luz del sol revigorizaron su sangre, y empezó á apretar el paso a medida que iba recobrando

fuerzas. Al cabo de media hora sin ver la menor señal de vida humana, apareció en la carretera de cristal un hombre, a unos cien metros de distancia. Vestía de grana y encarnado, y hacía pantalla con la mano sobre los ojos para contemplar a Winters, este vaciló y luego siguió acercándose, estremecido por una fuerte emoción.

Aquel hombre le pareció, no sabía por qué, «diferente». Era de piel oscura, bronceada; los rasgos eran regulares, redondeados, y los ojos, notó Winters al acercarse más, de color castaño claro. Su cuerpo ágil parecía respirar salud y, al mismo tiempo, tenía movimientos gráciles que le comunicaban una indefinible sensualidad e indolencia. No logró dilucidar a qué raza pertenecía aquel hombre del futuro; tal vez fuese una combinación de muchas. Entonces el desconocido hizo un gesto raro con la mano izquierda: trazó una especie de círculo en el aire. Winters quedó desconcertado pero luego, suponiendo que sería un saludo, lo imitó torpemente.

—¡Wassum! ¡Yo diría que ha elegido un sistema bien lento para viajar!

—No tengo prisa —replicó Winters, decidido a aprender cuanto, pudiera antes de descubrirse. Tuvo que reprimir sus naturales impulsos de excitación y alegría. Le habría gustado gritar y abrazar al desconocido.

—¿Viene de lejos?

—He viajado durante años.

—Acompáñeme. Lo llevaré a nuestra orig. Apuesto a que necesita comida, bebida y cobijo.

Hablaba despacio y su paso era lento, a tal punto que Winters se sintió un poco impaciente. Aquella sensación iba a reproducirse luego muchas veces, durante sus tratos con las gentes del futuro.

Pensándolo bien, era extraño que el hombre hablara en inglés, aunque ello no dejaba de ser ventajoso. Naturalmente, usaba palabras nuevas y su acento le resultaba un poco raro; la A abierta sugería un origen europeo, como las R que eran decididamente continentales. Estaba cavilando si la radio y las grabaciones podían explicar la persistencia del antiguo idioma, cuando llegaron a un agradable claro flanqueado de casas de dos pisos pintadas en pardo brillante.

Las paredes eran perfectamente lisas, como sacadas de un molde para productos plásticos. Pero cuando entró en la casa, precedido por el guía, notó que toda la pared era transparente a la luz exterior; las minúsculas ventanas sólo servían para asomarse ya fines de ventilación. Tuvo poco tiempo de mirar a su alrededor, pues un tipo moreno y corpulento le clavaba los ojos, debajo de unas pobladas cejas grises.

—Un extranjero que venía a pie —dijo el guía y luego se volvió hacia Winters—: Nuestro jefe, Guardamonte.

Girando sobre sus talones, salió sin demostrar la menor curiosidad.

—¡Wassum, extranjero! ¿Dónde está tu orig? —preguntó el Guardamonte.

—¿Mi orig? No entiendo.

—Tu aldea.

—No tengo.

—¡Caray! ¿Un trogling?

—No entiendo.

—Un salvaje... un ermitaño... ¿No entiendes el habla humana?

—Yo soy de un lugar donde había distintas formas de habla humana, señor.

—¿Cómo es eso? ¡Desde el nacimiento de la civilización, hace dos mil años, sólo existe una lengua común a todo el mundo!

Winters, excitado, tomó nota mentalmente de la fecha. ¡Habían transcurrido al menos dos mil años desde su reclusión en la cámara!

—He venido para aprender, señor. Me gustaría pasar algunos días en tu aldea estudiando vuestras costumbres de... ¡hum!... de manera elemental. Por ejemplo, ¿cómo obtenéis alimentos en medio del bosque? No he visto granjas ni campos.

—Sé wassum a nuestro refugio, pero... ¿qué son granjas? ¡y campos! ¡Gracias a nuestros antepasados, tendrías que viajar muchísimos kilómetros antes de encontrar un campo! Estamos bien situados en medio de excelentes bosques.

—¿Y los alimentos?

El Guardamonte alzó las cejas.

—¿Alimentos...? ¡Acabo de decir que poseemos buenos bosques, un centenar de kilos cuadrados! ¡Comida de sobra! ¿Acaso andas con los ojos cerrados?

—Vengo de un lugar donde no estábamos acostumbrados a obtener alimentos de los bosques. ¿Qué clase de alimentos halláis en ellos? Señor, recuerda que vengo en busca de la información más elemental.

—¡Elemental, por cierto! Naturalmente, harina de castaño para hornear, nueces de postre y verduras como la algarroba, la Keawela catalpa y cien más... Todos los alimentos que el hombre pueda desear. Los troncos caídos nos ofrecen su cosecha de setas... en esta orig tenemos una famosa receta de setas a la brasa. Y, por supuesto, los cerdos engordados con bellotas para obtener tocino y grasas invernales. Y los pinos de tea que nos dan aceites de máquina... Son los productos normales del bosque. ¿Cómo es posible que ignores, cosas cotidianas que saben hasta los escolares?

—Mi historia es extraña, señor. Si respondes a mis preguntas, luego te explicaré cuanto desees saber acerca de mí. Respóndeme como si yo fuera... ¡bah!, un ser de otro planeta, o del pasado lejano —concluyó Winters con una risa forzada.

—¡Son muy raras tus palabras!

—Pues cuando te haya contado mi historia, te parecerá aún más rara te lo aseguro.

—¡Ja, ja! ¡Este juego... puede llegar a ser divertido! De acuerdo; voy a dedicar la

tarde a enseñarte cosas y responder a tus preguntas. Por la noche, después de la cena, me contarás tu historia... ¡Pero te advierto que... procura que sea buena como para merecer el tiempo que te dedico!

Salieron a la luz del sol. La aldea era un grupo de unas cincuenta casas grandes que ocupaban una extensión de ochocientos metros en un claro largo y estrecho. Más allá se veían los enormes troncos, las ramas nudosas y el oscuro verdor del bosque. El Guardamonte era un viejo bastante activo; los demás aldeanos, en cambio, se caracterizaban por aquel vago aire de indolencia que había observado en su primer interlocutor. Había grupos descansando graciosamente a la sombra de los árboles y, para la mentalidad de un hombre de negocios como Winters, las pocas personas que se movían parecían caminar arrastrando los pies. Le pareció que aquella gente era perezosa, ni más ni menos y luego comprobó que esto era casi siempre cierto. Cumplían con los trabajos de la aldea en una o dos horas diarias... y aún ese tiempo regateaban, haciendo toda clase de tentativas para escabullirse. De hecho, consagraban a esta finalidad toda su ciencia.

La gente vestía ropas de colores llamativos; el césped verde y el hermoso color pardo de los edificios servían de fondo al pintoresco cuadro. En todos vio las mismas características raciales: rostros oscuros y cetrinos, y ojos castaños de mirada líquida y apacible. Eran algo raros aquellos ojos, como si no estuvieran colocados en la cara por lo derecho, sino un poco oblicuos. Prestaron muy poca atención a la presencia de Winters, aunque de vez en cuando lanzaban una mirada de ociosa curiosidad a sus exóticos ropajes. Le pareció que las mujeres eran excepcionalmente atractivas, y los hombres algo afeminados y demasiado blandengues. No es que no gozaran de buen aspecto físico, sino que sus rostros eran demasiado suaves y sus cuerpos demasiado gráciles, en contraste con las opiniones de un individuo del siglo veinte acerca de cómo debe ser un hombre bien constituido. Sus cuerpos sugerían algo felino: la gracia y la pereza del gato, combinados con una fuerza ágil.

Winters supo que una «orig» generalmente estaba formada por unas mil personas. En ese momento había un exceso de varios centenares de habitantes, y a setenta y cinco kilómetros hacia el norte estaban preparando una «colorig», donde los árboles contaban ya con medio siglo de edad, en espera de acoger la nueva colonia.

—¿Por qué no se limitan a ampliar la aldea para dar cabida al exceso de población?

—El bosque sólo alimenta cómodamente a un determinado número de personas... Ahora mismo empezamos ya a tener ciertas dificultades.

—Pero, ¿no hay aldeas mayores para la producción manufacturera?

—Claro que sí. En el norte hay origs fabriles, cerca de las Grandes Cataratas. Nuestra rueda aérea va allí dos veces por semana... un vuelo de dos horas. Pero hay muy poca gente allí, sólo la imprescindible para ocuparse de las máquinas.

Los habitantes de la aldea parecían felices y muy contentos de su vida, pero a Winters la mayoría de los hombres y mujeres más jóvenes le parecieron demasiado serios. Sus rostros bronceados rara vez mostraban una sonrisa. Entró en varias casas y, entre ellas, visitó el gremio de fabricantes de tejidos. Le interesó grandemente, como si hubiera reconocido a un viejo amigo, al ver cómo hacían pasar la pulpa de madera desde una tubería ya través de unas hileras, para ser finalmente endurecida en un baño ácido. Naturalmente, reconoció el proceso de fabricación del rayón, nuevo en su juventud, pero considerado allí de una antigüedad prehistórica.

—¿Cuántas horas al día trabajas aquí? —le preguntó al anciano encargado.

—La semana pasada he trabajado tres horas diarias preparando ropas para los nuevos colonos —respondió, quejumbroso—. ¡A ver si tenemos un poco de paz en esta orig cuando se hayan ido los jóvenes! ¡Al menos habrá terminado la penuria de todo!

Mientras hablaba, un joven que sin duda era su hijo entró en la sala de hilados y contempló a su padre y al Guardamonte con ojos fríos y altaneros.

—¡Wassum! —saludó el encargado, pero el joven se limitó a fruncir el ceño sin contestar. Observó a Winters en silencio y con desconfianza y salió sin decir palabra.

—¡Es un joven muy arisco su hijo!

—Sí. Como todos los de su generación... Se toman la vida demasiado en serio.

—Pero, ¿no se divierten nunca?

—¡Ah, sí! En otoño tienen la temporada de caza. Los jóvenes acosan al ciervo y lo persiguen a pie, a veces durante varios días, para atraparlo luego. No deben emplear sino las manos. Mi hijo es un famoso perseguidor de ciervos. Hace ejercicio todo el año para la temporada otoñal.

—¿Pero no hay... pasatiempos más alegres?

—Las fiestas. Pronto llegará la fiesta de las hojas de otoño. Cuando llega el equinoccio, los jóvenes se visten de rojo, púrpura y dorado, y bailan en un claro del bosque, elegido por su excepcional belleza de colores otoñales. Las jóvenes compiten con sus atuendos.

—¿Y los más jóvenes... los niños?

—Asisten a la escuela hasta que cumplen veinte años. La edad escolar es la del trabajo arduo y el estudio. No se les permiten juegos ni pasatiempos, salvo los ejercicios necesarios para su salud. Cuando salen de la escuela, han merecido el acceso a los derechos y placeres de la madurez... por eso trabajan con más ahínco aún, para terminar la escuela cuanto antes.

Cuando salieron, Winters vio una pequeña aeronave que aterrizaba en la plaza de la aldea. El Guardamonte dijo que era la rueda aérea y que no despegaría hasta el anochecer.

—Nunca he estado en una de ellas —comentó Winters.

—Tú eres un trogling —exclamó el Guardamonte—. ¿Qué te parecería un vuelo corto?

Winters se apresuró a aceptar. Se acercaron a la máquina y Winters la observó con curiosidad. Al menos en esto se notaban los tres mil años de progreso: la cabina cerrada daría cabida a unas veinte personas. No tenía alas, sino tres ruedas horizontales (dos delante y una detrás), que coronaban la cabina. En el morro tenía una hélice, que aún giraba cuando se acercaron. El Guardamonte explicó sus deseos al piloto y éste le preguntó qué dirección preferían tomar.

—¡Al sur, hacia el mar, y luego regresemos! —respondió Winters, con la memoria poblada de visiones de la próspera metrópoli neoyorquina, en su época.

Se acomodaron y la rueda despegó suavemente, sin apenas ruido; el vuelo era prácticamente silencioso, y avanzaban a una velocidad tremenda.

Al cabo de diez minutos avistaron el mar, y Winters contuvo una interjección al ver por las ventanillas de cristal varias islas de distinto tamaño, cubiertas por el verde manto del bosque frondoso.

Poco a poco resolvió el enigma: evidentemente, aquélla era Long Island, y más allá aparecía Staten Island; lo que tenía abajo, pues, era el istmo de Manhattan. El bosque lo cubría todo de manera uniforme.

—Hay ruinas bajo los árboles —comentó el Guardamonte al notar su interés—. He estado varias veces allí. Nuestros historiadores suponen que los pueblos antiguos que vivían aquí debían temer el aire libre, pues se ocultaban bajo tierra o levantaban edificios de piedra donde se podía entrar sin exponerse al exterior. El suelo está horadado por túneles en todas direcciones, que les servían de carreteras.

3 - ¡Tiene apéndice!

En ese momento la aeronave hizo una maniobra, y Winters divisó un pilar gris de mampostería, resto de una torre, que sobresalía por encima del bosque. ¡Seguramente se habrían necesitado miles de años para olvidar a tal punto Nueva York! Pero entonces recordó que basta un siglo para dar antigüedad a cualquier obra humana.

No quiso mirar por la ventanilla durante el viaje de regreso, envuelto en tristes pensamientos y recuerdos lúgubres. Aterrizaron en el claro y continuó la visita bajo la guía del Guardamonte, que no narraremos aquí para no alargar en exceso el relato. Al caer la tarde disponía de una noción aproximada sobre la vida en la nueva era. Los metales eran cuidadosamente recuperados, y cuando se fundaba una nueva colonia, el equipo de utensilios y herramientas de metal se estimaba como el regalo más espléndido de las aldeas principales. La agricultura era totalmente desconocida y los granos, que el Guardamonte sólo conocía como «semilla de planta», no se empleaban

como alimento, aunque no ignoraba que las razas antiguas les habían dado este uso. Ahora todo provenía de los árboles: alimentos, casas, vestiduras... incluso el combustible de las aeronaves, que era alcohol metílico.

La vida de los aldeanos era ociosa y placentera, pensó Winters. Tenían muy pocas horas de trabajo, y dedicaban la mayor parte del día a las diversiones sociales y los pasatiempos científicos y artísticos. En la aldea había artistas, la mayoría de los cuales cultivaban un estilo caprichoso, cuyas obras Winters no entendía en absoluto (pintaban árboles, y de este modo intentaban expresar emociones). Pero algunas casas poseían muchas piezas maravillosas de escultura. Recibían la energía eléctrica a través del aire desde las Grandes Cataratas, donde se generaba, y cada enchufe daba corriente sin necesidad de cables. La aldea producía sus propios alimentos y manufacturaba sus ropas, materiales de construcción, papel, alcohol metílico, trementina y aceites. Al parecer, el resto del mundo estaba formado por aldeas idénticas.

Winters supuso que aquella civilización consistía en un gran número de aldeas aisladas prácticamente autosuficientes, a excepción de los metales. Si uno viajaba en rueda aérea de una aldea a otra y allí cambiaba a otra nave, pronto habría recorrido todos los continentes y océanos del globo. Pero la investigación científica y artística era cosa de individuos aislados, pues el intercambio de ideas resultaba fácil gracias a una televisión maravillosamente realista y a las comunicaciones por radio.

Al anochecer cenaron en casa del jefe Guardamonte.

—Debo pedirte disculpas en cuanto a la comida —dijo—. Hemos tenido que racionar un poco nuestras provisiones, porque nuestra población ha crecido más pronto que nuestros nuevos plantíos. Será una buena comida; no pienso matarte de hambre, pero no podrás repetir de ningún plato, y tendrás que perdonar la falta de lujos en mi mesa.

Dejó caer su corpulenta humanidad sobre un sillón.

—¿No hay otra solución sino racionar las cosas mientras aguardáis a que los nuevos bosques den sus frutos?

El Guardamonte rió con cierta amargura.

—Sin duda... pero a determinado precio. Podríamos cortar algunos árboles para que crezcan más setas en los troncos muertos, y también podríamos recoger la médula comestible un poco antes de que maduren... y así sucesivamente. Esto retrasaría en algunos años, como mucho, nuestra planificación, pero no vale la pena discutirlo. El Consejo de la Juventud ha reivindicado los Derechos de su Generación. El futuro les pertenece, naturalmente, y se oponen a que gastemos ahora un poco de sus recursos. Nosotros los mayores tenemos opiniones un poco más liberales... no egoístas, sino basadas en principios de sentido común. Por desgracia, ha habido algunas palabras fuertes y la cuestión aún no está solucionada, pues la actitud de ellos

es casi fanática e irracional. Pero no quiero aburrirte más con nuestros asuntos locales —intentó cambiar de conversación.

Empleaba a menudo la expresión «gracias a nuestros antepasados», cosa que le llamó la atención a Winters. Hasta ese momento, Winters había eludido una cuestión: la historia de las épocas pasadas, durante las cuales se habían emprendido todos aquellos cambios drásticos. Al concluir la cena, cuando llegó el momento de narrar su historia según lo convenido, reflexionó sobre cómo obtener tal información.

—He viajado mucho, pero a través del tiempo... no en distancia —empezó.

El Guardamonte se quedó con el tenedor en el aire y arqueó las cejas.

—¿Qué tonterías dices? —inquirió.

—No son tonterías... Estas setas están realmente deliciosas... He logrado el control de un estado de muerte aparente. Entré en letargo hace muchísimos años, y he despertado esta mañana.

El Guardamonte se mostró incrédulo.

—¿Cuánto tiempo crees que ha transcurrido?

—No lo sé con certeza —respondió Winters—. Mis instrumentos señalaban cierta fecha pero, para estar absolutamente seguro, preferiría que me contaras la historia de tu gente según vuestros conocimientos. Sólo necesito los hechos más destacados.

—¡Ja, ja! ¡Me prometiste tu historia y te muestras de lo más chistoso al cumplir tu promesa, extranjero!

—¡Al contrario! Hablo en serio.

—No te creo... pero podría ser un juego divertido. Veamos... El año pasado los cinamomos dieron fruto por primera vez en las zonas de temperatura más baja de la Tierra. Puedes probar los que tienes en tu plato. Esto ha modificado enormemente nuestro modo de vida, y quizá pronto resulte innecesario moler harina de castaño.

—Interesante —comentó Winters—. Pero retrocedamos mil años más.

El Guardamonte abrió los ojos de par en par. Luego rió encantado.

—¡Bien! ¡Más te vale que no sea una vil fanfarronada, ¡eh! Mil años... Eso sería hacia la época del gran proceso del aluminio. Como ya sabes, antes de esa época el mundo necesitaba desesperadamente metales. Cuando Koenig perfeccionó su procedimiento para la obtención del aluminio a partir de la arcilla, la economía del mundo quedó trastornada y... ¡bien! ¿Qué más quieres?

—Creo que podrías retroceder dos mil.

El Guardamonte rompió a reír pero, a una súbita ocurrencia, se puso serio. Miró un instante a su invitado, con expresión astuta, y sus ojos reflejaron una ligera frialdad.

—¡No pretenderás que lo tome en serio! —exclamó.

—Así es.

—¡Es absurdo! En aquellos días el organismo humano aún conservaba el

apéndice. Fue después de la Gran Revolución, cuando los derrochadores fueron derrotados al fin, y la Verdadera Economía alzó su antorcha para guiar al mundo en su sendero ascendente. ¡Hace dos mil años! ¡De esa época arranca la historia civilizada! Costumbres tan arcaicas como las supersticiones organizadas, el dinero, la propiedad privada del suelo y la división de la humanidad en grupos que hablaban idiomas distintos dejaron de existir en esa época. ¡Fue un período agitado!

—De acuerdo. Retrocedamos otros quinientos años.

—¡El apogeo de la falsa civilización del Derroche! Los fósiles vegetales eran implacablemente quemados en hornos para suministrar calor. Se consumía el petróleo por millones de barriles. Se construían coches baratos de metal, que eran abandonados para que se oxidaran al cabo de pocos años de uso. Los hombres se apiñaban en mal ventiladas aldeas de un millón de habitantes... algunos historiadores aseguran que de varios millones. Fue la época de las luchas raciales, cuando países enteros convocaban al populacho, poniendo explosivos y venenos en sus manos para enviarlos a destruir otros países. ¿Tú dices provenir de ese período vergonzoso?

—Es exactamente lo que solíamos hacer —respondió Winters—, aunque no lo llamábamos así.

Apenas podía contener su júbilo. No le cabía la menor duda: ¡Vivía en el año 5000! ¡Su reloj había funcionado con precisión!

El rostro del Guardamonte estaba congestionado.

—¡Maldito sea el zoquete! Ya te has divertido bastante... Ahora dime la verdad: ¿dónde queda tu orig?

—No entiendo. Te he dicho la verdad.

—¡Te aseguro que es una soberana idiotez! ¿Qué vas a ganar con semejante historia? ¡Aunque la gente fuese tan estúpida como para creerte, supongo que no te harías muy popular!

—¿Cómo? —dijo Winters, sorprendido—. ¿Acaso tú no agradeces a tus antepasados todo lo que han hecho? ¡Yo soy uno de vuestros antepasados!

El Guardamonte lo miró, algo confuso.

—Eres buen actor —comentó secamente—. Pero estoy convencido de que no ignoras que sólo estamos agradecidos a los antepasados planificadores de nuestros bosques y enemigos del Derroche. ¿Qué habríamos de agradecer a los humanos de hace tres mil años? ¿El haber agotado las reservas de carbón del mundo? ¿El dejarnos sin petróleo para nuestras fábricas químicas? ¿El destruir los bosques de las montañas y entregar el suelo de los valles a la erosión? ¿Acaso hemos de darles las gracias por el desierto de Sahara o el de Gobi.

—Pero el Sahara y el Gobi ya eran desiertos cinco mil años antes de mi época.

—No sé qué significa eso de «tu» época. Pero si fue así, con más razón debisteis aprender la lección que os daban esos desiertos. ¡Vamos! Me has fastidiado con tus

necesidades. ¡Exijo el desquite! ¿Sigues afirmando que eres un ser humano de la época del Derroche?

Winters guardó silencio, no sabiendo a qué atenerse. El Guardamonte rió diabólicamente.

—¡No importa! ¡Tú ya has afirmado que lo eres! De acuerdo. Puede comprobarse fácilmente. De ser cierto, debe tener un apéndice y... sí... ¡pelo en el pecho! Estas dos características no han aparecido en los últimos dos mil años. ¡Te someteremos a una revisión y, si resulta que me has mentido, se pensará en un castigo adecuado! Trataré de pensar en una recompensa tan divertida como tus mentiras delirantes.

Tenía los ojos encendidos cuando apretó un pulsador oculto en el brazo del sillón, y al poco entraron dos jóvenes. Físicamente Winters no estaba en condiciones de resistirse, y le quitaron rápidamente la ropa. Su pecho no era demasiado velludo, pero indiscutiblemente allí había pelo, y el Guardamonte se acercó lanzando una exclamación de incredulidad. Luego cogió las ropas y palpó con cuidado la tela, examinando con atención el lino a la luz de una lámpara eléctrica empotrada en la pared.

—¡Llévadlo a la sala de sanidad! —gritó.

El pobre Winters fue arrastrado sin miramiento por el pasillo e introducido en un recinto de suave cristal blanco, equipado de aparatos quirúrgicos. El lugar olía a desinfectante. Apoyaron sus espaldas en una pantalla negra, y el Guardamonte conectó una lámpara de rayos x para mirar su cuerpo desnudo a través de una mascarilla de cristal azulado. Al cabo de un rato salió de la habitación, y regresó casi enseguida con un libro. Lo abrió por una página llena de ilustraciones que estudió con sumo cuidado, mirando luego nuevamente a través de la mascarilla. Por último lanzó un gruñido de asombro y volvió los ojos azorados a sus dos asistentes.

—¡Tiene apéndice...! ¡No cabe duda! ¡Esto es lo más sorprendente que haya visto! ¡El extranjero que aquí veis afirma haber sobrevivido desde los antiguos tiempos, desde la

Época del Derroche! ¡Y tiene apéndice, jóvenes camaradas! ¡Debo hablar con los biólogos y los historiadores de todo el país! Esto interesará a todo el mundo. Acompañadlo y ocupaos de asignarle un lugar para que descanse esta noche.

Salió y Winters le oyó en la habitación contigua, hablando excitadamente por el videoteléfono. Los dos jóvenes asistentes lo condujeron por el pasillo. Al pasar vio que el Guardamonte hablaba con un hombre gordo, pelirrojo y colorado que aparecía en el videoteléfono y que, por lo visto, no se dejaba convencer. Winters lo contempló con curiosidad, pues entre los que había visto era el único que no tenía rostro cetrino y delgado.

Acompañaron a Winters por el pasillo y le autorizaron a vestirse. Estaba excitado. ¡Al fin producía revuelo su llegada al nuevo mundo! Por la mañana, tal vez la rueda

aérea traería docenas de científicos interesados en su caso. Empezaba a sentirse débil y agotado después de la jornada de emociones, pero aquel júbilo del último momento dio empuje a sus nervios y la energía precisa para labrar su propia ruina.

Cuando salieron de la casa, uno de los asistentes se alejó a toda prisa.

El otro lo guió hacia el límite de la aldea.

—Nosotros los jóvenes de la aldea celebramos una reunión esta noche, señor. Se llama Consejo de la Juventud, y en él discutimos los problemas importantes para nuestra generación. ¿Sería demasiado pedirle que hablara en nuestra reunión y nos narrase sus experiencias?

Aquello estimuló su vanidad, y asintió débilmente, pese a que estaba cansado y soñoliento. El guía le explicó que el lugar de reunión estaba muy cerca.

Mientras tanto, el joven que se había adelantado entró en un cuartito anexo al salón de reuniones. Allí sólo había tres personas que alzaron la vista cuando apareció el recién llegado.

—Camaradas, es lo que sospechábamos: los Viejos lo han traído con algún propósito. ¡Dice haber dormido tres mil años y ser una reliquia humana de la época del Derroche!

Los demás se echaron a reír.

—¿Qué intentarán hacemos tragar después? —preguntó uno de ellos con indolencia.

—Fuerte lo traerá aquí Y. si puede, lo convencerá de que hable ante nosotros durante la reunión —prosiguió el recién llegado—. ¿Comprendéis el plan?

Asintieron tranquilamente con la cabeza.

—¿Conoce la ley del Consejo?

—Tal vez sí. Pero en todo caso vale la pena el intento... ¿Sabéis? En realidad, no juraría que no sea de los viejos tiempos. Al menos, es una imitación sorprendentemente buena. ¡Ese hombre tiene pelo en el cuerpo!

Se alzó un clamor de asombrada incredulidad, que fue decayendo ante la actitud de seguridad serena y enfática del que había hablado. Luego hubo un momento de silencio.

—¡Camaradas, podéis estar seguros que es una triquiñuela de los Viejos! Que ese hombre hable ante el Consejo. Si comete un error, por insignificante que sea, podremos manipular la reunión y convencer a los demás de que la situación es crítica. ¡Todo medio es justo, cuando se trata de evitar que nuestra herencia sea despilfarrada! He oído decir que la orden para cortar los árboles antes de que hayan madurado saldrá mañana, si no logramos impedirlo. Veremos qué se puede hacer esta noche... hay que estar dispuestos a todo.

Cuando Winters llegó al salón, los tres jóvenes lo esperaban en el estrado para darle la bienvenida. La sala era de techo bajo, y tendría unos cincuenta metros

cuadrados de superficie. Estaba llena de jóvenes morenos. Lo que más impresionó a Winters fue el lujo de los asientos. ¡Cada persona ocupaba un gran sillón tapizado! Qué diferente de las salas donde se celebraban los «meetings» de su época, pensó, con sus bancos de madera y su atmósfera cargada y sofocante.

La iluminación eléctrica estaba empotrada en las paredes, y en aquel momento envolvía la sala en un resplandor sonrosado, aunque el color cambiaba a intervalos, a rojo, púrpura o azul y resultaba extrañamente reconfortante. Cesó el murmullo de las conversaciones. Uno de los jefes jóvenes se adelantó.

—¡Camaradas! Este extranjero es de otra generación. ¡Ha venido especialmente para hablarnos de las condiciones que imperaban en los antiguos días... Nos hablará de su experiencia personal en la época del Derroche, camaradas, a la que ha sobrevivido mediante un letargo artificial! ¡El Guardamonte de nuestra orig, que es lo bastante viejo como para saber la verdad, así lo ha afirmado!

Winters no captó el sarcasmo. Estaba cansado y lamentó haber aceptado asistir.

Los asistentes prorrumpieron en exclamaciones de fingido asombro y risotadas burlonas, que habrían constituido una advertencia para cualquiera. Pero Winters, agotado, sólo pensaba en lo que debía decir ante los jóvenes. Carraspeó.

—No estoy seguro de tener algo interesante que deciros. Unos historiadores o médicos serían un auditorio más adecuado para mí. Pero quizás os interese saber qué me han parecido los cambios acontecidos en esos tres mil años. Vuestra vida es mucho más sencilla que la de mi época. Los hombres morían por falta de alimentos, y los jóvenes no tenían siquiera la seguridad de poder ganarse la vida, sino que debían luchar por ella — con gran asombro de Winters, esta frase arrancó algunos aplausos —. En mi opinión, esta gran seguridad de que nunca os faltará comida ni ropa es el cambio más sorprendente que han producido los años.

Se interrumpió, inseguro, y uno de los jefes preguntó algo sobre «si quizá nosotros nos precipitamos al dar por sentada tal seguridad».

—Me parece que no entiendo lo que quieres decir. Vuestro jefe Guardamonte me dijo algo de unas diferencias de opinión económicas. No conozco bien los hechos. Sin embargo, creo que tenéis una opinión excesivamente mala de mi época, sin duda por nuestro imprudente consumo de recursos naturales. Incluso entonces había hombres que lo censuraban, pero nosotros creíamos que, cuando se agotaran el petróleo y el carbón, la humanidad hallaría un nuevo combustible para reemplazarlos. He visto que no nos equivocábamos en este sentido, pues vosotros utilizáis el alcohol metílico: un excelente sustituto.

Un joven se puso en pie de un salto, excitado.

—¡Y por eso, camaradas, el extranjero cree que su época queda justificada, después de agotar el petróleo y los combustibles del mundo! —dijo a voces.

Se oyó un rumor que concluyó con algunos gritos roncros y una agitación nerviosa

entre el público. Winters estaba cada vez más embotado por el cansancio, y no lograba entender lo que ocurría.

—Lo que usted dice nos interesa sobremanera —explicó otro de los jóvenes que estaban a su lado—. ¿Era corriente quemar carbón para obtener simplemente calor?

—Sí. Se quemaba en todas las casas... también en la mía. Hubo un movimiento amenazador entre el auditorio, como si se dispusieran a asaltar el estrado. La multitud era como un paquidermo excitado, pese a su lentitud, por el continuo agujijoneo de las afiladas lenguas de sus dirigentes.

—¿Y también quemabais petróleo como combustible?

—Por supuesto. Todos lo quemábamos en nuestros automóviles.

—¿Era algo normal cortar árboles con la mera finalidad de despejar terreno?

—Pues... sí. Yo plantaba árboles en mi propiedad, pero debo decir que también tenía un gran espacio cubierto sólo de césped.

En este momento, Winters se sintió débil y mareado. Se dirigió humildemente al joven que lo había traído:

—Creo que necesito descanso. Me encuentro mal.

—Sólo una pregunta más —respondió el otro en voz baja; luego agregó en voz alta—: ¿Le parece que el Consejo de la Juventud debe tolerar que nuestra herencia sea sacrificada, siquiera parcialmente, en nombre de la comodidad actual?

—Si no se cometen excesos, en principio no veo nada malo en ello... Siempre podéis plantar más árboles... Pero voy a retirarme, pues me siento...

4 - La rebelión de los jóvenes.

No pudo concluir la frase. En el salón del Consejo se elevó un clamor enfurecido. Uno de los jefes gritó reclamando silencio.

—¡Ya lo habéis oído, camaradas! ¡Observad qué clase de hombre han enviado para que nos hable! ¡Se diría que nosotros, los jóvenes, hemos de recibir lecciones de la época del Derroche! ¡Al menos, así lo creen los viejos! La crisis actual es de escasa importancia pero, si cediéramos la primera vez, ¿dónde se detendrían? ¿Qué concepto tienen de nuestra inteligencia, cuando esperan que nos creamos esa historia de los tres mil años de letargo? ¡Su presencia es un insulto! ¡Y el mensaje que han puesto en su boca excede todos los límites de la paciencia! ¡Sólo puede haber una respuesta! —Se volvió hacia el pobre y atontado, Winters, embotado por los efectos de su prolongada fatiga—. ¡Haremos con esta persona un escarmiento que grabará para siempre nuestros principios en las mentes de todos!

Se oyeron voces, y varios jóvenes subieron corriendo al estrado para apoderarse de Winters.

—¡Ha confesado que transgredió las leyes básicas de la economía! —gritó el jefe—. ¿Qué castigo merece?

Se oyeron gritos de «¡Matadlo! ¡Exiliadlo! ¡Desterradlo a las planicies!» Y un grupo coreaba salvajemente: «¡A muerte! ¡A muerte!»

—He oído que muchos de vosotros exigís una condena a muerte —chilló el jefe—. Verdad es que matar equivale a derrochar una vida... pero, ¿qué otro trato merece quien ha vivido toda una existencia de despilfarro! —Hubo aullidos de vehemente aprobación—. ¡Todos a vuestras casas! Encerraremos en el sótano del local a este individuo que afirma tener tres mil años de edad. ¡Mañana volveremos a reunirnos aquí y lanzaremos a los Viejos nuestro público desafío! ¡Sólo una palabra más, camaradas! ¡El camarada Fuerte ha oído decir que a primera hora de la mañana los Viejos presentarán la orden de tala de nuevos árboles!

La sala estaba tan agitada que sus paredes temblaron. Winters fue sacado de allí, medio dormido y arrastrando los pies, y lo echaron en una litera del sótano situado debajo del salón. Cayó vencido por el agotamiento total, y ni siquiera oyó el roce de los pies que se alejaban. El horror y el miedo unidos a su fatiga le tenían paralizado, y quedó inconsciente, más que dormido.

Arriba, en el cuartito anexo al salón ahora desierto, tres jóvenes celebraban su éxito, con un brillo de regocijo en sus ojos castaños, y cambiaron impresiones durante unos minutos. Les parecía que habían protegido los derechos de su generación, no importando los medios empleados para perseguir tal finalidad. Se despidieron hasta la mañana siguiente con aquel extraño gesto circular que reemplazaba el antiguo apretón de manos.

Pero mientras conversaban (tan rápida es la traición), otro joven se arrastraba hacia las sombras de la casa del Guardamonte y manoseaba el pasador de una puerta trasera, que daba al bosque. Mientras los jóvenes se despedían, una voz hablaba rápidamente al oído del jefe Guardamonte, cuyo rostro arrugado y espeso entrecejo fruncido expresaron, alternativamente, asombro, indignación, ira y una enérgica decisión.

Winters despertó y vio sobre el piso de tierra un círculo de luz matutina. Tenía el cuerpo molido por el rudo trato, y sus músculos faltos de ejercicio transidos de agujetas y calambres. Pero su cerebro volvía a funcionar con claridad, y recordó los acontecimientos de la reunión. ¡Qué tonto había sido! ¡Cómo había dejado que le condujeran a su propia ruina! Siguió con la vista el rayo de luz hasta la ventana enrejada que se abría sobre la litera, donde se recortaba un pedacito de cielo azul recorrido por una pequeña nube algodonosa, que parecía un pato en un estanque. Le embargó una oleada de nostalgia. ¡Ah!, ver un rostro amistoso... Algo conocido, aunque no fuese más que un trozo de periódico en el suelo de la celda. Pero tales deseos carecían de sentido. Mediaban treinta siglos entre aquellas cosas y él, como un

océano entre un marino náufrago y su tierra natal.

Pero luego mudó de pensamientos, y su natural curiosidad volvió a despertar en él. Al fin y al cabo, aquella época era una reacción contra la suya. Se había oscilado de un extremo a otro: así lo vería la Historia. La verdad no estaba en ninguno de los dos, sino en algún camino medio y más moderado. La humanidad sabría hallarlo al correr del tiempo. Tal vez pasados otros mil años o más. Pero ¿qué podía importarle a él ahora? Iba a morir pronto. Dentro de un rato, los jóvenes vendrían a buscarlo y lo sacrificarían para vengar alguna ofensa imaginaria. En su estado de debilidad, todo le pareció indeciblemente patético y las lágrimas anegaron sus ojos, hasta que se tranquilizó considerando la amarga ironía de la situación. Le sacó de su meditación el ver una sombra que cruzaba por delante de la reja, y se sobresaltó creyendo oír gente que hablaba en voz baja.

Al instante fue presa de intenso temor. ¡No sería conducido tan dócilmente a la muerte! Se volvió en la litera para ponerse en pie, y notó que tenía debajo un objeto duro. Tanteó y encontró el revólver, que revisó enseguida, con todos los sentidos dirigidos a captar señales de peligro. Pero no volvió a oír nada. La pistola era de aire comprimido y disparaba balas de plomo calibre 22. Sólo era mortal a distancias muy cortas, menos de diez metros, y la palanca de carga comprimía aire para diez disparos. De todos modos, era algo. Accionó apresuradamente la palanca, cargó y apretó el gatillo para escuchar el satisfactorio «smac» del plomo contra la pared de piedra.

Ahora su mente funcionaba a todo rendimiento. Sacó la lima del cinturón y se acercó a la ventana enrejada, poniéndose en pie sobre la litera. ¡Si lograba aserrar los barrotes escaparía por allí! Descubrió con sorpresa que los barrotes eran de madera, y su corazón se llenó de esperanza. Extrajo el serrucho del cinturón y se puso a trabajar febrilmente. A costa de fuertes calambres en el brazo, aserró cuatro barrotes en otros tantos minutos. Amanecía ya, y empezó a sentir pánico; sacó el hacha y con tres golpes derribó el resto de la reja. Mientras lo hacía, una sombra se acercó y un rostro se arrimó a la ventana. Winters retrocedió, agachado, apuntando la pistola con el dedo sobre el gatillo.

—¡Aquí está! —dijo el desconocido, y entonces Winters reconoció la voz del jefe Guardamonte, absteniéndose por ello de disparar—. Toma mi mano, extranjero, que vamos a sacarte de aquí. Hace media hora que te buscamos. ¡No temas! No permitiremos que te hagan daño.

Winters no estaba muy seguro de ello.

—¿Quién me protegerá?

—¡Apresúrate, extranjero! Has caído tontamente en manos de los jóvenes exaltados de la orig... la culpa es mía por no haberlo pensado... pero me acompañan cien adultos. No correrás peligro con nosotros.

Winters permitió que lo izaran a través de la ventana y se detuvo bajo la luz matinal. Estaba rodeado de hombres que lo miraban con interés y respeto. Tal actitud disipó sus últimas sospechas.

—Hemos de darnos prisa —dijo el Guardamonte— Sospecho que los más jóvenes buscarán camorra. Tratemos de llegar a mi casa lo más pronto que podamos.

El grupo echó a andar por el claro; casi enseguida aparecieron dos jóvenes a la puerta de un edificio cercano. Cuando vieron a Winters en medio de los adultos, se volvieron y salieron corriendo en distintas direcciones, gritando algo que aquellos no lograron entender.

—¡Démonos prisa! Un hombre bajo y gordo, pelirrojo y de rostro colorado, tomó a Winters bajo los brazos y lo ayudó a avanzar. El rostro le era conocido, y Winters recordó al hombre que había visto en la pantalla del videoteléfono el día anterior. Tenía una fuerza colosal y parecía infatigable. Winters simpatizó con él, por cuanto contrastaba en aquella época de indolencia.

—Soy Stalvyn de Historia en la orig vecina —le explicó a Winters mientras corrían—. ¡Eres muy valioso para mí, y espero que no te moleste que me encargue personalmente de tu protección!

La distancia era de cuatrocientos metros, y habían cubierto la mitad de ella cuando, por detrás de una casa situada enfrente, salió un grupo de jóvenes lanzando gritos. Hubo un momento de indecisión, como si la natural aversión al ejercicio físico aún pudiera impedir la pelea. Pero, evidentemente, sus jefes los azuzaban. De pronto arremetieron, arrojando una lluvia de piedras y esgrimiendo cachiporras. Al cabo de un instante se produjo el choque, y los contendientes formaron un confuso barullo; era una pelea bárbara y primitiva, sin tácticas ni técnicas.

Aquí dos jóvenes dejaban inconsciente a un anciano con sus cachiporras, y se abalanzaban juntos sobre la próxima víctima. Allí un adulto musculoso como un toro corría ebrio de violencia entre los mozuelos, aplastándolos entre sus poderosos brazos o estrellando sus puños grandes como jamones en los rostros que se le ponían por delante. Mientras luchaban, los atacados seguían avanzando hacia su objetivo. Cuando habían recorrido casi otros cien metros, los jóvenes se retiraron. La superioridad numérica de los adultos había inclinado la balanza.

Sin embargo, sólo quedaban cincuenta hombres ilesos alrededor del jefe Guardamonte. Los demás habían abandonado la lucha o quedaban heridos... o quizá muertos, pensó Winters al mirar la veintena de figuras inmóviles que yacían en el suelo. Los jóvenes sólo se habían alejado unos treinta metros y seguían de lejos a los fugitivos. Nuevos grupos de jóvenes llegaban corriendo de todas direcciones, y era cuestión de minutos que se reanudase el ataque, aunque esta vez la desventaja recaería sobre el otro bando.

Winters y el Stalvyn, su sedicente guardaespaldas, no habían tomado parte en la

lucha, pues iban en medio del grupo de rescate. Pero ahora se adelantaron poniéndose al frente del grupo, para avanzar con decisión al lado del Guardamonte. Winters mostró a éste la pistola.

—Con esto puedo matarlos cuando estén cerca. ¿Puedo usarlo?

El Guardamonte lanzó un gruñido.

—Mátalos. ¡Es lo que pretenden hacer contigo!

Mientras hablaba, la cuadrilla de jóvenes se abalanzó sobre ellos con furia asesina. Los adultos cerraron filas y Winters disparó contra los atacantes más cercanos; tres de ellos cayeron y eso frenó la fuerza de la acometida, pues los que venían detrás tropezaron y cayeron. El Stalvyn y el Guardamonte avanzaron y se entabló la lucha alrededor de los caídos. Winters se agachó detrás de ellos, accionó rápidamente la palanca, cargó los proyectiles y apretó el gatillo, actuando mecánicamente, como en una pesadilla. Los gritos de rabia y dolor se mezclaron con el ruido de los golpes y los jadeos de los luchadores. Fue una escena feroz, cuyo horror agravaba la evidente torpeza de aquella gente pacífica en tal género de actividad.

De repente, los atacantes se retiraron llevándose a los heridos. Las dos docenas de adultos que quedaban en pie miraron con asombro a su alrededor, viendo expedito el camino hasta el refugio. En el suelo había cincuenta o más caídos, y el Guardamonte llamó a los que curioseaban desde las ventanas para que bajasen a curar a los heridos, tanto los amigos como los enemigos. Obedecieron enseguida, aunque con su lentitud característica. El Guardamonte condujo al pequeño grupo hasta su casa y los hizo entrar.

—Dale comida y bebida al extranjero, Stalvyn —dijo con flema un hombre alto y delgado, de aspecto desgarbado, que era el biólogo de una orig distante casi mil quinientos kilómetros—. ¡Me figuro que nuestra Juventud no desperdiciaría alimentos para un hombre destinado a morir tan pronto! —Dedicó a Winters una sonrisa perezosa y burlona, mientras ponía en sus manos un vaso lleno de un líquido pardo—: Beba sin temor. Lo estimulará y alimentará al mismo tiempo.

Winters padecía una extrema fatiga; el Stalvyn tuvo que ayudarle a beber y luego lo condujo a un sillón, donde le hizo un breve examen médico.

—Debe descansar —declaró—. Que no se le moleste con preguntas. Voy a preparar algún medicamento.

Dicho esto, salieron todos del cuarto. Winters bebió un poco más y cayó en un profundo sueño. Apostaron una guardia junto a la puerta de su cuarto, y el biólogo lo atendió día y noche. Así permaneció durante una semana. Mientras dormía tuvo vagas impresiones de que le daban masajes, lo bañaban, lo alimentaban y lo auscultaban; impresiones que eran como pesadillas de un sueño anormal. Gracias a los expertos cuidados, sus delgadas mejillas se llenaron y su atrofiada musculatura se

recuperó.

Al fin, una tarde, Winters despertó. Su sangre circulaba con vigor por todo su cuerpo, y tan pronto como abrió los ojos se sintió despejado. Vio sus ropas sobre un taburete, de modo que se levantó y se vistió. En su cinturón aún estaban la pistola, el hacha y las demás herramientas. Sintiendo un hombre nuevo, anduvo hasta la puerta y la abrió. En la habitación contigua se vio rodeado por un grupo de hombres morenos, integrado por los doce científicos más importantes del mundo. Para entonces, la noticia de su venida ya había llegado a todas partes, y aquellos habían tenido tiempo de acudir desde los puntos más alejados. Le sometieron a una prolongada sesión de preguntas y exámenes científicos. El Stalvyn y los demás historiadores lo acosaron a preguntas, no siempre fáciles en relación con la vida y las costumbres de su época; los biólogos le exigieron que revelara el secreto de su droga para dormir y el procedimiento para controlar la duración del letargo; fue colocado bajo el fluoroscopio y fotografiaron su apéndice; tomaron sus medidas e hicieron moldes en escayola de su mano, su pie y su cabeza, con destino a los museos científicos.

Durante estas pruebas, Winters experimentaba un sentimiento de satisfacción: ésta era una de las cosas en que había pensado cuando preparó su viaje al futuro. Aquí había grandes inteligencias que sabían valorar su trabajo y le respetaban por su hazaña. Mas, por otra parte, echaba en falta una cosa: no tenía la sensación de pertenecer a aquel pueblo. Había abrigado la esperanza de hallar dioses en forma humana viviendo en Utopía. Pero los que veía eran hombres con pasiones y debilidades humanas y corrientes. Desde luego, habían progresado... pero la curiosidad insaciable de Winters ya le urgía a averiguar qué más podía deparar el futuro.

Después de compartir una cena con todos, Winters se retiró a su habitación con el jefe Guardamonte, el biólogo y el Stalvyn. Los cuatro hombres iniciaron una plácida conversación.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó el biólogo, calmoso. Winters suspiró.

—No lo sé con exactitud.

—Te invitaría a quedarte en mi orig —observó el Guardamonte— pero la mayoría de nuestros jóvenes, y algunos de los adultos, que deberán ser más sensatos, te acusarían de las recientes dificultades, y no podría enfrentarme a todos ellos.

—¡Me acusarían a mí! —exclamó Winters con amargura—. ¿Qué tuve que ver con ello?

—Tal vez nada. El caso es que los derechos de la Nueva Generación aún no están bien definidos. El Consejo de la Juventud se ha encerrado en su obstinación, y hay que darles tiempo para que recapaciten. Ahora sus jefes creen que tú fuiste traído, de alguna

manera, por nosotros, a fin de persuadirles para que consientan en talar árboles aquí y allá, a capricho del primer adulto que se presente. No sé a dónde nos llevará este asunto.

El Stalvyn le tocó el hombro con gesto amistoso.

—La naturaleza humana casi nunca es razonable. Naturalmente, la actitud de ellos es absurda. ¡Olvídalo! Te sacaremos tranquilamente de aquí en una aeronave, y vendrás a vivir conmigo. ¡Juntos revisaremos y volveremos a escribir la historia de tu época como nunca pudo hacerse hasta ahora!

—¡Alto! ¿Significa eso que tendré que huir clandestinamente de esta aldea?

Los otros callaron, avergonzados, y el Guardamonte asintió con la cabeza.

—No puedo evitarlo. Tal vez estarían a nuestro favor veinte o treinta hombres, pero lamento decir que a la mayoría de los aldeanos no les preocupa la suerte que tú corras. No quieren quebraderos de cabeza.

—¿Temen a los jóvenes?

—¡No, claro que no! Los superamos en número. Es, sencillamente, que nadie está dispuesto a trabajar más de lo que impone el horario de la aldea: una hora y cincuenta minutos. Sospecho que no iban a ponerse de tu lado, a excepción de nosotros cuatro y algunos de los más ancianos de aquí. Ya sabes, ¡así está hecho el mundo! —se encogió de hombros expresivamente.

—Escapar de aquí es muy sencillo —aseguró el biólogo—. ¿Por qué no te dedicas a viajar por el mundo y verlo todo antes de decidir tus futuros planes?

Winters meneó la cabeza con hastío.

—Amigos, agradezco vuestra amabilidad. En esta época no hay lugar para mí. Renuncié a mi propia edad por amor a un ideal. He buscado el secreto de la felicidad. Creí encontrarlo aquí, pero vosotros no sabéis de ella más de lo que sabíamos nosotros hace tres mil años. Por tanto, me despediré y... continuaré hacia algún período futuro. Quizá dentro de cinco mil años despierte a una época que me resulte más agradable.

—¿Podrá soportar tu cuerpo otro largo período de enflaquecimiento? —inquirió lentamente el biólogo. A juzgar por tu aspecto, apenas has envejecido durante tu primer letargo, pero... ¡cinco mil años!

—Me siento un poco más viejo que cuando dejé mi propia época. Tal vez en uno o dos años. Gracias a vuestros cuidados, de nuevo gozo de una salud perfecta. Sí, podré hacer la travesía una vez más.

—¡Ah, amigo mío! —suspiró el pelirrojo Stalvyn—. ¡Daría mi mano derecha por acompañarte! Pero me debo a mi propia época.

—¿Está cerca tu escondite? —preguntó el Guardamonte.

—Sí, pero prefiero no decir a nadie dónde se encuentra... ni siquiera a vosotros tres. Está muy oculto, y no podéis ayudarme.

—¡Yo sí! —intervino el biólogo—. Durante la semana que permaneciste inconsciente he estudiado tu metabolismo y preparé una fórmula. Haré con ella un elixir que llevarás contigo. Cuando despiertes de tu largo sueño, si es que despiertas, beberás de él, y restaurará maravillosamente tu vitalidad en pocas horas.

—Gracias —respondió Winters—. Tal vez constituya la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—¿Cómo alcanzarás tu escondite? ¿Si algún joven te ve y te sigue... guardando viejos rencores, como es propio de la juventud?

—Me iré en secreto, antes del amanecer —respondió Winters pensativamente—. Sé cómo llegar allí. Cuando sea de día, me habré ocultado para siempre mucho antes de que despierten los aldeanos.

—¡Bien! Esperemos que sea así. ¿Cuándo te vas?

—¡Mañana mismo!

Se despidieron con muchas palabras de advertencia y consejos. Winters se echó a dormir, y le pareció que no habían transcurrido sino segundos cuando entró el

Guardamonte y lo sacudió para que despertara. Winters empezó a preparar las cosas que se llevaría. El Stalvyn y el biólogo le ayudaron, a oscuras (no se atrevían a encender la luz), y luego Winters ingirió un desayuno ligero antes de despedirse definitivamente. Los tres amigos vieron cómo su silueta se desvanecía entre los árboles y desaparecía en la noche oscura.

Durante casi una hora Winters siguió con muchas precauciones la carretera por donde había venido. Estaba seguro de no haber hecho ruido al salir. Pareciéndole que debía hallarse cerca del lugar, abandonó el camino y se adentró en el bosque, donde esperó con impaciencia el amanecer. Pasó media hora oculto entre los matorrales, junto al camino, hasta que la claridad fue suficiente para proseguir. Antes de ponerse en marcha miró hacia la carretera desde su escondite frondoso. ¡Horrorizado, vio a lo lejos dos figuras que avanzaban a toda prisa hacia donde él estaba!

Con un jadeo de temor, volvió a adentrarse en el bosque. Era como buscar una aguja en un pajar. Los segundos le parecían horas y sus oídos estaban atentos a cualquier señal de sus perseguidores. Sudoroso, jadeante, con el corazón en un puño, corrió de un lado a otro, desorientado por el pánico.

Perdida la serenidad, corrió cada vez más deprisa, hasta que tropezó en una piedra y cayó. Se puso de rodillas y permaneció inmóvil, yerto, pues había oído voces. Aún estaban lejos, pero no se atrevió a moverse. Su mirada cayó sobre la piedra en que había tropezado. Era una losa ancha, casi cuadrada. En ella había algunos signos, medio borrados por el tiempo. Apartó con indiferencia algunas hojas muertas, y ante sus ojos sorprendidos apareció la siguiente inscripción:

«Aquí descansa el jardinero Carstairs, sirviente fiel hasta el fin; fue enterrado en este lugar cumpliendo su última voluntad.»

Enterrado en este lugar cumpliendo su voluntad... ¡Pobre viejo Carstairs! ¿Era posible? ¡Si la tumba se hallaba sobre la cámara subterránea, entonces la entrada se hallaría a sólo quince metros al sur! ¡Se arrastró con repentina esperanza por el suelo del bosque y allí, en efecto, se alzaba un árbol conocido! Y, en su base, ¡un hoyo cubierto con hojas! Las voces se alejaban y él se metió con impaciencia en el hoyo, apartando las hojas con los pies. Luego sacó un gran brazado de hojas y desapareció después de cubrir nuevamente la entrada con aquél; ya dentro, buscó raíces cortadas e hizo un bastidor para completar el camuflaje de su escondite. En plena tarea hizo un alto, espantado, al oír voces cerca. No pudo entender lo que decían y aguardó un buen rato, con el ánimo en suspenso. Luego volvió a oír las voces. ¡Alejándose!

Llegó el invierno y los sapos volvieron a sus escondrijos bajo el barro del pequeño lago, donde antaño estuviera el estanque. La primavera siguiente, el gran árbol había comenzado a extender una nueva red de raíces, que cerrarían para siempre la entrada de aquella cámara blindada de plomo donde, en oscuridad total, una figura inmóvil yacía entre edredones. Los últimos pensamientos del durmiente lo habían trasladado en imaginación a su juventud, y el rostro blanco como la cera mostraba una débil sonrisa, como si Winters hubiera descubierto por fin el secreto de la felicidad humana.

* * *

Como otros muchos autores de ciencia-ficción, Manning tuvo un período de esplendor, y luego no se supo más de él. Publicó quince relatos entre 1932 y 1935, y más adelante ninguno. Fue un caso parecido a los de Meek y Tanner.

Me parece que puedo explicar el porqué. En aquella época, los autores de ciencia-ficción no ganaban casi nada y aun eso después de muchos retrasos. Por tanto, la gente no perdía el tiempo en una ocupación tan poco lucrativa, salvo casos de verdadera vocación.

Manning fue uno de los autores cuya falta sentí más. Como en aquella época yo desconocía los mecanismos económicos de la literatura, solía preguntarme tristemente por qué habría dejado de escribir. Aparecieron cinco entregas más en números correlativos de la revista. En cada una de ellos. Norman Winters continuaba su viaje a través del tiempo y conocía otra sociedad insólita.

Pero me interesa subrayar ante todo que, ya en la primera entrega, Winters hallaba una sociedad perjudicada por el irresponsable consumo de carbón y petróleo que hicieron sus antepasados, y que se ajustaba a un severo ciclo de recuperación impuesto, en parte, por el despilfarro secular.

En la década de los 70 todos conocemos la crisis energética y padecemos sus

consecuencias. Manning lo comprendió hace cuarenta años, y yo también gracias a él. Del mismo modo, estoy seguro, lo comprendieron los más conscientes de entre los jóvenes lectores de ciencia-ficción.

¿Es eso evasión?

No es poco el mérito de una literatura de evasión que consigue alertar a sus lectores frente a las consecuencias del derroche de combustibles fósiles, cuarenta años antes de que los adultos supuestamente más razonables y sensatos se dieran cuenta de que ahí tenían un problema digno de reflexión.

Hube de advertir también que la visión futurista de Manning implicaba, no sólo nuevos inventos, sino nuevas sociedades, nuevos modos de pensamiento, nuevas modificaciones del lenguaje. No lo olvidé. Cuando llegó el momento de escribir mi novela sobre el tema de los viajes a través del tiempo, *The End of Eternity*, cerca de veinte años después, lo tuve en cuenta.

El año 1932 fue memorable, además, por la tan esperada continuación de *Tumithak de los corredores*. Este cuento había sido acogido con entusiasmo y muchos lectores solicitaron una continuación.

Pero Tanner, por lo visto, no era escritor prolífico, y la continuación, *Tumithak en Shawm*, no apareció sino un año y medio después, en «Amazing Stories» de junio de 1933.

TUMITHAK EN SHAWM

Charles R. Tanner

Prólogo

Cinco mil años han pasado desde que los shelks, abandonando su planeta nativo, Venus, invadieron la Tierra y desplazaron a la humanidad de la Superficie hacia los túneles y corredores que constituirían su hogar durante veinte siglos. Cuando por fin emergió dio lugar a una nueva Época Heroica, y hoy nosotros consideramos a los dirigentes de aquella gran rebelión poco menos que semidioses.

De todas las tradiciones distorsionadas y exageradas, tal vez la más abundante en maravillas y prodigios sea la de Tumithak de Loor. Fue el primero, y en realidad el más grande de una larga serie de exterminadores de shelks. Desde el principio, los hombres se han inclinado a atribuirle poderes sobrenaturales, o cuando menos sobrehumanos, y a conferirle incluso la categoría de elegido por la Providencia.

Sin embargo, y gracias a los datos que hemos obtenido en recientes investigaciones arqueológicas, nos es posible reconstruir aproximadamente la vida de aquel gran héroe de manera racional. Descartando profecías, milagros y maravillas, nos queda la biografía de un joven que, inspirado por relatos de las grandes hazañas del pasado, decidió arriesgar su vida para demostrar que los shelks eran vulnerables y podían ser vencidos. El autor ya ha narrado a los lectores cómo demostró esto a su pueblo; ahora presenta la crónica de sus siguientes hazañas, en esta continuación de las aventuras de «Tumithak de los Corredores».

1 - Shawm

El largo corredor se extendía casi hasta donde abarcaba la vista; sus bellas paredes de mármol resplandecían bajo una gran cantidad de luces multicolores que, artísticamente dispuestas en los muros, producían en el corredor un efecto de agradable suavidad. Las figuras y motivos geométricos tallados en la fina piedra blanca parecían hechos a propósito para contrastar con las luces, produciendo un armonioso efecto de bajorrelieve. En algunos lugares los umbrales estaban decorados con grandes puertas de bronce que ostentaban orlas y figuras cuya belleza rivalizaba

con la de los muros. Otros umbrales carecían de puertas, pero se cerraban con grandes cortinajes y tapices, bordados con hilos de oro y plata y teñidos de todos los colores del espectro.

Pero las bellezas de aquella magnífica galería eran vanas, pues en toda su longitud no existía ni un solo espectador capaz de apreciarlas. Por otra parte, el espeso polvo que cubría el suelo y las telarañas de las paredes indicaban que estaba abandonada desde hacía meses, como mínimo. De hecho, durante varios años nadie había visitado aquella zona del corredor, desde que un hombre venido de muy abajo surgió de uno de los pozos y recorrió aquella galería en tránsito hacia la Superficie de la Tierra, situada muy arriba. Incluso antes de su llegada, los obesos moradores de aquel pasadizo habían temido siempre dicha zona y procuraban evitarla, pues conducía a los túneles de los «salvajes», y en la vida sibarítica de los Estetas, la mera idea de peligro era algo desagradable, y más valía no mencionarla. Por eso aquel corredor, pese a su belleza excepcional, se hallaba siempre desierto.

Pero ahora, después de mucho tiempo, algunos ruidos turbaban el silencio del pasadizo. De uno de los cubículos surgían murmullos cautelosos, susurros discretos y ahogadas exclamaciones. Poco después, un rostro salvaje atisbo desde un umbral; luego, al ver que el pasadizo se hallaba totalmente desierto, salió un hombre. Miró a un lado y a otro como si temiera ser atacado por algún enemigo oculto, pero, después de revisar algunos habitáculos y convencerse de que el pasillo se hallaba verdaderamente desierto, envainó la gran espada y regresó a la puerta por donde había salido.

Los intrusos del corredor

Aquel intruso era un sujeto enorme de aspecto salvaje, de más de un metro ochenta de estatura, con ancho pecho velludo, hombros musculosos y el mentón cubierto por una inmensa barba roja. Llevaba una sola prenda, una túnica burda de arpillera que le llegaba a las rodillas, en cuya tela estaban cosidas docenas de trocitos de metal y huesos, estos últimos teñidos de varios colores y formando un tosco dibujo. Su cabellera color orín era larga, y rodeaba su cuello con un collar formado por decenas de falanges humanas enhebradas en una delgada correa de piel.

Permaneció un momento inmóvil antes de dejar el corredor; luego entró en el habitáculo y llamó suavemente.

Le respondieron con una voz apagada, y en seguida se reunió con el otro hombre, más alto y joven, que vestía de modo muy distinto. El recién llegado usaba una túnica hecha con el tejido más fino que pueda imaginarse, gasa delicada teñida en los tonos más suaves del rosa nacarado, así como en verde y en azul. No era una prenda nueva, sino que estaba gastada, rota y remendada, como si su propietario le atribuyera un valor especial y hubiera decidido usarla hasta que se cayera de vieja. La recogía en el

centro un ancho cinturón con muchas bolsas y una hebilla inmensa, del que colgaban además una espada y, extraño anacronismo, ¡una pistola! Ceñía la cabeza del recién llegado una banda de metal no muy diferente de una corona, y semejante a la que usaban los jefes de los enemigos de la humanidad: los shelks. Aunque este hombre no poseía la fuerza tremenda y la perfección física del primero, era muy superior al hombre medio en estatura y desarrollo muscular. Con sólo una mirada, cualquier espectador habría notado que el segundo era el más inteligente de los dos. Y también se daría cuenta de que, juntos, aquella pareja constituiría una combinación capaz de enfrentarse a lo que fuese, con muchas posibilidades de vencer.

Durante un rato miraron en silencio a un lado y a otro del pasadizo y, por último, el segundo hombre se dirigió a su compañero.

Tumithak de los corredores

—Datto, ¿qué opinas de los corredores de los Estetas? —preguntó—. ¿No son tan maravillosos y hermosos como os los he descrito?

—Son maravillosos, en efecto, Tumithak —respondió el otro—. Aunque no entiendo cuál pueda ser la utilidad de estos dibujos extraños. Tampoco comprendo por qué los cortinajes de las puertas son de tantos colores. —Se interrumpió, y sus ojos se encendieron a medida que continuaba—: Pero las puertas de metal son magníficas. Conviene que nos llevemos algunas a los pasadizos inferiores. Poniendo una en su habitación, un hombre podría resistir fácilmente a un centenar de enemigos.

—Ahora nuestros únicos enemigos son los shelks —replicó Tumithak—. No creas que con esas puertas de metal lograrías impedir que entraran esas bestias salvajes, Datto.

Datto gruñó y continuó con su desdeñoso examen del corredor. Era evidente que desconocía aquel sentido de la belleza que se agitaba, aunque débilmente, en el pecho de Tumithak.

—¿Cuál es el camino a la Superficie? —preguntó Datto concisamente y, cuando Tumithak se lo indicó, prosiguió—: Llamémosla los demás. Sin duda, aguardan la señal con impaciencia.

Tumithak convino en ello, por lo que su compañero regresó al cubículo y repitió la consigna que había lanzado antes. Al cabo de un instante, los hombres empezaron a salir del trascuarto. Habían esperado impacientemente en el fondo del pozo que daba al cubículo. Ahora, al recibir la llamada de Datto, subían apresuradamente la escalera para llegar adonde se encontraban sus jefes.

El primero en salir fue un joven delgado, de rostro de halcón. Su cabello corto y ancho cinturón con bolsos indicaban que era conciudadano de Tumithak. Se llamaba Nikadur y, como amigo de infancia de Tumithak, había sido el primero en jurar que seguiría al matador de shelks dondequiera que fuese. A este joven lo seguía otro y, si

Nikadur daba a entender que era seguidor de Tumithak, el otro mostraba claramente parecida relación con Datto. Se llamaba Thorpf; era sobrino de Datto y lugarteniente suyo en el mando de la ciudad de Yakra, situada muy por debajo de la Superficie.

A estos dos les seguían muchos más: Tumlook, padre de Tumithak; Nennapuss, jefe de la ciudad de Nonone, con sus hijos y sobrinos; y a continuación hombres de menor jerarquía en las ciudades de los corredores bajos, hombres que nunca se habían distinguido y cuyo único mérito residía en su indiscutible lealtad hacia sus jefes. Les acompañaban los miembros de una tribu que la población de los corredores bajos todavía consideraba con recelo: los salvajes de los corredores tenebrosos, cuyos ojos estaban envueltos en tiras de tela para protegerlos de la luz que producía dolores insoportables en sus nervios ópticos sumamente sensibles. Ahora eran esclavos, pues hacía poco habían sido sometidos por los hombres de los corredores bajos, pero la abundancia de alimentos hacía de ellos unos servidores complacientes.

Los guerreros de Tumithak

En total salieron del pozo más de doscientos hombres, que formaron en el pasadizo, esperando la orden de Tumithak para comenzar la invasión del territorio de los Estetas. Guardaron silencio mientras Tumithak les explicaba en breves términos lo que sabía de los corredores y pasillos de aquella zona y luego, después de una breve orden, todo el grupo avanzó con cautela por la galería.

Este ataque a los Estetas era el primero que intentaba la población de los corredores bajos. Hacía dos años que Tumithak había regresado de la Superficie y se había convertido en jefe supremo. Invirtió la mayor parte del tiempo en consolidar su régimen. Entre los yakranos e incluso entre los loorianos hubo algunos descontentos, que hubieron de sentir la mano dura del nuevo gobernante. Finalmente, las tres ciudades quedaron unificadas, y muchos grupitos o «aldeas» de los corredores laterales se sometieron al dominio looriano.

Por último, todos los corredores bajos reconocieron sin reservas a Tumithak.

Sus pobladores invadieron los corredores tenebrosos. Poco después los salvajes fueron dominados y reducidos a la esclavitud, y todos los túneles situados debajo de los corredores de los Estetas juraron obediencia al nuevo soberano.

Entonces Tumithak decidió que había llegado el momento de emprender una incursión a los pasillos de aquella raza de corpulentos artistas que rendían culto y obediencia a los shelks. El looriano no se engañaba con respecto a lo que ello implicaba. Aunque no comprendía del todo la relación entre los Estetas y los shelks, sabía que las obesas criaturas consideraban a los shelks como sus amos y no dudarían en reclamar su ayuda si algún peligro los amenazaba. Por tanto, Tumithak sabía que atacar a los Estetas equivalía a desafiar a sus amos.

Los shelks habían «domesticado» a los Estetas y los empleaban como nosotros

utilizamos el ganado, adormeciendo sus sospechas con mentiras hipócritas y halagos. Al mismo tiempo los cebaban para fomentar su estupidez y confianza bovinas.

Una incursión contra los Estetas domesticados

Tumithak había postergado la incursión hasta obtener la alianza de todos los corredores bajos pero, hecho esto, no vio motivos para seguir esperando. Solicitó dos clases de voluntarios: los que eran lo bastante valientes para luchar contra los satélites de los shelks, y los que le seguirían adonde fuera, incluso hasta la Superficie. Tumithak sabía que no podía llevar consigo ejércitos sino de voluntarios; por eso, cuando de toda la población de los corredores bajos sólo respondieron doscientos guerreros, hubo de darse por satisfecho con este número y emprendió viaje. Por suerte, pensaba, sus dos categorías de voluntarios eran casi equivalentes.

Ahora los intrépidos doscientos se apiñaban en los corredores de los Estetas, con las espadas desenvainadas y los gritos de guerra a flor de labios, esperando que Tumithak diera la orden de ataque. Sin embargo, el jefe no tenía prisa y los condujo de un corredor a otro, ya que su plan era acercarse cuanto fuese posible al centro de la ciudad, antes de ser descubierto. Por último, viéndose cerca de la Plaza Mayor de los Estetas, dio la orden y, en un abrir y cerrar de ojos, se armó el pandemónium.

La incursión fue una matanza

No es necesario describir la batalla que tuvo lugar entonces. En realidad no fue una batalla sino una matanza y, a no ser porque lo consideraba necesario, Tumithak no se habría molestado en luchar contra los Estetas. Pero recordaba a Lathrumidor, el artista que había intentado traicionarlo en ocasión de su viaje anterior a la Superficie. Por ello, como comprendía la naturaleza traicionera de los corpulentos Estetas, decidió que debían morir.

Y murió hasta el último. Cuando, cerca de cuarenta horas después, el grupo vencedor se reunió en la parte superior de la galería de los Estetas, pudo verse un abigarrado espectáculo. Muchos se habían puesto las delicadas gasas de los Estetas, pero otros aún seguían vestidos con la burda arpillera de sus corredores nativos. Unos portaban las espadas que habían llevado y otros las espadas y lanzas que los Estetas habían creado, no como armas, sino en calidad de panoplias decorativas. Pero ahora iban a servir de armas, como otras muchas creaciones de los artistas. Un hombre incluso esgrimía una delicada estatuilla de bronce cuyo zócalo estaba cubierto de sangre y pelo, porque ya había golpeado a algún Esteta con ella.

Tumithak se volvió hacia sus hombres y volvió a explicarles que era necesario continuar en seguida. Les dijo que los shelks visitaban a los Estetas con frecuencia. Era imposible saber en qué momento aparecían por allí. ¡Para que los shelks no

sorprendieran a los hombres de los túneles, valía más que éstos salieran inmediatamente a la Superficie y sorprendieran a los shelks!

—Por consiguiente, los que queráis seguirme estad preparados para después del próximo descanso, pues tengo la intención de conducir a mi grupo al combate —concluyó con un saludo a los guerreros y se retiró para tratar de ganar el reposo tan necesario.

Después del descanso, Tumithak recibió la agradable sorpresa de descubrir que sólo diez hombres deseaban quedarse en los Corredores de los Estetas. Éstos se pusieron a las órdenes de Thurranen, uno de los hijos de Nennapuss. Luego, con sus cerca de doscientos seguidores, continuó el viaje a la Superficie y al encuentro de... ¡los shelks;

La campaña contra los shelks

Por fin llegaron al estrecho pasillo de piedra color negro azabache, y Tumithak supo que se hallaban peligrosamente cerca de la Superficie. Reunió a sus jefes y celebró un consejo de guerra. Fue un consejo trascendental, pues en diecinueve siglos probablemente era la primera vez que los hombres proyectaban deliberadamente una ofensiva contra los shelks. El consejo decidió que lo más importante de que carecían los hombres de los túneles era un buen conocimiento de la Superficie y de las costumbres de los shelks. Comprendían que tal inferioridad debía ser enmendada en seguida o, de lo contrario, toda posibilidad de victoria estaría comprometida desde el principio. Sin duda, sería preciso enviar exploradores a la Superficie para que explorasen las condiciones reinantes.

Datto el yakrano rió con estentóreo desdén ante esta sugerencia, expuesta por Nennapuss. Dijo que, en dos mil años, sólo un hombre había tenido el coraje suficiente para enfrentarse a los peligros de la Superficie. ¡Y ahora Nennapuss hablaba de enviar exploradores, como si fuese cuestión de invadir cualquier corredor tenebroso! ¿Tenana Nennapuss la bondad de decir a quién pensaba confiar la misión de explorador?

Nennapuss estaba a punto de responder acalorado, cuando intervino Tumithak.

—Cuando los pobladores de un corredor invaden los dominios de otros, la misión de explorador o espía es peligrosa, aunque no demasiado importante ni honrosa —afirmó el looriano—. Pero en esta guerra, el explorador es de primordial importancia, pues no sólo nuestras vidas, sino el futuro de la humanidad puede depender de la información que consiga suministrar. Ahora bien; sólo vuestro servidor ha estado en la Superficie y, si estima que es su deber guiar a los exploradores que van a preceder a su ejército, ¿puede alguien negarle este derecho?

Los segundos jefes quedaron atolondrados.

—Pero ¡te necesitamos para dirigir el ejército, Tumithak! —protestaron—. Un

jefe no debe arriesgarse a dejar a sus hombres sin dirección. Porque, si él muriese, la Gran Rebelión habría fracasado.

Tumithak sonrió.

—¡Reunid al ejército y pedid voluntarios que vayan a la Superficie sin mí!

Los jefes guardaron silencio. Ni ellos mismos estaban dispuestos a aventurarse solos en la Superficie, aunque todos habrían dado gustosamente sus vidas a las órdenes de Tumithak.

El primero entre los exploradores

El matador del shelk aguardó un instante y luego continuó:

—¿Lo veis? Está claro que debo dirigir a los exploradores. Por la misma razón serán los jefes, los principales guerreros, quienes compongan este grupo de exploradores. Es entre vosotros, los que formáis mi consejo, donde busco a mis voluntarios.

Al instante, doce espadas fueron presentadas con la empuñadura hacia delante, hacia Tumithak. Todos los miembros del consejo aceptaban de buena gana seguir al matador del shelk, cuando nadie había estado dispuesto a precederle. Tumithak vaciló, y luego eligió a tres hombres. A Nikadur, el compañero de su infancia, pues conocía tan bien al looriano que se sabía capaz de predecir sus reacciones ante cualquier eventualidad. Además, Nikadur era un excelente arquero, o sea que dominaba la única arma capaz de matar a distancia que conocían los hombres de los corredores. También escogió a Datto, el jefe yakrano, por su gran sentido práctico y su valor indomable, así como por su fuerza inmensa y su gran resistencia. Y por último escogió a Thorpf, el sobrino de Datto.

Así, pocas horas después, los cuatro subían por el pasadizo angosto y de muros negros, espada en mano y con las mochilas a la espalda; tras ellos, el ejército, a cargo de Tumlook y Nennapuss, aguardaba con ansia su regreso.

La llegada a la Superficie

Llegaron a una estrecha escalera, subieron por ella y vieron a lo lejos la abertura por donde se salía a la Superficie. Pero, con gran sorpresa de Tumithak, no se veía la luz rojiza que conocía de su visita anterior, jüe hecho, apenas llegaba luz de la Superficie al pasadizo! Tumithak estaba desconcertado. Indicó a los otros tres que le esperasen y se arrastró cautelosamente hasta la abertura que constituía la meta de la ambiciosa expedición. Con sumo cuidado, el matador del shelk sacó la cabeza a ras del suelo y miró a su alrededor. ¡Era lo que había temido: toda la Superficie estaba a oscuras! Sintió una punzada de pánico, preguntándose si los shelks habrían descubierto el avance de sus hombres y, de algún modo, dejado a oscuras la

Superficie. ¿Tal vez estaban ahora mismo al acecho, esperando a que salieran los hombres de los corredores bajos para acabar con ellos?

Tumithak retrocedió involuntariamente por el pasadizo, pero se detuvo, apelando a su desfallecido valor. Una vez más, como la primera que había recorrido solo aquel camino, y mientras recordaba viejas leyendas según las cuales los shelks odiaban la oscuridad, su cerebro frío y fanático supo imponerse a sus emociones. En su maravilloso libro, el manuscrito que había encontrado cuando era muchacho, decía que los shelks eran oriundos de una tierra donde nunca había oscuridad. Ese relato, unido a las nebulosas tradiciones de su tribu, donde se afirmaba que ningún shelk lucharía a oscuras, si se le daba a elegir, lo persuadió de que la oscuridad no podía ser cosa de los shelks.

¡Por tanto, regresó a la boca del túnel y, con gran osadía, saltó y puso pie en la Superficie!

La gran oscuridad y las estrellas

Poco después sus ojos parecieron habituarse a la oscuridad y logró divisar a lo lejos algunos contornos. Vio árboles, esas columnas cuya parte superior desaparecía en extrañas masas verdes, ahora tan densas como cortinas negras sobre un fondo apenas un poco menos oscuro. A poca distancia, y precisamente enfrente, aparecían los habitáculos de los shelks, unas torres agudas como obeliscos e inclinadas en ángulos peligrosos, que se recortaban contra el techo. Y, al mirar hacia arriba, Tumithak quedó asombrado al descubrir que ese techo —pues eso creía que era— estaba tachonado de cientos, no, miles de minúsculos puntos brillantes que resplandecían y titilaban sin cesar, pero con tan poca luz que apenas cabía decir que remediasen la densa oscuridad.

El looriano permaneció un rato allí y luego, como nada perturbaba la quietud y serenidad de la noche, regresó al túnel y llamó a sus amigos. Poco después salió del túnel Datto, inmediatamente seguido de Thorpf y Nikadur. Miraron a su alrededor, manifiestamente preocupados por la oscuridad, pero no se atrevieron a hacer preguntas, temiendo que el ruido de sus voces pudiera traicionarlos. Por ello guardaron silencio, esperando órdenes de Tumithak hasta que, con repentina decisión, el matador del shelk se echó boca abajo y empezó a arrastrarse lentamente hacia las torres de los shelks, después de dirigirles una seña para que lo imitaran.

Tardaron un buen rato en llegar, pues la menor brisa que agitaba los árboles sobresaltaba a los hombres de los túneles y los inmovilizaba durante varios minutos. Por último llegaron y se irguieron a la sombra de una de las torres. Jadeaban, no tanto por lo que les había costado arrastrarse sobre el césped, sino al comprender el terrible peligro que corrían. Pero después de algunos minutos de tensa atención, se animaron lo suficiente como para mirar a su alrededor y prestar atención a lo que los rodeaba.

Se hallaban a la sombra de un edificio extraño, hecho de algún metal rígido que los hombres de los túneles no conocían. Era un prisma de cuatro caras que alcanzaba casi treinta metros de altura y no tendría más de cuatro y medio de lado en la base. Y se inclinaba en un ángulo de casi veinticinco grados hacia la dirección de donde venían los hombres. Parecía vencerse sobre ellos y daba la sensación de que en cualquier momento caería y los aplastaría. Pero, cuando contemplaron su firme base, comprendieron que estaba hecho para durar siglos.

Después de llegar tan lejos, el flaqueante ánimo de los hombres de los corredores les impidió adentrarse en la ciudad de los shelks, y por eso aguardaron largo rato, indecisos, preguntándose qué hacer. Aunque no dejaron de guardar un silencio absoluto, no oyeron ningún ruido de los shelks ni vieron nada que se moviese.

Por fin, Nikadur habló en voz baja al oído de Tumithak:

—Algo pasa con la pared de la Superficie, a nuestra derecha, Tumithak —murmuró—. Parece despedir una luz débil.

Luz en la Superficie

Tumithak se sorprendió. ¡Era cierto! Una luz débil e incierta brillaba tenuemente en el cielo, a su derecha. Al fijarse más vio que el resplandor cubría toda la Superficie. ¡Logró distinguir los rostros de sus camaradas y ver los accidentes del terreno! Datto y Thorpf comentaban en voz queda la asombrosa maravilla de los árboles, que ahora eran bastante visibles y se distinguían por separado.

Tumithak se dirigió a sus camaradas:

—O la luz regresa, o va a salir otra. Resulta extraño, pues cuando estuve aquí la luz estaba al lado opuesto de la Superficie.

—Pronto habrá luz suficiente como para que asomen los shelks —susurró Datto—. Tumithak, ¿no valdría más regresar al túnel?

El looriano estaba a punto de responder afirmativamente, cuando Thorpf ahogó una exclamación y, temblando, señaló un lugar bajo los árboles, al otro lado del túnel. ¡Allí se veían unas formas indefinibles que avanzaban hacia las torres, y desde lejos les llegó un repiqueteo de voces inhumanas! ¡Un grupo de shelks se acercaba a ellos!

Al momento el terrible temor, casi instintivo en el hombre, se había apoderado de los cuatro. Dominados por el pánico, buscaron escapatoria. Regresar al túnel era imposible, porque el grupo de seres arácnidos acababa de rebasarlo. También era inútil huir hacia los árboles que había a ambos lados, pues no impedirían que los vieran en seguida. Sólo un camino les ofrecía alguna posibilidad de pasar desapercibidos, y a los cuatro se les erizaron los cabellos al pensar en ese camino. Pero si no lo hacían, y a toda prisa, inevitablemente serían descubiertos de un momento a otro. Huyeron, pues, rodeando la torre e internándose en la ciudad de los shelks, atentos sólo a evitar el mal presente y dejar que el futuro cuidara de sí mismo.

Mientras lo hacían, numerosos crujidos y algunas voces cacareantes les indicaron que la ciudad empezaba a despertar. Paralizados de terror, se pegaron a las paredes de la torre... y luego, de súbito, tropezaron con una puerta, una vieja puerta de madera, bastante destartada. Tumithak la abrió sin vacilar y les empujó hacia el interior de la torre.

De esperarles un enemigo dentro, habría podido acabar con ellos fácilmente mientras entraban, pues al pasar de la luz que se intensificaba rápidamente. fuera a la lúgubre tiniebla interior, la habitación les resultó tan oscura como el Averno. Pero sus ojos se acomodaron rápidamente y pudieron entrever la estructura de la torre. Grande fue su alivio al comprobar que aquella no podía ser una de las torres habitadas por sus enemigos.

La red de cuerdas de la torre

El suelo estaba desnudo, salvo una capa de polvo fuertemente apisonado como todo el suelo de la Superficie; no había ninguna clase de mobiliario, a menos que un jergón de paja echado en un rincón pudiera catalogarse como una especie de cama. Pero en algunos lugares del recinto colgaban viejas sogas raídas. Mirando hacia arriba, Tumithak observó en la penumbra que aquellas sogas colgarían unos seis metros; a esta altura, una gran masa de maromas retorcidas, sogas y cordeles cruzaban de un lado a otro todo el interior de la torre. Era una verdadera red de cuerdas, una tela, pensó recordando el parecido de los shelks con las arañas. Y no se equivocaba demasiado, porque los shelks sólo empleaban las torres como dormitorios. De noche se retiraban a la parte superior donde, en una especie de hamaca formada por cientos de cables y sogas que se entrecruzaban en todas direcciones, dormían durante las horas de oscuridad. Por suerte para Tumithak y sus compañeros, la torre donde habían entrado era vieja; sus constructores habían estimado que ya no era adecuada para su uso, y pronto veremos el que le daban ahora.

Los espantados hombres de los corredores aguardaron varios minutos en el estrecho recinto de la torre. Apenas recuperaban el ritmo normal sus corazones, cuando oyeron una vez más la temible voz de carraca de un shelk, ahora muy cerca de la puerta. ¡Su intensidad aumentó y los hombres supieron, con súbita certeza, que los shelks se acercaban precisamente a aquella torre! Miraron a su alrededor buscando con desesperación un lugar donde refugiarse, pero al mismo tiempo sabían que no había más que uno. El intento de esconderse en el laberinto de sogas y maromas que colgaba en el interior del recinto parecía equivalente a una rendición incondicional; sin embargo, no quedaba otra alternativa. Por eso, un instante después trepaban por las sogas y desaparecían en el espeso cordaje. Cerca del suelo, la red no era muy densa, pero tres metros después de meterse en ella la encontraron tan

espesamente entretejida, que desde abajo habría sido imposible descubrir a quien estuviera escondido allí. Los exploradores dejaron de trepar cuando llegaron a lo más espeso y, tumbándose en la tela, prestaron oídos al ruido que ahora provenía directamente de la parte exterior de la entrada. Al separar un poco las sogas que lo ocultaban, Tumithak descubrió que podía vigilar cómodamente lo que ocurriese abajo. En efecto se habían escondido en el momento justo, pues apenas habían tomado posiciones entre el cordaje, la puerta se abrió y entró un grupo muy sorprendente.

2 - Los sabuesos de Hun-Pna

Primero entró un shelk; Tumithak notó cómo se estremecían las cuerdas que ocupaban él y sus compañeros, pues los hombres de los subterráneos temblaban de miedo al ver por primera vez uno de los monstruos salvajes de Venus. La bestia era un buen ejemplar de su especie: alrededor de un metro veinte de altura, diez largas patas como de araña y una cabeza que, salvo la falta de cabello y de nariz, podría parecer la de un hombre. Aquel shelk sostenía entre dos de sus miembros, lo mismo que un hombre podría sujetar un bastón entre el pulgar y el índice, una varilla de metal en cuyo extremo brillaba una intensa luz. A la espalda llevaba una caja de raro aspecto, de la cual salía un tubo enrollado que terminaba en una vara larga envainada en una especie de funda sujeta a la caja.

Le seguía otro shelk que bien podría haber sido hermano gemelo del primero, y *dos hombres* cerraban el insólito cortejo. La anormalidad de dichos hombres hizo que los ocultos espectadores tuvieran que ahogar un grito de asombro. Eran altos, incluso más altos que Tumithak; de hecho, el más alto de los dos debía medir cerca de dos metros y medio. Mas no fue la estatura lo que asombró a Tumithak y a sus amigos, sino su increíble delgadez y el aspecto brutal de sus rostros. Sus brazos y piernas eran largos y huesudos; sus muslos eran poco más gruesos que el brazo de Tumithak. Aunque su cintura era sorprendentemente delgada y su cuello esquelético, el tórax y las manos eran enormes. Pero aquellos miembros no parecían desproporcionados, no; en cierto modo hacían pensar que, para determinados cometidos, las proporciones de aquellos hombres podían ser más idóneas que las de Datto, el coloso de los túneles. Esta comparación ponía de manifiesto que aquéllos eran hombres de otra raza, lo mismo que los Estetas. Si comparásemos un retrato de aquellos antiguos perros de la Edad de Oro que se llamaban galgos con los perros actuales, podríamos entender la diferencia que había entre los hombres de los corredores y aquellas criaturas de los shelks.

Tlot y Trak

Los hombres vestían una sola prenda, una falda que rodeaba sus cinturas y les llegaba hasta las rodillas; sobre ella llevaban un cinturón y de éste colgaba una espada. En la mano llevaban un látigo de aspecto peligroso, hecho con el pellejo de algún animal; y como si todo esto no fuera suficiente para distinguirlos, sus cabelleras y sus exuberantes barbas eran... ¡negras! Los hombres de los corredores, que nunca habían visto cabelleras de color distinto al rojo de las suyas —salvo las melenas rubias de los Estetas— no se habrían sorprendido más si hubieran visto cabellos verdes.

Entraron con los shelks en el recinto y en seguida se echaron sobre los jergones de paja. Los shelks les hablaron con susurros bajos y ásperos; luego, apagando las luces que llevaban, dieron media vuelta y salieron de la torre. Los hombres se quedaron allí, tumbados sobre la paja en actitud de gran fatiga. Poco después, uno de ellos habló lánguidamente:

—Aunque no lo creas, Tlot, en Kaymak he visto cacerías de verdad —empezó con un deje de burla en su voz—. He conocido temporadas en que se cobraban tres e incluso cuatro salvajes antes del anochecer. Me gustaría que vieras una cacería en la gran ciudad.

El hombre llamado Tlot gruñó.

—Mira, Trak: cuando ves una cacería en Shawm, sabes que estás acosando un auténtico salvaje. Los llamados salvajes que se cazan en Kaymak están domesticados; los crían a este propósito, y tú lo sabes.

Trak bajó la cabeza, se removió en su yacija y sacó un jarro pequeño de entre la paja. Vertió un poco de aceite en su mano y se puso a engrasar el látigo. Luego se animó a seguir la conversación.

—Por algo le llaman el cauteloso a Hun-Pna —comentó—. Nunca he visto un cazador que actuase con tanta cautela. Se podría pensar que él temía que uno de los salvajes fuese a volverse para comérsenos a todos. Anoche pudimos dar caza al que perseguíamos y regresar a Shawm antes del anochecer, pero tuvimos que desistir porque temía dejarnos fuera.

Tlot se incorporó en el jergón y miró a su compañero. Era evidente que compartía la opinión del otro en cuanto al shelk que era el amo y señor de ambos.

—Cuando hayas pertenecido a Hun-Pna tanto tiempo como yo —declaró—, estarás acostumbrado a sus extrañezas. —Revolvió entre la paja, sacó un jarro más grande, y después de beber ruidosamente prosiguió—: ¡Lo he visto renunciar a una cacería y hacernos regresar tras horas de persecución, porque el salvaje se revolvía al verse acorralado!

—Siempre se defienden cuando están acorralados, ¿no? —preguntó Trak, que por

lo visto era el más joven y quería aprovechar los conocimientos del otro.

—De cada cinco, sólo uno pelea de verdad —respondió el mayor—. Los demás lo hacen débilmente y no presentan una resistencia que pueda preocupar. Tienen seso suficiente para saber que, si se mostrasen verdaderamente peligrosos, los shelks acabarían con ellos en seguida.

Los dos conversadores guardaron un rato de silencio y arriba, sobre sus cabezas, cuatro espectadores perplejos reflexionaron sobre lo que acababan de oír. Luego, el que parecía mayor volvió a hablar:

—He visto algunos salvajes que presentaban batalla a muerte. Las mujeres de los tainos son famosas por su furia. Recuerdo una cacería en la que participé hace dos años. Fue la pelea más difícil que tuve. Con una mujer. Pero ella no huyó como el de ayer. Ahora, su cuero cabelludo decora la torre de Hun-Pna.

Tlot mostró interés.

—Cuéntame —pidió.

Una gran cacería

—Bien —comenzó el otro, y había en su voz cierta fanfarronería que enfureció a los hombres de los túneles mientras escuchaban desde arriba—. Hun-Pna daba una gran fiesta para celebrar la Conjunción, y fueron invitados la mitad de los shelks de Shawm. Había allí cerca de un centenar de shelks, hasta el viejo Hakh-Klotta en persona. Una de las atracciones principales de la fiesta iba a ser el sacrificio al planeta madre. Sabrás, supongo, que no sacrifican Estetas para las Ceremonias de la Conjunción. Por eso nos dejaron salir, a ver si lográbamos traer algunos salvajes con vida. Bien, decidimos buscar tainos; Hun-Pna siempre caza tainos porque los corredores llegan hasta muy cerca de la Superficie. Bajar a uno de los corredores más profundos sería arriesgar demasiado la cabeza, y eso no le cuadra al cauteloso. Nos dejó en la entrada del túnel y se sentó a esperar que levantásemos algunos salvajes y les diéramos acoso llevándolos adonde él estaba. Entonces yo, con otros dos mogs, empecé a bajar por los pasillos de los tainos. Llevaba la espada, por supuesto, y el látigo, lo mismo que los demás; es protección suficiente contra los tainos. Son inteligentes, pero tienen miedo hasta de su propia sombra. Bien, poco después uno de los mogs descubrió un taino, lo persiguió hasta la Superficie y, en el instante en que desaparecían por el pasadizo, tropecé con una mujer que llevaba un bebé en brazos. Comprenderás que era una presa magnífica; los shelks siempre celebran que capturen un cachorro vivo. Así que me lance sobre ella, creyendo que sería una presa fácil, pero se defendió como una loba. Tenía una maza en la mano, y antes de que pudiera levantar mi látigo me atontó de un golpe en el cuello y desapareció corriendo hacia la Superficie. Debía estar desorientada por el miedo pues, de lo contrario, jamás habría tomado el camino de la Superficie, que no tiene ningún pasadizo lateral ni

bifurcación. El golpe me dejó aturdido y perdí unos momentos reponiéndome antes de perseguirla. Me dirigí a la entrada, sin apurarme demasiado. Creí que los shelks la habrían atrapado en seguida pero, desgraciadamente, estaban ocupados con el taino que había levantado el otro mog; cuando salí comprobé, desalentado, que ella se alejaba del grupo y corría como loca hacia el bosque. Le grité a Hun-Pna pidiendo ayuda y me lancé a la persecución sin mirar siquiera hacia atrás para asegurarme de si me seguían. Naturalmente, lo daba por descontado. Bien, la taina me llevaba bastante ventaja y ya sabes lo montañoso y pedregoso que es el terreno junto al túnel de los tainos. Hasta mis piernas se negaban a llevarme con rapidez suficiente para alcanzarla, pero luego ella comenzó a cansarse. Por último trepó a una roca de la colina y se revolvió con una mueca espantosa. Me acerque con cuidado, recordando que debía cogerla viva si era posible. ¡Me volví para ver a qué distancia se hallaban los shelks, y figúrate mi sorpresa al ver que no aparecían por ningún lado! Por un momento pensé que tendría que abandonar la presa, pues ya sabes que nosotros no estamos acostumbrados a luchar sin tener un shelk que nos cubra la espalda, pero al fin tomé una decisión intrépida. Atacaría y vencería a aquella taina yo solo. Conque me acerqué a ella con toda la diplomacia posible...

La caza en solitario de la taina y su hijo

—Ella me esperaba jadeando de fatiga y sujetando al niño. Cuando me acerqué, empezó a hacer molinetes con la maza a su alrededor. «Ríndete, estúpida», le dije. «No voy a hacerte daño. Te quiero viva.» «¿Viva?», se burló. «¿Para qué? ¿De pareja o de comida?» No respondí, pues no habría servido de nada. No me acoplaría con una de esas salvajes ni aunque me muriera por no hacerlo; y si le dijera que la necesitaba para el sacrificio, eso tampoco la amansaría. La hostigué con mi látigo y comenzó la pelea. ¡Qué pelea! Minuto a minuto, mientras luchábamos, recibí más de un golpe de aquella maza infernal, y ella sangraba por muchas heridas que mi látigo había abierto en su piel. ¡Finalmente se me ocurrió una idea, y empecé a dirigir los latigazos, no a ella, sino a su hijo! Entonces me pareció que mi victoria sería fácil. Estaba tan ocupada protegiendo a su hijo, que no le daba tiempo para atacar. Luego se puso a sollozar y a insultarme. Dijo que yo era un demonio y que no merecía llamarme hombre. Ya sabes lo que quiero decir, pues has oído a muchos salvajes decir lo mismo. Bien, eso jamás me ha molestado. Nací mog, y mog moriré. Pero cuando empezó a insultarme supe que estaba a punto de rendirse, y pensé que podría cogerlos vivos a ambos...

La muerte del niño y de su madre

—Precisamente cuando yo esperaba que ella cayera y se rindiera, gritó de repente

un ¡no!, alzó al niño sobre su cabeza, lo arrojó al suelo y le partió la cabeza con la maza.

Luego arremetió furiosa contra mí, arañando, mordiendo y escupiendo hasta que, en defensa propia, me vi obligado a emplear la espada. Regresé de la cacería con el cuero cabelludo de la mujer; Hun-Pna lo colgó entre sus trofeos y todavía sigue allí.

El narrador guardó silencio y, envolviéndose con un poco de paja, se preparó para descansar. Poco después el otro decidió imitarlo, pero se vio brutalmente interrumpido en sus disposiciones por la decisión que habían tomado los hombres ocultos entre las sogas de arriba.

Los espectadores habían escuchado horrorizados el espantoso relato. La idea de que existieran hombres tan bajos y viles, capaces de acosar a los de su propia especie para solaz de los shelks, era algo que no les cabía en la cabeza. No les había sorprendido la existencia de los Estetas, gracias al relato de Tumithak, pero ahora descubrían que en la escala de la humanidad había una raza de adoradores de shelks aún más baja que los Estetas.

A medida que adelantaba el relato, el carácter odioso de aquellas criaturas iba haciéndose patente para Tumithak y sus compañeros. Cuando Tlot terminó de hablar, una misma idea se leía claramente en los ojos de todos. Juzgaron que aquellos seres habían vivido demasiado. Un furor negro e irracional ahogaba a los hombres de los túneles y, sin hablar, con sólo una mirada interrogante de Datto y de Thorpf y un movimiento afirmativo de cabeza por parte de Tumithak, los cuatro se dejaron caer al suelo frente a los asombrados mogs, decididos a poner fin a sus miserables existencias.

No cabe duda de que las rápidas victorias conseguidas por los hombres de los corredores les habían infundido una seguridad excesiva. Los salvajes de los Corredores Tenebrosos se habían rendido a la fuerza de sus brazos, los Estetas habían sucumbido sin luchar, y los cuatro estaban seguros de que aquélla no iba a ser una batalla, sino una ejecución. En ventaja de cuatro contra dos, y atacando por sorpresa, pensaban despachar a los mogs en un abrir y cerrar de ojos. Pero no tardaron en comprender su error, así que estuvieron en el suelo. Casi antes de que se dieran cuenta, los mogs estaban de pie, espalda contra espalda y espada en mano, defendiéndose con tal energía que por un momento el resultado de la batalla pareció incierto. Mientras luchaban, los mogs daban voces... ¡gritaban con toda la fuerza de sus pulmones para que sus amos vinieran a ayudarlos!

El desatinado ataque contra los mogs

Tumithak comprendió que el asalto era un error casi en el mismo instante de ordenarlo; aun así no pudo dejar de parecerle que, en cierto modo, estaba justificado. Y, si lograban acabar con los mogs, no habrían sacrificado sus vidas en vano.

Uno de los seres altos y pelinegros había caído. Thorp se abalanzó sobre él y lo mató de una estocada en la garganta: pero esto distrajo un momento a sus compañeros, y el otro mog se volvió, pasando como un ciervo junto a Datto, y huyó sin dejar de dar voces para poner sobre aviso a los shelks.

Datto rugió de ira y quiso salir tras él, pero Tumithak lo detuvo apoyándole una mano en el hombro.

—¡Pronto, Datto! ¡Hemos de ocultarnos otra vez! —susurró, nervioso—. ¡Trepad por las sogas! ¡Rápido!

Sin vacilar ni un instante, Nikadur se colgó de una soga y empezó a trepar; los otros tres lo siguieron en seguida. Fuera se acercaba el áspero ruido de voces de los shelks. Apenas los loorianos se pusieron a cubierto entre la maraña de cables, entró corriendo en el recinto el mog seguido de un grupo de shelks. Los monstruos venían armados y cada uno llevaba una caja con tubo como el que había entrado antes. Pero ahora la vara larga no estaba en la funda, sino que la llevaban cogida entre dos patas.

Los shelks miraron a su alrededor, indecisos, y luego uno de ellos apuntó hacia arriba. Los hombres de los subterráneos seguían trepando, pues estaban convencidos de que la red de cuerdas llegaba hasta la cúspide de la torre, y decididos a alejarse cuanto pudieran de los monstruosos amos de la Superficie. Sin embargo, sabían que no había escapatoria, y perdieron las pocas esperanzas que pudieran restarles al ver que dos de los shelks desenvainaban sus armas y empezaban a seguirlos con increíble agilidad.

En lo alto, los cuatro desesperados hombres de los corredores poco podían hacer, salvo continuar su insensata escalada y confiar su salvación a un milagro. Nikadur subía el primero seguido cíc cerca por el ágil Tumithak; la corpulencia de Datto y su hercúleo sbrino era una desventaja para ellos, por lo que venían rezagados varios metros por debajo de los loorianos.

La red laberíntica de sogas y cables se hacía más espesa a medida que ascendían, hasta que no dejó ver el suelo; pero los ruidos de abajo indicaban que los shelks se acercaban con rapidez. De repente se oyó un grito debajo de Tumithak: un grito humano, una exclamación de agonía. Luego hubo una rápida y violenta lucha, ruido de cuerpos al caer de la red, y un golpe. Tumithak se volvió para mirar, pero la espesa maraña de cuerdas obstaculizaba su visión, hasta que se entreabrió de improviso, y apareció el rostro feroz de Datto, cuya palidez mortal contrastaba enormemente con su barba y su cabellera rojas.

Thorpf y los shelks

—¡Thorpf! —gritó, dolorido—. ¡Tumithak, han cogido a mi sobrino Thropf! Ha caído abajo. ¡Saltaron sobre él e intentaron romperle el cuello con sus colmillos infernales! Él luchó, pero perdió pie y cayó. ¡Pero los arrastró en su caída! ¡Los

arrastró! ¡Ya no eres el único matador de shelks, oh Soberano de Loor!

Sin dejar de trepar, el robusto yakrano lloraba, pues quería mucho a su sobrino y lo había destinado a ser el futuro señor de Yakra. Tumithak también sintió dolor de corazón al saber que Thorpf había muerto, pero no respondió, reservando todas sus fuerzas para la escalada. Luego Nikadur, que había desaparecido en la parte superior de la red, lanzó también un grito; por un momento, el ánimo de Tumithak se hundió en una negra desesperación. ¿Iba a perder también a su amigo? ¿Habrían sido atacados desde arriba por los shelks? Se apresuró, desesperando de llegar a tiempo para ayudar a Nikadur.

Entreabrió las cuerdas, escaló otro trecho y vio una luz débil que se colaba a través de la red. Al momento vio la silueta de Nikadur. La luz venía de un lado, y cuando Tumithak llegó adonde estaba su amigo comprendió el motivo de su grito.

La luz entraba por una claraboya circular abierta en lo más alto de la torre. Nikadur había gritado involuntariamente al mirar afuera y ver por primera vez la Superficie a plena luz del día. Cuando Tumithak se asomó a la claraboya, tuvo que contenerse para no gritar a su vez.

La abertura daba a la ciudad de los shelks, y colgaba de ella por fuera un amasijo de gruesas maromas. Cada una de ellas conducía a la claraboya de otra torre; evidentemente, los shelks habían tendido esos cables para ir de una ventana a otra sin pasar por el suelo. Abajo Tumithak vio las bases de otras torres y una multitud de shelks, cada vez más numerosa, en la que se mezclaban algunos mogs, delgados y de rostro peludo.

Sin embargo, no había sido la multitud de abajo, ni los cables de comunicación, ni siquiera el vasto panorama que se abarcaba desde el tragaluz, lo que hizo gritar de asombro a Nikadur. ¡Había visto por primera vez el Sol! Incluso en aquella coyuntura desesperada, fue lo que más le impresionó al contemplar la Superficie terrestre totalmente iluminada. Por cierto, la sorpresa de Tumithak no fue mucho menor, aunque no era la primera vez que veía el Sol. Pero el Sol que conocía era una bola roja de brillo mortecino, poniéndose al oeste, mientras que aquel gran orbe, resplandeciente con intensa luminosidad blanca, colgaba exactamente al lado opuesto del cielo. Quedó desconcertado un instante, pero luego procuró quitarse el asombro de la cabeza y pensar sólo en un medio de salvación.

Los muros metálicos de la torre inclinada eran tan lisos como las paredes vítreas y brillantes de su corredor natal: por allí no había posibilidad de escape. Además, nada se adelantaría bajando por el costado de la torre, porque abajo la multitud de shelks era tan numerosa que cubría todo el terreno. Tumithak los vio señalar y gesticular, lo mismo que habría hecho una multitud humana en circunstancias semejantes.

Datto se reúne con sus dos compañeros

De repente apareció Datto entre los dos loorianos, apoyando su enorme tórax al borde de la claraboya. Aún tenía los ojos llenos de lágrimas por la muerte de Thorpf, pero no aludió a su dolor. Su mente también estaba ocupada con el problema de escapar.

—Se acercan, Tumithak —dijo—. Vienen más shelks por las sogas. ¿Qué hacemos ahora? ¿Volvemos y luchar contra ellos?

El corazón del looriano se alegró al comprender que Datto ardía en deseos de combatir a los shelks. Al menos este hombre había aprendido la lección que Tumithak predicaba desde hacía tanto tiempo y con tanto ahínco entre los hombres de los subterráneos. Pero meneó negativamente la cabeza ante la proposición de Datto y siguió mirando por la claraboya. Aún parecía quedar un camino, pero tan poco viable que Tumithak no se atrevía a proponerlo. Por último oyó ruidos que se acercaban y, sabiendo que sus perseguidores pronto iban a darles alcance, decidió ejecutar su plan desesperado.

Los cables que pendían del borde de la claraboya conducían a otras torres que, en su mayoría, se veían habitadas. Tumithak podía ver los rostros de los shelks junto a las aberturas y, en una, incluso logró distinguir la barbuda cara de un mog. Pero había dos claraboyas vacías, y Tumithak indicó la más cercana.

—Es la única posibilidad —dijo, procurando disimular su desesperación—. Sé que es muy remota, pero quizá logremos descolgarnos hasta allí y escapar desde esa otra torre.

Nikadur, que era el mejor situado junto a la claraboya, comprendió en seguida la idea, se izó a través del orificio y se colgó del cable. Avanzó por la soga, una mano detrás de otra, y Tumithak hizo seña a Datto para que lo siguiera. El fornido yakrano meneó la cabeza.

—No es momento de andarse con heroísmos, Soberano de Loor —dijo—. Los corredores bajos te necesitan mucho más que a mí. Las probabilidades de escapar son muy remotas. Sal tú, que yo te seguiré y cubriré la retirada.

La sugerencia no agradó a Tumithak, y por un instante quiso discutir, pero el peligro cada vez más cercano le hizo comprender que cada segundo era precioso, por lo que cruzó la claraboya y siguió a Nikadur por el cable.

La huida de la torre. El sacrificio de Datto

Tumithak miró abajo mientras colgaba de la soga como un mono, pero el vértigo le disuadió de seguir mirando. No estaba muy rezagado respecto de Nikadur, y se detuvo para mirar atrás y comprobar si venía Dato. Entonces fue testigo de un espectáculo que iba a perdurar en su memoria durante muchos años.

Los shelks habían llegado a la ventana y Datto se vio obligado a volverse y atacarlos. Cuando Tumithak miró, vio que el enorme jefe de Yakra, a cuya espalda se

había aferrado desesperadamente un shelk, alzaba a otro y lo arrojaba por la ventana, entre chillidos. Luego desenvainó la espada y gritó:

—¡Estoy cogido, Tumithak! ¡No puedo con ellos! Son demasiados —dudó y luego agregó, como si de repente se le hubiera ocurrido una idea—: ¡Sujetaos con fuerza al cable!

El jefe looriano miró con desconcierto y angustia a Datto, quien alzó su espada. El jefe yakrano volvió a gritarle que se sujetara con fuerza, y el filo golpeó el cable, cortándolo casi. Espantado al no comprender la acción de Datto, Tumithak se aferró con más fuerza al cable y luego la espada volvió a caer, cortando por completo el cable, que se soltó de la ventana.

Tumithak logró ver que Datto era empujado hacia dentro de la torre mientras cortaba con la espada; luego el looriano empezó a caer. Tumithak creyó que iba a morir, pero algún instinto profundo le hizo obedecer la última intimación de Datto y aferrarse fervientemente a la soga. Vio que el suelo se acercaba cada vez más, y que caían hacia la torre de donde estaba sujeto el otro extremo del cable; luego recibió una sacudida terrible y oyó que Nikadur gritaba arriba, espantado. La maroma había sobrepasado la torre inclinada y su extremo, cargado con el peso de los loorianos, era como un inmenso péndulo. El suelo, que habían tenido terriblemente cerca, volvía a alejarse.

Los dos apenas habían comprendido que de algún modo escapaban a la muerte, cuando Tumithak empezó a resbalar por la soga. Quiso sujetarse al objeto más cercano, que era la pierna de Nikadur; oyó gritar otra vez a su compañero; luego volaron por el aire un segundo después aterrizaron en las ramas de un copudo árbol le se hallaba detrás del grupo de torres.

La caída

Aun aturcidos y heridos por la caída, los loorianos no dudaron en aprovechar la oportunidad. Al instante se dejaron caer de las frondosas ramas. Aunque Tumithak apenas comprendía en qué lugar extraño se hallaba, el hecho de que no fuera hostil le bastó para ignorarlo y centrar su atención en la tarea de huir de sus enemigos.

El que los shelks no intentaran perseguirlos en seguida indicaba que habían sido sorprendidos por la rápida sucesión de los acontecimientos. Cuando los loorianos bajaron del árbol, de las torres salían voces y gritos indicando que los shelks organizaban una batida.

Miraron a su alrededor con la vana esperanza de distinguir su túnel, mas éste quedaba lejos y a la derecha, oculto entre los árboles. En consecuencia, Tumithak le dijo a Nikadur que lo siguiera y se adentró más en el bosque, alejándose de Shawm.

Los dos hombres de los corredores huyeron como conejos entre los matorrales, jadeantes, lastimados, con sus valientes ideas de conquista bien alejadas de su mente, mientras a sus espaldas sonaba cada vez más intenso el tumulto de la batida.

3 - Tholura, la taina

Para un autor de la época actual resulta difícil imaginar los pensamientos que pasaban por las cabezas de los loorianos mientras huían despavoridos a través del bosque. Tres mil años separan aquellos seres del mundo actual, años de cambio y progreso casi continuos; en la seguridad casi exenta de acontecimientos en que vivimos, muy pocas cosas nos permitirían evocar sus sobrecogedoras emociones. Como es natural, podemos suponer que sería un temor negro e irracional, como el que a veces nos producen las pesadillas, lo que probablemente estaría en sus mentes. Pero es posible que hubiera otras sensaciones, otros sentimientos.

Por ejemplo, ¿qué les parecían los árboles que crecían alrededor de ellos con tanta abundancia? Aquellas formas de vida debían extrañar sobremanera a las criaturas del mundo subterráneo, en cuyas vidas la vegetación no existía ni siquiera como leyenda.

¿Que pensaban del piar espantado de los pájaros, o de la repentina aparición, digamos, de un conejo, sorprendido por la precipitada carrera de los hombres? ¿Cómo reaccionarían ante un arroyo, o ante los zarzales que aferraban y rasgaban sus ropas? ¿O ante el enorme Sol redondo que lucía a través de los árboles, cada vez más ardiente y más alto sobre sus cabezas? Podemos suponer que todo esto impresionó a los loorianos mientras huían, que no dejó de producir cierto efecto. Y sobre estas impresiones confusas, dominándolo todo, estaban las voces inhumanas de los perseguidores, cada vez más cercanas.

Sin duda fue una suerte para los loorianos que los shelks, en su sorpresa, no hubieran reaccionado en seguida. Cuando lograron organizar la batida, los hombres de los corredores ya estaban en la espesura del bosque, detrás del límite de la ciudad. Los mogs llamados por los shelks tardaron cinco minutos en hallar el rastro y emprender la persecución. Para entonces, Tumithak y su compañero ya habían escalado una ladera pedregosa y bajaban por la vertiente opuesta.

Huyeron aterrorizados, sin detenerse a reflexionar, pues sólo pensaban en alejarse cuanto pudieran de la ciudad de sus enemigos. En aquella ladera de la colina escaseaban los árboles, pero el descenso resultaba cada vez más difícil debido a las hierbas altas y los matorrales que crecían allí. Si hubieran conocido la topografía del lugar, habrían sabido que bajaban al valle de un río ancho y poco profundo que discurría no lejos de Shawn. Normalmente, aquel río no tendría sino algunos metros de ancho y pocos palmos de profundidad, pero las lluvias de primavera lo habían convertido por algunos días en un torrente turbulento y agitado que describía un ancho recodo a través del valle en su camino hacia el mar.

Los loorianos corrían hacia esta corriente, y poco después se internaron en el denso grupo de sauces y alisos que crecían a orillas del río, confiando sin demasiadas

esperanzas en que la densa vegetación los ocultara de sus perseguidores.

Los fugitivos son descubiertos

Mientras se adentraban entre los árboles, Tumithak tuvo ánimos para lanzar una rápida ojeada hacia atrás. Vio que el grupo de perseguidores ya alcanzaba la colina y corría hacia el valle. Eran doce shelks por lo menos, la mayoría de los cuales llevaban las extrañas cajas de las que salía un tubo. Les precedía una trailla de cazadores de hombres, los mogs.

Mientras Tumithak miraba, uno de los mogs lo descubrió y, lanzando un grito ronco, llamó la atención de los demás hacia la presa.

Tumithak estaba lleno de desesperación pues nunca, desde el comienzo de sus aventuras, se había visto en una situación tan comprometida. Y si alguien le hubiera dicho que la situación podía ser aún peor, no lo habría creído. ¡Pero mientras se volvía para refugiarse en la espesura de los sauces oyó que Nikadur, que iba delante, lanzaba un grito de consternación! Se adelantó con rapidez, preguntándose qué nuevo desastre se había presentado, y vio que su compañero había dejado de correr. ¡Estaba detenido porque había llegado a la orilla del río y no podía continuar!

Aquello era el fin para los desesperados hombres de los corredores. Ninguno de los dos veía escapatoria, pues el río trazaba su recodo en donde ellos se hallaban, y no había salida a la derecha ni a la izquierda. A sus espaldas se alzaban los bramidos de los mogs y las voces extrañas e inhumanas de los shelks.

Nunca, en toda la historia de la humanidad, la frase «entre la espada y la pared» describió más exactamente una situación.

A orillas del río

Como un animalillo acorralado al fin por una fiera carnicera, Nikadur se dejó caer junto a la orilla y escondió el rostro entre los brazos. Tumithak lo habría dado todo a cambio de la decisión de rendirse, para experimentar el alivio de la resignación total que sentía Nikadur en aquellos momentos. Pero un instinto más fuerte lo incitaba a morir luchando. Sacó la pistola, donde quedaban tres preciosas balas desde el día que mató al shelk; le consolaba pensar que, si tenía que morir, al menos lo haría luchando contra los enemigos del hombre, honor que sería el primero de su tribu en ganar.

Pero ignoraban que ninguno de los dos estaba destinado a morir así ni antes de muchos años. Días antes de que llegaran a aquel lugar, la naturaleza ya había preparado el camino salvador. Se hallaban muy cerca del río, cuya orilla era alta y como cortada a pico; las aguas de la crecida primaveral la habían arrastrado, y el lugar donde estaban los loorianos sobresalía bastantes centímetros hacia el agua. El peso de los dos hombres la había debilitado tanto, que la menor vibración iba a bastar

para que se derrumbara, cayendo al torrente. Mientras permanecían allí, y mientras los shelks y sus hombres de presa comenzaban a abrirse paso entre los árboles para cogerlos, un enorme tronco que había sido arrancado por un remolino tropezó en la orilla, dándole un tremendo golpe... ¡y la erosión vio culminada su obra! Tumithak notó que el terreno cedía de repente bajo sus pies. El mundo giró locamente a su alrededor, y luego cayó en el agua helada. Jadeó y se debatió, convencido de que iba a ahogarse. Aún cogía con fuerza la pistola, y su insólito y sublime instinto de pelea hizo que la retuviera durante los asombrosos acontecimientos que tuvieron lugar entonces.

En el agua helada

Cuando Tumithak salió a la superficie después del primer chapoteo glacial, meneó los brazos en un esfuerzo instintivo para no hundirse. No tenía ni idea de lo que era nadar; en realidad, no había visto en su vida agua suficiente en la que nadar, pero el instinto hizo que agitara los brazos. Al hacerlo su mano tropezó con el tronco que había sido la causa de su repentina caída en aquel sorprendente mundo acuático. Agarró el tronco, le pasó un brazo por encima y se colgó de él. La mano en que llevaba el revólver tropezó con una húmeda cabeza pelirroja, y vio con sorpresa el rostro pálido y atemorizado de Nikadur, que evidentemente había logrado alcanzar el tronco y flotaba al otro lado.

Cuando los dos loorianos recobraron el aliento y se tranquilizaron lo suficiente para ver lo que los rodeaba, descubrieron que el leño se había alejado del recodo y derivaba de nuevo corriente abajo, cada vez más lejos de la orilla. Por un momento las esperanzas renacieron en sus corazones, viéndose a salvo de morir inmediatamente en manos de los shelks, pero una breve reflexión les hizo comprender que no habían ganado nada; lo que pudo ser una extinción fácil y rápida, ahora amenazaba convertirse en una prolongada agonía. Pero siguieron aferrando con desesperación el madero, aunque lo único que les impelía a luchar era el mero instinto de conservación.

Contemplaron la orilla, apáticos, mientras se alejaban cada vez más. Cuando habían llegado casi al centro de la corriente, Nikadur lanzó un grito inarticulado y apuntó al lugar desde donde habían caído al agua. Los shelks asomaban de la espesura y se detuvieron, sorprendidos, preguntándose dónde podían estar los hombres de los corredores. Luego un mog los vio y dio la alarma a sus amos. Tumithak observó que los shelks preparaban los extraños tubos y apuntaban hacia ellos. Pequeños chorros de vapor brotaron del agua a unos doce metros de donde ellos se hallaban pero, por lo visto, la distancia era excesiva y no podían dañar seriamente con sus armas. En un momento dado sintió en la cara un calor espantoso, como el que despiden la boca de un horno, pero fue sólo un malestar pasajero. Poco después los

shelks desistieron y se dedicaron a seguir a los loorianos con la mirada, hasta que éstos desaparecieron por el recodo del río.

La huida

Mientras les arrastraba el tumultuoso caudal, los loorianos tuvieron tiempo de mirar a su alrededor y fijarse en los detalles de aquel nuevo mundo donde se encontraban. La corriente era bastante rápida, pero como avanzaban llevados por ella, no se daban cuenta de este hecho; en efecto, la única molestia que sentían era una fatiga cada vez mayor en los brazos. Contemplaron la orilla, maravillándose ante los árboles y matorrales que parecían extenderse hasta el infinito en las riberas, y preguntándose cómo hallarían el camino de regreso a través de aquella aparente impenetrabilidad, supuesto que pudieran alcanzar la orilla. Miraron al cielo, cuyas nubes les sorprendieron al fijarse en ellas por primera vez. Pero lo que más los asombró fue el Sol, que ahora había alcanzado ya el cenit, por lo que no dudaron de que aquella maravillosa lámpara de la Superficie se movía poco a poco por el firmamento.

Pasó una hora y los hombres de los túneles aún seguían en el río, colgados del tronco flotante. El problema de llegar hasta la orilla seguía sin resolver. Tumithak había intentado trepar sobre el madero y sentarse a horcajadas en él, pero al hacerlo estuvo a punto de perder a su compañero, pues el leño giró de repente. Por consiguiente, abandonó la idea y siguió aferrándose con los cansados brazos, tal como habían hecho al principio.

Transcurrió otra hora y, con los brazos llenos de calambres y los cuerpos empapados, los loorianos empezaron a pensar que incluso el correr perseguidos por los shelks podía ser preferible a aquello. Tumithak empezaba a preguntarse qué sucedería si soltaba el leño, cuando notó que sus pies tocaban algo, flotaban y volvían a tocarlo. Soltó un poco el leño y comprendió que tocaba el fondo del río. El madero estaba llegando a otro gran recodo de la corriente y se había acercado imperceptiblemente a la orilla, donde había un banco de arena. Tumithak se soltó con precaución, se hundió un poco y tocó fondo, con el agua al cuello. Miró a su alrededor y, viendo que la orilla estaba tan cerca, empujó el tronco y le gritó a Nikadur que hiciera lo mismo. Luego se volvió y anduvo con dificultad hasta la orilla. Su compañero imitó el ejemplo y, poco después, ambos tropezaron con el banco de arena y cayeron en un matorral, doloridos y exhaustos por haber permanecido tanto tiempo en remojo.

Otra vez en tierra

Ocultos entre las malezas y los sauces, su primer cuidado fue tratar de descubrir si habían sido seguidos. Vigilaron largo rato las orillas del río, estremeciéndose de miedo a cada rumor procedente del bosque que tenían a la espalda. Pero a medida que

pasaba el tiempo sin que apareciera ningún shelk para matarlos ni se oyeran los ásperos gritos de los monstruos, llegaron a la conclusión de que habían logrado despistar a sus perseguidores. En ese momento, sus cuerpos excesivamente castigados empezaron a reclamar con insistencia el necesario descanso. Sin poderlo evitar, cedieron a la naturaleza y se quedaron dormidos.

«El sueño del agotamiento total» es una frase que solemos utilizar para designar un descanso profundo e imperturbable. Aquella tarde los loorianos supieron lo que cualquiera que haya estado agotado podría corroborar: que el sueño de una persona extremadamente cansada es cualquier cosa menos sereno. Los dos loorianos despertaron repetidas veces, sobresaltados por algún ruido procedente del bosque; una y otra vez se disparaban sus nervios sobreexcitados, y ambos se veían sentados, mirando hacia el bosque con palpitante angustia. Por último, hacia el anochecer, cuando al fin pudieron conciliar el sueño, las pesadillas ocuparon sus mentes intranquilas. Pero algo pudieron descansar y, a la mañana siguiente, fue un Tumithak renovado y vigoroso el que abrió los ojos y contempló el mundo que tanto le había espantado el día anterior.

Acababa de salir el Sol y su luz se reflejaba gloriosamente en las aguas; los pájaros empezaban a cantar y sobre la cabeza de Tumithak, un enorme y viejo peral dejaban caer un millón de pétalos de sus ramas. Soplaba una brisa matinal y las nubes corrían sonrosadas hacia el este. Era una mañana primaveral perfecta, pero Tumithak no reparaba en su belleza, pues su mente estaba empeñada en averiguar cuáles de aquellas cosas podían ser hostiles y en qué momento podía temer que se volvieran peligrosas. Finalmente, se volvió y despertó a Nikadur. Éste se sentó, miró a su alrededor y se dejó caer otra vez, desesperado.

Parecía un sueño de terror

—Creí que sólo era un sueño, Tumithak —comentó con pesar. Tumithak sonrió y se encogió de hombros.

—Desgraciadamente, no fue así —respondió con amargura—. Estamos lejos de la seguridad de Loor, amigo Nikadur.

Mientras hablaba, se quitó la mochila que aún llevaba a la espalda y sacó de ella un paquete de pastillas alimenticias. Ofreció la mitad a Nikadur y ambos compartieron en silencio el sencillo desayuno, primer alimento que ingerían desde que salieran del túnel.

Cuando terminaron, se dedicaron a contemplar los detalles del maravilloso lugar donde estaban. Durante un rato, el suelo cautivó toda su atención, y no pudieron decidir si era un polvo grueso y denso que había caído allí, o si se había desmenuzado y deteriorado el suelo rocoso originario. Sin embargo, olvidaron esta duda frente a misterios mayores; dondequiera que mirasen, otras novedades reclamaban su interés.

Un pájaro voló y, si bien conocían los murciélagos de los corredores, se maravillaron al observar los colores de aquella criatura de la Superficie y la perfección de su vuelo.

Las flores que crecían profusamente entre los árboles despertaron su admiración pues, aun tratándose indudablemente de seres vivos, no conseguían entender que fuesen inofensivos y no pudieran trasladarse de un sitio a otro. En dos ocasiones divisaron pequeños animales, uno de los cuales huyó mientras el otro los miraba con curiosidad desde un agujero situado debajo de una roca. Para entonces, Tumithak ya había logrado vencer, hasta cierto punto, su miedo. Por eso comprendió que no tenía nada que temer de aquellas pequeñas criaturas de la Superficie.

Hacía más de una hora que inspeccionaban aquel mundo desconocido, cuando Nikadur expresó en voz alta un pensamiento que venía preocupando a Tumithak desde hacía rato:

—¿Cómo regresaremos a nuestros corredores, Tumithak? —preguntó—. ¿Has pensado qué camino hemos de tomar?

—Si pudiéramos andar en dirección opuesta a la que nos obligó a seguir la fuerza del agua, nos acercáramos a la ciudad de los shelks y podríamos buscar la entrada de nuestro hogar. Pero tal vez nos persiguen todavía. ¿Te atreverás a desafiar otra vez los peligros de Shawm?

Los hombres de los corredores esperaban en la Galería de los Estetas

Nikadur tembló, pero cuando empezó a hablar, Tumithak pudo ver que los acontecimientos de los últimos días no habían quebrado el espíritu valeroso de su amigo, pues respondió valientemente:

—Nennapuss y nuestros guerreros esperan en la Galería de los Estetas. ¿No es nuestro deber tratar de reunirnos con ellos?

El matador del shelk sonrió y palmeó la espalda de su camarada.

—En marcha —dijo.

Se levantaron y emprendieron viaje, manteniéndose tan cerca como podían de las riberas del río y confiando en no tropezar con ningún peligro nuevo y desconocido. Sin embargo, al poco se dieron cuenta de que sería imposible seguir mucho tiempo río arriba. Los ribazos eran cada vez más empinados y la vegetación más densa; finalmente los loorianos renunciaron al intento de seguir el río y se adentraron en el bosque con la esperanza de hallar un camino más despejado. No habían recorrido sino unas decenas de metros cuando encontraron un sendero bien marcado, que discurría en la misma dirección que ellos deseaban tomar. Como no sabían nada de silvicultura ni de otras artes semejantes, la idea de que aquél fuese un sendero trazado por los shelks jamás les pasó por la cabeza. En seguida enfilaron el sendero y siguieron viaje, con sublime ignorancia, hacia el peligro cada vez más cercano.

Avanzaron más de un kilómetro y medio sin incidentes molestos. Se felicitaron

varias veces por el afortunado descubrimiento del sendero, y ya confiaban en alcanzar el túnel cuando, de súbito, al coronar una pequeña loma, oyeron un fuerte alboroto en el pequeño valle que desde allí se dominaba. Al instante se arrojaron entre los matorrales, conteniendo la respiración; luego se arrastraron con cautela hasta la cumbre y, tendidos de bruces, pudieron contemplar una escena sorprendente.

Una lucha entre humanos organizada por los shelks

Era una escena de acoso, semejante a la que había descrito Tlot, el mog, mientras ellos estaban escondidos entre el cordaje de la torre de los shelks. En la hondonada había siete personajes: tres shelks y cuatro humanos. Tres de los humanos eran mogs y estaban armados con jabalinas cortas y gruesas, semejantes al antiguo pilum romano; el cuarto era una mujer, que apoyaba la espalda contra el tronco de un gran árbol y amenazaba furiosamente a los mogs con una espada larga y afilada que, por lo visto, bastaba para tener a raya a los tres salvajes. A sus pies había tres látigos rotos, lo cual indicaba que la batalla venía durando bastante rato, y que la muchacha sabía defenderse.

Los tres shelks no participaban en la pelea; se mantenían a cierta distancia y azuzaban a los mogs con palabras burlonas e hirientes. Dos de ellos parecían ir desarmados, y el tercero portaba la conocida caja con el tubo, cuyo largo extremo sostenía entre dos de sus miembros, de modo parecido a como un hombre sujetaría un lápiz entre el pulgar y el índice. Observaban con interés el combate y Tumithak comprendió que, si la batalla parecía favorecer excesivamente a la valiente muchacha, el shelk le pondría fin de inmediato acabando con ella.

Detrás de los shelks se veía un vehículo extraño, un coche largo y angosto, de dos ruedas, que permanecía curiosamente equilibrado sobre ellas. Delante iba equipado con una coraza alta y transparente en forma de V, detrás de la cual se divisaban los numerosísimos mandos. Evidentemente, los shelks y sus esclavos mogs viajaban a alguna parte en el vehículo y habían hecho alto sólo para entretenerse con el asesinato de la muchacha.

El extraño vehículo. La pelea. La flecha de Nikadur

Durante el breve reconocimiento que Tumithak dedicó a la máquina, observó también una caja en la trasera, que contenía varas metálicas blancas y brillantes. Parecían hechas de un metal semejante al de las placas que iluminaban los corredores. El resplandor no era tan brillante como el de las placas, sino poco más que una luminiscencia, lo cual indicaba que no eran exactamente de lo mismo.

El interés de Tumithak hacia el vehículo era circunstancial, por cuanto sólo le lanzó una ojeada apresurada; cuando fijó sus ojos en la lucha le dio un vuelco el

corazón. Uno de los mogs le había dado un golpe muy fuerte a la espada de la muchacha, y antes de que ella lograra ponerse de nuevo en línea de defensa, otro mog bajó su arma y luego... ¡hubo un silbido en el aire, cerca de la cabeza de Tumithak, y antes de llegar a asestar el golpe, el mog se venció de súbito hacia delante y cayó al suelo con el corazón atravesado por una flecha!

Tumithak se volvió y vio a Nikadur arrodillado en el césped, colocando otra flecha en su arco. Al comprender lo que había hecho su camarada sonrió, entre asombrado y complacido por la valentía recobrada de Nikadur. Luego sacó la pistola y volvió a prestar atención a la pelea. Los shelks estaban espantados ante la muerte repentina e inexplicable del cazador, y ello dio a los loorianos el necesario segundo de ventaja. Mientras Tumithak se volvía, el shelk armado ya apuntaba su misterioso tubo... ¡y luego, sorprendido, vio con que prendía fuego en los matorrales situados a su derecha, donde señalaba el tubo!

El estupendo tubo del shelk agonizante

Tumithak disparó en seguida y, por puro milagro, la bala acertó al shelk en pleno cuerpo. Lanzó un grito extraño, sus miembros quedaron yertos y cayó al suelo, soltando el tubo. Cuando éste cayó, Tumithak descubrió algo maravilloso. ¡El largo extremo del tubo describía una trayectoria y, donde quiera que apuntase, la vegetación se incendiaba inmediatamente! El sendero de llamas brotó a la izquierda, en las copas de los árboles, sobre sus cabezas y detrás de los shelks; luego, cuando el tubo cayó al suelo, quedó una larga franja de tierra ennegrecida que comenzaba junto a la boca del tubo y se extendía hacia el bosque. En algún lugar, una enorme rama separada del tronco por el rayo de calor cayó estruendosamente al suelo. Esto hizo que Tumithak volviese a fijarse en la escena de la batalla, precisamente cuando otro de los shelks trataba de recoger el tubo. ¡Tumithak volvió a disparar... y falló! Iba a disparar la última bala que le quedaba, cuando oyó vibrar el arco de Nikadur y vio que el segundo shelk caía al suelo, agitando débilmente las patas y procurando arrancarse la flecha que había atravesado su cuerpo.

Ahora sólo quedaban dos mogs y un shelk, y la ventaja de la sorpresa seguía del lado de los loorianos. El último shelk quiso recoger el arma de su hermano muerto, pero mientras lo hacía Tumithak y Nikadur, empujados por la fiebre de la batalla, arremetieron decididos a impedirlo. Cuando llegaron a la mitad de la pendiente, ambos se detuvieron para disparar sus armas, y cuando se vieron abajo sólo les hizo frente un mog. Porque los dos cazadores estaban enfrascados en la batalla con la muchacha y apenas habían reparado en lo que ocurría a sus espaldas. En el mismo momento en que Tumithak y Nikadur llegaban al pie de la colina, la muchacha, con un golpe de suerte, mató a uno de los mogs. El otro quiso volverse para recurrir a sus amos. El verlos caídos en el suelo fue demasiado para el cobarde mog. Lanzó un

aullido, abandonó la pelea y huyó.

De primera intención, a Tumithak no le importó que escapara, pero lo pensó mejor, recordando al mog que había escapado de la torre de los shelks en Shawm. Por ello lanzó una rápida orden a Nikadur, y una veloz flecha alcanzó al cazador, silenciándolo para siempre sus aullidos. Luego los loorianos se acercaron a la muchacha.

Aún estaba con la espalda apoyada contra el árbol; su pecho subía y bajaba, agitado por el esfuerzo de la batalla. Su larga cabellera, que era negra como la de los mogs, le caía sobre los hombros y estaba empapada del sudor vertido durante el combate. Vestía una túnica larga no muy distinta de los vestidos que usaban las loorianas, pero al parecer su tribu poseía el secreto de los tintes, porque era de color azul intenso. Tumithak pensó que nunca había conocido una mujer con la mitad de la energía y el valor que había mostrado aquella muchacha desconocida. El matador de shelks se acercó cautelosamente a ella, sintiéndose cohibido, por primera vez en su vida, en presencia de una mujer. No pudo articular palabra; de hecho, fue Nikadur quien finalmente rompió aquel embarazoso silencio.

Entablan amistad con la muchacha

—Somos amigos —afirmó y, por cierto, no estaba de más el decirlo, pues la muchacha mantenía la espada en guardia, no sabiendo cómo sería tratada por los recién llegados. A las palabras de Nikadur, bajó la espada poco a poco y relajó su tensa postura.

—¿Quiénes sois? —preguntó en tono de asombro—. ¿Quiénes sois vosotros, que matáis lo mismo shelks que mogs con extrañas armas de trueno?

Tumithak sacó el pecho con arrogancia. Había recobrado su compostura y, al oír las palabras de la muchacha, volvió a llenarse de aquella vanidad que le caracterizaba.

—¡Yo soy Tumithak, el matador de shelks! —anunció—. ¡Tumithak, Señor de Loor, jefe de Yakra y de Nonone, Amo de los Corredores Tenebrosos y de las Galerías de los Estetas! ¡He venido a la Superficie para exterminar a los shelks y enseñar al Hombre a combatir de nuevo por la reconquista de su antigua herencia! Mi compañero se llama Nikadur... y también mata shelks.

Mientras hablaba, Tumithak pareció comprender que ya no era «el matador de shelks», sino que ahora debía compartir tal honor con su camarada. Se volvió hacia Nikadur, lo cogió de los hombros y lo besó en la mejilla.

—Amigo mío, ahora tú también eres un matador de shelks —dijo—. Corta pronto las cabezas, para que podamos mostrárselas a nuestros amigos cuando regresemos a nuestros corredores.

Nikadur obedeció y fue a ocuparse de los cuerpos de los shelks mientras

Tumithak conversaba con la desconocida, que ahora era amiga.

Tumithak y la muchacha, amigos. Los tainos

—Jamás he oído hablar de esos lugares que tú nombras —dijo la muchacha, mientras acomodaba la espada en una presilla de su cinturón—. ¿Es posible que vengáis de otro corredor?

Esta suposición le pareció razonable a Tumithak, pues en sus corredores nunca había visto a nadie con una cabellera como la de la muchacha.

—Supongo que tienes razón —respondió—. ¿Cómo se llama tu corredor, y cuál es tu nombre?

—Soy Tholura la taina, y vengo del corredor de los tainos —la muchacha le mostró la garganta, donde llevaba un cuidadoso tatuaje en forma de estrella azul de seis puntas—. Éste es el distintivo de todos los tainos —explicó.

—Y ¿qué haces en la Superficie? —inquirió Tumithak—. ¿Es costumbre entre los tuyos salir a la Superficie y desafiar a los shelks? Había un gran desdén en la voz de la muchacha cuando respondió:

—En toda mi vida no he oído decir nunca que un taino se enfrentase voluntariamente ni siquiera a un mog. ¡Los tainos son una raza de conejos! Se agazapan aterrorizados en lo profundo de los corredores más bajos, y cuando los shelks y los inmundos mogs vienen a cazarlos, huyen aterrorizados o sacrifican a uno de los suyos para que los demás puedan vivir.

—Pero tú... —insistió Tumithak—. ¿Cómo tuviste valor para dejar el túnel? ¿Cómo estás en la Superficie?

—No lo sé. —repuso Tholura vagamente—. Siempre he sido algo diferente de los demás tainos. Me parece degradante huir frente al enemigo. Muchas personas de mi pueblo me juzgan loca porque opino que es más noble morir que huir. Pero jamás había pensado en aventurarme hasta la Superficie hasta hace tres días, cuando un grupo de cazadores mogs invadió nuestros corredores y mató a mi hermana.

La muerte de la hermana de Tholura. Su venganza

—Quise convencer a mi padre y a mis hermanos de que los siguieran, porque estaba segura de que los alcanzaríamos antes de que salieran de nuestro túnel. Pero como cobardes y pusilánimes que son todos los tainos, se agazaparon en nuestro habitáculo y dijeron que estaba loca al pensar semejante cosa. Tal vez lo estoy, pues cogí la espada de mi padre y volví mi rostro hacia la Superficie, jurando que iría y no regresaría sin haber tomado venganza de los asesinos de mi hermana.

Se interrumpió al acercarse Nikadur para echar las cabezas de los shelks a los pies de Tumithak. Las contempló un instante, fascinada y curiosa. Luego, con femenino

gesto de repugnancia, volvió la cabeza y prosiguió:

—Llegué hasta la entrada del túnel, pero no encontré a los mogs que habían asesinado a mi hermana. Así que salí a la Superficie y hoy, después de caminar mucho, mucho rato, encontré este otro grupo. Pude evitarlos dando un rodeo, pero me descubrieron antes de que yo consiguiera esconderme. Por eso me enfrenté a ellos, confiando en matar uno o dos mogs antes de morir. No podía yo soñar que existía un héroe capaz, no sólo de impedir mi muerte a manos de los mogs, sino también de vencer a sus monstruosos amos.

La mirada que dedicó a Tumithak al decir estas palabras hizo que Nikadur sonriera discretamente, se apartara y se pusiera a estudiar las diversas pertenencias de los shelks.

4 - Las varas de metal blanco

Tumithak y Tholura estuvieron sentados un rato bajo el gran árbol, hablando de la vida que cada uno había llevado en los corredores. Tumithak estaba asombrado de conocer a aquella muchacha cuyo carácter era tan sorprendentemente paralelo al suyo, y le hizo muchas preguntas con respecto a su pasado. Naturalmente, ella también le preguntó muchas cosas y Tumithak hubo de narrar una vez más la gran aventura que lo había llevado por primera vez hasta la Superficie desde sus corredores natales, situados en las mismas entrañas de la Tierra, y podéis figuraros que el relato fue épico.

Mientras tanto, Nikadur había hecho algunos descubrimientos que le interesaron sobremanera. El arma que lanzaba el rayo de calor aún estaba donde había caído, y la franja de tierra quemada y ennegrecida empezaba a ponerse al rojo debido a la intensidad del calor. A cierta distancia se elevaba un humo denso, donde la vegetación verde humeaba y se quemaba. Nikadur se acercó con cuidado al arma shelk, preguntándose cómo era posible que una cosa fría como aquel tubo pudiera producir un calor tan intenso. Pero esto era algo que excedía la capacidad de su intelecto; por tanto, lo catalogó como una maravilla shelk que no podía ser entendida por los hombres y volvió su atención al vehículo largo y estrecho.

La máquina tendría unos seis metros de longitud; era baja y aerodinámica, y estaba hecha de un metal amarillo desconocido. Estaba en equilibrio sobre las dos ruedas y, cuando Nikadur se acercó, oyó dentro de ella un zumbido apagado y continuo. Miró los mandos pero, como no podía comprenderlos, se acercó a la trasera del coche, donde estaba la caja de varas brillantes. Dudó en acercarse, medio convencido de que estarían en incandescencia, pero al aproximar la cara comprobó que no despedían ningún calor. Por último, reunió el valor suficiente para coger una

con la mano, y le sorprendió el hallarla fría al tacto.

Nikadur la estudió con atención. Tenía cerca de un metro veinte de longitud y poco más de un centímetro de diámetro. Mientras la hacía girar sobre su cabeza, Nikadur tuvo una idea brillante: aquellas varas de metal serían excelentes empuñaduras de hacha. Pensó que se sentiría muy orgulloso de poseer un arma tan hermosa. Luego, al pensar en armas, volvió instintivamente la mirada hacia la caja y el tubo caídos a su derecha.

Aquella sí que sería un arma, pensó, si pudiera descubrir el modo de graduar el calor o de encenderla y apagarla como, evidentemente, hacían los shelks. Nikadur comprendió por primera vez que en manos de un hombre aquel tubo podía ser tan peligroso para un shelk como hasta entonces lo había sido para los humanos. Fue un pensamiento trascendental, y Nikadur merece por ello todos los honores. Se volvió hacia donde estaban hablando Tumithak y la muchacha, y llamó al jefe looriano.

—¿Qué haremos con el arma shelk, Tumithak? —preguntó—. ¿Crees que hay algún modo de apagar esta ráfaga terrible de calor, como hacen los shelks? Tal vez encontremos el modo de manejarla, y así podremos quedárnosla.

Tumithak estaba a punto de responder, cuando Tholura lanzó una risa de enfado y se acercó al arma.

—¡Qué tonta he sido! —exclamó—. Debí darme cuenta en seguida.

La muchacha levantó el largo tubo, desplazó hacia atrás una pequeña palanca... ¡y el arma se volvió inofensiva! Los loorianos lanzaron un grito de admiración.

—¿Sabes cómo manejar un arma semejante? —gritó Tumithak—. ¿Dónde aprendiste? ¿Qué más sabes de las costumbres de los shelks?

La muchacha sonrió.

—Sé muy poco de las costumbres de los shelks —repuso—. Pero creo que sé mucho más que tú acerca de las costumbres de nuestros antepasados. Lo que me has contado de Loor y de tus corredores indica que habéis conservado muy poco o casi nada de la sabiduría de los antiguos. En esto, al menos, los tainos os superan. Durante muchos cientos de años han conservado las tradiciones de gran sabiduría de nuestros antepasados, y en nuestros museos, que también son nuestros lugares sagrados, tenemos muchas armas y máquinas que en otra época fueron utilizadas por nuestros sabios antepasados, y que los sacerdotes mantienen siempre en perfecto estado. Pero, por desgracia, el combustible, la energía que los hace funcionar, no se halla a nuestro alcance. Por eso, los tainos no están mucho mejor que los más ignorantes entre esos salvajes ciegos de los que me has hablado. Pero si llegara el día en que recobrásemos el secreto de esa energía perdida... —Tholura se interrumpió, con los ojos brillantes—. ¡Oh, matador de shelks! ¡Ésta sí que es una misión digna de ti! —gritó—. Si hallásemos el secreto de esa energía perdida, podríamos combatir a los shelks en igualdad de condiciones. Y entonces...

—¡Y entonces —gritó Tumithak, haciéndose eco de su entusiasmo y tomando de las manos de ella el arma shelk—, invadiríamos ese asqueroso agujero de Shawm! ¡Las mangueras de fuego echarían abajo torre tras torre! ¡Los inmundos mogs y los salvajes shelks huirían juntos a los bosques, aterrorizados!

Alarma repentina a lo lejos

No había terminado sus ensueños fantásticos, pero se interrumpió de repente al oír un ruido a través del bosque, procedente de Shawm. Nikadur también lo oyó y tocó el brazo de su jefe, en muda advertencia. Los tres guardaron silencio y tendieron el oído. A lo lejos se alzaba lo que sin duda era el parloteo de un grupo de shelks que se acercaban, y manifiestamente un grupo no pequeño. Tumithak y Tholura cayeron de las alturas de sus sueños a las profundidades de la realidad. Su naturaleza humana los traicionó, e instintivamente se volvieron para huir en dirección contraria a la de procedencia de las voces. Cosa curiosa, fue Nikadur quien los detuvo. Aún no había mostrado a Tumithak las varas blancas y relucientes que había descubierto. Cierta obstinación que lo caracterizaba lo hizo detenerse para coger algunas antes de huir. Por eso retuvo a Tumithak tomándole del brazo.

—¿Te irás sin coger las cabezas de los shelks, Tumithak? —preguntó—. ¿Estas varas no serían magníficas empuñaduras de hacha? Llevemos al menos algunas varas a nuestros corredores, como trofeos que presentar.

Tumithak se detuvo en seguida, bastante avergonzado de su terror repentino. Cogió dos cabezas de shelks y las ató a su cinturón, mientras Nikadur tomaba la tercera. Luego se acercó al vehículo, y por primera vez echó una ojeada atenta a la máquina y a lo que contenía. Le maravilló, lo mismo que a Nikadur, la belleza y manifiesta utilidad de las varas relucientes de metal. Cada uno de los loorianos cogió alrededor de una docena de varas y luego Tholura, con cierta previsión, transportó las demás a alguna distancia del sendero y las ocultó bajo un montón de hojas. Entonces huyeron los tres, abandonando el sendero y corriendo en la dirección emprendida por Tholura.

—Por aquí se va al túnel de los tainos —explicó la muchacha—. Ahora no podréis regresar a vuestros corredores sin tropezar con el grupo de shelks que se acercan, y eso sería correr un peligro absurdo e innecesario. Tal vez podáis infundir un poco de valor a esos cobardes tainos, visitándoles en sus propios corredores.

La cautela de Tumithak frente al peligro

Tumithak estaba ansioso por regresar a sus corredores. Pero, a pesar de sus palabras valientes y fanfarronas, aún poseía la prudencia necesaria para evitar el contacto con un grupo considerable de shelks. Sabía bien que no era un superhombre,

y en ese momento juzgó que el valor bien entendido consistía en ponerse a salvo bajo tierra, donde las condiciones le serían más familiares que en aquel sorprendente mundo de la Superficie. Sus compañeros del túnel de Loor probablemente podrían ocuparse de sí mismos durante uno o dos días más, sin precisar de su ayuda; de hecho, lo más seguro era que lo hubieran dado por muerto y regresado a sus ciudades. Por tanto, Tumithak decidió volver sus pasos hacia el túnel de los tainos.

Los tres corrieron rápidamente por entre los árboles, mientras las voces de los shelks se oían cada vez más distantes. Por último dejaron de oírlas, y los aventureros adoptaron una marcha rápida. Los loorianos tuvieron tiempo de hacer un atado con las varas brillantes para echárselas a la espalda y así tener las manos libres. Tumithak también cargó con el tubo de fuego del shelk, y luego prosiguieron la caminata muy animados, pues no ignoraban que aquel día habían logrado más que otros en una docena de siglos, por lo menos.

El descanso vespertino. Fin de la alarma

Mediada la tarde habían cubierto una gran distancia y casi habían olvidado el grupo de shelks. Tumithak se distrajo familiarizándose con el empleo del tubo mortal, y pegó fuego a muchas ramas y pequeños matorrales cuando lanzó sobre ellos el rayo de calor. Más adelante, los árboles empezaron a espaciarse y luego el bosque pasó a ser una llanura semejante a un parque no muy poblado, lo que les permitió avanzar con mucha más rapidez. Por último, los árboles desaparecieron y ellos salieron a un ancho valle o pradera. Allí, junto a una gran roca glacial de casi dos metros y medio de altura, los tres se sentaron para descansar y comer de la mermada provisión de pastillas alimenticias que llevaba Tumithak. Comieron en silencio y después Tholura habló quedamente:

—Mucho podemos hacer, Tumithak, con el arma shelk que poseemos. Creo que sería mejor consultar con Zar-Emo, el sumo sacerdote de los tainos. Tiene muchos conocimientos de la sabiduría de los antiguos, y puede aconsejarnos el mejor modo de emplear el poder que ha caído en nuestras manos. Conviene buscarle tan pronto como lleguemos al corredor donde vivo.

Tumithak convino en ello, y volvieron a guardar silencio. Estaban fatigados por la gran caminata, el cálido sol de la tarde doraba sus rostros, y en el fresco aire primaveral flotaba una modorra que parecía inundarlos y apoderarse de sus almas. Dieron cabezadas y Tholura, que la noche anterior prácticamente no había descansado, estaba ya dormida cuando Tumithak se irguió de improviso, con todos los sentidos en tensión, llevándose un dedo a los labios para imponer silencio a Nikadur. ¡Al otro lado de la roca se oía un ruido, un rascar de uñas que les sonó familiar! Algún ser vivo se había movido detrás de la roca. ¿Era shelk, hombre o animal inferior?

Los dos loorianos permanecieron inmóviles y en guardia. El sonido se oyó de nuevo; por lo visto, el intruso acababa de llegar e ignoraba que al otro lado de la roca había un grupo, puesto que no se molestaba en andar con cautela. Tumithak desató el arma shelk que llevaba a la espalda, empuñó el tubo y caminó de puntillas rodeando la roca. Cuando se creyó cerca, bajó la cabeza y se asomó con cuidado, muy despacio. Hubo una descarga sibilante, y Tumithak encogió bruscamente la cabeza. A pocos centímetros de donde estaba, la hierba se puso a arder. Tumithak se llevó la mano a la cabeza, donde un gran mechón de cabello quemado atestiguaba que había esquivado la muerte en el momento justo. ¡Antes de que pudiera hablar o dar la alarma a los demás, apareció un shelk con su tubo de fuego entre las garras y una expresión de rabia salvaje en sus ojos fríos!

Un shelk ataca a Tumithak

No cabe duda de que, si tal encuentro hubiera ocurrido una docena de años después —cuando Tumithak, como Señor de Kaymak, había convertido su nombre en una palabra mítica y odiada en todas las regiones de los shelks—, el jefe looriano habría tenido más probabilidades. Pero en aquellos tiempos, los shelks aún eran amos de toda la Tierra, y para un hombre era impensable el combatir cara a cara con un shelk. Por tanto el shelk, cuando vio que Tumithak se agazapaba detrás de la roca, creyó que aquello no era más que un incidente normal de su deporte favorito, y se aprestó a iniciar el acoso. No adoptó ninguna precaución, pues estaba seguro de que el hombre de los subterráneos sólo podía llevar una espada o un arco. Escaló de un salto el peñasco, sin molestarse en apuntar su rayo de calor, para quedar enfrente del tubo de fuego que Tumithak tenía en la mano. El looriano accionó la palanca, hubo un chasquido y un grito gutural, y el shelk desapareció. Otro enemigo del hombre había ido a reunirse con sus antepasados en la tierra legendaria del planeta originario.

Tumithak estaba sereno, pero su mente funcionaba a todo vapor. Casi al instante se le ocurrió que lo mejor sería explotar la momentánea ventaja y, poniendo en práctica la idea, volvió a rodear la roca, apuntando ante sí con el arma dispuesta. Rodeó la base de la gran piedra, casi seguro de que iba a enfrentarse con el grupo que habían oído antes, pero lo que vio le hizo sonreír, satisfecho, y felicitarse a sí mismo por su hazaña. No había shelks, pero a doscientos metros corrían dos mogs, escabullándose de un árbol a otro; en el suelo quedaban dos extraños bultos informes, seguramente abandonados por los cazadores al ver la muerte de su amo.

Tumithak libera a los capturados Datto y Thorpf

Tumithak se volvió para hacer seña a sus dos compañeros y luego, viendo que los dos mogs que huían estaban lejos del alcance del tubo de fuego, los ignoró y se

acercó a los bultos. Los observó con cuidado, y su tamaño y forma peculiares le hicieron sospechar cuál podía ser el contenido. A mitad de camino se detuvo, espantado... ¡Había entrevisto facciones humanas a un lado de uno de los bultos! No se había equivocado. ¡Había hombres allí! Su grito de alarma se convirtió en una exclamación de sorpresa y alegría. Corrió hacia los bultos y se puso a cortar sogas y cordeles como un loco.

Nikadur y Tholura, que habían seguido con poca convicción a Tumithak, oyeron el grito y retrocedieron. Luego comprendieron que no era un grito de temor, y se apresuraron a averiguar qué era lo que causaba tanta sorpresa a su jefe. Aún estaban lejos cuando Tumithak gritó:

—¡Nikadur! ¡Ven a ayudarme!

Nikadur sacó la espada y echó a correr mientras Tumithak cortaba el último cordel que envolvía el cuerpo de... ¡Datto el yakrano!

Durante un buen rato, la mente de Nikadur fue un lío de pensamientos confusos. ¡Tumithak había encontrado a los yakranos! ¿Cómo habían llegado allí? ¿Estaban vivos o muertos? ¿Por qué los habían llevado allí los shelks? La voz de Tumithak le sacó de sus cavilaciones:

—¡Desata a Thorpf! Están débiles por culpa de esos cordeles tan apretados. Pronto se recuperarán.

Nikadur obedeció en seguida. Poco después los yakranos quedaban libres de las cuerdas y Tholura les daba de beber, mientras Tumithak y Nikadur les frotaban las extremidades para reactivar la circulación. Los yakranos tardaron bastante rato en darse cuenta de lo que les rodeaba; parecían encontrarse medio inconscientes. Al fin Thorpf se incorporó, empezó a frotarse los brazos y dijo en tono burlesco y solemne:

—Amigo Tumithak, algunas personas de Loor y Yakra aseguran que eres un superhombre. Hasta hoy, nunca lo había creído, pero ahora no sé de qué otro modo podría explicar tu presencia aquí, con el cinto lleno de cabezas de shelks y armas de shelk en tus manos. Explícame pronto cómo llegaste hasta aquí, antes de que deba sospechar que eres un dios.

Tumithak narra sus aventuras a los compañeros rescatados

Tumithak se echó a reír. Nada podía halagar tanto su vanidad como aquel discurso, pero no entraba en sus planes el exagerar sus proezas envolviéndose en un velo de misterio. Por eso respondió sin dilación; dio a los yakranos referencia bastante detallada de sus aventuras, y les presentó a Tholura. Datto y Thorpf quedaron asombrados al enterarse de la existencia de otros corredores, porque jamás había pasado por sus cabezas tal idea. Para ellos el mundo estaba integrado por los túneles de Loor y Yakra que, confirmando la leyenda, se abrían a la Superficie. Y

ésta, en su opinión, no era sino un túnel más alto y espacioso, con más comodidades y lujos. Pero cuando supieron de los corredores de los tainos, entendieron al punto que lo más conveniente sería visitar esos corredores y tratar de hacer un pacto con sus habitantes. Los loorianos y Tholura estaban impacientes por emprender viaje, pero los yakranos se hallaban agarrotados y doloridos por las muchas horas que habían pasado hechos embutido, y rogaron a los demás que los dejaran descansar un poco para recobrar las fuerzas.

Quedaron de acuerdo en ello, y Tumithak propuso que, mientras tanto, los yakranos explicaran cómo habían llegado allí, porque a los loorianos les maravillaba tanto la presencia de los yakranos como a éstos la aparición de los primeros.

Los dos yakranos narran sus aventuras

Datto, que parecía estar en mejores condiciones que Thorpf, se dispuso a hablar.

—Cuando corté la soga de la que tú colgabas, Tumithak, no pude ver si había salvado tu vida o si sólo te había arrastrado a una muerte más piadosa, pues los shelks se abalanzaban sobre mi y, aunque luché con todas mis fuerzas, me ganaron por el número. No podían utilizar sus armas entre el cordaje del que colgábamos, y a esto atribuyo el hecho de que no me mataran allí mismo. Pero, por lo visto, cuando me bajaron al suelo habían meditado la cuestión, y decidieron que no me matarían hasta que el jefe tuviera oportunidad de verme. Cuando llegué al suelo tuve la alegría de ver que Thorpf estaba vivo y no demasiado lastimado. Cuatro mogs le sujetaban pies y manos a mi lado. En seguida fui puesto bajo la vigilancia de cuatro mogs y, a una orden de los shelks, todos salimos de la torre y fuimos conducidos al centro de la ciudad. Te aseguro que busqué señales de ti tan pronto como salimos, pero no vi nada que me indicara lo que había sucedido contigo. Sin embargo, uno de los mogs sabía que habías escapado, pues me mostró una numerosa patrulla de shelks armados que se alejaban de la escena de nuestra batalla, y apuntó adonde se dirigían. «Van a dar caza a tus amigos, salvaje», dijo burlescamente. «Pronto te reunirás con ellos. En este momento, medio Shawm los persigue.» No le respondí, Tumithak, porque en mi fuero interno pensé que tenía razón y que no tardarías en compartir mi suerte. Poco después llegamos a una torre más alta que las demás, y hecha de un metal distinto. Nos hicieron entrar y nos arrojaron al suelo. Entonces se descolgó de las cuerdas de arriba un shelk que llevaba en la cabeza una corona como la que tú usas, Tumithak. Por eso supe que era el jefe de aquella ciudad de shelks. Los shelks que me habían capturado hablaron con él, y discutieron un rato en su asquerosa lengua shelk, pero no entendí nada. Luego el jefe shelk se dirigió a Tlot, el mog con quien habíamos luchado. «Me han dicho que uno de los salvajes, que ahora está siendo perseguido por el bosque, lleva una corona como la mía. ¿Es cierto eso?» El mog, temblando, afirmó que así era. «¿También es cierto que lleva ropas como las que usan los

Estetas?» El mog volvió a mover la cabeza afirmativamente, y la ira del jefe shelk fue terrible. Luego se volvió hacia Thorpf y hacia mí.

La muerte del Gobernador-Subalterno de Shawm

—«Hace tres años», habló con su áspera voz, «el Gobernador-Subalterno de la ciudad de Shaw fue asesinado junto a la entrada de un túnel de hombres, le cortaron la cabeza y se la llevaron. Algunos shelks supersticiosos han dicho que fue obra de un salvaje salido de los corredores, pero todos nos mofamos de ellos. Creíamos que aún no había nacido un hombre con valor suficiente para hacer tal cosa. Pero al parecer ellos tenían razón y nosotros estábamos equivocados. ¿De dónde venís, salvajes? Mostradnos el camino a vuestro túnel, para que podamos acabar con el peligro que nos amenaza.» Yo estaba a punto de decírselo, Tumithak, pues temblaba de miedo y me asustaba la idea de morir, pero de repente sentí renacer mi valor en medio de la desesperación. Pensé que, si de todos modos iba a morir, ¿por qué habría de ayudar a mis enemigos para que mataran a mis parientes y amigos? Le respondí al shelk de un modo que debió sorprenderlo enormemente, puesto que me asombró a mí mismo. Le dije: «Arácnido inmundo: ¡demasiado tiempo ha temblado mi gente y ha huido ante ti! Si decido no contestar a tu pregunta, ¿cómo podrás obligarme a hacerlo? ¡Pregunta a tus Estetas de dónde salió el enemigo que acabó con ellos! Tal vez ellos puedan satisfacer tu curiosidad.»

Tumithak se echó a reír, lo mismo que Nikadur, y Tholura no daba crédito a sus oídos.

—¿Le dijiste eso? —preguntó Tumithak, dejando de reír—. ¿Y qué hizo entonces, Datto?

Ira del shelk ante la respuesta de Datto

—Su ira aumentó aún más, si esto fuera posible. Dio una orden y varios shelks salieron apresuradamente del cuarto, sin duda a ver qué había ocurrido con los Estetas. Luego lanzó otra orden, pero esta vez varios shelks parecieron discrepar. Hablaron un rato y uno de los inmundos mogs, supongo que para asustarme, me dijo que el jefe shelk, a quien llamó Hakh-Klotta, deseaba asesinarme en seguida, mientras los demás sostenían que ambos debíamos ser enviados a un sitio llamado Kaymak, la gran ciudad de esta zona de la Superficie, pues allí había shelks capaces de obligarnos a divulgar lo que sabíamos, por más que prefiriésemos morir a hablar. Finalmente, la opinión de estos shelks prevaleció sobre la del viejo Hakh-Klotta. Nos sacaron de la gran torre y nos arrojaron en otra, donde quedó un shelk y doce mogs para vigilarnos. Permanecimos allí muchas horas y volvió el tiempo oscuro, y mientras el shelk dormía, los mogs montaron guardia por turnos. Cuando volvió la

luz, Thorpf y yo fuimos sacados afuera y conducidos otra vez delante de la gran torre. Esperamos un poco y luego apareció una gran maravilla: ¡una enorme máquina que volaba como un murciélago, Tumithak! Sobrevoló las torres de los shelks y se detuvo en el suelo cerca de nosotros. Luego se abrió una puerta y nos acercaron apresuradamente. De ella salieron shelks que nos arrastraron adentro, y luego vimos horrorizados que la máquina volvía a elevarse y se nos llevaba.

El prisionero Datto derriba la máquina voladora

—No habíamos volado muy lejos cuando Thorpf notó algo maravilloso. Uno de los shelks estaba sentado en la parte delantera de la pequeña cabina donde nos hallábamos y no apartaba los ojos de una ventana que tenía delante. Sujetaba entre las garras el extremo de una varita que estaba metida en la tapadera de una caja instalada al lado de la ventana. Cuando movía la vara a la derecha o a la izquierda, la máquina voladora hacía el mismo movimiento. ¡Y cuando bajaba la vara, la máquina también bajaba! Fue Thorpf quien lo notó, y mi mente formó un plan desesperado. Sin explicar a Thorpf los detalles de mi plan, di un rápido salto apartándome de los mogs que me sujetaban, y me abalancé sobre el shelk que manejaba la vara. Mientras caía sobre él, cogí la vara y la bajé todo lo que pude. Los shelks gritaron asustados y quisieron sacarme de allí. Me volví dando puñetazos a diestro y siniestro, y luego hubo un choque y ya no supe nada... ¡Cuando recobré el conocimiento, estaba atado como tú me encontraste y los mogs nos transportaban a través del bosque! Luego apareciste tú, y ya sabes lo demás.

—La máquina voladora quedó tan destrozada que no servía —agregó Thorpf, que evidentemente había visto algo más que Datto—. Murieron dos mogs y tres shelks, y sólo se salvó un shelk y los dos mogs que han escapado. Sin duda, el último shelk pensaba regresar a Shawm y pedir otra máquina voladora, porque ordenó a los mogs que regresaran con nosotros a la ciudad. Nos ataron de pies a cabeza, para impedir que pudiéramos hacer daño, y luego el shelk les ordenó que emprendieran el camino. Supongo que llevábamos cuatro horas de marcha cuando, fatigados de llevar cargas tan pesadas, los mogs insistieron en descansar junto a esa enorme roca donde nos encontraste.

—¿Habéis aprendido muchas cosas acerca de los shelks? —preguntó Tumithak—. ¿Cómo manejan sus máquinas extrañas? ¿Qué otras clases de armas poseen? ¿Cómo viven y qué comen? Cada vez estoy más convencido de que nuestra mayor desventaja es el desconocimiento del enemigo.

Las observaciones de Datto entre los shelks

Datto vaciló.

—He averiguado algunas cosas sobre ellos, ¡oh Señor de Loor! —respondió—. Y reparé en algo que tal vez pueda servirnos en adelante. ¿Recuerdas cuan silenciosa y vacía nos pareció la ciudad cuando llegamos? ¿Y que despertó con la llegada de la luz? Pues bien, cuando la luz de la Superficie volvió a hundirse en el suelo y llegó la oscuridad, la ciudad quedó otra vez en silencio. Al principio, Thorpf y yo no lográbamos comprender la causa de tal silencio, pero luego nos dimos cuenta, Tumithak. Los shelks emplean esos períodos oscuros para descansar, y se van a dormir todos hasta que regresa la luz, salvo algunos que se quedan despiertos haciendo guardia. Si alguna vez regresamos a nuestro túnel y volvemos a atacar a los shelks, convendrá hacerlo durante el tiempo que dura la oscuridad.

—Este descubrimiento puede ser valioso —opinó Tumithak, y estaba a punto de hacer otro comentario cuando Tholura le interrumpió.

—¿No podríamos dejar para luego estas discusiones? —sugirió—. La luz se acerca al suelo y todavía estamos bastante lejos del túnel de los tainos. Pongámonos en marcha.

Tumithak comprendió el acierto de su proposición, y poco después el grupo cruzaba la gran llanura que conducía a las colinas lejanas. Nikadur se había apoderado del tubo de fuego del shelk muerto y había cedido su arco a Thorpf, que era un excelente arquero. Datto recogió una espada corta que uno de los mogs había dejado caer en su apresurada huida.

En marcha hacia el túnel de los tainos. Aparición de los shelks

Viajaron varias horas y, según Tholura, estaban muy cerca de la entrada del túnel cuando Thorpf lanzó un grito de temor:

—¡A tu espalda, Tumithak! ¡Nos persiguen!

En efecto, se veía a lo lejos un numeroso grupo de shelks que se acercaban con rapidez. Los hombres de los corredores se sorprendieron al ver con qué velocidad avanzaban las bestias. No corrían, sino que daban grandes saltos que los elevaban sobre el suelo, a una cadencia terrible. Sin duda era el mismo grupo que habían oído antes y probablemente habrían sido puestos sobre su pista por los mogs que huyeron después del combate junto a la roca. Era evidente que estaban siendo perseguidos por aquellos shelks. Tumithak lanzó una interjección de disgusto y desesperación, y estuvo a punto de lanzarse a su encuentro, pero Tholura le empujó a un lado.

—¡Pronto! —gritó la muchacha—. Casi hemos llegado a la entrada del túnel. Una vez dentro, quizá podamos despistarlos en el laberinto de corredores.

Así pues, se volvieron y huyeron hacia las colinas. Durante media hora corrieron locamente tras la muchacha vestida de azul. Pero cuando volvían la vista descubrían que la partida de shelks se acercaba más y más. Al fin, cuando Tumithak ya creía que no había otra elección sino volverse y luchar o morir huyendo, la muchacha se detuvo

de repente.

—¡Aquí! ¡Detrás de esa piedra! —exclamó y, al mirar adonde ella señalaba, Tumithak vio una estrecha grieta entre dos rocas—. ¡Adentro! —jadeó—. Puede que aún los burlemos.

Pero Tumithak sabía que no podían limitarse a correr, porque los shelks estaban demasiado cerca. Los arácnidos se hallaban a menos de cien metros y, cuando el grupo se metió en el túnel, Tumithak vio que el jefe de la partida, que llevaba la delantera, alzaba ya su tubo de fuego para apuntar. Anticipándose, envió una ráfaga de calor hacia los shelks y luego se metió en la boca del túnel, muy semejante a una cueva natural.

Disponen que el grupo se divida al entrar en el túnel taino

—Están demasiado cerca —le gritó a Tholura—. Datto, Thorpf y tú, acompañad a Tholura hasta que se reúna con su pueblo. Nikadur y yo tenemos armas shelks. Nos quedaremos aquí para alejar a este grupo de shelks. Si huyéramos todos, nos seguirían hasta la ciudad y destruirían a todos los tainos. ¡Vamos, Nikadur!

Tumithak regresaba hacia la entrada.

Los demás vacilaron un momento. Luego, Nikadur se puso a la izquierda de su jefe, empuñando el tubo de fuego. Con gran sorpresa de Tumithak, Tholura se puso a su derecha.

—No puedo dejarte, Tumithak —dijo—. No te abandonaré para que mueras por mí y mi pueblo.

Tumithak hizo un gesto de impaciencia.

—No soy tan tonto que desee morir por un pueblo del que no sé nada, Tholura. Esto no será tan difícil como supones. Aquí en la entrada estamos a cubierto, y tenemos las mismas armas que ellos. En cambio, ellos no pueden cubrirse, e ignoran que yo poseo y sé manejar una de sus armas de fuego. Verás cómo los despacho pronto.

Levantó el tubo de fuego mientras hablaba y disparó una ráfaga de calor. Los shelks lanzaron un resonante chillido de sorpresa. Tholura miró por encima del hombro de él y vio que los enemigos trataban de cubrirse. Tres de ellos yacían en el suelo, uno muerto y los otros dos gravemente quemados. Tumithak rió y su proyector de fuego volvió a lanzar un rayo invisible. Un cuarto shelk se dejó caer y replicó al fuego, y un lado de la cueva se puso al rojo mientras volaban esquirlas de roca alrededor de los defensores. Cuando se atrevieron a asomarse otra vez, los shelks ya habían logrado cubrirse detrás de rocas y árboles, y la batalla se convirtió en un juego de paciencia. Poco después, Nikadur ahogó una exclamación satisfecha y apuntó con su tubo. Uno de los grandes árboles empezó a arder cerca de la base, donde había recibido el rayo térmico, y el shelk, lanzando un áspero grito de angustia, salió del

escondite que el calor hacía insoportable y corrió hacia una roca cercana. El rayo de Nikadur cortó su carrera, y cayó hecho cenizas irreconocibles.

La risa de los loorianos mientras luchan contra los shelks

Los loorianos volvieron a reír. Los combates de la jornada habían sido tan afortunados, que empezaron a subestimar a los shelks, a creer que aquellos enemigos no eran tan peligrosos como parecían. Mas pronto iba a ocurrir algo que les enseñaría a respetar a los shelks y les haría comprender que, al fin y al cabo, sabían muy poco acerca del uso de las armas shelks. Mucho tiempo faltaba todavía para que realmente pudieran combatir a aquellas fieras en igualdad de condiciones.

El primer indicio de que pasaba algo raro lo observó Tholura al mirar hacia el techo de la cueva. Tenía un brillo rojo oscuro, porque recibía el fuego de algún shelk invisible para ellos. Tumithak no creyó que fuese peligroso, pues el techo estaba a varios metros por encima de sus cabezas. Y sin embargo, los shelks seguían concentrando sobre él sus rayos. Tholura gritó, cogió a Tumithak del hombro y lo arrastró hacia el interior de la caverna.

—¡Atrás, loorianos! ¡Pronto! —gritó al mismo tiempo, y sólo el antiguo miedo instintivo les permitió retroceder con rapidez suficiente.

Con un estrépito y un fragor que casi los ensordeció en aquel recinto cerrado, toda la entrada se derrumbó hacia dentro. Si se hubieran demorado un segundo más, todos habrían perecido aplastados bajo las rocas.

5 - La sabiduría de Zar-Emo

Al comprobar cuan estrecho había sido el margen de tiempo que les permitió salvarse, todo el grupo se estremeció. Thorpf y Nikadur tenían pequeñas heridas donde habían sido alcanzados por fragmentos proyectados de roca. Tumithak se quedó unos momentos verdaderamente aturdido. Luego Tholura lanzó una risa temblorosa.

—Aún estamos vivos, looriano —dijo—. Sinceramente, Tumithak, empiezo a creer de veras que tienes una suerte sobrenatural. Está claro que los shelks pensaban aplastarnos bajo las rocas de la entrada, pero ellos mismos han inutilizado sus esfuerzos. No sólo estamos salvos y casi sanos, sino que nos hemos librado de ellos, al menos por ahora.

Los hombres no respondieron. No compartían el alivio de Tholura, pues comprendían que, aun viéndose a salvo de los shelks, estaban aislados y no podían regresar a casa, incomunicados en un corredor cuyos habitantes podían resultar

hostiles. Poco después, Tholura comenzó a bajar por el corredor. La siguieron en silencio, agitados aún por la última aventura, y luego empezaron a fijarse en los pasillos que atravesaban. Tumithak nunca había visto semejante laberinto de corredores ciegos y falsos cubículos, y la cabeza le daba vueltas cuando quería recordar el camino que seguían. Habían andado poco más de una hora, y empezaron a hallar habitáculos ocupados. Tumithak estaba sorprendido. Por la conversación de los mogs en la torre, y luego por boca de Tholura, sabía que el túnel de los tainos era muy superficial; pero el que la gente viviese a sólo una hora de la Superficie le pareció excesivamente temerario. No era raro que los shelks prefirieran cazar en los túneles de los tainos. Comparado con una cacería en este túnel, un ataque contra Yakra habría parecido una empresa de larga duración.

En el túnel de los tainos. La gran ciudad

Pronto iba a saber Tumithak que los tainos contaban con cierta protección en aquellos corredores laberínticos. Tholura los condujo por espacio de otros tres kilómetros a través de una serie de túneles y pasadizos que los dejaron totalmente desorientados. Por último, se detuvo después de bajar por una escalera que desembocaba en un corredor largo y ancho.

—Aquí empieza la ciudad de los tainos, Tumithak —explicó—. Creo que será mejor que me adelante y anuncie tu llegada. Esperad aquí hasta que...

Lanzó una exclamación cuando salió repentinamente un personaje de un cubículo cercano y se abalanzó sobre Tumithak.

Era un muchacho, un joven de unos dieciséis años armado con una espada corta, pero su ataque era tan impetuoso que por un momento Tumithak se vio en un aprieto para defenderse.

—¡Huye, Tholura! —gritó el muchacho, esgrimiendo la espada con gran habilidad—. ¡Huye mientras los contengo! —Luego se volvió hacia los loorianos—: ¡Inmundos mogs! ¡Jamás tocaréis a mi hermana mientras yo viva! ¡Vais a morir!

Datto estaba a punto de atravesar al muchacho con la espada en su afán de proteger a Tumithak, pero las palabras de Tholura lo detuvieron.

—¡Detente, Luramo! —gritó—. ¡Estáte quieto, te digo! Son amigos. —Luego le dijo a Tumithak—: ¡No le hagas daño! ¡Es mi hermano!

Tumithak y Datto bajaron las espadas, y en seguida el muchacho les imitó, sonriendo avergonzado.

—Es mi hermano Luramo —lo presentó Tholura, rodeando los hombros del joven con un brazo—. Es el menor y creo que el más valiente.

Luramo relucía de satisfacción.

—Raros amigos traes, Tholura —dijo—. Ahora veo que no son tainos ni mogs. Dime, ¿quiénes son?

—Los que están aquí son más grandes que los tainos y los mogs —respondió Tholura—. ¡Éste es Tumithak, el matador de shelks, y sus compañeros, que también han matado shelks! ¡Salí a la Superficie, Luramo, y allí fui perseguida por tres mogs y tres shelks! ¡Y mientras luchaba con los mogs, Tumithak, con la ayuda de sólo uno de sus amigos, mató a los seis y me salvó! ¡Contempla las pruebas de su grandeza!

Hizo que Tumithak se volviera para que Luramo pudiera ver la cabeza de shelk que colgaba de su cinturón.

Luramo miró, espantado. Estuvo un minuto mirando y es fácil imaginar, mejor que describir, lo que pasó por su imaginación. Después de una vacilación, presentó su espada a Tumithak, con el gesto secular de lealtad. Tumithak sonrió y, tocando suavemente la espada, aceptó la fidelidad del muchacho. Aunque en aquel momento no dio mayor importancia al acto, años después valoraría aquella fidelidad por encima de casi todas las demás, y Luramo se revelaría como uno de sus más valientes guerreros.

La lealtad del joven Luramo

Tholura contemplaba a Luramo con perplejidad, y le espetó:

—¿Qué te ha traído hasta el límite de la ciudad, hermano? ¿Están todos bien en casa?

—Supongo que bastante bien —respondió Luramo desdeñosamente—. Padre aún vive escondido en el habitáculo y se duele de que sus dos hijas hayan muerto a manos de los mogs, porque está convencido de que tú también has muerto. Luragra y Bathlura intentan consolarlo y juran que serás vengada si los mogs vuelven a aparecer por la ciudad. Pero no intentan seguir tu ejemplo, aun sabiendo que cuando saliste del túnel ibas hacia una muerte segura. He perdido muchas horas intentando persuadirlos para que saliéramos a buscarte. Ellos no ahorraban excusas para no moverse, y por eso, finalmente, decidí salir yo solo. Como habrás visto, no creí que realmente hubieras salido. Pensé que te extraviarías en estos pasadizos y que te encontraría aquí. Creo... creo que yo habría tenido miedo de salir a la Superficie —confesó, algo avergonzado.

Tumithak se echó a reír y a continuación estrechó la mano del muchacho.

—Luramo —dijo encantado—, sin duda tengo en ti y en tu maravillosa hermana dos aliados que van con mi manera de ser. No te avergüences de lo que no has hecho. Ignoro si habrá en toda la ciudad de los tainos otro hombre con valentía suficiente para llegar adonde tú has llegado.

Luramo sonrió con orgullo y, mientras Tholura se disponía a proseguir el viaje interrumpido, envainó la espada y siguió a Tumithak, acompañando a los yakranos y a Nikadur. Poco después Tholura lo llamó y le dijo:

—Conviene que te adelantes para anunciar nuestra llegada a la población. De lo

contrario, alguien podría cometer el mismo error que tú y ponemos en un apuro.

Luramo echó a correr y desapareció por un recodo del pasillo. Durante quince minutos, el grupo siguió andando por el corredor, y luego vieron a Luramo que se acercaba a la cabeza de una gran multitud. La gente se adelantaba con cautela, con el miedo característico de los hombres, pero al parecer podía más la curiosidad, excitada por las maravillas que Luramo les había prometido. En medio de ellos caminaba un anciano, un hombre que vestía una túnica blanca y cuya barba larga y rala le llegaba casi a la cintura.

—Es Zar-Emo —susurró Tholura, señalándolo—. He aquí al sumo sacerdote de los tainos, el más sabio de todos en cuanto se refiere a la ciencia de nuestros sabios antepasados.

Zar-Emo, el sumo sacerdote

El sacerdote se acercó con la mano derecha extendida hacia arriba y hacia fuera, signo de paz que Tumithak entendió e imitó. El grupo de tainos se detuvo a poca distancia, y durante un rato todos se miraron con curiosidad. Tholura habló:

—He estado en la Superficie, Zar-Emo, y regreso con invitados. Sin duda, Luramo te habrá contado ya cómo me salvaron estos hombres, matando shelks y mogs con sus armas prodigiosas. Éste es el jefe Tumithak, el más grande de los matadores de shelks, y sus compañeros son Nikadur, Datto y Thorpf.

Después de las presentaciones, Zar-Emo dijo:

—Bienvenidos a la ciudad de los tainos, extranjeros. Han pasado muchas generaciones desde la última vez que nos visitó alguien que no era inmundo mog ni shelk salvaje. Una antigua profecía dice que algún día bajará desde la Superficie un héroe que nos enseñará a manejar las poderosas armas de nuestros antepasados. ¿Eres tú?

Tumithak meneó la cabeza con pesar.

—No, Zar-Emo. He oído hablar de la gran sabiduría de vuestros antepasados y, si es cierto lo que me ha contado Tholura, sé mucho menos que vosotros. Sin embargo, gracias a un golpe de suerte, tengo un arma shelk. Tal vez os permita averiguar algo sobre las máquinas y las armas de la antigüedad.

Mientras hablaba, desató el tubo de fuego y se lo presentó al viejo sacerdote. Éste iba a cogerlo, cuando reparó en las varas blancas y brillantes que Tumithak aún llevaba atadas a la espalda. Al verlas, los ojos del sacerdote se abrieron de asombro y sus manos, que había alargado para tomar el tubo de fuego, cayeron inertes a sus costados. Permaneció en silencio, como si se hubiera quedado mudo de sorpresa, pero finalmente volvió en sí y habló.

La historia de las varas encontradas en el coche

—¡Oh matador de shelks! Llevas una cosa que es mucho más importante que la cabeza de shelk o el tubo de fuego. ¿Dónde conseguiste esas varas blancas y brillantes?

Tumithak le narró sucintamente la batalla que había dado lugar al rescate de Tholura, y el descubrimiento de las varas en el vehículo, después de la victoria. Zar-Emo asintió.

—Estoy seguro de no equivocarme —dijo con expresión de asombro.

Tomó el tubo de fuego que aún le alargaba Tumithak, destornilló el extremo, quitó una tapadera... ¡y sacó un pedazo de vara blanca, medio consumido!

—¡He aquí el Poder! —gritó con teatralidad—. ¡El combustible que propulsa las máquinas de los shelks! ¡Y tú, oh Tumithak, eres en verdad el enviado según nuestra profecía, pues has traído lo que necesitábamos para poner en funcionamiento las muchas máquinas que conservamos en nuestros museos!

Mientras hablaba, sus seguidores inclinaron la cabeza en señal de acatamiento y respeto. Zar-Emo gesticuló esgrimiendo la vara ante Tumithak, mientras proseguía casi en un ataque de fanatismo:

—¡Con esto los tainos podrán alimentar los tubos de fuego que tenemos en nuestros museos! ¡Con esto podremos propulsar las poderosas máquinas que abren túneles en el suelo! ¡Podremos hacer nuevos corredores, mucho más profundos que los habitados por nosotros ahora, tan profundos que los shelks y los inmundos mogs jamás podrán alcanzarnos! Con esto, los tainos conoceremos al fin la seguridad.

—Con esto —le interrumpió Tumithak con un movimiento imperioso—, ¡enseñaremos a los salvajes shelks que el hombre aún es dueño de su destino! ¡Con esto expulsaremos a los shelks de sus apestosas torres de Shawm y con esto, finalmente, mataremos hasta la última de las bestias que hasta ahora han sojuzgado la Tierra!

El joven Luramo le aclamó; Datto dio una vigorosa palmada en la espalda de su jefe, y Tholura asintió excitada con la cabeza. Zar-Emo y los demás tainos apenas daban crédito a sus oídos. Tumithak pensó que el momento era propicio para convertirlos a sus creencias, y lanzó un discurso muy semejante al que había pronunciado tantas veces en Loor y Yakra.

El discurso de Tumithak

Habló de su vida y de su misión; de su primer gran viaje a través de los corredores y también de cómo había matado al primer shelk, y de su posterior elevación a la soberanía de todos los corredores bajos. Luego rogó a los tainos que se fijaran bien, que comprendieran que él no era sino un hombre corriente, y que cualquier otro podía hacer lo mismo que él. La conclusión de su discurso fue la misma de siempre. Los tainos lo respetaron como a un ser sobrehumano; todos, y

Zar-Emo el primero, le juraron obediencia, y casi unánimemente se negaron a creer que fuese posible para ellos el luchar contra los shelks.

Tumithak se dirigió al anciano sacerdote y le rogó que le asignaran un cobijo.

—Sin duda pasaré aquí algún tiempo —explicó—, pues el camino a la Superficie está bloqueado y no veo el modo de regresar con mi gente si no logramos abrirnos paso. Y habrán de pasar muchos descansos antes de que lo consigamos.

—No tantos como crees, quizá —respondió el sacerdote—. No quiero que te hagas ilusiones, pero tal vez haya modo de llegar a tus corredores sin necesidad de pasar por la Superficie. Te lo explicaré mejor cuando lo haya comprobado.

Zar-Emo se volvió y los condujo hasta los corredores habitados.

Durante un período equivalente a tres días, Tumithak vivió con los tainos y gozó de su hospitalidad. Le maravillaron los alimentos de los tainos, pues ellos habían conservado el procedimiento para que las pastillas de alimentos sintéticos tuvieran sabor. Por primera vez en su vida, Tumithak supo que el comer podía ser un placer y no la mera satisfacción de una necesidad. Tanto él como Datto, Nikadur y Thorpf estuvieron cerca de padecer un empacho.

La vida entre los tainos

La mayor parte del tiempo que no ocupaban en comer o dormir, Tumithak y sus compañeros estaban en el gran corredor del templo o museo, estudiando las maravillosas máquinas que habían legado los antepasados de los tainos. Los tainos las mantenían en excelente estado y todas podían servir, a pesar de los siglos transcurridos. Zar-Emo cargó un tubo de fuego y una máquina desintegradora para mostrar al grupo cómo funcionaban. Las dos máquinas interesaron sobremanera a Tumithak, pues sabía manejar la primera y la segunda era citada con frecuencia en el famoso libro que hacía tanto tiempo halló en una de las galerías desiertas de Loor.

Pero aquellas no eran las únicas máquinas que conservaban los tainos y cuyo manejo o utilidad conocía Zar-Emo. El sacerdote mostró a los extranjeros armas maravillosas que mataban con sonidos agudos y otras que, según dijo, convertían el mismísimo aire en un veneno irrespirable. También había máquinas útiles al hombre, entre ellas las que producían la luz blanca y fría que iluminaba aquellos corredores.

Y ahora todas servían, aunque convenía economizar, porque las varas que habían traído los loorianos no iban a durar siempre. Aquellas varas estaban hechas de un metal activado por medio de un tratamiento; sus átomos se desintegraban a una velocidad pasmosa. Cuando se exponía a cierto rayo generado por las máquinas, su transmutación en energía se aceleraba inmensamente. Pero, aunque este método de obtención de energía permitía almacenar una enorme cantidad de combustible en un espacio muy reducido, incluso las varas blancas terminaban por consumirse y quedar inservibles. Tumithak decidió consultar con Zar-Emo el mejor uso que podía darse a

las varas, a fin de aprovecharlas al máximo. Él y sus compañeros se armarían de tubos de fuego e intentarían regresar a sus corredores. Zar-Emo meneó la cabeza.

Se discute la posibilidad de una alianza

—Sería muy expuesto tratar de abrirte paso hasta tus corredores, Tumithak —explicó, muy serio—. Creo que puedo ayudarte, de manera que no sólo evitaréis todos los peligros, sino que uniré tu pueblo y el mío en una alianza más estrecha de lo que puedas imaginar.

Desconcertado, Tumithak le rogó al taino que se explicase, pero Zar-Emo volvió a menear la cabeza.

—No estoy seguro de que mi proyecto sea factible —explicó—, conque prefiero no fomentar esperanzas que tal vez no pueda satisfacer.

Pero al día siguiente, el anciano llamó a Tumithak y a Nikadur y los condujo a un corredor desierto, donde había una extraña máquina. Era un aparato demasiado complicado para el entendimiento de los loorianos. Parecía una caja de metal de un metro y medio de altura, coronada de extraños tubos transparentes, dentro de los cuales brillaban raros resplandores. De un lado de la caja metálica salía un largo brazo, en cuyo extremo había un gran tarugo blando, fijado al muro del corredor a modo de ventosa. Zar-Emo apuntó al lado opuesto y allí, a unos cien metros, estaba otra máquina igual.

Uno de los sacerdotes de Zar-Emo ocupaba un pequeño taburete al lado de la caja metálica. A una palabra de su superior, se puso en pie y se caló en la cabeza un curioso aparato que le cubría las orejas. Luego movió una perilla de la caja, se volvió y llamó al hombre que manejaba la otra máquina. Éste se puso también en la cabeza un aparato idéntico y puso en marcha su dispositivo.

Probando una máquina detectara de sonidos en los corredores

Durante varios minutos ambos manipularon las perillas, y de vez en cuando escuchaban con atención, como si oyeran algo que resultaba inaudible para los demás. Después el más cercano habló con Zar-Emo:

—Aquí se capta un tono distinto, Zar-Emo —dijo—. ¿Cómo podremos saber qué significa?

El sacerdote le indicó que se levantara, y luego le ofreció el puesto a Tumithak. El looriano hizo lo que le pedían, aunque no entendía nada, y se caló cuidadosamente el aparato sobre los oídos. Al hacerlo le ensordeció de repente un ruido extraño, un zumbido continuo y monótono. Tumithak se quitó el aparato e interrogó con la mirada al sumo sacerdote.

Al ver el desconcierto en los ojos de Tumithak, Zar-Emo le explicó:

—Esta máquina era utilizada por nuestros antepasados para detectar filones subterráneos de metal, venas de agua e incluso cavernas subterráneas. Se basa en el principio del eco. Una parte de este brazo pegado al muro del corredor envía un sonido a través de la roca, aunque es tan agudo que los oídos humanos no pueden percibirlo. El sonido viaja a través de la roca hasta que choca con alguna materia diferente, y allí se refleja en parte para ser recogido por el mismo brazo, en un receptor que lo capta y lo modifica a fin de que sea audible a través de los auriculares que lleva Coritac. Ten en cuenta que este sonido no es como los ruidos que estamos acostumbrados a oír. Como decía, es demasiado agudo para el oído humano, y se propaga de un modo totalmente distinto a los sonidos normales. En primer lugar, estas ondas sonoras pueden concentrarse en un haz, como las ondas luminosas; además, sufren pequeñas alteraciones según la densidad de la materia que las refleja. Así podemos saber exactamente en qué dirección se halla el material reflector, y si es líquido, sólido o, digamos, una caverna o agujero. He pensado, Tumithak, que si descubriésemos una excavación en línea recta a través del subsuelo, podríamos suponer con bastante certeza que eran tus corredores nativos. De este modo sabríamos en qué dirección se hallan. Con ayuda de otra máquina emplazada a cierta distancia, podríamos averiguar la distancia exacta que media entre estos corredores y los tuyos.

Localización de los corredores toorianos mediante el sonido

Tumithak le escuchaba con asombro. No había comprendido sino en parte lo que le explicaba el taino, pero al final se perdió por completo. Zar-Emo tuvo que explicarle el misterio de los dos ángulos y el lado comprendido, con los cálculos necesarios para averiguar la distancia entre su hogar y aquel corredor lejano. Y cuando lo comprendió, su asombro fue aún mayor.

—Realmente, Zar-Emo —exclamó—, los prodigios de tus antepasados superan todo lo conocido. Pero me gustaría saber una cosa: ¿por qué te interesa tanto localizar mis corredores?

El taino sonrió con orgullo mientras se acercaba y ocupaba el asiento del que Tumithak, en su excitación, se había levantado.

—¿Has olvidado la máquina desintegradora? —preguntó—. ¡Me propongo abrir un nuevo corredor, desde el túnel de los tainos hasta el de los loorianos!

Las horas siguientes fueron apasionantes. Varias veces los operarios creyeron descubrir el corredor lejano, pero al hacer un análisis más detallado averiguaron que sólo habían descubierto una pequeña caverna o una corriente subterránea de agua. Pero al fin detectaron algo que, dada su orientación lineal y regular, sólo podía ser una galería abierta por el hombre. Luego Zar-Emo y sus hombres realizaron una serie de comprobaciones, que dieron lugar al cálculo de la distancia y dirección exactas en

que se hallaba el corredor natal de Tumithak.

El grupo regresó a la zona habitada del túnel y todos, muy animados, se prepararon para el trabajo del día siguiente. La máquina desintegradora fue trasladada desde el almacén hasta el emplazamiento de los detectores. Era un artefacto raro y monstruoso, cuya parte delantera llevaba un gran emisor de rayos en forma de trompeta, y en la de atrás tres asientos que debían ocupar los hombres que la manejaban. Zar-Emo dejó que sus subordinados cuidaran de la máquina, y regresó con Tumithak a la ciudad para cenar.

—Creo que debes ser uno de los encargados de manejar la máquina, Tumithak — le dijo al looriano cuando terminó la cena—. No sólo porque te corresponde ese honor, sino porque conviene que estés presente para convencer a tus amigos de que nuestra misión es pacífica. Tu puesto en la máquina será secundario, y no te costará mucho aprender.

Después del tiempo de descanso el grupo volvió al corredor donde se hallaba la máquina de rayos desintegradores. Nikadur y los yakranos, que se proponían acompañar a Tumithak adonde fuese, recibieron sendos tubos de fuego, lo mismo que el joven Luramo, que insistió en formar parte del grupo de Tumithak. Y, para sorpresa de Tumithak, hubo otra persona que solicitó ser considerada como guerrero... nada menos que Tholura, quien afirmó que no permitiría que sus nuevos amigos corrieran peligro sin acompañarles en él. Por último consintieron en ello y Zar-Emo se acercó a Tumithak, que ya había ocupado su puesto en la máquina, para instruirle en lo que debía hacer.

El manejo de la máquina

—Mira aquí, looriano —indicó el sacerdote—. Detrás de ti, en esa pared, hay una gran cruz blanca. Cuando mires por este ocular que tienes delante verás otra cruz pintada en el espejo, donde también observarás la imagen de la primera cruz. Siempre que la cruz reflejada coincida con la otra, la máquina avanzará en la dirección correcta. Si se desvía siquiera el ancho de un cabello, debes avisar en seguida a los dos hombres que manejan la máquina. Esto es todo; los míos se ocuparán de lo demás. Tu grupo te seguirá cuando la roca se haya enfriado lo suficiente para poder pasar. Adiós. Que todo salga bien.

Entonces se volvió para dar una orden a los hombres que acompañaban a Tumithak. Uno de ellos accionó una palanca, se produjo un relámpago cegador de luz y, mientras el resplandor adquiría un tono violáceo, Tumithak vio que se abría un gran agujero en la pared adonde apuntaba el emisor en forma de trompeta. El otro accionó una palanca que tenía a su lado, apretó un pulsador y la máquina avanzó poco a poco hacia la abertura. A medida que avanzaba, el agujero se hacía más grande y despedía una ráfaga de aire caliente, con un olor extraño. La máquina

penetró en el agujero y la tierra siguió volatilizándose. ¡Tumithak y sus amigos reanudaban un trabajo que los hombres habían abandonado desde hacia casi dos mil años.

Abriendo el túnel

Tumithak no apartó la mirada del visor en varias horas. Era una tarea tediosa, porque la máquina no solía desviarse del rumbo fijado. De vez en cuando tropezaban con un filón de roca dura, y esto producía una ligera desviación que era señalada por Tumithak a los demás, para ser inmediatamente corregida.

La gran cruz blanca que Zar-Emo había pintado en el corredor disminuyó a medida que se alejaba la máquina, y cuando Tumithak ya no pudo verla centró la mira en la lejana boca del nuevo pasadizo. La máquina siguió su camino.

El calor era terrible. Los rostros de Tumithak y de los dos sacerdotes estaban bañados en sudor. Por último, después de horas de continuo trabajo, convinieron en hacer un alto. Pararon la máquina y se acomodaron en los asientos para el merecido descanso.

Una hora después pusieron de nuevo en marcha la máquina.

—Seguramente habremos hecho más de la mitad —dijo uno de los sacerdotes—, pero la segunda mitad será mucho más difícil que la primera. Aquí el calor no se disipa como sucedía cuando estábamos cerca de la salida.

Tenía razón. Tumithak nunca había sentido tanto calor y el tiempo se le hacía muy largo. Le parecía que tardaban días, semanas de ahogo abrasador e implacable, hasta que uno de los hombres anunció que por fin se acercaban a la meta. Tumithak se entusiasmó y,

naturalmente, creyó que ahora el tiempo discurría con más rapidez. Finalmente, empezaron a oír una resonancia hueca en la roca que excavaban; poco después se abrió un agujerito que aumentó de tamaño rápidamente y, mientras los sacerdotes desconectaban la energía de la máquina, Tumithak saltó de su asiento y se vio en una antigua y conocida galería.

Un pasadizo familiar para Tumithak. Una carta de su padre escrita en la pared

Estaba en una zona del corredor ruinoso y abandonado que conducía de la Superficie a las Galerías de los Estetas. No lejos de allí había visto en cierta ocasión cómo los shelks asesinaban a un grupo de Estetas y, temblando de horror, se había preguntado por qué lo hacían. A menos de tres kilómetros de allí, si recordaba bien, debían estar esperándole sus guerreros. ¿Estarían allí todavía o les habrían dado por muertos, regresando a Loor y Yakra?, se preguntó. ¿O quizás habrían sido descubiertos y exterminados por los shelks? Tumithak recordó con súbito recelo que

Datto se había gloriado ante el jefe shelk por la expedición a las Galerías de los Estetas. ¡Y el jefe shelk había ordenado una investigación! Presa de angustia, y pensando en mil y una desgracias que podrían haber ocurrido, hizo seña a los dos sacerdotes para que lo siguieran y echó a correr.

Mientras se acercaba al lugar donde había dejado a su grupo, su angustia aumentó, pues el silencio reinante indicaba que el pasillo estaba desierto. Cuando llegó creyó hallar confirmados todos sus temores. Pero en una de las paredes, su padre había garabateado un mensaje que decía:

Tumithak: nuestros guardias nos avisan de que se acerca un grupo de shelks. Los salvajes de los Corredores Tenebrosos se han ofrecido a ocultarnos en las grietas y cavernas de su región. Allí estaremos. Si alguna vez regresas, búscanos en los Corredores Tenebrosos.

Tumlook.

En seguida, Tumithak quiso continuar viaje hacia los Corredores Tenebrosos, pero pensándolo mejor, decidió esperar a la llegada de la expedición que venía de la ciudad de los tainos, pues sabía que pasarían tan pronto como estuviera practicable el camino. Volvió adonde sus compañeros y se pusieron a comer de sus provisiones; luego entraron en un habitáculo oculto y se dispusieron a descansar.

El encuentro

Despertaron al oír ruidos fuera. Allí se hallaban Nikadur, Tholura y los demás, que habían llegado mientras ellos dormían y estaban muy preocupados por su desaparición. Nikadur había descubierto el mensaje de Tumlook, y estaba a punto de dirigir a los suyos hacia los Corredores Tenebrosos cuando salieron Tumithak y sus compañeros. Los recién reunidos decidieron emprender en seguida la búsqueda de Nennapuss y los demás guerreros; no habrían recorrido más de un kilómetro y medio cuando se toparon con todo el grupo, que regresaba al campamento con grandes precauciones. Se habían ocultado en los corredores tenebrosos mientras los shelks registraban los de arriba. Cuando estuvieron seguros de que el enemigo había regresado a la Superficie, se dispusieron valientemente a ocupar de nuevo los Corredores de los Estetas.

Nennapuss y Tumlook, que estaban al mando de la partida, se regocijaron viendo sanos y salvos a sus camaradas, y los acosaron a preguntas. Tumithak narró sus aventuras en pocas palabras, y les habló de las maravillosas máquinas de que ahora disponían. El entusiasmo de los loorianos y los yakranos no tuvo límites, y rompieron en una triunfal aclamación que despertó los ecos dormidos de los corredores. Luego

los jefes conferenciaron y empezaron a trazar un plan para atacar la ciudad de Shawm.

6 - Shawm invadida

Las horas siguientes fueron de gran ajeteo para los pobladores de los subterráneos. Los diez o doce kilómetros del nuevo corredor se convirtieron en un activo mercado, por donde iban y venían tainos, loorianos y yakranos, cambiando los tesoros capturados a los Estetas por los maravillosos alimentos que eran la exclusiva de los tainos, y por las armas antiguas ahora tan poderosas.

Tumithak regresó a la ciudad de los tainos y acompañó a Zar-Emo por el nuevo pasillo, para discutir con los demás jefes las posibilidades de atacar Shawm. Hablaron e hicieron proyectos durante varios días, hasta quedar de acuerdo. Nikadur se quedaría con Tumlook, Nennapuss, los loorianos y los nonones, mientras Tumithak, con Datto, Thorpf y los demás yakranos, pasaría por la región de los tainos y saldría a la Superficie para atacar la ciudad por el otro flanco.

Los que permanecieran en el túnel esperarían cincuenta horas y luego, a la hora tercera de la noche siguiente a la expiración de dicho plazo, atacarían a su vez. Si los planes salían bien, los dos ataques por sorpresa coincidirían y serían, sin duda, abrumadores. Los shelks quedarían cogidos entre dos fuegos y de este modo los hombres de los túneles confiaban en poder exterminarlos hasta el último. La ciudad de Shawm quedaría en manos de los hombres, con todas sus máquinas y recursos maravillosos, y el hombre volvería a ocupar un lugar bajo el Sol, en la superficie del mundo.

Fue un Tumithak orgulloso el que condujo a los yakranos, entre cánticos de batalla, a través de la ciudad de los tainos y los corredores laberínticos y hasta la entrada que los shelks habían cerrado con el rayo de calor. Hicieron alto mientras uno de los tainos despejaba la salida con una máquina desintegradora, y luego continuaron hacia la Superficie. Allí Tumithak fue detenido por un grupo de tainos que les había seguido por el corredor. Eran unos diez, y los mandaba el joven Luramo.

—¡Espera, Tumithak! —gritó—. Aquí hay algunos guerreros que quieren ir contigo. No todos los tainos son tan cobardes como supones.

El grupo se adelantó y Tumithak vio que la mayoría eran muchachos, jóvenes en quienes aún no había hecho presa aquel miedo terrible que agarrotaba a los mayores. Tumithak les pasó revista, y de súbito abrió los ojos con sorpresa.

—¿Tú, Tholura? —preguntó, asombrado—. ¿Pretendes acompañar a estos guerreros? Opino que una misión de guerra no es empresa apropiada para una mujer.

La muchacha le respondió con indignación.

—Vas a retirar ahora mismo lo que has dicho, Tumithak. Sin duda recordarás que, de todos los tainos, fui la primera que se atrevió a pisar la Superficie. ¿Acaso has olvidado que dijiste que yo era una aliada, y que iba con tu manera de ser? ¿Crees qué voy a quedarme oculta en los pasadizos mientras los demás van al combate contra los enemigos del hombre?

Tholura acompaña a los guerreros

Tumithak sonrió. La muchacha le había cogido con sus propias palabras y, pensándolo bien, no había motivos para obligarla a quedarse. Mas, de pronto, y por alguna razón inexplicable, le pareció que sería terrible vivir si Tholura sucumbía en la lucha. Había querido protegerla del modo más sencillo: ordenándole que regresara a los pasadizos.

Pero, al ver que ella no iba a obedecerle, se encogió de hombros y le hizo sitio a su lado, junto con Datto y Thorpf.

La partida cruzó sin incidentes ni aventuras las colinas y la sabana de hierbas. Al adentrarse en el bosque, Tumithak se sintió más seguro, sobre todo porque ya anocheecía y, aunque esto los obligaría a marchar más despacio, no correrían peligro de ser sorprendidos por el enemigo. El amanecer los halló cerca del lugar donde habían dejado el resto de las varas blancas; poco después experimentaban la satisfacción de hallarlas bajo las hojas donde las había escondido Tholura.

En vista de que no podían hallarse muy lejos de la ciudad de Shawm, los guerreros avanzaron con gran cautela, acaudillados por Tumithak. Éste saltaba de un árbol a otro, o se arrastraba entre los matorrales cuando éstos eran lo bastante espesos para ocultarse. Por último escalaron una colina rocosa y pelada. Al mirar hacia abajo descubrieron a lo lejos las torres de Shawm.

Las torres como agujas, con sus cables de comunicación y sus resplandecientes paredes metálicas, eran un espectáculo sorprendente para los hombres de los subterráneos, pero después de una jornada tan llena de sucesos extraordinarios lo único que experimentaron fue un sentimiento de satisfacción al verse cerca de la meta. Tumithak siguió oteando más allá de las torres como si buscara algo, y luego lanzó un grito de alegría.

La entrada a Loor

—¡Mira allí, Datto! —gritó—. ¿Ves la entrada a nuestro túnel? Detrás del grupo de torres se distinguía, muy lejana, la trinchera que constituía la entrada a los amplios corredores de acceso a Loor. Allí, bajo tierra, Tumlook y Nennapuss esperaban con su ejército el momento de salir y emprender la conquista de Shawm.

Tumithak indicó la boca del túnel a los demás; Tholura y Luramo mostraron especial interés. Mientras miraban, uno de los tainos lanzó un grito, por lo que Tumithak se volvió. Apuntaba al cielo. El looriano alzó la mirada, y se le escapó un grito de temor. Sobre ellos pasaba una de las máquinas voladoras de los shelks, una máquina enorme que como mínimo daría cabida a una docena de shelks.

Al instante, la escena se convirtió en un caos indescriptible. Las valientes ambiciones de conquista habían desaparecido, y los hombres no recordaban otra cosa sino aquel gran temor ancestral que durante tantas generaciones los había dominado. Los tainos y, por cierto, muchos de los yakranos, pese a ser éstos más valientes, se alejaron y huyeron buscando con desesperación las rocas, los árboles, los matorrales o cualquier otra cosa que pareciera ofrecer protección. En menos de dos minutos, sólo quedaban junto a Tumithak: Datto, Thorpf, Tholura, el joven Luramo y otros tres yakranos. Como iban armados con tubos de fuego, no cedieron terreno y observaron la nave que se acercaba. La máquina revoloteó un instante como un pájaro gigantesco y luego se posó en el suelo. A un lado se abrió una puerta... ¡y Tumithak le dirigió una ráfaga de fuego! Se oyó un grito estridente, y la puerta se cerró. Tumithak sonrió torvamente, haciendo seña a los demás para que retrocedieran. A unos veinte metros había un peñasco, y los condujo apresuradamente allí, donde se cubrieron y esperaron el próximo movimiento de los shelks.

Por fortuna para Tumithak, la nave era de transporte y no venía armada para el combate. Desde luego, varios de los shelks que la ocupaban llevaban armas, pero no había armamento exterior, ni era posible disparar los tubos de fuego desde el interior con las puertas cerradas. Por tanto, los shelks no podían atacar. Pero, aunque parezca raro, a Tumithak y a sus compañeros no se les ocurrió que el avión estaba a su merced. Durante demasiados siglos, las armas del hombre sólo se habían vuelto contra el hombre; la idea de destruir a los shelks abrasándolos con su nave no pasó en ningún momento por la cabeza de Tumithak. Al parecer, la batalla estaba en punto muerto.

La máquina voladora captura a Tholura y a otros dos

De improviso, como si los de dentro hubieran tomado una decisión, la nave shelk se elevó quince metros y sobrevoló la roca que ocultaba a los expedicionarios. Se detuvo allí un instante, y sacó de la parte inferior del casco una enorme mano de metal, parecida a una garra. ¡La nave descendió con vertiginosa rapidez, y la garra cogió a tres componentes del grupo llevándoselos hacia arriba! ¡Tumithak exhaló un grito terrible, lo mismo que los demás, porque entre los tres atrapados estaba Tholura!

Mientras veía alejarse la nave, la mente de Tumithak era un hervidero de emociones confusas. Revivió mentalmente la batalla durante la cual había conocido a Tholura; recordó su valentía y su belleza; pensó lo aburrido y poco interesante que

iba a ser su mundo si le faltaba ella... y, de pronto, comprendió que la amaba. ¡Y estaban llevándosela de su lado! Pensó con angustia en la manera de salvarla. Demasiado tarde se le ocurría el tratar de reventar la nave con su tubo de fuego, pues ya volaba demasiado alta y, si lo intentaba, seguramente Tholura iba a morir en la caída. Mientras desechaba la ocurrencia, vio que la nave sobrevolaba el bosque y desaparecía hacia las torres de Shawm. ¡Si no había muerto aún, Tholura era prisionera de los shelks!

Tumithak se dejó vencer por el dolor. El joven Luramo se acercó y le tomó de la mano. Tumithak vio lágrimas en los ojos del muchacho pero, sabiéndose observado, el joven hizo un esfuerzo por sonreír y dijo valerosamente:

—Aún no ha terminado todo, Tumithak. Lloremos a mi hermana después que la hayamos vengado.

Estas palabras animosas galvanizaron a Tumithak. No ignoraba cuánto quería Luramo a su hermana, pero ahora el muchacho le recordaba que la misión exigía sacrificios aún mayores, si fuese posible. Y Tumithak se dijo que lo tendría en cuenta.

Dolor y cólera de Tumithak

Pocos minutos después, Tumithak volvía a ser el de siempre. Reunió a todos los yakranos y tainos que pudo encontrar, los reprendió severamente por su cobardía y los incitó a enmendar tal actitud en la próxima batalla. Luego llamó a Luramo, le indicó la boca del túnel looriano que se veía a lo lejos y le preguntó:

—Luramo, ¿crees que podrías abrirte paso a través del bosque hasta la boca del túnel? —El muchacho contestó afirmativamente y Tumithak prosiguió—: Debes ir derecho allá y decirle a Nikadur que el ataque debe comenzar en seguida. Sin duda, los shelks advertirán a Shawm de nuestra presencia, de modo que ya no podemos esperar. Nosotros iniciamos el ataque inmediatamente. ¡Apresúrate, Luramo!

El joven taino bajó corriendo la colina y, un instante después, se adentró en el bosque. Luego, Tumithak gritó una orden y el grupo se dispuso a atacar Shawm.

En la ciudad shelk de Shawm habían ocurrido acontecimientos insólitos. No era una ciudad grande, ni más antigua que la mayoría; constituía poco más que una colonia reciente en aquella comarca sin cultivar y despoblada, que durante muchos siglos habían tenido abandonada los shelks. Por eso, en la historia de la ciudad jamás había pasado nada comparable a los últimos acontecimientos. De la profundidad de los corredores había surgido una raza de hombres manifiestamente salvajes, y peligrosos sin lugar a dudas. Lo primero, el extraño asesinato de un mog con la persecución y ulterior evasión de los individuos que lo habían matado; a continuación de esa insólita catástrofe, la noticia de que un grupo de shelks y mogs habían sido muertos con sus propias armas en el bosque cercano a Shawm. Prácticamente todo el grupo que salió de batida había sido exterminado, y los que escaparon regresaron

hablando de hombres armados con tubos de fuego que habían huido por el túnel de los tainos. Y no era esto lo más desconcertante, sino que uno de los salvajes capturados y supuestamente enviados a Kaymak había dado a entender que venía de la región donde estaban situadas las Galerías de los Estetas.

Los shelks iniciaron preparativos para invadir ambos túneles y restablecer la seguridad, borrando hasta el recuerdo de los hombres que habitaban en ellos, cuando llegó a la ciudad una nave con la noticia de que se acercaba un numeroso grupo de hombres armados con rayos de calor. Como prueba traían tres ejemplares cogidos con la garra mecánica.

En seguida se desató una excitación incontenible. Los shelks corrieron de un lado a otro, se armaron, se apostaron en varios lugares de la ciudad para reforzar la guardia y defender la zona del bosque por donde se anunciaba el peligro. Todo el estupendo armamento, orgullo de la pequeña ciudad, estaba preparado. Hakh-Klotta, el Gobernador- Subalterno, incapaz de creer que los hombres verdaderamente pudieran ser tan inteligentes como para emplear rayos de calor, reunió a un grupo de cazadores entrenados y los envió en la dirección de donde había venido la nave. Desde una torre observó cómo cruzaban el claro entre la ciudad y el bosque, y sonrió cruelmente al ver que no pasaba nada. Si el bosque hubiera estado lleno de salvajes, pensó, habrían carbonizado a los mogs antes de que éstos pudieran alcanzar la relativa protección de los árboles. Pero apenas había llegado a esta conclusión, brotó una columna de humo del suelo delante de los mogs, luego otra y otra, y los mogs cayeron ante sus ojos hechos antorchas vivientes por la acción de los rayos de calor disparados desde el bosque.

Un verdadero peligro amenaza la ciudad

Hakh-Klotta se convenció de que el peligro era real, y empezó a reflexionar con más detenimiento. Se preguntó si sería posible atacar a los desconocidos, pues éstos se mantenían escondidos entre los árboles, fuera del alcance de las defensas de la ciudad. Los hombres de los subterráneos no se atrevían a abandonar la protección de los árboles, pero tampoco los shelks podían abandonar el refugio de las torres. Por tanto, la batalla se asemejaría a un asedio.

En realidad, la idea de un asedio no había pasado por la mente de Tumithak. Sabía que desde aquel punto no podría acercarse a Shawm, por cuanto quedaba un espacio despejado de casi cuatrocientos metros entre el bosque y las torres. El looriano recordó que, en el lugar por donde había escapado de Shawm, los árboles prácticamente llegaban hasta las torres. Conque dejó un destacamento a las órdenes de Datto y Thropf para que asediaran aquella parte de la ciudad y, con doce hombres, se dispuso a atacar por el otro punto.

El ataque

Fue una suerte para Tumithak que se le ocurriese tal idea en seguida, porque el anciano Hakh-Klotta no era lerdo y lo pensó casi al mismo tiempo que aquél. Al instante envió un grupo de shelks para que cubrieran aquel flanco. Por eso, mientras Tumithak y sus guerreros se acercaban por entre los árboles, vieron que los shelks hacían lo mismo pasando de una torre a otra.

Tumithak ordenó a sus hombres que atacaran ya. En ese momento, el pelotón de shelks disparó varias ráfagas de calor. Cubriéndose detrás de un árbol, indicó a sus hombres que le imitaran; luego conectó su tubo de fuego y apuntó el rayo a una de las torres donde se resguardaban los shelks.

Los shelks replicaron disparando sus rayos sobre los troncos de los árboles que servían de protección a sus adversarios. Evidentemente, se proponían quemar el árbol y luego alcanzar al hombre oculto. Pero Tumithak tuvo una idea mejor, y ordenó en voz baja a sus hombres que dirigieran el fuego a las torres situadas a derecha e izquierda de los shelks, quemando únicamente las paredes que estuvieran más cerca de los defensores. Los demás comprendieron su intención y la pusieron en práctica sin vacilar. Los árboles estaban cargados de la savia de comienzos de primavera y ardían mal, pero las torres de metal absorbían el calor con rapidez y, antes de que los rayos de calor llegasen a quemar los árboles, Tumithak había logrado su objetivo. Dos torres situadas a derecha e izquierda de los shelks se derrumbaron de súbito, derretidas por la base, y cayeron estrepitosamente aplastando todo el grupo de shelks. Casi todos murieron allí, otros quedaron gravemente heridos, y el único que por lo visto había salido ileso se volvió y huyó hacia el centro de la ciudad como alma que lleva el diablo. Los hombres lo vieron atónitos, no dando crédito a sus ojos. Aunque les parecía increíble, estaban viendo realmente a un shelk que huía de un grupo de hombres. Se quedaron un rato atolondrados, hasta comprender que eran los vencedores de aquella primera escaramuza con los shelks. ¡Los defensores estaban muertos o agonizantes, y la entrada a Shawm quedaba expedita!

Mas Tumithak no quiso lanzarse temerariamente hacia la ciudad. Dio órdenes de abrasar metódicamente las torres de aquella zona de Shawm. Las torres cayeron, y sus cimientos estallaron por efecto del terrible calor de los tubos de fuego que manejaban los yakranos.

Las torres caídas, la ciudad indefensa

A medida que caían las torres, los hombres de los túneles avanzaban entre las ruinas y, poniéndose siempre a cubierto, dio principio la destrucción de otras torres situadas más al interior de la ciudad. Pero no se les dejó continuar muchos minutos su

obra destructiva. Habían echado abajo media docena de torres cuando nuevos grupos de shelks presentaron combate y, en un momento de descuido, dos yakranos cayeron por no haberse ocultado a tiempo.

Una vez dentro de la ciudad, los hombres de los túneles contaban con una ventaja. Los shelks, aunque desesperados, procuraban combatir a sus enemigos sin destruir sus casas, mientras los hombres no tenían por qué andarse con miramientos, y habrían destruido de buena gana toda Shawm para matar un solo shelk. Por ello, y pese a las bajas, Tumithak y sus hombres avanzaron hasta llegar a una pequeña elevación, desde donde podían atacar al grupo de shelks que defendía el lado asediado por Datto y sus hombres.

En aquel momento, el fornido jefe yakrano, su sobrino aún más fornido y los salvajes guerreros asaltaban el espacio despejado y un instante después entraban en la ciudad. Atacaron a los shelks lanzando fieros gritos y olvidando, ahora que se enfrentaban cuerpo a cuerpo con los monstruos, el empleo de los tubos de fuego y los rayos desintegradores. A tan corta distancia, los rayos venían a ser armas de doble filo, pudiendo alcanzar tanto al amigo como al enemigo; incluso los shelks comprendieron este peligro y dejaron de emplearlos. En sus garras aparecieron armas no vistas hasta entonces, como cuchillos y afilados molinillos de aspas de acero montados sobre un mango, que giraban a gran velocidad, como suelen hacer los de los niños; eran armas peligrosas, pues cada vez que tocaban un brazo, una pierna o una cabeza, el miembro quedaba cortado al instante.

De modo que la batalla se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo comparable a las batallas del mundo antiguo, anteriores a la era científica. Por primera vez en casi dos mil años, la Humanidad se enfrentaba a sus enemigos en igualdad de condiciones. Y no hacía mal papel. Los shelks ya retrocedían ante los hombres, cuando un clamor lejano indicó a Tumithak que Nikadur y los loorianos habían salido del túnel. Lanzó en respuesta un grito de triunfo y atacó a los shelks con renovado vigor.

No disponemos de espacio para narrar todas las incidencias de la batalla. Ésta se había convertido en una serie de enfrentamientos individuales y, en este género de lucha, los actos heroicos se cuentan por docenas. Thurranen de Nonone fue de los que más se distinguieron en esta lucha, al igual que otros muchos, que después serían famosos caballeros del reino de Tumithak; Luramo confirmó la buena opinión que Tumithak había formado de él mientras Datto, Nikadur, Thorpf, Nennapuss, Tumlook y sus pares sumaron proezas por la eficacia terrible con que destruyeron un shelk tras otro.

La batalla toca a su fin

Por dos veces estuvo Tumithak cerca del viejo Hakh-Klotta; dos shelks murieron valerosamente para que el viejo gobernador pudiera huir del terrible jefe de los

hombres de los corredores. Tumithak se asombró al ver cómo los shelks se sacrificaban por defender a un anciano. Por primera vez recibía pruebas de aquel extraño instinto social que más tarde le permitiría obtener grandes victorias sobre los shelks. Años después sabría que una batalla con los shelks venía a ser como el juego del ajedrez: capturado el rey, partida terminada.

Pero entonces el looriano ignoraba tal hecho y, mientras Hakh-Klotta se batía en retirada, se contentaba con atacar a algún shelk subordinado. La batalla continuó y los shelks morían uno tras otro. Para ellos la derrota debía ser inconcebible. ¡Imaginaos a un hombre vencido en una batalla contra ovejas y cerdos armados de revólveres y cuchillos, y aliados para atacar una aldea! Probablemente, ésta es la comparación más aproximada que nosotros, hombres modernos, podemos imaginar.

No se crea que la batalla fuese fácil para los hombres de los túneles. En algunos puntos, los shelks obtenían momentánea ventaja, y docenas de hombres caían bajo sus cuchillas giratorias. A veces algunos hombres quedaban aislados de los demás, y entonces un tubo de fuego, manejado por algún shelk, los convertía en cenizas sin darles cuartel.

Pero por cada hombre que moría bajo las cuchillas giratorias de los shelks, dos de éstos perecían bajo las espadas o atravesados por las flechas de los hombres; por cada grupo abrasado por los tubos de fuego de los shelks, muchos monstruos caían ante el fuego de los hombres de los corredores.

Retirada hacia la maquina voladora

Finalmente, el sol se hundió en el horizonte y el último grupo de shelks se retiraba hacia la enorme máquina voladora inmovilizada en el centro de la ciudad, tratando de defender aquella posición. Si antes habían esperado poder subir y escapar por el aire para pedir ayuda a la capital, Kaymak, ahora lo impedía Tumithak al ordenar a uno de sus hombres que barrera el terreno frente a la escotilla desde una torre cercana. De este modo se frustraba la última esperanza de los shelks. No obstante, ellos resistieron allí con todas sus energías, por si la fortuna les permitía alcanzar la nave y huir.

En aquel momento, tal eventualidad no parecía muy probable. Pronto iban a ser exterminados. Pero luego el looriano que cubría la nave lanzó un grito y cayó de espaldas, con la cabeza carbonizada por el rayo de calor de un tirador shelk apostado. Nikadur volvió inmediatamente su tubo de fuego hacia el lugar de donde había surgido el rayo, y tuvo la satisfacción de ver que el shelk, alcanzado, caía gritando desde la claraboya de la torre. Pero, en los pocos segundos que la escotilla del navio había quedado imbatida, parte de los shelks sobrevivientes pudieron entrar y cerrar la puerta. No hace falta decir que Hakh-Klotta fue el primero en entrar. Mientras la puerta se cerraba, los shelks rezagados murieron todos bajo los rayos de los yakranos.

Tumithak estaba a punto de ordenar que los tubos de fuego convirtieran la nave en metal derretido, cuando se le ocurrió una idea espantosa. No habían hallado en ningún lugar de Shawm a Tholura ni a los dos yakranos capturados. ¿Era posible que siguieran dentro de la nave? En tal caso, abrasar la nave era condenarlos a una muerte segura. Tumithak se sintió desfallecer pensando que había estado a punto de dar la orden fatal. Ordenó a sus hombres que se apartaran de la nave, y aguardó angustiado a que despegara, llevándose al jefe shelk y a lo que Tumithak más amaba en el mundo. Pero como pasaba el tiempo y la nave no se movía, recobró la esperanza. Tal vez estaba averiada y no podía despegar.

Tholura, matadora de shelks

Quizá los shelks estaban malheridos y no podían manejar la máquina. Ya Tumithak se disponía a dar la orden de atacar la máquina y forzar la entrada, cuando se abrió la puerta, dejando ver una figura desgreñada y pálida. Era Tholura. En la cabeza lucía la banda dorada que había sido del Gobernador-Subalterno de Shawm. En la mano alzaba una cabeza chamuscada y chorreante... ¡la cabeza de Hakh-Klotta de Shawm!

—¡Tumithak! —gritó débilmente y luego, viéndole correr hacia ella, agregó—: Tumithak, llévame contigo. Te quiero, y ahora soy digna de ti... yo también soy matadora de shelks.

7 - Las murallas de Shawm

Pronto se supieron las peripecias de Tholura. Mientras la nave volaba hacia Shawm, ella y los dos yakranos fueron empujados a la bodega del aparato, desarmados y brutalmente arrojados a un rincón, donde se agazaparon llenos de terror preguntándose que iba a pasarles. La confusión provocada por las noticias que traían los tripulantes de la nave, y el tumulto de la batalla que se desencadenó en seguida, sin duda sirvieron para que los shelks se olvidaran de ellos, y permanecieron encerrados en la nave durante toda la batalla. Hacia el final de ésta, Tholura había recobrado su valor y empezó a explorar la nave. Revolvió algunas cosas, estudió los mandos y llegó a la conclusión de que eran demasiado complicados para ensayar con ellos. Mientras buscaba por todas partes alguna clase de arma, tuvo la grata sorpresa de hallar las suyas, que les habían quitado al hacerlos prisioneros. Los shelks las habían arrojado negligentemente al pañol, y allí las encontró. Estaba claro que, tanto en este caso como en la batalla que se libraba fuera, los shelks habían subestimado la inteligencia de los hombres contra quienes luchaban. Y, lo mismo allí dentro que

fuera, pagaron caro su error.

Tholura se echó la caja a la espalda, con decisión, y se sentó junto a la escotilla para esperar el regreso de los shelks. Cuando abrieron, se ocultó hasta dar entrada a un número prudencial de enemigos. Entonces los atacó con el rayo de calor. Los shelks no pudieron hacer nada. En su excitación, Tholura olvidó que el uso del tubo de fuego en un lugar cerrado aumentaría la temperatura del ambiente. Ella y los dos yakranos quedaron casi sofocados, y por eso les costó un rato abrir la puerta para salir al aire libre.

Fin de la batalla. Muerte del último shelk

La batalla había concluido; todos los shelks estaban muertos. Tumithak y Tholura se veían de nuevo juntos, y los hombres de los corredores los aclamaron con entusiasmo cuando Tumithak anunció que se casaría con Tholura en la primera oportunidad.

A propuesta de Datto, permitió que los guerreros rompieran filas, y les entregó la ciudad para que la saquearan; mientras tanto se reunía con sus oficiales para estudiar la manera de hacerse fuertes en la posición conquistada.

La mañana siguiente, Nennapuss se acercó al jefe looriano con aires de importancia y pidió permiso para dar lectura a una lista que había preparado. Tumithak lo concedió, el nononés carraspeó y, con solemnidad que lo caracterizaba, empezó a hablar:

—He aquí un inventario de todos los artefactos y máquinas capturados al tomar la ciudad. Me he tomado la libertad de tomar declaración a todos los hombres que se han apoderado de dichas máquinas, y voy a leer un resumen de estos datos. Hemos ganado veintisiete tubos de fuego que, sumados a los cuarenta y cuatro que han proporcionado los tainos, ascienden a setenta y uno en total. Tenemos doscientas cincuenta varas de metal productoras de energía, y en la torre del jefe shelk se ha encontrado un almacén de ellas. Veintiséis máquinas pequeñas de las que convierten en nada las cosas; cuatro máquinas extrañas que funcionan, pero que nadie sabe para qué sirven; una máquina de brazos fuertes que parece hecha para levantar objetos de gran tamaño; una máquina que vuela, y setenta y dos máquinas que tampoco sabemos para qué sirven.

Tumithak sonrió ante la magnífica relación preparada con tanto cuidado por el jefe de Nonone, y luego meditó un instante.

—Los tubos de fuego y las varas de metal pueden quedárselos quienes los encontraron —declaró—. Las máquinas cuyo uso desconocemos permanecerán en depósito hasta que averigüemos su utilidad. Pero las máquinas desintegradoras deben quedar en propiedad del consejo, que las empleará en la protección de la ciudad. Ordena a Datto y a Zar-Emo que se presenten ante mí.

Los dos jefes se presentaron, y Tumithak les explicó el plan que había ideado para la defensa de la ciudad. Zar-Emo y Datto se alejaron entusiasmados, para ir a emplazar las máquinas desintegradoras como se les indicaba. Dibujaron en el suelo un gran círculo alrededor de Shawm, y luego emplazaron las máquinas a intervalos iguales. Los tainos se dedicaron a enseñar su manejo a los guerreros que habían sido designados para este servicio.

Un guardia —uno de los muchos que Tumithak había situado en las torres y en las alturas próximas a la ciudad— llegó corriendo para anunciar, con voz llena de terror, que una bandada de grandes pájaros había aparecido en el horizonte y se acercaban con rapidez a Shawm.

—¡Son las naves de los shelks, Tumithak! —gritó aterrorizado—. ¡Huyamos a los túneles, pronto!

El matador de shelks le impuso silencio con severo gesto, se volvió y ordenó a un mensajero que convocase a los demás jefes. Una vez reunidos les impartió instrucciones para la defensa de la ciudad. Algunos mensajeros corrieron a los emplazamientos de las máquinas desintegradoras; otros reunieron en el centro de la ciudad a los portadores de tubos de fuego, y otros se ocuparon de evacuar a las mujeres y a los niños hacia los corredores, para que estuvieran a salvo caso de que la batalla fuese desfavorable a los defensores.

Hecho todo esto, vieron que la flota shelk —que, si bien Tumithak no podía saberlo, probablemente no era sino un transporte que ignoraba la conquista de Shawm y traía provisiones de alguna metrópoli importante a la pequeña ciudad— se hallaba a pocos kilómetros de la ciudad. Tumithak vigiló su aproximación desde una pequeña elevación, cerca del centro de Shawm. Tholura y los demás jefes le rodeaban. Las naves shelks eran ornitópteros, y el perezoso batir de las alas metálicas lanzaba intermitentes destellos bajo el sol.

Siguieron sin sospechar nada hasta llegar a menos de cien metros de la ciudad, y empezaron a descender. El zumbido de sus máquinas se oía con claridad, y Tumithak miró con aprensión hacia el círculo defensivo que rodeaba la urbe. ¿Funcionaría su plan, o estarían a punto de entablar una batalla desesperada que pondría en cuestión su misma supervivencia?

Destrucción de la flota

Ya empezaba a desesperar el looriano, cuando se produjo el acontecimiento previsto. La primera de las naves resplandeció instantáneamente con una luz deslumbradora... ¡y desapareció! Cuando el aire llenó el repentino vacío, oyeron un estampido atronador, y eso fue todo.

Tumithak sonrió con alivio y se volvió a Tholura:

—Las máquinas desintegradoras —explicó—. Han sido colocadas de tal modo

que forman un gran dosel de rayos sobre Shawm. Nada puede pasar si no apagamos las máquinas. He puesto un centinela junto a ellas y, tan pronto como aparezca algo extraño en el cielo, entran en acción.

Se volvió para contemplar las demás naves. El resto de la escuadrilla, formada por unos siete aparatos, seguía al primero y no intentó detenerse cuando aquél fue alcanzado. No podían saber que la nave había sido atacada desde el suelo, y los que repararon en su destrucción la creyeron debida a un accidente ocurrido dentro de la nave.

Por eso, sin poder remediarlo, entraron también en el radio de acción de los rayos y en cuestión de un segundo pasaron a la nada. Una máquina voladora rezagada logró evitar algunos instantes el infortunio general, y Tumithak la contempló con angustia, temiendo que consiguiera escapar regresando a alguna capital de los shelks, donde se alzaría un ejército aplastante. Pero por fortuna esto no ocurrió, pues los sirvientes de las máquinas desintegradoras habían hecho cuestión de honor el completo exterminio de la flota shelk. Una batería de seis máquinas fue apuntada contra los fugitivos, y la última nave estalló ruidosamente (los rayos desintegradores eran débiles a tanta distancia). Una fina lluvia de polvo cayó sobre el bosque, como única muestra de la destrucción.

La brisa empezaba a soplar cuando conectaron los desintegradores; después de convertirse en un fuerte viento, cesó de súbito. Tumithak se volvió hacia Tholura y le dio un beso triunfal. Luego lanzó un suspiro de profundo alivio, porque hasta el último momento no había estado seguro de que su sistema fuese eficaz.

—Hemos ganado una vez más —afirmó serenamente—. Ellos volverán, Tholura, no lo dudes... Pero cuando vuelvan, estaremos preparados.

* * *

El realismo de Tanner me sorprende todavía. En la batalla entre el mog y la mujer, no hay salvación «in extremis» de la mujer ni arrepentimiento del mog en el último segundo. Parece evidente que Tanner proyectaba otras continuaciones, pero éstas no llegaron.

Nueve años después, en «Super Science Stories» de noviembre de 1941, apareció la tercera entrega de la serie: *Tumithak of the Towers of Fire*. Sin embargo, no la leí. Tal vez hice bien, pues quizá me habría defraudado.

La batalla entre los humanos y los shelks quedó grabada en mi memoria y, naturalmente, influyó en mi descripción de la batalla (a mayor escala) entre seres humanos y Lhasinu en *The Black Friar of the Flames*.

La Gran Depresión alcanzó su punto crítico en 1933, poco antes de que Franklin D. Roosevelt asumiera la presidencia. Las revistas de ciencia-ficción también padecían la crisis. Se produjo un colapso general.

La que más sufrió fue «Astounding Stories». De las tres, había sido la mejor acogida en cuanto a circulación y beneficios —supongo—, pero los editores tenían otras dificultades, producto de la Depresión, y cuando el corazón murió los miembros se marchitaron.

La «Astounding» de junio de 1932 fue la decimotercera y última de periodicidad mensual. En adelante, la revista pasó a ser bimensual. Así aparecieron cuatro números más pero, con el de marzo de 1933, la «Astounding» de Clayton murió.

La pérdida de la «Astounding» de Clayton no me entristeció demasiado, porque no me había gustado nunca. Ahora bien, era evidente que su fin hacía presagiar más dificultades para todo el género. Según avanzaba 1933, se acumulaban cada vez más indicios de que pronto no quedarían revistas de ciencia-ficción.

Después del número de junio de 1933, «Wonder Stories» también pasó a ser bimensual, y en noviembre de 1933 volvió al tamaño «pulp», esta vez para siempre. «Wonder Stories Quarterly», después de catorce números sucesivos de periodicidad trimestral —los tres primeros se llamaron «Sience Wonder Quarterly»—, murió finalmente con el número del invierno de 1933.

Como siempre, «Amazing Stories» era la mejor, pero incluso ella se debatía entre dificultades. En primer lugar, cambió de aspecto. Desde que empezó a publicarse, el título «Amazing Stories» había figurado en la cubierta en letras mayúsculas, con una A inicial gigante seguida de las demás en rápida disminución de tamaño. En 1933 esta gradación desapareció y, en evidente esfuerzo por ganar lectores dándose un aspecto más respetable, «Amazing Stories» apareció con titulares de tamaño uniforme, cruzando diagonalmente la cubierta. La ilustración de cubierta pasó a ser más monocroma y con pretensiones modernistas.

La aborrecí entonces y, cuando Sam Moskowitz me envió el número que incluía *Tumithak en Shawm* y descubrí que tenía la cubierta del nuevo estilo, la aborrecí una vez más.

A mediados de 1933, «Amazing Stories» faltó de las estanterías por primera vez en sus siete años y medio de existencia. Luego salió un número de agosto-septiembre de 1933. No obstante, esto no significó el paso a la periodicidad bimensual. Con el número de octubre de 1933, «Amazing Stories» reanudó su aparición mensual, pero había pasado también al formato «pulp». Es decir que, a fines de 1933, las revistas de ciencia-ficción en formato de lujo habían desaparecido. (Más adelante hubo varios intentos de volver a lanzar revistas de ciencia-ficción en formato grande, pero todos fracasaron.)

En cuanto a «Amazing Stories Quarterly», salía cada vez más irregularmente.

Sólo fueron publicados tres números en 1932, dos en 1933 y uno, el último, en 1934.

Cuando peor era el desastre, empezaron a asomar algunos indicios esperanzadores. «Wonder Stories», que había pasado al formato «pulp», regresó a la periodicidad mensual. Y «Astounding Stories» tuvo una sorprendente resurrección.

Ocurrió que la editora Street & Smith Publications, Inc., adquirió «Astounding Stories» después de la bancarrota de Clayton, y decidieron publicarla por su cuenta. El primer número lanzado bajo el nuevo régimen fue el de octubre de 1933.

Al principio no parecía que eso fuese a tener mucha trascendencia. Los primeros números publicaban el material de que se disponía antes de que muriese la «Astounding» de Clayton, y no me gustaron.

Pero el nuevo director, F. Orlin Tremaine, que iba a desempeñar ese cargo durante cuatro años y medio (época que actualmente se denomina «la Astounding de Tremaine»), llegaba cargado de ideas nuevas y revolucionarias. Muy pronto podríamos constatar los resultados de tal metamorfosis.